

ANALES  
DEL  
INSTITUTO DE CHILE

VOL. XXXIII

ESTUDIOS

*Instituto de Chile: Cinco Décadas*



2014



ANALES  
DEL  
INSTITUTO DE CHILE

ESTUDIOS

*Instituto de Chile: Cinco Décadas*

ANALES DEL INSTITUTO DE CHILE  
© Instituto de Chile, derechos reservados  
ISSN 07-16-6117

Almirante Montt 453, Santiago  
Casilla 1349, Correo Central, Santiago de Chile  
*www.institutodechile.cl*

*Representante legal*  
RODOLFO ARMAS MERINO  
Presidente del Instituto de Chile

*Director*  
FERNANDO LOLAS STEPKE

*Comisión editora*  
ADRIANA VALDÉS BUDGE, Academia Chilena de la Lengua  
JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA, Academia Chilena de la Historia  
ENRIQUE TIRAPEGUI ZURBANO, Academia Chilena de Ciencias  
MARINO PIZARRO PIZARRO, Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas  
y Morales  
JOSÉ ADOLFO RODRÍGUEZ PORTALES, Academia Chilena de Medicina  
ALEJANDRO SIEVEKING CAMPANO, Academia Chilena de Bellas Artes

*Editor*  
ÁLVARO QUEZADA SEPÚLVEDA

*Diagramación*  
FABIOLA HURTADO CÉSPEDES

Las opiniones vertidas por los autores son de su exclusiva responsabilidad y no representan necesariamente el parecer de la institución.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo del Director.

La correspondencia académica y comercial deberá dirigirse a nombre del Director a la dirección del Instituto de Chile, Almirante Montt 453, Santiago, teléfono 26854400.

Edición de trescientos ejemplares, impreso en Andros Impresores, Santiago, agosto de 2014.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ANALES  
DEL  
INSTITUTO DE CHILE

VOL. XXXIII

ESTUDIOS  
*Instituto de Chile: Cinco Décadas*



2014



# INSTITUTO DE CHILE

Creado por *Ley N° 15.718*, de 30 de septiembre de 1964, reformulado por *Ley N° 18.169*, de 15 de septiembre de 1982.

Es una “...corporación autónoma, con personalidad jurídica de derecho público y domicilio en Santiago (...) destinada a promover, en un nivel superior, el cultivo, el progreso y la difusión de las letras, las ciencias y las bellas artes (...) constituida por la Academia Chilena de la Lengua, por la Academia Chilena de la Historia, por la Academia Chilena de Ciencias, por la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, por la Academia Chilena de Medicina y por la Academia Chilena de Bellas Artes” (Arts. 1 y 2, *Ley 18.169*).

## MESA DIRECTIVA

RODOLFO ARMAS MERINO  
*Presidente*

SANTIAGO VERA RIVERA  
*Vicepresidente*

ABRAHAM SANTIBÁÑEZ MARTÍNEZ  
*Secretario General*

ENRIQUE TIRAPEGUI ZURBANO  
*Tesorero*

JORGE QUIROZ WUTH  
*Secretario Ejecutivo*

– Consejeros –

ALFREDO MATUS OLIVIER, *Director de la Academia Chilena de la Lengua*  
ABRAHAM SANTIBÁÑEZ MARTÍNEZ  
ADRIANA VALDÉS BUDGE

RICARDO COUYOUMDJIAN BERGAMALI, *Presidente de la  
Academia Chilena de la Historia*  
SERGIO MARTÍNEZ BAEZA  
ISIDORO VÁSQUEZ DE ACUÑA

JUAN ASENJO DE LEUZE DE LANCIZOLLE,  
*Presidente de la Academia Chilena de Ciencias*  
TOMÁS COOPER CORTÉS  
ENRIQUE TIRAPEGUI ZURBANO

JOSÉ LUIS CEA EGAÑA, *Presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales*  
JAIME ANTÚNEZ ALDUNATE

RODOLFO ARMAS MERINO, *Presidente de la Academia Chilena de Medicina*  
OTTO DÖRR ZEGERS  
JOSÉ ADOLFO RODRÍGUEZ PORTALES

SANTIAGO VERA RIVERA, *Presidente de la Academia Chilena de Bellas Artes*  
FRANCISCA CERDA RAMÍREZ  
LUIS MERINO MONTERO

CONSEJERO HONORARIO

JUAN DE DIOS VIAL LARRAÍN

## SUMARIO

RODOLFO ARMAS MERINO <i>Presentación</i>	13
FERNANDO LOLAS STEPKE <i>El Instituto de Chile: una institución cultural</i>	15
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA	
RODOLFO OROZ <i>El Vasauo de Pedro de Oña</i> <i>Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua,</i> <i>pronunciado el 29 de abril de 1941</i>	21
<i>Discurso del R. P. Raimundo Morales Retamal,</i> <i>pronunciado el 29 de abril de 1941, en la recepción del Dr. Rodolfo Oroz</i> <i>en la Academia Chilena de la Lengua</i>	49
ROQUE ESTEBAN SCARPA <i>El hombre perdido en el mundo, raíz y tema de la poesía contemporánea</i> <i>Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, pronunciado</i> <i>el 14 de octubre de 1952</i>	61
<i>Discurso del Pbro. Fidel Araneda Bravo, pronunciado el 14 de octubre</i> <i>de 1952, en la recepción de don Roque Esteban Scarpa en</i> <i>la Academia Chilena de la Lengua</i>	97
ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA	
RICARDO KREBS WILCKENS <i>Pedro Rodríguez de Campomanes y la política colonial española en</i> <i>el siglo XVIII</i> <i>Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia,</i> <i>pronunciado el 17 de noviembre de 1955</i>	111

*Discurso del académico Jaime Eyzaguirre, pronunciado el 17 de noviembre de 1955, en la recepción de don Ricardo Krebs Wilckens en la Academia Chilena de la Historia* 141

**RODOLFO OROZ**

*La evangelización de Chile, sus problemas lingüísticos y la política idiomática de la Corona en el siglo XVI*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia, pronunciado el 23 de noviembre de 1961* 147

*Discurso del académico don Eugenio Pereira Salas, pronunciado el 23 de noviembre de 1961, en la recepción de don Rodolfo Oroz en la Academia Chilena de la Historia* 167

**ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS**

**DR. JORGE MARDONES RESTAT**

*La experimentación animal en el conocimiento del alcoholismo*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias, pronunciado el 5 de mayo de 1966* 177

*Carta enviada por el Académico Eduardo Cruz-Coke* 195

**RAÚL SÁEZ S.**

*Ciencia, Tecnología y Desarrollo*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias, pronunciado el 18 de abril de 1984* 199

*Discurso del académico Rodrigo Flores, pronunciado el 18 de abril de 1984, en la recepción del ingeniero Raúl Sáez S. en la Academia Chilena de Ciencias* 215

**ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y MORALES**

**DAVID STITCHKIN BRANOVER**

*Reflexiones en torno a la idea de la Universidad*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, pronunciado el 19 de diciembre de 1985* 221

*Discurso del académico Juan Gómez Millas, pronunciado el 19 de diciembre de 1985, en la recepción de don David Stitchkin Branover en la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales* 239

**ENRIQUE BARROS BOURIE**

*Lo público y lo privado en el derecho*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, pronunciado el 30 de mayo de 2000* 243

*Discurso del académico Óscar Godoy Arcaya, pronunciado el 30 de mayo de 2000, en la recepción de don Enrique Barros Bourie en la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales* 265

**ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA**

**DR. FERNANDO MONCKEBERG BARROS**

*Nutrición y subdesarrollo*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Medicina, pronunciado el 21 de septiembre de 1972* 273

*Discurso del académico Dr. Aníbal Ariztía Ariztía, pronunciado el 21 de septiembre de 1972, en la recepción del Dr. Fernando Monckeberg Barros en la Academia Chilena de Medicina* 283

**DR. BENJAMÍN VIEL VICUÑA**

*Medicina y calidad de vida: memorias de un salubrista*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Medicina, pronunciado el 4 de abril de 1984* 289

*Discurso del académico Dr. Ernesto Medina Lois, pronunciado el 4 de abril de 1984, en la recepción del Dr. Benjamín Viel Vicuña en la Academia Chilena de Medicina* 303

**ACADEMIA CHILENA DE BELLAS ARTES**

**CARLOS ISAMITT ALARCÓN**

*El nacimiento de las inquietudes artísticas*  
*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes, pronunciado el 25 de mayo de 1966* 309

ALFONSO LENG HAYGUS <i>Discurso pronunciado el 25 de mayo de 1966, en la recepción de don Carlos Isamitt, en la Academia Chilena de Bellas Artes</i>	317
AGUSTÍN SIRÉ SINOBAS <i>El teatro, un programa sociológico</i> <i>Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes, pronunciado el 26 de diciembre de 1967</i>	323
MARCO AURELIO BONTA COSTA <i>Discurso pronunciado el 26 de diciembre de 1967, en la recepción de don Agustín Siré Sinobas en la Academia Chilena de Bellas Artes</i>	345
WALDO VILA SILVA <i>El hombre actual ante el arte</i> <i>Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes pronunciado el 29 de diciembre de 1967</i>	353
CARLOS ISAMITT ALARCÓN <i>El pintor Waldo Vila</i> <i>Discurso pronunciado el 29 de diciembre de 1967, en la recepción de don Waldo Vila en la Academia Chilena de Bellas Artes</i>	369

## PRESENTACIÓN

La Ley 15.718, que creó el Instituto de Chile hace 50 años, lo constituyó por dos Academias que ya existían, las de la Lengua e Historia, y cuatro que creó la misma Ley, que fueron las de Ciencias; Ciencias Sociales, Políticas y Morales; Medicina y Bellas Artes. A cada Academia le concedió autonomía en lo que a su organización, actividades y patrimonio se refiere. Las Academias han sido celosas de mantener sus autonomías y solo tienen como actividades comunes los actos de inauguración y cierre de los años académicos, y la publicación, cada año, de los *Anales del Instituto de Chile*.

Este volumen de la serie *Estudios de Anales del Instituto de Chile* se publica como parte de las actividades que conmemoran el cincuentenario de esta institución. Para el Presidente que suscribe es destacable indicar que se trata de una iniciativa avalada por las seis Academias que integran el Instituto. En cada una se seleccionó dos discursos de incorporación que, a juicio de su mesa directiva, fueran dignos de preservación y estudio renovado. En el caso de la Academia Chilena de la Lengua, cuya creación antecede a la del Instituto, los textos fueron escritos y leídos antes de 1964.

Hay que comprender que los trabajos aquí publicados se refieren a temas distintos y que fueron escritos en momentos diferentes, pero que tienen de común su notable calidad y proyectarse más allá de su propio tiempo.

El conjunto, aunque incompleto, es una demostración de la variedad y amplitud de las preocupaciones de los académicos. Significan tanto una mirada hacia el pasado como una anticipación de tareas que aguardan en el porvenir. Estos artículos evidencian que los académicos, como corporación e individualmente, han aportado y tienen mucho más que aportar al acervo intelectual de Chile. Esperamos que las autoridades políticas así lo entiendan y valoren.

Extendemos nuestro agradecimiento a todas y cada una de las academias por sumarse a esta conmemoración. En conjunto con las *Memorias*, que complementan y expanden los contenidos de los *Estudios* desde una óptica institucional, los textos de nuestra institución son valiosos docu-

mentos que permitirán, en el futuro, la reconstrucción de sus intereses y logros.

Agradecemos también al equipo editor de Anales del Instituto de Chile la diligencia con que ha procedido para que este texto pueda ser editado e impreso en el año de su cincuentenario.

Dr. Rodolfo Armas Merino  
Presidente del Instituto de Chile

# EL INSTITUTO DE CHILE: UNA INSTITUCIÓN CULTURAL

FERNANDO LOLAS STEPKE<sup>1</sup>

## CONSIDERACIONES GENERALES

El Instituto de Chile debe su origen a la ley 15.718 del 30 de septiembre de 1964, publicada un mes después en *El Diario Oficial*. Fue modificada por la ley 18.169 de septiembre de 1982.

En el año 2014 la institución celebra sus primeros cincuenta años.

Tuvo el Instituto como modelo instituciones europeas, como el *Institut Nationale de France*, creado por la Asamblea Constituyente en octubre de 1795, y ciertamente renombradas academias, como la Academia Florentina de Cosme de Médicis, de 1459, la Academia dei Lincei, de 1603, la Real Academia de Ciencias de París, de 1666, la Academia Francesa, de 1665, entre muchas otras que, sin duda, inspiraron al entonces ministro de educación chileno, Dr. Alejandro Garretón Silva. En sus propuestas y en los textos que iniciaron el proceso legislativo se habla de una institución que promueva el cultivo de las ciencias, las letras y las bellas artes al servicio de la nación chilena.

Antes de la creación del Instituto de Chile existía la Academia Chilena de la Lengua, sexta en orden de precedencia entre las hispanoamericanas vinculadas a la Real Academia Española de 1713. Su creación, en 1885, tuvo como protagonistas a destacados intelectuales de la época, especialmente José Victorino Lastarria. También, desde la década de 1930, existía la Academia Chilena de la Historia.

La creación del Instituto de Chile supuso la adición de cuatro academias a las dos existentes. Así nacieron las academias de ciencias, medicina, bellas artes y ciencias sociales, morales y jurídicas. Todas incluyen miembros de número, correspondientes y honorarios. Los criterios están descritos en la reglamentación de cada academia.

<sup>1</sup> Director de Anales del Instituto de Chile, Académico de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española, Académico Honorario de la Academia Chilena de Medicina.

## ALEJANDRO GARRETÓN SILVA

Quien fuera ministro de educación en la presidencia de don Jorge Alessandri Rodríguez, nació en Los Ángeles el 26 de agosto de 1900 y murió en Santiago el 30 de julio de 1980. Estudió en el Colegio San Pedro Nolasco y se recibió de médico en la Universidad de Chile en 1923. Fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (1952-1958), presidente de la Sociedad Médica de Santiago (1934-1936) y desempeñó el cargo de ministro de Educación entre 1963 y 1964. Caballero de la Legión de Honor francesa y Profesor Emérito de la Universidad de Chile, fue miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua, al igual que otros médicos antes que él (Adolfo Valderrama y Augusto Orrego Luco).

En su obra escrita se encuentran monografías estrictamente médicas, como el libro dedicado a la digital, de 1941, o sobre el concepto de enfermedad, de 1959. Además, incursionó en diversos ámbitos humanísticos, estudiando la formación de la personalidad del médico y aportando observaciones sobre la medicina en la obra de Shakespeare. No puede extrañar que también la figura del médico y polígrafo español Gregorio Marañón haya sido fuente de inspiración para su pensamiento y su acción.

Su recuerdo en el contexto del presente volumen de *Estudios*, en Anales del Instituto de Chile, se debe a su significativo aporte a la configuración del Instituto.

### MEMORIA Y FUTURO. ESTE VOLUMEN DE *ESTUDIOS*

Las academias del Instituto de Chile escogen a sus miembros según la opinión de quienes las integran. A diferencia de las universidades, en que el trabajo implica remuneración y ascenso profesional, en las academias la labor es desinteresada. No supone sino interés y dedicación. Se trata de agrupaciones cuyos miembros no reciben más satisfacción que integrar grupos de espíritus afines y contribuir a la reflexión en áreas determinadas por su interés y trayectoria.

Es tal vez este carácter el que hace pensar a algunas personas que son entidades de lujo. En el buen y en el mal sentido de la palabra. Lujo, porque reflejarían la madurez del desarrollo cultural. Lujo, porque tal vez lo que un país de vocación tercermundista solamente desea es ser reconocido en lo económico, pero no en lo cultural. Con desusada frecuencia, y probablemente por el rendimiento en popularidad, la dirigencia política suele llamar “acto cultural” a masivos espectáculos musicales o circenses. La institución cultural, trátese de la universidad o la academia, suele caer en la tentación de la popularidad, poniendo en riesgo su prestigio, porque así lo exigen los juegos de la adquisición de recursos. Pero va en ello una

renuncia a su verdadero papel social, que solamente una sociedad que hace de la cultura no solo necesidad, sino demanda, reconoce y aprecia. Sobre las academias del Instituto de Chile suelen propalarse opiniones no siempre exactas ni bien intencionadas. El elitismo que se les achaca, lo cerrado de sus círculos, la escasa participación en decisiones sociopolíticas, por citar algunas, son tanto causa como consecuencia de su desconocimiento público.

Al iniciar acciones de difusión cada academia actúa con independencia de las demás. Aunque hay loables iniciativas y actividades en conjunto. La revista *Anales del Instituto de Chile*, en sus colecciones de *Estudios* y *Memorias*, contribuye a fijar y difundir lo que se piensa en el Instituto. Merece mención además el programa radial “Diálogos”, que ha servido para dar a conocer el pensamiento y la vida de académicos del Instituto por medio de la radio de la Universidad de Chile, y también la preparación de exhibiciones en estaciones del Metro de Santiago.

Para el futuro, esta edición de *Anales* servirá como una demostración de continuidad, por una parte, y de gratitud a los partícipes de esta institución, por otra. Cada academia ha seleccionado dos discursos de incorporación, con sus respectivos discursos de recepción, para brindar una perspectiva, aunque parcial, de lo que ha ocupado a algunos de sus miembros en estas cinco décadas. En el caso de la Academia Chilena de la Lengua los textos seleccionados anteceden a la fundación del Instituto de Chile.

Como toda obra humana, esta recopilación es perfectible. No están todos los que algunos hubieran preferido. Ni se escribe sobre asuntos de moda, aunque no puede negarse que en la cultura universal las modas son muy duraderas. Es una contribución verdaderamente original, porque retrotrae a los lectores al origen de las instituciones que estudiamos. Al fin de cuentas, las instituciones son las personas que las componen, cohesionadas por intereses comunes, anhelos compartidos y reglamentaciones aceptadas.

Debe observarse, además, que por la naturaleza especial de esta edición no seguimos nuestras habituales normas de publicación de los *Estudios* recogidos en *Anales del Instituto de Chile*.



ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA



# EL VASAURO DE PEDRO DE OÑA

RODOLFO OROZ<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua,  
pronunciado el 29 de abril de 1941*

Excmo. señor Embajador de España:  
Señor Director de la Academia:  
Señores Académicos:  
Señoras y Señores:

Esta alta corporación se ha dignado no sólo llamarme a participar en sus trabajos, sino designarme el lugar que ocupó el eminente periodista y hombre de letras don Carlos Silva Vildósola. Junto con expresar mis agradecimientos a la ilustre Academia por el honor que me confiere al recibirme hoy públicamente en su seno, séame permitido evocar, por algunos instantes, la personalidad de mi predecesor.

Nació el señor Silva Vildósola en el heroico rincón del fortín de Mariluán, en el lugar denominado Chiguaigue, dentro del recinto militar del Regimiento Buin, que en esa época mandaba el comandante don Nicanor Silva Arriagada, su padre. Desde este lugar de altura que domina cientos de kilómetros, puede admirarse el hermoso paisaje recio y apacible que se extiende a las orillas del río Malleco. Este paisaje enseñó a Carlos Silva a mirar siempre la vida y a juzgar siempre los hechos desde esta gran altura, sin que su espíritu privilegiado descendiera hasta donde las cosas, por estar demasiado cerca, pierden su perspectiva e impiden ser apreciadas en su verdadero valor.

Los primeros años de sus estudios de humanidades los cursó en un liceo fiscal de provincia, el cuarto en el Instituto Nacional y los últimos en el colegio de San Ignacio.

<sup>1</sup> RODOLFO OROZ (1895-1997). Estudió en Alemania, ingresando en 1915 a la Universidad de Leipzig, en donde se dedicó a las literaturas y lenguas clásicas y modernas y se doctoró en filosofía. Fue profesor de latín y literatura greco-latina, actividad que desarrolló en conjunto con materiales de apoyo publicados para sus clases. También tuvo el cargo de profesor de filología española, de lingüística general, y fue director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Fue director de la Academia Chilena de la Lengua entre 1959 y 1980, y miembro de número de la Academia Chilena de la Historia desde 1961. En 1978 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

No puedo resistir a referir aquí textualmente una hermosa anécdota que nos cuenta uno de sus condiscípulos y amigos, el señor Ricardo Cox Méndez, y en la cual se revela ya todo el ingenio y el carácter del joven Silva Vildósola. Dice el señor Cox Méndez que los dos llegaron de diferentes escuelas al colegio de San Ignacio, casi el mismo día, y por esto no conocían a ninguno de sus compañeros, y continúa: “Yo había sido recibido la víspera en el vestíbulo del colegio por un padre (alemán), extraordinariamente simpático, que resultó ser el P. Brugier, profesor de Química y Física del quinto año.

El P. Brugier, después de felicitar me por las buenas recomendaciones que traía de Concepción, de darme algunos consejos y señalarme algunas normas de conducta para mi nueva vida de colegial, añadió, en tono algo zumbón: “Si aspiras a sacarte premios en este colegio, tendrás que luchar mucho más que en Concepción, porque vas a encontrar aquí rivales terribles. Uno, sobre todo, que acaba de ingresar, te dará mucho que hacer porque tiene gran talento. ¿Cómo se llama? le pregunté, picado de la curiosidad... Carlos Silva Vildósola.

“Este nombre me quedó en el oído toda esa tarde. Me dormí esa noche repitiéndolo mentalmente y experimentando por el desconocido que lo llevaba, un incipiente sentimiento de rivalidad.

“Al día siguiente, después de la misa, estudio y desayuno, vino el primer recreo. A una palmada del inspector, el P. Orriols, los muchachos, en número de setenta u ochenta, en estrepitosa algarabía se desparramaron corriendo y saltando por el patio y la cancha de pelota.

“Solo dos se quedaron en el corredor, junto a la puerta del comedor, de donde todos acababan de salir. Estaban inmóviles, silenciosos, mirando como los demás corrían, saltaban, jugaban.

“Uno de los solitarios era un niño bajo, delgado, muy pálido, rubio y de ojos azules. Su nariz aguileña pronunciada llamaba la atención. El otro era el autor de estas líneas. Instintivamente nos acercamos uno al otro y sin preguntarnos nuestros nombres nos pusimos a conversar.

“Después de algunos comentarios sobre el espectáculo que teníamos ante los ojos, yo le pregunté a mi desconocido compañero: ¿De qué año es Ud. –Del 5°, me respondió. ¡Ah! entonces somos condiscípulos... Sáqueme de una curiosidad. Nuestro profesor de Química, el P. Brugier, me ha hablado ayer tarde, con mucho entusiasmo, de un alumno de extraordinario talento que acaba de entrar a su curso. Se llama Carlos Silva Vildósola. Me interesa mucho conocerlo. ¿Podría Ud. decirme cuál es?

“Mi interlocutor se sonrojó hasta las orejas, guardó silencio un momento y luego, pasada la primera sorpresa, me dijo: Yo también me llamo Carlos Silva Vildósola; debe haber otro con el mismo nombre, pero yo no lo conozco. No conozco a nadie todavía; sólo he entrado al colegio anteayer y vengo de otro colegio... ¿Ud. cómo se llama –Le dí mi nombre”. –Hasta aquí el señor Cox Méndez.

Ya en este tiempo, siendo todavía un niño, se conquistó rápidamente en el colegio de San Ignacio el aprecio, la simpatía y estimación de todos sus condiscípulos, pues reconocían en él la superioridad de su bondad, talento, ingenio, gracia en el decir, pues en toda ocasión, ya al recitar sus lecciones, o en las conversaciones con sus amigos, etc., empleaba un lenguaje más rico y más castizo.

A su inteligencia natural se agregaba su amor al estudio; en ese tiempo había leído a los clásicos de quienes, como Quevedo, Fray Luis de León, Calderón, Lope de Vega, etc., se sabía de memoria muchos trozos y los recitaba en forma admirable, lo que hacía las delicias de los que lo escuchaban. Ya a los veinte años Carlos Silva trabajaba con ahínco, en forma sistemática y sin descanso en el perfeccionamiento de su cultura, leyendo y anotando las mejores obras de autores franceses, españoles, ingleses y americanos, y cada cual en su respectivo idioma. Apuntaba cuidadosamente sus ideas más profundas y substanciosas e iba atesorando así un rico caudal de todo aquello que el espíritu humano había producido en cosas sublimes y dignas de ser tenidas en la memoria.

En 1900 fué a Inglaterra, secundando en calidad de Secretario de la Legación de Chile en Londres a don Domingo Gana, y como auxiliar a don Carlos Morla Vicuña y Alejandro Bertrand, ocupados en la defensa que debía presentarse ante el árbitro durante la delimitación de fronteras chileno-argentinas.

En ese tiempo fué invitado por don Agustín Edwards para venirse a “El Mercurio” de Santiago, y ahí pudo dedicarse definitivamente a lo que era su verdadera y fuerte vocación.

Desde 1902 se incorporó en la redacción de “El Mercurio”, donde sirvió todos los puestos, desde el de noticiero –oficio por el cual en varias expresó que tenía una especial predilección y que, en verdad, requiere un intelecto agudo y ágil como lo poseía el señor Silva– llegando al de Director, cargo en que permaneció hasta el año de 1931. Desde entonces sólo dejó la responsabilidad “directa e inmediata”, pues no pasó día en que no escribiera uno, dos o más artículos, sirviendo de este modo, pero solamente en diversa forma, al diario y al público en general.

Una de las grandes tareas en que le cupo actuar desde su primer tiempo de Director, fué la renovación del periodismo, iniciada a principios de este siglo, tomando como ejemplo la prensa de los países europeos y especialmente de Estados Unidos. Dice Carlos Silva Vildósola, en una de las páginas que dedica a su inteligente y activo colaborador, don Joaquín Díaz Garcés: “Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía componer e imprimir, los métodos de propaganda, las secciones en que

estaría dividido, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país” (*Retratos y Recuerdos*, pág. 188).

Con esto se veían cumplidos los deseos de don Agustín Edwards, y en efecto ninguna de las secciones del diario dejó de recibir el estímulo directo de su espíritu organizador y a todas ellas les imprimió el sello de su gran talento y del alto concepto que tenía de la misión de la prensa.

Fundó el diario vespertino *Las Últimas Noticias*, del cual fué su primer Director, trazándole un camino y dándole una orientación que, salvo ligeras modificaciones impuestas por necesidades del ambiente, se ha mantenido hasta ahora. Contribuyó como nadie a formar la concepción del periodismo moderno; a él se le debe, en gran parte, el adelanto técnico y cultural de nuestros diarios.

Fué corresponsal de guerra en Europa y sus crónicas epistolares, enviadas a *El Mercurio* desde el mismo teatro de la gran guerra, revelan la necesidad y la clara visión con que sabía observar los sucesos que entonces mantenían en tensión los ánimos de todo el mundo. Causaron tanta sensación que su colega y amigo don Emilio Vaïsse, se decidió a reunirlos en un grueso volumen que salió a luz en 1916 con el título de *La guerra mundial vista por un chileno*.

Durante cerca de cuarenta años derrochó sus portentosas facultades en las faenas del diario, comentando todos los acontecimientos e interpretando día a día la vida pública para enseñanza del pueblo. Y es así que gran parte de su laboriosa vida se confunde con el periodismo contemporáneo y renovador de Chile. Su ejemplo a todos alcanzó y generaciones enteras de periodistas deben a don Carlos Silva mucho de lo que han podido ser y realizar; pues con su palabra alentadora, su generosa comprensión, su laboriosidad y entusiasmo supo estimular siempre a cuantos servían a sus órdenes, inculcándoles normas de una moral periodística digna y noble.

Sin duda, mucho más grande habría sido en Carlos Silva Vildósola la gloria del escritor, si se hubiera abstraído de los afanes del periodismo. Más fecunda habría sido su inspiración, pero menos grande su obra.

Ya es difícil a través del periodismo conservar sin mácula la fama literaria. Son poquísimos los escritores que, después de dedicarse al periodismo durante algunos años, no han sucumbido en sus redes de vulgaridad.

Claro que la constante lucha por la pulcritud de la idea y del estilo, en medio de los peligros de la grandilocuencia de los diarios, llega a ser agobiadora, de suerte que lo excepcional ha sido y es mantenerse incólume. Carlos Silva Vildósola fué uno de esos pocos.

Al margen de su fatigosa labor de periodista, don Carlos Silva escribió novelas y cuentos cortos. *La Montaña* y *Brisas de mar* fueron sus primeras obras de esa índole. Las dos aparecieron en 1897 en la biblioteca de “El Chileno”.

Su inclinación a las letras se manifestó ya en las aulas del colegio, donde nacieron en el seno de una academia filosófica, cultivada al calor del entusiasmo juvenil, pequeños ensayos en que ya brillan las cualidades de su espíritu.

No es tarea muy fácil tratar la personalidad literaria de Carlos Silva Vildósola, pues ofrece aspectos muy diversos que han dado origen a opiniones bastante variadas.

Su novela *La Montaña*, que había visto la luz pública antes de 1898, en la “Revista de Artes y Letras”, deja ver claramente la provechosa influencia de incontestables maestros de la narración, como Pereda y Fernán Caballero. Sabe atraer con su imaginación y cautivar con la forma. Su frase es viva y pintoresca y a la vez sencilla.

En la otra novela, *Brisas de mar*, magistralmente analizada por don Samuel Lillo en un discurso con que recibiera a Carlos Silva en esta Academia, volvemos a encontrar como cualidad predominante de su imaginación, el carácter pictórico. Muestra que es artista por temperamento y que en sus venas circulaba rica y caliente la savia de la tradición castellana.

Basada en manoseado asunto –el viejo conflicto entre el amor y la ambición–, sobresale no sólo por su colorido local, retratando tipos y bosquejando paisajes de nuestra tierra, sino que uno de sus mayores atractivos es la pintura de caracteres y costumbres nacionales. Su estilo es fácil y corriente como el arroyo que fluye sin el menor tropiezo.

Muy notables, por las excelencias de forma, claridad, naturalidad y sencillez, por la más honda penetración de los humanos afectos, son sus cuentos cortos.

Si bien no escogió para ellos temas de grande trascendencia, si no suscitó problemas de los que alcanzan considerable resonancia, si no se atrevió a incorporar a sus narraciones amenas las conclusiones de una filosofía profunda, muestra, por otra parte, sagaz observación y cuidadoso examen del alma.

Estas cualidades se traslucen en el simpático recuerdo que hace Silva Vildósola de un viejo profesor, que es el protagonista de un cuento titulado *Don Clemente*, escrito en un estilo que se distingue por su vigor y casticidad, huyendo de la profusión de adornos que sólo debilita la frase y perjudica a la gracia.

Dió Carlos Silva Vildósola, como ya lo hizo ver don Samuel Lillo en el mencionado discurso, valiente muestra de sus dotes como hábil e interesante narrador en su cuento *Chilenos fuera de Chile*, distinguiéndose en la animada descripción de tipos y lugares.

Son páginas ligeras que deleitan por su naturalidad y frescura; y en ellas su autor sabe copiar de la realidad cuadros que encierran un hondo sentimiento patriótico y que conmueven por su fondo patético que, com-

binado a veces con una suave ironía, logran mantener siempre el interés del lector.

Si *Chilenos fuera de Chile* ofrece principalmente impresiones de viaje recogidas en Europa y el nuevo continente, el libro titulado *En la nieve* nos brinda otro magnífico relato de algunas impresiones imborrables que el autor recibiera con motivo de una breve estancia en Suiza.

Quedó Carlos Silva cautivado por los encantos del paisaje de esa tierra, de las excursiones a la montaña y de los juegos sobre la nieve; todo lo cual describe brillantemente con la intención de despertar entre nosotros el entusiasmo por deportes sanos de esta índole, desconocidos aún en aquel entonces para la mayoría de los chilenos. Don Carlos Silva debe haber comprobado con regocijo cómo lo que él recomendaba en esos años se ha ido imponiendo poco a poco y ahora es una de las formas de esparcimiento más generalizadas.

Una admirable evocación de la vida de *Fray Andresito* encontramos por fin en uno de los últimos libros que diera a las prensas. No vamos a recordar aquí las diversas etapas de la azarosa vida de ese santo varón, que unía la llaneza y el candor de un alma pura a un espíritu de abnegación y de valentía, que no desmayaba ante el sacrificio por sus prójimos.

En las partes en que el autor analiza fenómenos transcendentales o metafísicos, muestra la aplicación más alta del objetivismo y la imparcialidad. Y al final de este hermoso libro, apropiado para mantener en flor el espíritu religioso, Carlos Silva encuentra acentos de honda y sincera emoción que hacen aparecer la leyenda de Fray Andresito, que iluminó su niñez, como un ánclora de salvación para los días del ocaso de su vida.

Y por último, debemos mencionar un libro que lleva por título *Retratos y Recuerdos*, en que don Carlos Silva reunió semblanzas de un “puñado de hombres que han intervenido positivamente en la vida chilena”, sea en el dominio de la ciencia, como don Andrés Bello, sea en la política, como don Jorge y don Pedro Montt, sea en la iglesia, como don Crescente Errázuriz. Como advierte Carlos Silva mismo, muchos de los capítulos de este libro son artículos publicados en diarios o revistas; otros son conferencias y discursos leídos en ocasiones académicas. Y agrega luego: “Teme el autor que sus trabajos estén pasados de moda, porque son casi siempre elogios, y hoy se usan biografías que escarban la vida íntima y prefieren extraer de ella lo más vergonzoso y humillante para el héroe. La biografía al gusto del lector de hoy es iconoclasta y, si puede tocar los linderos del escándalo, tanto mejor”.

Y nada más cierto que esta observación, pues en nuestros tiempos el prurito de inquirir la existencia privada de las personas retratadas llega a veces tan lejos que a menudo se profanan secretos que en la vida del hombre se reputan sagrados e inviolables. Y, en general, son curiosidades que no constituyen ningún aporte para comprender mejor su obra o su actividad en la vida pública.

No podemos pasar por alto la labor que Silva Vildósola desarrolló como conferenciante. Su fisonomía severa, pero expresiva, contribuía a dar realce a sus frases fluentes, claras y rotundas. No tenía la oratoria política vibrante, sino que era ecuánime y más conceptuoso que apasionado, más sobrio que lírico y ampuloso.

No es posible citar todas las conferencias que dictara don Carlos Silva en los diversos centros de estudio del país y fuera de Chile. Entre las que dio en el extranjero nos parece de especial interés la que con el título de *Periodismo y Letras en Chile* leyó en el Ateneo Científico, Literario, Artístico de Madrid, en 1914. En este trabajo, que es una brevísima historia del desarrollo intelectual de nuestro país, muestra cómo las letras chilenas no pudieron hacer la evolución rápida y brusca por que pasó la prensa, teniendo que afrontar una lucha valiente para llegar a formas puras que reflejasen todos los aspectos de la vida nacional y fuesen la expresión legítima del alma chilena.

Con todas estas excelencias del espíritu combinaba don Carlos Silva Vildósola las de un corazón bondadoso y caritativo, llevando siempre la ayuda y el consuelo a los que necesitaban y sufrían. Fué un cristiano ejemplar, un apóstol del bien y de la caridad, sin que buscara con sus obras aplausos ni gratitud.

Esta excelsa figura, de inteligencia clara y fecunda y de corazón generoso, vivirá siempre en la memoria de los que fueron sus compañeros en esta Academia.

\* \* \*

Después de recordar en estas ligeras líneas la personalidad de mi predecesor, pasaré a ocuparme, siguiendo la costumbre académica, de un tema relacionado directamente con los trabajos de esta docta institución, y me permito solicitar por algunos instantes más vuestra atención a fin de referirme brevemente a la obra de Pedro de Oña, en particular a su poema titulado *El Vasauro*.

### EL VASAURO DE PEDRO DE OÑA

Desde casi un cuarto de siglo la Academia Chilena de la Lengua tenía destinado *El Vasauro* de Pedro de Oña para que figurara entre los monumentos que se había propuesto dar a la publicidad, con el fin de divulgar las obras de nuestros autores más insignes.

Espero, pues, que no sea recibido con desagrado el que yo escoja hoy esta obra para tema de mi discurso; puedo anunciar, además, que ya está

terminada su impresión y que por vez primera sale a luz en edición completa.

Confieso que, en un principio, he vacilado si debía acometer la difícil tarea de editar dicho poema, viendo que ninguno de los señores académicos que esta docta corporación designara sucesivamente para este objeto, ha querido emprenderla.

Sin embargo, la causa principal que ha hecho desistir a otros de iniciar la publicación de *El Vasauro*, a saber, su escaso valor literario, según se ha dicho, no me ha parecido razón suficiente, ante el hecho de tratarse de una obra de un escritor con quien no sólo se abren los anales literarios de nuestro país, sino que tal vez puede considerarse como el poeta más antiguo del continente.

Yo, señores académicos, intento demostraros que *El Vasauro* no carece de todo valor literario, como se ha creído hasta ahora y que, por el contrario, es digno de ser salvado del olvido y me propongo convencerlos con un breve estudio de sólo dos aspectos de esta obra: su estilo y versificación. Pero permitidme que recuerde algunos datos de la vida y obras de nuestro poeta y en seguida analice rápidamente la estructura de *El Vasauro*.

\* \* \*

Fué Pedro de Oña hijo mayor del capitán español Gregorio de Oña y nació en 1570 en Angol, donde pasó toda su primera juventud. A los veinte años de edad lo encontramos en Lima, en el real colegio de San Felipe y en la Universidad de San Marcos, donde cursó tres años en la Facultad de Artes, estudiando Latín, Filosofía, Retórica, etc. Luego se matriculó en el Primer año de Teología, y después de obtener el grado de Bachiller, recibió el de Licenciado. En 1596, al publicar su primera obra literaria, considerada a la vez como su obra principal: *El Arauco Domado*, él se firmaba ya “El Licenciado Pedro de Oña”.

Luego se ausentó de Lima y “es de creer, dice el señor Medina, que se hallase de regreso en 1602, año en que se publicaba allí un soneto en loor de la Universidad de San Marcos”, impreso al frente de las instituciones de ordenanza de aquella corporación. Escribió Oña otros cuatro sonetos más (1602, 1603, 1607 y 1608), malos todos, según los diversos críticos.

En 1609 publicó en Lima un poema en un solo canto, titulado *El temblor de Lima en el año de 1609*, que junto con una canción panegírica “Al excelentísimo señor don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, Virrey de los reinos del Perú, en su venida a ellos”, pertenecen a lo mejor que ha producido su musa.

Carecemos de noticias sobre Oña 1609 hasta 1630, año en que escribió una *Canción Real*, en honor de San Francisco Solano, la cual el señor Me-

dina juzga como “la más interesante de cuantas conocemos del licenciado chileno”.

Y como última obra que vió la luz pública *El Ignacio de Cantabria*; terminado ya en 1630<sup>2</sup>, fue impreso en lujosa edición en Sevilla sólo en 1639 (no en 1630, como dicen varios manuales de Literatura).

Después perdemos a Oña nuevamente de vista hasta el 13 de abril de 1635, día en que firmó en el Cuzco la dedicatoria de *El Vasauro*, y es ésta la última noticia cierta que poseemos acerca de él, pues la fecha de su muerte nos es también desconocida.

### ARGUMENTO DE *EL VASAURO*

Dice Oña que el objeto de su poema es cantar las hazañas de los Reyes Católicos y glorificar las proezas de los Cabrera.

Narra los acontecimientos que se desenvuelven en España desde 1466 a 1492, desde la campaña que pone fin a la guerra dinástica hasta la toma de Granada.

Al referir los diversos episodios de esta larga y difícil empresa, el poeta nos hace ver los inmensos servicios que Fernando de Aragón e Isabel la Católica reciben de parte de don Andrés de Cabrera, cuya lealtad premia el rey entregando a su fiel vasallo un precioso vaso de oro –de ahí el nombre del poema: *El Vasauro*.

Se describe la recuperación de Toro y Zamora, la defensa del alcázar de Segovia, en que le cabe heroica actuación a la esposa de Don Andrés de Cabrera, Doña Beatriz de Bobadilla, valerosa mujer de raras inclinaciones marciales, la que, según se dice, fué criada por una leona.

Fernando funda el Santo Oficio de la Inquisición, prosigue la guerra contra los árabes, toma el alcázar de Alhama, donde cae prisionera una hermosa joven, Fátima, que pronto se enamora de Fernando, hijo de Don Andrés.

Este ilustre vástago de la familia de los Cabrera, que llega a ser el primer conde de Chinchón –antepasado del virrey del Perú, a quien el autor dedica su obra–, siendo niño aún, logra vencer, en un combate singular, al temible alcaide de Málaga.

Al no ver correspondido su amor y creyéndose desdeñada, Fátima se retira a la soledad, pero luego el joven Fernando parte en su busca y llega en sus andanzas a la misteriosa gruta de un mago, llamado simbólicamente el Tiempo. Este le revela los principales hechos que la familia de los Cabrera había de realizar en el futuro.

<sup>2</sup> Ver D. ENRIQUE MATTA VIAL, en su documentado y erudito estudio sobre “El Licenciado Pedro de Oña”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua* T. VI, (1939) cuads. XXIII y XXIV, págs. 337 y siguientes.

Los Reyes Católicos terminan con todo éxito su campaña contra los infieles, se apoderan de Málaga, de Baza y finalmente de Granada, último reducto de los musulmanes, completando así la obra de la reconquista.

Finaliza el poema con la solemne entrada de los reyes en esta ciudad.

### ELEMENTO HISTÓRICO DEL POEMA

*El Vasauro*, que Pedro de Oña designa con el nombre de “poema heroico”, y que está dividido en once libros con un total de nueve mil ochocientos cuarenta versos, es una composición esencialmente histórica.

Seducido por el ejemplo de sus predecesores que siguieron a Lucano, Oña también aspira a ser un poeta de la verdad simple y desnuda, de modo que la exactitud en el relato es lo principal, la verdad en su grandeza heroica lo atrae y la ficción queda relegada a segundo plano, a algo accesorio.

En cuanto a los hechos fundamentales mismos, concuerda “El Vasauro” perfectamente con la historia conocida de aquella época; y aún en muchísimos pormenores. Todos los personajes nombrados, tanto españoles y portugueses como musulmanes –tal vez con la única excepción de la mora Fátima–, son históricos: el rey Fernando de Aragón, la reina Isabel de Castilla, don Andrés de Cabrera, doña Beatriz de Bobadilla, para citar solamente a los más destacados.

Juzgado en conjunto, *El Vasauro* deja ver que Oña tomó en serio su papel de historiador fiel y veraz –aunque su temperamento poético, su sensibilidad artística pedían otros temas y otro género literario–, pues al comienzo del libro sexto se lamenta de que él, atado a la estricta marcha de los sucesos históricos de los cuales no se atreve a apartarse, no pueda dar libre rienda a la fantasía y exclama :

Dichoso el que por sombras, por frescuras  
la vista espacia, el ánimo recrea

No siempre consigue mantener el mismo ritmo a través de la obra; ora acelera el tiempo del relato, pasando con rapidez de un acontecimiento a otro, sobre todo en el último libro, dejando a veces la impresión de que se trata de una crónica rimada; ora retarda ostensiblemente el compás hasta tal extremo que en los libros sexto y séptimo la acción llega a un verdadero punto muerto.

Es ésta la parte de la narración en que nos presenta a los diversos paladines españoles que desfilan ante su Rey y se detiene a caracterizarlos y a describir minuciosamente los blasones de cada uno, convirtiendo el poema en mero tratado de heráldica.

Presenta este episodio una singular analogía con el comienzo del canto segundo de *La Araucana*, en el cual Ercilla desarrolla ante nuestra vista un cuadro muy parecido, al enumerar los caciques y guerreros más ilustres que se reúnen para la elección del Capitán General.

### ELEMENTOS FICTICIOS

A fin de dar forma poética a sus relatos históricos, Oña injerta, como era costumbre en esa clase de obras, episodios enteramente ficticios.

Aun cuando se quisiera dar valor histórico a la ceremonia de la entrega del vaso de oro –acontecimiento central que dió el nombre al poema– y a la descripción de esta maravilla de arte, en que, según se nos dice, se encuentran esculpidas de relieve todas las hazañas de Andrés de Cabrera y las de su valiente esposa, doña Beatríz de Bobadilla, quedan siempre otros sin ninguna base real, y algunos en que la fantasía de nuestro poeta llega hasta lo absurdo.

Parece que Oña mismo hubiera tenido ligeras dudas acerca de la autenticidad de las circunstancias extrañas en que naciera doña Beatríz y fuera criada por una leona, ya que hace la salvedad “si fe merecen crónicas, y fama... ellas lo describen, ella lo pregona...” (IV, 40-41).

Pues nace Beatríz “al pie de un risco en agría breña” en un momento difícil que le costó la vida a su madre. Llega al lugar donde se encuentra la criatura una leona y, aunque ésta fiera busca alimento, piadosamente, como la loba en la historia de Rómulo y Remo, ofrece sus ubres a la niña recién nacida. La misma historia la repite doña Beatríz ante la reina, insistiendo en que una leona había sido su verdadera nodriza.

Otro elemento ficticio encontramos al principio del libro V, es un sueño peregrino en que Beatríz se ve trasladada a tiempos futuros, presenciando los acontecimientos que habían de desarrollarse corriendo los años.

Hallamos aquí, evidentemente, otro recuerdo de *La Araucana*, pues también por medio de la ficción de un sueño, en que se le aparece la diosa de la guerra, Belona, Ercilla se empeña –en el canto XVII– en relacionar el argumento de su poema con la historia española de su tiempo.

Hay otro episodio, igualmente fantástico, en que la inventiva de nuestro poeta fue a buscar su inspiración en el autor de *La Araucana*.

Nos referimos a la revelación mágica hecha por el anciano que aparece en el canto X y que representa, simbólicamente, el Tiempo.

Es la figura que en la obra de Ercilla corresponde al viejo hechicero Fitón. Como éste hace ver al poeta sobre un globo maravilloso que contiene toda la historia pasada, presente y futura, una imagen de la batalla que los cristianos habían de librar un día con los otomanos en el Golfo de Lepanto, así el cojo anciano de *El Vasauro* muestra al joven Fernando, en

un espejo, parte de los hechos que la familia de Cabrera, según el destino, había de realizar en el futuro.

Igual que en *La Araucana* el hechicero Fitón, aquí el cojo anciano vive en una gruta misteriosa, cuyo interior se descubre como un verdadero palacio de singular arquitectura: el suelo de nácar, el techo de plata pura, sostenido por ricas columnas dóricas. Hay una fuente que murmura y sillas de marfil labrado que llevan grabados en oro los nombres de Cabrera y Bobadilla.

A nuestro autor le ha parecido conveniente recurrir a este mundo imaginario, comprendiendo que la acción humana, por heroica y grandiosa que fuese, no era suficiente para llenar el marco ideal de su poema. Pero no fué muy feliz la idea de reemplazar lo maravilloso por la magia, eligiendo, además, uno de los medios más pobres en esta clase de resortes, o sea, un personaje simbólico, puramente ficticio.

Luego, en el libro IX, logra entrelazar en su narración otro episodio, a fin de que “se ostente bella la heroica virgen musa”. Se trata del combate singular que se realiza entre el Alcaide de Málaga, el ilustre Zaide, y el niño Fernando; lucha que termina con el triunfo de este último, a pesar de su corta edad y de su escasa experiencia, y de hallarse frente a un contendor de conocida destreza y gallardía. Pero era natural que el encuentro tuviese este fin, ya que el poema estaba destinado a cantar las hazañas de la familia de los Cabrera.

Y, por último, introduce, tímidamente, un episodio novelesco, romántico e inverosímil, que se inicia en el libro VII, pero que recibe su verdadero desarrollo en los libros IX y X, al presentarnos a la hermosa joven Fátima, enamorada del hijo de don Andrés de Cabrera. Cuenta su edad, como dice el autor, “tres lustros y un trienio”, o sea dieciocho años, y el joven, objeto de su amor, apenas tiene diez.

No obstante lo increíble de ese amor, prueba Oña en varios pasajes de este episodio —que se desarrolla en pleno ambiente bucólico— que su numen era más propio para lo tierno y apacible que para la entonación robusta de la épica. Así, los motivos que el asunto le presenta para un rasgo de ternura, para un escape lírico que le permite huir de la realidad a los dominios elevados de la fantasía, los aprovecha mejor que otros.

## EL ESTILO

Por estas observaciones críticas vemos que *El Vasauro* no satisface del todo en cuanto se refiere a la composición y, naturalmente, no podemos buscar en este aspecto su valor literario. Debemos considerar, sin embargo, que el tema le fue dictado a Oña probablemente por la necesidad, y el tema, a su vez, le impuso el género literario. Pero ni el uno ni el otro correspon-

día a su genio: se veía arrastrado a la poesía épica, mientras su verdadera vocación a la lírica, como han observado Eduardo Solar y otros. En estas circunstancias, dió mayor énfasis a la forma y técnica de su poema. Y es en el aspecto estilístico y no en el argumento ni en la composición en que reside el mayor mérito de *El Vasauro*, como trataremos de probar en seguida.

En la poesía el problema más difícil constituye la exteriorización de las concepciones mediante el lenguaje. Pues “la palabra no es poética, sino cuando conmueve de un modo enérgico y profundo nuestros sentimientos”, como dijo C. Vicuña<sup>3</sup>.

Los recursos estilísticos que aparecen en *El Vasauro* como resortes principales de la expresión poética son de carácter muy diverso.

Tal vez no sea inoportuno llamar la atención, en este lugar, sobre las posibilidades que ofrece el estudio del proceso de elaboración de un poema basado en el examen minucioso de las correcciones hechas por el mismo autor en el manuscrito. En ellas se puede aquilatar el verdadero propósito estético en el uso de vocablos y locuciones, lo cual nos permitiría llegar, en algunos casos, a lo recóndito del alma del poeta, descubriendo ciertos secretos de su arte.

Ilustrativo nos parece al respecto un pasaje del libro segundo, donde Oña introduce en el último verso de la octava veinte, una modificación. Decía primitivamente:

sale...

...Isabel al templo, donde tierna  
su frágil majestad rinde a la eterna.

En seguida enmendó el último verso, borró la palabra *frágil* y la reemplazó por *breve*. El adjetivo frágil, muy feliz en este caso, daba al término abstracto una nota más emotiva, de mucha delicadeza y sensibilidad, del todo concorde con relación a una mujer; pues pintaba lo quebradizo y débil de su ser junto con la fugacidad de las grandezas humanas, pero prefirió destacar la insignificancia de esta majestad terrenal frente a la divina, acentuando la idea de tiempo, su poca duración; de este modo resultaba más clara la antítesis con *eterna*. Sacrificó, pues, lo afectivo por algo lógico o puramente formal.

De este ejemplo podría colegirse que en nuestro poeta prevalecía el sentimiento antitético y simétrico, o sea, el elemento intelectual sobre la sensibilidad. Pero sería muy aventurado formular un juicio general acerca de la estructura psíquica del autor, fundándonos en un solo ejemplo. Varias correcciones muestran, por el contrario, que Oña se esfuerza en subordinar su lengua a las leyes estéticas, haciendo predominar las imáge-

<sup>3</sup> V. CARLOS VICUÑA, *La lógica y la estética en la obra literaria*, Stgo. 1937, 94.

nes poéticas y el elemento emotivo. Por eso elimina donde puede los términos lógicos y triviales, reemplazándolos por alguna expresión figurada, aunque sea una metáfora vulgar. Así cambió “ojos” en “lumbres”; “hijo” en “fruto”; “agua” en “cristal”, etc.

Un estudio detenido de todas las enmendaciones de orden estilístico podría darnos, indudablemente, algunas luces muy valiosas sobre el proceso de creación artística.

Oña busca ante todo la plasticidad de la palabra, recurriendo, a veces, a medios primitivos, característicos de la poesía medioeval, pues en el verso:

i dize a un gentil hombre de la bocá (VI, 96).

El giro “decir de la boca” en nada se diferencia de fórmulas estilísticas empleadas por Juan Ruíz:

...”ya lo ves por el ojo (410)

o por el autor del Poema del Cid:

De las sus bocas todos dizían una razón (19).

Para prestar mayor intensidad a las formas de expresión se vale también del elemento afectivo. En momentos en que desea elevar su estilo a la solemnidad, suele dar a sus versos un acento patético que logra por medio de la repetición o haciendo uso de la anáfora y en otros casos de la acumulación de sustantivos.

Con más fuerza se manifiesta la emotividad en el empleo de las *hipérbolos*. En ellas su ilustre contemporáneo, Luis de Góngora, no retrocedía ante ninguna exageración por caprichosa o absurda que fuera. El poeta chileno, en general, no llega a tales extremos, aunque a veces está muy cerca del límite de lo admisible. Oigamos en qué términos el joven Fernando le jura su eterno amor a Fátima.

Mas antes no avrá espuma en las riberas  
del bravo mar; i el pez por esta umbrosa  
montaña nadará, que yo en mi pecho  
relaxe de tu amor, el nudo estrecho (X, 97).

Otro recurso muy común, en este sentido, es el *eufemismo*, cuyo uso nos impone la necesidad de evitar un término que evoca representaciones desagradables. Empléase en *El Vasauro* esta figura casi exclusivamente para eludir la palabra “muerte”, como se ve en los siguientes versos:

Pero que llegue a donde va, le impide  
la que ni al rudo, ni al cortés perdona  
la que con bara igual a todos mide (V, 85).

Circunlocuciones que reemplazan el verbo *morir* son: *pasar a mejor vida*; *partir a ver a Dios*; *olvidar esta luz*; *dar última cuenta a quien la pide*; *rendir la vida al Hado esquivo*; *irse de esta luz*; *ser vecino de lóbregas grutas*.

Un medio de intensificación muy eficaz, y que es uno de los más característicos y más socorridos en *El Vasauero*, es la *perífrasis*. Comunica ella a la representación de la idea una plasticidad y un realce que el término concreto no es capaz de darle. Pues en ella se colocan en primer plano ciertos rasgos de orden descriptivo que poseen mayor fuerza evocadora. La noción común recibe por la insistencia en algunos aspectos interesantes una ampliación, una complejidad de carácter intensificativo. Su forma gramatical es casi siempre la misma, o sea una proposición de relativo. Especialmente variadas son las expresiones perifrásticas con que se designa a Dios:

...aquel que sabe el nombre a cada estrella (V, 44)  
quien (siendo no mudable) se pasea  
por cuanto el sol alumbra, el cielo abraça (V, 86)  
quien grillos pone al viento, al mar cadena (III, 63)  
...que el mar ciñe de arena (IX, 72).

Tales medios de intensificación no constituyen una novedad en la literatura de aquel tiempo, sino que son de origen medioeval. El Arcipreste de Hita hace amplio uso de ello, en particular con referencia al nombre de Dios:

el que nació de Virgen (11)  
el que fizo el cielo, la tierra e la mar (12), etc.

Pero estas perífrasis representan en muchos casos, como en la obra de Góngora, un intento de reducir a una fórmula más simple y fija las múltiples facetas de la vida. En tal sentido se evidencian especialmente las alusiones perifrásticas de orden mitológico: el poder de la música, por ejemplo, queda señalado por la referencia a tres figuras legendarias en los siguientes versos:

Puestos dexó la música oluido  
al cuyo accento alçó el Tebano muro,  
al que del bordo al mar saltó atreuido,  
i a tierra en su Delfin salió seguro:  
al Trácio, que perdió, por mal sufrido;  
la prenda, que sacó del centro escuro (I, 79).

En el segundo de estos versos alude a *Anfión*, príncipe tebano, que edificó las murallas de Tebas al son de su lira, pues las piedras se colocaron por sí mismas en los sitios que les estaban destinados, al oír el sonido de la lira de Anfión. Los dos versos siguientes hacen referencia a Arión quien, arrojado al mar por la tripulación del barco en que viajaba, fué salvado por unos delfines encantados por el son de su lira. Y los últimos dos recuerdan la historia de *Orfeo*, quien para rescatar de la muerte a su esposa Eurídice descendió a los dominios de Plutón (“centro oscuro”), consiguiendo con los acentos de su lira arrancar de la muerte a su esposa, la cual fué de nuevo muerta por no cumplir la condición impuesta por el dios.

Son numerosas las alusiones perifrásticas a Apolo; también las hay a Hércules, a Cupido, a Marte, a Neptuno, etc.

\* \* \*

*Las imágenes.*— Las imágenes que según la retórica tradicional se nos presentan en forma de comparaciones, metáforas, símbolos, personificaciones, etc., no sólo constituyen, como suelen decir los preceptistas, un mero adorno literario introducido en el lenguaje por necesidad estética, sino que son también un poderoso recurso para suplir las deficiencias de nuestros medios de expresión. Sirve la comparación para sugerir o indicar en forma más precisa la naturaleza de alguna sensación o representación difícil de expresar.

El principal punto de referencia que hallamos en las comparaciones de *El Vasauvo* es el reino animal. Aparecen el ciervo, el lobo, la leona, el león, la onza, la osa, la corza, el jabalí, la garza y la grulla, es decir, animales todos, que el vate angolino no habrá visto nunca en la naturaleza, ya que no son especies de nuestras latitudes. No son, pues, estas imágenes el reflejo de la observación directa de la realidad circundante, sino el producto de su lectura y estudio.

Sabemos que Oña cursó tres años en la Facultad de Artes de la Universidad de Marcos, estudiando latín, filosofía, retórica, etc. Y luego se incorporó al curso de Teología, antes de graduarse de Licenciado; esto explica, por otra parte, su preferencia por comparaciones e imágenes tomadas de la historia y literatura antiguas y de la Biblia.

\* \* \*

En el empleo de las *metáforas* Oña no es original sino hasta cierto grado. Muchas de ellas son bien común de la literatura universal; algunas son corrientes en toda la poesía renacentista, v.g.: *aljófar* o *perlas* por rocío; *lumbres*, *estrellas*, *auroras*, *soles* por ojos; *verde alfombra* por césped; *éban* por

cabellos negros; *crystal* por agua, *urna* por lecho de río; *leño* por barco; *fresno* por venablo, etc.

Una fuente casi inagotable de imágenes le suministra a nuestro autor todo lo que se relaciona con la navegación (el mar; el barco con sus características: mástil, vela, ancla; el piloto; el puerto, etc.).

En todas ellas se acerca a la forma del verdadero símbolo: el mar representa el peligro y la nave lo que está expuesto a él. Ambas figuras abarcan, naturalmente, múltiples conceptos, tanto concretos como abstractos. Así se identifican con el mar las agitaciones del vulgo, o la guerra, o el enemigo, o una dificultad cualquiera; con la nave, el reino, y, a veces, el mismo poema; con el piloto, el rey Fernando o don Andrés; con el puerto, un refugio seguro.

Para otras expresiones figuradas aprovecha la imaginación y el ingenio de algunos de sus autores favoritos.

Por eso, no es difícil descubrir semejanzas y aun coincidencias con Góngora, quien a su vez nos conduce en camino directo, por Fernando de Herrera y Garcilaso de la Vega, a la poesía italiana, especialmente a Tasso y Petrarca, y a toda la literatura clásica en general. En algunos casos, por supuesto, sería posible explicar tales afinidades por el modelo común que usaron estos poetas, sobre todo cuando se trata de metáforas relacionadas con la mitología clásica, ya que todos ellos, incluso Oña, poseían sólida formación humanística.

Sin embargo, era tan subyugante la influencia de Góngora que sus versos pueden considerarse, en general, como fuente inmediata y única a la cual va en busca de inspiración el autor de "El Vasauro".

Veamos el siguiente ejemplo. Al presentarse doña Beatríz en su armadura de guerra ante la reina, ésta declara:

No auer visto igual tessoro  
de la ferrada base al techo de oro.

No pudo hallar nuestro poeta una metáfora más atrevida y más genuinamente arquitectural para referirse al cuerpo y cabello de doña Beatríz, y no carecería de ingenio, si hubiere sido inventada por él. Pero, ocurre ya en el soneto N° 2 de Góngora; y éste a su vez la tomó de Garcilaso, quien la aplica a Elisa, como prueban los versos siguientes:

De la coluna que del dorado techo  
con presunción graciosa sostenía (Egl. I. 277-278)

Y no obstante, esta figura es de más antiguo abolengo. La encontramos en un soneto de Antonio Minturno, quien, sin duda, habrá tenido presente los versos en que Petrarca pondera las perfecciones físicas de Laura:

Muri eran dalabastro, e tetto de oro<sup>4</sup>

Como se ve, nos hallamos aquí ante una expresión figurada que no revela originalidad en la invención ni en la forma.

Varias metáforas que emplea Oña para pintar la belleza femenina y sobre todo las que se refieren al color de las mejillas, nos hacen recordar a los elegíacos latinos imitados más tarde por los petrarquistas. El autor de Polifemo dice del hermoso rostro de Galatea:

Purpúreas rosas sobre Galathea  
la Alua entre lilijs candidos deshoja (Polifemo 105-106).

y en uno de sus sonetos leemos:

Sobre las dos mexillas milagrosas .  
de quien mezcladas leche y sangre mana (Soneto N° 7).

Las mejillas de la bella dama son blancas como la leche o los lirios al que se mezcla el rojo de la sangre o de las rosas. Doña Beatríz así como Fátima tienen igualmente la tez blanca como nácar o como la nieve, pero cuando la emoción o el rubor se asoman a su cara, “se abren dos rosas”; o Fátima “siembra sus mejillas de amapolas”, imagen esta última de rara belleza y de ninguna manera inferior a la de los versos del Polifemo.

Fácil sería multiplicar los ejemplos de esta clase que prueban similitud en el uso de metáforas entre Oña y sus contemporáneos o precursores inmediatos, las cuales, en última instancia, provienen de una fuente común italiana o clásica.

Oña buscó su inspiración principalmente en los clásicos. Y nada más natural que un poeta tan imbuído del espíritu de la tradición antigua, acogiera el mundo mitológico, la historia natural, así como las costumbres y los proverbios de los antiguos. Era una manera de embellecer la vida, de sublimar las imperfecciones de la realidad.

Es posible que varios de estos temas le hayan sido sugeridos por la lectura de Góngora, pero Oña, el humanista, podía moverse en estas esferas con la misma facilidad con que lo hacía su ilustre modelo. Para él, como para un escritor del siglo XVI –como dice Dámaso–, un objeto cualquiera se sitúa, se ordena dentro del mundo, cuando se le refiere a un punto de ese sistema fijo a que la concepción greco-latina del cosmos había reducido todas las formas y actividades vitales. Así, fuertemente enraizada en la antigüedad clásica, su obra adquiere un rasgo típicamente barroco.

<sup>4</sup> Cp. EUNICE JOINER GATES, *The Metaphors of Luis de Gongora*, Philadelphia, 1933, p. 18.

La tendencia a materializar o concretizar lo abstracto hace que la guerra sea representada por Marte; el amor por el niño dios Cupido; la música y sus propiedades por Orfeo, Anfión o Arión; la constancia en el amor por Clicie; la renovación eterna por el Fénix; la velocidad por Atalanta; el dolor o la tristeza por Filomela, etc.

Desfilan en *El Vasauro* ante nuestra vista todos estos personajes, ficciones de la mitología, solamente en calidad de figura poética, como recurso metafórico.

Los asuntos mitológicos que el poema trata de preferencia reconocen como fuente especialmente a Ovidio y a Virgilio<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Su admiración por Virgilio y la Eneida es ilimitada.

Tratar de igualar al célebre mantuano es lo más alto a que un poeta puede aspirar. Es tanto brillo y tanta la gloria de los condes de Chinchón

Que ni Euclýdea pluma los guarismos  
ni mantüana boz cantarlos puede (III, 101).

Y al enaltecer los méritos de los que componían el ejército del rey Fernando exclama:

¿Mas donde os dexo, Grandes de Castilla?  
Si dignos del clarín Virgiliano:  
no de mi auena humilde... (VII, 50).

Invoca a las musas con el siguiente ruego:

O' Musas alentad la trompa vuestra,  
i ministradme versos Mantüanos (VIII, 52).

De las leyendas mitológicas que encontrara en la Epopeya virgiliana ha atraído especialmente el interés de Oña, la de Eolo, rey de los vientos:

De sus pesadas cárceles Eólo  
dexó salir al Zéfiro, al Galérno: (I, 74).

dice en el primer libro. Y vuelve sobre este tema en el comienzo del segundo canto:

No assi tan facil puso en paz los vientos  
el que sobre las ondas reyna solo;  
quando por Juno ayrados, i violentos  
salieron de tus cárceles Eólo.  
I desquiciando el mar de sus asientos,  
tronar hizieron uno, i otro polo;  
para que nubes lóbregas y feas,  
quitassen sol, i cielo al Téucro Eneas (II, 5) (1).

Pero la influencia de Virgilio no sólo se limita a la Eneida, sino que se descubren también claras reminiscencias de las églogas.

Manifiestas están en los siguientes pasajes de "El Vasauro":

(1) Ac venti, velut agmine factó,  
que data porta, ruunt, et terras turbine perflant.  
Incubuere mari totumque a sedibus imis  
Una Eurusque Notusque ruunt, creberque procellis  
Africus, et vastos voluunt ad litora fluctus. (Eneida, I, 82-86).

En este mismo pasaje se había inspirado ya una vez para su "Arauco Domado", (Canto II):

En rápido turbión trasordinario  
se resolvieron Euro, Cierzo, y Noto,  
y en remolino el Abrego violento  
arrebataba el rancho de su asiento. (págs. 91, 2-5).

No a costa de la pública ruina.  
priuado gusto labres: que la rosa  
no corta mano cauta en parque ameno;  
si ve que tras la flor, está el veneno (I, 21).

Idéntico temor se expresa en los siguientes versos:

Mas no ay felicidad cumplida en cosa,  
i occulto el aspíd, salta de la rosa (X, 65).

Aquí tenemos una versión del tema: "La serpiente se oculta entre la flor":

Qui legitis fleres et humi nascentia fraga,  
frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba (Egloga, 3, 93).

Adagio latino a que recurre a menudo Góngora en sus sonetos (N<sup>os</sup> 23, 42, 43, etc.) y en las Soledades, constituyendo un lugar común que la tradición latina legó a nuestra literatura clásica.

Y ¿cómo no recordar el bello Virgiliano:

Sub tegmine fagi... (Egloga I, 1)

al leer en *El Vasauo* los versos:

En el verano a sombra de la Haya  
canta el zagal (dezis) con bel sossiego...? (X, 65).

Creo que no es muy aventurado afirmar que Oña se inspiró en esta misma poesía bucólica cuando le hace decir hiperbólicamente al joven Fernando que trata de consolar a la bella mora Fátima:

Mas antes no avrá espuma en las riberas  
del brauo mar; i el pez por esta umbrosa  
montaña nadará, que yo en mi pecho  
relaxe de tu amor el nudo estrecho (X, 97).

Pues no menor exageración encierran las palabras de Titiro:

Ante leues ergo pascentur in aethere cerui  
Et freta destituent nudos in litore piscis (Egloga I, 59-60).

De Titiro y Melibeo tomó también la comparación que aparece en la estrofa siguiente:

La furia sola ve de un hombre armado;  
que raudo enuistei rompe y atropella  
i qual ciprés, de mimbres rodeado,  
entre los que le ciñen, se descuella (IV, 48).

donde Oña alude a doña Beatríz que sobresale entre los demás guerreros, como el ciprés entre los mimbres (2).

(2) Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes  
quantum lenta solent inter viburna cupressi (Egloga I, 23-24).

La emocionante historia de la desdichada hija del rey Pandión, Filomela, a quien los dioses transformaron en ruiseñor, se halla mezclada en la versión que nos presenta Virgilio

en sus Geórgicas, con la fábula que ve en el ave plañidera a la madre que llora la pérdida de sus pequeños:

Qualis populea maerens Philomela sub umbra  
amissos queritur fetus, quos durus arator  
observans nido implumes detraxit: at illa  
flet noctem, ramoque sedens miserabile carmen  
integrat, et maestis loca questibus implet (IV, 511-515).

De esta suerte la doliente Filomena  
lamenta entre el ramaje de los álamos  
sus pérdidas crías, que puesto en acecho,  
le robó del nido, sin plumas aún el despiadado labrador;  
llora ella toda la noche, y desde la rama en que se posa,  
repite sin cesar sus lastimeros cantos,  
llenando con sus trinos los vecinos bosques. (Manuel Machado).

Este tema aparece en la lírica española sobre todo de la de oro, en diversas variantes y constituye otro lugar común de ella. Oña no pudo resistir a la tentación de entretejer el motivo o aludir a él en el Arauco Domado, en el Ignacio de Cantabria y en El Vasauro.

En la primera de esas obras introduce al ruiseñor para pintar la profunda pena que aflige a Gualeva:

Así Gualeva andaba con la pena...  
Como la querrellosa Filomena  
que cuando al nido fué con la comida  
no vido en él si no es algunos pelos,  
reliquias de los huérfanos hijuelos (Canto VII).

Y en El Vasauro aparece en idéntica forma para expresar el dolor de Fátima que llora su amor perdido. Dice el pastor que acompaña al joven Fernando:

Ecucho a un ruiseñor, que ve robado  
del álamo su ya chillante nido  
a cuyo dulce canto me suspendo (X, 77).

No pudo faltar la alusión a esta ave en el Ignacio de Cantabria:

Tu fuente, que los oyes, casi olvidas  
el curso; ¡ tu la dócil rama escaso  
hieres Favonio; ¡ tu en la cumbre amena  
suspendes tus agravios Filomena (Canto I).

Pero Oña se aparta de la tradición de Virgilio y recoge el mito en la versión Ovidiana de las Metamorfosis (VI, 455 Y sigts.), al mencionar a la hermana de Filomena, Progne, y al desventurado hijo de ésta, Itis. Para describir la llegada del invierno, Oña en su Arauco Domado nos lleva a un paisaje en que se ha apagado toda señal de vida, en que ya no se oyen los alegres trinos de los pájaros.

Está callada y mustia Filomena,  
Itis se encoge, Progne se marchita (Canto III).

Alude también en *El Vasauro* a la leyenda de la tórtola viuda, variante en que podría verse influencia de Garcilaso (3):

Mas ya el gallardo Abril de su llegada  
viene, oloroso dando alegre auiso

Un aspecto muy marcado de la metaforización de Oña y de toda la poesía de su época, es la tendencia a personificar conceptos abstractos o de dar vida, y a veces forma humana, a objetos inanimados.

También para estas figuras acude a la mitología clásica. Frecuentes son, como ya en *El Arauco Domado*, las referencias al más bello y glorioso de los dioses: Apolo o Febo y a su hermana Diana como representantes del sol y de la luna.

Estas descripciones metafóricas se atienen con mucha fidelidad a los conceptos antiguos, sin el menor indicio de intentar un desarrollo original que se aleje de los moldes convencionales. Conforme con la tradición renacentista, se nota en alto grado la tendencia a “humanizar” el mundo físico, comparándolo con todo lo que tiene relación con el hombre y sus actividades. La inclinación de Oña a representar seres concretos le lleva a atribuir a ríos, estaciones del año y aún a ciudades y a países motivos y actitudes de índole humana.

En general, las metáforas del poeta chileno no muestran en su estructura formal la complejidad que tienen las de Góngora ni se advierte en ellas la preocupación constante de poner en contacto esferas muy distanciadas para despertar determinados sentimientos estéticos. Sin embargo, hallamos numerosos casos en que se confirma la tendencia a ampliar ámbito de la imagen, entrecruzándose metáforas y perífrasis, o concurriendo una hipérbole o un eufemismo. Y todo ello con el propósito de dar mayor colorido, belleza e intensidad a un término de uso cotidiano. En muchas de sus imágenes impera la percepción de orden visual en que el color desempeña un papel preponderante. Este último aspecto se acentúa especialmente en el uso de los epítetos en los cuales predominan las impresiones visuales frente a las de los otros sentidos.

Dámaso Alonso ya ha destacado la intensificación de color en la obra de Góngora con respecto a la de sus predecesores. Oña queda dentro de este grupo de poetas de sugestión colorista en toda la línea de su producción literaria. También en *El Vasauro* está unida la brillantez con el color; toda la serie de vocablos que dan la impresión de luz y esplendor: *luciente, fulgente, radiante, rutilante, bruñido*, van en estrecha unión con aquellos

---

i Flora se descubre, coronada  
de rosas, que cortó en el Paraíso:  
buelue a gemir la tórtola encerrada,  
que nunca reiterar sus bodas quiso;  
i Filomena, oyéndose a desseo,  
o canta, o llora el crimen de Tereo (4) (VII, 19).

(3) Ver MARÍA ROSA LIDA *El ruiseñor de las Geórgicas y su influencia en la lírica española de la edad de oro*. En “*Volkstum und Kultur der Romanen*”. 1938, XI, 3-4 págs. 290-305).

(4) Refiere Oña la fábula de Tereo en “*El Arauco Domado*”, canto IV.

términos que junto con la esplendidez encierran una sensación de color: *alabastro, nácar, perla, plata, diamante*. Es este un rasgo que revela en nuestro autor una actitud estéticamente igual a la del gran lírico cordobés.

\*

\* \*

Por tratarse de un problema demasiado técnico, no estudiaremos ahora ciertos giros sintácticos que ocurren en este poema, aunque demuestren en forma y convincente el influjo del autor de las *Soledades*, sino que pasamos de inmediato a algunos puntos de la versificación.

### LA VERSIFICACIÓN DE *EL VASAURO*

Todos los críticos que se han ocupado de la versificación de nuestro poeta admiran la soltura de sus octavas. Adolfo Valderrama dice, refiriéndose a *El Arauco Domado* y al *Ignacio de Cantabria*, que es un versificador notable, que aventaja muchas veces al autor de *La Araucana*, que sus versos son fáciles y elegantes, etc. Y será seguramente el ritmo interior de su verso, embellecido por ciertos secretos de la técnica, aprendida a Luis de Góngora, sobre todo en el hábil empleo de las palabras esdrújulas, lo que indujo a don Marcelino Menéndez y Pelayo a calificar las octavas de *El Vasauro* de “extraordinarias”.

En general las estrofas de nuestro poema tienen menos naturalidad que las del *Arauco Domado*; pero tienen mucho más arte.

Oña se vale con exquisita oportunidad de varios artificios para dar a sus versos no sólo una nota de armonía y dulzura, sino también fuerza expresiva. Con gran maestría usa la aliteración en:

O bibora, en biuir de tu veneno

para imitar el silbo de la serpiente.

O nos da la sensación de alegría casi ruidosa con la aliteración en:

...entró el verano

vertiendo risa i rosas i rocío

y muy expresivo es también el que nos pinta la impaciencia y ferocidad taurina:

raspa feroz la tierra, brama horrendo

verso en que la sucesión de consonantes vibrantes y vocales graves producen esta intensa impresión.

Notable y muy feliz es igualmente el ritmo que dió a los versos en que describe los preliminares del combate singular entre el moro y el joven Fernando. Los dos adversarios se miran y se miden a distancia; la nerviosidad de los caballos que en corto galope golpean con fuerza el suelo, se refleja magníficamente en la serie de yambos:

Buscándo cómo entrár por fránca páрте  
con árte, o fuerça, o juntos fuérça y árte

colocando la voz repetida “fuerça” en posición de mayor intensidad rítmica. Este último ejemplo nos muestra a la vez una particularidad interesante de la versificación de *El Vasauro*, la cual merece destacarse aquí y que prueba nuevamente el poderoso influjo que ejerció sobre él el autor de las “Soledades”.

Conforme a éste su modelo, el poeta chileno da muy a menudo a sus versos una división simétrica, fragmentándolos, por decirlo así, en dos hemistiquios –aun cuando se conserva la unidad rítmica– en que el segundo sirve de refuerzo al primero.

Vemos una clara simetría en algunos ejemplos en que se repite en la segunda parte una palabra que aparece en la primera:

contento el Rey, el Rey agradecido  
en rápido tropel, tropel sonoro  
Rey valeroso, Rey esclarecido  
viste se el Campo, el Campo se abastece

El caso más socorrido en *El Vasauro* es el en que las dos ideales partes del endecasílabo están formadas por dos idénticas construcciones gramaticales. Entre las dos se interpone a menudo un elemento asimétrico, en general una conjunción, como una especie de “centro o eje de simetría”. Sin embargo, para los ejemplos que se citarán a continuación sería tal vez más propio emplear el término *paralelismo* en vez de *simetría*:

ira del cielo, i plaga de la tierra  
calomas a la paz, y paños al viento  
cumbre de honor, i abismo de grandeza  
alas de amor, i grillos de verguença

Los dos miembros de estos endecasílabos son absolutamente iguales y prueba de que no es una simple casualidad, sino un paralelismo empleado conscientemente con fines estéticos, parece ser el hecho de que estos ver-

sos constituyen, por regla general, el final de una octava, como para cerrar la estrofa en forma brillante.

Este artificio no es una invención de nuestro autor ni de Góngora, pues se halla también en la época renacentista, en Garcilaso y en otros anteriores a su generación. Pero fué Góngora quien lo desarrolló especialmente y lo perfeccionó, a fin de dar a sus versos una arquitectura particular y conseguir con él un preciso efecto estético. Y, por último, lo convirtió en una característica formal de su estilo.

Oña se dió cuenta de las posibilidades expresivas de este procedimiento; se apoderó de él y lo aplicó en *El Vasauro* con todo acierto y discreción. Ninguno de estos artificios se hallan en el *Arauco Domado* ni en *El Temblor de Lima*, con una clara intención estilística.

Si examinamos con esmero todas las particularidades estilísticas y de la versificación de *El Vasauro*, de las cuales hemos mencionado sólo algunas aquí, llegamos a la conclusión de que esta obra, último producto de la musa de nuestro licenciado, se distingue esencial y fundamentalmente de todas sus obras anteriores y, en particular, de la que se considera su obra maestra.

Aunque, sin duda, adolece de varios defectos relativos a la composición, aventaja a las otras notablemente en la técnica, en los diversos procedimientos estilísticos, que revelan en el autor mayor madurez, mayor reflexión sobre los principios estéticos.

Refleja especialmente este poema ciertas vivencias artísticas que en forma manifiesta declaran la obra del gran lírico cordobés como estímulo directo de su creación. Es el resultado de una época en que Oña habrá concebido su arte, esencialmente, como arte de expresión, de suerte que su actividad poética lo empujaba a buscar nuevos medios estilísticos que él halló en las obras de su gran contemporáneo.

Todo su arte es ecléctico, es un producto de su tiempo, con todas las características de las diversas tendencias literarias en boga. Por eso muchos de los defectos que se le pueden imputar son prejuicios literarios comunes a la mayoría de los poetas de su época. Sin todo lo que le precedió y todo lo que nutrió la sensibilidad de su tiempo, la obra del vate chileno no habría existido: Ercilla, Garcilaso, Góngora, son los astros que le señalaron el rumbo en su viaje por el Parnaso.

Fué Eduardo Solar Correa quien en sus *Semblanzas literarias de la Colonia*, con más insistencia subrayó las relaciones entre Oña y Góngora, llegando a afirmar que en *El Arauco Domado*—y a esta obra se refiere el señor Solar únicamente— se descubrían profundas huellas del autor del *Polifemo*, pensando sobre todo en la pasión de ambos escritores por lo suntuoso y pomposo, por las sensaciones de luz y color. Y admírase Solar Correa, no del hecho mismo de que el poeta español ejerciera influencia en el chileno, sino de la rapidez con que ésta se hiciera sentir en América.

Últimamente, don Gerardo Seguel (*Pedro de Oña*, Ed. Ercilla, Santiago, 1940, pág. 37) ha manifestado, aunque con poca decisión, su duda acerca de si nuestro poeta había leído ya (quiere decir, si se había propuesto imitar) a Góngora, cuando se inició en la poesía con su *Arauco Domado*.

Creemos que no es necesario suponer que Oña haya tenido que ir a buscar inspiración en él para satisfacer su ansia de color y luz que se manifiesta ya en su obra de juventud. Para eso existían otros modelos, sobre todo Herrera y Garcilaso, que se destacaban en este sentido, antes de que viniera a arrebatarnos la palma el gran cordobés.

Parece que en este punto Eduardo Solar hubiera desconocido la influencia de los precursores de Góngora y atribuyera a éste lo que nuestro compatriota debía en verdad a aquéllos. En esa época todavía no se denuncian entre el autor de las *Soledades* y Pedro de Oña, analogías tan claras que sólo pueden descubrirse entre maestro y discípulo. Pues lo que cree Eduardo Solar de origen gongorino en *El Arauco Domado*: “Elegancia, refinamiento, color”, era rasgo común de casi toda la poesía renacentista, de la cual esta obra es clara expresión en más de un aspecto.

La influencia del lírico español, a nuestro juicio, no es visible todavía en *El Arauco Domado*: culteranismo no debe confundirse con gongorismo. Todas las peculiaridades estilísticas que adoptó Oña de él aparecen sólo en sus producciones posteriores y principalmente en *El Vasauero*.

Resulta, pues, que nuestro poeta no es innovador, no es original en ningún aspecto prominente del estilo de su última obra. Pero con su fino temperamento artístico comprendió lo exquisito de la técnica gongorina; su buen gusto literario y su sensibilidad lo hicieron elegir sus modelos entre lo más refinado de la poesía de su tiempo. Acude a Góngora como su guía más seguro, en quien encuentra a la vez la antigüedad clásica que tanto amaba, en los moldes que requería su arte para evadirse de este mundo y refugiarse en otro más bello, donde su fantasía podía moverse con más libertad. Vió que con hábil manejo de los sutiles procedimientos que hallaba en su modelo, podía resaltar la belleza de sus concepciones, imitando la oportunidad de las imágenes, la diestra selección de los vocablos y la cadencia musical de sus versos.

Pero la objeción que se le hizo ayer a Góngora, se le hará hoy al épico chileno: se dirá que su lenguaje es oscuro y enigmático, por el empleo de transposiciones artificiosas, por el excesivo uso de metáforas y de recónditas alusiones mitológicas e históricas, por todo ese peso que arrastra de la tradición antigua que para el gusto moderno constituye defecto.

Sin embargo, si bien se mira, no hay razón alguna de hacerle tales reparos. No hay oscuridad en su obra, dificultad tal vez sí, por exigir un poco de más trabajo, de mayor meditación, agudeza de entendimiento en el que escucha o lee, pues lo intrincado envuelve dificultades, pero no necesariamente oscuridad y confusión. Y ¿por qué prohibir al poeta el uso

de los más insustituibles recursos, del más bello ornato de su lengua, de las más primorosas elegancias? Con ellas Oña pudo satisfacer su anhelo de rendir culto a lo estético, pudo apagar su sed de belleza, indiscutiblemente manifiesta en *El Vasauro*, cuya edición tengo el honor de ofrecer ahora a los señores académicos, en testimonio de agradecimiento por haberme llamado al seno de esta ilustre corporación.



# DISCURSO DEL R. P. RAIMUNDO MORALES RETAMAL<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 29 DE ABRIL DE 1941, EN LA RECEPCIÓN DEL DR. RODOLFO OROZ EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Señores Académicos:

El erudito discurso que acabáis de oír, o, mejor dicho, escuchar, no es el único título que tiene su autor para sentarse entre nosotros. Joven todavía –45 años no se pueden llamar vejez–, el señor Rodolfo Oroz ha hecho, sin embargo, hasta aquí una obra lingüística digna de admiración y aplauso, que honra a la ciencia y las letras nacionales y que le da pleno derecho para ocupar un sitio conspicuo entre los miembros de nuestra Corporación.

Estudioso como él solo, obrero infatigable del edificio filológico, de óptima voluntad para cooperar en las labores de nuestro Instituto, ya lo tiene probado, siempre solícito y atento a las últimas investigaciones y adelantos de la ciencia que cobra todos sus desvelos, afortunado cultivador del idioma del Lacio, a quien ha consagrado los mejores y más briosos esfuerzos de su talento, es inconcuso que, al elegirle, nuestra Academia se ha hecho con una ayuda muy eficaz, con un elemento de primer orden en las tareas que nos tiene encomendadas la Academia de Madrid, de mirar por los fueros del idioma que nos es común y que en lo moderno, al decir de Menéndez y Pelayo, padece por novedad frases horribles, con que más se confunde que se ilustra.

Dotado de rara capacidad para los idiomas, conoce perfectamente el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el griego y el latín. Catorce años vivió en Alemania estudiando y otras muchas cosas, hasta que en 1922 recibió su título de profesor y Doctor por la Universidad de Leipzig, título que le faculta para enseñar, entre otros ramos, las lenguas germánicas o teutónicas y las neolatinas.

Vuelto a la patria, su actividad científica, en vez de disminuirse, se ha aumentado y héchose más profunda y provechosa. Es profesor de la Universidad del Estado, y desde 1933, Director del Instituto Pedagógico. En el Instituto Superior de Humanidades ha creado, no hace mucho, el depar-

<sup>1</sup> R.P. RAIMUNDO MORALES RETAMAL (1923-1956) Académico de número de la Academia Chilena de la Lengua entre 1923 y 1956. Ocupó el sillón N° 2.

tamento de filología clásica para enseñar griego y latín y todo lo que de cualquier manera se relaciona con la clásica antigüedad.

A la enseñanza de viva voz ha añadido el Dr. Oroz la enseñanza por escrito. En 1927 publicó una “Antología Latina” y un “Estudio sobre la pronunciación del latín clásico”; en 1928, un “Diccionario Inglés y Español Inglés”, notable por lo copioso; en 1932, una “Gramática Latina”, con notas lingüísticas y unos “Ejercicios Latinos”. La Gramática ha merecido ser traducida al portugués por Olavo Aníbal Nascentes en 1938.

Cual si esto no bastara, la actividad del Dr. Oroz se ha extendido también a obras ajenas. Se ha tomado el ímprobo trabajo de hacer una copia exacta del manuscrito del *Vasauro* (vaso de oro), poema escrito en octavas reales por el chileno Pedro de Oña en 1635. Oroz lo anota y le pone una docta y erudita Introducción. Lo propio ha hecho con el *Cid* de Corneille, no sólo anotándolo, pero añadiéndole un vocabulario para su mejor inteligencia. Por último, la “Breve historia del mundo”, de Wells, ha merecido asimismo, como las obras anteriores, un comentario y un vocabulario de la erudita pluma del nuevo académico.

Pero aún hay más. Amén de las dichas obras, el Dr. Oroz ha escrito un sinfín de artículos de índole filológica, ora sobre el lenguaje en general, ora en especial sobre lo que llaman lenguaje chileno. Todos estos artículos, que a veces son verdaderos estudios que ostentan las dos notas características de la pluma del autor: erudición y selección, andan por ahí sueltos y voladeros en revistas y periódicos. ¡Ojalá ate cuanto antes estos cabos sueltos, reuniéndolos en volumen para común provecho de los aficionados a estas cosas!

Mientras tanto, señores, admiremos nosotros la labor vasta, tesonera, realmente científica, de este nuevo obrero del espíritu. Sí, científica. Todo lo escrito por Oroz lleva este sello. No son las suyas de esas obras que se escriben principalmente con la fantasía y secundariamente con la inteligencia, sino todo al revés. Son obras que suponen mucho tiempo, mucho trabajo a la lámpara solitaria, mucha erudición, mucha cultura, mucha paciencia; son obras de erudición menuda y fatigosa, capaces de dar al traste con la salud más robusta y que, si no dan esa fama inmediata, vocinglera y efímera con que tantos se contentan en nuestros días, la dan al cabo y la dan sólida, estable y duradera, más duradera que el bronce, como se la prometía a sí mismo el vate de Venusa; son, últimamente, obras que honran a la patria y que difunden fuera y lejos de ella la gloria de sus hijos y el esplendor de su cultura.

Decir algo de todas no es posible sin abusar de vuestra paciencia. El señor Oroz ha escrito sobre Bello, considerado como filólogo, sobre el origen del lenguaje, sobre la vida de las palabras, o sea, sobre las causas de los cambios de su significación, sobre el lenguaje familiar y vulgar chileno, sobre el de nuestros deportistas, sobre el problema de las lenguas univer-

sales, sobre el elemento afectivo en el lenguaje chileno y sobre otras no pocas cosas.

¡Cuán grato me hubiera sido, a no empecerlo los naturales límites de esta contestación y el temor de aburrirlos, discurrir acerca de tan interesantes materias!

Algunas ideas tengo sobre estas cosas, y me habría gustado extenderlas ante vosotros, siquiera para comentar y corroborar lo dicho por mi ilustre colega, siquiera para disentir amistosamente sobre algunos puntos importantes, si no esenciales.

Véome, pues, necesitado a limitar mis deseos a la obra principal del señor Oroz: su *Gramática Latina*. Que yo sepa, en Chile no se ha escrito nada mejor, o que siquiera se le iguale. Hasta el lenguaje es en ella más correcto y puro que en otras producciones de autor. Es completa: abarca la fonética, la morfología, la sintaxis, la métrica. Cada parte se completa con un apéndice. El más notable es el titulado “Estudio sobre la pronunciación del latín clásico en relación con los idiomas neolatinos”. La sintaxis es la parte mejor, por lo abundante y bien dispuesta. Es comparada. El propio autor nos dice que su Gramática “es la primera obra americana en que se aplica el sistema histórico comparado en la exposición científica de la estructura de la lengua latina”. Compara con el castellano, el francés y el inglés. Es científica. El autor ha cuidado de “no afirmar nada que por el progreso de la ciencia haya sido desmentido”. Prueba de ello la pronunciación del latín. Antes se creía que nos era enteramente desconocida. Cada nación la atemperaba, si no en todas, en muchas cosas por lo menos, a la pronunciación de su propio idioma. Ahora conocemos la pronunciación de los antiguos romanos. “Sabemos perfectamente, dice nuestro autor, cómo se pronunciaba el latín en Roma; más todavía, conocemos también las faltas que cometían los campesinos o las gentes de las provincias. Algunos casos nos permiten distinguir hasta las épocas de la evolución fonética y trazar a veces toda la historia de un sonido”. La *Gramática Latina* refleja, pues, las últimas investigaciones sobre el particular. De ahí su carácter serio, erudito, científico.

La primera cosa que llama la atención en la *Gramática* cuando por vez primera se la hojea, es la erudición menuda, pero selecta. Hay dos especies de erudición: interna y externa, de ideas y de citas. El señor Oroz usa más de la primera. Nunca, o casi nunca, cita. Su erudición no se ve con los ojos, sino con el espíritu: corre por debajo de las palabras. Esta erudición es la más interesante y la más difícil: supone mucha lectura, mucha y profunda ilustración y un entendimiento claro y potente para ver bien el fondo de las cosas, para discernir lo esencial de lo accidental, para escoger las ideas entre el montón enorme de datos y palabras en que vienen envueltas. A veces una página, y aún unos cuantos renglones le han costado al autor la lectura de tomos enteros. Tales es la erudición de Macaulay, por ejemplo,

en Inglaterra, de Menéndez y Pelayo y Valera en España, de Oyuela en la Argentina, de Gómez Restrepo en Colombia y de Barriga entre nosotros.

La erudición tiene pocos amigos y muchos enemigos o detractores. A estos últimos señores se los puede siempre confundir con el conocido refrán que reza: “Dime lo que aborreces, y te diré de lo que careces”. El que habla mal de una cosa es porque carece de ella. De estos tales hay que desconfiar. Se les puede aplicar el caso de la diatriba furibunda contra el baile que nos cuenta Rodríguez Marín. Se publicó en un diario de Sevilla, la leyó un estudiante travieso, y escribió al margen de ella: “Se advierte que este gran detractor del baile es cojo”. Los detractores de la erudición, concluye Rodríguez Marín, son cojos del pie de la cultura sólida.

Para qué sirve la erudición, dicen ellos, sino para hacer el escrito pesado, enojoso, insufrible. Error. La erudición sirve y es necesaria para decir lo que hay que decir y no otra cosa, para excusar la declamación ostentosa y hueca, para expresar ideas y evitar la filatería o cháchara insustancial y vana. Por eso esta filatería está siempre ausente en los escritos del señor Oroz, máxime de su *Gramática Latina*.

Claro está que la obra de nuestro compañero tiene muchos detalles o menudencias; pero son menudencias interesantes, menudencias de ideas. ¡Ay del arte o de la ciencia que no haga caso de estas menudencias! Sin ellas no habría perfección ni, por ende, verdadera obra de arte ni ciencia. No dudo, señores, de que habréis parado mientes en que, así como la del arte y la de la ciencia, la perfección moral o santidad consiste también en la observancia de menudencias. *Qui spernit módica, paulatim decidet*, dice la S. Escritura: poco a poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas (*Eclesiástico*, XIX, 1). Recuerdo que D. Diego Clemencín, respondiendo a algunos enemigos de las menudencias y quisquillas gramaticales, les advierte que generalmente estas cuestiones son sobre palabras o sobre sílabas, pero “no menos interesantes por esta razón que otras sobre cosas mejores” (*Quijote*, VII, 376).

Bello dice más. Dice que sin las dichas menudencias no es dable penetrar el espíritu de los antiguos. “Es imposible llegar a las ideas, y sobre todo a los sentimientos, si no es por la análisis de los signos con que los ha revestido el lenguaje y hasta qué punto puede llevarse ese análisis, considérenlo aquellos que en la lectura de las obras de elocuencia y poesía en la lengua materna, sean capaces de percibir a qué ligeros matices, a qué accidentes está ligada muchas veces la expresión de la gracia, de la ternura, de la sublimidad, que nos embelesan y arrebatan. Y si esto se verifica en todas las lenguas, ¡cuánto más en las clásicas, tan copiosas, tan variadas, tan sueltas y en que, por consiguiente, las afecciones del alma se enlazan de un modo tan íntimo, con los accidentes del lenguaje! No es posible desmenuzar su estructura sin empezar a sentir el aliento de majestad y grandeza que las vivifica; y recíprocamente es en vano buscar ese espíritu

sino por entre las formas en que ha querido revelársenos. La historia de la literatura suministra mil pruebas de esta verdad. El examen cuidadoso de esas menudencias es lo que ha conducido a los descubrimientos que han ilustrado recientemente la crítica literaria. Por ellas se ha encontrado el sentido de infinitos pasajes que antes habían parecido enigmáticos. A ellas se debe la restauración de otros innumerables, desfigurados por la incuria de copistas o por el mal estado de los códices. Al estudio prolijo de cosas al parecer de poco momento debemos la restauración de Tácito por Lipcio, de Horacio por Bentley, de Virgilio por Heine; y nadie seguramente se atreverá a negar que estos eminentes filólogos calaron el espíritu al mismo tiempo que la letra de los antiguos” (*Obras Completas*, XV, 85).

Tales son, señores, las excelencias de la obra del señor Oroz. Las tachas que, como a toda obra humana, se le podrían poner son muy pocas, y no son propiamente tachas o defectos, sino deficiencias. El autor no define sino raras veces. En esto se aparta de lo que hacen todas las gramáticas. Si tiene en ello razón o no, se puede discutir. Yo pienso que no. La definición encierra la esencia de las cosas, y es menester que el joven conozca con antelación esta esencia para entender bien lo que en seguida se va a tratar. Ni se diga que el joven debe ir a la clase de latín provisto de buenas nociones de gramática castellana. ¿Sucederá en todos los discípulos? Es lícito dudarlo. Y aunque sucediera, siempre sería muy útil y aún necesario tener la definición fresca y a la mano para no verse uno a cada paso obligado a recordar nociones que a veces, por mal aprendidas, no obedecen al llamado de la memoria.

Y yo creo que no sólo se debe definir, sino también explicar de manera breve, a veces histórica, a veces etimológicamente, la nomenclatura o tecnicismo gramatical, a lo menos las voces principales o más importantes. Etimológicamente sobre todo. *Etimología* es voz que nos viene del griego por el canal del latino. Se compone de *étimos*, verdadero, y *logía*, locución, palabra, razón. Significa, pues, verdadero discurso, significación verdadera. Es la ciencia de lo que es, de la verdad. Por eso, es increíble lo que facilita la inteligencia, y aún la comprensión de las ideas. De ahí su importancia en la enseñanza gramatical. Hace falta una obra, que podría titularse: “El porqué de la nomenclatura gramatical”.

Con estas nociones históricas o etimológicas, el discípulo sabría que Bello no sabía qué ha querido decirse con la voz *indicativo*, aplicada a uno de los modos del verbo; sabría que *acusativo* es una errada traducción que Varrón, con ser el más sabio de los romanos, hizo del griego y que la rutina ha aclimatado; sabría que *genitivo* también lo es, al decir de Max Müller y de Cuervo; sabría por qué *amando* se llama voz rara de *gerundio*; sabría que no debe decirse *haspirada* sino *espirada*; sabría por qué en latín *amatum*, *amatu*, formas nominales. del verbo, se llaman *supinos*, es decir, boca arriba, tendidos de espaldas; sabría que el *caso* se llama así porque, como

dice Balmes, *cae* o termina de diferentes maneras; sabría, finalmente, el discípulo... pero dejémosle en paz, señores, y vengamos a la segunda deficiencia.

La Gramática del señor Oroz es comparada. Las comparaciones son exactas y doctas, sin duda, pero saben a poco; más de una vez le dejan a uno a media miel. Unas veces no compara, debiendo hacerlo; otras es tan breve la comparación, que suele encerrarse en un solo renglón, y hasta en menos. Dos ejemplos. Tratando del genitivo de pertenencia moral con que se construye el verbo *sum*, observa el señor Oroz que “en lugar del genitivo del pronombre personal, se pone el pronombre posesivo neutro *meum est*; a mí me toca”. Nada más. No hay ninguna nota sobre lo que sucede en castellano, y, sin embargo, en este idioma existe la construcción análoga. En el P. Alonso de Cabrera, clásico dominico del siglo XVI, leemos: “No es *tuyo* pesar si lo que se te manda es poco o mucho” (*Sermones, Purif.*, consid. 2°). En cuanto a la poesía, todos conocen estos versos de León:

Mo es *mío* ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el ciego y el ábrego porfían.

Como en griego, también en latín hay verbos que se construyen con dos acusativos. El autor trata muy bien de estos verbos, pero no dice si en castellano sucede o puede suceder lo mismo. Algunos gramáticos niegan hasta la posibilidad; otros, en cambio, entre los cuales me cuento, no ven inconveniente alguno en este régimen de dos acusativos. Así Benot, Peña, Cejador y la Academia, en su *Gramática*, que es una obra magistral. ¡Qué bueno habría sido conocer la opinión del señor Oroz sobre este particular!

De cualquiera suerte, la obra de nuestro compañero no puede recibir mengua alguna de las amistosas observaciones que he hecho con la mejor intención del mundo, y será ahora y siempre argumento de la alta cultura científica del autor, el cual es ejemplo vivo de estudiosidad y constancia, y el representante más autorizado de los estudios clásicos entre nosotros, de los estudios que Pío XI juzgaba “insustituibles para la formación del espíritu”, pensando de muy diferente manera que la juventud de hoy día, que, como dice un ilustradísimo escritor, “no se forma en la lectura seria y provechosa de los maestros de la belleza y el arte, sino en la de novelas crudas y escritas al desgaire, en traducciones de pacotilla, en libritos que a un tiempo dañan el gusto y falsean el sentimiento”.

Y no debía ser así. Sin estudios clásicos, sin humanidades serias, fuertes, macizas, científicas, no puede un pueblo preciarse de tener verdadera literatura. No puede tampoco haber en él ningún lingüista que lo sea de veras. Después de Bello, no ha habido aquí ningún filólogo en el amplio

y total sentido de la palabra, filólogo de alta cultura, que subyugue e imponga la ley, y obligue a respetarle y seguirle. La culpa la ha tenido, por una parte, la guerra declarada a los estudios clásicos, que han yacido por un largo siglo en el sepulcro del olvido<sup>2</sup>, y por otra el insuficiente influjo lingüístico que ha logrado entre nosotros Bello, que ha influido más en lo político que en lo literario<sup>3</sup>, junto con el cultivo acaso excesivo de otros estudios, los históricos, por ejemplo, en que Chile no cede la palma a ninguna de las naciones hispano-americanas.

No olvide estas verdades la juventud que con trabajo, con el entusiasmo y brío patriótico que le es característico, puede redimirnos mañana de la nota un es, no es mortificante con que Amado Neruo trató de darnos a conocer. Este autor nos concede una abundante y culta imaginación inglesa; dice que somos razonadores y fuertes, que somos muy progresistas, muy soldados, muy marinos; pero que, por varias circunstancias, no escribimos el castellano como se debe, ni gustamos de cultivar las bellas letras, inclinándonos más a las armas que a los estudios literarios (*Obras Completas*, XXII, 144).

Aquí debía, señores, terminar; pero una grave circunstancia me lo impide. Sabida cosa es que los antiguos pintaban a la ocasión con un copete en la frente y con el cerebro calvo y pelado como una loma, con lo cual nos daban a entender que, pasada ella, no hay de donde asirla. Quiero decir con esto que, siendo el señor Oroz ante todo un latinista egregio, sería grave distracción de mi parte no aprovechar la coyuntura, cogiéndola del copete, para decir dos palabras sobre el latín. Cuando pasan rábanos hay que comprarlos.

Varias son las utilidades que tiene el latín. La primera consiste en facilitarnos el conocimiento científico del castellano, por ser éste hijo de aquél. La moderna filología ha averiguado que el castellano nació del latín vulgar o de la gente plebeya (*sermo vulgaris*), muy diverso del latín literario o de las personas cultas (*sermo nobilium*). “La lengua castellana, escribe el señor Oroz, lo mismo que las demás lenguas romances, no es sino latín que ha ido evolucionando insensiblemente; es el latín hablado, la lengua del pueblo, que se ha transformado en el llamado romance”.

El latín, pues, forma el fondo de nuestro idioma y a lo menos el 60% de sus palabras. El elemento germánico y el árabe, según Cuervo, sólo aparecen en el vocabulario, y esto en muy pocas voces, porque la trama o construcción léxica y sintáctica provienen casi enteramente del latín.

<sup>2</sup> Véase *La muerte del Humanismo en Chile*, de SOLAR CORREA, donde está bien historiada la guerra del liberalismo contra los estudios clásicos en el siglo XIX.

<sup>3</sup> Tal es la opinión del sabio MIGUEL A. CARO, según el cual Bello ha influido en Chile más en lo político que en lo literario, y en Colombia, al revés: más en lo literario que en lo político (*Obras Completas*, III, 107).

El elemento griego, a dicho de Cejador, es nulo, si no contamos el tecnicismo moderno. Del sánscrito dígame lo propio: “no explica ninguna palabra castellana, si no son de esas contadísimas que han pasado por toda Europa”.

Esta sola consideración bastaría, si no hubiera otras, a probar plenamente que no se puede descuidar el estudio del latín y que el que lo ignora no puede conocer bien castellano ni escribirlo con corrección y propiedad. Contestando a D. José Miguel Infante, enemigo del latín, escribía Bello en 1834: “Es difícil hablar con propiedad el castellano si no se posee la lengua madre, de que se derivan casi todos los vocablos y frases, y a que en la construcción y el genio se asemeja tanto” (*Obras*, VIII, 207).

La segunda utilidad del latín está en la lectura de los originales. Las ventajas de esta lectura son muchas. Sólo a dos quiero parar mientes. En primer lugar, nadie puede venirnos con cuentos, pasar gato por liebre, como vulgarmente se dice; lo cual hacen muchas veces las traducciones. La mayor parte son malas, o dejan no poco que desear. La mejor traducción, si nos da las ideas, no nos da los sentimientos del autor, máxime cuando son hondos y delicados. Nos dan la flor, pero no el aroma. Acaso por eso dijo Cervantes que el traducir de un idioma a otro era como mirar los tapices flamencos por el revés.

Yo no conozco una traducción más admirable y portentosa de la *Eneida* que la de Miguel A. Caro, monumento de gloria el más alto y majestuoso levantado a la lengua castellana. Caro, en el verso siempre poético, en el conocimiento del idioma en sus menudos pormenores y delicados matices, en el arte del hipérbaton o inversión, en la elegancia y enérgica gallardía de la expresión, en la factura sabia, fácil y graciosa de la octava, en la aplicación horaciana y magistral de los adjetivos, en la novedad sorprendente de innumerables modos de decir, en el color del estilo, en la riqueza oriental de rima, en la pródiga abundancia de regímenes y en el tono heroico, resonante y triunfal que sabe conservar al texto de Virgilio, a nadie cede ni reconoce ventaja. Sin embargo, en su traducción se echan de menos con frecuencia voces, frases, matices y exquisiteces sorprendentes del original. La culpa la tiene, por una parte, la tiranía de la octava y, por otra, el carácter sintético del latín, que hace a veces imposible verter toda la mente del autor en los idiomas románicos, que son de índole analítica.

En segundo lugar, la lectura del original clásico es la mejor escuela de buen gusto y disciplina del espíritu. Teodoro Jorán escribía en 1930 en sus *Manquements a la langue française*, tesoro de acertadas observaciones lingüísticas: “Fuera de las humanidades latinas y griegas, para el ingenio francés puede haber salvación, pero no puede haber distinción, no puede haber elegancia no puede haber aticismo”. No hay por qué no se deba decir lo mismo del ingenio español y del americano.

La Europa entera formó su buen gusto en las obras inmortales de griegos y latinos. Y el movimiento literario producido en la Europa medieval desde mediados del siglo XIV hasta el fin del siglo XVI, ¿qué es sino el humanismo, el estudio de lo que se llamó humanidades, es decir, del griego y del latín? A los que se dedicaban a estos estudios se los llamó humanistas, de *humanus*, pulido, cultivado, civilizado. “El trato educador de los clásicos, dice mi amigo el P. Ortega, de la Academia Colombiana, se apellidó *humanismo*, y *humanistas* a sus cultivadores, como si en el estudio de lo antiguo se hubieran hecho más humanos, más hombres, más cercanos a sus semejantes, más próximos a Dios”.

¡Qué gusto, qué gozo, qué delicia, poder leer y entender en su original una descripción de Virgilio, una oda de Horacio, un trozo oratorio o filosófico de Cicerón! Virgilio nos da la elegancia, la ternura, la delicadeza, el arte sin par de la ejecución; Horacio, la adjetivación sabia y profunda, la precisión, la sobriedad, el *ne quid nimis*, eterna ley de griegos y romanos; Cicerón, el estilo amplio y rozagante, como una toga romana, en sus discursos, recogido y denso en sus cartas y estudios filosóficos. Cicerón es el primer prosista del mundo. ¡Qué buen remedio sería una tintura siquiera de estas cosas a la enfermedad del gusto y del estilo que hoy padecemos y no sufrimos! ¡Qué diferente sería el estilo de nuestros escritores si supiesen latín! Bossuet decía que de lo que había aprendido, en caso de estilo, era deudor a los latinos y un poco también a los griegos. Y antes que él, Dante confesaba deber a Virgilio “Lo bello stile che m’ ha fatto onore” (Inf., I, 87).

¡Qué exactitud, qué propiedad tendrían entonces las palabras, la cual consiste, según Cuervo, en “la conciencia que el escritor tiene del valor de los términos de que se vale para expresar sus ideas”! Nadie diría entonces: “Los *infrascritos* que abajo firman”, como se leía poco ha en un diario de esta Capital; nadie diría *propiciar* una idea, un proyecto, la reforma de algo, etc.; nadie diría “*Protesto* de sus palabras, señor diputado”, como lo dicen todos los días los nuestros; nadie diría “Voy a *referirme*, señor presidente, a un asunto de mucha importancia”, como también lo dicen con mucha frecuencia nuestros parlamentarios; nadie diría *debelar* un negociado poco limpio; nadie, por fin, diría que *disiente* con otro, queriendo significar que no está de acuerdo con él sobre algún particular.

Todo lo anterior es disparatado, y lo es por falta o ignorancia del latín. *Infrascrito* por sí solo vale el que abajo firma, de *infra*, “debajo de”, y *scriptus*, escrito. *Propiciar* es aplacar la ira de uno, de *propitiare*, que en latín significa eso mismo. *Protestar* viene de *pro* y *testari*, atestiguar, y quiere decir afirmar con ahínco, confesar públicamente. De suyo es afirmativo, no negativo. “Con la preposición *de*, dice el Diccionario, aseverar con ahínco y con firmeza; con la preposición *contra*, negar la validez o legalidad de un acto, tachándolo de vicioso”. Nuestros parlamentarios truecan los frenos. Nadie

puede *referirse* a una cosa posterior o futura, sino anterior o pretérita. “La referencia, escribe Baralt, tiene por precisión que remitirse a lo que se ha dicho anteriormente”. Y tiene razón. *Réfero* significa, entre otras cosas, *llevar hacia atrás*. Es nuestro caso. Cuando nos referimos a algo, volvemos el pensamiento hacia atrás, no lo echamos hacia adelante. La etimología misma lo prueba: *re*, abreviación de *retro*, hacia atrás, y *fero*: llevar. Debelar equivale a rendir a fuerza de armas al enemigo, de *bellum*, guerra, la cual trina de verse junta con *negociado*, con el cual no tiene que ver maldita la cosa de Dios. Últimamente, *disentir* viene de *dissentire*, compuesto del prefijo *dis*, que denota separación, divergencia, y de *sentire*, sentir. La misma etimología, pues, repugna el régimen *con*, con el cual el verbo significa otra cosa.

La tercera utilidad o ventaja del latín la hallamos en el tecnicismo científico. El de las artes, las ciencias y las industrias. Se puede decir que los idiomas románicos no tienen, o tienen muy poco, tecnicismo propio. El único es el latino o griego, que se ha hecho universal: es de todas las naciones y de ninguna.

La experiencia enseña que muchas veces el estudiante se enreda y no atina con la explicación de una cosa porque no entiende la voz técnica, y no la entiende porque no es de su idioma, sino del latín o del griego. Si se le da la etimología, la entiende en el acto.

Don Juan Valera, en un artículo, docto y ameno como suyo, sobre el “Diccionario etimológico de la lengua castellana”, de D. Pedro Felipe Monlau, escribe: “No nos parece con todo que las etimologías importen ni convengan mucho a los niños que estudian los elementos de la gramática castellana; pero el señor Monlau sostiene que sí, y sus razones fundadas tendrá para ello”.

Esto sólo quiere decir que el señor Valera siempre fue escritor, pero nunca profesor. Monlau tiene la razón. Es sabido que el niño no se diferencia del adulto en la naturaleza de sus facultades, sino sólo en el grado de desenvolvimiento. Como el adulto, el niño tiene también derecho a darse cuenta de las cosas por todos los medios posibles. Este anhelo es innato, radica en la naturaleza misma. Es también general, y se advierte en los niños lo mismo que en los adultos. ¿Por qué el niño ha de ejercitarse sólo la memoria y no la razón? Aprender no es sólo echarse a la memoria el nombre de las cosas, sino adquirir su conocimiento más o menos perfecto.

Consecuencia de esta falta de inteligencia etimológica es el torpe memorismo: aprender las cosas de memoria sin entenderlas, que es la mejor manera de no aprenderlas de ninguna manera. Nada digo de comprender: si no se entiende, menos se comprende. Comprender una cosa es no ignorar nada de ella, penetrarla de todo en todo, por todos sus costados, para usar una expresión genealógica. ¿El remedio de todo esto? Saber, por lo menos, latín.

Muchas otras utilidades tiene el latín, pero no insisto en ellas. Es útil, por ejemplo, para estudiar científicamente el Derecho, cuyos principios y lenguaje son los del Derecho romano; es útil para aprender fácilmente los idiomas extranjeros, en especial los germánicos, en cuyo vocabulario, al decir del Dr. Oroz, figura una enorme cantidad de voces de origen latino; es útil para ahorrarnos el bochorno de ver que en todas las naciones civilizadas el latín ocupa el lugar que debe ocupar y sólo entre nosotros, o no ocupa ningún lugar, o no ocupa el que le corresponde; es útil, últimamente, para entender la doctrina, la disciplina y la liturgia de la Iglesia, que usa el latín, no porque quiera ocultar algo, como creen algunos inocentes, sino porque, como lengua única, sirve de lazo de unión entre las diferentes iglesias del mundo, y porque, siendo más precisa y exacta que las vulgares, se logra con ella evitar los errores que la traducción a las dichas lenguas podría traer consigo.

Rápidamente, señores, os he enumerado las últimas utilidades del latín, y aquí debería poner fin a este mal hilvanado discurso; pero permitidme dos palabras más sobre otra utilidad, que a algunos parecerá rara, pero que es muy real y muy verdadera.

El mejicano Amado Nervo, alma inquieta y soñadora y que, sobre ser poeta, fué también fecundo prosista, en el Tomo XXII de sus *Obras Completas*, tras de darnos a conocer la opinión de Neno Simonetti, según el cual las literaturas clásicas deben estudiarse porque educan el sentido del arte y desarrollan la facultad del raciocinio, escribe:

“Todo esto es cierto; pero, si a mí me preguntasen por qué deben estudiarse, por qué deben leerse cuando menos los grandes autores clásicos, yo respondería que por una sola y capital razón: porque tranquilizan. Quizá no hay nada tan pedagógico en estos tiempos, nada tan esencial, como tranquilizar el ánimo de la juventud.

Fijaría yo, pues, en todo programa de literatura, aún en aquellos que se inspiran en ideas y métodos ultramodernos, la lectura periódica de los griegos y latinos, hecho con amor por hombres de la cultura y del espíritu entusiasta de un Jesús Ureta.

Cuentan que Felipe II solía decir a los harto tímidos familiares o embajadores que se cortaban y temblaban en su presencia: “¡Sosegaos, sosegaos!”.

Esto hay que repetir a la juventud moderna, agitada por todos los vientos, sacudida por todas las vibraciones, desconcertada por incesantes teorías, ensordecida por los mil ecos de la prensa, devorada por tan diversos y punzantes anhelos, y preocupada por la rudeza de los combates que la aguardan: “¡Sosegaos, sosegaos!”.

Y para sosegarlos hay dos medios eficaces: el primero, los atléticos, bien entendidos, sin *records*, sin *matches*, sin vanidad, en fin; y el segundo, las lecturas clásicas”.

Es lástima que Nervo no nos dijera por qué los estudios clásicos aseguran y tranquilizan el ánimo. A mi entender, es porque infunden en él lo que se llama *espíritu clásico*. Según José de la Riva, escritor peruano, este espíritu “consiste en la ponderación y concierto de las facultades, en la regularidad de las proporciones, en la claridad de la lógica llevada hasta los sentimientos, en la nitidez de las representaciones e ideas, en el predominio de la razón analítica y discursiva y de la imaginación plástica; y como consecuencia, en el orden y aseo del lenguaje y en la pureza del gusto”.

En suma: el clasicismo consiste en la perfecta armonía o equilibrio entre el fondo y la forma, en una especie de *sofrosine*, como llamaban los griegos a la templanza, la serenidad, el aquietamiento de las pasiones, el reposo y elevación del alma, la armonía de elementos discordes, la tranquilidad, en suma.

Antes que nuestros primeros padres pecaran, la parte inferior o las pasiones estaba en ellos en perfecta y constante armonía con la superior o la razón, y ambas partes lo estaban con Dios, su Creador. De ahí su sosiego su tranquilidad, su dicha. El pecado rompió esta armonía, deshizo esta unión, y al punto sucedió a ella el desasosiego, la intranquilidad, la desdicha.

Sólo entonces se advirtieron nuestros padres de que estaban desnudos, y temerosos, azorados, intranquilos, huyeron a esconderse de la vista de Dios, entre los árboles del paraíso.

Siendo, pues, señores, el latín tan útil, y aún necesario, para muchas cosas, especialmente para aprender bien el idioma nacional, es llano que está del todo justificada la intensa y patriótica labor latinista que el señor Oroz realiza entre nosotros. Por esta sola labor, su nombre sonará altamente y ocupará, sin duda, una página brillante en la historia de la enseñanza nacional.

Bienvenido sea, pues, al seno de nuestra Corporación, donde hallará un nuevo poderoso estímulo para sus tareas lingüísticas y el cálido y sincero afecto de sus compañeros, unidos a él, entre otras cosas, por la común afición y estudio de la rica y espléndida lengua de Cervantes, gloriosa hija de la lengua de Virgilio y Cicerón.

He dicho.

# EL HOMBRE PERDIDO EN EL MUNDO, RAÍZ Y TEMA DE LA POESÍA CONTEMPORÁNEA

ROQUE ESTEBAN SCARPA<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua,  
pronunciado el 14 de octubre de 1952*

Señores Académicos:

Estar en vuestra compañía, ser levantado a par entre vosotros, se considera premio a una vida íntegra consagrada al estudio o a la creación. Comprenderéis, entonces, esta vergüenza confusa con que llego ante vuestra presencia esta tarde. ¿Qué puedo ofrecer como testimonio de mérito que iguale a la generosidad de darme votos y voluntades unánimes? Sólo la esperanza de responder al honor en los días venideros alza mi frente para repetir, ante vosotros, la plegaria nacida en la adolescencia, ruego que era afirmación de fe, espuela y freno, ansia infinita y conciencia de un límite: Dios quiera que sea responsable y digno de mi destino.

De un alto destino, porque al elegirme me hacéis uno con la corriente viva de la tradición; incorporáis de lleno a alguien que, si venido de otras sangres, es partícula viva de un pueblo que se forja entre el viento y la nieve, allá donde los mares enlazan sus aguas temblorosas de frío y muere estremeado el continente de América. En mí incorporáis a vuestras tareas y a vuestra grandeza, por vez primera, a un girón de Chile: mi tierra magallánica. ¡Cómo queréis que no sienta una dúplice alegría y también una doble responsabilidad! Ingresas a vuestra historia, que es historia de la cultura de Chile, heredera de la grande España, la más joven de las tierras nuestras a través de uno de sus hijos, no el más digno, pero que cree que si virtud goza es la amamantada en los días antiguos del hogar, de la escuela y de una sociedad, sustentados en el espíritu de trabajo y en el amor a la justicia.

<sup>1</sup> ROQUE ESTEBAN SCARPA STRABONI (1914-1995). Su incorporación formal al mundo literario se produjo en 1931, cuando pasó a formar parte de la Academia Literaria de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), donde comenzó a escribir más disciplinadamente. Ingresó a estudiar pedagogía en la Universidad Católica. Años después, se integró al doctorado de literatura en la Universidad de Chile, graduándose en 1942. Se desempeñó como profesor de literatura en la Universidad de Chile y fue un destacado miembro de la Academia Chilena de la Lengua desde 1952, siendo su director entre 1980 y 1995. Director de la Biblioteca Nacional de Chile (1967-1971 y 1973-1977). En 1980 recibió el Premio Nacional de Literatura.

No habéis querido gravar su debilidad con la sucesión de alguna de vuestras personalidades ilustres. Ninguna magna sombra le obliga a comparar su humildad con la excelencia del antecesor. Queréis que elabore con sus propios actos la dignidad de un nuevo sillón académico, y que atine a poner, como quería Baltasar Gracián, más cuidado en la felicidad de la salida que en el aplauso fácil de la entrada.

Me hacéis hijo de mí mismo y procuráis que sean mis cenizas las que hablen de mis obras. Gracias, señores, por conocer que nada colma al alma de entusiasmo como la confianza ajena y el saber que se construye el honor con los propios pasos.

\* \* \*

El hombre perdido en el mundo es tema y raíz de la literatura contemporánea. No digáis que el hombre ha estado siempre como perdido en el mundo, vagando por una tierra oscura con la fresca nostalgia de un paraíso recién perdido. Aunque desgarrado entre la carne y el espíritu, entre su existir en el tiempo y su sed de infinito, en el misterio de su libertad para pensar y querer, el hombre ha sabido en otras edades establecer un aparente equilibrio, dando primacía al orden que la razón le presentaba como apetecible. Sojuzgaba la eterna tormenta humana a valores trascendentes, cuya transgresión llevaba en sí el sentimiento de culpa y arrojaba a la soledad. El mundo era una jerarquía moral que descendía de Dios hasta el hombre, desde la perfección hasta el anhelo de perfección. El ser *uno* transitaba por un tiempo compacto que llevaba del nacer al morir. Como humano, conocía la maledicencia, la agudísima y agria envidia, las oleadas fogosas de la concupiscencia, la avaricia solitaria, la soledad del poder, la cortesanía de mil lenguas, los grandes ojos de la gula, el relámpago de la ira, el desmesurado tamaño sombrío de la soberbia, la muelle pulposidad de la pereza, el crepúsculo de la melancolía, y el fervor, la ansiedad por la belleza, el tierno calor ajeno en el abrazo, el éxtasis en unos ojos en donde se contempla abreviada la hermosura del mundo. Todo lo bueno o lo malo, a flor de piel o en el hondón del alma, sujeto a una ley que la conciencia tenía por buena, necesaria y divina. La tierra no pretendía ser heredad final del hombre, ni se envanecía de estar hecha con el polvo de sus huesos. Rodaba por los cielos, con matemática alegría, con más gloria que las más encendidas estrellas, porque su luz del espíritu del hombre nacía, del hombre hecho a imagen de Dios.

¿Pero quién cuenta la sucesión de las olas, las partículas del humo, los deseos que agitan y enardecen el corazón humano? Quiso el hombre domoñar la tierra, creyendo que su felicidad estaba en la cuantía de su poder; en el número de voluntades avasalladas, en las leguas de océanos y conti-

nentes dilatados que temblaran ante sus enseñanzas. Pretendió el dominio, aunque en la tierra cabía la igualdad de todos, el oficio de todos, digno en cuanto bien se ejecutaba. La fuerza llamó a la fuerza, el amor olvidó al amor. La sangre salió de los escondrijos del cuerpo, tibia y presurosa, llamada por los puñales y las espadas desnudas a helarse bajo el brillo del día y la luz temblorosa de la noche. El hombre pensó más en el poder que en sí y en sus hermanos. Esclavo fué de la codicia de mando; poseído fué por aquello que quiso poseer. Cuanto más débil su potencia, más cruel. Usó de las grandes palabras para encubrir las pasiones. Invitó a la intriga a sentarse a su mesa e hizo desconfiar de la lealtad. Aposentó la inseguridad en torno suyo, y el orden maravilloso del antes y el después, del arriba y el abajo, de lo cierto y lo engañoso, fué trastocado para siempre. No toleró otra autoridad sobre la suya. La ley nació de él, que no sabía imponerla a sus apetitos. Creó el mundo a imagen suya el hombre de pasiones, y el mundo es inestable, arrebatado y duro para siempre.

También intentó el hombre descifrar la tierra. Interrogó sus entrañas; midió sus límites; elucidó las leyes del movimiento de los orbes; aprisionó la gracia tumultuosa de las cascadas entre grises muros de cemento; se adueñó de la vida de los seres orgánicos invisibles; introdujo su humanidad densa y pesante entre las honduras del mar verdoso y por el cielo aparentemente azul; anonadó las distancias; trajo la voz instantánea y las figuras por el aire, sombras vivas, apariencias luminosas; guardó el canto en discos de negra cera para que sigan diciendo la palabra armoniosa después de la muerte; escrutó su propio cuerpo por debajo de la piel grata al beso; fijó su contradictorio pensamiento en albos papeles nacidos de la madera y del andrajo; buceó en la materia hasta encontrar la energía esencial y se hizo señor de ella. Pero no poseyó el mundo. El mundo quedó fuera de su espíritu, como un interrogante, como un enigma, como una hipótesis. Cuando un filósofo nos dice que no se puede prescindir de nuestra observación en los fenómenos observados, nos escamotea la realidad del mundo y la substituye por su realidad en nosotros, por su realidad a través de nuestra conciencia. Rainer María Rilke recoge en una de sus poesías esta forma de vana posesión:

*Los pájaros vuelan quietos  
a través de nosotros. Yo, que creceré,  
miro afuera, y en mí crece el árbol.*

El mundo de que nos apoderamos se aleja en su misterio y sólo percibimos de él fragmentos, mientras vamos sucediéndonos en el tiempo nosotros, reales también, incognoscibles también en nuestra esencia.

Preguntaréis, ¿y las leyes, las leyes físicas, objetivas e inalterables, que una observación, sujeta a reiterada experiencia, nos ha revelado, no per-

miten un conocimiento mecánico casi de este mundo en que el hombre mora? Eddington, el astrónomo inglés, nos responde que esas leyes no tienen su origen en un mecanismo especial de la naturaleza, sino en nuestro espíritu. El determinismo de los positivistas del siglo pasado deja paso a un planteamiento cuya validez se centra en lo subjetivo. Atengamos la mente a las cosas, pidió Augusto Comte; el substrato de todas las cosas, hasta el que parece más material, expone un físico de nuestros días, es de naturaleza mental. Ya no se habla de sustancias reales, sino de realizaciones, porque el concepto de valor reside en una función dinámica ligada al tiempo: la materia situada en el espacio está sujeta a tiempo, como el propio hombre. “Los elementos materiales o corpúsculos, dice De Giuli hablando de la teoría de los *quanta*, no pueden ser concebidos como individuos físicos definidos, sino como un fenómeno ondulatorio, un conjunto dinámico de ondas, que ya no son, pues, materia, sino entidades simbólicas”. Hay quienes creen que estos principios que la ciencia, como hipótesis en busca de la verdad, propone a la discusión, enfrenta con contrapuestos, proyecta al terreno generalizado de la cultura, por no tener vigencia inconcusa, no obran sobre los espíritus alejados de sus disciplinas. En el aire de la época, en el total viviente, se mueven como incentivos, tan poderosos cuanto sean capaces de excitar al hombre sensible, de animar el misterio que seduce al poeta. El poeta capta no el problema del fenómeno en sí que interesa al científico, aun cuando pueda llegar a él por intuición, sino el fenómeno en relación consigo mismo, y para ello no necesita el conocimiento racional de él, ni le interesa su verdad científica, sino su verdad ontológica. Por eso, como ya Goethe lo entendió, “no siempre es necesario que la verdad se materialice, basta con que, existiendo espiritualmente, origine la armonía al vibrar por el aire como el toque de las campanas”.

La visión del mundo que el hombre contempla, que el hombre de la época vive y padece, es una permanente y energética transformación que la conciencia del espectador registra, mientras, a través de la corriente del tiempo, el que mira, vive y sufre, se convierte en otro. Nada es inmutable, como lo sintió el poeta Dámaso Alonso:

*A cada instante mi vida cruza un río,  
un nuevo, inmenso río que se vierte  
en la desnuda eternidad.  
Yo mismo de mí mismo soy barquero,  
y a cada instante mi barquero es otro.*

Todo es inaprehensible. Nuestro ser en un momento de la duración puede conocer una forma del mundo en torno, una forma líquida diría, de la que percibe el transcurso, pero no su esencia, síntesis del antes, del

ahora y del después que ignoramos todavía, porque existe sólo como posibilidades que ignoraremos siempre, ya que todo lo sujeto a tiempo lo captamos como presente. La conciencia tampoco puede modificar nada de este mundo en torno. El hombre existe en él como una soledad y una angustia. Si lo que alcanza a conocer del mundo es parcial y está tocado del sabor de su alma, el conocimiento ¿no es acaso una forma de ilusión? Morador de una tierra que gira por el aire, la siente como un orbe lejano, como una oscura estrella distante. Quisiera ceñirla y es como apretar el océano entre estos brazos mortales. Quisiera entonces renunciar el hombre al saber, renegar de la tensión trágica que se produce entre su apetencia envolvente de ser y ese mundo misterioso y evasivo; entre su realización en una forma particular de existir y las otras posibilidades que en su libertad sacrifica y destruye con el optar necesario por aquella forma elegida; entre su sujeción al suceder en el tiempo, finito para él, y su apetencia esencial de eternidad; pero esto ¿no es abdicar a la vida?

Puede huír de su existencia auténtica, de su problema de hombre vivo, dejando superponer sobre su temblor, lentas capas de hábito, insensibles grises de vivencias muertas; esconderse tras la forma y lo convencional de la sociedad, para que el ojo de Dios no perturbe su noche homicida al Caín de sí mismo; enajenarse en la distracción, es decir, hacerse ajeno de sí mediante el apartar la atención del objeto al que debía aplicarse; caer, en suma, en lo trivial y perdurar en la nada. Sin embargo, no resulta fácil este negarse a ser. Incluso para el encendido místico le es penoso atravesar la sequedad y desamparo de la purificación primera, donde ha de abandonar, por amor, al hombre viejo con su piel de pecados: le es tribulación, aunque sabe, por medio de la fe, que el Amado a quien busca está cerca de la esperanza y tiene oído atento a los gemidos. Para el sujeto que Unamuno llamara cotidiano y aparential, para este prójimo que huye de la tragedia, tampoco es hacedera la renuncia al ser, codiciable para su descanso; para quien, al decir de Píndaro, es sueño de una sombra, y tiene conciencia de ser sueño de una sombra, en esa certidumbre hay sufrimiento, y lo quiera o no, exclama don Miguel, alzando la voz y golpeando la palabra, es un personaje trágico.

No resulta sencillo para el hombre dejar de ser. Luchan, algunas veces, contra esta muerte, factores inesperados, transitorios, como el recuerdo súbito, o más constantes como el dolor. El recuerdo nos devuelve a un ser pretérito, a un ser que ya no somos, a un ser consumido en el tiempo; nos vuelve a él y al hacer que lo vivamos de nuevo, con su ingenuidad de niño, su soberbia de adolescente, o la cargazón de frescas posibilidades del joven, desplaza nuestra vida hacia un pasado que funde con el presente y vitaliza el instante actual; mueve desde el marasmo a la existencia al ser, y cuando cesa el estímulo que provocó el encanto que deshizo al tiempo, y se retira el pasado a su penumbra, surge en el contraste de aquella vida,

tan límpida y vigorosa, con el sordo subsistir del presente, en la sensación de merma, de mutilación vergonzante, el grito de la angustia. La sustancia del alma tiembla y se agita: existe en cuanto perdura esa conmoción.

El dolor engendra igual fenómeno en mayor extensión e intensidad. En el sufrimiento nos parece tener conciencia de nuestro propio existir, escribe en una de sus novelas Graham Greene, y para testimoniar la importancia creadora de la aflicción espiritual, coloca como pórtico de aquélla, la maravillosa frase de León Bloy: “El hombre tiene lugares en su corazón que todavía no existen, y para que puedan existir entra en ellos el dolor”. La función mágica de descubrimiento y amplificación del ser en potencia y hondura que atribuye Bloy al dolor, es constitutiva, en un sentido trascendente, a juicio del profesor Frankl: “Son los golpes del destino, descargados sobre la vida en la forja ardiente del sufrimiento, los que dan su forma y su estructura propias”, y agrega que “puede darse el caso de que el método que llamamos análisis existencial se vea obligado a poner al hombre en condiciones de poder sufrir” como terapéutica, pues “hay situaciones en las que el hombre únicamente puede vivir su vida en el auténtico sufrimiento”. Tuvo razón entonces el poeta español al decir que “si con dolor el alma se ha templado, es invencible”.

Pero tampoco el dolor es capaz de definir al hombre abarcando su totalidad. Fuente de angustia es, para este hombre, la imposibilidad de conocerse. Bajo la extensión iluminada de la conciencia, de su yo lúcido, está la zona profunda, tenebrosa y sin límites, de lo infraconsciente del ser, que Marcel Proust llamó “la oscuridad que se halla dentro de nosotros mismos”, de la que extrae el individuo su pujanza vital, su originalidad, el rostro que tallan sus pasiones. En lo denso y sombrío del yo profundo se albergan los deseos, los impulsos, los instintos, en latente tensión dinámica, hasta que surgen repentinamente en la zona de la conciencia, de esa conciencia que los ignora. El mundo del inconsciente es aquél que Rilke denominó poéticamente, en su tercera *Elegía de Duino*, su abruptez interior, el bosque ancestral, selva metida dentro de él, los abismos donde yace lo Temible, lo que fermenta sin cesar, su sangre más antigua, los padres que, como escombros de cordilleras, reposan en su fondo, el cauce seco de las madres remotas, el inmenso origen donde su nacimiento ya estaba sobrevivido, bajo la Fatalidad nebulosa o pura. De todo este acopio de imágenes tuvo menester el poeta para insinuar aproximadamente qué elementos, qué fuerzas integran esa zona secreta y abismal que, para el católico Mauriac, es “el fondo de toda criatura humana, donde Dios desata el mismo confuso borboteo”, “masa de tinieblas agitada por oscuros e incesantes fermentos de vida”, según la define Adriano Tilgher, que, en ese inconsciente, halla el verdadero y único fondo activo del hombre.

La conciencia recoge sólo atisbos, signos, señales, de esa actividad ininterrumpida, de ese dinamismo tendencial, de ese “huésped misterioso y

enmascarado”, huésped nocturno que asciende a arrastrar sus antiguas cadenas por la sala de los sueños y del que la dama del día sorprende apenas una imagen huidiza.

*...los sueños son verdad, con el vivo  
temblor de lo inefable, lo terrible,  
lo negado y temido, lo malquerido y triste,  
lo extremo que no puede soportarse,*

nos dice Kathleen Raine en su poema *Pas perdu*. De esta vida onírica su verdad apenas se entreverá, porque no tenemos ojos de sonámbulos, ojos de sombra y fuego, para circunscribir su infinito y poseerlo. Conocerla significa renunciar a lo que sabemos ser, amar lo que ignoramos, descender, a la inversa del místico, a nuestro infierno y convertirnos totalmente en él. Sin embargo, para el hombre perdido en el mundo, “la realidad, (como quiere Dickman, en cita de Hatzfeld), no es la realidad de la vida civilizada, sino la realidad del yo profundo, del inconsciente más antiguo que la conciencia”. El hombre, en suma, no es, porque su raíz esencial la tiene, pero no la posee. El que él cree ser, obedece a una fuerza profunda que ignora. Vive en un mundo del que no conoce la realidad, sino un reflejo de ella entremezclado a la materia de sus deseos y sus sueños. De estos hechos proviene su desesperanza, su miseria, su impotencia. Son como aquel personaje de *El fin de la aventura*, de Graham Greene, que se empeña obstinadamente en no resultar vivo. Greene, embozado en el novelista Maurice Bendrix, nos confiesa su tragedia de creador ante ese renunciamiento a ser y ese desabrimiento de vida. “No es que haya nada en el personaje de psicológicamente falso, pero se queda parado, tengo que empujarlo, hay que encontrar las palabras para él, tengo que recurrir a toda mi destreza técnica, adquirida en tantos años de trabajo, para hacerlo vivir ante mis lectores. Jamás hace un acto inesperado, jamás me sorprende, jamás toma la iniciativa. Todos los demás personajes ayudan; él no hace sino ser un obstáculo. Y sin embargo, no se puede prescindir de él. Me imagino a un Dios, sintiendo exactamente lo mismo con algunos de nosotros”. Para Bendrix-Greene, este no existir procede de una renuncia a la libertad, a la conciencia del ser, a que obliga la acción adherida al tiempo y condicionada por el mundo circundante: “nos empeñamos en no existir, estamos inextricablemente ligados a la acción, personajes sin poesía, sin libre albedrío”. Sin libertad, por haber desistido de ella, fatigados de la responsabilidad que entraña, del dolor al que conduce. Ser libre significa estar en medio de los demás, pero solo con uno mismo. Y no quiere su soledad, porque lo enfrenta con el problema de la razón de su existir, y este retraimiento a un diálogo interior, cuya respuesta final puede llamarse Dios, lo aleja de sí mismo, lo extraña de su ser, lo hace

opaco, refractario a la luz, carcoma que consume lentamente su caudal de esperanzas.

En semejante estado de conciencia se le aparece como salvación, ya que lo integra a cierta forma de unidad, el grupo comunitario, social o político. No importa que el hombre siga siendo opaco al hombre, como lo reconoció el poeta. Emanada de esa conjunción, efímera o permanente, una fuerza ácida que disuelve al individuo, una potestad de ordenación que lo absorbe y lo sitúa, una energía que lo proyecta en una dirección y lo concreta. Su autoridad es mayor que la de la suma de los individuos, porque consiste en que el grupo es:

*“Eres. Esta luz en que vivo es tuya”,*

dice Jules Romains, el cantor de la vida unánime. Y agrega: “Ella es en ti, la invasión y la victoria”. Para él, la multitud, la agrupación colectiva, tiene algo de divino, porque participa al mortal de una forma vivaz de existir y de ser, que su menguada humanidad, por sus propios medios, no lograría gozar. Incluso, cuando se desliguen las ataduras de la circunstancia que provocó el grumo hominal, cada uno de los integrantes,

*conservará en la frente como una cruz de ceniza,  
el vestigio del dios que eres tú (multitud) ahora.*

Pero esta divinización de la fuerza unánime olvida que no es la suma de las voluntades abolidas ante una idea, una pasión o un deseo, la que obra como conciencia de la colectividad. Prima en ella la intención directriz de aquél o aquéllos que, real o aparentemente, interpretan los principios o las inconstantes emociones del grupo. Un factor extraño impone su sentido a cada uno de los participantes de ese concierto precario y transitorio. Configura el vago pensamiento colecticio, la imaginación y la voluntad del jefe, y lo invertebrado del conjunto se ordena en torno a un ser que lo interpreta y que lo encarna. Una clara voz habla por todos los silencios juntos. Jules Romains, en una de sus *Odas*, canta a la multitud y expresa la maravillosa simbiosis entre el monstruo de mil cuerpos que irradia una fuerza animal y eléctrica y la voz que lo interpreta. ¡Oh multitud!, dice,

*tus ojos, cada uno de esos ojos que vuelves hacia mí,  
cuya pupila, negra o azul, yo no veo,  
mas siento que me toca; que su fuego entra  
en mi pecho, y todos a la vez, los sufro  
bajo mi piel cruzarse como un millar de espadas,  
Me abrasas. Pero no me matarás.  
La llama que tus cuerpos ya no pueden guardar*

*ha corrido a lo largo de los nervios y las miradas  
y se reúne en mí, que me convierto en su cráter.  
¡Escucha! ¡Poco a poco, la voz brota de mi carne!  
Sube, tiembla; y tú tiemblas.  
A través de tí,  
experimenta tú la ascensión de mi palabra.  
Ella te busca, te encuentra, te apresa;  
de súbito rodea las almas que se rinden.  
Ella es en tí la invasión y la victoria.  
¡Preciso es que pienses las palabras que te digo!  
Ellas penetran en filas en las cabezas inclinadas,  
se establecen fieramente, son las dominadoras,  
empujan, sacuden, echan fuera  
el alma que allí se alojaba como una anciana en llanto.*

Sí, echan fuera esa alma fatigada que busca su paz en la fe ajena. Pero allí está el peligro. El viador a quien desalman por haberle privado de su fuerza y virtud propias, está a merced, cual si fuera un infante, de la consigna que la voz paternal le dicta: “Preciso es que pienses las palabras que te digo”. Reemplaza su libertad, que le era penosa con la duda y el temor de equivocarse, por la falsa paz de estar en una indiscutible verdad: indiscutible en su doble significado de no estar sujeta a examen –por imposición jerárquica y de orden–, y ser para él incontrastable, como dogma de la facción o partido. De aquí surge toda esa literatura militante, esa literatura estatal y comprometida, con fronteras establecidas más allá de las cuales nadie osa aventurar sus pasos. Sartre ya nos ha puesto en guardia contra esos partidos revolucionarios, que mienten sistemáticamente a sus militantes –cito sus palabras– para protegerlos contra las incertidumbres, las crisis de conciencia y la propaganda contraria. ¿Hay que avasallar al hombre para liberarlo mejor?, se pregunta el autor de *La Náusea*. También en este caso quieren proteger al hombre de las crisis de conciencia que, si son materia de angustia, bien podrían iniciar su salvación y libertad. Y allí está el varón, “entre el vasto desierto de hombres”, la cabeza sumisa, gozando que las palabras ajenas invadan su espíritu, resignando las suyas, en un paroxismo dionisiaco de integración, de plenitud, en el que se siente vivir aunque no exista.

La tierra ha sido medida por los hombres, constata en una poesía dedicada a Larra, Luis Cernuda,

*no hay sitio en ella para el hombre solo,  
hijo desnudo y deslumbrante del divino pensamiento.*

¿Quién es este hombre solo, distinto a los que mensuran la tierra a su propia escala y la perciben según el grandor de su humana estatura?

¿Quién, este mortal desnudo? ¿De qué materia está hecho para que deslumbre? Conocemos los hombres opacos, los de ceniza que olvidaron el fuego originario. Queremos acercarnos a los que Kathleen Raine llaman también, hijos del Soñador, desheredados de la tierra. Como el Padre, ¿son capaces del ensueño? ¿En qué consiste su nudez, su soledad, su desposeimiento de la patria terrena? Uno de ellos, José María Valverde, nos responde que nada tienen, ni aún su propia vida; mensajeros de algo que no entienden, lo que miran es para verterlo en voz. El mundo no se les da para que lo gocen, sino para que lo conviertan en palabra hermosa. Como las piedras que hacen cantar al cristal del río, por ellos es sonora la hermosura de la vida.

*y después que la tierra tiene voz por nosotros,  
nos quedamos sin ella, con sólo el alma grande...*

Testigos de la belleza, su oficio de asombro es el entusiasmo: “arder gritando al viento”. Su voz se eleva entre la prisa de los efímeros para hacerles partícipes de esa llama celeste que les quema. Aunque su alma está encendida por la perfección de lo que vislumbran, padecen juntamente la angustia de perderlo en canto. Eco de una voz, lengua de una gloria, resonancia de música olvidada y lejana, viven en tanto voz, lengua y nota, les escogen como dócil materia para ser recordadas. Carecen del amor que eterniza lo perfecto. Su don poético es intermitente y, entre el éxtasis, en que cesa la sensación del tiempo, y el nuevo llamado a la creación, están las horas oscuras del cansancio, la conciencia de la pérdida de aquella facultad del canto, la traición a las puras cosas entrevistas; el retorno a su ser, grande en el ansia, disminuído en su existir. Desarraigados del mundo por la violencia melancólica de la nostalgia, lejanos del paraíso, de la intensidad fuera del tiempo, en que nombraban lo creado como por vez primera, vagan en soledad, en ternura y en angustiada ira los poetas. “Acaso Dios también se olvidó de nosotros”, escribe Cernuda. “Acaso en el olvido de Dios vamos perdidos”, dice Kathleen Raine. Y Valverde gime:

*No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco  
devorando mi entraña, como una hambrienta boca.*

No están muertos los poetas. Viven en la angustia de un crepúsculo indeciso entre la tiniebla y la luz. Clavados en este doble cuchillo, “al alma es sólo anhelo y el grito es sólo herida”.

Junto a ellos y a los dominadores de la tierra y a los que tienen la indiferencia y el tedio de la roca sin simiente, llamados por el joven poeta hispano, los “casi muertos, con vocación de cosas”, opone Graham Greene otros seres con un sentido extraño de la vida a la que poseen desdeñán-

dola, seres que existen plenamente en unidad fervorosa, son capaces de la palabra o el acto sorprendentes, permanecen al margen de la acción, no condicionados por ella, y, en cierto sentido, se crean a sí mismos. El novelista inglés les da un nombre, un nombre que hay que pronunciar al desgaire o en voz baja, porque ofende. Afrenta su solo enunciado a los orgullosos hombres perdidos en el mundo: les llama santos.

\* \* \*

La literatura contemporánea, más allá de sus límites temporales, en lo que atañe a su contenido de ideas, a la atmósfera extraña y definida que la distingue, se inicia con un poeta del siglo diecinueve, cuya obra es transparente versión del problema de un alma desgarrada entre dos tendencias opuestas, “una, que le conduce hacia la realidad infinita de Dios y le hace sentir al mismo tiempo la imperfección infinita de la realidad sensible y presente; otra, que le encauza hacia el demonio, le impele a adherirse a lo presente, a perderse en las cosas y a extraerles un gozo sensual, animal”, como dice Georges Poulet en su análisis de las confesiones del *Diario íntimo* del poeta. En Baudelaire se cumple aquella definición que Heidegger ofrece de la poesía: la fundación del ser por la palabra. Nadie como Baudelaire en lo auténtico y libre de su experiencia, en la fidelidad a su ser de doble vertiente, a ese ser que el tiempo y el pecado destruyen, que el poeta reconstruye en el acto creador. Nadie que tenga una conciencia tan lúcida del desorden que la habita y de la responsabilidad que sobre ella pesa. Nadie que luche por existir con tanta angustiosa desesperación. Cuando Cernuda define al poeta en su dualidad satánico-divina, Baudelaire es quien le enseña que al poeta “un viento demoníaco impulsa por la tierra” y que, sin embargo, testimonio es “de alguna inmensa mente creadora –que concibe al poeta cual lengua de su gloria– y luego le consuela a través de la muerte”. Divina y satánica dualidad que Baudelaire descubre desde su naciente adolescencia al reparar que en el misterio del tiempo hay un secreto: el tiempo es siempre humano, el tiempo siempre escinde, el tiempo es un titubeo del ser; el éxtasis en Dios es una intensidad siempre en presente. ¿Acaso otro mortal que no sea el poeta creador, posee esa gracia profunda y mágica de resucitar, y embriagar de vida, en el presente el pasado? Marcel Proust, al querer fijar, mediante el arte, lo que su memoria involuntaria salva del tiempo perdido, y al pretender hacerlo eterno en una síntesis que no está sujeta a muerte, fundiendo con el presente efímero ese pasado tembloroso que la memoria conservaba en la hermética prisión del olvido, ¿no repite, en esencia, lo que los versos recién glosados de Baudelaire deseaban, que no era otra cosa que unir objetivamente el ser con su desarrollo existencial, en forma tan perfecta como su calidad humana se lo permitía?

El éxtasis intenso y permanente está más allá de las fuerzas del hombre, incluso en el místico que muere porque no muere, que anhela morir y siente la agonía de que no se le conceda la muerte, que, para él, sería la paz en la unión perfecta, el “acaba de entregarte ya de vero”, de San Juan de la Cruz. Baudelaire se acerca a esa potencia extratemporal cuando advierte que “hay momentos de la existencia donde el tiempo y la duración son más profundos y poderosamente crece el sentimiento de la existencia”; estado excepcional del espíritu y los sentidos que llama “paradisíaco”, al compararlo a las “pesadas tinieblas del existir común y cotidiano”. En una de sus obras en prosa, denomina a esta fase momentánea “estados de salud poética, tan raros que se podría considerarlos como gracias exteriores al hombre y como visitas”. En la palabra visita sugiere la imagen angélica; en las gracias externas al hombre, un don divino. No olvidemos que el poeta cree que, en todo hombre, siempre hay dos postulaciones: una hacia Dios, otra hacia Satanás. La salud poética existe como una intensidad creadora en la que cesa el tiempo y es próxima al éxtasis divino. “Esta visión imaginativa –señala el autor de *Las flores del mal*– dura una eternidad... La eternidad ha substituído un minuto. Otra corriente de ideas os arrastra: lo hará durante un instante en su torbellino viviente y este minuto será todavía una eternidad. La armonía proporcional de tiempo y ser es perturbada por la innumerable multitud y por la intensidad de las sensaciones y de las ideas. Muchas vidas de hombre se viven en el espacio de una hora”. ¿No resultará miserable, nos preguntamos, la vida parcial, única, limitada, de ese hombre, después de reducido a su límite común y jornalero? ¿A esa salud poética no sucederá su enfermedad humana? Llámase malacia en términos médicos a la perversión natural que incita el apetecer materias extrañas e impropias a la nutrición de los seres humanos. Malacia para el sustento de esta continuidad divina es el pecado. Tras la falta, está el demonio, la otra vertiente anímica de nuestro poeta. No creáis que estoy aderezando, en este caso, apologética cristiana –que, por lo demás, nunca hace mal–: sigo un planteamiento riguroso, sujeto a las propias palabras del poeta y a las de sus más clarividentes exégetas. Si esa salud creadora iba acompañada por una cesación del tiempo, o, por lo menos, una elasticidad temporal que abarcaba intuitivamente un acrecimiento de experiencias y de poder, podríamos deducir que, cuando ella se interrumpe, se suspenden la creación y la intensidad y se reanuda el sucederse lento, normal, de nuestro humano tiempo. No es aventurado, ya que Baudelaire nos dice que cuando la tensión de su alma se debilita, el tiempo reaparece y con él vuelve “todo su demoníaco cortejo de recuerdos, penas, espasmos, temores, angustias, desazón, ira y neurosis”. Siente amargura y nostalgia por haber sido “desnudado y despoetizado”. Quiere volver a la tensión antigua, pero no está en su mano procurarlo, porque es un don gratuito, una gracia exterior al hombre. Habría que esperar su ad-

venimiento; mas el poeta descubre que puede buscar nuevos medios de no sentir el “horrible peso del tiempo”, y llegar –sostiene Marcel Raymond– al extremo de las posibilidades del ser y cultivar con voluntad exacerbada estados de alma excepcionales. Se crea una eternidad artificial mediante el opio, el haschisch y el vino, que desarreglan sus sentidos y le rescatan de la conciencia del tiempo. “Todo dolor ha desaparecido. Ya no lucháis más, sois arrastrado, ya no sois dueño vuestro y, sin embargo, no os apenáis por ello. Dentro de poco la idea del tiempo desaparecerá por completo. De cuando en cuando tiene lugar un leve despertar. Os parece que salís de un mundo maravilloso y fantástico (donde sois árbol rumoroso bajo el viento, cantando a la naturaleza melodías vegetales)”. En esta fase aún conserva la facultad de observarse el entregado a la droga, e incluso puede recordar algunas de sus sensaciones actuales en el despertar. En el momento final, lo remolineante y tumultuoso se ha hecho beatitud serena e inmóvil. “Toda contradicción se vuelve unidad”, exclama gozoso Baudelaire. “El hombre se ha hecho dios”.

Pero este dios evanescente, nacido del sueño que provoca una sustancia verde y de denso olor, este dios que vegetaliza al hombre, que le dona una embriaguez panteísta y le desvanece su personalidad, deja, una vez pasada su presencia, cesados sus efectos, pesada languidez, temblores, anulación de la energía vital. “Habéis arrojado vuestra personalidad a los cuatro vientos del cielo –desengaña Baudelaire–, y ahora os cuesta trabajo reunirla y concentrarla”. Su aventura de evasión de la realidad, su afanosa soberbia de hacerse dios, abstrayéndose voluntariamente del tiempo con la participación en un arrobamiento mecánico y engañoso, sólo le ha llevado a poner en peligro su personalidad y le ha traído el miedo de ver periclitar hasta la admirable facultad poética, la nitidez de sus ideas y el poder de la esperanza que, para el autor de *La Fanfarlo*, constituyen su riqueza humana. ¿Qué queda de esta experiencia? Esos fragmentos de recuerdos, entrevistos en los breves despertares del sueño mágico, tumultuoso, musical y verde, son escenas que incitan a recrear –como más tarde lo hará Vicente Huidobro con su “creacionismo”– un mundo imaginativo que no tenga ataduras con la realidad, una pura existencia poética con sus leyes propias y su lenguaje privativo. Para que Baudelaire pudiera satisfacerse con este mundo gratuito, debía no haber sido un personaje trágico, un hombre que se inclina en su soledad sobre su propia alma, y no creer que “es el diablo el que maneja los hilos que nos mueven”, idea que, con horror y complacencia, expone en el primer poema de sus *Flores del mal*, como motivo agónico de su poética, similar al motivo conductor en la música de su admirado maestro Ricardo Wagner. “Baudelaire cree en el demonio. Lo siente en él todo momento, escribe Guy Michaud. El pecado está en el corazón del hombre y no hay poder del mundo que sepa arrancarlo de allí. Esta verdad que Baudelaire experimenta sin cesar en su alma y en su

cuerpo, es para él la intuición más inmediata y probablemente el tema dominante de su obra: obsesión de una falta, intimidación con el pecado y la caída, presencia del demonio que nos impide elevarnos, evapora nuestra voluntad y embellece los objetos más repugnantes con un atractivo maléfico. Así es el horror de nuestra condición –agrega el autor de *El mensaje poético del simbolismo*–: nos revolcamos en el mal, somos insaciablemente ávidos de él, y nuestro corazón se complace en el Infierno. El Infierno tiene su belleza y el poeta no puede prohibirse el recoger y cantar las flores del mal, que, al mismo tiempo, aborrece”. El infierno y el pecado están en él, y su tragedia es la del artista, incapaz de salir de sí mismo. “Sentimiento de soledad desde mi infancia –anota en *Mi corazón puesto al desnudo*–. A pesar de la familia, y sobre todo en medio de los camaradas, sentimiento de destino eternamente solitario”. Prisionero de sí, Narciso de la ciénaga, no tiene otro medio de aprehender el mundo que el vínculo inconstante de su poesía. Por la poesía y mediante la poesía, el alma entrevé los esplendores situados más allá del límite humano y temporal; desterrada en una naturaleza imperfecta, desearía señorear de inmediato, en esta tierra, ese paraíso revelado. Busca entonces proyectar lo espiritual en el mundo visible, en el de su experiencia, y a la vez, traducir la realidad espiritual que ocultan las apariencias materiales, incluir lo infinito en lo finito, de tal modo que esa realidad se reconozca en el mundo poético, se revele en el símbolo que recoge las correspondencias de las cosas iluminadas por el espíritu. En una de sus obras, respondiéndose la pregunta formulada sobre el arte puro según la concepción moderna, porfía en que es “crear una magia sugestiva que contenga a la vez el sujeto y el objeto, el mundo exterior al artista y el mismo artista”. Lo que los científicos contemporáneos nuestros establecen como una imposibilidad de conocimiento de la realidad, al no poderse eliminar el factor subjetivo, Baudelaire lo admite como fuente y tendencia del conocimiento artístico. La experiencia poética pretende constituir para él “un medio de reconciliación con el universo”.

El terrible mundo demoníaco que canta se estremece con el soplo angélico. La materia de tinieblas gime con la luz. Pero el hálito y la luminosidad de los cielos padecen dentro de esa fealdad que no logran transfigurar. En su poema *Lo irremediable*, al hablar de un Ángel, viajero imprudente que intentó amar lo deforme y se debate ahora como un nadador en el fondo de una enorme pesadilla, ¿acaso no diseña su retrato? Imagen del poeta es su poesía. Sueño de su esperanza, la pretendida unidad. Tras el mundo que descifra, Baudelaire el hombre, está solo y sufre. Cada palabra esencial que su poesía pronuncia, construye su ser para lo eterno. Cada acto que su libertad obra, adhiriendo a la función angélica o demoníaca su alma, se vierte en lo irreversible del pasado y edifica también su ser para la muerte, el “cavo con mi vivir mi monumento” de Quevedo. Tal el poeta que, en su fervor, une simbólicamente las cosas y sus significaciones, ese

fluir de lo perfecto y lo imperfecto que segrega el hombre Baudelaire, ¿habrá alguien que lo piense de él en unidad ontológica eterno-temporal? ¿La idea de un hombre Baudelaire la concibe alguna mente creadora, o su desgarramiento dual atraviesa, sin solución, las tierras de la muerte? Esta duda constituye la forma de agonía espiritual del poeta, que lo convierte en nuestro primer contemporáneo. “El hombre moderno encuentra que describe todo el sufrimiento suyo”, afirma Aldous Huxley.

Baudelaire muere. El ángel y el demonio de su poesía, ¿dónde clavarán sus dardos encendidos? En las Ardenas, fronterizas de Bélgica, un adolescente de quince años siente desmesuradamente crecer su sangre. Densa nostalgia, vagos recuerdos imprecisables le hieren las sienas cada mañana. Sus ojos miran con rabiosa fuerza el contorno circundante en que cada objeto está inmóvil, cada cosa pensada para siempre. El rostro de su madre, petrificado como el muro de la casa. Las ideas, cual monedas al uso, de tasado valor y ennegrecidas. Las campanas de la iglesia que cantan dos tonos solamente. La ironía del librepensador sobre el vacío del no pensar. No. El está demasiado vivo, es en demasía rotundo para apacentar sus ojos en el orden convencional de este reino de la muerte. Su sangre violenta sensibiliza cada sentido: le parece con ellos tocar la realidad y asomarse a su secreto. Jean Arthur Rimbaud comprende que para expresar lo que intuye, lo que adivina, lo que siente oscura y claramente, ha de realizarse en libertad, lejos de las manos grises de su vida provinciana. “Voy a descifrar todos los misterios; misterios religiosos o naturales, muerte, nacimiento, porvenir, pasado, cosmogonía, y la nada”, escribe. Ambicioso propósito, natural en el ánimo adolescente. ¿Adolescente? A los quince años, dice: “lo fui”. Todos los de esa edad se jactan de lo mismo. Con las palabras quieren borrar la inseguridad en que se sienten; afirmar la hombría, de la que necesitan pruebas que temen. En Rimbaud, su fuerza extraordinaria, esa certeza metafísica de un destino, el valor para proponerse un método de conocimiento que es una aventura peligrosa, el descenso a las experiencias, amadas cuanto más comprometedoras, su rebelión frente al mundo que la vida contemporánea le ofrece, son aspiraciones absolutas de tipo adolescente, heroicas, engendradas por la urgencia de crear un continente nuevo, un cielo nuevo, para su alma insatisfecha y angustiada.

La experiencia del pecado en Baudelaire mantiene la nota sorda, desengañada, adusta del hombre maduro. En Rimbaud es una tentativa ingenua y arrogante, que muestra un fondo de inocencia y tristeza. Rimbaud es un Baudelaire limpio, abierto y desesperado. Cuando propone el desarreglo voluntario de los sentidos para alcanzar la videncia poética, es consecuente consigo mismo, ya que cree que “nuestra pálida razón nos esconde el infinito”, lo desconocido, la realidad auténtica, lo que es y está oculto por la escoria de todos los pensamientos, los hábitos y los actos de la humanidad. Después de un “largo, inmenso y razonado desarreglo de los sentidos”,

después de agotar “todas las formas de amor, de sufrimiento y de locura”, el poeta se libera de la apariencia o corteza de la realidad, se libra del juego mecánico de los sentidos, y, en estado de silencio y de pura naturaleza, se hace clarividente, conoce y expresa su conocimiento a través del poema. A la inversa del místico, no tiende a fundirse con lo que contempla. Guarda su libertad, se queda en él, y de la verdad es mero testigo. La realidad auténtica, que viene a ser la del inconsciente, permanece ajena a su espíritu, y el hombre participa de ella en los momentos en que es poeta. Este es el significado de su afirmación que nosotros no estamos en el mundo. De nuevo el desgarramiento entre realidad auténtica y realidad cotidiana. De nuevo la desesperación del que se sumerge en un mar profundo y trae sólo minúsculos testimonios de su extensión desconocida; la angustia del que ha de volver a la superficie, porque no está constituido de un cuerpo capaz de soportar las condiciones de esa existencia. “¿Qué hora hermosa nos restituirá a esta región de donde vienen mis sueños y mis menores movimientos?”, pregunta Rimbaud. Puede necesitar ser vidente, hacerse vidente para participar de la visión de un mundo extratemporal, pero ¿esa tensión no lleva a la locura? “No podía continuar, escribe Rimbaud a su hermana. Hubiera llegado a ser loco”. Para transmitir en el poema aquella experiencia, es necesario un nuevo lenguaje, desprendido de su significado usual, porque al transcribir silencios, anotar lo inexpresable, fijar los vértigos, como Rimbaud quiere, no basta el significado tendencioso de las palabras, es imprescindible que al vocablo se le devuelva su virginidad, y, como signo sonoro, sea un símbolo de lo que el espíritu ha captado de las cosas, una fórmula de encantamiento mágico que despierte en el alma del oyente o del lector, una vivencia idéntica, o sorprendentemente distinta, a la del creador. Para ello se descompone el engranaje retórico de la poesía, que se asienta en la lógica racional, y el orden procede de la iluminación recíproca de las palabras, ordenación de sentido, extraña, sujeta y encadenada en el aire de la armonía sonora. Empresa semejante en la prosa, que carece de un vínculo musical tan acusado, emprendió en nuestros días James Joyce, en su novela *Finnegan's wake*.

En las páginas finales de *Una temporada en el infierno*, su obra postrera, Rimbaud nos dice que ha intentado inventar “nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevas lenguas”. Creyó haber adquirido poderes sobrenaturales, ser mago o ángel, dispensado de toda moral. Siente, en ese entonces, que su experiencia ha terminado y que “dentro de la condición humana, el lenguaje expresa la existencia, más no la crea”. “Yo que me he creído mago o ángel, dispensado de toda moral, he sido devuelto a la tierra, con un deber que perseguir y la realidad rugosa por estrechar”. En 1873 firma estas líneas. Tiene el poeta diecinueve años. Son estas palabras de adiós y de silencio. Quince apenas tenía cuando huyó del Charleville nativo a París, y en cuatro años, que para los demás adolescentes son de

titubeo e inquieta esperanza, agota toda una vida posible, desciende a sus infiernos, desencadena una fuerza poética que influye fuertemente en la literatura posterior, reniega de su experiencia que no ha bastado para satisfacer su orgullo y calmar su angustia. Y luego calla para siempre. Abisinia le ve entre sus hombres oscuros, tras el oro y la aventura. Francia le recoge para morir.

\* \* \*

En la agonía vital de Baudelaire y de Rimbaud existe el hombre. Lo vemos. Es, aunque imperfecto, soberbio, angustiado, amante de la abyección y de lo más puro. Su desconsuelo, si no somos hipócritas, si no estamos muertos, hiere alguna región de nuestra alma. Titanes, encadenados por ellos mismos a sujetar con sus sueños la bóveda celeste, llegan al límite de la fuerza humana y se precipitan en la muerte, vencidos, con un grito lacerante. Nos conturba ese alarido de angustia. Ícaros en un cielo creado imaginativamente, caen a la tierra, común y materna. Su poesía espejo es del vuelo, la caída y el mundo fantasmal entrevisto.

Otro poeta, Stéphane Mallarmé, nos conduce a una visión distinta, inhumana, del hombre. Si Baudelaire y Rimbaud buscaban la existencia absoluta, Mallarmé escoge como destino la Nada. Diría que persigue, con una lógica implacable, también lo absoluto, pero esta búsqueda le exige la renuncia al ser. “No soy más el Stéphane que tú has conocido (“el señor a quien mis amigos tienen la costumbre de llamar por mi nombre”, dirá en otra parte), sino una aptitud que tiene el universo espiritual de verse y desarrollarse a través de ese que fuí yo...”. Frágil como es mi apariencia terrestre –escribe a su amigo Cazalis–, no sufro sino los desenvolvimientos imprescindiblemente necesarios para que el universo vuelva a encontrar en ese yo, su identidad. Su drama (propone Raymond), procede de la imagen hiperbólica del poeta puro que tiene por enemiga a la vida, del mago que no puede aceptar sus límites y que, cuando quiere extender el campo de la conciencia lo más lejos posible, llega a desear perderla en una vastedad infinita.

El ser deja de tener conciencia del existir concreto para convertirse en una forma, en una disponibilidad, que invade el alma universal. Despojarse del yo, impuro por estar contenidos en él los actos vitales, las experiencias humanas, es obra del pensamiento de Mallarmé a lo largo de un año terrible de inenarrable agonía espiritual. Llega a una “Concepción Divina” porque logra la “dicha” de que el yo esté muerto, se haya hecho impersonal, pueda desarrollar a través de él su existencia, no el hombre Mallarmé, sino el universo espiritual, la conciencia de ser que tiene la materia. Divina llama a la concepción de que somos vanas formas de la materia, sublimes

por haber inventado a Dios y a nuestra alma; tan excelsa que engendra al poeta que aspira a reconocer el espectáculo de la materia con su conciencia de ser, tendiendo impetuosamente hacia ese Sueño que ella sabe que no es, que no existe; cantando al Alma y todas las impresiones semejantes que acopiamos en nosotros desde los primeros años, y, proclamando esas gloriosas mentiras delante de la Nada, que es la verdad.

¿Cómo puede creer el poeta en su poesía, sueño como Dios, como el alma, si él mismo no existe, si es la Nada la única verdad? ¿En qué queda su orgullosa declaración de meses antes: “he puesto los fundamentos de una obra magnífica”? Yo he puesto, dice Mallarmé. ¿Qué “yo”, si el no es más que una manifestación de la energía de ser de la materia? Su mismo acto de expresarlo, ¿no indica que su “no ser” es absurdo? “Estoy demasiado desolado para creer aún en mi poesía”, manifiesta en la misma página en que exalta el poder de la materia y se hace sombra y reflejo de ella. La distensión entre la Nada abisal que comprende toda la existencia y la poesía, testimonio de ser, fundamentación del ser por la palabra, quiere resolverla Mallarmé proponiendo que el infinito sea fijado para la comprensión de los hombres, papel que asigna a la poesía, reveladora de las leyes que rigen la vida del universo y de las correspondencias invisibles entre sus fenómenos. En vano quiere conciliar esta Nada en que está comprendido el ser, y este mismo ser que existe y se manifiesta en el poema, total creado, original y concluso, existencia pura e irradiante de luz y de vida. El equilibrio de contrarios, mantenido en un teso trance espiritual, se rompe. “Todo el edificio, tan pacientemente construído, de mi salud moral y física, se ha desplomado”, escribe a un amigo. Insomnios permanentes, instantes vecinos a la locura, destruyen el rígido sistema inhumano de su vida. “Inútil este largo trabajo de insecto”, confiesa. “La conciencia, saturada de sombras, se despierta lentamente y forma un hombre nuevo”, exclama movido por la esperanza. “Después de creado, debo volver a encontrar mi Sueño”, ese Sueño que no existía, al que incluso la materia, con ímpetu, se precipitaba, Sueño sinónimo de Dios. Como Rimbaud, quiere ser devuelto a la existencia, a la tierra, a la realidad rugosa por estrechar. Pero es tarde, porque ha destruído todo. La Nada hinche los límites de su yo abandonado. No encuentra, como establece Michaud, sino una envoltura vacía, una caparazón seca, a entrar en la cual “rehúsa la vida”.

Si su mundo estaba exento de pasión y buscaba lo impersonal, las relaciones secretas entre las cosas del universo, su poesía también se aleja de lo afectivo, reduce el tema a casi nada, elude lo real sensible y pretende establecer, a través de la palabra, un mundo mágico, que no tenga valor de referencia, sino el de su puro juego creador. Distingue la palabra de uso cotidiano, propicia al intercambio coloquial, útil para la comprensión de ideas: palabra muerta en cuanto comprendida, porque no deja resonancia

en el alma, no incita al ensueño, no intima a proyectar al ser en una dirección desconocida; y la palabra “esencial”, que irradia un poder evocador, que evade la lógica estricta, y sitúa al hombre en un mundo nuevo, recién creado y vitalizante. Mundo de la metáfora, mundo de hechicería en que no existen las cosas, sino imágenes transfiguradas de ellas, irreales y verdaderas juntamente, provocadas por el espíritu que vislumbra la unidad esencial de todas, y sus relaciones entre sí; percibe los reflejos luminosos, ese aire de familia oculto para el ojo ciego, y, mediante la condensación eléctrica de la poesía, las reúne en sorprendentes combinaciones deslumbrantes y efímeras. Intensa, para que el lector quede sin aliento, como exigía Keats, o como exigía Vicente Huidobro, para que el alma del oyente quede temblando. “Entre los viejos procedimientos de la magia y el sortilegio de la poesía existe una paridad secreta”, testifica Mallarmé.

\* \* \*

En nuestro Vicente Huidobro, la doctrina de Mallarmé tiende, por un instante, a humanizarse, a convertir al poeta en un hombre adánico cuya existencia es el testimonio vivo de una Creación de la cual guarda memoria más intensa y permanente que los restantes seres. “Sólo los que llevan el recuerdo de aquél tiempo, nos dice, sólo los que no han olvidado los vagidos del parto universal, ni los acentos del mundo en su formación, son poetas”. La definición parece llevarnos a un concepto de coexistencia, de simultaneidad, entre el acto creador de Dios en los primeros días de la tierra y el cielo y la presencia del hombre-poeta, pero ese *estar durante* no corresponde a un acto real sino a una participación por gracia, por aquella “gracia infusa del Señor Dios” que reconocían los teóricos medievales del *Cancionero*. La poesía, palabra de la Creación, está antes del principio del hombre y después del fin del hombre, atesta Huidobro, llamándola lenguaje del Paraíso y lengua del Juicio Final. Sí: el poeta es el primer testigo, y como Adán, verbo creado y creador, criatura él mismo y nominador de las cosas existentes a las que dona su primer nombre, esencial, edénico, según los versículos del Génesis: “a todos los animales del campo y todas las aves del cielo condújolas Dios ante el hombre para ver cómo los llamaba, y que toda denominación que el hombre pusiera a los seres vivientes, tal fuese su nombre”.

Huidobro, al afirmar que “en la garganta del poeta el universo busca su voz, una voz inmortal”, instituye en el acto del poeta la eternización de lo existente merced a la palabra, y reconoce la supremacía del hombre sobre la naturaleza, reflejo del instante perfecto en que Adán, bajo la serena mirada de Dios, dió nombre a las cosas naturales, revelándolas, distinguiéndolas, según su esencia y significación. Las cosas innominadas no son

o sólo están para nosotros en su obscuridad sorda y mineral. La voz que las llama las extrae, las depura, las devuelve a su luminosidad e inocencia primigenias. De su nada para el conocer, las transforma en perceptibles, en concretas, y, como atiende, para designarlas, a su esencia, las hace abstractas, síntesis latente, y esa abstracción, esa idea pura, corresponde a su nombre adánico y celeste.

El conocimiento que posee el poeta procede de una reminiscencia a la manera platónica. Sólo en tanto el creador humano vuelva a la fuente, indica Huidobro, será capaz de descubrir el pasado mágico, mondar la corteza externa que designa la apariencia de las cosas y extraer la palabra interna, medular, que hay en ellas. El autor de *El ciudadano del olvido*, al distinguir la palabra cotidiana, con sus valores de referencia, del verbo esencial, ceñido y luminoso, que define lo real y escondido y vitaliza al alma, funda su doctrina estética en los principios de Mallarmé: “Las palabras pierden su representación estricta para adquirir otra más profunda y como rodeada de un aura luminosa que debe elevar al lector del plano habitual y envolverle en una atmósfera encantada”. Aparentemente, sigue el maestro del creacionismo un riguroso planteamiento lógico; pero si parece decirnos que el lector ha de participar del mismo entusiasmo –o divina manía, según Platón– que poseyó al poeta al contemplar la esencia de las cosas, nos lleva de la mano a un mundo distinto del que esperábamos, nos hace respirar un aire que no es el purísimo, el metafísico aire de una creación primera, nos traspasa de una luz irreal, nos rodea de una atmósfera encantada, nos sujeta a un imponderable hechizo, donde muestra no lo que es, sino una existencia imaginada, no esencial. De testigo, de Adán, el poeta se trasmuta en un creador independiente, en un pequeño dios. No le interesa descubrir las esencias, ser testimonio viviente de la verdad, sino inventar, crear su propio infinito solitario, sin otro destino que una gozosa y luego trágica autocomplacencia. Aquello era penetrar a través de los sargazos temporales hasta la soledad íntima de la idea; lo nuevo es imaginar, volver a cubrir la realidad con distinta máscara accidental y fantasmagórica; desmemoriarse de aquella Creación de la que se es testigo por gracia, para oficiar de pequeño dios; romper esa humilde unidad adánica de verbo creado y creador con la arrogante soberbia de pretenderse lo último solamente. El que era lengua en la Creación, revelador de los sagrados arcanos, busca instituir sus propios misterios. Pretende crear algo que no tiene existencia anterior y hacer real lo que no era: en el poema que nace, “cada parte constitutiva y todo el conjunto presentan un hecho nuevo, independiente del mundo exterior y desligado de toda otra realidad que él mismo, pues toma lugar en el mundo como un fenómeno particular aparte, diferente de los otros fenómenos”. Esta nueva existencia cósmica que el artista añade a la naturaleza, esta cosa que no hemos visto ni veremos jamás, sino en la atmósfera encantada del poema,

vale en cuanto es, desprendida de toda realidad objetiva y toda realidad esencial. Para lograrla, el poeta provoca el encuentro en el tiempo de cosas paralelas en el espacio y su ayuntamiento en chispazos febriles y efímeros que fija en la unidad axiomática del verso. “Hace darse la mano a vocablos enemigos desde el principio del mundo, los agrupa y los obliga a marchar en su rebaño por rebeldes que sean; descubre las alusiones más misteriosas del verbo”, “tiende hilos eléctricos entre las palabras y alumbra de repente rincones desconocidos y todo ese mundo estalla en fantasmas inesperados”. La realidad cósmica pretendida no pasa de ser un mundo de fantasmas inesperados, en ocasiones bellos, otras extraños o solemnemente solos, con esa soledad de lo impar sin ojos semejantes en que mirarse. Estamos lejos del poeta metafísico, del poeta hacia la eternidad, del que fundamenta su ser en una palabra que ciñe lo que es desde siempre y para siempre. Distante estamos también del poeta humano que simplemente habla de su propia vida o busca en la tierra de la sangre sus raíces. Cosmos de lo arbitrario, de la voluntad que ejerce su poder sobre la nada, hechura del lenguaje que se convierte en ceremonial de conjuro es para Huidobro aquella realidad cósmica nacida del “ejercicio desesperado de inventar, de probarse y contemplarse a sí mismo en la virtud creadora”. Mágicamente levanta aquellas pavesas de fantasmas hermosos, pero al disociar la belleza de la verdad, al darle la espalda a lo que existe, se queda solo y narciso, pastor de imaginaciones, oveja de su demonio, hechicero encantado:

*Au fond de mon miroir l'univers se défait  
on ne peut rien faire contre le soir qui naît.*

El hombre, desprendido de la Creación pasa a ser criatura de sus criaturas: sus imágenes son las únicas que testimonian su existencia. El espejo, en vez de contener un hombre a semejanza divina, refleja apenas cenizas iluminadas, fatuas luces fugitivas, efímeros perfiles, mientras la noche avasalladora crece.

\* \* \*

Y el hombre se hace hijo de la noche, hijo de su nocturno interior, de su vida profunda. Porque se considera prisionero de una sociedad, de un estilo de vida, de una luz que mide y fija los objetos, de una razón que esconde lo infinito, busca la libertad mediante la rebeldía y la quiebra de las formas tradicionales; desciende a lo oscuro, a un infinito que toca las manos de Alguien o la Nada:

*Entre les murs l'ombre est entière  
et je descends dans mon miroir  
comme un mort dans sa tombe ouverte*  
(PAUL ELUARD)

Primero intenta superar la realidad contemporánea, negando vigencia a toda forma que ya exista, a toda hechura forjada por el hombre y su conciencia. Quiere crear un aire límpido para nuevos pájaros, una tierra novicia para pasos que no sobresellen antiguas o recientes huellas, unos ojos que redescubran el mirar, sentimientos como “manos que recuperan su luz y se alzan como llamas después de la lluvia”. Presiente que sólo un “estado de furor” colectivo es capaz de transformar la vida y se apega, por un instante, a políticas revolucionarias que lo desengañan, porque aquella libertad no admite dictados, aquel rehacer el mundo no tolera soluciones intermedias y altos en el camino hacia lo absoluto. El hombre busca su perfección y sueña la rotunda cristalinidad del orbe. Vuelve a quedar solo, más aislado que antes, porque se sitúa fuera del orden temporal, encadenado a su ser que lo excede, a un infinito que es todo y nada, que habla en el silencio y se hace casi desierto en la palabra, trascendencia inasible.

*Il n'y a plus rien autour de moi  
et si je me détourne rien est à deux faces:  
rien et moi.*

La búsqueda de la definición de su existencia le conduce al problema del camino que ha de escoger. Como Baudelaire, como Rimbaud, cree este hombre que el poeta, el buscador de sí mismo, se forma, contemplando, por un profundo, inmenso y razonado desencaje de todos los sentidos, todas las formas de amor, de sufrimiento y de locura; agotando en sí los venenos con la mira de conservar solamente sus quintaesencias. “Inefable tormento para soportar el cual tiene necesidad de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, y por el que llega a ser, entre todos, el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito y el supremo sabio”.

La denominación de poeta no es privativa de un hombre escogido, sino posible a todo ser, a todo “soñador definitivo”, pues cada uno de nosotros lleva en su abismo la misteriosa vida del inconsciente, trasmundo original, vasta matriz germinativa, caos inicial que es principio, fuente, identidad dinámica, ser universal. La poesía debe ser hecha por todos, no por uno solo, dictó Lautréamont. Esta iluminación pura del ser en que consiste la intención poética y vital de los surrealistas, no exige un acto de afirmación individual, una voluntad de expresión, sino un entregarse a esas fuerzas oscuras, una “pereza” absoluta en la que reside la perfección. Al desaparecer la búsqueda consciente de la expresión personal, otorgan a

la actividad del inconsciente un carácter sagrado extrarreligioso, un valor mágico que el ser, hecho uno con el todo, enuncia como su representación verdadera. Quieren, mediante la escritura automática, revelar el movimiento puro del espíritu, “atenido a sus orígenes, antes que se sujete a la razón, a la estética, a la moral”; avivar “la manifestación inmediata de la más secreta verdad humana”; definir la belleza, la belleza convulsiva del ser, por la espontánea intensidad de ese mismo ser; fruir la libertad que se expresa indeliberadamente. Representar lo inconsciente significa para ellos la expresión de lo puro, lo virginal, lo incontaminado: la oscuridad se hace translúcida, compacta y luminosa; el aéreo fuego se aquieta en cristal, y desvela el espejo que contenía:

*Il dissipe le jour.  
Il montre aux hommes les images déliées de l'apparence.  
Il enlève aux hommes la possibilité de se distraire.  
Il est dur comme la pierre.  
La pierre informe,  
La pierre du mouvement et de la vue.*

Disipado el día con su luz externa, desatadas las imágenes de lo simplemente aparential, centrado el ser en sí, desnudo como el diamante, siente que la vida le transcurre y él es aquella vida fija y fluyente, eternidad en el instante, lo general ceñido en lo particular sin perder su universalidad, la materia que es luz y quiere ser comprendida sin perder existencia, porque no se somete a un límite esquemático, a una forma continente; que es atravesada –agua luminosa que cierra su virginidad como herida sin cicatriz ulterior–, en una intuición que la contiene, la rodea, la penetra, y la deja, sin embargo, libre, al margen y sin dueño, y, no obstante, en la imagen poética reside, parecida y vacía, como la palabra del místico que sólo puede ser vivida, colmada de sentido, en una experiencia semejante.

En vano respetan la libertad y el orden misterioso de lo que emana el subconsciente, ni interfieren esa voz constante, riquísima y monótona, de lo profundo, y abdican de la racionalidad para dejar formarse, involuntariamente, inconscientemente, “evidencias de otra naturaleza, evidencias puramente psíquicas”. A la menor impaciencia de lo racional, a la mínima búsqueda disimulada de un orden, de una estructura, “el principio de inspiración total está perdido” y lo que el sueño creó prudentemente, según su propia naturaleza, “engendra monstruos”. No basta que, gozosos, consientan en consignar lo que no querían e incluso ni siquiera lo que querían; que proclamen sus teóricos y sus poetas, como André Breton y Paul Eluard, su orgullo de escribir sin saber lo que son lengua, verbo, comparación, cambios de ideas y de tonos; sin concebir la “estructura” de la duración de la obra, ni las condiciones de su fin; “nada de por qué, nada

de cómo” y, humorísticamente, con la ironía de la soberbia que necesita humillarse, sientan el transido reposo del “enverdecerse, azularse, blanquearse de ser papagayo”; aunque el subconsciente ejerza, de un modo espontáneo como se percibe en los sueños, una facultad de substituir que identifica misteriosamente los objetos, reemplazándolos unos por otros sin que dejen de ser ni disminuyan su potencia concreta de realidad viviente, como si todos fuesen hechos de una sustancia común, de una energía similar, de una intercambiable naturaleza, de una esencia vital homogénea; aunque produzca relaciones súbitas y maravillosas entre las palabras más dispares y síntesis nuevas, inventando objetos, seres, acontecimientos, como en un caleidoscopio agitado por una mano creadora, al cristalizarse las expresiones de esa actividad pura del espíritu, de esa libertad absoluta, en el poema, destruyen su autenticidad, le ligan a las realidades conocidas, al mundo de las ideas claras, provocan representaciones sensibles que traicionan el significado verdadero e inefable de las intuiciones y descubren a este hombre, entregado a las oleadas de su inframundo, su impotencia de expresar en perfección el juego libre de sus revelaciones y le conducen de nuevo, maniatado, a la angustia y a la tierra. Eluard lo ha dicho bellamente: “He llegado a ser esclavo de la facultad pura de ver, esclavo de mis ojos irreales y vírgenes, ignorantes del mundo y de ellos mismos. Al suprimir lo visible y lo invisible, me perdí en el espejo sin alinde”.

\* \* \*

Adán, Adán, ¿cuál es tu otro nombre? Mi otro nombre es Lázaro. Porque Adán, al poner con el pecado pie en el tiempo, entró en la muerte, y el esperanzado término del morir, resurrección se llama y suena Lázaro. La entrega a lo inconsciente, al río que contiene tiempo y vida consumidos por el hombre en el largo viaje desde los lindes del Paraíso, y la sujeción al libre e imaginario juego de la creación gratuita, conducen a un modo de no existir:

*No hay formas, no hay colores  
 No hay seres al fin de esta luz sin luz  
 Desaparece la creación y sus augurios  
 Sus pensamientos, sus sensaciones y también sus imágenes  
 y hasta sus sueños de substancias prisioneras  
 La nada luminosa  
 Ni luminosa ni oscura  
 La nada y el todo sin todo  
 Para ver esto hay que resucitar dos veces  
 Para sentirlo hay que morir primero.  
 (V. HUIDOBRO)*

El poeta que sella el anverso de su obra con el arrogante y veinteañero manifiesto *Non serviam*, donde describe la necesidad de suscitar realidades propias e independientes de todo lo creado, después de atravesar en soledad el mundo aparential que burbujeara, en plena madurez conoce el reverso de la intención, dictado por la experiencia: la grandeza de ser simplemente hombre sujeto a tiempo, capaz de evadirse del “descuartizamiento temporal” unificándose, logrando consistencia en torno a lo permanente, poniendo en descubierto el Ser, como preconizaba Heidegger. “Lo que permanece ha de llevarse a persistir contra el flujo que lo arrebató; lo simple debe ser arrancado a la confusión; la medida ha de ser preferida a lo inmenso. Es preciso que llegue a ser descubierto lo que soporta y rige lo existente en su conjunto. Es necesario que el Ser sea puesto en descubierto, para que lo existente aparezca. Pues bien, precisamente lo que permanece es inasible. Que esto permanezca se ha “confiado a la solicitud y servicio de aquellos que actúan como poetas” (Hölderlin). “El poeta nombra a todas las cosas en lo que ellas son. Esta nominación no consiste en dar un nombre a algo ya de antemano conocido, sino que el poeta, al decir la palabra *esencial*, hace que lo existente se encuentre por esta denominación nombrado en lo que *es* y de este modo se le reconoce como existente. La poesía es fundación del ser por la palabra. Lo que permanece, no ha sido jamás creado de lo efímero, lo simple no se deja nunca extraer inmediatamente de lo confuso, la medida no se encuentra en lo inmenso. Jamás hallaremos el fundamento en el abismo”.

Los últimos poemas de Huidobro, publicados después de su muerte, constituyen el diario de un largo, doloroso y tierno retorno a sí, una búsqueda del ser que definió el morir, y cuya lúcida peripecia anotó estremecido. La lucha de lo efímero por persistir como tal, la precipitación de lo confuso sobre lo simple para velarlo, la indocilidad de lo inmenso para sujetarse a medida, la fuerza de “las ataduras que le llaman a las tinieblas”, “tanta oscuridad que quisiera cantar”, dan a su rostro poético esa angustia que, para el nuevo Huidobro, define al hombre, le hace sentir la inminencia de la nada sobre él y le incita a querer su salvación: “amenazado por tanta semilla propia”,

*yo ando sobre mi sangre desesperada  
buscando el rincón secreto de mí mismo.*

Vicente Huidobro constata como punto de partida de su retorno una primera situación de no estar, y de ella colige el significado temporal de ese no estar, con su esperanza no abandonada de ser y su peligro de una disponibilidad para existir en cualquier forma que sea. La nada que rodea al hombre, su inseguridad angustiada, pueden incitarle a concebir la poesía como una transubstanciación y repetir el ciclo ya agotado del creador

sombra de sus fantasmas o criaturas. Si bien intuye que lo que aguarda es tornar a sí, comprende el poder que sobre él tiene lo externo con su determinado existir y el encanto de su hermosura: *¡Oh belleza del mundo!, –permíteme acordarme de mí mismo.* La necesidad de acordarse de sí nos introduce en la idea de una pérdida del sentido, pues la acepción antigua del verbo significa hacer volver a uno en su juicio, o, siguiendo el alcance manriqueño del sinónimo recordar, desadormecer al que estaba dormido. En los dos casos se expresa una ausencia temporal que se resuelve en un regreso a lo consciente:

*Yo estoy ausente, pero en el fondo de esta ausencia  
hay la espera de mí mismo.  
Y esta espera es otro medio de presencia  
la espera de mi retorno.*

Para el que había afirmado en su manifiesto juvenil que no sería esclavo de la Naturaleza, sino su amo; que se serviría de todo lo creado para construir su propio cielo, sus montañas de fuego, sus mares cultivados, esta tardía espera de sí mismo, ¿no traduce posesión por parte de lo poseído? En cierta manera, todo disfrute posesivo arrastra a la vez el ser objeto de posesión, como el poeta sabía desde aquellos adolescentes años: “Te servirás de mí. No quiero ni puedo evitarlo”. Lo que ignoraba era hasta qué grado esa aceptación inevitable constituiría el nudo agónico de su vida: *¡Oh belleza del mundo!, – permíteme acordarme de mí mismo.* El dominio de lo externo, de esa nada para el ser, va exigiendo, primero el lenguaje del poeta para expresarse; luego, le impone sus propias leyes de existencia: si “el hombre se rebela contra la naturaleza como otrora Lucifer contra Dios, tal rebelión es sólo aparente: pues nunca el hombre ha estado más cerca de la naturaleza que ahora, en que trata ya no de imitarla en sus apariencias, sino de proceder como ella, imitándola en el fondo de sus leyes constructivas, en la realización de un todo, en su mecanismo de producción de formas nuevas”. Agrega de inmediato que el hombre es producto de la naturaleza, pertenece a ella, no puede evadirse de ella, y ha de acatar en sus producciones su mismo orden y sus mismas leyes. Todas estas ideas coincidentes, expuestas en 1921 en un ensayo de estética titulado *La creación pura*, tienen su expresión dramática en los poemas póstumos. Los objetos de la naturaleza, al exigir la voz del creador para expresarse, se apoderan de su existencia, lo despojan del ser para vivir ellos; para ser ellos. El poeta se transforma en aquello que canta. El pequeño dios, en una especie de metempsicosis que conoció otras formas anteriormente, padece el convertirse ahora, por ejemplo, en un árbol:

*Me estoy haciendo árbol. Cuántas veces me he ido convirtiendo en otras cosas...  
Es doloroso y lleno de ternura.  
Podría dar un grito, pero se espantaría la transubstanciación.  
Hay que guardar silencio. Esperar en silencio.*

Si el título es una síntesis de la significación de una obra, ¿cómo debemos entender el que corona este poema?: *La poesía es un atentado celeste*. ¿Nos inclinaremos por interpretar el sustantivo “atentado” en su acepción de procedimiento abusivo de una autoridad, o en aquella otra, que lo define como un delito que consiste en una violencia o resistencia grave contra esa autoridad? En ambas significaciones Huidobro se refiere a una jerarquía celeste: en la primera, la poesía es un don lancinante y a la vez afectuosamente suave que persuade al hombre a no ser; en la segunda, es gesto de rebelión del poeta que se opone a una potestad que es plenitud de Ser y cuya negación le precipita en la nada. Si la poesía es una gracia que recae sobre una libertad que ha de respetar, no puede entenderse como violencia celeste ese “atentado” que la define en Huidobro, sino como una resultante de la soberbia humana. “Tiene ojos de orgullo desesperado y de fuego cubierto –tienes carne color tormento milenario como los desiertos– ...tu dicha sería romper las ataduras que te llaman– a las tinieblas”. La poesía no encauza hacia la nada ni ata a las tinieblas, sino obra una voluntad que se empecina en una vía que, lejos de llevar al ser, procrea “una muerte antes de tiempo”. No obstante, esa voluntad, al sentirse impelida por su propia energía a la nada, pide ser devuelta a una conciencia lúcida, a un límite humano de lágrimas, a “este deseo de orillas que quema el corazón”. Déjame acordarme de mí mismo, pidió a la belleza del mundo, y ahora, desesperadamente, ruega:

*despiértame y grítame que estoy viviendo en hoy,*

sítuame en el tiempo, extráeme de esta nada opuesta a lo infinito, de esta

*zona vacía en donde una pluma planea desde el principio del mundo  
en donde todo se sepulta y se disuelve en el espesor  
de un manto irrisorio que cubre a los mendigos cósmicos  
los mendigos en agonía milenaria que se arrastran  
atados por la ley de las alucinaciones buscando una evidencia.*

Apaguemos la sed de maravillas, escribe en otro poema; olvidemos que el éxtasis era nuestro espacio propio; vamos en demanda de otras evidencias, próximas y humanas, profundas como un destino; “cantemos al amor y sus gestos y sus signos– cantemos nuestra vida y nuestra muerte– nuestro tal vez y nuestros pasos seguros”. La conciencia del morir y del tiempo

finito, de ese “viento del otro lado tan ansioso de su sitio”, le mueven a un conocer en otra dimensión, a definir la vida en relación, no a la nada, sino a la muerte:

*La vida consiste en pensar en la muerte  
en estarse quieto  
para sentir una lágrima que va naciendo en el corazón.*

Aquella espera de sí mismo se realiza a través de la conciencia de la muerte, a través de un pensar secreto, de un trabajo de agua subterránea. “Recogiendo el alma su gozo de las cosas sensibles, se restaura acerca de la distracción en que por el demasiado ejercicio de los sentidos ha caído”, aconseja San Juan de la Cruz. Así vuelve el poeta a convertirse en aquello que piensa: su vida se recoge en muerte, pero como se ha entregado al amor, rompiendo el sortilegio de la soledad, del espejo-narciso (“me basta con mirarme en un espejo para saber que estás llorando y me has llorado”), existe alguien que le atrae de esa muerte a una nueva forma vital, diciéndole:

*La gran palabra,  
Lázaro, ¿la has olvidado?*

La gran palabra es la poesía, ¿esencia del existir del poeta, nutrida ahora en el sentimiento, en el silencio, en el limpio despertar de la memoria. “Nada recuerdo, pero el sentimiento vive”, y mediante él y la voz renovada de su canto, anuncia una nueva vida y un poetizar trascendente, simple y directo en su expresión.

El *Paso del Retorno* es el poema de esta experiencia en que la Poesía o el Amor no lo ha abandonado un solo instante. Aquí estoy, exclama, haciendo contradecir su afirmación a aquel primario estar ausente,

*vosotros sabéis acaso lo que yo era  
pero nadie sabe lo que soy.*

Vivió en su morir una vida que no puede impunemente vivirse y retorna con otro paso del último camino para el hombre:

*Hago al andar el ruido de la muerte  
y si mis ojos os dicen  
cuánta vida he vivido y cuánta muerte he muerto  
ellos también podrían decirnos  
cuánta vida he muerto y cuánta muerte he vivido.*

Las piedras, con sus memorias grises, se enternecen cuando oyen el acercarse de aquel antiguo amigo, de aquél “que andaba de un lado para otro –desesperado y solo en las tinieblas– solo en el vacío –como un perro que ladra hacia el fondo de un abismo–”. Torna fatigado de tanta muerte a sus espaldas, “de tanta vida en el pecho”, en aquel mismo pecho abierto y ocioso con que antaño salió al encuentro de su destino. Ya no hay banalidades en su seno: ha tomado “su sitio en el cielo como el silencio”; es invulnerable; suben “estrellas en su alma desde que ha expulsado las serpientes del tiempo oscurecido”:

*Traigo un alma lavada por el fuego  
 Vosotros me llamáis sin saber a quién llamáis  
 Traigo un cristal sin sombra un corazón que no decae  
 La imagen de la nada y un rostro que sonrío  
 Traigo un amor muy parecido al universo.*

Los que le llaman no saben a quién nombran. Su experiencia ha puesto en el andar y en los ojos, un paso y una luz desacostumbrados, “un sabor de eternidad en la garganta”, “un olor de olvido en los cabellos”. El que “sobrepasó a la muerte y el rumor de la selva secreta”, vive un tiempo y un espacio distinto a los mortales. Conoce la distancia que va del hombre a la verdad y cree que en la aventura lo ha ganado todo y lo ha perdido todo. El mundo ya no es su tierra y sólo le acerca a ella el amor que ha descubierto, el llanto con que plañe un universo que ignora su finalidad y sentido, el gemido con que llora al hombre perdido en este mundo. Y sin embargo, el Lázaro que fué a buscar las llaves y a entender los signos más allá de la muerte, este Adán que sabe lo que es y lo que era, condena su poesía al silencio, porque la Palabra es una, y él, llamado antes de tiempo, antes de que madurara íntegramente, antes de que tocara el principio de la Historia por donde “andaba del brazo con la muerte”, no conoció esa Palabra, origen de la vida. Y de este modo, entre el cielo y la tierra, extranjero de ambos, “impalpable ahora como ciertas semillas –que el viento mismo que las lleva no las siente”, ansioso, pregunta la significación real y el destino de su viaje: ¿En dónde estuve? ¿Por dónde he andado? ¿Quién guió mis pasos de modo tan certero? Las preguntas abiertas sólo fueron colmadas con una muerte carnal.

*Desciende más, descende solo  
 al mundo de la perpetua soledad,  
 mundo no mundo, sino aquello que no es mundo,  
 oscuridad interna, privación  
 y destitución de toda propiedad,  
 desecación del mundo del sentido,*

*vaciamiento del mundo imaginario,  
ineficacia del mundo del espíritu;  
éste es el único camino, y el otro  
es el mismo, no en movimiento  
sino en abstención de movimiento; mientras el mundo se mueve  
en apatencia, por sus caminos metálicos  
del tiempo pasado y el tiempo futuro.*

He aquí una nueva voz que nos habla de un mundo misterioso de permanente apartamiento, de absoluto estar en sí y no poseerse, de noche oscura donde el sentido es yermo, deshabitada la imaginación, inmóvil el espíritu; mundo que no es el externo que se define por su codicia de las cosas, por un apetito que mueve manos, por una gula que enciende los ojos, por una avaricia que conserva lo que ha de destruirse porque todo está sujeto a tiempo, a movimiento permanente que al traer lleva, que al nacer aova la muerte.

¿Dónde hemos oído esta voz, que ahora tiene el tono enronquecido de nuestras propias voces? ¿Qué recuerdo nos trae de una más dulce y límpida melodía? Ah, Fontiveros, Ávila, Toledo, Baeza, Granada, Segovia, Úbeda, vosotras aún la escucháis con vuestros oídos de firme piedra, con vuestra serena sequedad castellana, con vuestra verde ternura andaluza. Sólo las humanas orejas, caracolas perfectas, atentas al murmullo del instante, no os percibe. Y el mundo, como un vasto oído carnal, alerta al romántico rumor del viento entre los pinos, al crujir pausado de la madera reseca de sus instituciones, al fuego del mineral hipócrita, al sonido dejado más atrás de las alas, no os escucha. Pero allá, en Inglaterra, en el otoño de Burn Norton, en el verano de East Cooker, en esa primavera en pleno invierno de Little Gidding, o acá arriba, en el Mississippi (pardo dios indómito, símbolo de esa “arrastrada consecuencia de más días y horas” que es el tiempo), o en el mar eterno junto a las rocas de los Dry Salvages, desde la infancia a la madurez, primero como una caricia inadvertida, luego como la angustia de la búsqueda de un órgano que nos han amputado, más tarde como tarea única de su destino, un hombre os escuchaba. ¿Quién habría de ser sino un poeta como vos, Juan de la Cruz? ¿Quién, sino alguien que tiene nostalgia de santidad, y le duele el tiempo en que es, porque, al sentirlo antítesis y forma imperfecta de lo eterno, comprende que resolver en sí la oposición tiempo-eternidad es empresa heroica para sus viejas fuerzas, para su esperanza entretejida a tantos desengaños?:

*aprender  
el punto de intersección de lo intemporal  
con el tiempo, es ocupación para un santo.*

¿De dónde viene este poeta? ¿No representará, acaso, ese mundo no mundo, la “oscuridad interna, privación –y destitución de toda propiedad–, desecación del mundo del sentido, vaciamiento del mundo imaginario, –ineficacia del mundo del espíritu–”, aquel inframundo del inconsciente, aquel abdicar de la racionalidad, ese entregarse ciego a los abismos, de que hablaba Rilke, donde yace lo Temible; a la masa de tinieblas, que definía Tilgher, agitada por oscuros e incesantes fermentos de vida, y cuya voz “sería más la de un demonio que la de un dios”, según proclamaba André Breton, maestro del surrealismo? No nos confundamos; otro es nuestro lenguaje ahora. Por boca del poeta sabemos que

*explorar la matriz, o la tumba, o los sueños; todo esto son usuales pasatiempos  
y drogas...*

similares divertimientos mágicos al de conversar con los espíritus, observar enfermedades en rúbricas, evocar biografías por las palmas de la mano y tragedias por los dedos, emitir agüero por las hojas de té, o disecar la recurrente imagen de los terrores preconscientes: juegos en los que el hombre compromete su eternidad, porque termina creyéndolos, haciendo dioses a otros hombres, prosternándose ante palabras vacuas que se revisten del signo de la Fatalidad. No. Distinto es el lenguaje del poeta, otra su experiencia que de lejos viene atravesando lentamente sociedades y tierras baldías, limpiándose de rémoras, hasta la soledad. Sin huir, hasta la soledad, aunque

*en un mundo de fugitivos  
el que toma la dirección opuesta  
parece que huye.*

A Thomas Stearns Eliot, su formación, la naturaleza misma de su espíritu, la colectividad en que actúa, junto con una inteligencia cáustica y un ojo implacable, le descubren la frialdad mecánica del mundo en que se mueve. Sus héroes, J. Alfred Pruffrock, Sveeney, Burbank, Gerontion, el profesor Channing-Cheetah, Mr. Apollinax, son los hombres huecos, los hombres rellenos que apoyan mutuamente sus cabezas de paja para erguirlas, que empujan sus voces secas para que suenen estridentes como bocinas en su boca y apaguen el silencio de la tierra muerta, de la tierra del cacto, de la tierra alfombrada, de los salones llenos de espejos que ellos buscan ávidamente para que atestigüen su presencia, mientras

*in the room the women come and go  
talking of Michelangelo,*

o un pianista polaco de moda transmita los “Preludios” por el pelo y las puntas de los dedos. Ese mundo, “la herencia que tenemos”, “valle de estrellas moribundas”, es el reino de los convencionalismos, de la impersonalidad prudente, del entusiasmo que observa a todos lados antes de comprometerse, del “vacío en el vacío”, del “funeral de nadie, pues no hay nadie a quien enterrar” allí donde ninguno existe. Desierto de espejismos en cuya oquedad el hombre desaparece y apenas lo define, irónicamente, su cóncava ausencia:

*De la viuda señora de Phlaccus y el profesor y la señora Cheetah  
recuerdo una rodaja de limón y un pastelito mordido.*

El poeta se pregunta, como Pruffrock, si tendrá “energía para hacer que el momento haga crisis”, para evadirse de aquella pesadilla, del “caos general de la imprecisión”, de estos seres “distráidos de la distracción por la distracción –llenos de fantasmas y vacíos de sentido”. O como Harry, el protagonista de *Reunión de familia*, cree poder huir por la violencia, y sigue girando solo, en la sociedad, en el desierto de fantasmas:

*La repentina soledad en un desierto archipoblado,  
criaturas moviéndose como entre un humo espeso,  
sin dirección, porque no existe dirección que lleve  
a ningún sitio, sino es a girar en la ronda de humo,  
sin propósito alguno, sin línea de conducta,  
con vacilantes intervalos de luces y de sombras.*

Soledad más dura, más consciente, porque es la del retorno sin esperanzas a la prisión del hábito y del día. De este modo, Harry Monchensey pasa a ser otro símbolo de un momento de la vida del poeta y, como él, al romper el necio coro de los condenados, sabrá alcanzar “una comunión más profunda– a través de la fría oscuridad y la vacía desolación”.

*¿En dónde se hallará la palabra, en dónde la palabra  
resonará? Aquí no, no hay bastante silencio,  
ni en el mar ni en las islas,  
tampoco en tierra firme, ni en el seco desierto;  
para los que caminan en tinieblas  
lo mismo entre la noche que en el día  
aquí no es el tiempo conveniente ni el lugar conveniente,  
no hay sitio de gracia para aquellos que esquivan el rostro,  
ni hora de beneficio para los que caminan en el bullicio y rehúsan la voz.*

Comprende Eliot que el problema no es sólo suyo ni puede reducirse al del hombre contemporáneo. Individuo de cultura, advierte que esta experiencia corresponde al hombre en sí, al hombre que se repite a lo largo de todas las edades, a un ser intemporal en un ciclo eterno del que ha perdido la significación: “La gente cambia, y sonrío; pero la agonía perdura”. No basta la libertad, porque ella es una forma de dolor diferente al de la prisión; ni es suficiente el afecto, porque “el amor está lo más cerca de sí mismo”. El hombre, ese ser trágico, ese agonista, debe comprender que la dolencia es signo de una enfermedad que, en la esfera moral, llámase pecado: culpa del hombre concreto y culpa del hombre que abrevia la historia de la Humanidad; caída de Adán en el tiempo eternamente presente, en el tiempo que escinde y devora. Y así como el concepto de enfermedad requiere el de salud, y el del tiempo exige la idea de eternidad, el pecado pide su reverso perfecto en una Redención. Como se originó en el orgullo, su rescate se llamará humildad; como se apegaba al yo, caridad; como era deseo, desasimiento; si apetito, abstinencia; cuando soberbia, desposesión e ignorancia.

*¿Adónde se va desde un mundo de locura?  
A alguna parte que se encuentre más allá de la desesperación.  
Hacia la adoración en el desierto, la sed y la abstinencia,  
un santuario de piedra y un altar primitivo,  
el sol ardiente y la vigilia helada,  
tener cuidado de las vidas de las gentes humildes,  
aprender la lección de la ignorancia, de las enfermedades incurables.*

“En otra parte sí, sin duda, la agonía y la renunciación, pero la vida y el renacimiento”, afirma Agatha, en *Reunión de Familia*. Y Eliot que piensa y se expresa también a través de esa voz de mujer, inicia el camino, cuyo primer paso es el caer de hinojos. En el silencio se oye el acento de San Juan de la Cruz, que le adoctrina y habla:

*Para gustarlo todo,  
no quieras tener gusto en nada.  
Para venir a saberlo todo,  
no quieras saber algo en nada.  
Para venir a poseerlo todo,  
no quieras poseer algo en nada.  
Para venir a serlo todo,  
no quieras ser algo en nada.  
Para venir a lo que no gustas,  
has de ir por donde no gustas.  
Para venir a lo que no sabes,*

*has de ir por donde no sabes.  
Para venir a lo que no posees,  
has de ir por donde no posees.  
Para venir a lo que no eres,  
has de ir por donde no eres.*

Y en cuanto hombre que ha encontrado su vía del renacer por el paso de la muerte primera de la inteligencia y los sentidos, T. S. Eliot, el hombre perdido en el mundo, reitera las palabras como si las hubiera dicho su propia lengua en otro tiempo, en otra vuelta del giro del eterno ciclo de los hombres:

*Dirás que estoy repitiendo  
algo que ya he dicho antes. Volveré a decirlo.  
¿Volveré a decirlo? Para llegar allá,  
para llegar a donde estás, para salir desde donde no estás,  
debes ir por un camino donde no existe éxtasis.  
Para llegar a lo que no sabes  
debes ir por un camino que es el camino de la ignorancia.  
Para poseer lo que no posees  
debes ir por el camino de la desposesión.  
Para llegar a lo que no eres  
debes pasar por el camino de tu no ser.  
Y lo que no sabes es lo único que sabes  
y lo que es tuyo es lo que no es tuyo  
y donde estás es donde no estás.*

La conciencia del pecado llegó a ser principio de la purificación, momento de tensión entre la muerte y el nacimiento. Y la agonía para el poeta pasa a tener un significado trascendente: “¿Quién sino el Amor, ideó el tormento?” El Amor que pensó este mundo, que ha creado al poeta, lo ha arrancado del hábito y lo obliga, suavemente, respetuosamente, a vivificar la creación de sus manos, es su principio y su fin, “antes del principio y después del fin”. Y el dolor, un puro acto amante, pues “el amor nos obliga a la crueldad con los que no comprenden el amor” y

*sólo vivimos  
por fuego o fuego consumidos.*

La alta precisión tensa en que el poeta reproduce la experiencia vital; la síntesis que ha de derramarse en imágenes sucesivas, inesperadas, a veces sin solución de continuidad lógica, convirtiendo la intuición súbita en

desarrollo temporal; el idioma ordinario con su límite opaco de significación, a pesar de todo el enriquecimiento de interiluminaciones en una atmósfera extraña e intensa, real e irreal al mismo tiempo, provocada por el uso simultáneo de ideas yuxtapuestas, de citas de lecturas, de referencias a objetos comunes extraídos del ajetreo diario y de la naturaleza, pero al servicio del pensamiento, de una experiencia sensible y consciente y de una emoción, que, al representar la vida en su totalidad, tienden a la imagen visual de adecuada belleza auditiva y, a la vez, al símbolo y al mito, transmutan la poesía de Eliot en orbe misterioso. Para el autor de los *Cuartetos*, “el poeta que piensa es meramente el poeta que puede expresar el equivalente emocional del pensamiento” y “el único modo de expresar emoción en obra de arte está en encontrar un “correlato objetivo”; en otras palabras: un conjunto de objetos, una situación, una cadena de acontecimientos, serán la forma de esa emoción “particular”; de tal modo que, dados los hechos externos que deben terminar en experiencia sensorial, la emoción es inmediatamente evocada”. Esta emoción, la variable armonía del verso, amplia o ceñida, la hermosura sorprendente de la imagen, el motivo ideológico-vital que reaparece, periódicamente, con variantes que ilustran nuevos aspectos de su complejidad, expanden ondas concéntricas de luminosidad que penetran lo denso de una vivencia inefable, cuyo contenido es Dios y ese ser, hecho de tiempo y eternidad, el hombre. La insistencia y demasía que gobiernan sus poemas, más que acopio de riqueza ostentada, es señal de un equilibrio entre la intención y el acto, entre el difícil asunto y su realización. “La fuerza necesaria que parece excesiva, sólo es la fuerza suficiente que nos dan”.

Nos dan, dice Eliot. Alguien le concede la potencia y la gracia del canto de luz armoniosa; que es acatamiento, oración, disciplina, pensamiento esclarecido, acto. Y fuego. Y transfigurado fuego. Porque, en el poeta, en el momento en que *es*, el fuego y la rosa se hacen uno. Y allí “brotó el orden luminoso de la palabra y la belleza del más puro misterio”.

Señores, perdonadme el relato de la amarga experiencia de los poetas: Está allí en los libros, como dibujo de la desarmonía humana, de ideales que transparentan angustia y orgullo. Si queréis crear un mundo imaginario, temed que no os conviertan en criatura de vuestro propio sueño. Si pensáis acrecentar en la muerte, la nada, poseeréis la nada en la vida y abrazaréis una sucesiva sombra. El hombre perdido en el mundo será juzgado según su esperanza. El blanco que herís con la flecha del anhelo es vuestro destino.

Como Eliot, como su personaje Harry Monchensey, más allá de lo visible y el miedo, del tiempo y del dolor, “yo seguiré a los ángeles radiantes”.



## DISCURSO DEL ACADÉMICO PBRO. FIDEL ARANEDA BRAVO<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 14 DE OCTUBRE DE 1952 EN LA RECEPCIÓN DE DON ROQUE ESTEBAN SCARPA EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

En hora temprana llega a hacernos compañía uno de los escritores chilenos de mayor raigambre hispana, y cosa extraña, el nuevo colega descendiente de otra raza y sus padres vienen de tierras donde se hablan lenguas muy diferentes a la española.

Desde su precoz y fecunda adolescencia, Roque Esteban Scarpa trabaja con tenacidad poco común entre nosotros, por hacer oír en Chile y América la “voz celestial de España”, para que los descendientes de aquella madre prolífica de “razas y naciones” se reintegren a la unidad hispana, a fin de mostrar, como dijo Ramiro de Maeztu, que “el sentido de la cultura entre los pueblos modernos coincide con la corriente histórica de España; que los legajos de Sevilla y Simancas y las piedras de Santiago, Burgos y Toledo, no son tumbas de una España muerta, sino fuentes de vida; que el mundo, que nos había condenado, nos da ahora la razón, arrepentido, por supuesto sin pensar en nosotros, sino incidentalmente, porque hemos descuidado la defensa de nuestro propio ser, en cuya defensa está la esencia misma del ser, según los mejores ontologistas de hoy, porque también la filosofía contemporánea viene a decirnos que hay que salir de esa suicida negación de nosotros mismos, con que hemos reducido a la trivialidad a un pueblo que vivió durante más de dos siglos en la justificada persuasión de ser la nueva Roma y el Israel Cristiano<sup>2</sup>.”

Lección ejemplar, para tantos escritores chilenos de ascendencia ibérica, la que nos da Roque Esteban Scarpa. La cultura del nuevo académico hunde sus raíces en el corazón de Europa, en aquel cristiano y heroico pueblo eslavo que en el siglo IX Cirilo y Metodio incorporaron al Místico Cuerpo de Cristo, y hay más todavía, esas raíces de la línea paterna se asientan con firmeza en la granítica masa de la célebre isla de Córcega, cuna del linaje materno.

<sup>1</sup> MONSEÑOR FIDEL ARANEDA BRAVO. (Santiago, 1906 - Santiago, 1992). Deán de la Catedral de Santiago, Académico de la lengua y escritor. Como crítico literario, trabajó en *El Mercurio*, *Las Últimas Noticias*, *La Nación*, *Atenea* y *Zig Zag*.

<sup>2</sup> DEFENSA DE LA HISPANIDAD, pág. 12.

Empero el nuevo colega, hombre capaz y visionario, comprendió desde muy joven que, aunque carecía de sangre española, era necesario que la nación chilena, hija de la Península Ibérica, volviera por los fueros de la cultura que bebió a sorbos largos, como “leche del espíritu” en el pecho de su madre.

La Academia Chilena de la Lengua Correspondiente de la Real Española incorpora en su seno al señor Scarpa para estimular su desinteresado fervor hispánico y para enaltecer a un hijo predilecto de ese pedazo de nuestra tierra que, con raro equilibrio y armonía, nos ofrece exuberantes bellezas naturales y singular riqueza nacional en el trabajo inteligente y esforzado de sus industriales y hombres de negocios.

\* \* \*

Desde muy joven el nuevo académico ha informado su obra en el amor a España y estoy perfectamente autorizado para decirlo, porque cuando recién llegó a Santiago, el colega recipiendario, juntos hicimos una breve pero fecunda etapa de nuestra juventud, en la vieja e inolvidable “Anec”, bajo el magisterio paternal, inteligente y comprensivo de un sacerdote al cual tanto debe nuestra generación, Monseñor Óscar Larson, a quien me complazco en rendir aquí el homenaje más ferviente de gratitud y afecto.

A la sazón Scarpa, que mucho me aventajaba en juventud, había comenzado sus estudios de letras en la Universidad Católica del Sagrado Corazón y escribía con frecuencia sobre temas que ya revelaban sus inquietudes espirituales y artísticas, y un grande amor y admiración por España.

Una vez que recibió su título de doctor en letras, dedicóse exclusivamente a la enseñanza de la literatura española, en diversos colegios y en la Universidad donde había estudiado. A través de toda su labor, docente y literaria, difunde con buen gusto y excelente criterio pedagógico la literatura española y muy principalmente la del siglo de oro, en la cual es peritísimo. Vivíamos, entonces, en pleno apogeo de las escuelas poéticas modernistas y había que tener valor para dedicarse a tan noble e ingrata tarea. Este pecado capital, del nuevo académico, aún no se lo perdonan los pseudoescritores enemigos de los clásicos españoles. Comienza su labor, Roque Esteban Scarpa, con la publicación de un ensayo sobre “DOS POETAS ESPAÑOLES”, García Lorca y Alberti. Sus veintiún años, escasos, no son óbice para que diera un juicio cabal y exacto de esos dos poetas modernos con hondas raíces clásicas. Uno de nuestros colegas, que tiene más alto sentido estético, Eduardo Barrios, dijo, entonces, una verdad que hoy es indiscutible: “La sensibilidad de este crítico constituye su primera substancia. Luego el criterio. Y en fin su preocupación de estilo que es otra de las condiciones plausibles de Scarpa. Escribe con el fervor de quien está

produciendo. Su labor resulta así una suma en vez de una división. Críticos de su tipo no aparecen desde hace mucho tiempo en nuestras letras. Hay que marcar esta fecha y este nombre”<sup>3</sup>; y otro de los académicos, que es maestro de la crítica literaria, confirmó, no ha mucho, este juicio cuando examinó el último libro del nuevo colega: “De todos ellos resulta una de las personalidades más dignas de interés y, en cierto sentido, ejemplares con que cuentan actualmente las letras nacionales”<sup>4</sup>. Coincidencia asaz feliz que sirve para justificar el ingreso de Scarpa en nuestra Corporación.

Poco después da a luz “POESÍA RELIGIOSA ESPAÑOLA”. Espiga lo mejor de la poesía mística hispana de todos los siglos y forma un verdadero libro de cantares religiosos.

Tras esta antología aparece la mejor obra de crítica literaria escrita por el nuevo académico: “EL MAESTRO DE SOLEDADES”, que publicó a los veinticuatro años, con la seriedad y buen juicio propios de la madurez. En toda la obra domina el pensamiento de la soledad, del amor y de la muerte. Alrededor de estas ideas escribe páginas cuyo valor estético sólo es comparable al de los clásicos. En “EL MAESTRO DE SOLEDADES”, el autor estudia a los escritores del siglo de oro, colocados, como dijo un crítico, “entre dos soledades, la de Dios y la de las criaturas”<sup>5</sup>. Aquella centuria es una rica cantera de la cual el nuevo académico ha extraído áureos lingotes, de la más fina ley, para obsequiarnos con una obra primorosa, en la que, como él mismo dice, considera a los escritores clásicos españoles “como seres vivos”.

A Roque Esteban Scarpa le subyuga la vida española de la edad de oro, en la cual el auge político y militar corre parejas con el resurgimiento literario, artístico y científico. España recibe de Italia el poderoso acervo de cultura que ésta había heredado de Grecia. Eduardo Solar Correa ha dicho que Italia conquistó a España con sus artes y su literatura y España conquistó a Italia con la belleza varonil de su lengua y la bizarría de sus costumbres. Valdés, en su clásico diálogo de la lengua, asegura que “en Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y galana saber hablar castellano”. España con la influencia itálica elevó su cultura y ennobleció la vida literaria y artística, pero en su idiosincrasia permaneció inmutable. Erigiéronse una veintena de centros universitarios, se generalizó el estudio de la gramática, vale decir, de los clásicos. Los letrados fueron tenidos en grande estima y los doctores de Salamanca disfrutaron de todos los privilegios de que gozaban los nobles.

El estudio del latín, la lengua madre, y universal, en aquel tiempo feliz, se hizo indispensable. A la sazón la gente culta e ilustrada no le encontraba

<sup>3</sup> EDUARDO BARRIOS. *Las Últimas Noticias*.

<sup>4</sup> HERNÁN DÍAZ ARRIETA. *El Mercurio*. Dic. 1952.

<sup>5</sup> ALFREDO LEFEBRE. *El Diario Ilustrado*.

olor a incienso al idioma del Lacio y antes al contrario era un oprobio, una vergüenza ignorar la lengua en que escribieron los genios de Cicerón, Virgilio, Ovidio y Tácito. “El que latín no sabe, decía Juan de Lucano, asno se debe llamar de dos pies” y Fray Luis de León da testimonio de que “baste ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada”.

A la Universidad de Salamanca acudían estudiantes de toda España, de Europa y aún de América. Los catedráticos hablaban en latín y hacían sus clases en este idioma. El gusto por la lectura de los clásicos engendró a los grandes escritores de los cuales se ocupa el nuevo colega en “EL MAESTRO DE SOLEDADES”. Los autores del siglo de oro representan no sólo la más alta y viva expresión de la belleza literaria, sino también de la vida española, de la fe religiosa, de la hidalguía, de la ternura y del heroísmo de ese pueblo donde, entonces, “no se ponía el sol”.

El español de ese tiempo era literato en sus ratos de solaz. Los hombres de armas, los estadistas y sacerdotes escribían en sus momentos de ocio y hablaban de lo que veían y vivían, con suma sencillez y sin ningún artificio; la literatura era un descanso, un goce, un placer estético; por eso la literatura del siglo de oro es la mejor historia de la España de esa época. En cada página de los clásicos uno siente vibrar la vida de nuestra raza. En ese tiempo no había escritores de profesión: todo hombre culto escribía para dar natural desahogo a su espíritu, no se escribía por negocio. El testimonio de los hechos es irrecusable. Allí están Garcilaso y Cervantes sirviendo de soldados; Fernando de Herrera es sacerdote y San Juan de la Cruz, fraile, para dar sólo cuatro nombres de los más significativos. Reyes y nobles buscaron la amistad de los hombres de letras y les honraron. Como no se traficaba a la sazón con la literatura, algunos escritores vivían pobrememente. Oíd a Cervantes cómo se queja de que “el hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa” y Góngora decía que “en el verano a no estar rota la ropa de invierno hubiera tenido que quejarse de calor”. Por aquella época no existía la propiedad literaria y los escritores despreciaban sus propias obras como algo baladí. Eran tan quijotes que no les importaba la gloria. Época venturosa en la cual los sanchos no se alzaban contra los quijotes... Y para que el siglo de oro sea aún más humano, no faltaron tampoco las envidias y pendencias entre los hombres de letras. “Homo homini lupus...”. Finalmente, toda la vida hispana de entonces está saturada de esa austeridad y grave recogimiento de aquel sin par y discutido monarca que se llamó Felipe II.

Es evidente, señoras y señores, que a un hombre tan culto y espiritual, como Roque Esteban Scarpa, tenía que interesarle sobremanera el áureo siglo de las letras españolas, Y su libro “EL MAESTRO DE SOLEDADES” denota esa admiración por los escritores que dieron nombre y gloria a esa época. Todo tiempo tiene, dice el nuevo colega, como el hombre, una tierra y un

aire que la circunda y la enlaza midiéndole la forma, iluminando su gracia” (pág. 13). “Si ha existido pueblo alguno asegura –más adelante– en el que la voluntad de su destino haya sido el mismo aire de su poesía, este pueblo es el español. Su grandeza nació de su primitivo afán de unidad nacional, y, posteriormente, de aquel otro de reunir la tierra bajo un monarca, un imperio y una espada. La poesía tiende igualmente a la unidad y su esencia es la unidad y cuanta más alta y ardiente, más cercana al unificador de todo, al Emperador de su cielo y de su justicia, a aquel cuya voz hace nacer los lirios y derretirse el volumen de los montes, mientras a sus pies vuela la ardiente poesía pura de sus ángeles”.

“El destino español fue salvarse en la fe: salvar primero a la tierra, a toda la tierra, dándole generosa sangre y habla e ir conquistando con la salvación de España y el hombre, el cielo. Quería España ceñir el orbe con su nombre, pues no ignoraba ella, desde los tiempos de don Alfonso el Sabio, que “esta España que decimos tal es como el paraíso de Dios”. “¿Quién no querrá –concluye Scarpa– con encendida caridad meter al mundo en el paraíso de Dios?”.

La gloria de España está en ese aire religioso que se vierte puro, limpio y sencillamente en la poesía del siglo de oro. Alrededor de esta idea, el autor estudia la obra de los poetas de ese tiempo. A Cervantes, para quien la poesía “es una doncella, lo no conocido, lo virginal; el misterio”; a Garcilaso cuya voz –según el nuevo colega– suena con su poesía interior, el manadero de sus quejas y sus lágrimas; a su verdadero ser” (pág. 32). “La poesía, dice el nuevo colega, va siempre rectamente hacia alguien. Es una flecha buscando un blanco en qué herir. Su razón es la herida deleitosa o de llanto. Su existencia el paso por el aire” (pág. 32). Insiste Scarpa en el pensamiento de melancolía y de muerte del verso de Garcilaso. El amor de Garcilaso era eterno, “ese amor que eternamente le faltó, porque el español no se enamora a ciegas”. España buscó el amor de Dios, la caridad que está tan divinamente expresada en las estrofas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. “Los cerrojos de la tierra me cerraron para siempre” dice San Juan de la Cruz, resumiendo a nuestro juicio –apunta el autor de “EL MAESTRO DE SOLEDADES”– en esta breve frase la esencia de su misticismo. San Juan de la Cruz añora quedarse sólo con Dios. Santa Teresa de Jesús, la audaz reformadora, ejemplar genuino de la vida activa y contemplativa, en la cual se enlazan maravillosamente Marta y María, quería “desear durar en el amor”. “Los afanes del mundo han quedado lejos”, afirma Roque Esteban Scarpa; y en su admiración y eufórico entusiasmo por la poesía española llega a decir: “que al hombre se le presenta un dilema: poesía o exterminio. Ser o pasear un cadáver ante los ojos de los hombres” (pág. 93). En su estudio sobre Quevedo, el nuevo académico, siempre preocupado de la muerte, recuerda la frase de Don Miguel de Unamuno: “¡Dios

mío, qué solos se quedan los vivos!”. “Hemos pronunciado así una verdad: los muertos están siempre acompañados de sus actos, en su cielo, o en la oscura ausencia de Dios; los que estamos solos, relativamente solos, somos los vivos, los que en agonía diaria hacemos y rehacemos nuestra eternidad, aprendiendo sabiduría, acendrando el imperfecto amor, construyendo con la vida la muerte y con la muerte la vida” (pág. 102).

Quevedo es sin duda el prototipo del español, el más genuino representante de su tierra. El autor dice que el combate interno del español es que amando con pasión la vida, por fe sabe que ella es la verdadera muerte, y que muriendo vivo construye la eternidad. Quevedo entre tanta aventura lo que busca es hartarse, es matar en vida su inquietud, es vivir minuto a minuto su muerte” (pág. 104) y Scarpa, hasta en su “mortal mantenimiento” es discípulo de Quevedo y por lo mismo podría decirse de él, lo que Juan Ramón Jiménez escribió de Alfonso Reyes “hombre trino y uno” mejicano de nacionalidad, español por amor y universal por transcendencia”.

Para Roque Esteban Scarpa, Lope de Vega “es un ser imposible” (pág. 135) y en verdad, es duro, claro e hiriente, en suma difícil. El autor se pierde estudiando la psicología poética del fénix. “En la poesía de Lope –insiste– el mundo aparece, tras la noche, con la maravillosa vanidad de un puro colorido: ya son los trigos rojos y únicos, las verdes cañas, los carmíneos lirios, la verde oliva...”. “El amor de Lope es la entraña de su obra y la raíz de su vida” (pág. 139). El amor de este poeta es puramente humano y por eso en la soledad de la muerte de su hijo, en los límites de la desesperación, dice “como si fuera cuerpo sangra el alma” (pág. 144). Cuando el autor compara a Lope de Vega con San Juan de la Cruz, llega a la más alta cumbre de su agudo espíritu crítico. “El hombre Lope metido dentro de una carne que le sujeta, escribiendo a desdenes de amor, versos de amores”, y el Santo Juan, desasido de los garfios del mundo, deja “el amoroso cuidado entre las divinas azucenas, con el pecho de amor muy lastimado”. “Son los dos extremos posibles de la poesía de España”. “Época de tiempo humano y a la vez época humana de infinito espiritual” (pág. 149). Dos poetas distintos, pero un solo español no más. Y por fin nos dice que “el amor español y su pérdida, es tan amplio y rico en diversidad que sería empresa de locura pretender encerrarlo en un frío esquema” (pág. 186).

En “EL MAESTRO DE SOLEDADES”, Roque Esteban Scarpa se manifiesta no sólo crítico certero, sino también recio pensador, y filósofo cristiano de firmes convicciones, que a través de las ideas del amor, de la muerte y de la soledad, alumbrado por esa única luz verdadera “que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”, sale al encuentro de la vida, sin término, de aquella de que hablaba el Segismundo del barroco Calderón: “Acudamos a la eterna –que es la fama vividora– donde ni duermen las dichas –ni las grandezas reposan”.

Scarpa tenía poco más de veinticuatro años cuando publicó este libro, pero en el lenguaje ya se advierte un estilo propio peculiar, que en las introducciones de sus LECTURAS y en LUZ DE AYER ha de llegar a su más alta y definitiva expresión. Ya lo dijo Fray Luis de León, “una cosa es la forma de decir y otra la lengua en que lo que se escribe se dice”.

Las demás obras del nuevo colega son antologías, con excepción de MORTAL MANTENIMIENTO, libro que después incluyó en LUZ DE AYER, publicado el año pasado.

LECTURAS MEDIEVALES ESPAÑOLAS, LECTURAS CLÁSICAS ESPAÑOLAS, LECTURAS MODERNAS ESPAÑOLAS, LECTURAS AMERICANAS y LECTURAS CHILENAS fueron escritas con fines didácticos. Nadie, después de Eduardo Solar Correa, había hecho una síntesis tan acabada y completa de la literatura de habla hispana. Uno adquiere en estas obras idea bien clara de las letras españolas, americanas y chilenas. En cada prólogo hemos tenido que admirar el juicio tan certero, irónico, agudo, sagaz y chispeante; y sobre todo su espíritu crítico tan exigente y desapasionado para seleccionar a los escritores que figuran en la obra. En todos estos trabajos se advierten sus preferencias por la literatura clásica, a cuyo estudio ha dedicado los mejores años de su juventud y madurez. La publicación de estas LECTURAS le han ocasionado no pocos sinsabores, mas, el pensador cristiano sabe que nadie está libre de la envidia y de la maledicencia y como el Dante “mira y pasa...”.

\* \* \*

PRIMAVERA DEL HOMBRE es la historia del alma contada por los poetas españoles y, a través del amor de Dios y de Su Ungido, invita a los bardos hispanos “doblemente creadores por poetas y cristianos a soñar la primavera del hombre, rebrotar eterno, creación perpetua, incesante fénix” (pág. 79).

\* \* \*

En VOZ CELESTIAL DE ESPAÑA, que dedica a Monseñor Óscar Larson, nos adentra en la vida de la península ibérica, mediante la poesía religiosa, en la cual los poetas dan testimonio de la conciencia cristiana de la raza, que tuvo su hora más afortunada el 7 de octubre de 1571, en el golfo de Lepanto, y de la cual cantó el divino Fernando de Herrera: “El Señor que mostró su fuerte mano –por la fe de su príncipe cristiano– y por el nombre Santo de su gloria–, a su España concede esta victoria” (pág. 342). Scarpa afirma en esta antología que “los autosacramentales abarcan, con lo reli-

gioso, toda la esfera de acción del hombre, porque se concreta y concentra en el drama mismo de su ser” (pág. 20). María la heroína de Lepanto, la Madre “del amor hermoso y de la dulce esperanza, era lo eterno, para los poetas españoles, la pureza sobre la sensualidad; lo inmaculado sobre lo que el mundo hollaba”. España defiende la purísima Concepción como la esencia de su fe, y, por ende, de su vida, porque creer era la única forma posible de existir” (pág. 23).

LUZ DE AYER es la última obra del nuevo colega, en ella incluye *MORTAL MANTENIMIENTO*, publicado en 1942, y que obtuvo premio de poesía de la Sociedad de Escritores de Chile, en 1941; el poema dramático *EL TIEMPO*, algunos fragmentos de novelas y tres soliloquios. *LUZ DE AYER* es el libro mejor logrado del autor y nuestra opinión está confirmada nada menos que por la autoridad de Dámaso Alonso, de Hernán Díaz Arrieta y de no pocos escritores de valer. En esta obra no nos revela nada nuevo de su mundo interior y de su fina personalidad literaria: el verso y la prosa tienen siempre ese mismo acento de angustia, de soledad, de amor y de muerte, que anima y distingue singularmente toda su producción estética. Aquí vemos mejor que en ningún otro libro suyo, al escritor profundo, al poeta filósofo, que sabe revestir las ideas con arte y claridad. El destino humano, el incierto destino humano, le interesa sobremanera; quiere desentrañar la existencia del hombre y ver hasta lo más recóndito de su ser, no se conforma con superficialidades; es sin duda un existencialista, pero un existencialista cristiano, católico, que no pierde nunca de vista el Ser Subsistente, el Ente a Se, como dicen los filósofos tomistas, cuyo Verbo hecho carne se deja ver y oír en el tiempo, para darle a la humanidad divinos derechos. En el poema dramático *EL TIEMPO* estudia, con maestría, los problemas de la existencia y del destino del hombre. Saúl encarna el pasado, Jonatás el presente y David el futuro, los tres conversan acerca de la vida del hombre y de su futuro. Los interrumpen el Coro y la Sombra, como voces insolentes que sólo contribuyen a hundir más aún el misterio de la vida y de la muerte: “Estoy solo... estoy solo..., termina David. Siento como si el mundo gravitara sobre mis ojos... Estoy cansado... Estoy solo... Jonatás, amigo mío, ¿dónde alientas?... ¿Por qué me abandonas a mí, a Saúl, tu padre?... Jonatás, hijo mío, ¿por quién suspiras?”. Así termina esta breve tragedia, cuya técnica tiene reminiscencias helénicas.

Dámaso Alonso, el poeta y maestro hispano, de tan justo renombre, en carta que el autor incluye en la obra, escribe que “el estilo de Roque Esteban Scarpa está matizado por la tradición, enriquecido por su sensibilidad, virginalmente nervado, como si fuera invento o troquelación de ahora mismo, es capaz de tantos registros, luces y penumbras, que es lengua perfecta, límite de la delicadeza expresiva, y de la irradiación del espíritu. ¡Qué hermosura que se escriba así en Chile!”. Es evidente que los elogios nada agregan al valor intrínseco de un libro malo o mediocre, pero

cuando tiene mérito artístico, como LUZ DE AYER, entonces el prestigio de la obra se consolida.

Es una honra altísima, para el nuevo académico, asemejarse a los clásicos del siglo de oro. Nuestro autor ha remozado el lenguaje de San Juan de la Cruz y de Lope de Vega, con figuras bellas y originales. Venga un ejemplo: “Cautivo ando en este cuerpo y muro –cayéndome en su carne a tempestades– herido de ser hombre y por mitades –rebelde tierra y ángel que figuro”. Cada poema posee su sello propio inconfundible. El misterioso encanto de esta poesía humana es precisamente su raíz clásica. Para lograr tal grado de perfección estética, no sólo es menester numen poético, sino también erudición, cultura sólida y vasta; y estos atributos que constituyen al verdadero poeta no abundan en los bardos modernos. Scarpa es un hombre de estudio, de cultura polifacética; estas cualidades, sumadas a su estro maravilloso, dan a los poemas un no sé qué de grandeza y donaire, muy rara, por lo demás, en la época tan superficial y cursi que vivimos.

En esta LUZ DE AYER, luz de primavera, suave y misteriosa, el poeta ha superado al maestro.

\* \* \*

Desde 1946, el nuevo colega es profesor de literatura general comparada en el Instituto Pedagógico de esta Universidad, cátedra que obtuvo en difícil concurso. Alguien que escuchó la disertación que hizo para ganar el título, escribe que ella fué vibrante. “Con matemática precisión logró aprisionar en el lapso señalado todo lo que quiso decir y lo dijo no sin vehemencia. Casi diríamos, con cierto dramatismo elegante y, desde luego, notablemente comunicativo. Domina la materia, el fenómeno literario que debe analizar, y se vigila a sí mismo constantemente, a fin de no dejarse llevar por cierto lirismo espontáneo. El autor de antologías poéticas, en sus búsquedas y lecturas se impregnó acaso de la sensibilidad crítica y creadora de los autores estudiados y en esa mañana que era para él de dura prueba, fueron ellos en su ayuda. La cita oportuna, la reflexión sugerente, el sentido o intención filosófica de ciertas apreciaciones generales, el orden, el método: todo denuncia al profesor acostumbrado a manejar ideas y autores, razones y sentimientos”<sup>6</sup>. Era lógico que el Decano de la Facultad de Humanidades nombrara catedrático al profesor de la Universidad Católica que acababa de dar un testimonio tan fehaciente de su preparación. El discurso que acabáis de oír prueba que el nuevo académico no sólo es peritísimo en literatura española, sino también en muchas otras y por lo mismo es indiscutible su magistral preparación.

<sup>6</sup> M. V. *El Diario Ilustrado*. 17-XII-1945.

\* \* \*

Continuando en su tenaz campaña hispanista, Scarpa fue uno de los más entusiastas y activos fundadores del Instituto de Cultura Hispánica, centro que dirigió durante sus primeros años. No deseo extenderme demasiado, para no abusar de vuestra benevolencia y por eso sólo quiero decir aquí que la labor del nuevo colega, en el Instituto de Cultura Hispánica, ha contribuido a hispanizar la cultura chilena, lo cual redundará en gran provecho nuestro.

Los españoles, hidalgos al fin, manifestaron su gratitud al fervoroso hispanista y le eligieron académico correspondiente de la Academia Sevillana de Buenas Letras y de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba; y como si esto fuera poco, le hicieron Comendador del Número de las Órdenes de Alfonso el sabio y de Isabel la Católica.

En su viaje a la Península recibió sinceras y espontáneas manifestaciones de cariño de los hijos de esa tierra, para él tan amada. —Allí dió conferencias en casi todas las grandes Universidades españolas.

\* \* \*

El discurso que el recipiendario acaba de pronunciar es la mejor prueba de que, no obstante su juventud, la obra literaria de Scarpa tiene ya la madurez suficiente como para hacerse digno de ingresar en nuestra Corporación.

En él vuelve al tema de su predilección: “el hombre perdido en el mundo”, el hombre solo, angustiado, en medio del torbellino de la vida, en lucha permanente con su destino y frente a la incógnita terrible de la eternidad, “desgarrado entre la carne y el espíritu, entre su existir en el tiempo y su sed de infinito”. Esta pieza oratoria es una de las mejores que se han escuchado en la historia de nuestra Academia. Contempla a la humanidad en su ser íntimo y profundo, con la visión del filósofo cristiano y frente a toda la literatura moderna.

El hombre solo, perdido en el mundo, según León Bloy, tiene lugares, en su corazón, que todavía no existen y para que puedan existir entra en ellos el dolor. El dolor, recuerda el nuevo académico, es una terapéutica, “pues hay situaciones en las que el hombre únicamente puede vivir su vida en el auténtico sufrimiento”. Tuvo razón entonces el poeta español al decir que “si con dolor el alma se ha templado, es invencible”. Pero Scarpa asegura “que el dolor tampoco es capaz de definir al hombre abarcando su totalidad”. El hombre vive angustiado porque para sí mismo es un desconocido, un ente ignorado con ansias de conocerlo todo y de entrar en el fondo obscuro y misterioso de su ser. La vida dice el nuevo académico

nunca será nuestra. Sólo los santos, señoras y señores, los hombres que “existen plenamente en unidad fervorosa son capaces de vislumbrar algo el misterio de la vida y de la eternidad. Nos asegura que su solo enunciado afrenta a los hombres orgullosos perdidos en el mundo”. Kémpis, en su libro inmortal, dijo que “con dos alas se levanta el hombre terreno y son la simplicidad y la puridad”<sup>7</sup>.

En la segunda parte estudia la existencia del hombre en la literatura moderna. Baudelaire, en su antitética dualidad satánico-divina, indica que en “el misterio del tiempo hay un secreto: el tiempo es siempre humano, el tiempo siempre escinde, el tiempo es un titubeo del ser; el éxtasis en Dios es una intensidad siempre presente”. Baudelaire ignoraba que el éxtasis está sobre las fuerzas del hombre y que es tan grande el ansia de unión perfecta que el hombre “muere porque no muere”. ¿Qué prueba más contundente, señoras y señores, acerca de la eternidad? Esta literatura demoníaca llega al cénit de la desesperación en el desdichado Rimbaud, el cual cree que nuestra pálida razón esconde el infinito”. Absurdo monstruoso pensar que lo finito pueda esconder lo infinito. Mallarmé concibe lo Divino porque ha logrado la dicha de que “el yo esté muerto” y se haya hecho impersonal y luego Scarpa, con su profundo sentido de la filosofía tradicional cristiana y católica, arguye que “¿cómo puede creer el poeta en su poesía, sueño como Dios, como el alma, si él no existe, si es la nada la única verdad?”. “No podríamos negar, concluye el nuevo colega, que los planteamientos, las aspiraciones, el mundo fantasmagórico (real en parte, sueño de la razón en lo que resta) que estos tres poetas fuentes son de las variadas corrientes de nuestra literatura contemporánea” y en seguida, como ya habéis oído, se refiere a Vicente Huidobro, que convierte al poeta en un pequeño dios creador; y nuestro autor –dice Scarpa– “está en la línea de la poesía europea”.

Termina su brillante discurso con un detenido examen sobre el superrealismo y sus maestros André Breton y Paul Eluard, sobre el poema creacionista de Huidobro y la poesía católica de T. S. Eliot, el maestro de los “Cuartetos”. Advierte el contrasentido trágico que significa el abdicar la conciencia para dar paso a las manifestaciones del inconsciente a través de la escritura automática en los superrealistas; el doloroso viaje de Vicente Huidobro a través de las soberbias manifestaciones de una poesía que quiere usurpar al Hacedor su virtud creadora y el conocimiento que el poeta tiene de su límite humano en los últimos años de la vida, cuando descubre, más allá de la soberbia, el sentido espiritual del amor y del dolor. Finalmente, demuestra cómo la poesía, después de tanta búsqueda, retorna a las verdades fundamentales que conocieron los grandes místicos

<sup>7</sup> IMITACIÓN DE CRISTO. Traducción de Fray Luis de Granada. Cap. IV.

y establece las conexiones íntimas que existen entre un hijo de nuestra época, como es el poeta y dramaturgo inglés T. S. Eliot, y la altísima figura de San Juan de la Cruz. El hombre perdido del mundo halla su sentido, su valor humano, a la vera de Dios, del Creador, cuyo ejercicio él débilmente imita y de cuya luz nutre el alma y las alas del canto.

El pensamiento del nuevo colega es nítido y claro, espejo límpido del verdadero concepto que tiene de nuestra filosofía perenne y que trasciende más allá de su angustia y soledad, para encontrar en Dios el último destino del hombre que estaba perdido en el mundo. Sus ideas están engastadas en un verbo rico y elegante, dentro de la sencillez clásica, lo cual denota un estilista hábil en el manejo del idioma de Cervantes.

La Academia se complace en su noble prosapia literaria y al incorporarse en nuestras labores, en nombre del Instituto, le damos nuestra enhorabuena y la más cordial y entusiasta bienvenida, mientras el señor Director le entrega el diploma que será el espaldarazo para el caballero de la hispanidad.

ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA



# PEDRO RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES Y LA POLÍTICA COLONIAL ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII

RICARDO KREBS WILCKENS<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia,  
pronunciado el 17 de noviembre de 1955*

Señor presidente, señores académicos, señoras y señores:

La vida del espíritu es, por una parte, siempre vida solitaria. El hombre que hace de la meditación sobre los problemas de la verdad su profesión, tendrá que buscar siempre un cierto aislamiento y tendrá que distanciarse de las exigencias inmediatas de la vida práctica para poderse entregar libremente a las tareas del espíritu.

Sin embargo, en vista de que el hombre es por su naturaleza un ser sociable y de que sólo en la comunidad puede realizarse, también la vida intelectual y la actividad científica necesitan de la comunidad y, saliéndose de la solitaria meditación, el hombre de ciencia busca la convivencia humana que es indispensable para su desarrollo general y para sus labores científicas en particular. Esta comunicación se produce, a menudo, espontáneamente y en un plano de relaciones humanas personales y directas. Mas, por importantes que sean estas relaciones informales, es necesario, por otra parte, dar a la labor científica una organización oficial y dotarla de instituciones adecuadas. En el curso de la historia de Occidente se han formado dos instituciones en que se ha concentrado la labor científica: la Universidad, dedicada al desarrollo de la ciencia, a la enseñanza y a la formación de los nuevos dirigentes intelectuales de la sociedad, y la Academia, que, desde el siglo XVII, ha cumplido con la noble función de servir de hogar supremo a la ciencia y de ofrecer a sus miembros la posibilidad de hacer públicos los frutos de sus trabajos con entera libertad, indepen-

<sup>1</sup> RICARDO KREBS WILCKENS (1918-2011). Historiador. En 1936 viajó a Alemania donde obtuvo un doctorado en filosofía, con mención en historia por la Universidad de Leipzig. Por su labor como docente e investigador obtuvo el Premio Nacional de Historia en 1982 y la Universidad Católica le otorgó el grado de Doctor Scientiae et Honoris Causa en 1992. En 1955 fue incorporado como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia y de la Real Academia de la Historia de España.

dientemente de toda exigencia práctica o política, sujeto únicamente a las exigencias de la misma ciencia.

Ser acogido en una de estas academias ha sido considerado siempre como uno de los más altos honores y como el reconocimiento de una labor cumplida.

Teniendo presente estas consideraciones, debo confesar que me siento profundamente conmovido y confundido por el hecho de que la Academia de la Historia me haya dispendiado el honor de llamarme a su seno.

Toda distinción compromete y la designación con que me ha honrado la Academia de la Historia me compromete a servir con mayor fervor aún a la historia, esta ciencia que tradicionalmente ha desempeñado un papel tan importante en la vida cultural chilena.

Esta Academia es una Academia chilena y como tal está dedicada, naturalmente, ante todo al estudio de la historia chilena. En cambio, mis cursos en la cátedra universitaria, mis investigaciones y publicaciones tienen por tema la historia universal o, más exactamente, la historia europea. No obstante, la Academia me ha abierto sus puertas, lo que, por una parte, se debe principalmente a la generosidad de sus miembros; por otra, creo que se puede ver en ello un hecho muy significativo para el espíritu chileno y para nuestra historiografía; en realidad, el amor que el chileno siente por su país, por su nación y por su pasado no ha sido nunca mezquino ni excluyente, sino que, con un criterio realmente universal, ha comprendido lo nacional como manifestación particular y concreta de lo humano en general. De la misma manera, los grandes representantes de la historiografía chilena se han planteado el problema de la historia de Chile siempre como un problema universal y con un significado general. Pues la historia, en verdad, es siempre una y universal, ya que, aun cuando se planteen problemas locales, tiene siempre por protagonista al hombre, ser llamado a realizar en el tiempo su esencia ideal y su naturaleza humana universal.

Esta magnanimidad y amplitud del espíritu chileno está también presente en la Academia de la Historia y en sus miembros, los cuales tan generosamente han acordado aceptarme entre ellos. A todos ellos expreso mi más profundo agradecimiento.

El sitio que vengo a ocupar en la Academia quedó vacante a raíz del fallecimiento de don Elías Valdés Tagle, tan justamente lamentado.

Don Elías Valdés Tagle estuvo dotado de una personalidad cuyas características más sobresalientes fueron la armónica combinación de las virtudes morales con las cualidades intelectuales y la subordinación de los intereses personales a los intereses colectivos.

Fue abogado y fue agricultor, y en su hacienda Calleuque dio brillante testimonio de su capacidad como hombre de empresa. Mas no se limitó a sus actividades privadas, sino que sintió la obligación moral de cooperar en la solución de los problemas generales de la sociedad.

Don Elías Valdés había nacido en 1870, de modo que fue testigo de las hondas transformaciones sociales y económicas que desde fines del siglo tenían lugar en Chile; presenció los efectos de la industrialización y vio surgir los antagonismos entre empresarios y obreros. Mas él no vio en estos conflictos el resultado fatal de una ciega lucha de clases, sino que creyó en la posibilidad de su superación. A esta convicción impulsábalo tanto sus principios de buen cristiano como las conclusiones de sus estudios científicos. Estaba convencido de que el trabajo y las relaciones sociales no debían quedar entregados al azar, sino que debían y que podían ser estudiados y organizados científicamente. Realizó amplios y profundos estudios de sociología y de economía política, y consideró que la economía moderna requería de instituciones especiales, ya que las condiciones imperantes en la sociedad moderna exigían que los medios individuales se aunaran, con el fin de que la fuerza de la comunidad acudiese en protección de cada uno de sus miembros. De ahí nació su fe en las cooperativas a cuya realización consagró gran parte de su vida.

Publicó importantes estudios sobre cooperativas de consumo, sobre sindicatos agrícolas y sobre el problema obrero en las salitreras. Desempeñó un papel destacado en el Primer Congreso Científico Panamericano que se celebró en 1908, en Santiago de Chile. Tomó parte y presentó trabajos en numerosos congresos agrícolas y fue nombrado presidente honorario del Primer Congreso Nacional de Cooperativas en 1930. Se esforzó por poner en práctica sus ideales y fundó la Cooperativa de Consumos Independencia, el Sindicato Agrícola de Calleuque y una caja rural cooperativa en su hacienda.

La importante labor desarrollada por don Elías Valdés Tagle encontró su justo reconocimiento a través de los numerosos honores que le fueron dispensados. Fue nombrado Miembro Honorario de la Facultad de Agronomía de la Universidad Católica. Fue miembro fundador de la Academia de Ciencias Económicas y Políticas de la misma Universidad, miembro afiliado del Instituto Internacional de Organización Científica del Trabajo de Ginebra, miembro fundador y Director de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Don Elías Valdés Tagle fue también miembro fundador de la Academia Chilena de la Historia y ésta lo recordará siempre como a uno de sus miembros más destacados.

De acuerdo con la exigencia de la Academia de que la toma de posesión del cargo se debe realizar mediante un discurso, quiero hablaros a continuación sobre el tema "Pedro Rodríguez de Campomanes y la política colonial española en el siglo XVIII".

\* \* \*

En el siglo XVIII tiene lugar una profunda crisis en la política colonial de los Estados europeos. Desde que los portugueses y españoles habían creado sus primeras colonias, el poder europeo en ultramar había aumentado continuamente y los pueblos europeos, en particular los de la Europa Occidental, habían logrado establecerse en todos los demás continentes. Gran parte del mundo había sido colocada en alguna relación de dependencia con respecto a Europa y ésta se había beneficiado con los metales preciosos y las mercaderías traídos de ultramar. El poder europeo había aumentado de una manera impresionante y este desarrollo había sido continuo, sin que los intereses europeos hubiesen sufrido algún revés de mayores proporciones. En el siglo XVIII, empero, se produce la crisis.

Por una parte, se decide la secular rivalidad entre Inglaterra y Francia y ésta pierde, a raíz de la Guerra de los Siete Años, sus posesiones en Norteamérica, África y la India. El primer imperio colonial francés ha dejado de existir. Por otra parte, se desmorona el dominio colonial inglés en Norteamérica. Pocos años después de que Inglaterra ha logrado eliminar la influencia francesa, se levantan los trece estados de la costa del Atlántico y proclaman su independencia.

Al mismo tiempo se ponen de manifiesto los graves abusos que la Compañía de Comercio de las Indias Orientales está cometiendo en la India y se impone la necesidad de introducir modificaciones radicales. Tanto en América como en Asia fracasa la política colonial inglesa. Los métodos seguidos hasta entonces por Bretaña resultan inadecuados. Las relaciones entre la metrópoli y sus posesiones ultramarinas experimentan una grave crisis. Inglaterra tomó muy en cuenta la dura lección que significó para ella la pérdida de sus dominios americanos y buscó en los decenios siguientes nuevas formas para su política colonial, que le permitieron, en efecto, conservar sus demás posesiones y luego conquistar otras nuevas.

Al lado de Inglaterra, era España la otra gran potencia colonial de la época. Debemos preguntarnos si el Gobierno español tuvo conciencia de que en el siglo XVIII tenía lugar una crisis y que se habían presentado problemas nuevos que requerían de nuevas soluciones.

Es por demás sabido que, al producirse la independencia, los americanos levantaron las más violentas críticas contra la administración colonial española, y que estos juicios condenatorios fueron repetidos por la historiografía del siglo XIX, afirmándose que los errores y la ceguedad de los gobernantes españoles habrían sido la principal causa de la emancipación de las colonias. Como uno de los hechos más odiosos, se suele señalar ante todo el monopolio comercial que habría establecido España con el fin de explotar las colonias. Los perjuicios derivados de la política de estancos habrían hecho nacer entre los naturales de las colonias el deseo de eliminar toda restricción y establecer la libertad de comercio.

Más, en la actualidad, sabemos que muchas de las opiniones tradicionales deben ser revisadas. Las investigaciones más recientes han elaborado ya una nueva imagen de la política colonial española en el siglo XVIII y han comprobado que la generación de la independencia americana constituye un problema más complejo de lo que se había creído antes.

Además de estudiar lo que la monarquía española realizó efectivamente en el siglo XVIII en sus posesiones americanas, conviene examinar los conceptos y las ideas que los gobernantes españoles tenían con respecto a América. ¿Conocían ellos la realidad americana y tenían ellos conciencia de sus verdaderos problemas? ¿En qué principios generales basaron ellos la política colonial? ¿Hubo una verdadera política colonial, sistemática y consciente, o fue ésta el resultado de la ventura y de la improvisación?

Como contribución a este tema quisiera referirme a Pedro Rodríguez de Campomanes, el conocido ministro de Carlos III, indudablemente una de las figuras más destacadas de la historia española del siglo XVIII, un representante típico del Despotismo Ilustrado español. Fue un hombre de poderosa personalidad, de gran inteligencia y de una extraordinaria capacidad de trabajo. En su pensamiento aparecen todos los elementos característicos del Despotismo Ilustrado español. Este posee estrechas analogías con el Despotismo Ilustrado en los demás países europeos, lo que es lógico, porque todo fenómeno importante surgido en Europa ha sido siempre un fenómeno común europeo. El parecido es particularmente grande con Portugal e Italia. Sin embargo, reviste en España –como también es natural– características propias: es una mezcla peculiar de tradicionalismo y espíritu innovador, nacionalismo y universalismo cosmopolita, optimismo idealista y pragmatismo utilitario, defensa de la autoridad estatal y monárquica y fe en el individuo y en su razón y su libertad.

Campomanes sirvió a la monarquía española durante unas cuatro décadas. Primero como Fiscal y después, como Gobernador del Real Consejo de Castilla, intervino en todas las acciones importantes de la política española de la segunda mitad del siglo XVIII. Su cultura universal y enciclopédica dieciochesca, su lucha por la renovación y el engrandecimiento de la monarquía y su interés teórico y práctico por todos los problemas de la economía, le hicieron preocuparse también de la política colonial. En sus tratados, informes y dictámenes se refiere a las Indias, y en su célebre “Discurso sobre la Educación Popular” dedica toda la última parte al comercio exterior y al problema colonial.

En concordancia con las teorías económicas de la época, Campomanes atribuye importancia capital al comercio: “Teniendo el comercio la principal influencia en la riqueza nacional y en el aumento del Erario, ninguno de los muchos negocios políticos que pueden ocurrir a cualquier Estado merece tanta diligencia y meditación, así de lo que hace, como de los cami-

nos que toma de las Naciones rivales, para arrebatar alguna parte de estas utilidades, buscando medios con que atraer todos sus productos a la masa nacional y atajando los cauces por donde se extraerán los manantiales”<sup>2</sup>.

Para España, el comercio con sus colonias tiene especial importancia porque “La España... no tiene comercio activo en otra parte que en las Indias”<sup>3</sup>.

Dada la importancia decisiva del comercio en general y del tráfico de Indias en especial, debe estudiarse el problema con sumo detenimiento. Este estudio es difícil: “Requiere en su examen conocimientos legales, históricos, geográficos, mercantiles y fiscales, recorriendo no sólo lo extenso de aquellas vastas regiones y las providencias tomadas a este respecto desde su descubrimiento, sino también el concurso de personas dotadas de la instrucción suficiente, libres de preocupaciones, desinteresadas, y llenas de un celo verdadero por el servicio del Rey nuestro señor, y por la prosperidad de la Metrópoli y de aquellas fidelísimas provincias...”<sup>4</sup>.

En vista de que Campomanes echa de menos en los tratados que se han escrito sobre esta materia un estudio de “los hechos” y de las “combinaciones históricas”, hace la historia del tráfico de Indias, analiza los errores cometidos, estudia la situación existente y propone algunas medidas de las cuales espera la solución del problema.

Según Campomanes, pueden distinguirse en la historia del comercio de Indias cinco épocas.

Durante la primera época, desde el descubrimiento en 1492 hasta los fines del reinado de Carlos V, el comercio de las Indias se hacía privativamente por los españoles, sin que otra nación interviniese. Durante este primer período, la economía española se encontraba en un estado tan floreciente que las fábricas españolas podían satisfacer plenamente toda la demanda. Sin embargo, ya entonces se cometieron dos errores fundamentales: éstos consistieron en estancar la navegación en Sevilla y en excluir al Aragón de este comercio<sup>5</sup>.

Durante el segundo período, el comercio siguió estancado en un solo puerto español, que fue primero Sevilla y después Cádiz, mientras que en las Indias se fijaron como únicos puertos Veracruz y Portobelo. El Consulado de Sevilla y el de Cádiz cometieron el gravísimo error de interesarse únicamente por “Oro, plata y algunos otros géneros preciosos”, sin demostrar aprecio por el comercio de frutos.

<sup>2</sup> “Apuntaciones relativas al comercio de las Indias, para resolver las cuestiones sobre él suscitadas”. *Manuscrito inédito*, Biblioteca del Palacio, Madrid (Catálogo de J. D. BORDONA, 330, LIV), pág. 40.

<sup>3</sup> Op. cit., pág. 39.

<sup>4</sup> Op. cit. pág. 42.

<sup>5</sup> Ib., pág. 3.

La falsa política comercial y la decadencia de las industrias españolas hicieron que no existiese un tráfico regular con las Indias y que éstas no fuesen abastecidas en la forma necesaria.

Como ello coincidió con la creciente intervención de holandeses e ingleses, los dominios españoles empezaron a traficar clandestinamente con aquéllos. De ahí resultó aquel intenso contrabando que la Corona de España no pudo impedir, a pesar de organizar, en defensa del monopolio comercial, el sistema de flotas y galeones<sup>6</sup>.

El tercer período, que se inicia con la conquista de Jamaica por los ingleses, en los tiempos de Cromwell, se caracteriza por el hecho de que el monopolio español sobre las Indias fue quebrantado definitivamente. A los corsarios extranjeros siguieron los colonizadores y cultivadores: ingleses, franceses y holandeses se establecieron en las Islas Caribes y formaron allí florecientes plantaciones. Entre estas colonias y sus respectivas metrópolis se desarrolló un intenso intercambio comercial. Al mismo tiempo, sus habitantes dejaron el robo y el corso sobre las costas españolas y prefirieron entrar con ellas en una buena correspondencia, organizando un intenso comercio clandestino que fue ventajoso para ambas partes, si bien perjudicó gravemente el tráfico de Indias con España<sup>7</sup>.

La cuarta época, que abarca el siglo XVIII hasta 1764, se caracteriza por mantenerse el sistema del estanco, lo que tuvo consecuencias fatales, en vista de que fue del todo imposible surtir las colonias con todas las mercaderías que necesitaban. No hubo ningún intento serio para remediar los males que habían surgido.

Por otra parte aumentó la intervención de los extranjeros, sobre todo cuando recibieron el Asiento de Negros. Establecieron factorías que les permitieron adquirir conocimientos exactos de las circunstancias reales y de las posibilidades existentes en las colonias españolas.

Los extranjeros aprovecharon el hecho de que España no podía abastecer sus colonias e intensificaron cada vez más su comercio con las Indias. Y los habitantes de los dominios españoles, por su parte, aceptaron este comercio en vista de que les convenía y de que tenían la necesidad de abastecerse de alguna manera. A pesar de que “la lengua y la dominación” les hicieron “mirar como extraños a aquellos isleños”, aceptaron sus mercaderías por conveniencia y necesidad. Mientras que el comercio con España les aparecía como “irregular, accidental y extraño”, el tráfico con las islas vecinas les resultaba “natural y sostenido sobre los verdaderos principios de un comercio recíproco y duradero”<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Ib., págs. 4 y sgts.

<sup>7</sup> Ib., págs. 7 y sgts.

<sup>8</sup> Ib., pág. 10.

La quinta época, finalmente, se inició en 1764, cuando se dictó la primera ordenanza para abolir el monopolio e introducir el comercio libre. El nuevo sistema ha producido ya excelentes frutos; sin embargo, todavía subsisten algunos males e inconvenientes que deben remediarse.

El examen histórico prueba a Campomanes que desde los primeros comienzos se han cometido graves errores que explican las grandes deficiencias que se notan en el tráfico de Indias. Estos errores se deben, en primer lugar, a la falta de “principios económicos”, habiéndose hecho todo el tráfico a “la casualidad y ventura”<sup>9</sup>.

De esta falta de un “método mercantil” se deriva el error capital de haber estancado el tráfico de indias en Sevilla y en Cádiz, y de haber habilitado sólo algunos puertos en las costas americanas, como Portobelo y Veracruz. Las consecuencias de esta política de monopolio han sido funestas.

Hay personas que aún defienden el estanco. Mas esta defensa se basa o en oscuros intereses propios o en el frágil argumento de que el estanco debe ser mantenido porque ha existido siempre, desde el comienzo mismo de la Conquista. Es obvio que estos argumentos no deben ser tomados en cuenta, en vista de que una ciega defensa del mero interés personal o de la tradición se dirige contra los verdaderos intereses de la nación, haciendo imposible toda innovación y mejora.

El examen de los hechos reales y del desarrollo histórico prueba en forma objetiva y concluyente que el estanco ha tenido consecuencias desastrosas.

Sevilla y Cádiz, favorecidas por el monopolio, se enriquecieron; pero ellas perjudicaron el resto de la nación como también a los habitantes de las Indias.

El llamado “Comercio Libre”, establecido por la Ordenanza de 1778, si bien introdujo una mayor libertad, sigue excluyendo a aquellos españoles que no están inmatriculados en la Universidad de Cargadores, de modo que no existe una libertad completa. La falta de libertad y el estanco hicieron que la salida de mercaderías de España fuese irregular e insuficiente.

El hecho de que en Indias sólo fueron habilitados, igualmente, unos pocos puertos, tuvo el resultado de que las Islas y la mayor parte de las costas carecían de una correspondencia regular y directa con España”<sup>10</sup>.

La política del estanco impidió también que se organizara de una manera racional y provechosa la contratación recíproca entre la Península y las Indias. Nada se hizo para proveer y cargar inmediatamente los barcos provenientes de España. No existió ninguna coordinación entre la entrada y la salida de mercaderías. Por esta razón, los pobladores de Indias no pu-

<sup>9</sup> Ib., págs. 5 y 8, respectivamente.

<sup>10</sup> Ib., pág. 4.

dieron vender sus frutos en el momento oportuno y a precio conveniente y se vieron altamente perjudicados.

En una palabra, por culpa del estanco, el comercio entre España y las Indias es irregular e insuficiente y deja a la mayor parte de las provincias indianas en el más completo abandono. El comercio no cumple, pues, con su función natural de satisfacer las necesidades humanas.

Campomanes resume su juicio condenatorio sobre la política de monopolio en las siguientes palabras: “De este modo de comercio resulta que pocas manos estancaban en las cuatro plazas mercantiles de Cádiz, México, Lima y Manila el principal tráfico de los españoles con las Indias orientales y occidentales, y he aquí el origen de los vicios que padece nuestro comercio”<sup>11</sup>. Es imposible abastecer las Indias desde un solo puerto “como el de Cádiz u otro cualquiera que sea, porque aquel tráfico abraza una parte entera del mundo, o por mejor decir, la mitad del globo y es cosa temeraria imaginar que Cádiz pueda abastecerle de lo que necesita”<sup>12</sup>.

La situación creada por el estanco se agrava aún por otros factores.

El comercio no se ha podido desarrollar en la forma deseada y debida porque “se ha creído y todavía lo creen muchos que los retornos importantes están reducidos al oro y a la plata que son de suyo estériles”. Por este error se descuida el comercio de frutos que es el único realmente importante<sup>13</sup>.

Las autoridades y los comerciantes españoles no tienen nociones de las verdaderas condiciones y necesidades imperantes en Indias. Ignoran los consumos y los productos. No han establecido factorías. Hay un exceso de formalidades y derechos que hacen que las mercaderías españolas resulten desmedidamente caras, de modo que no pueden competir con las mercaderías extranjeras introducidas por contrabando.

Además, aunque el comercio hubiese estado mejor organizado, España no habría podido abastecer satisfactoriamente sus colonias, porque a raíz de la decadencia de su industria, su producción era insuficiente.

No hay esperanza de que el comercio y la industria se levanten mientras se siga con la política actual de establecer “reglas represivas de ventas forzadas a precios fijos, cuyas tasas disminuyen siempre el cultivo y la industria, y se oponen a la propiedad que debe conservar todo cosechero en sus frutos para venderlos caros o baratos, a precios convencionales que regula su abundancia o escasez, siendo opresiva e injusta cualquiera otra regla o tasa”<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> Ib., pág. 30.

<sup>12</sup> Ib., pág. 32.

<sup>13</sup> Ib., pág. 37.

<sup>14</sup> Ib., pág. 38.

Como consecuencia de esta equivocada política comercial y de la irregularidad del comercio, España aprovecha sólo una ínfima parte de los productos de Indias y no logra abastecer sus colonias. Ello ha tenido el efecto de que el comercio de Indias ha caído en gran parte en manos de los extranjeros.

España ha hecho grandes esfuerzos para impedir el contrabando y el corso. Creó el sistema de Flotas y Galeones; concentró el comercio en determinados puertos; estableció severos castigos; hace perseguir los barcos extranjeros por medio de guardacostas. Sin embargo, todas estas medidas han sido ineficaces e inútiles y han tenido el solo efecto de encarecer los productos.

La causa del comercio clandestino no debe buscarse en la perfidia y codicia de los extranjeros, ni en la falta de vigilancia de parte de los españoles o en eventuales defectos o insuficiencias de las leyes, sino exclusivamente en el hecho de que el comercio español en Indias ha sido insuficiente e irregular. Como la mayor parte de las costas e islas españolas se halla en un casi total abandono y como ha sido necesario evitar que “no se despueblen aquellas regiones”, el comercio con los extranjeros se hizo indispensable.

Los extranjeros de las islas del Caribe ya no son enemigos de las provincias españolas. Prefieren vivir en buena correspondencia con ellas, en vista de que el comercio clandestino es altamente provechoso. Los españoles, por su parte, venden a aquéllos sus productos sobrantes: ganados, frutos, maderas.

A este interés mutuo se añade el hecho de que “por más que la lengua o la dominación hagan mirar como extranjeros a aquellos isleños, no debemos olvidar que son vecinos y nativos de su propio clima; que están más cercanos para su comercio recíproco”<sup>15</sup>.

“Puede afirmarse que el tráfico de aquellas dos naciones (Inglaterra y Holanda) con esta dilatadísima costa (desde Panamá hasta Orinoco, desde Cabo de Gracias a Tabasco) es un comercio abierto, público y constante desde que los ingleses y holandeses se establecieron en el siglo pasado en las islas y colonias que actualmente poseen, y que sólo tiene de clandestino el nombre que gratuitamente le damos, pero no la realidad”<sup>16</sup>.

Sólo desde un punto de vista formal y legal se puede calificar el comercio extranjero de clandestino y de contrabando. La realidad misma es muy distinta: “...el tráfico español se debe mirar como accidental y extraño, al de las islas vecinas, como natural y sostenido sobre los verdaderos principios de un comercio recíproco y verdadero”. El comercio extranjero se

<sup>15</sup> Ib., pág. 9.

<sup>16</sup> Ib., pág. 21.

basa, pues, en la necesidad, en la ventaja mutua, en el interés recíproco. En una palabra: tiene de fundamento los principios del derecho natural<sup>17</sup>.

Una defensa de los intereses españoles por medio de la mera ley formal o de las armas, o sea con medios artificiales, está condenada fatalmente al fracaso por ser contraria a las leyes de la naturaleza.

“Como el interés es el único agente que excita y favorece el comercio y que ningunas leyes o restricciones pueden estorbar el contrabando, mientras de nuestra parte no se toman medidas prudentes para subrogar un tráfico equivalente, en vano se declama para cortar este daño que sólo tiene su remedio en la subrogación de un comercio establecido sobre principios de libertad y de favor común a nuestros puertos y a los naturales de aquellas provincias ultramarinas, en el día abandonadas a sí mismas y a la vigilancia de ingleses y holandeses”<sup>18</sup>.

El examen del desarrollo histórico y de la política colonial española llevan a Campomanes a las siguientes conclusiones:

1<sup>a</sup> La política colonial, basada en el estanco, en la preferencia de los metales preciosos y en la rigurosa reglamentación, ha sido errada; y

2<sup>a</sup> A raíz de esta política equivocada, España no se ha beneficiado económicamente con las colonias y éstas, por su parte, han quedado perjudicadas en sus legítimos intereses.

El examen de los errores y de la realidad pasada y presente permite formular los objetivos a que debe aspirar la política colonial española en el futuro. Deben perseguirse, ante todo, dos fines: en primer lugar, debe lograrse que la Real Hacienda y la nación española en general se vean favorecidas por el tráfico de Indias, y, en segundo lugar, deben quedar asegurados el aprovisionamiento de las colonias y la salida de todos los productos americanos sobrantes.

Estos problemas deben ser resueltos por medio de una nueva política económica. Con este fin hay que “despertar del letargo” y abandonar un sistema tan artificial como nefasto. Es preciso seguir “camino naturales” que estén dictados por la razón y por la naturaleza, esto es, por las exigencias de la misma realidad económica y por las verdaderas necesidades de España e Indias.

Para este efecto, España no necesita improvisar ni buscar penosamente soluciones originales. “Ingleses, holandeses y franceses mantienen un comercio floreciente; los cultivos en sus colonias prosperan. Ellos siguen aquellos métodos que son requeridos por la naturaleza y la razón. En el método que estas naciones observan para beneficiar sus islas, podemos instruirnos de lo que se debería hacer en las nuestras”<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Ib., pág. 10.

<sup>18</sup> Ib., pág. 23.

<sup>19</sup> Ib., pág. 26.

Campomanes insiste en que la solución de estos problemas no puede derivarse de “especulaciones generales”, sino que hay que acercarse a la “situación respectiva”. “Las medidas que tome el gobierno español... no han de ser puramente especulativas e ideales; aquellos naturales necesitan vestirse y recibir de Europa los demás géneros de su diario consumo”<sup>20</sup>.

El problema colonial y el problema económico en general es un problema práctico y concreto y como tal debe ser resuelto.

Esto requiere, en primer lugar, un conocimiento completo de la realidad económica de las colonias, de sus riquezas naturales, de su producción y sus consumos, de las posibilidades especiales que ofrece cada provincia. Campomanes se queja amargamente de que el comerciante peninsular no conoce el mercado americano y que, por este motivo, no sabe aprovechar las grandes oportunidades que ofrecen las Indias. Hay que llevar a cabo, pues, un estudio sistemático y racional de los mercados americanos y de la producción y el consumo de Indias.

Campomanes, en sus escritos, proporciona datos concretos al respecto<sup>21</sup>. Entre otras cosas, destaca que Cuba, Puerto Rico y la Isla Española son riquísimas en azúcar, tabaco, algodón y cera, pero que faltan brazos para explotarlas. Y recomienda introducir la población necesaria de europeos y negros con que hacer florecientes la agricultura y el comercio de aquellas islas.

Con respecto a Buenos Aires escribe que “por el buen temple de aquellas regiones, da una sólida esperanza de que se aumente su población y sus productos mercantiles”. Alaba a D. Ambrosio O’Higgins que “ha hecho grandes servicios a la Corona conteniendo los indios levantados en Arauco, Tucapel y Purén”. Critica que el Consulado de Lima tenga estancado todo el comercio y que no se haga ningún tráfico directo entre el Reino de Chile y la Península. Es necesario “meditar con seguras noticias los medios de ampliar, desde los puertos del Reino de Chile, la contratación por todas las costas del mar del sur”.

Con especial cuidado debe atenderse el comercio de Nueva España “que es sin duda el más importante de aquel continente”.

El estudio sistemático de la realidad americana debe extenderse también a la población: “Aquellas provincias o están pobladas de españoles, o de naturales reducidos a nuestra religión y leyes; o son misiones de neófitos que empiezan a recibir el gobierno español; o son finalmente pueblos independientes que de ningún modo reconocen nuestro Imperio. Con todas estas cuatro clases de habitantes se puede comerciar, aunque sean muy distintos los medios de establecer la contratación”<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Ib., pág. 23.

<sup>21</sup> Ib., págs. 26 y sgs.

<sup>22</sup> Ib., pág. 38.

Al conocimiento de los mercados de Indias debe añadirse el conocimiento del comercio extranjero. El comerciante español debe conocer sus costos y precios para poder competir con las mercaderías extranjeras introducidas clandestinamente. El comerciante español debe organizar sus actividades según una “aritmética política”. Las prácticas tradicionales, basadas en la improvisación, en el azar y en el deseo de obtener ventajas inmediatas y fáciles, deben ser substituídas, pues, por una política racional, basada en el conocimiento exacto y en el cálculo científico. “Sin usar esta aritmética política, el tráfico huye de las naciones que la desconocen o dejan de poner en práctica”<sup>23</sup>.

Sobre esta base racional y científica debe levantarse la nueva política económica. Para la formulación de esta nueva política, Campomanes parte de la base de que los problemas americanos no deben ser estudiados aisladamente, sino en relación con España, y ellos deben ser resueltos de acuerdo con los principios generales de la economía política.

Para fomentar el bienestar económico de una nación, es preciso tomar en cuenta esencialmente tres factores: las materias primas, la elaboración de éstas y los metales preciosos<sup>24</sup>.

Entre estos factores, los metales preciosos constituyen el menos importante. Sin embargo, España cometió en el pasado el fatal error de creer que “la riqueza consistía en el oro y la plata”. Ello tuvo la consecuencia de que durante largo tiempo la nación española se dejó engañar por una riqueza totalmente ficticia, mientras que las verdaderas fuentes de la opulencia se secaban, siendo el resultado la decadencia de la economía española y de España entera.

Ahora ha llegado, por fin, el momento de reparar estos errores y de guiar a España por aquellos caminos que la conducirán nuevamente hacia el bienestar material y la grandeza política. Campomanes, al igual que tantos otros economistas y hombres de Estado españoles del siglo XVIII, esperaba el resurgimiento de España del fomento de la agricultura, de la producción de materias primas y, ante todo, de la industria.

Al lado de la producción agrícola e industrial, posee el comercio una importancia fundamental en el conjunto de las actividades económicas. Una sana política debe dirigir el comercio de modo que sirva a los fines económicos generales y, en particular, que contribuya al aumento de la agricultura y la manufactura nacionales. Debe procurarse que el comercio sea activo: la balanza de pagos debe ser favorable a España. Las exportaciones deben consistir principalmente en productos elaborados, mientras que las importaciones deben reducirse, en lo posible, a materias primas. Las salidas deben exceder los retornos, con el fin de que éstos puedan ser

<sup>23</sup> Ib., pág. 37.

<sup>24</sup> Cf. *Apéndice a la Educación Popular*, Parte IV, págs. LXIX y sgs.

pagados con las entradas provenientes de aquéllas, sin que se produzca un déficit que tendría que ser cubierto con metales preciosos.

Estos son, en la forma más resumida, los principios generales en que se debía basar, según Campomanes, una sana política económica. Explícitamente afirma Campomanes que esta política debía abarcar todos los dominios de la monarquía: las producciones deben tener “en todas las provincias un constante e igual favor, para que sea común y uniforme la protección benéfica del gobierno y el despacho igual”<sup>25</sup>.

De acuerdo con estos principios y esta exigencia, Campomanes debería haber propuesto medidas para desarrollar todas las posibilidades económicas de Indias y para fomentar, en particular, la producción industrial.

Mas la experiencia había demostrado que el desarrollo económico de las colonias y sus productos y exportaciones podían ser perjudiciales para la metrópoli. “En los retornos de un comercio extendido hay mucho que pensar... Si consisten en oro o plata, es cierto que, aumentándose en el círculo nacional la masa de estos metales, las cosas subirán de precio, se encarecerán los jornales y caerán la labranza y la industria... Si fueren frutos, nunca pueden estancarse en la nación otros que los de su consumo y es consiguiente dar salida a los sobrantes... Finalmente, si fueren manufacturas, como sucede con los géneros de Asia que introduce la Compañía de Filipinas, se arruinarán nuestras manufacturas de seda, sino se piensa en darles otra salida”<sup>26</sup>.

De estas reflexiones se desprende, pues, que no se debe admitir el libre desarrollo de todas las posibilidades económicas de Indias. Un gran aumento de la industria en América puede ser funesto para las manufacturas españolas. Igualmente peligrosa puede ser la importación de metales preciosos por dar origen a la inflación, al encarecimiento y a la disminución de la producción.

Por este motivo, deben fomentarse en Indias ante todo los cultivos, así como lo hacen los ingleses, franceses y holandeses en sus posesiones en las Antillas. Las colonias deben abastecer a España de materias primas y frutos y deben comprar los productos elaborados. Campomanes defiende, pues, los intereses de España peninsular y subordina a éstos el desarrollo económico de las colonias, a pesar de que incurría de esta manera en una contradicción con los principios fundamentales de sus convicciones teóricas y su defensa del aumento y la libertad de la industria manufacturera. Mas, en este punto, los intereses materiales eran más fuertes que las exigencias de la doctrina pura. Campomanes no expresaba en esto solamente su opinión personal, sino que coincidía con el pensamiento oficial español, según el cual los dominios de ultramar debían permanecer en “justa dependencia

<sup>25</sup> *Apéndice a la Educación Popular*, Parte IV, pág. XXI.

<sup>26</sup> *Apuntaciones...*, pág. 39.

de la metrópoli respecto al comercio”. Esta posición queda señalada claramente en una consulta del Consejo de Indias, del 5 de julio de 1786, en que se previene que, aun fomentando al máximo la economía en Indias, “se necesita precaver todo aquello que puede producir perjudiciales efectos a las manufacturas y al comercio de España... Pues como la felicidad y opulencia de un Estado consiste en proporcionar el aumento de la industria y comercio de una provincia en términos que no perjudiquen en modo alguno el adelantamiento de las otras sujetas a un mismo soberano, sino que antes bien por el contrario se beneficien recíprocamente por medio de los mutuos socorros que se prestan; de aquí es que, atendida la constitución de esta Monarquía, conviene fomentar en los dominios de América la agricultura y producción que allí ofrece pródigamente la naturaleza, y sirven de primeras materias para las manufacturas y compuestos de las fábricas de España, con lo cual a un tiempo se atiende y favorece igualmente el comercio de ambos continentes, proporcionando más el cambio recíproco de efectos, pues de estos Reinos conducirán los géneros y artefactos que en ellos se fabrican y transportarán de aquéllos los frutos de que abundan y aquí son necesarios”<sup>27</sup>.

Campomanes creía poder justificar esta repartición desigual de las actividades económicas con el argumento de que el aumento del comercio redundaría en beneficio de las colonias. Sin embargo, subsiste el hecho de la contradicción entre su teoría general y la política liberal e industrial que propiciaba en la península. Además cabía preguntar si los criollos estarían dispuestos a aceptar por siempre este desigual reparto de la actuación económica.

Campomanes esperaba la solución de los problemas económicos de América, principalmente del incremento del intercambio comercial con España y juzgó por eso todo este fenómeno con un criterio mercantil.

Mas, aun en el orden mercantil, Campomanes no era del todo consecuente con sus principios generales. En principio se muestra partidario de la libertad de comercio. El comercio es, por su naturaleza, internacional, ya que deriva de “la necesidad que tienen los particulares y las naciones enteras de comprar lo preciso y de vender lo sobrante de sus producciones”<sup>28</sup>. Por esto es el comerciante “un vecino del Universo que busca sus ganancias en todos los ángulos de la tierra”<sup>29</sup>.

En la teoría, Campomanes sostiene, pues, el principio de que el comerciante debe tener acceso libre a todos los mercados. Sin embargo, Campomanes no era un teórico que formulaba programas abstractos, sino que

<sup>27</sup> Citado por RICHARD KONETZKE, “La condición legal de los criollos y las causas de la independencia”. *Rev. Estudios Americanos*, Sevilla, 1950, N° 5, pág. 51.

<sup>28</sup> *Apéndice a la Educación Popular*, Parte IV, pág. IV.

<sup>29</sup> *Apuntaciones...*, pág. 18.

era un hombre de Estado y como tal debía velar por los intereses concretos de la monarquía española. Y por eso restringe la libertad y comprende los territorios ultramarinos y peninsulares como un sistema económico cerrado, del cual deben quedar excluidos los extranjeros. El comercio debía estar exclusivamente en manos de españoles, de modo que las colonias no debían comerciar libremente con el resto del mundo.

Con el fin de mantener el monopolio español, debían continuarse las prácticas tradicionales del mercantilismo: la prohibición de comerciar con los extranjeros, la persecución del comercio clandestino, una política proteccionista que favorecía con derechos aduaneros los frutos y productos españoles con el fin de impedir o dificultar la competencia extranjera, etc. Mas Campomanes tenía conciencia de que estas leyes meramente formales y negativas eran insuficientes y que era absolutamente necesario resolver los problemas económicos de una manera real y efectiva. Al respecto debían tomarse en cuenta, fundamentalmente, tres intereses distintos: los intereses de la nación española, los intereses de Indias y los intereses fiscales.

Entre las medidas positivas propuestas por Campomanes figuran como las dos más importantes el incremento de la marina española y la fundación de factorías, tanto en los demás países europeos como en Indias.

Campomanes no era el primero en comprender la importancia de una marina numerosa y eficiente. Desde que se había iniciado la decadencia económica y política de España, los tratadistas habían señalado que una de las principales causas de este fenómeno era la pérdida del poder naval. A comienzos del siglo XVIII, Gerónimo de Uztáriz, el célebre y conocido economista por el cual Campomanes sentía particular admiración, había insistido en que se debía tener “la fábrica y existencia de muchos y buenos baxeles de guerra y de tráfico, por principal y primer fundamento para un comercio útil y grande”<sup>30</sup>. Durante el reinado de Carlos III se hicieron grandes esfuerzos por incrementar el poder marítimo de España. Campomanes se hizo eco de estas exigencias y luchó con sus escritos y sus acciones por que se les diese cumplimiento.

Desde el punto de vista mercantil, la marina era indispensable para poder transportar todos los frutos y productos que España exportaba o importaba en sus propios barcos.

Las factorías que se debían fundar en los demás países europeos tenían el objeto de poder comprar en el extranjero “al pie de la fábrica” y también de poder vender directamente, con el fin de excluir a los intermediarios extranjeros.

Las factorías en Indias debían servir a un triple fin:

<sup>30</sup> Citado por EARL J. HAMILTON, *El florecimiento del capitalismo*, pág. 221.

1. Por intermedio de ellas y con la ayuda de “personas establecidas en las provincias de Indias” deben recogerse informes sobre cuanto interese: informes sobre las posibilidades económicas, sobre la producción y el consumo de las colonias; sobre el comercio extranjero, sobre la internación y la salida, la calidad y los precios de los productos, etc. Estos informes darían la posibilidad de organizar el comercio de una manera racional;
2. Las factorías deben ser los centros a que acuden los comerciantes y cosecheros para distribuir entre ellos las mercaderías provenientes de la península; y
3. En ellas deben acopiarse los frutos de Indias que se quieren mandar a España con el fin de poder coordinar la internación y el retorno.

Por medio del incremento de la marina mercante y la fundación de factorías en Europa e Indias se podrá cumplir con los fines que son requeridos por el interés español y que consisten esencialmente en dar una salida segura a los frutos y productos sobrantes de la península y en abastecer a España de todo lo que necesita para su consumo y sus manufacturas.

Al mismo tiempo se podrán satisfacer los intereses de Indias. El primer problema que se debe resolver en las colonias es su seguro y regular abastecimiento con todos los frutos y géneros que ellas necesitan. Para este fin deben llevarse a Indias ante todo las mercaderías sobrantes españolas; mas, como éstas no serán suficientes, “siempre tendrán despacho muchos géneros extranjeros en la carrera de Indias”. Pero, como ya se ha dicho, estos géneros extranjeros deben ser llevados por el comercio español para dejar “el flete y el producto de su reventa”<sup>31</sup>.

Las mercaderías llevadas a Indias deben ser de tal “calidad y baratez” que puedan competir con los géneros que los extranjeros introducen clandestinamente. El abastecimiento regular y abundante de las colonias hará desaparecer por sí solo el contrabando.

En segundo lugar, debe organizarse el comercio de tal manera que se dé salida a todos los productos sobrantes de las colonias. Pues, por no poder exportar, los pobladores de Indias se hallan ante la necesidad de “optar entre la alternativa de vender sus frutos clandestinamente a los extranjeros en trueque de sus mercaderías, o de perderlas enteramente, por falta de despacho, sacrificio que no permiten la naturaleza, ni las leyes civiles de nación alguna”<sup>32</sup>.

El abastecimiento de Indias y el despacho de sus productos deben ser coordinados de una manera racional. “Se sabe que los extranjeros no sólo ganan en lo que venden en aquellas costas, sino también en los acopios

<sup>31</sup> *Discurso sobre la Educación Popular*, pág. 431.

<sup>32</sup> *Apuntaciones...*, pág. 20.

que los introductores les facilitan de los frutos de aquel país, de que hacen un gran tráfico en Europa, cuyo acopio en el actual sistema de no hacer factorías ni mercados en aquellas provincias... no es fácil a los nuestros que hacen viajes venturosos e ignoran el modo de acopiar aquellos frutos. De aquí se deduce que una embarcación española que vuelva en lastre o sin un retorno lucroso y completo de su buque, sólo vendiendo más caro lo que lleva puede indemnizarse, y de aquí resulta un círculo vicioso que da regularmente la preferencia al extranjero, a pesar de los riesgos que corre”<sup>33</sup>.

El abastecimiento regular de las colonias, la compra de todos sus productos sobrantes y la coordinación racional de la introducción y del retorno son, pues, las únicas soluciones reales de los problemas que plantea el tráfico de Indias, y son las únicas soluciones que pueden satisfacer los intereses concretos, tanto de España como de Indias.

Por último, deben tomarse en cuenta también los intereses fiscales: “El exceso en los derechos a primera vista ofrece ventajas al Erario; pero el contrabando que se acrecienta a proporción de la subida de los derechos, disminuye nuestras ventas y el valor de las Aduanas. Por el contrario, la equidad en los derechos favorecerá nuestra contratación, multiplicará las ventas y con beneficio de compradores y vendedores logrará la R. Hacienda iguales o mayores productos”<sup>34</sup>.

En oposición a la política fiscal seguida por el gobierno español en los siglos anteriores y que había consistido en alzar continuamente los derechos con el fin de satisfacer las exigencias inmediatas de la siempre vacía caja de la Real Hacienda, recomienda Campomanes una reducción de los derechos e impuestos, esperando que esta medida estimule el comercio de modo que el mayor movimiento de ventas se traduzca también en beneficios para el Erario fiscal. Al mismo tiempo de proponer una reducción general de las contribuciones, proponía la substitución de los derechos más gravosos por otros que hiciesen sentir menos la carga fiscal. Condenaba categóricamente el derecho de palmeo y exigía que éste fuese reemplazado por derechos a prorrata del valor de las mercaderías con el fin de estimular el tráfico de productos de gran tonelaje<sup>35</sup>.

Las medidas propuestas por Campomanes tienen por condición una general liberalización del comercio. Hemos visto que él atribuye principalmente al estanco la culpa del insuficiente desarrollo del tráfico de Indias. Y, por consiguiente, espera la solución de todos los problemas de la derogación del estanco y de la libertad de comercio.

Campomanes expresa su satisfacción sobre las distintas reformas llevadas a cabo por Carlos III, que culminaron en el reglamento del Comercio

<sup>33</sup> Ib., pág. 35.

<sup>34</sup> Ib., pág. 37.

<sup>35</sup> *Educación Popular*, pág. 453.

Libre, del año 1778. La mayor libertad introducida entonces, la habilitación de los distintos puertos y la substitución de los derechos contra-productores por otros más justos, produjeron inmediatamente grandes y manifiestas ventajas. Sin embargo, según Campomanes, el Reglamento del Comercio Libre, si bien significa ya un considerable progreso, conserva todavía muchas restricciones excesivas y perjudiciales. Para una solución completa, era necesario establecer una libertad aún mayor.

Debían habilitarse todos los puertos en España e Indias para acabar definitivamente con el estanco y los privilegios. Debía autorizarse a todo particular a traficar en Indias, sin reservar este derecho exclusivamente a aquéllos que estaban inmatriculados en la Universidad de Cargadores. Mientras mayor fuese el número de quienes participaban en el comercio con las colonias, mayor sería la competencia, más rápidamente aumentarían la marina y el intercambio, y más seguro y regular sería el aprovisionamiento de Indias. Campomanes coincidía con quienes rechazaban la creación por concesión estatal de Compañías privilegiadas, ya que éstas habrían dado origen a nuevos privilegios y, además, habrían significado una mengua de la soberanía estatal.

Campomanes propone abolir todas “las reglas opresivas de ventas forzadas a precios fijos, cuyas tasas disminuyen siempre el cultivo y la industria y se oponen a la propiedad que debe conservar todo cosechero en sus frutos para venderlos caros o baratos, a precios convencionales que regula su abundancia o escasez, siendo opresiva e injusta cualquiera otra regla o tasa”<sup>36</sup>.

A pesar de defender Campomanes tan enérgicamente el principio de la libertad y de recomendar una amplia liberalización de las actividades económicas, fue partidario de mantener algunas restricciones fundamentales que ya hemos mencionado. Consideraba que los territorios peninsulares y ultramarinos constituían un sistema económico cerrado del cual los extranjeros debían quedar excluidos. Y opinaba que no se debía permitir el libre desarrollo industrial de las Indias, sino que éstas debían limitarse a la producción agrícola y minera con el fin de abastecer a España de frutos y materias primas y de comprar los productos elaborados de la metrópoli. En estos puntos, Campomanes se muestra, pues, partidario de dos principios fundamentales del mercantilismo que serían tan duramente combatidos por Adam Smith, en el extenso Libro Cuarto de su “Riqueza de las Naciones”, y que serían eliminados, efectivamente, en el curso del desarrollo histórico bajo la influencia del liberalismo económico y del capitalismo.

Sobre la base de lo expuesto, podemos formular algunas conclusiones generales.

<sup>36</sup> *Apuntaciones...*, pág. 38.

En primer lugar se destaca el hecho de que Campomanes prescinde de toda consideración moral o religiosa del problema económico y que éste queda planteado como tal problema económico. Insiste en que deben conocerse los “hechos”, las “causas” y las “combinaciones históricas”. No bastan las especulaciones ideales. Hay que disponer de conocimientos exactos.

Campomanes quiere basar sus consideraciones en un conocimiento científico, empírico racional de la realidad económica. En ello, Campomanes es un hijo de su tiempo. El siglo XVIII, época de las luces y de la ilustración, significó –como es sabido– el poderoso esfuerzo realizado por el espíritu humano de dominar la realidad por medio de la ciencia. El gran desarrollo que tomaron las ciencias a partir del siglo XVII llenó a los hombres de una fe optimista en el conocimiento científico y les infundió la esperanza de poder resolver sus problemas por medio de la ciencia. La ampliación y el progreso del pensamiento científico hicieron que éste se extendiese a todos los ámbitos y aspectos de la realidad. Así fue que esta época vio aparecer también como ciencia nueva la economía política. Numerosas son las teorías económicas que surgieron entonces, principalmente en Inglaterra y Francia. Los economistas del mercantilismo, los fisiócratas y Adam Smith y sus discípulos expusieron teorías y principios que eran, por un lado, reflejo de la realidad económica y que, por el otro, representaban un programa y una exigencia.

Es sabido que también en España surgieron en el siglo XVIII numerosos economistas que se esforzaron por superar las especulaciones un tanto fantásticas de los arbitristas del siglo anterior. Campomanes compartió con los autores de su tiempo la convicción de que existe una ciencia propia de la realidad económica, desligada de toda apreciación ética o teológica de la existencia. Esta convicción se basa, a su vez, en la suposición de que también la realidad económica es autónoma, o sea, que se rige por sus propias leyes y tendencias. El objeto del estudio científico consiste, justamente, en descubrir estas leyes y tendencias inmanentes. Sólo el conocimiento científico hará posible organizar la economía de acuerdo con sus fines propios, de modo que ya no sea un producto de la ventura y de la casualidad, y que ya no se vea interferida por exigencias ajenas, pertenecientes al orden de lo político o de lo ético o religioso. Toda violentación de los principios propios de la economía no sólo perjudicará a esta misma, sino que perturbará el orden general de las cosas.

El carácter racional y autónomo de la realidad económica hace posible la ciencia y en ésta, a su vez, debe basarse la organización de la economía. Las actividades económicas deben recibir, pues, una estructura racional.

Esta concordancia de realidad económica, conocimiento científico y organización racional hace, según el criterio de Campomanes, que sus proposiciones tengan un carácter concreto y realista. No son frutos de

una especulación teórica abstracta, aplicación esquemática de principios irreales, sino que corresponden a la realidad misma y a sus exigencias concretas. Campomanes está convencido de moverse en el terreno de la realidad y que sus proposiciones se derivan de la experiencia. Su exigencia de tomar en cuenta los “hechos” y las “combinaciones históricas” emana de aquel convencimiento tan característico para él y para todo el pensamiento dieciochesco de que el hecho y la idea, la realidad y la ciencia, la naturaleza y la razón son idénticos.

La ciencia y la experiencia proporcionan la sólida base sobre la cual se debe levantar la nueva política económica de la cual Campomanes esperaba la solución de los problemas de España e Indias.

Sus proposiciones reflejan la situación histórica, caracterizada por la crítica del mercantilismo y la aparición de las nuevas ideas desarrolladas por los fisiócratas y, ante todo, por Adam Smith, cuya obra fundamental “La Riqueza de las Naciones” apareció en 1777. Las principales características del nuevo pensamiento pueden resumirse, tal vez, en las siguientes fórmulas: la fe en la fisiocracia, o sea, en el gobierno de la naturaleza. La idea de una armonía preestablecida, la defensa de la libertad y del individuo y el principio de la libre concurrencia. La oposición a la intervención del Estado y la crítica del mercantilismo. La reacción contra la fe supersticiosa en la importancia del oro y contra la idea de un superávit de importación de metales preciosos. La interpretación puramente económica de los problemas planteados por la economía. El racionalismo y empirismo que reemplazaba las consideraciones teológicas, religiosas y éticas por la creencia en las leyes inalterables de la causación social y de la naturaleza.

Mientras el pensamiento medieval había visto el objeto del esfuerzo humano en la salvación del alma y mientras la teoría mercantilista había concebido al individuo como medio para un fin, siendo el fin el poder del Estado en sí, el liberalismo económico aspiraba al bienestar temporal del individuo y a “la mayor felicidad del mayor número”<sup>37</sup>.

Si se trazan esquemas abstractos de los sistemas económicos, es posible fijar diferencias radicales entre el mercantilismo, la economía del *laissez-faire* y el liberalismo clásico. Mas, en la realidad histórica, se produjo una lenta transición sin que se pueda trazar una clara línea de división. De hecho, hubo numerosos puntos de contacto y aun coincidencias entre un sistema y otro.

Esto se puede notar claramente en Campomanes que, por una parte, se mantuvo adherido a ciertos elementos esenciales del mercantilismo y que, por otra, defendió principios manifiestamente liberales.

<sup>37</sup> Cf. HECKSCHER, *La Época Mercantilista*, México, 1943, págs. 767 y sgs., y Art. “Mercantilism”, en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. X, págs. 333 y sgs.

La oposición al mercantilismo se hace patente en su categórica condenación de la preferencia que había sido concedida hasta entonces a los metales preciosos. Todavía a comienzos del siglo el ya mencionado Gerónimo de Uztáriz, continuando el pensamiento de los mercantilistas del siglo XVII, había identificado la riqueza con los metales preciosos y se había esforzado por encontrar medios para atraer y retener en la metrópoli los metales mexicanos y peruanos. En el curso del siglo XVIII, en cambio, los economistas se convencieron de que el oro y la plata de América, lejos de haber enriquecido a España, habían contribuido de una manera decisiva a su decadencia. Campomanes compartió esta opinión y coincidió con Adam Smith en ver la fuente de la riqueza primordialmente en el trabajo y en la explotación y elaboración de las materias primas.

Menos definida es su posición frente al problema de la libertad. Él comprende a España y sus colonias –como hemos visto– como una unidad económica de la cual los extranjeros deben quedar excluidos, y dentro de la cual las colonias deben limitarse a la producción agrícola y de materias primas, mientras que la producción industrial debe quedar reservada a la metrópoli. En lo demás, en cambio, debe regir la más amplia libertad para que se pueda desenvolver “el interés que es el único agente que excita y favorece el comercio”.

La libertad de comercio parece requisito esencial y única forma para poder resolver los problemas económicos de España e Indias. Como corolario es natural que Campomanes rechace categóricamente la política de estancos. El comercio se basa en el derecho natural y debe desarrollarse según principios naturales sin que éstos queden interferidos por la acción del Estado. La libertad de comercio implica el principio de libre concurrencia, del cual Campomanes espera una intensificación de las actividades comerciales, un mejoramiento de la calidad de los productos y el descenso de los precios.

Estas ideas encuentran, por otra parte, su complemento necesario en la aceptación incondicional del principio de propiedad privada. La persona debe disfrutar de libertad completa para disponer de los productos de su trabajo. Los precios no deben ser fijados arbitraria e injustamente por el Estado, sino que se regulan convencionalmente por la oferta y la demanda.

Campomanes está convencido de que la libertad de comercio no causará desórdenes ni perjuicios. Él comparte, con los economistas del *laissez-faire* y con el liberalismo, la fe en el carácter bondadoso y benéfico de la naturaleza y voluntad humanas. Cree en una armonía preestablecida que hace que la lucha de intereses, lejos de producir la anarquía y daños recíprocos, resultará en beneficio de todos: de productores y consumidores, de españoles y americanos.

La defensa de la libertad y del interés individual no significaba que Campomanes perdiera de vista los intereses de la sociedad y del Estado.

Por el contrario, él espera justamente de la liberalización del comercio el resurgimiento económico y político de España. La libertad es necesaria porque la economía constituye una realidad autónoma y, desarrollándose libremente según sus fines inmanentes, ella servirá también incidentalmente los fines del Estado. Este se beneficiará justamente al dejar de intervenir directamente en los procesos económicos. La política de defender los intereses españoles por medio de leyes y armas ha fracasado. Ahora hay que dejar que el interés individual actúe en libertad. La función del Estado y de la legislación queda limitada a “remover la obstrucción que padece el comercio”. Dejando en libertad al individuo, éste cumplirá no sólo con sus fines propios, sino también con sus fines sociales. El Estado se beneficiará por aumentar la riqueza nacional y el erario.

El pensamiento de Campomanes no fué mera teoría. Correspondió, indudablemente, a ciertas exigencias planteadas por la realidad e influyó en la política económica y colonial de Carlos III y sus ministros.

Nos resta preguntar si esta nueva política económica se limitó a la esfera estrictamente económica o si guardó relación con una nueva concepción de la política colonial en general. ¿Qué esperaba España en el siglo XVIII de sus colonias y cuál era el concepto que Campomanes tenía de la función que España debía desempeñar en Indias?

Según Campomanes pueden distinguirse tres tipos de colonias<sup>38</sup>. Existen en primer lugar, las colonias militares, como aquéllas que fueron establecidas por los celtas, romanos, godos, árabes y otros pueblos conquistadores con el fin de ampliar su dominio político.

En segundo lugar hay las colonias mercantiles, como las fundadas por fenicios, cartagineses y griegos, establecidas por razones económicas.

Un tercer tipo de colonia es aquél que “los ingleses fundaron en la costa septentrional de las Indias occidentales. Los habitantes indígenas que existían desde Georgia hasta la Nueva Inglaterra eran muy pocos y se retiraron a las tierras y lagos interiores; por lo cual toda la población se formó de europeos que, unidos en diversas sociedades, formaron trece Provincias bajo leyes y costumbres también europeas, y trasladaron a aquellas Regiones un gobierno civil y republicano, mediante el cual en el espacio de poco más de un siglo hicieron prosperar la agricultura y desmontar el país; establecieron las artes más precisas y las ciencias y vinieron a constituir una nación europea que en nada se distingue de las más cultas. Se ejercitaron luego bajo la dominación inglesa en el uso de las armas y, acostumbrados a ellas, ayudados de la distancia, pudieron adquirir su independencia”<sup>39</sup>.

<sup>38</sup> *Apuntaciones...*, págs. 13 y sgs.

<sup>39</sup> *Apuntaciones...*, pág. 14.

Las colonias inglesas constituyen, pues, un tipo especial y, además, conquistaron su independencia, de modo que solamente los dos primeros tipos son, propiamente, colonias.

Con respecto a ellas, Campomanes formula un juicio valorativo: “Odiosas las primeras, como instituidas para privar de su libertad a las Naciones y pueblos libres; estimables las segundas que, sin privar a las gentes de sus derechos naturales, daban salida a sus frutos y las instruían en el comercio y la navegación, con utilidad recíproca. De las colonias militares, a ningún país resultaron ventajas apreciables, porque siempre fueron un instrumento de opresión y de gobierno arbitrario”<sup>40</sup>.

Las colonias militares son, pues, contrarias al derecho natural y ni siquiera se justifican desde el punto de vista de la utilidad. Sin embargo, Campomanes admite una excepción: las colonias militares “fueron un instrumento de opresión y de gobierno arbitrario, a menos que los principios de religión y la suavidad de las leyes templaron su constancia”.

Ahora bien, ¿a qué tipo pertenecen las colonias de España? “Las (colonias) españolas y portuguesas pueden considerarse como colonias militares”. Según esta afirmación, Campomanes debería condenar la conquista y la extensión del dominio español en Indias. Sin embargo, la salvedad que ha hecho le permite aprobar el régimen colonial español y explícitamente declara: España y Portugal “redujeron aquellas Naciones bárbaras y dispersas a un estado de civilidad y de culto religioso, sin el cual hubieran permanecido reconcentrados en su barbarie e idolatría: sus terrenos sin una agricultura correspondiente a su feracidad y los habitantes expuestos a guerras y divisiones intestinas”<sup>41</sup>.

Campomanes reconoce, pues, la labor religiosa y civilizadora realizada por España en Indias. España no se limitó a crear en América colonias puramente militares, sino que introdujo la religión cristiana y el derecho, pacificó aquellos territorios y aun en el terreno económico la conquista española fue altamente benéfica.

Mas estos aspectos positivos no hacen desaparecer los inconvenientes que se derivan del hecho de ser las colonias españolas resultado de la conquista militar. Inequívocamente concibe Campomanes como el tipo de colonia más justo y conveniente la colonia mercantil.

“Las otras Naciones europeas... formaron colonias puramente mercantiles, con una unión de comercio recíproco y continuo con la Metrópoli. Ninguna de estas Naciones sufre contrabando o comercio clandestino. La causa de esto proviene de hallarse bien surtidas desde la respectiva Metrópoli, siendo frecuente la navegación y moderados los derechos. De esta

<sup>40</sup> Ib., pág. 13.

<sup>41</sup> Ib., pág. 14.

suerte es recíproco el interés de la colonia y de la Metrópoli en conservar la correspondencia mercantil”<sup>42</sup>.

De estas palabras se desprende que las colonias deben tener una función primordialmente económica. Campomanes no desconoce que España e Indias están unidas por lazos políticos y culturales y por la lengua común, y explícitamente reconoce la labor evangelizadora y cultural realizada por España. Sin embargo, está convencido de que el fin primordial de las colonias y de toda política colonial ha de ser el fin económico.

El concepto que tiene Campomanes de lo que son y de lo que deben ser las colonias queda resumido en la siguiente definición: las colonias “reconocen la dependencia de la Metrópoli, cuyos naturales los surten de cuanto necesitan para su sustento, vestido, comodidad, fábrica de edificios y para su defensa. En retorno y pago reciben los frutos... y otros productos”<sup>43</sup>.

Esta definición de Campomanes coincide con el significado que tiene, hoy en día, generalmente la palabra “colonia”, con que se suele designar, en su acepción económica, “un territorio que sirve para la explotación de materias primas de la Metrópoli, y como mercado para sus productos elaborados”<sup>44</sup>.

Con esto tendríamos, pues, que para Campomanes las colonias poseen un significado primordialmente económico y ésta sería la explicación del hecho de que sus consideraciones sobre una reforma de la política colonial se refieran casi exclusivamente al fomento de las actividades económicas.

¿Hasta qué punto constituye esta posición una actitud nueva en comparación con la política colonial seguida por España en los siglos anteriores?

Desde el comienzo de la Conquista, lo económico había desempeñado un papel fundamental, ya que el problema de la colonización de Indias y del asentamiento de los pobladores españoles había sido en amplia medida un problema económico. Sin embargo, la acción del Estado español en Indias no se había limitado a la explotación económica. El Estado español se había realizado íntegramente y, en cumplimiento de sus fines, había dado a sus dominios en Indias una organización política y jurisdiccional, a la vez que había concedido su protección a la Iglesia y desarrollado una amplia labor civilizadora, creando escuelas y universidades. La economía había ocupado un lugar importante, pero había estado incorporada al Estado y subordinada a sus fines jurídicos, éticos, culturales y religiosos. “Se movilizó en Indias la totalidad de finalidades del Estado concebidos por el Derecho Español desde la época de las Partidas. La colonización tuvo,

<sup>42</sup> Ib., pág. 14.

<sup>43</sup> Ib., pág. 6.

<sup>44</sup> MARIO GÓNGORA, *El Estado en el Derecho Indiano*, Santiago de Chile, 1951, pág. 303.

a causa de su conexión con el Estado, transmisor de la cultura occidental, un carácter político civilizador”<sup>45</sup>.

En comparación con esta política de los siglos precedentes, la posición mantenida por Campomanes parece, a primera vista, más limitada y mezquina y desprovista de un contenido espiritual. En vez de proponerse realizar la totalidad de los bienes sociales y culturales, Campomanes se limita a proponer soluciones a los problemas económicos y a recomendar que se procure ante todo abastecer las provincias americanas y dar salida a todos sus productos sobrantes.

Podría creerse también que Campomanes, además de dar preferencia a los aspectos económicos, habría pensado en que las actividades económicas debían realizarse de una manera unilateral en beneficio de la Metrópoli. O sea, que para Campomanes las Indias eran una simple colonia al servicio de los intereses de España.

Mas esta interpretación significaría desconocer las verdaderas intenciones de Campomanes. Según su criterio, la nueva política colonial no conducía a la explotación de las colonias, ni significaba una reducción de las funciones cumplidas por España en Indias, sino que, por el contrario, ella debía dar justamente pleno cumplimiento a las aspiraciones tanto de la Metrópoli como de las colonias.

En justificación de su posición podía recurrir Campomanes al argumento de que los problemas económicos eran en el siglo XVIII verdaderamente apremiantes; que en los siglos anteriores ellos no habían sido atendidos de una manera conveniente y que ahora su solución era urgente, de modo que tanto por conveniencia como por razones de moral y justicia era necesario concederles preferencia.

A favor de Campomanes puede aducirse, en segundo lugar, el hecho de que la política propiciada por él no sólo proponía un aumento y fomento de las actividades económicas, sino que implicaba, realmente, un cambio de orientación. En los siglos precedentes, el Gobierno español había aplicado a los problemas económicos ante todo un criterio fiscal y había tomado en cuenta, casi exclusivamente, los intereses de la Real Hacienda. Campomanes, en cambio, insiste especialmente en la importancia de abordar los problemas económicos con un criterio propiamente económico y de acuerdo con sus exigencias propias, con el fin de satisfacer las necesidades tanto de España como de Indias. La satisfacción de los intereses económicos permitirá, por añadidura, satisfacer también los intereses fiscales.

En tercer lugar, cabe recordar que el interés preferente demostrado por la economía no era un fenómeno limitado a las colonias, sino que era

<sup>45</sup> MARIO GÓNGORA, *op. cit.*, pág. 303.

característico para el pensamiento general en España en los tiempos del Despotismo Ilustrado.

En efecto, los ministros de Carlos III y los autores de aquel tiempo atribuyeron a los fenómenos económicos importancia fundamental. Ellos consideraban que la decadencia de España era, ante todo, un fenómeno económico y que, por tanto, el renacimiento de España debía empezar por el resurgimiento de la agricultura, la industria y el comercio. La política reformadora del Despotismo Ilustrado se propuso despertar a la nación española de su letargo y orientar sus fuerzas hacia la producción agrícola e industrial y hacia las actividades comerciales. A este fin obedecieron el fomento de la ciencia y la técnica, el estímulo de todas las fuerzas productoras, la lucha contra la mendicidad y ociosidad, la creación de manufacturas reales, la protección concedida a las Sociedades Económicas de Amigos del País, la enajenación y reducción de los bienes de manos muertas, la liberalización del comercio, la reacción contra los gremios y las corporaciones, etc.

En vista de que se miraba el problema español ante todo desde el punto de vista económico, no era sino lógico que se aplicara este mismo criterio también a las colonias y que se considerara que la solución de los problemas económicos era el mejor medio para propulsar el desarrollo general de Indias. Hubo, pues, unidad de criterio con respecto a España e Indias y Campomanes defendió en muchos casos una misma política. Como esperaba el renacimiento de España de su resurgimiento económico, no era sino consecuente que incluyera a Indias en este programa.

En cuarto lugar debe tomarse en cuenta que los economistas del siglo XVIII, si bien comprendieron la economía como un fenómeno autónomo que se debía desenvolver según sus propias leyes inmanentes, asignaron a la economía una noble función humana que estaba por encima de su finalidad material inmediata. Campomanes comparte esta opinión y siente, en particular, una fe optimista en la función civilizadora y en el carácter filantrópico del comercio y del comerciante. “El comerciante no toma parte en la guerra; es un vecino del Universo que busca sus ganancias en todos los ángulos de la tierra, y está siempre en paz con todos sus habitantes”. “El tráfico une las gentes... y suaviza las costumbres”<sup>46</sup>.

El desarrollo económico aparecía, pues, como indispensable para que se cumplieran tanto los fines humanos individuales como los fines de la sociedad y del Estado.

El desarrollo comercial aparecía también como el mejor medio para estrechar los vínculos entre España y sus colonias. Y éste era el fin supremo a que apuntaba la política propuesta por Campomanes.

<sup>46</sup> *Apuntaciones...*, págs. 18 y 38, respectivamente.

La economía podía desempeñar este importante papel porque correspondía a una tendencia esencial de la naturaleza humana. “El único agente que excita y favorece el comercio (es) el interés”. Pero el interés no mueve únicamente al comerciante, sino que mueve y determina a todo hombre y al hombre entero. Campomanes compartía con gran número de sus contemporáneos la concepción pragmática y utilitaria de que el fin de la acción humana eran la utilidad y el bienestar, de que el bien y el provecho se confundían y de que el interés era el principal móvil en la vida humana.

De acuerdo con esta concepción general, Campomanes quería basar también la política y, en particular, la política colonial en el interés. Claramente se desprende este pensamiento de un dictamen del año 1768 que Campomanes redactó en colaboración con su colega como fiscal del Consejo, el Conde de Floridablanca, para informar sobre las medidas que convenía adoptar para estrechar los vínculos entre las posesiones americanas y la metrópoli y para extirpar un cierto espíritu de rebeldía que se había observado en algunos lugares de América. Entre las consideraciones generales que se hacen allí, las más importantes son las siguientes: “Los vasallos de S. M. en Indias, para amar a la matriz que es España, necesitan unir sus intereses, porque no pudiendo haber cariño a tanta distancia, sólo se puede promover este bien haciéndoles percibir la dulzura y participación de las utilidades, honores y gracias. ¿Cómo pueden amar un gobierno a quien increpan imputándole que principalmente trata de sacar de allí ganancias y utilidades, y ninguna les promueve para que les haga desear o amar a la Nación, y que todos los que van de aquí no llevan otro fin que el de hacerse ricos a costa suya? No pudiendo mirarse ya aquellos países como una pura colonia, sino como unas provincias poderosas y considerables del Imperio español. Para prevenir, pues, el espíritu de independencia y aristocracia no bastaría castigar a los autores de semejante pensamiento, porque ése revivirá eternamente mientras las sabias providencias del Gobierno no tomen un camino opuesto para quitarles semejante deseo”.

Entre los medios que proponen los fiscales para lograr este fin figura como el más urgente el de “atraer a los americanos por causa de estudios a España, formando un establecimiento honroso y lucido con este fin; darles en la tropa un número determinado de plazas; tener algún Regimiento de naturales de aquellos países dentro de la Península, y guardar la política de enviar siempre españoles a Indias con los principales cargos, Obispados y Prebendas, y colocar en los equivalentes puestos de España a los criollos; y esto es lo que estrecharía la amistad y la unión, y formaría un solo cuerpo de Nación, siendo los criollos que aquí hubiese otro tanto número de rehenes para retener aquellos países bajo el suave dominio de S. M.”.

Otro medio sería el de “establecer del distrito de cada uno de los tres Virreinos su respectivo Diputado, y un cuarto de las Islas Filipinas, tur-

nando en la elección las ciudades principales, el cual asistiese en la Corte por un sexenio en la forma que los Diputados del Reino, haciendo S. M. a los de Indias una gracia igual a la que acaba de hacer a Cataluña y Mallorca, incorporándose estos cuatro Diputados de los Reinos de Indias con los de Castilla, Aragón y Cataluña para conferir y representar humildemente lo que conviniese a la utilidad pública de aquellos dominios, siendo fácil por su medio al Gobierno inspirar las providencias convenientes y adquirir las noticias necesarias con tiempo, y aún fomentar su felicidad pública formando de este modo un cuerpo único de nación... Esta diputación desterraría la idea de una aristocracia separada, y aquellas provincias se considerarían como una parte esencial de la Monarquía, idea que actualmente no está tan arraigada como conviniera, porque en las presentes circunstancias no tienen esperanza alguna de los premios ni a la menor consideración que no sea por mera casualidad<sup>47</sup>.

Este importante documento contiene en un claro resumen la concepción que se tenía durante el reinado de Carlos III, de la política que España debía realizar en Indias.

Su pensamiento central es la idea de la completa unidad de España y sus dominios ultramarinos. No hay ninguna duda con respecto a la legitimidad del dominio español.

Los españoles europeos y criollos constituyen un “cuerpo unido de nación” y ambos tienen no sólo los mismos deberes, sino también los mismos derechos. “Trátese enhorabuena a aquellos naturales con toda la equidad que conviene a unos vasallos tan beneméritos. Esto lo pide así la buena razón política entre individuos que forman una misma nación”<sup>48</sup>.

Las colonias no deben ser tratadas, pues, como “puras colonias”, sino que ellas constituyen provincias de la monarquía con iguales derechos que los reinos de Castilla, Aragón y Cataluña. Entre las provincias peninsulares y las ultramarinas debe existir la más estrecha interdependencia, así como entre las partes de un organismo debe haber una continua intercomunicación.

Las Indias ya no son comprendidas como simple patrimonio de la Corona. La unidad de la monarquía ya no es concebida primordialmente en función de la persona del monarca. De acuerdo con aquel proceso de despersonalización y objetivación del Estado que constituye un hecho fundamental del desarrollo político de la Ilustración, la monarquía española ya no fue comprendida como Estado patrimonial, sino como Estado nacional. Y las posesiones coloniales fueron consideradas como parte esencial e integrante de este Estado nacional.

De acuerdo con la psicología racionalista y la ética utilitaria de la época, creía Campomanes que los sentimientos de solidaridad y de amor por

<sup>47</sup> Dictamen dado a conocer por primera vez por Richard Konetzke, op. cit., págs. 45 y sgs.

<sup>48</sup> *Apuntaciones...*, pág. 30.

la nación podrían ser engendrados principalmente por la satisfacción de los intereses. Sólo si se toman en cuenta estas consideraciones generales, se comprende la importancia que Campomanes y sus contemporáneos concedían a la economía y, en particular, al comercio, el cual recibía, de esta manera, un significado político inmediato, ya que era comprendido como el vínculo más fuerte que podía unir a los habitantes de todas las provincias de la monarquía. De acuerdo con esta concepción, el imperio español debía quedar asentado, fundamentalmente, sobre los intereses que debían mantener unidos a todos los miembros de la nación.

Se puede preguntar si el interés constituía un vínculo suficientemente fuerte para unir a criollos y españoles europeos y para desarrollar entre ellos una conciencia nacional común. El desarrollo histórico ha dado la respuesta a esta pregunta. Ya unos pocos decenios después de que Campomanes formuló su programa para una nueva política colonial, se puso de manifiesto que los “intereses” americanos eran distintos de los europeos.

Sin embargo, este hecho no nos debe inducir a empequeñecer el pensamiento de Campomanes. El actuaba de acuerdo con las convicciones de su época y no cabe duda de que hablaba con entera sinceridad cuando decía que él esperaba que las medidas por él propuestas contribuyesen a la “felicidad pública” de los dominios españoles en Indias.

## DISCURSO DEL ACADÉMICO JAIME EYZAGUIRRE<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1955, EN LA RECEPCIÓN DE DON RICARDO KREBS WILCKENS EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

Una personalidad intelectual en que se aúnan el dinamismo propio de los años juveniles y la disciplina y rigor de la madurez, se incorpora en estos instantes a las actividades de nuestra Academia. Moldeado en el severo yunque de la tradición germánica, a la que pertenece por la sangre de sus abuelos y por el medio y la educación, Ricardo Krebs Wilckens es asimismo un valor muy nuestro, profundamente chileno, que no sólo ama la tierra donde él y sus padres han nacido, sino que la siente vivamente incorporada a esa cultura occidental que constituye el objeto dilecto de sus inquietudes intelectuales. Porque su espíritu está tan lejos de la postura desdeñosa de lo vernáculo, que sólo se alimenta de recetas y de esperanzas foráneas, como de la actitud pueblerina y estrecha, que no sabe mirar más allá del mundo circundante y se muestra incapaz de intuir lo universal.

Ricardo Krebs nació en el puerto de Valparaíso, en 1918. En esta ciudad recibió su primera educación, que vino después a encontrar un magnífico complemento en los estudios superiores de historia, filología y filosofía que siguió por espacio de cinco años en las Universidades de Bonn, Göttingen y Leipzig. Allí, en contacto con figuras señeras del pensamiento y de la ciencia alemanes, su espíritu penetrante y ávido fue enriqueciéndose poco a poco hasta alcanzar una firme madurez. Martin Heidegger, Nicolai Hartmann y Romano Guardini marcaron en él una profunda huella en el campo de las ideas; el helenista Helmut Berve le hizo ver la relación orgánica entre la historia política y las demás manifestaciones de la vida humana; Hermann Heimpel le condujo por el mundo medieval con exquisito poder evocador; Otto Vossler le reveló, al través de la historia moderna, la íntima relación entre el pensamiento y la acción, y despertó en él una

<sup>1</sup> JAIME EYZAGUIRRE GUTIÉRREZ (1908-1968). Abogado e historiador. Principal representante de la corriente historiográfica católica en Chile. El 11 de mayo de 1933 participó en la creación de la Academia Chilena de la Historia (en 1934 fue reconocida como correspondiente de la Academia de la Historia de España y desde 1964 está integrada en el Instituto de Chile), y en 1943 intervino en la fundación del Departamento de Historia y Geografía de la Escuela de Pedagogía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, precedente del Instituto de Historia de esa Universidad.

vocación fuerte por la historia de las ideas; en fin, Karl Brandi, el gran estudioso del Renacimiento y de la vida de Carlos V, le llevó, al través de su seminario, a valorar la crítica histórica y le adiestró en la interpretación científica de los textos.

En 1941, Ricardo Krebs recibió el doctorado en filosofía, con mención en historia, de la Universidad de Leipzig, con calificación de sobresaliente, y un año después regresó a Chile a poner su cultivada inteligencia al servicio de la educación.

La enseñanza de la Historia universal, que imparte desde 1943 como catedrático titular en la Universidad Católica de Chile y desde 1947 en carácter de profesor extraordinario de las épocas moderna y contemporánea, en la Universidad de Chile, le ha permitido acceder a otras mentes, de una manera generosa, la vastedad de sus conocimientos. Sus lecciones están despojadas de todo oropel artificioso y pedante. Habla con sencillez y ponderación de lenguaje, y persistente objetividad de miras. Todas sus palabras tienen un valor exacto, medido y cabal, sin que hallen asilo en el discurso, frases o digresiones inútiles. Hay verdad y médula en el contenido, y admirable espíritu de síntesis en la exposición. Tras el velo de la modestia ejemplar, el auditor descubre la feliz aleación del saber y la honradez.

En Ricardo Krebs se aúnan las labores del catedrático con las tareas del investigador. Como Profesor Jefe de Seminario del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Universidad de Chile, tiene él una misión orientadora que sabe cumplir con su acostumbrada seriedad y versación. En este importante laboratorio universitario, llamado a analizar la cultura como un fenómeno armónico en que convergen unitariamente las diversas manifestaciones del ideal y de la vida, ha tocado al Profesor Krebs el estudio de la historia de las ideas y, por su medio, la búsqueda del acertado vínculo entre el pensamiento americano y las raíces europeas que en gran parte lo nutren. Para servir adecuadamente este propósito, Ricardo Krebs se ha esmerado en mantener un contacto estrecho con los centros científicos del viejo mundo. Uno de sus medios de enlace fue su viaje a España en 1950. Allí participó como delegado de las Universidades de Chile y Católica de Chile, en el Congreso de Cooperación Intelectual, organizado en Madrid por el Instituto de Cultura Hispánica, contribuyendo con una ponencia sobre "Aspectos técnicos de una cooperación intelectual". En el mismo viaje se relacionó activamente con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, que le nombró Colaborador de su Seminario de Estudios americanos, e inició en los archivos y bibliotecas de la capital hispana una cuidadosa búsqueda documental sobre el pensamiento político y económico de España en la época de la "Ilustración". Esta empresa investigadora fué completada durante un segundo viaje a la península ibérica en los años de 1952 y 1953, y sus resultados se condensarán en

una obra ya avanzada en redacción y de la que es un anticipado reflejo su discurso de ingreso a la Academia Chilena de la Historia.

En esta pieza severa y bien fundamentada, Ricardo Krebs ha dado a conocer los grandes planes reformistas sobre las Indias, de uno de los mejores cerebros del siglo XVIII español, don Pedro Rodríguez de Campomanes, Presidente del Consejo de Castilla. Político de intuiciones valiosas y de firmes propósitos realizadores, Campomanes creyó encontrar en la postración económica la raíz de la decadencia de España y buscó en una acertada organización del comercio hispanoamericano la puerta de salud. Criticó con acierto el régimen de monopolio estatal y propició una política de libre intercambio, aliviada de excesivas cargas tributarias. Aunque admiró la obra civilizadora de su patria en las tierras de América, vio sin brújula y sentido la política económica y puso aquí el acento, propiciando resueltamente el fomento de la agricultura y minería en América y el de las manufacturas en España, para producir así el necesario intercambio entre los dos brazos del mundo hispano. Intuyendo el peligro de desintegración del vasto imperio, Campomanes y los hombres de su tiempo imaginaron que el interés podía crear vínculos seguros y duraderos entre España y sus hijos de ultramar. Ellos procuraron substituir la monarquía de estructura patrimonial y miras universalistas de los Austrias, por una monarquía unitaria y nacional, ligada por los vínculos útiles del comercio. Creyeron posible extender a su patria la eficacia del pragmatismo político inglés, pero olvidaron que el español se mueve más por ideales y pasiones que por cálculos e intereses fríos. En medio de su agonía económica, la monarquía hispano-indiana de los Austrias se había mantenido intacta, porque la animaba el sople de un ideal superior. Debilitado éste, las medidas prácticas de los Borbones, útiles e inteligentes muchas de ellas, no lograron reemplazar el alma perdida y el enorme cuerpo, sin finalidades más altas, se desintegró de manera irremediable.

Tenemos que agradecer a Ricardo Krebs la clarificación de este trozo de la historia del pensamiento español que engarza con un momento esencial del desarrollo de nuestros pueblos americanos. Este feliz anticipo de un capítulo de su estudio sobre la “Ilustración” en España nos hace esperar con enorme interés la obra que prepara sobre el ideario de una época, tan controvertida como poco estudiada, y de lo que es posible rectificar ya más de un viejo prejuicio gracias a los trabajos recientes de Sánchez Agesta, Rodríguez Casado y Peñalver.

En esta misma línea de interés por la historia española están otros dos ensayos de Ricardo Krebs, recogidos en *Revista Universitaria* y en *Finis Terrae*, publicaciones ambas de la Universidad Católica de Chile. “España frente a Europa en el Renacimiento” y “España, Inglaterra y Francia durante el Renacimiento y el Barroco” se denominan dichos estudios. Allí nuestro académico subraya el empalme que supo hallar España entre la

tradición medieval y los nuevos valores de la época moderna, y compara acertadamente la postura teológica del español de entonces con la actitud práctica y utilitaria del inglés y la razón ordenadora del francés, haciendo para esto una breve pero substanciosa incursión al través de los pensadores, políticos y artistas de los tres pueblos.

Esa forma comparativa de mirar la historia, de sentir la vida de las naciones de occidente como un todo, cuyas singularidades locales no excluyen, sino que enriquecen el conjunto, la ha mostrado Ricardo Krebs de una manera admirable en sus volúmenes de "Historia Universal". Escritos para ayudar a la enseñanza media, han desbordado su objetivo transformándose en la mejor síntesis lograda en Chile sobre el pasado histórico occidental y los orígenes de nuestra cultura. Superando la manida enumeración cronológica de los hechos militares y políticos, el Profesor Krebs recoge armónicamente en su obra todos los elementos valederos que influyen y condicionan el curso de las edades, para dar de cada una un cuadro preciso, en que juegan su papel no sólo los ya indicados factores, sino también los fenómenos sociales y económicos; el pensamiento religioso y filosófico; la literatura y las bellas artes. Si el primer tomo de esta "Historia Universal", destinado al estudio de las culturas antiguas, impresiona por su seriedad y jerarquía, el segundo, consagrado a las épocas medieval y moderna y a la expansión occidental en América, convence de inmediato por la riqueza de su concepción ideológica y la profunda compenetración en el espíritu de los tiempos. Ricardo Krebs ha logrado allí acopiar una suma considerable de conocimientos, sin el menor asomo de vanidad erudita y de pesadez literaria. Desestimando la minucia circunstancial y yendo siempre a las grandes síntesis interpretativas y ordenadoras, ha conseguido, como verdadero maestro y sabio, diseñar el alma diáfana de cada época y transmitirla pura y diferenciada al ávido intelecto del lector.

Quedan aún por señalar en la tarea de escritor de Ricardo Krebs sus ensayos sobre Juan Bautista Vico, Juan Joaquín Winckelmann y Wolfgang Goethe, prohijados por la Universidad de Chile. En los tres late la preocupación por la suerte de la cultura occidental herida por la exacerbación racionalista. Vico opone su "ciencia nueva" al racionalismo cartesiano, defiende la historicidad del hombre y la superación de la limitada temporalidad por los valores universales y eternos. Winckelmann se esfuerza por contener el racionalismo de la "Ilustración" mediante un nuevo ideal de belleza, inspirado en el mundo helénico. Goethe, en fin, encarna de manera elegante el culto a la tradición humanista en un mundo que amenaza darle la espalda. Enjundiosas meditaciones éstas de Ricardo Krebs, junto al caudal ideológico de los grandes pensadores, en que se debate un tema siempre presente y angustioso: el porvenir de los valores del Cristianismo y del Clasicismo en el mundo de occidente que se acunó bajo sus alas,

pero que desde hace tiempo ensaya nuevos caminos y busca otros filtros de salud.

Hubiera querido en esta ocasión consagrar un estudio más cuidadoso a la obra de escritor y catedrático de Ricardo Krebs, amasada en una disciplina severa y en una rara honestidad intelectual. Hubiera querido, asimismo, realzar en todo su legítimo valor las bellas prendas de carácter que adornan a este hombre de rostro grave, a la vez que de trato afable y de exquisita sensibilidad interior. Hubiera deseado mostrarlo frente a su mesa de trabajo, apasionadamente absorto en el estudio; transmitiendo en la Universidad, con unción y modestia, sus claros saberes a una juventud que le respeta y le ama; saboreando, en fin, con despreocupación alegre, por campos y cordilleras, la suprema belleza de la obra de Dios. Todo esto y mucho más dejó sin decir mi débil palabra, hurtando así al corazón la oportunidad de vaciar con elocuencia lo que éste siente de admiración y aprecio por la figura del noble maestro y pensador que hoy llega a la Academia Chilena de la Historia a ocupar un sitio que nadie habría podido disputarle.



# LA EVANGELIZACIÓN DE CHILE, SUS PROBLEMAS LINGÜÍSTICOS Y LA POLÍTICA IDIOMÁTICA DE LA CORONA EN EL SIGLO XVI

RODOLFO OROZ<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia,  
pronunciado el 23 de noviembre de 1961*

Aunque reconozco, señores académicos, mi carencia de mérito para formar parte de esta augusta Corporación, no me he atrevido a rehusar el puesto que me habéis designado con vuestra benevolencia. Confundido, emocionadísimo agradezco tan honrosa como inmerecida distinción. Debo confesar, sí, con sincera ingenuidad, que he vacilado mucho acerca de si debía aceptar el grave compromiso que significa para mí el ingresar en una Academia de la Historia, habiendo sido hasta ahora preferentemente otros los caminos que me habían señalado mis inclinaciones y mis estudios predilectos.

Por fortuna, vengo a ocupar el sillón que honrara con su gran saber D. José Miguel Yrarrázaval, en quien se unían tan armoniosamente el historiador y el lingüista.

Y si no puedo llamarme digno sucesor de él en el campo de la historia pura, trataré de justificar –aunque precariamente– mi presencia aquí, por lo menos, en lo que de histórico tiene el estudio de la lengua.

Críticos competentes que en forma desapasionada han examinado los notables trabajos de don José Miguel sobre temas histórico-políticos, como “Portales, tirano y dictador”; “La Patagonia, errores geográficos y diplomáticos”; “El Presidente Balmaceda”; “San Martín y sus enigmas”, ya han emitido opiniones definitivas a las cuales nada podría agregar y han tributado merecidos elogios a mi venerado antecesor, estando todos concordes en que su pluma describió las épocas y los hombres con especial vigor y exac-

<sup>1</sup> RODOLFO OROZ (1895-1997). Estudió en Alemania, ingresando en 1915 a la Universidad de Leipzig, en donde se dedicó a las literaturas y lenguas clásicas y modernas y se doctoró en filosofía. Fue profesor de latín y literatura greco-latina, actividad que desarrolló en conjunto con materiales de apoyo publicados para sus clases. También tuvo el cargo de profesor de filología española, de lingüística general, y fue director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Fue director de la Academia Chilena de la Lengua entre 1959 y 1980, y miembro de número de la Academia Chilena de la Historia desde 1961. En 1978 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

titud, por medio de rasgos concisos y elocuentes, dando claras pruebas de su talento observador y del sereno juicio de su espíritu.

Por esto os pido me excuséis de entrar en un análisis más detallado de su obra histórica y me permitáis, en cambio, referirme, por algunos instantes, a su afición filológica, como testimonio de respeto a su nombre y del sentimiento de admiración que siempre he tenido por aquel ilustre colega nuestro.

Don José Miguel Yrarrázaval llegó a ocuparse de cuestiones de lenguaje y, en especial, de la modalidad del habla común y corriente, no como profesional, sino porque su constante y atenta observación le hizo recoger un copioso y valiosísimo material, sobre todo, referente a la lengua del pueblo. En las tierras de su propiedad tuvo permanentemente ocasión de escuchar los sabrosos giros de la lengua de nuestros campesinos, con sus voces arcaicas que una tradición ininterrumpida, desde los tiempos de la conquista, han dado un colorido especial al habla hispanoamericana toda. Pero también la lengua común con sus matices específicamente chilenos mereció su solícita consideración. Se encariñó de tal manera con esta clase de estudios que luego resolvió someter a un prolijo examen el léxico oficial de la Real Academia respecto de lo que contenía en materia de usos chilenos. El fruto de esta ímproba tarea fue su utilísimo libro titulado simplemente *Chilenismos* (1945). En él trató de facilitar la labor de la Corporación de Madrid en su empeño de “limpiar, fijar y dar esplendor”; es decir, que en esta obra no adoptó la posición del lingüista que estudia con devoción el lenguaje por el lenguaje mismo, sino que se colocó en el sitio del académico purista, condenando, desde luego, las formas del lenguaje vulgar, sean éstas verdaderas joyas lingüísticas por su antigüedad, pero contrarias al buen uso del momento, o se trate de deformaciones despreciables por provenir de bajos niveles de cultura.

Divide el señor Yrarrázaval su obra en varias partes y secciones, pero lo fundamental consiste en dos puntos: uno negativo y otro positivo respecto al caudal léxico. Propugna el autor una severa selección de las voces que, como propias de Chile, figuran en el vocabulario oficial de la lengua. Así cree necesario –y esto con toda la razón– proponer a la Academia Española que sean eliminados de su Diccionario todos aquellos vocablos aceptados como chilenismos que no tienen uso en nuestro país o lo tienen muy limitado o sólo local. Y, por otra parte, señala un apreciable grupo de voces nuevas que, a su juicio, deben ser acogidas en el léxico académico<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Discutible nos parece el problema de la terminología propia de los diversos oficios. Entre los vocablos que nuestro ilustre colega propone suprimir del diccionario oficial se halla, por ej.: el sustantivo *sacho*, “instrumento formado por un armazón de madera con una piedra que sirve de lastre”. Esta voz es un término que pertenece al lenguaje de los pescadores y es muy común en todo el litoral nuestro, por lo menos del centro al sur.

Como la Academia española había sido muy generosa con Chile al aceptar en su Diccionario un número de vocablos propios del país notablemente superior al que había concedido a otros países, el señor Yrarrázaval propone primero la eliminación de 152 voces y acepciones, y señala, en seguida, sin pronunciarse sobre su exclusión o su mantención, otras 166 voces y acepciones de escaso o dudoso empleo.

Las indicaciones del señor Yrarrázaval son muy atinadas y han servido de base a los estudios que la Academia Chilena ha ofrecido, en los últimos años, como colaboración a la Española, la que, en general, ha ratificado las proposiciones nuestras.

En cuanto a los vocablos que están ausentes en el Dicc., don José Miguel presenta una selección de cerca de los 950, de entre los más usuales, más gráficos y peculiares de Chile, para su posible incorporación futura. En este grupo se hallan también no pocos neologismos e incluso extranjerismos que se proponen para su aceptación por el léxico oficial. En este capítulo se puede apreciar el criterio sano y razonable del autor que no rechaza rotundamente por principio –como lo hacen muchos señores académicos– toda voz proveniente del extranjero, sino que ausulta atentamente el habla común y medita sobre las ventajas o desventajas de su empleo.

Termina este utilísimo libro con un registro de locuciones que figuran en el Dicc. Académico como de uso peculiar de Chile y de América, junto con otra lista de aquellas que se aplican generalmente, entre nosotros, con ligeras variaciones. Constituyen todas ellas, en un número superior a seiscientas, de entre las más expresivas y populares, un rico arsenal para el estudio de la psicología de nuestro pueblo y una fuente más para el léxico académico.

En resumen: una obra chilénísima que conservará vivo entre nosotros el recuerdo de su autor.

\* \* \*

Cumplo ahora, señores, con el deber que impone la tradición al recipiendario de nuestras Academias, ofreciendo a mis colegas un pequeño trabajo que –aunque también gire alrededor de un tema de lenguaje– aspira esta vez a tener un fondo esencialmente histórico.

Intentaré un ligero esbozo del siguiente tema:

LA EVANGELIZACIÓN DE CHILE, SUS PROBLEMAS LINGÜÍSTICOS  
Y LA POLÍTICA IDIOMÁTICA DE LA CORONA EN EL SIGLO XVI<sup>3</sup>

Tanto el conquistador como el misionero, es decir, los dos principales protagonistas de las guerras coloniales, se veían frente a un problema gravísimo, en los primeros tiempos de la colonización de América: el problema lingüístico. Se comprenderá que éste revestía mayor gravedad y trascendencia para el religioso que para el militar. Pues si bien la obra colonizadora en manos del conquistador abarcaba aspectos de no escaso alcance, como ser, el régimen administrativo, la organización social y el desarrollo económico, la parte que estaba a cargo de la iglesia era de no menor responsabilidad y, sin duda alguna, tan fundamental y quizá más decisiva aun por sus efectos en las costumbres y la conducta de las masas indígenas.

En cuanto a nuestro país, producido el contacto de las dos culturas diferentes, la española por un lado y la araucana, por otro –tomando en el caso de la población araucana el concepto de cultura en el sentido más lato de la palabra–, se originó naturalmente un cambio profundo en las condiciones de vida de los dos grupos étnicos, cambio que tuvo que encontrar un reflejo también en el aspecto lingüístico.

Desde el primer momento de la convivencia pacífica –o, por lo menos transitoriamente pacífica– se inicia el proceso que lleva a la formación paulatina de nuestro idioma.

El conquistador y su hueste enfrentan un mundo nuevo que impone necesariamente un reajuste de los elementos lingüísticos, adaptándolos a las nuevas condiciones, en parte totalmente distintas a las acostumbradas. La misma naturaleza, desde luego, ofrecía un sinnúmero de objetos nuevos, para los cuales su lengua no poseía expresión adecuada. De este modo comienza, en el acto, la incorporación de vocablos indígenas que, en muchos casos, se han conservado hasta nuestros días: la fauna y la flora exóticas suministran un inmenso material; la alimentación y la vivienda amplían el léxico con términos vernáculos y acepciones nuevas.

Hemos demostrado, en otra ocasión, en qué medida se hallan, en la correspondencia del conquistador de Chile, huellas del impacto de los indigenismos en el vocabulario español.

Son relativamente pocas las noticias que acerca de cuestiones lingüísticas contienen las cartas y relaciones de los conquistadores, y por

<sup>3</sup> No nos ha sido asequible el estudio de D. CIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE: *El problema lingüístico en la colonización de América*. Conf. en la Escuela Diplomática, curso 1943-1944, Madrid, 1944, págs. 165-189.

Para el Perú esbozó las líneas generales del problema D. JAIME CISNEROS: "Historia de la lengua en el Perú (Preliminares)", en *Orbis* (Bulletin International de Documentation Linguistique) Lovaina, T. VI, N° 2 (1957), págs. 512-524.

lo que respecta en particular a Pedro de Valdivia y su contacto con los indios chilenos sabemos que, en varias oportunidades, sostuvo conversaciones oficiales con algunos caciques o que dirigió la palabra a los indios; dice por ejemplo en carta al emperador Carlos V, 1545: “Y asy he hablado a los caciques y dicholes...”<sup>4</sup>.

Pero de esta y de otras declaraciones análogas no se desprende en qué idioma les habló. Es de presumir, sin embargo, que se haya servido de la lengua castellana y no del mapuche, en circunstancias en que era preciso hacer valer su autoridad y poder.

En general, se puede decir que el guerrero se interesó, ante todo, por lo material y físico en la convivencia con los indios. La vida interior, la psique de los bárbaros era asunto ajeno a su oficio, el que se dejaba con razón al cuidado de los misioneros.

No obstante, en algunas ocasiones, parece que los mismos capitanes e incluso simples soldados estimaron de su deber instruir, sin pérdida de tiempo, a los indios sobre la verdadera finalidad de su venida: –la conquista espiritual, la conversión de los naturales al cristianismo– y por consiguiente participar en la obra de evangelización. Diego de Almagro, por ejemplo, quiso poner a prueba su habilidad en este terreno y, según nos cuenta Pedro Mariño de Lobera, les habló a los indios “y entre todas las cosas les comenzó a instruir en el conocimiento del criador, intimándoles la importancia de la fe, con la cual debían creer, y confesar, que hai un Dios solo y universal, Señor del cielo y tierra...”, etc., y continúa: “Dicho esto les notificó la conquista avisándoles, que los reinos del Perú estaban sujetos a la real corona del emperador Carlos V, a la cual se debían ellos rendir... donde no, que serían todos oprimidos, y por fuerza de armas castigados hasta dar fin de todos ellos, sin quedar hombre a vida”. (p. 25)<sup>5</sup>.

¡Vaya, qué invitación a la convivencia pacífica! Pues bien, la contestación a semejante prueba de confianza no se hizo esperar y sin importarles un comino el nombre de Carlos V, estos bárbaros –según dice Mariño de Lobera– “dieron la respuesta con las armas, enviando sobre los españoles una gran rociada de flechas...” (ib.).

Sin embargo, el fervor cristiano entre los representantes de las armas no habrá sido siempre de tal magnitud que llegase a competir con el de los que legítimamente tenían que dedicarse a esa tarea, pues los intereses de los militares se circunscribían a los problemas inmediatos y objetos

<sup>4</sup> V. J. T. MEDINA: *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*. Edición facsimilar dispuesta y anotada por J. T. M. Sevilla, 1929, N° II.

<sup>5</sup> “*Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán don Pedro Mariño de Lobera*”. Reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar de la Compañía de Jesús, en Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. T. VI, Stgo. 1865, pág. 25.

concretos del mundo físico. Además, no hay que olvidar que la formación intelectual de la mayoría de ellos era muy rudimentaria; algunos no sabían ni siquiera firmar.

Al religioso, hombre de educación distinta y verdadero portador de la cultura, le correspondió desempeñar un papel muy diferente en estos menesteres. Su misión consistía en la conquista de las almas de los recién sometidos y para lograr ese objetivo tenía que valerse forzosamente de otro aspecto de la lengua; necesitaba de un vocabulario de mayor complejidad, que se movía preferentemente en el área del pensamiento, en esferas abstractas, y que apelaba tanto al intelecto como a los sentimientos del individuo, a su vida interior.

Nada nos dice Pedro de Valdivia en su correspondencia sobre las aptitudes idiomáticas de los sacerdotes que vinieron con él. El hecho es que después de cuatro años de permanencia en nuestra tierra desempeñaban su ministerio con notable éxito, sobre todo el P. bachiller Rodrigo González, de quien afirma en carta dirigida al Emperador Carlos V, que “haze en todo mucho fruto con sus letras y predicación, porque lo sabe muy bien hazer...” (1545)<sup>6</sup>.

Aunque no se nos informa acerca de los medios a que acudieron para conquistarse la confianza de los naturales y lograr una mutua inteligencia, podemos suponer que éstos no habrán sido esencialmente distintos de los que pusieron en práctica los misioneros en empresas anteriores en otros países de nuestro continente.

El evangelizador no solo tenía que vencer la dificultad que presentaba el hecho de hallarse ante una tradición de profundo arraigo en la mente de los indios y de carácter tan diverso de la manera de pensar europea, sino que se encontraba, además, en una situación particularmente embarazosa, porque para los indígenas era siempre, en los primeros instantes, el invasor, el extranjero enemigo que venía a arrebatárles su suelo, su propiedad. En un principio, el religioso se identificaba, en la mente de los naturales, con el conquistador; no existía diferencia alguna entre la espada y la cruz; ambas eran para ellos símbolos del enemigo.

Sabemos que los araucanos no se rindieron fácilmente a la cristianización y aun hoy día subsisten en las reducciones ciertas prácticas de idolatría. Con mayor razón habrán, pues, convivido en los primeros tiempos de la conquista, los ritos tradicionales con las nuevas creencias y, en muchos casos, habrán predominado aquéllos sobre éstas.

Para acercarse a la vida interior de los indígenas, los misioneros disponían de varios recursos.

<sup>6</sup> V. J. T. MEDINA, *Cartas de Pedro de Valdivia*, N° II, pág. 45.

No nos consta que los sacerdotes que vinieron junto con Pedro de Valdivia supieran la lengua araucana al pisar por primera vez tierra chilena, y que, por consiguiente, estuvieran en condiciones de explicar a los indios su venida y de comenzar su tarea inmediatamente con la predicación en mapuche.

Es de suponer que en ese período inicial, en los primeros cautelosos y tímidos tanteos de conquistarse la confianza, en los ensayos de entablar una conversación –cuando no se disponía de intérpretes–, todo se habrá limitado a un elemental y rudimentario lenguaje de gestos, con el fin de hacer comprender a los naturales el objeto de su misión.

Sólo superada esta etapa difícil, pudo comenzar el uso del lenguaje oral y el aprendizaje sistemático de la lengua india.

Tarea ineludible era para la labor misional el estudio de la lengua de los indios y esto tenía que hacerse en el país mismo, mediante el constante trato de éstos, ya que en un principio no había textos en los cuales adquirir las nociones elementales. Aun suponiendo que algunos misioneros hubieran podido traer aprendida determinada lengua indígena a su llegada a América, como ocurrió más tarde –recuérdese por ejemplo el caso del P. Luis de Valdivia–, siempre se les presentaría la verdadera realidad lingüística sólo en el momento del primer contacto directo con los hablantes de la lengua respectiva y les sucedería lo mismo que nos sucede hoy día cuando estudiamos por libro un idioma extranjero y de repente nos vemos en el país extraño ante la realidad misma, muchas veces tan distinta e insospechada, que toda nuestra sabiduría penosamente adquirida nos parece del todo inútil e inoperante.

En un comienzo, los sacerdotes que acompañaban a Pedro de Valdivia pudieron haberse servido naturalmente de intérpretes, tal como lo hicieron con frecuencia los primeros misioneros en otros países y como pasó, efectivamente en muchos casos, también aquí, según se desprende de un memorial que el P. Parisi dirigió, en 1613, al Consejo de Indias, y en el cual destacaba, con particular énfasis, que él no tenía necesidad de intérpretes *como los demás*, porque él sabía la lengua de Chile<sup>7</sup>. Sobre todo, en el norte, donde la población indígena usó hasta la llegada de los españoles y probablemente durante todo el siglo XVI la “lengua general”, o sea el quechua, les habrá sido fácil hacerse entender de los naturales mediante los intérpretes que traían del Perú<sup>8</sup>. A principios del siglo XVII, el dominio de la lengua mapuche sólo alcanzaba hasta Coquimbo, según nos informa el P. Luis de Valdivia en su *Arte y Gramática* (1606); la parte restante del norte de Chile seguía bajo la influencia del imperio de los incas (en materia de lenguaje). Así el obispo de Santiago fray Diego de Medellín dice en una

<sup>7</sup> V. J. T. MEDINA, *Nueve sermones en lengua de Chile*, Stgo. de Chile, 1897, Prólogo, pág. XII.

<sup>8</sup> V. D. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, Stgo. de Chile, 1932, T. I, p. 74.

carta dirigida al rey, con fecha 15 de abril de 1580, para informar sobre “los clérigos que en este obispado residen y de sus calidades y en qué se ocupan”, que el presbítero “Francisco de Aguirre está ocupado en la doctrina del Huasco y Copiapó” y agrega expresamente “es buena lengua del Perú”<sup>9</sup>, sin aludir a sus conocimientos del mapuche. Esto nos indica que la doctrina cristiana se enseñaba allí en quechua.

De todos modos, la labor de evangelización tenía que hacerse únicamente en lenguas indígenas. Pero el procedimiento de usar intérpretes, admitido en un comienzo como indispensable tal vez, tenía graves inconvenientes. Muy ilustrativo al respecto es lo que nos cuenta el Inca Garcilaso en sus famosos “Comentarios Reales”, al referirse a un caso en que el intérprete llamado Felipillo tradujo unas palabras del padre Valverde; dice: “y llegando a su interpretación es de saber que la hizo mala y de contrario sentido, no porque lo quisiese hacer maliciosamente, sino porque no entendía lo que interpretaba, y que lo decía como un papagayo, y por decir Dios Trino y Uno dijo: Dios tres y uno son cuatro, sumando los números por darse a entender”<sup>10</sup>.

Según parece, la mayoría de los doctrineros ignoraban las lenguas de los naturales. Sin embargo, por lo que atañe a Chile, en las últimas décadas del siglo XVI, la preparación de los religiosos no era tan deficiente como en otros países, pues en la ya citada carta del obispo de Santiago, el ilustre prelado afirma textualmente “todos los que están en doctrina saben la lengua, empero los que aquí van no todos la saben aventajadamente” y, en verdad, al citar a los diferentes clérigos que están bajo su jurisdicción, destaca en cada uno de los nombrados sus conocimientos idiomáticos, diciendo, por ejemplo: “sabe muy bien la lengua de la tierra y la del Perú, o “es buena lengua de esta tierra”, o “es buena lengua así de la tierra como de la del Perú”, etc. Pero en numerosos casos omite todo comentario acerca de este punto, y son, sin duda, aquellos “que no la saben aventajadamente”. Fray Diego de Medellín se daba perfecta cuenta de la importancia que tenía el conocimiento de las lenguas indígenas. En esta misma carta al rey menciona a un clérigo, Gabriel de Villagra, del cual dice que “es hábil porque sabe bien la lengua desta tierra, que es mucho menester para confesar y doctrinar los indios...”.

La obligación de estudiar las lenguas de los naturales data ya de mucho antes; el rey incluso ordenó que no se pusieran curas que no supiesen la lengua general en el Perú. Aunque esta Real Cédula no fue cumplida de una manera muy rigurosa, siempre se daba preferencia a aquellos que la sabían. Del mismo modo, una Real Cédula, dada en 1574 y dirigida a la Au-

<sup>9</sup> V. E. LIZANA, *Colección de Documentos Históricas del Archivo del Arzobispado de Santiago*, t. I, págs. 12-15.

<sup>10</sup> V. *Colección de Historiadores Clásicos del Perú*, Lima 1918-20, t. III, I. IX, cap. 23, p. 180.

diencia de la Plata, transformaba el conocimiento de la lengua indígena en mérito para la provisión de curatos. Las mismas normas habrán regido naturalmente también para Chile.

Pero el aprendizaje de los idiomas indios era tarea difícil y por eso de realización lenta, ya que en la mayoría de los casos no existían estudios o textos donde adquirir siquiera los rudimentos. Por eso, el rey ordena, en 1580, la creación de nuevas cátedras en los lugares en que hubiese audiencias.

En los primeros tiempos, al comenzar su aprendizaje, los misioneros tuvieron muchas veces como maestros a los niños que recogían en sus conventos y a quienes enseñaban el castellano y, en ocasiones, también elementos de latín.

Pero luego la preparación de hábiles intérpretes requería otros métodos y otros medios para lograr el conocimiento cabal de la lengua. Así nacen las primeras obras destinadas al estudio sistemático: las gramáticas, llamadas “Artes”, y los “Vocabularios”. El *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, de Fr. Alonso de Molina, es de 1555, impreso en México. En 1560 se publicó en Valladolid la primera gramática quechua de Fray Dmgo. de Sto. Tomás.

En 1580, una Real Cédula autorizó a la Compañía de Jesús a abrir cátedras de gramática latina y de las lenguas de los indios en Lima. Impulsados así, estos estudios dieron pronto frutos, destacándose entre las diversas órdenes sobre todo los jesuitas, que confeccionaron varias gramáticas y vocabularios de notable valor lingüístico y utilidad práctica. En un principio, estos textos circulaban manuscritos, pasando de mano en mano, perdiéndose muchos de ellos sin alcanzar a imprimirse. Uno de estos libros de infortunado destino habrá sido el del padre jesuita Gabriel de Vega, quien, como afirma el abate Molina en su catálogo de escritores de Chile, compuso una “Gramática y notas de la lengua de Chile”. Pero lamentablemente no se ha conservado nada de esta obra<sup>11</sup>.

Un caso extraordinario fue el del P. Luis de Valdivia, de quien se cuenta, por una parte, que después de haber estado cuatro años en el Perú, pasó a nuestro país y “aprendió la lengua de Chile en quarenta días que duró el viaje, de manera que el día que llegó al reyno entró predicando en aquella lengua”. Así se lee en la *Historia General de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú*, Crónica de 1600<sup>12</sup>; por otra parte, dice Olivares, en su *Historia de los Jesuitas*, que Luis de Valdivia la aprendió en nueve días lo bastante para explicar a los indios la doctrina en su propio idioma. Y Clau-

<sup>11</sup> V. J. T. MEDINA, *Historia de la literatura colonial*, Santiago, 1878, t. II, p. 375; A. Echeverría i Reyes, *La lengua araucana*. Notas bibliográficas, Santiago, 1889.

<sup>12</sup> V. *Historia General de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú*. Crónica de 1600. Ed. preparada por F. Mateos, S.J., Madrid, 1944, pp. 387-388.

dio Gay, aludiendo a cierto manuscrito, refiere que el mismo P. Valdivia aprendió la lengua de Chile en veinte y dos horas<sup>13</sup>.

Es posible que el talentoso jesuita aprovechara para adquirir en forma más rápida las nociones elementales del mapuche, los conocimientos de su compañero, el P. Hernando de Aguilera, que venía junto con él y que era “natural del reyno de Chile y diestro en la lengua de aquel reyno”, como dice la misma Crónica que acabamos de citar (p. 348).

No nos interesa ahora investigar cuál de las diferentes versiones es la verdadera, sino señalar que el P. Luis de Valdivia es el autor de la obra titulada *Arte y Gramática General de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con un Vocabulario y Confesionario* (Lima, 1606)<sup>14</sup>, que es la primera sobre lengua araucana que vio la luz pública. De obras análogas anteriores, compuestas en suelo chileno, no ha llegado nada hasta nosotros.

Se ha dicho que con este libro comienza la filología araucana. Sería, a nuestro juicio, un error atribuir a esta obra, así como a otras similares, una finalidad filológica. Su autor estaba muy lejos de esto. El “arte” de Valdivia sólo pretendía ser un instrumento útil para la evangelización; no escribió el ilustrado jesuita por el mero interés en el idioma autóctono, sino que su propósito era, se puede decir, exclusivamente práctico. Cito textualmente del final de su prólogo: “Mi deseo es que aya algún principio impresso por donde los que desseosos de la honra de nuestro Señor, y zelo de la conuersion destos Indios de Chile, quieren aprender su lengua, pueden alcançar su fin. Plega al Señor sea el fin y el efecto deste pequeño trabajo su mayor honra y gloria”.

Pero tampoco perseguía una finalidad normativa al estilo de la gramática nebrinense, aun cuando ésta haya servido de modelo para la estructuración de su obra. Todas las gramáticas de lenguas indígenas de aquellos tiempos están calcadas sobre la pauta de las latinas y así los autores inventan muchas veces a las lenguas indígenas caracteres que no poseían, con el fin de hacerlas caber dentro del marco de la gramática de las lenguas clásicas.

El P. Valdivia señala, por ejemplo, para el mapuche una declinación del nombre con seis casos, que, en verdad, no existe, ya que no se trata de una lengua de flexión como la latina, sino de una lengua llamada aglutinante, en la cual se incorporan elementos antepuestos o pospuestos a la palabra principal. Creemos oportuno hacer un rápido análisis de la obra del P. Luis de Valdivia, pues ella nos descubrirá algunos de los principales problemas lingüísticos con que tenían que enfrentarse los misioneros.

Como lo declara su autor, ese “Arte” pretende ser, pues, una gramática

<sup>13</sup> V. J. T. MEDINA, *Hist. lit. col.*, t. II, p. 376.

<sup>14</sup> Esta obra del P. Luis de Valdivia fue publicada en edición facsimilar por Julio Platzmann, Leipzig, Teubner, 1887. Utilizamos esta última en el presente trabajo.

cristiana, y así lo demuestran también muchas de las frases que ilustran los fenómenos gramaticales. No obstante, son relativamente escasos los ejemplos que se refieren a la doctrina cristiana en comparación con los que tratan de materias de la vida práctica. Esto no sólo sucede en los paradigmas de los verbos, sino también en la sintaxis, según se advierte en frases como por ejemplo: “un cacique vendió a un español una oveja de la tierra por diez pesos”; “dí a Pedro mi vestido”, etc. Lo mismo se observa en el vocabulario, como veremos más adelante.

Al examinar las obras de esta índole, notaremos que los lingüistas coloniales de América en general no han atendido al problema de la pronunciación de las lenguas indígenas. El P. Luis de Valdivia fue el primero que prestó atención a este asunto. En su “Arte” se hallan datos bastante minuciosos que revelan un oído muy fino y aguda observación<sup>15</sup>.

Sin embargo, por exactas y admirables que sean las descripciones fonéticas del P. Luis de Valdivia respecto de los sonidos característicos del mapuche, sus observaciones se detienen en la parte externa, en lo meramente mecánico y no van más allá; es decir, no atienden a lo psicológico.

A continuación de su Gramática agregó un pequeño Vocabulario mapuche-español, pero la otra parte, la “que comienza por Español”, no la terminó nunca. En las “Advertencias” antepuestas a este vocabulario expresa que éste contiene “todo lo necesario y suficiente que ha menester un ministro Evangélico de esta lengua”. Ante esta declaración, cualquier lector pensará naturalmente que hallará sobre todo la terminología teológica relativa a la doctrina cristiana, el vocabulario indispensable para el oficio religioso en general y el de la conversión de los bárbaros, en particular. Sin embargo, no es esta la materia principal; por supuesto, figuran en él vocablos que significan “persignarse”, “arrepentirse”, “el todopoderoso”, “creador de todo”, etc.

<sup>15</sup> Sí describe con gran exactitud la pronunciación del fonema (*ù*), como en la palabra *mamùl*, árbol, que se realiza como una *u* articulada con las características de una *e*. Dice: “estos indios pronuncian un sonido medio entre la (*e*) y la (*u*) y usan muy frecuentemente del... se puede dar regla para saberlo pronunciar, y es que, teniendo los labios abiertos y sin menearlos cosa alguna y juntos los dientes de arriba con los de abaxo, el que quiere pronunciar este sonido pretenda pronunciar de propósito (*u*) y el sonido que saliere tal cual fuere ese es el que pronuncian estos indios” (fol. 7). Luego agrega otros detalles más para facilitar su correcta pronunciación, de modo que un experto como Rodolfo Lenz no pudo menos que declarar: “Ni un fonetista moderno describiría mejor esta *u*...”. Biblioteca de Dialect. Hisp. VI, B. Aires, 1940, p. 235.

También respecto de una *g* gutural, dice el P. Valdivia, que “ha de pronunciarse al modo que la pronuncian los gangosos, porque este sonido es el que más se le parece” (fol. 7 v. ), como en *pagi* ‘león’, “pero diferénciase en que el golpe que nosotros (i. e. los españoles) damos para decir (*ga*, *go*, *gu*) no es gutural, sino en medio de la boca, pero estos indios le pronuncian gutural” (ib.). Además se halla una descripción de la africada *tr*, como en *trewa* ‘perro’, etc.

Pero hay algunas expresiones que nos sorprenden un poco, en el primer momento; uno se pregunta, por ejemplo, qué necesidad tendrá un ministro evangélico de saber cómo se dice en mapuche “cazar tórtolas” (*qdetun*) o “hacer cosquillas” (*nayùqllan*) y otras cosas por el estilo, “las cuales, sin embargo, encontrarán su justificación de figurar en un vocabulario de esta naturaleza, si tenemos presente que eran muy distintas de las nuestras las condiciones de vida de aquellos tiempos, y que quizás la caza de tórtolas resolvía, en cierta época del año, más de un problema de alimentación.

Pues bien, este vocabulario ofrece mucho material que podríamos calificar de “pintoresco”, es decir, aquello que despierta la curiosidad del extranjero: la exuberante naturaleza distinta de la europea, la fauna y flora exóticas, etc. De ahí que apunte los nombres de animales, como *pagi* “león”, *culpeu* “raposa grande”, *huemul* “ciervo”, *hueque* “carnero”, etc.; de los pájaros nombra entre otros el *choroy* “papagayo chico”, la diuca; luego, numerosos nombres de árboles y plantas.

Si también aparecen los términos correspondientes a “culebra”, “tigre”, es decir, el tigre argentino *nahuel*, “león”, “cóndor”, no es sólo porque estos animales eran muy frecuentes, sino también porque quedaba en las costumbres araucanas un claro sentimiento de veneración de estos animales; eran supervivencias totémicas.

Son escasos los vocablos que se refieren a la organización política o social, así como los que se relacionan con la vida económica. De los oficios sólo se menciona la alfarería y “el arte de urdir la tela”.

Un estudio más detenido permitiría tal vez trazar un cuadro de ciertas costumbres antiguas de los mapuches, fijar el nivel de su civilización, descubrir algunos rasgos típicos del físico de nuestros indios. Desde luego, hay ciertas cualidades negativas del carácter indígena que el lector advierte fácilmente. Así, la inclinación a la intemperancia se revela con claridad en varios términos que consigna Luis de Valdivia, tales como “borrachera”, “emborracharse”, “emborrachar a otro”, “borracho”, “medio borracho”, etc. Sobre algunos aspectos de la vida familiar o íntima echan cierta luz los vocablos que significan “manceba, tenerla por manceba, estar amancebada”; luego, hay varias expresiones que equivalen a “corrumpere virginem” y que tampoco hablan muy en favor del respeto al sexo débil. Que la higiene corporal dejaba mucho que desear, se ve por los giros que quieren decir “matar piojos con las uñas”; “espulgar la cabeza”; así como nombres de otros parásitos.

Con mucho lujo de detalles se hallan anotados algunos términos que causan verdadero horror, tales como “cortar los pies”, “descabezar”, “desorejar”, “desnarigar”, “desmembrar”.

Parece que nuestro autor consideró conveniente incluir estos vocablos, no con el fin de utilizarlos para justificar algunos castigos ejemplares en

casos de rebeldía o inobediencia, sino más bien para hacerles ver a los naturales que un buen cristiano no debe ejecutar semejantes acciones –aunque nos consta que el mismo conquistador de nuestra tierra confiesa con disimulada satisfacción, en carta dirigida al Emperador, en 1550, así como en las *Instrucciones a sus Apoderados en la Corte*, de la misma fecha, que en alguna oportunidad hizo cortar las manos derechas y las narices a trescientos o cuatrocientos indios que no cumplieron con su promesa de rendición incondicional<sup>16</sup>–.

Al lado de las partes del cuerpo humano se señalan también numerosos defectos físicos que deben haber llamado la atención del P. Valdivia. Son principalmente ciertas deformaciones del rostro, y en particular de la nariz que el venerable misionero creyó de interés anotar. Así nos dice cómo se expresa en mapuche “nariz chata”, “nariz ancha”, “nariz roma”, “nariz torcida”; luego “barros de rostros”; “pecas de la cara”, “corto de vista”, “bizco”; “cabeza redonda”, “cabeza puntiaguda”. También figuran algunas enfermedades.

Como es sabido, los mapuches siempre han sido aficionados a los juegos; el P. Valdivia menciona tales como “jugar al escondite”, “a los frisoles” “a la chueca”, “jugar con bolas”.

Con todo el material que ofrece dicho Vocabulario, un misionero habrá podido sostener alguna conversación corriente sobre asuntos del diario vivir, pero nos imaginamos que al pasar a temas de la doctrina cristiana tendrá que haberse encontrado con algunos problemas lingüísticos de difícil solución. La doctrina contiene una considerable cantidad de términos abstractos y conceptos totalmente ajenos al pensamiento de los indios. Es ahí donde la investigación filológica debe comenzar su trabajo de análisis para averiguar hasta qué punto los misioneros lograrían acercarse a la psique del hombre bárbaro, a fin de hacerle comprensible los conceptos abstractos nuevos. Es este quizás el problema lingüístico de mayor trascendencia.

Si examinamos superficialmente las versiones que nos presenta Luis de Valdivia de la Doctrina Cristiana y del Catecismo y Confesionario, verificaremos, desde luego, que en la primera época de cristianización, con precarios conocimientos de la lengua indígena, se procedió en muchos casos, sencillamente a introducir en esta última, una serie de “extranjerismos”, o sea de “hispanismos”, pues no había voz equivalente en mapuche de conceptos como *bautizar*, *bautizo*, *confesar*, *confirmación*, *comulgar*, *comunión*, *cristiano*, *fiesta*, *gracia*, *matrimonio*, *misa*, *Espíritu Santo*, *Extrema Unción*, *Jesucristo*, *Santa Cruz*, *Santa María*, *Virgen*, *Santa Iglesia Católica*, *Sacramento*; *pecado*, *juicio*, *persona*; luego, *jurar*, *justicia*, *libro*, *testigo*, etc.

<sup>16</sup> V. J. T. MEDINA, *Cartas de Pedro de Valdivia*, N° VII, p. 137 y N° VIII, p. 204.

Se trataba, pues, de nociones que jamás se habían expresado en mapuche ni en otros idiomas indígenas. En los ejemplos arriba citados se introdujo la palabra española, seguramente por razones de ortodoxia. Sin embargo, donde era posible se procedió a traducir las palabras o a emplear una perífrasis. No obstante, ambos caminos eran peligrosos. Pues, si los conceptos fundamentales se ofrecían siempre con forma extranjera, se corría el riesgo de que tales nociones arraigaran en la mente indígena como algo total y permanentemente extraño. Pero, por otra parte, al intentar trasvasar el contenido conceptual español a una expresión genuinamente mapuche existía también el peligro de que ésta conservara, si no íntegra, por lo menos parcialmente su antiguo contenido carente de ideología cristiana o contrario a ella.

Veamos algunos ejemplos al respecto. El mapuche, por supuesto, conocía y posee una voz que significa “virgen”; pero se trata de “doncella” en el sentido fisiológico. Los misioneros comprendieron muy bien que semejante término no servía para aplicarlo a la Santísima, pues podía dar al indígena una falsa idea de la nueva fe, y así prefirieron mantener la expresión española. Lo mismo ocurrió con otras palabras, como por ejemplo *Dios*, término conservado para acentuar la diferencia entre las múltiples divinidades paganas y el Dios único del cristianismo.

Si algunas veces se lee en textos mapuches de los misioneros la voz *infierno*, en otras ocasiones, sin embargo, se halla por este concepto la palabra *alhue* que equivale a “calentura que causa la muerte”, o *minutue*, o sea “suelo, tierra adentro”, es decir, “el interior de la tierra (donde reina el fuego eterno). En el siglo XVIII, el P. Andrés Febrés<sup>17</sup> usa la expresión *cuthal-mapu*: fuego-tierra; “tierra del fuego”. Esta última perífrasis se impuso, al último, según parece; pues igual forma se halla también en un catecismo del siglo XIX de Schuller<sup>18</sup> y el P. Félix de Augusta<sup>19</sup> señala en su Diccionario también *Kütrálmapu*.

Por lo que se refiere al concepto de “cielo”, el P. Luis de Valdivia se decidió por la voz que significa “arriba”: *huenu*; el P. Febrés agregó todavía la idea de “zona, región”; diciendo *huenu mapu* (tb. Félix de Augusta *wénumapu*).

Ahora, con tan diversas expresiones como infierno, *alhue*, *minutue*, *cuthalmapu* que apuntan a una misma cosa, a un mismo concepto, ¿habrá

<sup>17</sup> *Arte de la lengua general del reyno de Chile*. Con un diálogo chileno-hispano muy curioso: a que se añade la Doctrina Cristiana, etc... Compuesto por el P. Andrés Febrés, Misionero de la Compañía de Jesús. Año de 1764, con licencia y en Lima... Año de 1765.

<sup>18</sup> RODOLFO R. SCHULLER, *Pequeño catecismo castellano-indio (araucano)*. Nueva edición. Santiago, 1907. (Es reedición del que se publicó en B. Aires en 1879).

<sup>19</sup> FR. FÉLIX JOSÉ DE AUGUSTA, *Diccionario araucano-español y español-araucano*. Santiago, 1916.

sido posible hacerle comprender a la inteligencia pobre de las masas araucanas lo que la mentalidad europea concebía y concibe bajo el concepto de “infierno”? –creemos que no–.

Se ve, no sólo en este caso, sino en muchísimos más, que la interpretación de tales nociones abstractas se mueve siempre en la esfera de la ideología europea, española, más no corresponde –estamos seguros– al modo de pensar y sentir de los indígenas, aun cuando se haya tratado de llevarlos a un terreno de algo concreto, más asequible a su mentalidad.

Como ya dijimos, a los primeros misioneros –igual que al P. Luis de Valdivia– no les guiaban intereses propiamente filológicos; por eso no se observa ningún intento de penetrar más a fondo en la lengua mapuche, para lograr, por medio de ella, un conocimiento, si no cabal, por lo menos más certero del alma indígena. Y como es sabido, los primeros “araucanistas” de los siglos XVII y XVIII, los PP. Luis de Valdivia, Andrés Febrés y Bernardo Havestadt eran europeos, españoles los dos primeros y alemán, el último; quiere decir, gente de estructura psíquica muy diversa de la mapuche. Y aunque se empeñaron por asimilar y luego también difundir la lengua de los autóctonos, no llegaron a conocer en verdad el alma que se reflejaba en el idioma que estudiaban.

Esto nos hace dudar seriamente de que los primeros evangelizadores consiguieran en verdad que los naturales se dieran cuenta de que se les quería ofrecer una nueva forma de vida que debía concluir, al último, por transformar totalmente su manera de pensar, proporcionándoles otra visión del mundo.

Como la lengua mapuche no posee ni hasta hoy día una lengua escrita, no tiene, por consiguiente, tampoco una literatura propiamente dicha. Ni siquiera puede considerarse como tal una supuesta literatura litúrgica o religiosa, creada por los misioneros. Pues aunque no tengamos pruebas contrarias, se nos hace difícil creer que las oraciones y los sermones que nos han llegado del siglo XVII y siguientes sean textos concebidos o más bien “pensados” íntegramente en mapuche y no sólo traslaciones y adaptaciones a la lengua nativa, como lo son por ejemplo el Catecismo y Confesionario del P. Luis de Valdivia. Tenemos la impresión de que todos aquellos grandes mapuchistas antiguos y también algunos contemporáneos –entre estos últimos, el P. Félix de Augusta y otros– conocían y conocen bien el lado externo de la lengua indígena, pero no la estructura interior, el sistema íntimo, de suerte que su manera de sentir, de pensar y de exteriorizarse lingüísticamente ha quedado siempre distante del ámbito anímico de los mapuches. Tanto es así, según me aseguró uno de los mapuches más autorizados de ahora, refiriéndose al R. P. Félix de Augusta, que las grandes masas escuchaban con devoción los sermones de ese abnegado religioso; escuchaban los dulces sonidos de su idioma que acariciaban su oído, pero, a menudo, no entendían lo que se les decía.

El mapuche, sin embargo, ha sentido siempre y siente, aun sin poseer literatura –o precisamente por carecer de ella–, que en su lengua halla lo esencial, lo más sagrado de su tradición.

La lengua es lo que une a un pueblo y para aquellos conquistadores y conquistados y para todos valen los célebres versos de Miguel de Unamuno:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua  
y mi patria es allí donde resuena  
soberano su verbo.*

Por eso es comprensible que los indios no manifestaran gran interés por aprender o asimilar el español ni se empeñaran en hablarlo bien, en los primeros tiempos de la Colonia. Hasta hoy día, los caciques –aunque seguramente bilingües, en mayor o menor grado– desdénan usar el español en reuniones oficiales con representantes o autoridades del Gobierno, pues traen para ese objeto siempre a sus intérpretes.

Si era ostensible la resistencia de los indígenas en este campo, era natural también que España no intentara la unificación de los pueblos autóctonos por medio de la implantación obligatoria de la lengua castellana. No obstante, en su tiempo, no sólo se discutió seriamente sobre si los misioneros debían aprender las lenguas indígenas o si era preferible obligar a los indios a que aprendiesen castellano, sino que la Corona misma mostró una política vacilante e incluso contradictoria en esta cuestión<sup>20</sup>. Así en una Real Cédula de 4 de junio de 1586, Felipe II deja al Virrey del Perú la decisión acerca de si conviene o no obligar a los indios a aprender la lengua española, actitud que contrasta (un tanto) con las instrucciones precisas que impartió al respecto al Virrey del Perú, D. Luis de Velasco en julio de 1595 y al Virrey de México en 1596, como veremos en seguida.

Existen numerosas cédulas reales y mandatos eclesiásticos que ordenan a los sacerdotes seculares y regulares adquirir el dominio más completo posible del idioma de los naturales, para lograr la comprensión del indio. En la práctica el misionero se adelantó, en verdad, a tal disposición, pues

<sup>20</sup> El Sr. R. RICARD (*Le problème de l'enseignement du castillan aux Indiens d'Amérique durant la période coloniale*, en "Travaux de l'Institut d'Etudes Latino-Américaines de l'Université de Strasbourg", Mars 1961) sostiene, por su parte, que "la monarchie espagnole a pratiqué ou préconisé en Amérique une politique linguistique d'une rare continuité: elle a toujours ordonné, sans réserves et sans réticences, que la langue castillane fût enseignée a la généralité des populations indigènes, et elle a toujours insiste pour que cet ordre fût exécuté. Les fluctuations dues à la différence des temps et des hommes furent légères et presque négligeables" (p. 282), admitiendo, sin embargo, que la Cédula del 4 de junio de 1586 "ést le seul document de la Collection Konetzke où la Couronne ne se décide pas ouvertement en faveur de l'enseignement du castillan a l'ensemble des Indiens" (Ib., p. 284).

no podía esperar a que el indígena viniese a solicitar al español ayuda idiomática para una recíproca inteligencia.

Aunque el cumplimiento cabal de estos mandatos dejó mucho que desear, pues el aprendizaje de las lenguas indias les costaba un esfuerzo extraordinario a los curas, partió, sin embargo, de ellos la sugerencia de buscar la unificación idiomática de los pueblos americanos sobre la base de una lengua indígena. A mediados del siglo XVI se propuso al Rey como solución del problema que todos los indios aprendiesen la lengua de mayor prestigio –se pensó en la mexicana, el azteca–, pero tal proyecto no prosperó, pues, sin duda, habría originado enormes complicaciones y provocado la resistencia de los que no la hablaban como la propia. Además, se vio que semejante medida involucraba el gravísimo peligro de fomentar el posible surgimiento de un nacionalismo indiano, el que habría frustrado, o por lo menos retardado enormemente la labor de los europeos<sup>21</sup>.

La Iglesia comprendió, desde el primer momento, como decíamos, que la evangelización exigía de los misioneros el conocimiento de la lengua de los indios para realizar su tarea de doctrinar. De ahí las disposiciones bien terminantes en este sentido.

No obstante, se tropezaba con los inconvenientes ya señalados, los que luego, a mediados del siglo XVI, movieron a las autoridades a ensayar otra táctica. Se intentó la catolización sobre la base de la lengua culturalmente superior, o sea el castellano.

En 1545, el primer arzobispo de Lima prescribió sencillamente la enseñanza del castellano a los niños, encontrando poco más tarde el apoyo del mismo rey, quien, escribiendo a los provinciales de las órdenes de Sto. Domingo, San Francisco y San Agustín de la Nueva España, legisló en igual sentido, ordenando dicha enseñanza para los indios en general, como consta en la R. Cédula de 7 de junio de 1550, dada en Valladolid<sup>22</sup>. El mismo día se dirigió idéntica comunicación al Virrey de la Nueva España y al del Perú, de manera que este mandato tuvo que aplicarse lógicamente también en Chile.

<sup>21</sup> V. DEMETRIO RAMOS PÉREZ, *Historia de la colonización española en América*, Madrid, 1947, p. 503.

<sup>22</sup> Dice así: Como tenéis entendido de nuestra Real voluntad, nos deseamos en todo lo que es posible procurar de traer a los indios naturales desas partes el conocimiento de nuestro Dios, y dar orden en su instrucción y conversión a nuestra santa fe católica... uno de los principales medios que ha parecido que se deba tomar para conseguir esta obra y hacer en ella el fruto que deseamos, es procurar que esas gentes sean enseñadas en nuestra lengua castellana, y que tomen nuestra policía y buenas costumbres, porque por esta vía con más facilidad podrían entender y ser doctrinados en las cosas de la religión cristiana...

V. RICHARD KONETZKE, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispano-américa 1493-1810*. Madrid 1953, t. I, pp. 272-274.

Sin embargo, tal recomendación, que no fue, por supuesto, la primera que se hizo oficialmente en esta materia y en este sentido –en 1541, por ej., un franciscano que cumplía labor misional en Guatemala alude a una disposición real dictada, aproximadamente un año antes, en favor de la enseñanza de la lengua española a los indios<sup>23</sup>–, no surtió gran efecto, ya que medio siglo después, la Corona se ve todavía en la necesidad de enviar instrucciones sobre el particular. Varias cédulas reales, cuyo contenido se repite casi textualmente, en los puntos básicos, se hallan hasta comienzos del siglo XVII.

Muy interesante es un proyecto de cédula, de 1596, que el Consejo de Indias preparó para la firma del rey Felipe II, señalando los graves inconvenientes que se veían en que los indios conservasen su propia lengua –es decir, el vehículo de transmisión de los errores de sus idolatrías, hechicerías y supersticiones– y haciendo resaltar a la vez los motivos por los cuales era aconsejable que aprendiesen el castellano, o sea el idioma que les proporcionaría los conocimientos “para su edificación y para saberse regir y gobernar como hombres de razón”<sup>24</sup>.

El rey, sin embargo, después de estudiar esta minuta, la devolvió sin firmarla, agregando de su mano la siguiente observación: “Esto se me consulte con todo lo que hay en ello”.

Entonces el Consejo elaboró un hábil y significativo memorándum, sometiéndolo, con fecha 20 de junio de 1596, a la consideración del rey.

Entre los diversos argumentos aducidos por el Consejo para justificar la enseñanza obligatoria del castellano a los nativos figuraba uno de particular importancia y gravedad, que era, según se afirmaba, que ni la mejor y más perfecta lengua indígena ofrecía las condiciones necesarias “para explicar bien los misterios de la fe”.

Al recomendarse el aprendizaje del castellano, no tenemos, pues, otra cosa que la repetición de cédulas anteriores como la de 1550 y 1540. Pero luego, interesa destacar que entre las razones indicadas por el Consejo se hallaba, además del inconveniente que se veía en el estudio de tantas lenguas nativas diferentes sin lograr un perfecto dominio de ellas, una de carácter económico-social de no escasa significación; la que consistía en que el clero mestizo y criollo tendría siempre una notoria ventaja sobre el español, por dominar mejor la lengua nativa, mientras la población conservara su propio idioma. Pues, en tales condiciones –se argumentaba–, estos elementos serían preferidos para la tarea de doctrinar y educar espiritualmente a los indios, y, por consiguiente, se llevarían el mayor número de curatos con el goce económico inherente a estos cargos. Por este moti-

<sup>23</sup> V. R. RICARD, o. c., p. 283.

<sup>24</sup> V. R. KONETZKE, o. c., II, t. I<sup>o</sup>, ps. 38-40.

vo el Consejo observa también que los mestizos y criollos no son “los que se requieren para el enseñamiento de los dichos indios”.

Pues bien, Felipe II, después de ponderar todos los motivos expuestos por el Consejo, contestó brevemente y con mucha moderación y prudencia: “No parece inconveniente apremiarlos (i. e. a los indios) a que dejen su lengua natural, mas se podrán poner maestros para los que voluntariamente quisiesen aprender la castellana, y se dé orden como se haga guardar lo que está mandado en no proveer los curatos, sino a quien sepa la de los indios”<sup>25</sup>.

El asunto fue decidido, por último, conforme a los deseos del Rey.

Todos estos documentos nos prueban que se había llegado a la conclusión clara e irrefutable de que las lenguas autóctonas no servían para una adecuada evangelización; pero en segundo lugar, que precisamente aquellas personas que sabían muy bien las lenguas de los aborígenes –mestizos y criollos– no eran las más indicadas para doctrinar por haber sido criados, en general, por indias; y, por último, que no era posible exigirles a los misioneros que aprendiesen todos los idiomas de los naturales.

De este modo pareció prudente la medida propuesta por las autoridades peninsulares; de recomendar el estudio de la lengua española; sin embargo, la realización práctica no podía ser sino una esperanza sin fundamento, pues para enseñar al indio la lengua castellana, siempre “los curas, sacristanes y otras personas” –como dicen las cédulas– que servirían de maestros, tendrían antes que estudiar y aprender el idioma respectivo de los indios, con lo cual no se había adelantado nada<sup>26</sup>.

No tuvo, pues, ni pudo tener éxito la unificación idiomática a la que, en el fondo, tampoco se aspiraba, pues la única finalidad era lograr la unificación religiosa, y el problema de la lengua, al último, se solucionó solo, sin la aplicación de leyes especiales.

La Corona había seguido siempre la sana política de no obligar al indio a abandonar bruscamente su idioma, y como los misioneros lo estudiaban, para predicar en él, incluso se contribuía a perpetuar las lenguas aborígenes y gracias a las anotaciones de muchos de esos religiosos tenemos hoy día noticias de varias lenguas que ya han desaparecido y, por otra parte, gramáticas y vocabularios, catecismos, confesionarios y sermones en lengua india de enorme interés lingüístico, como lo son para Chile las obras de los PP. Luis de Valdivia, Andrés Febrés y Bernardo Havestadt, no obstante las imperfecciones que puedan tener.

<sup>25</sup> El alcance de estas cédulas ya había sido analizado por Juan Carlos García Santillán (*Legislación sobre indios del Río de la Plata en el siglo XVI*, Madrid, 1928), y Silvio Zavala (*Cuad. Amer.*, vol. XXVII 1946, N° 3, ps. 159-166), quien con mucha razón destacó la flexibilidad de criterio en esta materia de Felipe II que comúnmente se nos presenta como prototipo de la intolerancia.

<sup>26</sup> V. DEMETRIO RAMOS PÉREZ, o. c., p. 501 y ss.

Pero, al mismo tiempo, se impuso lentamente la difusión de la lengua castellana, en pacífica convivencia con la autóctona –tanto en Chile como en muchas otras partes– y esto también gracias al tino y cuidado de los religiosos, quienes así escribieron una página memorable e imperecedera en el libro de la historia de la civilización y cultura de América.

## DISCURSO DEL ACADÉMICO DON EUGENIO PEREIRA SALAS<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1961, EN LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO DON RODOLFO OROZ EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

La Academia Chilena de la Historia nos encarga, en la tradicional simbología de los ritos intelectuales, abrir las puertas de esta institución representativa a un nuevo Académico, y con el cariño y el afecto de las grandes amistades, vengo a acompañar al Dr. Rodolfo Oroz Scheibe, al sitial que sus méritos, su hombría de bien y su fecunda enseñanza universitaria habían conquistado en la más alta de las empresas, la empresa desinteresada del intelecto crítico y creador. “Y con todo –diremos, utilizando las frases que Agaton hiciera clásicas en el maravilloso diálogo de Platón–: Solamente hay una manera correcta de alabar algo, sea lo que fuere, decir palabra por palabra que aquel de quien se habla es, por ser él en sí tal o cual, causa de tales o cuales efectos”.

Venimos, pues, a dibujar vagamente, con nuestros cortos recursos retóricos, la noble traza de un maestro en quien parecen agotarse los contenidos virtuales de esta hermosa y rara voz semántica. Hablaremos así esta tarde no de la vida del Dr. Rodolfo Oroz, que es la límpida trayectoria de una noble personalidad chilena en su época, en su hora y en sus destinos, sino de su historia interna, la de su formación y eclosión espirituales.

¿Quiénes son los grandes hombres?, se preguntaba una vez el fino y elegante escritor lusitano José María Eça de Queirós: “Grande hombre –se contestaba a sí mismo para acallar su inquietud crítica– es aquel que alcanzó por medio del raciocinio una mayor suma de verdad o por la imaginación las mayores formas de la belleza o por la acción los más altos resultados que todos sus contemporáneos en la latitud de su siglo”.

Y es por medio del raciocinio, por el juego de la inteligencia, que el Dr. Rodolfo Oroz tomó postura de arquetipo en el mundo de las letras

<sup>1</sup> EUGENIO PEREIRA SALAS (1904-1979). Inició sus estudios en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en 1924, continuándolos en Europa entre 1926 y 1928, en la Universidad de la Sorbonne y en otros centros universitarios del viejo continente. En 1933 permaneció por casi dos años en la Universidad de Berkeley, California, especializándose en historia americana. Al amparo de la Universidad de Chile ejerció una notable labor docente, alcanzando la jefatura de varios departamentos y posteriormente el decanato de la Facultad de Filosofía y Humanidades. En 1974 se le otorgó el Premio Nacional de Historia.

chilenas contemporáneas, llegando a ser uno de los valores más evidentes dentro de su especialidad.

Conocimos al Dr. Oroz allá por los años de 1924, en la tertulia de otro gran humanista desaparecido, el suave poeta y profesor don Julio Vicuña Cifuentes. Era Oroz ya un maestro y sobre sus hombros entregamos un grupo entusiasta las tareas de dar a luz una revista que consignara en sus páginas el pensamiento vivo de esa generación animada por el principio humanista “de la fe en los valores hechos para el hombre”. El mismo, si mal no recuerdo, eligió el título, *Studium*, lema que parece definir la esencia de su magisterio. Era Oroz, repito, un maestro. Nacido en Santiago, el invierno de 1895 (8 de julio), llevaba latente por herencia social la inclinación pedagógica. Su padre, Ruperto Oroz, había sido enviado a Europa por el Presidente Balmaceda con el ánimo de encargarle una reforma substancial de los planteles de enseñanza normal del país. Por el lado materno corría en sus venas sangre germánica, lo que influiría poderosamente en su estructura moral e intelectual.

Fue el joven Oroz en la Alemania Imperial del Kaiser Guillermo II un estudiante extraordinario; llegó a dominar la lengua alemana, transformándola en vernácula y en los cursos del Gimnasio Real de Leipzig, “Instituciones modernas para la formación humana universalista, pero sin embargo ya especializada”, fue agraciado, a la manera humanista, con el premio de honor que concedía la ciudad sajona a sus más destacados alumnos.

Después de recibir el año de 1915 el grado de Bachiller, ingresó a las aulas de la cinco veces centenaria Universitas Lipsiensis (1409), que ilustraban por entonces grandes espíritus directores. Estaban en activa vigencia las tradicionales formas universitarias; existencia a la vez rigurosa y cordial. Había tiempo para acudir a la peña rumorosa en que flotaba aún el espíritu de Goethe, donde espumaba la rubia cerveza y se oían los cantos de juventud. Eran los decenios finales de la generación de 1890, décadas en que, como ha descrito Stuart Hughes, las verdades del siglo XVIII y del pensamiento social del siglo XIX pasan por la criba de sutiles cedazos intelectuales para cernir lo auténtico y verdadero.

En Leipzig pudo escuchar el joven bachiller anhelante las clases de Eduardo Spranger, cuyas doctrinas de tipo psicológico iban modernizando la pedagogía del siglo XIX. Allí estaban para auxiliarlo con sus sabios consejos o para iluminarlo con sus lecciones magistrales, Eduardo Sievers, el autor del *Manual de Fonética* y de los *Estudios Métricos*, Gustavo Weigand, Guillermo Wundt, sabio en variadas disciplinas y creador del primer Instituto de Psicología Experimental. De su maestro Max Forster entró en la intimidad, siendo su leal ayudante.

En febrero de 1920 se cerraba el primer ciclo de su existencia profesional. La maestría de un título le permitió dictar clases en cuatro especialida-

des, llegando a poseer el diploma de Asesor de estudios, codiciado grado didáctico en Sajonia. En 1922 defendió con brillo su tesis doctoral: *Lautliche Unterschiede im Vokalismus der Stanktonsilben bei den beiden Schreibern der Beowulf-Handschrift*. Constituía un docto expertizaje del texto del Beowulf, la más antigua de las epopeyas del mundo teutónico primitivo, en que el anónimo poeta transporta a un decorado mítico la idea cristiana de la vida terrenal y canta la melancolía de la vanidad de la gloria. El futuro Dr. examinó con cuidado los fenómenos fonéticos del vocalismo de las sílabas radicales tónicas del idioma sajón del oeste, contenido en los cinco textos escritos por los dos copistas, autores del manuscrito conocido con el nombre de Codex Cotton Vittelius, A XV, demostrando su pericia filológica.

Sonaba la hora del regreso a la patria; había que aprovechar las fuerzas intelectuales acumuladas en la urgente tarea renovadora de insuflar nuevos métodos a la enseñanza humanista en el país. El momento era propicio. Los viejos maestros iban depositando en los jóvenes alumnos o en sus sucesores la antorcha del progreso como en esa legendaria carrera del lampadario antiguo. En el Instituto Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Educación, de la Universidad de Chile, el paso de generación a generación se realizó sin esas trágicas trizaduras espirituales que agobian con sus estériles luchas a las juventudes impacientes. En la Cátedra de Historia, don Julio Montebruno López, el formador de las primeras promociones profesionales de la enseñanza, maestro en el arte de la “res gestae”, quien con su sabiduría poética lograba resucitar el pasado en la sala de clases ante la expectante actitud del escucha, iba a entregar el cetro de esta enseñanza a otro maestro formador, Juan Gómez Millas, quien trajo a la Cátedra la inquietud y el problema, la angustia del saber y la sociología del conocimiento, a la vez que modernizaba la enseñanza estableciendo los primeros seminarios, en los cuales el texto original hermético debía abrirse como una flor promisoriosa bajo el cuidado intelectual del propio alumno.

Luis A. Puga iba rescatando la geografía de la repetición de esas listas de cabos, golfos, penínsulas y provincias con sus respectivas capitales que formaban el repertorio tradicional, y con entusiasmo hizo hablar en clase al mapa y buscó en la naturaleza misma la explicación de los fenómenos básicos de esta ciencia.

Y así mismo, psicología, filosofía y matemáticas, química y física dispusieron de laboratorios y de clases experimentales y lucharon contra la tiranía del texto, del libro de clases, del apunte y la gimnasia del aprendizaje verbal, rémoras de la enseñanza universitaria.

Desde esa época la existencia del Dr. Rodolfo Oroz tuvo una meta, la lucha por la cultura, enseña vibrante que trajera a la vida institucional el Instituto Pedagógico.

Al comenzar el año académico de 1923, el Dr. Rodolfo Oroz se hacía cargo, en el viejo edificio de la Alameda esquina de Cumming, de la Cáte-

dra de Latín y de Literatura Grecolatina. Obtuvo más tarde en resonante concurso que ilustró su nombre ante el público, la de Gramática Histórica Española, unida al prestigio internacional del profesor Federico Hansen. Fue además, en su magisterio multiforme, profesor de Lingüística General, de Filología Inglesa (1924-1927), de Gramática Histórica Francesa (1930).

Y ese caudal humanístico y filológico, que parecía extinguido por la jubilación y muerte de la preclara y egregia personalidad del Dr. Rodolfo Lenz, volvió a correr cristalino, puro e incitante en la cátedra ocupada por su digno sucesor.

La carrera de los méritos, legítimamente adquiridos por la dedicación exclusiva a los deberes de su profesión, lo llevaron a la alta dirección del Instituto Pedagógico (1933-1944) y fue sucesivamente, como recapitula uno de sus biógrafos y dilecto discípulo, el profesor Ambrosio Rabanales, Jefe del Departamento de Lenguas Romances y del de Filología Clásica, Director del Instituto de Filología (desde 1943, año en que fue fundado, por una feliz iniciativa suya, un Centro de Investigación, libre de toda preocupación docente) y Director del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales (desde 1954), organismo máximo que coordina la labor de los diversos institutos humanistas dependientes de la Facultad de Filosofía y Educación, sucediendo en este cargo a su fundador y animador, el profesor Juan Gómez Millas, Rector de la Universidad de Chile.

A los desvelos del trabajo sucedieron las alegrías del reconocimiento a su vasta labor. Fue llamado al seno de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española, en 1938. Lo saludó a su entrada el Rev. P. Raimundo Morales: “Sus obras, dijo, suponen mucho tiempo, mucho trabajo a la luz de la lámpara solitaria, mucha erudición, mucha cultura, mucha paciencia; son obras de erudición menuda y fatigosa... y que, si no dan esa fama inmediata, vocinglera y efímera con que tantos se contentan en nuestros días, la dan al cabo y la dan sólida, estable, duradera, más duradera que el bronce... son, últimamente, obras que honran a la patria y que defienden fuera y dentro de ella la gloria de sus hijos y el esplendor de su cultura”.

También hubo fiesta y regocijo en su Alma Mater, la Universidad de Chile, al otorgársele el rango máximo de Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación. El Decano, el historiador don Guillermo Feliú Cruz, Director General de Bibliotecas y Museos, al finalizar el elogio de su larga y fecunda carrera, lo señaló a la juventud como el espejo en que debía mirarse. “Yo he querido contar, escribía, la historia de la formación intelectual y pedagógica del Dr. Oroz por que me parece en estos tiempos un ejemplo”.

Y vinieron luego las múltiples distinciones de las sociedades e institutos internacionales, que culminan en 1955 con ese volumen de *Homenaje*

a *Rodolfo Oroz* que le ofrecen los más dilectos investigadores de América y de Europa.

Llega ahora a acompañarnos en nuestras tareas silenciosas. Está en plena madurez intelectual y entra, en la cronología órfica de Pitágoras, “a la gran juventud”, a ese otoño de nobles tonalidades en que resplandece la majestad interior de su personalidad. Su rostro, mejor dicho su sonrisa, revela no sólo al gran humanista, sino al artista que sabe fijar en breve trazo la naturaleza ambiente. En el proceso que ha descrito con profundidad Eduardo Spranger, luminaria en el cielo académico de Leipzig en sus años de aprendizaje, ha adquirido ese algo imponderable que llamamos experiencia. “Es menester ser ya algo para comprender la vida ajena. Uno llega a ser tanto más, cuando más se crece en horizontes históricos. La sustancia del propio ser se transforma al ponerse en contacto con materiales siempre nuevos”.

Dentro de la gama de la ciencia filológica, la obra del Dr. Rodolfo Oroz es abundante y variada. El Prof. Ambrosio Rabanales, al trazar su semblanza, contabilizó 90 títulos el año 1958. Una de sus alumnas, Sra. Lidia Contreras, ha recogido la “Bibliografía analítico-crítica” de ellas.

Primeramente se señala la obra didáctica en la disciplina de su especialidad: didáctica en latín. A su empeño se deben textos que han hecho posible la recta enseñanza de una lengua muerta en la formación integral del profesor de idiomas. Son libros que han alcanzado no sólo sucesivas ediciones entre nosotros, sino que han sido adaptados en otros países. “No es una más, escribe la distinguida investigadora argentina María Rosa Lida, es un esfuerzo por superar el nivel de esta clase de libros, poniendo la enseñanza del latín en armonía con los avances de la filología clásica”.

Estos textos son el resultado de una serie graduada de profundos estudios que ciñen el tema con la seguridad de un sabio.

La lengua española en su aculturación al medio ambiente social y psicológico de Chile ha sido otra de sus grandes preocupaciones, aportando al reconocimiento del idioma chileno una metodología erudita que permite conclusiones científicas de valor. Todos estos ensayos, consignados en las páginas del *Boletín de Filología*, que dirige con apostólica dedicación; en los *Anales de la Universidad de Chile*, en cuyos números va comentando la producción contemporánea; en *Atenea*, órgano de la Universidad de Concepción, y en las revistas, anuarios, cuadernos, periódicos y boletines de los centros científicos internacionales dedicados al cultivo metódico de la ciencia filológica, definen al pensador que sin apresuramiento, con la calma del verdadero humanista, la paciencia del benedictino, se entrega al complicado ejercicio espiritual en que lo pequeño imponderable ayuda a construir la doctrina general, la idea rectora, vehículo del progreso científico.

Ajenas las más de ellas a nuestras propias preocupaciones, y sobre las cuales únicamente podemos transcribir el juicio que espíritus equivalentes

al del Dr. Oroz han emitido, destacaremos más bien aquellas obras en mayor consonancia con las labores de la Academia Chilena de la Historia a la que el eminente profesor por propio derecho ingresa.

La primera aportación fundamental del Dr. Oroz a la historiografía chilena es la edición crítica de *El Vasauro*, el poema hasta entonces inédito del primero de nuestros poetas coloniales, el angolino Pedro de Oña. No se trataba de una mera edición de un difícil manuscrito, a la excelencia paleográfica que preservó la integridad de este texto señero se agrega la sensibilidad poética que le permitió trazar el perfil de la personalidad de Pedro de Oña, ahogado hasta entonces por la repetición de lugares comunes preceptivos.

El poeta “barroco y gongorista” ha continuado siendo una de las preocupaciones estético-filológicas del Dr. Oroz y la monumental obra de 1941 se ha ido complementando con las dedicadas a las reminiscencias virgilianas de Pedro de Oña y a su posición “en el movimiento literario de ese tiempo”. Su conclusión es que “nuestro vate angolino es, desde luego, un típico representante de la poesía épica de su tiempo. Su obra entera se caracteriza por un marcado estilo barroco; pero a partir de *El Ignacio de Cantabria* se intensifica gradualmente el influjo gongorino, que llega a la culminación en su última obra, *El Vasauro*. Este juicio es el resultado de un detenido examen crítico de la lengua poética de Pedro de Oña, ofrecido en las “Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas”, que tuvieron lugar en la histórica Universidad de Salamanca, en 1956.

No queremos terminar este deshilvanado elogio sin hacer alusión al menos a otro de sus trabajos fundamentales que dicen relación con nuestro desarrollo histórico: *La Lengua de Pedro de Valdivia*. Todo el talento heurístico del Dr. Oroz parece concentrarse en ese meduloso aporte al conocimiento del español escrito en Chile, en el alba de nuestra nacionalidad. A través del prolijo expertizaje de las *Cartas* de don Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, reconstituye el estilo oficial, cancilleresco de ese tiempo, a la par que pone de relieve “los rasgos fundamentales de la prosa común e incluso de la literaria de esa época”.

Después del examen de este protocolo lingüístico en sus particularidades ortográficas, fonéticas y gramaticales llega a la conclusión de que “las cartas de Pedro de Valdivia ofrecen todas las características de la lengua castellana escrita de la primera mitad del siglo XVI, impregnada todavía de rasgos de la centuria anterior y del castellano arcaico”, sin indicio “del dialecto de su tierra natal, o sea, del extremeño”.

En el estudio del vocabulario, militar, jurídico, agropecuario y náutico es igualmente prolijo, examinando además las voces de origen americano que se habían incorporado a la prosodia de Valdivia. Sabrosísimas son estas referencias a las voces indígenas.

En cuanto al estilo, corrobora a base del ceñido estudio, “las cualidades artísticas de la prosa valdiviana”. “En efecto, escribe, el conquistador dispone de algunos recursos retóricos, de procedimientos sugestivos: sabe cautivar al lector con cierta nota emocional que vibra en sus palabras, sobre todo, cuando trata asuntos de dramático interés, donde incluso llega a utilizar al estilo directo como medio para sustituir el relato; atrae con la plasticidad de sus imágenes y con el modo natural y espontáneo de decir las cosas”.

A estos someros comentarios que glosan la compacta superficie de los profundos estudios filológicos e históricos del Dr. Oroz, agreguemos la inmediata sensación que tuvimos al escuchar su magistral disertación sobre “la evangelización de Chile, sus problemas lingüísticos y la política idiomática de la Corona durante el siglo XVI”, y se nos impondrá el juicio de valor de su obra con la estricta verdad de lo objetivo.

¡Qué limpia es su ejecutoria intelectual, santo y seña que le ha abierto las puertas de las más herméticas instituciones: Modern Language Association of America; American Association of Teachers of Spanish and Portuguese; Academia Cubana de la Lengua; Academia Cubana de Artes y Letras; Academia Nacional de Letras del Uruguay; Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay!

La fama de su sabiduría lo ha hecho concurrir cuatro veces a la Universidad de Buenos Aires y de La Plata para integrar jurados internacionales en la Facultad de Filosofía y Letras. Y ahora, al terminar esta sesión, el eminente catedrático viene a sentarse en el sitial de honor que le ofrece la Academia Chilena de la Historia, por la trascendente obra que hemos querido justipreciar en estas sinceras palabras de cordial bienvenida.

He dicho.



# ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS



# LA EXPERIMENTACIÓN ANIMAL EN EL CONOCIMIENTO DEL ALCOHOLISMO

DR. JORGE MARDONES RESTAT<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias,  
pronunciado el 5 de mayo de 1966*

Las primeras palabras serán para expresar mi más profundo reconocimiento a los distinguidos miembros de la Academia de Ciencias, quienes, juzgando mis capacidades con benevolencia de amigos, resolvieron invitarme al seno de la institución. Este gesto amable suyo, señores académicos, me ha impresionado hondamente, porque ya no se trata de aceptar el ingreso a una institución científica cuyas puertas se golpean para buscar el contacto necesario con otros investigadores, sino que la incorporación a una Academia de la más alta jerarquía, a la cual sólo se ingresa mediante una invitación.

Fue necesario que en nuestro país llegara al Ministerio de Educación un hombre de arraigada mentalidad universitaria y con claro sentido de la vida académica, para que llevara a feliz término la iniciativa de instituir en Chile, lo que es tradicional en países de rancia cultura.

El profesor Alejandro Garretón Silva, al promover la creación del Instituto de Chile con sus diversas Academias, quiso establecer sitios donde pudieran encontrarse los hombres que cultivan las más altas expresiones de la vida intelectual, sean ellas de carácter filosófico, artístico o científico.

Los hombres de ciencia, que vivimos diariamente la prueba de la hipótesis elaborada en nuestra imaginación con la cruda realidad, que raras veces la confirma, tenemos tan clara conciencia de nuestra limitación y de cuán poco sabemos en relación a lo que quisiéramos saber, que no cabe en nuestras mentes sentirnos con méritos como para asumir una posición que tiene el carácter de cierta excelsitud.

Pero en mi caso personal hay más aún. Sé muy bien que las posiciones que he alcanzado dentro de la Universidad –Alma mater de la cual no me he alejado un instante a partir del momento en que crucé por primera vez las columnas clásicas del pórtico de la Escuela de Medicina– no son

<sup>1</sup> JORGE MARDONES RESTAT (1908-1998). Médico cirujano. Universidad de Chile Académico de la cátedra de farmacología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Miembro de número de la Academia Chilena de Ciencias, la cual presidió entre 1976 y 1980. En 1977 se le otorgó el Premio Nacional de Ciencias.

el resultado de un esfuerzo, que envolvería algún mérito, sino que el de haber mantenido siempre una posición de querer aprender, es decir, de saber recibir de lo demás lo que ellos tienen de mejor, y no haber puesto resistencia a la incorporación en mi mente de los conocimientos, los métodos, la forma de plantear los problemas, el criterio, en una palabra, de otros cuya superioridad he reconocido.

Sin duda, mi primer maestro fue mi padre. Si bien él no fue un investigador científico en el sentido que hoy día damos a esta palabra, poseía el modo de pensar más puramente científico que he conocido: objetivo para juzgar, preciso para expresarse, claro y nítido en el planteo y la presentación de los problemas, hábil para el manejo, con singular maestría, de lo abstracto y lo concreto, trabajador infatigable a quien nunca le conocí un instante de ocio. Él nos enseñó con su ejemplo y su palabra. De él aprendí el método deductivo, encarnado en los símbolos de las matemáticas, como una cosa sencilla, simple y clara. A él debo no tener miedo a las matemáticas. Y esto quiero subrayarlo, porque en nuestro país son muchos los profesores que consiguen crear en los niños un santo temor por los números y las fórmulas, temor que los acompaña hasta adultos y les representa un pesado fardo para el trabajo científico. Si estoy desprovisto de este santo temor, no es mérito mío sino de él.

Pero el solo pensamiento deductivo no me habría permitido adentrarme en la investigación biológica. La experimentación en este campo exige conocer las reglas del pensamiento inductivo; partir de los hechos particulares para deducir leyes generales, que en el campo biológico tienen una validez mucho más restringida que en el físico. Fue necesario que encontrara en la Escuela de Medicina un talento diferente del de mi padre; pero como el de él, poderoso, fuerte, claro. Ya en las primeras clases –ocupé una banca en sus primeras lecciones de Química Fisiológica– el talento de Eduardo Cruz-Coke subyugó a sus alumnos. Fui después su ayudante, y su discípulo siempre. Con su ejemplo y su palabra nos enseñó el camino para penetrar en la selva virgen de los conocimientos bioquímicos. Así como el ejemplo de mi padre me hizo perder el miedo a las matemáticas, el de Cruz-Coke me liberó del miedo a investigar los problemas con nuestros propios medios. Tan poderosa es su personalidad, que en este sentido logró contrarrestar la posición derrotista con respecto a las posibilidades de investigación científica en el país, que predominaba sin contrapeso en las cátedras de la Escuela de Medicina en la segunda década de este siglo. No necesito decir nada en su elogio. Quien recorra con su vista la distinguida concurrencia de esta sala –que me honra acompañándome esta noche– encontrará la multitud de sus hijos, nietos y biznietos científicos. Por sus obras los conoceréis, dice el Evangelio, y para un universitario no hay otra obra superior a un discípulo, a lo que constituye su escuela.

Quisiera sólo decir que recuerdo como si fuera hoy el momento en que, en el curso de una conversación alrededor de un problema científico, Cruz-Coke me enseñó con una imagen sencilla la manera de introducir la variable “tiempo” en el análisis de un proceso biológico.

Los que hemos convivido en el laboratorio con Eduardo Cruz-Coke, sabemos muy bien que posee un pensamiento científico que traspasa las barreras comunes, lo que da a sus afirmaciones un sentido que para el lego podría aparecer profético. No resisto a dar un ejemplo; uno de mis colaboradores, el Dr. Alejandro Illanes, encontró recientemente una sinergia de carácter muy particular entre angiotensina y tiramina. Persiguiendo la literatura sobre el asunto se encontró con que diversos investigadores citaban como pionero un trabajo de Cruz-Coke, publicado en *Science*, en 1946, en el cual sostenía que el efecto de la angiotensina requería la presencia en la tirosina con su oxihidrilo fenólico libre. Veinte años después, este hallazgo suyo ayudaba a explicar una extraña sinergia.

Pero al lado de estos dos maestros de siempre, debo a muchos otros el haber contribuido a formar mi mente, a enseñarme modos de pensar, de juzgar, de actuar. No puedo dejar de mencionar a mis profesores de la Sociedad del Verbo Divino en el Liceo Alemán. Casi todos han dejado ya este mundo, pero de ellos han quedado la multitud de discípulos que, como yo, perpetúan en sí mismos la creación de los maestros que plasmaron su carácter. Es difícil decir lo que debo a cada uno de ellos, pero sé bien que en conjunto es mucho y de gran importancia. Tampoco podría decir nada preciso de lo que debo a cada uno de mis maestros de la Escuela de Medicina; pero tengo clara conciencia de que mi mente biológica y médica no es sino el trasunto de sus enseñanzas. Quiero sí señalar lo que aprendí, cuando fui secretario de la Facultad, de su Decano, Armando Larraguibel. En el trabajo diario, en que se consideran multitud de problemas diversos, en que se requiere el juicio inmediato, se discuten los determinantes de una resolución, se analizan asuntos nuevos, aprendí de él mucho de lo que sé del espíritu universitario, que él ha encarnado como pocos.

Por último, he aprendido mucho –aunque no sea posible evaluarlo– de cada uno de los integrantes de la escuela de Cruz-Coke; de los colegas de las facultades a que pertenezco; de los discípulos, muchos de ellos ya maestros, que me acompañan en las cátedras e Institutos, y –aunque a algunos les parezca extraño– de los alumnos de los 29 cursos que dicté en el Instituto de Educación Física, los 30 que he tenido en la Facultad de Medicina, y los 24 de la Escuela de Química y Farmacia.

Como podéis apreciar, señores académicos, lo que vosotros habéis considerado tal vez como méritos míos, no son tales, sino la mera traducción de lo que en mí pudieron imprimir maestros tan excelsos como aquellos a quienes me he referido, con la brevedad a que el tiempo me obliga.

Desde que me incorporé como ayudante de Cruz-Coke a la Cátedra de Química Fisiológica y Patológica de la Escuela de Medicina, he estado siempre en aquel terreno donde se investiga en animales lo que interesa conocer del hombre.

Permitidme, pues, señoras y señores, que en esta tarde discuta ante vosotros el problema de la validez y de las limitaciones de la investigación animal en el conocimiento de asuntos humanos, y que utilice como esqueleto de esta discusión el curso de una investigación que hemos seguido desde hace más de 20 años, mis colaboradores y yo, acerca de los factores que determinan la apetencia de alcohol.

Esta investigación nació en el Instituto de Educación Física, en la Cátedra de Bioquímica y Nutrición, que fui invitado a ocupar recién dejadas las aulas de la Escuela de Medicina, por su entonces Director transitorio, el profesor Luis Vargas Salcedo, y en un laboratorio dotado con modestia, pero con suficiencia, merced a la comprensión de su Director Joaquín Cabezas. No resisto a intercalar unas palabras en homenaje a su memoria. Su creación imperecedera, el Instituto de Educación Física y Técnica, lo ha inmortalizado. Pero yo quisiera destacar su decisión de impulsar el desarrollo de la investigación científica en su Instituto, en un momento en que estaba lejos de ser la norma en nuestra Facultad de Filosofía y Educación.

La investigación a que me refiero ha continuado en el Instituto de Investigaciones sobre Alcoholismo, creado en 1949, como organismo dependiente de la Rectoría de la Universidad, por Juvenal Hernández, quien mostraba al hacerlo una clara comprensión de la necesidad de estudiar con criterio científico un problema de tanta importancia en nuestro país. Quiero, en este momento, rendir también a él el homenaje de mi reconocimiento.

Deseo asimismo agradecer el apoyo permanente con que he contado para estos trabajos de los dos Rectores que lo han sucedido, mis amigos Juan Gómez Millas y Eugenio González, y del actual Director del Instituto de Educación Física, Luis Bisquertt.

Si hubiera elegido otra línea de investigación para discutir esta tarde el problema que nos ocupa, tendría que agregar mi profundo reconocimiento a los Decanos de las Facultades de Medicina y de Química y Farmacia, así como a los directores de las Escuelas respectivas, pues su apoyo permanente ha permitido salvar muchos obstáculos propios del estado de desarrollo de nuestra investigación científica.

Si consideramos a la ciencia como el conocimiento racional del mundo, con el objeto de reconocer las leyes que rigen los fenómenos naturales, y secundariamente utilizarlos para provecho del hombre, nos explicaremos la enorme vastedad de los objetos de su estudio, que van desde los procesos que ocurren en el interior del átomo hasta las nebulosas

extragalácticas, desde las ecuaciones matemáticas de la termodinámica hasta la migración de las aves, desde los virus hasta los monstruos antediluvianos, desde el crecimiento de las levaduras hasta los mecanismos del pensamiento. El hombre en sí constituye un objeto predilecto del estudio científico. Sin duda, la fisiología y la química fisiológica nacieron y se han desarrollado para conocer los mecanismos de las funciones humanas, y por mucho que parezcan alejados del hombre los objetivos de una determinada rama de la ciencia, los resultados de su investigación tienen, de algún modo, directa aplicación para el conocimiento del hombre.

La ciencia no estudia sólo mediante la observación minuciosa y sistemática de los fenómenos naturales tal como se presentan, sino que, en el deseo de reconocer relaciones de causa a efecto, requiere poner o retirar agentes que considera causas posibles de un fenómeno, es decir, necesita experimentar. Este proceso implica con frecuencia dañar, en mayor o menor grado, al sujeto de la experimentación. Y ocasionar daños a un ser humano está vedado. De modo que el investigador se ve obligado a buscar, entre los animales y aun vegetales, “modelos” en los cuales el fenómeno que se estudia ocurre en forma semejante a como sucede en el hombre. Pero es evidente que los resultados de la experimentación en estos “modelos” sólo podrían ser considerados válidos para este objeto, en cuanto reproducen fielmente el fenómeno que ocurre en el hombre. Cabe preguntarse si esta posibilidad existe. La respuesta es que mientras más limitado es el fenómeno que se estudia, mayores posibilidades hay de encontrar un “modelo” no humano de lo que sucede en el hombre.

El conocimiento de gran parte de las características del metabolismo del hombre ¿no nació de los estudios acerca de las etapas de la fermentación alcohólica?, es decir, ¿de un modelo tan alejado del hombre como es la levadura? Y ¿no han sido también hongos los que han enseñado mecanismos de la herencia que son válidos en el hombre?

Si pueden encontrarse “modelos” en seres biológicamente tan alejados del hombre, como son las levaduras, se comprende que es posible conseguir muchos de ellos en los animales, más fácil entre los mamíferos y más aún entre los primates.

Si bien no siempre es posible reproducir en animales de experimentación estados que sean del todo idénticos a los que ocurren en el hombre, ya sea en su vida normal, ya sea a consecuencia de enfermedades, no es difícil reproducir en animales estados que en un determinado componente son, si no idénticos, al menos suficientemente equivalentes a los que se producen en el hombre.

Bástenos recordar que una enfermedad antes incurable, la anemia perniciosa, es hoy día benigna merced a resultados de estudios en perros acerca de una forma de anemia del todo diversa a la enfermedad del

hombre, para saber que es suficiente la equivalencia de un solo componente de un fenómeno que ocurre en el animal con el que sucede en el hombre, para conocer mediante el primero características del último.

Esto no quiere decir que sólo sea “científico” el estudio experimental en animales de laboratorio. La observación de los fenómenos que ocurren en el hombre, el análisis de los denominados “experimentos de la naturaleza” que resultan de procesos patológicos, e incluso la experimentación inocua en seres humanos, son caminos científicos para conocer diversos aspectos del hombre.

Los conocimientos actuales acerca del alcoholismo muestran que en este proceso pueden reconocerse claramente diversos componentes. En primer lugar, la mera apetencia del alcohol. En segundo, lo que se denomina dependencia psíquica, es decir, la búsqueda compulsiva de la euforia producida por el efecto de la droga. En tercero, lo que se denomina dependencia física del alcohol, es decir, la necesidad de ingerir alcohol para contrarrestar los síntomas que produce la falta de esta droga en quien ha llegado a habituarse a consumirla. Por último, las consecuencias, tanto de carácter médico como económico-social del uso excesivo de bebidas alcohólicas.

Las cosas no eran tan claras en 1942, cuando iniciamos nuestro estudio. Pero ahora podemos decir definitivamente que nuestros estudios encaran sólo el problema de la apetencia de alcohol y no atañen a ninguno de los otros aspectos señalados.

Pero es indudable que en el origen de cada caso de alcoholismo existe una apetencia anormal de alcohol; de tal modo que el conocimiento de los factores que determinan esta apetencia aparece como de importancia primordial.

En general, en los trabajos científicos, en homenaje a la brevedad y a la objetividad, se omite mencionar las circunstancias que movieron a un investigador a preocuparse de un determinado problema. Una circunstancia como la de esta tarde permite, en cambio, referirse a ellos.

Desde luego, no es extraño que, teniendo en 1942 mi mente ocupada con la Bioquímica, la Nutrición y la Farmacología, disciplinas muy conexas, me interesara especialmente el alcohol, que plantea problemas de carácter bioquímico y que constituye un nutrimento muy particular y una droga de uso tan difundido. Pero fueron dos circunstancias coincidentes las que me movieron a estudiar este asunto. En primer lugar, un amigo de la infancia que sufría de un alcoholismo serio me consultó profesionalmente. Me llamó la atención encontrarlo en un estado de los que se denominan de “miseria fisiológica”, con signos claros de carencia múltiple de vitaminas del complejo B. Le administré dosis grandes de estas vitaminas junto con extracto hepático y me llamó la atención que,

junto con mejorar rápidamente de sus signos de carencia, mostró desinterés por el alcohol y se mantuvo en abstinencia durante un largo período. Debo confesar que en esa época yo no sabía que en ciertas formas de alcoholismo los períodos de abstinencia constituyen un episodio normal. Tal vez si lo hubiera sabido, el caso habría dejado de ser tan sugerente para mí.

Por otra parte, en aquellos años, Richter y colaboradores habían publicado una serie de trabajos que mostraban que la rata elegía por instinto la dieta más apropiada para sus necesidades cuando se le ofrecía una variedad de alimentos con libertad para elegirlos. Más aún, habían mostrado que ratas en las cuales se habían producido experimentalmente trastornos patológicos que variaban las necesidades de nutrimentos—como por ejemplo, la extirpación de las cápsulas suprarrenales o del páncreas— cambiaban por instinto su dieta a la más apropiada para el nuevo estado. Estos mismos autores habían mostrado que la rata reconoce el alcohol en el agua de bebida en concentraciones superiores al 1,8 por ciento, que prefiere las soluciones de alcohol entre 1,8 y 5 por ciento al agua de bebida y que, al contrario, prefiere el agua al alcohol en soluciones más concentradas que el 5%.

No me cabe duda que estas dos circunstancias fueron las que me movieron a iniciar experimentos destinados a ver si la carencia de tiamina producía en la rata un aumento del consumo de alcohol en condiciones de libre elección. La hipótesis de trabajo partía de la base que, en carencia de tiamina, el metabolismo de la glucosa se retarda en una etapa por la cual no pasa el alcohol cuando se quema en el organismo, y suponía que en esta circunstancia era de esperar que el consumo de alcohol aumentara. Veremos en un momento más que esta hipótesis—como sucede con mucha frecuencia— no fue confirmada; pero los hechos observados en el curso de la experimentación han contribuido a dar cierta claridad en el problema de los determinantes de la apetencia de alcohol.

Perdonadme que ahora cambie mi forma de expresión y utilice las ayudas visuales que permiten exponer un asunto con mayor claridad y en menor tiempo. Mostraré a continuación algunas diapositivas, que iré explicando para relatar la sucesión de procesos experimentales seguidos en este estudio, los resultados conseguidos y las nuevas incógnitas que se plantean.

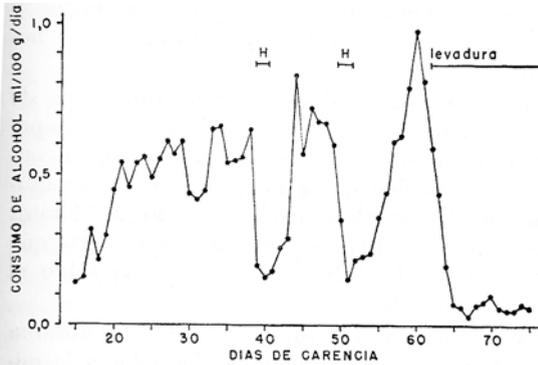


Fig. 1.— Evolución del consumo de alcohol de un grupo de seis ratas que recibieron dieta carente en tiamina, en que las fuentes de vitaminas del complejo B era levadura calentada al autoclave a pH 9,0 durante 90 minutos a 125°C, 10 g por dieta. En H, suplemento de 2 g de hígado seco por rata y día. En levadura reemplazo de la levadura tratada por levadura no tratada.

La Fig. 1 representa el resultado de uno de los experimentos realizados con Ernesto Onfray, Natividad Segovia y Paulino Díaz en el Laboratorio de Nutrición del Instituto de Educación Física de la Universidad de Chile. En ella puede apreciarse que cuando las ratas son alimentadas con una dieta que contiene levadura de cerveza calentada al autoclave, como única fuente de vitaminas del complejo B, el consumo voluntario de alcohol aumenta paulatinamente hasta estabilizarse en un nivel elevado. Cuando en estas circunstancias se administra un suplemento al polvo de hígado de vacuno durante 3 días, el consumo desciende mientras se da el suplemento, para ascender nuevamente; en cambio, cuando la dieta se reemplaza por una que sólo se diferencia en que la levadura que contiene no ha sido calentada, el consumo desciende en forma permanente.

En la Fig. 2 está representado el resumen de un conjunto de experimentos realizados en el mismo laboratorio con Natividad Segovia y Arturo Hederra con el objeto de observar si el efecto del suplemento de hígado podría obtenerse también con una mezcla de las vitaminas entonces conocidas del complejo B. En el período marcado con "vitaminas B" las ratas recibieron un complemento de tiamina, piridoxina, niacina, pantotenato de calcio, inositol, ácido paraminobenzoico, cloruro de colina y un concentrado de biotina. Como puede apreciarse, este suplemento no produjo disminución del consumo de alcohol, mientras que el suplemento de 1 g diario de hígado de vacuno redujo el consumo al nivel de los testigos que recibían dieta con levadura no calentada.

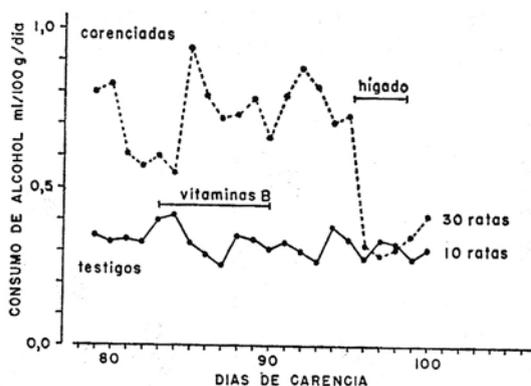


Fig. 2.— Evolución del consumo de alcohol de ratas sometidas a dieta carente de tiamina, en que la fuente de vitaminas del complejo B era levadura calentada al autoclave a pH 9,0 durante 90 minutos a 125°C. En vitaminas B, administración de las siguientes vitaminas, en microgramos por rata y día. Clorhidrato de tiamina, 120; riboflavina, 100; piridoxina, 120; niacina, 600; pantotenato de calcio, 600; inositol, 600; ácido paraminobenzoico, 500; cloruro de colina, 500 y concentrado de biotina, 500 mg. En hígado, se administró un gramo de polvo de hígado desecado por rata y día. Los puntos representan la media aritmética.

Estos experimentos que publicamos en EE.UU., en los *Archives of Biochemistry*, nos movieron a postular que en el hígado y en la levadura existe un factor, que denominamos N (era la letra libre en este momento) diferente de las vitaminas del complejo B, cuya carencia producía un aumento del consumo de alcohol.

Posteriormente, un grupo de investigadores dirigidos por el Prof. Roger J. Williams, de Austin, Texas, confirmaron nuestros resultados y demostraron que si se sometían ratas a dietas carentes de una sola vitamina del complejo B, la ausencia de tiamina, riboflavina, piridoxina o pantotenato de calcio, produce aumento del consumo voluntario de alcohol, el que vuelve al nivel normal cuando se restablece la vitamina deficiente.

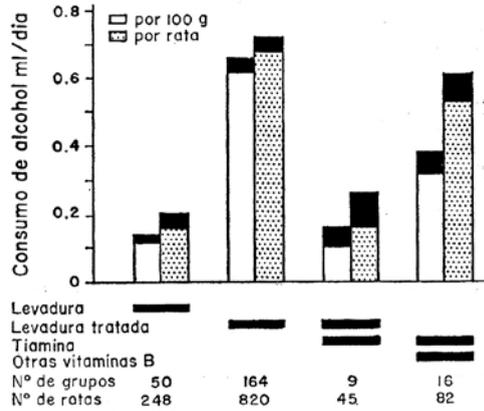


Fig. 3.— Influencia de suplementos vitamínicos sobre el consumo voluntario de alcohol en ratas. Levadura: de cerveza comercial seca 10 g por 100 g de dieta; levadura tratada: la misma calentada a pH 9, durante 90 minutos a 125°C 10 g x 100 g de dieta, Tiamina: suplemento diario de 4 µg por 100 g de peso corporal y día; otras vitaminas B: suplemento diario de tiamina, 4 µg; riboflavina 25 µg, pantotemato de calcio, 10 µg, piridoxina, 10 µg, niacina, 0,5 mg; cloruro de colina, 1,0 mg. La zona negra corresponde a la media aritmética ± un error típico.

Los resultados resumidos en la Fig. 3 muestran en forma indiscutible que nuestro Factor N estaba en realidad constituido por tiamina y un factor termoestable que denominamos N<sub>1</sub>, pues cuando desde un principio se administra levadura calentada al autoclave junto con tiamina (representados por la tercera pareja de columnas) el consumo de alcohol no difiere significativamente de las que recibieron levadura no tratada (representada por las primeras parejas de columnas). (En esta figura las zonas negras representan la media aritmética de los resultados individuales ± su error típico). En cambio, el consumo de alcohol se eleva tanto cuando la dieta contiene sólo levadura calentada como cuando contiene tiamina más los elementos conocidos del complejo B. Estos resultados, considerados en conjunto con los que se vieron en la Fig. 2, muestran que el contenido de Factor N<sub>1</sub> en la levadura tratada es suficiente para impedir la carencia cuando se administra al mismo tiempo que tiamina: pero insuficientes para curar la carencia ya producida mediante el nuevo suplemento de tiamina.

Hasta ahora no hemos conseguido aislar en forma pura el Factor N<sub>1</sub>. En parte, porque no es improbable que se trate de un conjunto de elementos diversos y, en parte, porque existen ratas insensibles a su deficiencia, como veremos más adelante.

En trabajos posteriores, realizados con Natividad Segovia, F. Alcaíno y A. Hederra, observamos que el ácido tióctico (denominado también ácido

lipoico) produce un cierto descenso del consumo de alcohol en ratas en deficiencia de Factor  $N_1$ ; descenso que sólo llega al nivel máximo cuando se agrega hígado seco. Un efecto semejante al del ácido tióctico produce la glutamina, como fue demostrado por Roger y colaboradores en EE.UU. y confirmado por nosotros.

Experimentos realizados por nuestro grupo de investigadores mostraron además que la composición orgánica de la dieta no influye en el consumo de alcohol en la rata, puesto que modificaciones tan amplias en el contenido de hidratos de carbono, proteínas y grasas, como en las que aparecen en la Tabla I, no influyeron sobre el consumo de alcohol.

Westerfeld y Lawrow, en EE.UU., mostraron que si se restringe la dieta de las ratas a la mitad de la que consumen habitualmente, la ingestión voluntaria de alcohol aumenta significativamente, pero sólo compensa el 40% del aporte energético que ha sido suprimido.

Conviene señalar, por otra parte, que el consumo de alcohol observado en las ratas no es el resultado de un deseo imperioso, como el que se observa en los alcohólicos. En efecto, Lester y Greenberg demostraron que si se ofrece una tercera elección de soluciones de azúcar, además de agua y solución de alcohol, el consumo de alcohol desciende paralelamente al aumento de la ingestión de solución de azúcar. La Tabla II muestra los cambios en el consumo de alcohol cuando se ofrece solución de azúcar en forma de tercera elección.

TABLA I: CAMBIOS EN LA COMPOSICIÓN ORGÁNICA DE LA DIETA QUE NO MODIFICAN EL CONSUMO DE ALCOHOL EN RATAS<sup>2</sup>

<i>Tipo de dieta</i>	<i>%</i>
Rica en hidratos de carbono	81
Pobre en hidratos de carbono	29
Rica en proteínas	29
Pobre en proteínas	9
Rica en grasa	28
Pobre en grasa	6

Tampoco el consumo voluntario de alcohol observado en las ratas corresponde al deseo anormal que se produce como consecuencia de períodos de ingestión excesiva.

<sup>2</sup> MARDONES J, SEGOVIA-RIQUELME N, HEDERRA A. y ALCAÍNO F. *Quart. J. Stud. Ale* 1955; 16: 425.

En experimentos realizados con Rafael Prieto en ratas, mostramos que el consumo voluntario de alcohol no aumenta después de períodos de ingestión forzada de soluciones de alcohol de diversa concentración.

Por último, conviene señalar que las ratas que beben voluntariamente soluciones de alcohol no presentan signos de intoxicación por esta sustancia, lo que hace pensar en que beben en forma moderada durante todo el día.

Fuera de estos factores de carácter nutricional que influyen en el consumo de alcohol, en 1948 nos percatamos de que existían fluctuaciones individuales que reconocían probablemente origen genético. Casi simultáneamente con nosotros observaron lo mismo R. J. Williams y sus colaboradores en el curso de los experimentos en que confirmaron nuestros resultados, lo que llevó a esos investigadores a formular la hipótesis del origen genotrófico del alcoholismo.

Al percatarnos de estas fluctuaciones individuales, iniciamos inmediatamente una selección artificial en nuestras ratas, mediante uniones de consanguinidad estrecha (*inbreeding*) entre ratas que exhibieron consumos equivalentes de alcohol. Ya en la primera generación observamos una distribución concordante con la idea de un origen genético, lo que confirmamos sin lugar a dudas en las primeras 7 generaciones. En la Fig. 4 se resumen los resultados de la distribución según el consumo voluntario de alcohol de la colonia original (líneas de trazos) y de los hijos cuyos padres consumían alcohol en cantidades inferiores a 0,20 ml por 100 g de peso y día (1 x 1) y los padres cuyo consumo era superior a 0,40 ml/100 g/día (3→ x 3→). La diferencia entre estas dos últimas distribuciones es altamente significativa.

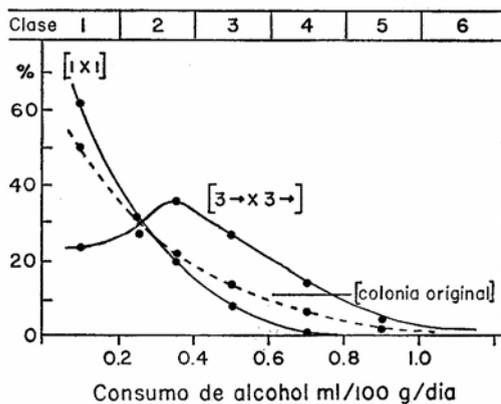
TABLA II: INFLUENCIA DE UNA TERCERA ELECCIÓN DE AZÚCARES Y GRASAS SOBRE EL CONSUMO DE ALCOHOL EN RATAS.

Tercera elección	N	Efecto	Referencias
Sacarosa 11,4%	10	Desciende	(1)
Sacarosa 10,0%	10	Desciende	(2)
Sacarosa 30,0%	9	Desciende	(2)
Sacarosa 70,0%	10	Desciende	(2)
Sacarosa sólida	38	No cambia	(2)
Glucosa 10,0%	10	Desciende	(2)
Glucosa 30,0%	9	Desciende	(2)
Emulsión grasa	10	Desciende	(1)

(1) Lester D. y Greenberg L. *Quart. J. Stud. Aic.* 1952; 13:553.

(2) Mardones J, Segovia-Riquelme N, Hederra A. y Alcaíno F. *Quart. J. Stud. Ale.* 1955; 16: 425.

Las Figs. 5 y 6 muestran el pedigree de los linajes “no bebedor” (A) y “bebedor” (B) hasta el momento. Como puede apreciarse, ninguno de los dos linajes ha llegado a constituir una línea pura, pues se observan individuos “bebedores” en el linaje “no bebedor” y viceversa. Esto podría explicarse aceptando que el carácter “bebedor” y “no bebedor” puede estar condicionado por más de un locus genético. Hemos supuesto que se trata de dos loci y que son “no bebedores” los que tienen al menos un gen dominante en cada uno, que son “bebedores” los homocigotos recesivos en uno de los loci, y que el homocigoto recesivo en ambos es letal, o sea, que los fenotipos “no bebedores” serían AABB, AaBB, AABb y AaBb, los “bebedores” serían AAbb, Aabb, aaBB y aaBb, y letal el aabb. Si suponemos además que la prevalencia de ambos genes en cada linaje es la que resulta del azar, partiendo de la base que ambos linajes provienen de una misma pareja, y se compara con la distribución observada, se obtienen los datos que aparecen en la Tabla III. Estos resultados muestran que esta hipótesis es compatible con los hechos observados. Por consiguiente, podemos pensar que hay diversos genotipos que corresponden a los mismos fenotipos “bebedor” y “no bebedor”.



**Fig. 4.—** Distribución de la población de ratas según el consumo de alcohol. Colonia original (línea de trazos); de 1.614 hijos de “no bebedoras” (1 x 1) y de 1.014 hijos de “bebedoras” (3 o más x 3 o más).

El estado actual de los conocimientos, la existencia de diferencias de carácter genético debe inducir a buscar diferencias de carácter metabólico. Iniciamos estudios a este respecto en 1955, en colaboración con el Departamento de Nutrición de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Harvard y con la ayuda del Fondo Watterman-Williams de la Research

Corporation de Nueva York, y se han continuado en el país en trabajos realizados por un equipo constituido por Natividad Segovia, Arturo Hederra, Wanda Solodkowska, Rosa Alvarado, Iris Campos, Iris Figuerola, Gabriela González y Nora Jara.

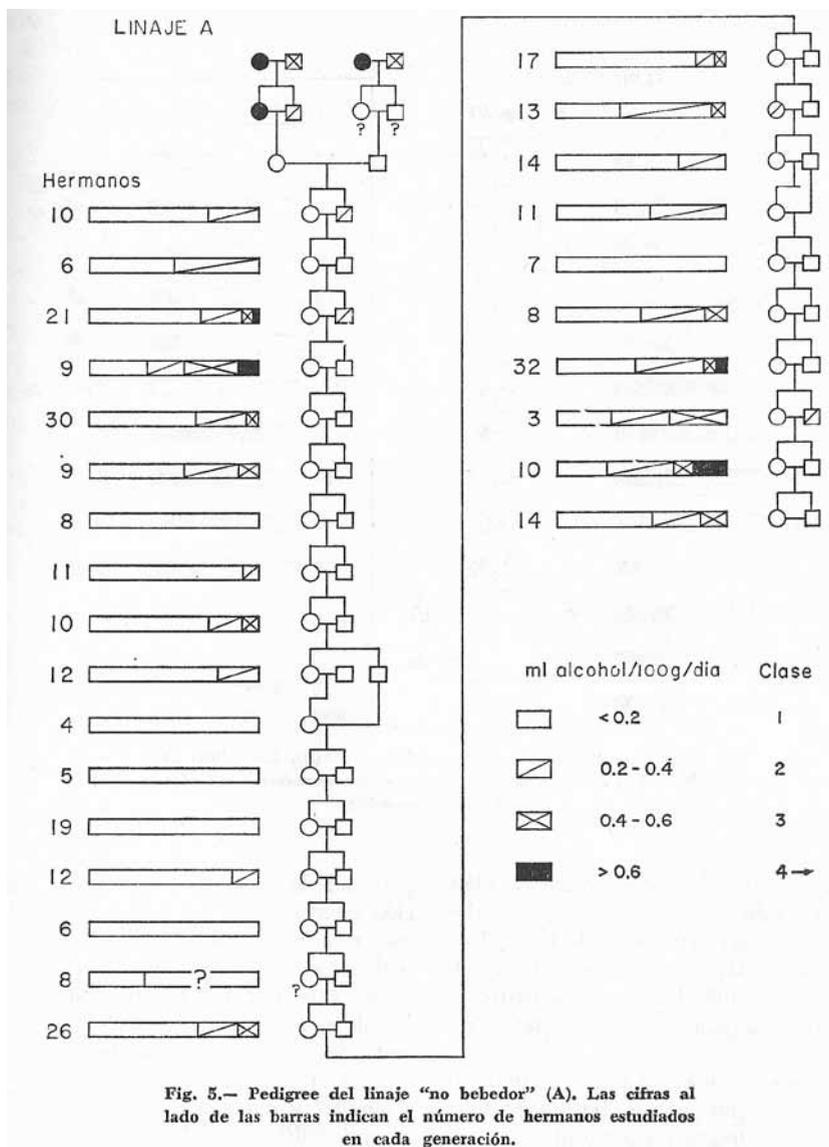
TABLA III: COMPROBACIÓN DE LA HIPÓTESIS GENÉTICA

Consumo de Etanol (ml/100 g/día)	0,30	0,30	Estadística
Hijos de 1 x 1			
Observados	1275	329	$X^2 = 0,24$
Esperados s/hipótesis	1283	321	$P > 0,6$
Hijos de 3 o más X 3 o más			
Observados	369	645	$X^2 = 1,84$
s/hipótesis	390	624	$P > 0,15$

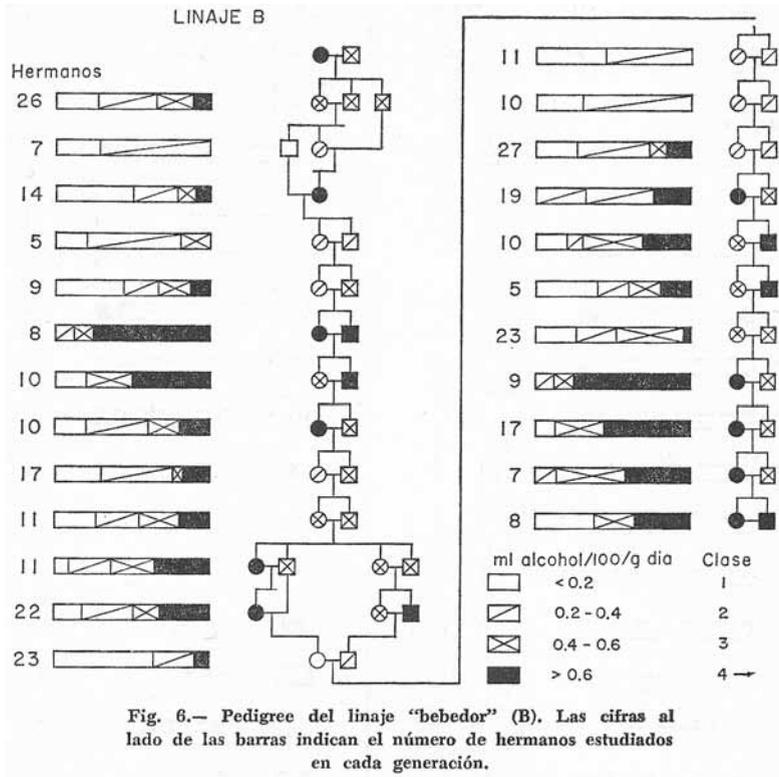
La mayoría de los resultados obtenidos hasta ahora han sido negativos; pues no hemos encontrado sino escasas diferencias metabólicas entre ambos linajes, a pesar de que hemos explorado diversos metabolismos. En general, los experimentos se han realizado estudiando la velocidad con que se recupera en el anhídrido carbónico espirado la radiactividad del  $^{14}\text{C}$  con que se han marcado diversos substratos.

No hemos encontrado diferencia entre los linajes con respecto a la velocidad metabólica de ambos carbonos de etanol, ambos carbonos del acetato, los tres carbonos del piruvato y el carbono 1 del butirato. Con respecto a la glucosa, hemos encontrado que cuando se administra una sobrecarga de glucosa marcada en el carbono 1, la velocidad metabólica es significativamente mayor en los machos “bebedores” que en los “no bebedores”. Coincidente con este resultado, en las ratas “bebedoras” de ambos sexos la velocidad de oxidación del carbono 1 del gluconato era más rápida en las ratas “bebedoras” de ambos sexos. Estos resultados muestran que en las ratas “bebedoras” está aumentando el metabolismo de la glucosa por la vía denominada de las pentosas. Conviene recordar que esta vía metabólica no requiere NAD, que es la coenzima utilizada en el metabolismo del etanol, de modo que todo ocurre como si las ratas capaces de obtener energía de la glucosa por una vía que no es interferida por el alcohol tendrían mayor apetito de esta última sustancia. En concordancia con estos resultados, hemos observado que la administración simultánea de alcohol acelera el metabolismo del carbono 1, del gluconato y de la glucosa.

En la actualidad se realizan experimentos destinados a estudiar en cuál de los sistemas enzimáticos que actúan en esta vía metabólica está localizada la referencia.



Otra diferencia observada entre machos “bebedores” y “no bebedores” tiene relación con el contenido de grasa del hígado, que es mayor en los machos genéticamente “bebedores” que en los “no bebedores”, aun cuando ambos grupos se han mantenido sin beber alcohol.



Estos resultados constituyen, hoy por hoy, solamente una vía de exploración para el estudio de un problema de la mayor importancia, el de la predisposición genética al alcoholismo, que ha sido siempre sospechada pero no aún demostrada, y que ha recibido un importante apoyo en la observación reciente de Ricardo Cruz-Coke y Aníbal Varela, publicada en la prestigiosa revista inglesa *Lancet*, que ha demostrado una correlación significativa entre alcoholismo y perturbación de la visión de colores. Como se sabe que esta última alteración está ubicada en el cromosoma X, estos resultados permiten sospechar que existe una predisposición genética del alcoholismo, ligada al sexo.

Confío en que la exposición que acabáis de oír os haya mostrado la realidad de algunos hechos que quisiera resumir antes de terminar.

En primer lugar, que ha sido posible estudiar en animales —en este caso la rata— algunos determinantes de un rasgo importante de la conducta humana, como es la apetencia de bebidas alcohólicas, y que los resultados

de esta experimentación han dado luces para un estudio equivalente en el hombre.

En segundo lugar, que en el estado actual del desarrollo de las ciencias no es posible realizar una investigación en forma unipersonal, y es necesario trabajar en equipo. En el curso de la exposición he mencionado a varios investigadores que han tomado a su cargo aclarar diversas etapas de este proceso. Pero el equipo que ha actuado no está formado sólo por ellos, ni siquiera sólo por investigadores de preparación académica, sino que también por personal administrativo, técnicas laborantes, auxiliares de laboratorio y personal de servicio. Hoy día, en una investigación científica, es tan importante la labor de los que establecen los planes, como la de los que realizan con la acuciosidad necesaria cada etapa de un experimento, del que cuida de los animales, de quienes mantienen el funcionamiento perfecto de los instrumentos, de la dactilógrafa que escribe en un idioma abstruso para otros los originales y compone con habilidad las tablas, de quien dibuja las figuras que aclaran un fenómeno, y aun la del personal inferior que mantiene el orden y el aseo de los sitios de trabajo. No dispongo del tiempo para nombrar a cada uno de los que tienen méritos en la investigación que les he relatado, y cualquiera selección sería injusta. Pero quiero que sepáis que lo que os he mostrado es la labor de un equipo, cada uno de cuyos componentes ha puesto lo mejor de sí mismo al servicio del progreso de esta investigación, que considera como su tarea principal dentro de la Universidad.

En tercer lugar, creo haber demostrado que es posible realizar en Chile investigación científica de alto nivel. La calidad de una investigación no depende de la complicación, ni menos aún de la rareza o el costo de los instrumentos que se utilizan; sino que sólo de la precisión con que se formula la pregunta que se somete a la prueba de la realidad, y de la adecuación y precisión de los experimentos realizados para contestarla. La calidad no es pues el mérito de un hombre, sino que de todos los componentes del equipo.

Quiero terminar reiterando mis agradecimientos a todos los concurrentes que me han honrado y alentado con su presencia en esta ceremonia, y que han soportado con atención y paciencia esta ya larga exposición, y expresando mi optimismo por el desarrollo creciente de la investigación científica que, junto con el de la creación filosófica, artística y literaria, ha de hacer que nuestras Universidades constituyan, cada vez más, el faro intelectual que guíe el progreso del país y oriente a las nuevas generaciones.



## CARTA ENVIADA POR EL ACADÉMICO EDUARDO CRUZ-COKE<sup>1</sup>

SANTIAGO, 5 DE MAYO DE 1966

*El académico señor Mardones disertó en su discurso de incorporación sobre “La experimentación animal en el conocimiento del alcoholismo”. El académico señor Eduardo Cruz-Coke, que debió recibirlo en nombre de la Academia, no pudo asistir por un duelo familiar, por lo cual envió una carta que fue leída por el secretario Ac. Sr. Gustavo Hoecker. La carta del Ac. Sr. Cruz-Coke se publica a continuación.*

Señor Académico  
Gustavo Hoccker  
Decano de la Facultad de Ciencias Universidad de Chile

Presente

Distinguido amigo:

Debía yo estar aquí presente por encargo de la Academia para presentar al Profesor Jorge Mardones Restat, pero quiso, quién sabe por qué, castigarme la vida llevándome a mi único hermano que en esta hora estoy despidiendo de una de sus existencias.

Le agradecería mucho que tuviera la bondad, junto con dar cuenta de esta carta, de leer las pocas palabras que siguen y que son una expresión de lo que siento frente a este ex alumno y ex ayudante mío que ha cumplido con el mandato del verdadero Maestro, que es el de llegar a ser más que él para que el progreso de la ciencia, y en este caso de nuestra Universidad, no se detenga, sino que siga su ruta sin decadencias en ningún momento.

“Muy grande es mi dolor que me tiene cerca de una mortaja muy amada, pero muy grande es también la pena de no estar en condiciones, ni por el tiempo ni por el estado anímico en que me hallo, de poder venir a presidir esta sesión de la Academia de Ciencias del Instituto de Chile y de pronunciar el discurso de rigor que me había sido encomendado, para aceptar como Miembro de Número al Profesor Jorge Mardones Restat,

<sup>1</sup> EDUARDO CRUZ-COKE (1899-1974). Médico cirujano, político del Partido Conservador. Fue senador por Santiago en dos oportunidades, entre 1941 y 1957. En 1937 asumió la cartera de Salubridad, Previsión y Asistencia Social bajo la presidencia de Arturo Alessandri Palma. Miembro de número y fundador de la Academia Chilena de Ciencias (1964).

ilustre miembro de la Facultad de Medicina, a quien me ligan razones poderosas para considerarlo como otro hijo mío, que me fuera dado por la providencia para continuar en mayor altura que la mía una labor científica reconocida en todos los países como excelsa.

Las palabras que debía pronunciar hoy día serán publicadas por la prensa *in extenso*, de modo de dar a conocer al hombre que hoy día viene a hacernos compañía, ilustrando con su saber y su prestigio lo que somos.

Cuando la Facultad de Medicina me entregó hace cuarenta años la tarea de enseñar una Bioquímica que estaba transformándose de una ciencia pura en una ciencia aplicada a la medicina con descubrimientos extraordinarios, tuve la suerte, en múltiples viajes al extranjero, de trabajar, conocer y aprender de quienes la estaban construyendo de una manera inesperada, hombres que siendo muy superiores a mí no podían sino regalarme conocimientos y métodos que me enriquecieron, ya que frente a ellos tomé la actitud de quererlos lo suficiente para recibir ese saber. Con razón dijo Goethe la frase luminosa: “delante de las grandes cualidades, la única salvación es el amor”. Frente a la multitud de enanos incapaces de comprender la superioridad de otros, que tratan de rebajarlos y con ello se condena a la tremenda pena de la ignorancia, existe otra actitud que consiste en amar lo suficiente a quien es superior a uno y puede, por lo tanto, de esa manera traspasarle su saber.

Si al llegar a Chile no me hubiese encontrado a quienes traspasar esa ciencia adquirida, me hubiera debatido conmigo mismo en plena oscuridad. Pero tuve la suerte de ver llegar hacia mí a quienes poseían talentos en potencia para recibir lo que yo había recibido. Fueron la pléyade de mis ayudantes y colaboradores que hicieron que mi vida tuviera significado. Entre ellos, como elemento excepcional, se encontraba el que hoy recibimos como Académico de Número, el profesor de Farmacología doctor Jorge Mardones Restat, cuyas capacidades potenciales describo en las palabras que serán publicadas.

En su conciencia vivía la apetencia de la ciencia pura, de una ciencia sin intenciones; no dirigida hacia un punto determinado, sino abierta hacia un mar de mundos posibles.

Me di cuenta desde un comienzo que para él la ciencia era la parte estética de la inteligencia. Tremenda su capacidad creadora. Violenta su necesidad de pasar de la abstracción al experimento. Maravillosa su bondad y su modestia. Llenó mi Instituto de virtudes que contribuían a hacer de él la gran familia que fue, y en la cual he encontrado los mejores amigos que he tenido y he pasado los más dulces momentos de mi vida.

Jorge Mardones Restat se interesó por el problema metabólico del alcoholismo, entre otros, y a él dedicó su genio único, realizando el milagro de hacer ciencia pura y llevarla a la práctica de la nación para ser ciencia práctica.

Estas palabras, hijas de dos dolores que corresponden a dos ausencias, que sean mi excusa de no estar aquí en estos momentos que yo anhelaba como los más puros de mi vida.

Lo saluda afectuosamente su amigo,

Eduardo Cruz-Coke



# CIENCIA, TECNOLOGÍA Y DESARROLLO

RAÚL SÁEZ S.<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias,  
pronunciado el 18 de abril de 1984*

Hace ya varios meses, el entusiasmo de algunos amigos y del Instituto de Ingenieros los impulsó a sugerir mi nombre para ser propuesto como integrante de esta docta Academia; la benevolencia de sus miembros los inclinó a invitarme, muy inmerecidamente, a formar parte de ella.

Dudé mucho si me era legítimo aceptar, pues creo carecer de los antecedentes que califican a un científico, aun cuando en mi ya larga actividad profesional en algo haya contribuido al progreso de la tecnología. Pertenezco a esa numerosa legión de ingenieros que, entre los años 1939 y 1970, con profunda vocación de servicio público, colaboró en la tarea de construir un Chile más moderno a partir de un país exportador de materias primas, aún semiparalizado por la “gran depresión” del 29 que nos afectó más que a cualquier otro país en el mundo. Estas empresas, entre muchas otras, constituyen actividades que elevaron fundamentalmente el nivel y la capacidad tecnológica nacionales. En casi todas ellas me correspondió participar y, en varias, cooperar en su creación y dirección. Pienso, tal vez sin modestia, que al aceptar esta honrosa designación de la Academia lo estoy haciendo en representación de toda esa pléyade de ingenieros anónimos que contribuyeron a crear este Chile más moderno.

Cuando hace ya muchos años vino al país el doctor Spaey, para ayudar en la organización del CONICYT, me pidió que cooperara en esa tarea, y como yo le manifestara mi extrañeza, dada mi ninguna calificación como investigador, me expresó: “Usted no lo es; pero es muy importante que en el Comité también estén los usuarios”. Conozco el pensamiento del presidente y de muchos miembros de la Academia, en cuanto a su preocupación por el debido aprovechamiento de los avances de la ciencia en beneficio del país. Tengo la esperanza de que en este sentido mi experiencia personal pueda ser de utilidad para los trabajos de esta Academia.

<sup>1</sup> RAÚL SÁEZ SÁEZ (1913-1992). Ingeniero, ministro de Estado durante los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Augusto Pinochet, y Premio Nacional de Ciencias Aplicadas y Tecnológicas (1992). Miembro de número de la Academia Chilena de Ciencias entre 1984 y 1992.

Es el objeto de la Academia “preservar y promover el progreso del cultivo y la difusión de las Ciencias Exactas y Naturales en el país”. Y en la larga enumeración descriptiva de las diversas acciones que constituyen sus quehaceres, yo solamente he descubierto un pequeño “resquicio”, por el cual podría calificar para el alto honor que se me otorga. Me refiero a aquella mención de “apoyar y estimular la investigación científica pura y aplicada”. Me agrada encontrar este adjetivo “aplicada” en documento tan autorizado como es el reglamento de la Academia, pues hasta hace algunos decenios se daba a esta actividad un cierto sentido peyorativo, que parecía otorgarle una categoría inferior frente a la teoría que luce connotaciones de “pureza e idealismo”. Tal apreciación era probable herencia de muy remoto origen, pues esta expresión de “ciencia aplicada” habría sido inimaginable en el mundo occidental antiguo, si recordamos que el mayor ingeniero de los tiempos clásicos, Arquímedes, al decir de Plutarco, “no quiso jamás dejar testimonio escrito de las construcciones de sus máquinas, que le habían dado tanta gloria y fama, pues consideraba la mecánica, y en general todo arte que se ejerce para atender alguna necesidad, como un arte vil y bajo”.

El peso de la autoridad de Platón y de Aristóteles hizo que esta forma de pensar y de juzgar prevaleciera entre los círculos intelectuales y entre las autoridades religiosas, por muchos siglos. Generalmente se identifica el cambio de actitud con los escritos de Francis Bacon, en los comienzos del mil seiscientos. Sin embargo, su visión algo utópica no jugó ningún papel en la revolución científica. Primero hay todo un proceso intelectual que convirtió la “física aristotélica”, dominante en la Edad Media, en la física del *ímpetus*, elaborada fundamentalmente en el siglo XIV. Después, en el siglo XVII, y como fruto de una mutación decisiva, el proceso dio origen a una física matemática y experimental, la física clásica de Galileo, de Descartes y de Newton, la física que algunos han llamado “una ciencia de ingeniero”. Es también en los finales del Renacimiento cuando comienza de modo consciente esta fertilización cruzada entre los avances de la ciencia y los progresos materiales, entre ciencia “pura” y ciencia “aplicada” o tecnología.

Como el propósito de mi tema es exponer las contribuciones que ciencia y tecnología pueden hacer al desarrollo, me parece conveniente explicar qué debemos entender por tal. Las Naciones Unidas definieron el concepto en los siguientes términos:

“Puesto que la finalidad del desarrollo es dar a todos mayores oportunidades de una vida mejor, es imprescindible lograr una distribución más equitativa del ingreso y de la riqueza para promover la justicia social y la eficiencia de la producción, elevar sustancialmente el nivel de empleo, lograr un nivel más alto de seguridad de ingreso, ampliar y mejorar los medios de educación, sanidad, nutrición, vivienda y asistencia social,

y salvaguardar el medio. Así, los cambios cualitativos y estructurales de la sociedad deben ir a la par del rápido crecimiento económico...”.

Obsérvese el énfasis en los cambios cualitativos de la “calidad de vida” junto con el crecimiento económico. Este es parte necesaria, pero no es el desarrollo. François Revel, el conocido filósofo y escritor, reflexionando sobre el desarrollo de los países, hoy avanzados, destaca que “lo que ocurrió a fines del siglo XVIII en Inglaterra y Francia, no fue únicamente crecimiento económico. Fue, al mismo tiempo, un cambio en la civilización; un cambio político, moral, artístico, filosófico; un cambio en la estructura de la familia, en todo”. Y agrega: “El crecimiento es un concepto puramente económico. El desarrollo es algo que está situado *en el punto de convergencia entre la acumulación económica y la innovación en todos los planos*”.

En mi visión del problema, esta palabra “innovación” es la clave en la relación de ciencia y tecnología con el desarrollo; innovación, definida en forma simple, podría explicarse como el uso práctico de una invención. Esta última es el resultado de una nueva combinación de conocimientos y recursos de todo orden, que da origen a un producto, proceso o estructura diferentes, que permite atender mejor las necesidades de la sociedad. Hoy día, la inmensa mayoría de las invenciones son el efecto aplicado de los avances y descubrimientos de la ciencia.

Cada nación presenta características singulares que responden a sus particulares condiciones, a los niveles sociales, culturales y económicos alcanzados, y a la naturaleza y abundancia de sus recursos. El desarrollo debe preservar los valores positivos propios de cada país, tanto desde el punto de vista de sus calidades humanas, como de su ecosistema; en consecuencia, ello implica la responsabilidad de encontrar y elaborar soluciones propias novedosas, no de simple imitación. La creación exige el uso del saber científico y de la investigación, la búsqueda de tecnologías adecuadas a esas condiciones particulares, sean éstas técnicas, económicas, sociales o culturales.

Ilustres científicos e investigadores de diversas disciplinas confirman estos puntos de vista. Afirma Toynbee que “no hay duda de que cada revolución tecnológica es también una revolución social, en el sentido de que los cambios tecnológicos son simultáneamente consecuencia y causa de los cambios sociales”. A su vez Ilya Prigogine, Premio Nobel de Química, sostiene que la brújula, la imprenta y la pólvora contribuyeron a destruir los fundamentos de la sociedad medieval y a lanzar a Europa en la época moderna. La historia de la humanidad puede verse como una larga serie de cambios tecnológicos desde los tiempos más remotos. George Lukacs, el profundo pensador húngaro, dice que “la persona que trabaja –aunque sea un hombre de la Edad de Piedra– reflexiona acerca de si el instrumento que emplea es adecuado o no para la intención que él tiene”, y agrega: “con esta elección de la piedra primitiva, comienza la ciencia”.

Entre la aparición del *homo habilis*, recolector de piedras útiles, y la identificación de otro antepasado, el *homo erectus*, transcurrieron muchos cientos de miles de años. Con este hombre aparece una invención capital, que ninguna especie animal ha logrado imitar, “la invención del uso del fuego”, hace alrededor de unos quinientos mil años. Muchos paleoantropólogos piensan que el *homo sapiens* no habría podido nacer sin el fuego. En efecto, éste dio al *homo erectus* una considerable independencia del medio ambiente y generó nuevas relaciones y responsabilidades dentro del grupo humano, facilitando el aprendizaje y la actividad cerebral. Nuestros conocimientos sobre la prehistoria de este hombre y su descendencia, se basan, como es natural, en la interpretación de las huellas materiales encontradas, que reflejan el progreso de sus técnicas.

Como lo explican los prehistoriadores, esta clasificación es indispensable, porque con esos materiales se fabricaban los utensilios cortantes que se encuentran entre los más importantes instrumentos de producción. Así, mientras el hacha de piedra es una herramienta que la puede elaborar cualquiera, el hacha de bronce requiere ser ejecutada por un especialista, y los materiales necesarios para producirla, generalmente, deben ser obtenidos por trueque. Por estas y muchas otras consideraciones, la historia realista insiste en la gran significación que han tenido estos cambios técnicos de los utensilios usados, para moldear y determinar el sistema social y la organización económica.

Desde fines del neolítico hasta hoy día, se distinguen tres grandes cambios tecnológicos y, consecuentemente, tres “grandes revoluciones”, en el sentido de que estos cambios fueron acompañados de modificaciones muy significativas de la sociedad.

Hace unos diez milenios a. de C. se inició la primera revolución neolítica, con la feliz invención de las técnicas para la producción de alimentos y la cría de ganado. Durante la larga etapa anterior de vida como cazador-recolector, el ser humano se defendía de la inanición emigrando y controlando la fecundidad. En cambio, el desarrollo de la producción de alimentos parece haber originado una rápida multiplicación del hombre. Naturalmente, la producción de alimentos exigió el desarrollo de nuevas técnicas requeridas para la preparación y el almacenamiento de los productos. Entre éstas, la fabricación de objetos de alfarería, “la primera utilización consciente, hecha por el hombre, de una transformación química”.

Algunos milenios después de esta revolución neolítica de la producción de alimentos, aparece la segunda gran revolución tecnológica: la del regadío. Ningún otro cambio en la forma de vida ha causado una revolución tan completa en la comunidad humana. Toynbee considera este cambio tecnológico como equivalente al que se produciría muchos siglos después, con la “revolución industrial occidental”.

Algunos han designado esta revolución del regadío como la del nacimiento de la “sociedad agrícola”; otros le han dado el calificativo de la “revolución urbana”. En efecto, pequeños poblados de campesinos autosuficientes se convirtieron en ciudades populosas, organizadas regularmente en forma de Estados.

El proceso de urbanización tuvo consecuencias extraordinarias y generó una velocidad de cambios e innovaciones considerablemente mayor que la experimentada durante los milenios precedentes. Hubo progresos en la tecnología de la construcción a gran escala, en los transportes y, obviamente, en la agricultura. La necesidad de organizar las economías urbanas y de llevar cuentas desembocó en algunas de las invenciones más importantes de la historia de la humanidad: el lenguaje y los números escritos.

Es importante señalar, sin embargo, que en esta sociedad urbana, para captar “inteligencia”, era necesario que la gente se juntara, y para reunir los conocimientos producidos en lugares distantes se requería un tiempo muy considerable.

Entre esta segunda revolución –la del regadío y urbanización– y la tercera revolución tecnológica –la “industrialización occidental”– transcurrió un largo período de cambios tecnológicos, pero ninguno con un carácter tan fundamental como los dos recién mencionados. La Europa cristiana hasta fines de la Edad Media continuó siendo de economía agraria. Sin embargo, el siglo XVI había heredado, como frutos de esa Edad Media, todos los inventos susceptibles de ajustarse a las nuevas necesidades y condiciones. Efectivamente, durante el siglo XVII se introdujeron una serie de nuevas técnicas y, como lo señalé al comienzo, es ahora cuando la física clásica, la “ciencia de ingeniero”, toma su expresión definitiva. Asimismo, “con la fundación de grandes sociedades de sabios, a partir de la primera mitad del siglo XVII, comenzaron éstos a interesarse en una mayor escala por los conocimientos prácticos de los industriales”. Sólo desde entonces cabe hablar de interrelaciones fructuosas entre ciencia y técnica.

También, es muy interesante anotar que cuando el inicio de esta nueva revolución está próximo, la lectura, la escritura y los rendimientos matemáticos tenían ya un grado relativamente importante de difusión, y la posibilidad de captar *información e inteligencia* había adquirido, en consecuencia, una dimensión enorme, comparada con la de los siglos precedentes.

A fines del siglo XVIII se habían reunido todos los elementos que permitían generar la “revolución industrial”. En esta nueva revolución, a diferencia de la manufactura y del artesanado existentes, donde el obrero *se sirve* del instrumento para producir, la producción sería realizada por un empleo racional y pensado de las máquinas que el obrero tiene la obligación de *servir*, y que serían movidas por la máquina de vapor de

Watt, independizando así la fábrica de la energía limitada de los cursos de agua.

Los efectos de los cambios económicos y sociales de la “revolución industrial” fueron de una intensidad y rapidez incomparablemente mayores que en las épocas anteriores. El distanciamiento entre los países industriales y las grandes regiones del mundo, fuesen éstas colonias o países no directamente influidos por el impulso creador de la ciencia y de la tecnología, se hizo cada vez mayor; la brecha del desarrollo entre países industriales y los otros, se hizo visible y creciente.

Aun cuando ya se había establecido una cierta relación entre los avances del conocimiento científico y las aplicaciones técnicas, éstas provenían todavía, fundamentalmente, de resultados empíricos acumulados en largos años de observación de las acciones prácticas. Un ejemplo clásico de este desarrollo técnico empírico es precisamente la invención de la máquina de vapor, ya que las leyes de la termodinámica fueron formuladas varios decenios después. Fue solamente a mediados del siglo XIX cuando la relación *ciencia-tecnología* se hizo cada vez más estrecha. Posiblemente comenzó con la química agrícola de Liebig, en 1840, y con los colorantes orgánicos sintéticos, que le dieron una enorme ventaja inicial a la industria química alemana, lo que la decidió a crear sus propios centros de investigación científica. Del mismo modo, el uso de las corrientes polifásicas en electricidad, la creación del motor Diesel, el desarrollo de las turbinas de vapor, son otros tantos ejemplos de una utilización técnica de los conocimientos científicos adquiridos. Física y química han sido hasta ahora los principales participantes en esta interrelación; con seguridad, la biología lo será en un futuro muy próximo. En verdad, podría decirse que la tecnología, como ciencia de las técnicas o técnica científica, ha nacido de esta estrecha simbiosis creada entre las ciencias *puras* y sus aplicaciones prácticas.

La ciencia suministra conocimientos útiles a la tecnología para crear nuevos productos o servicios; la tecnología, a su vez, interroga a la ciencia sobre determinadas materias y, además, le suministra un equipamiento para la investigación que contribuye a los nuevos descubrimientos.

Los efectos sociales de estas *revoluciones científico-tecnológicas* deben ser conocidos, analizados y utilizados en beneficio del hombre, a través del aporte que puedan hacer otras disciplinas científicas, además de las ciencias exactas y naturales, puesto que en el desarrollo lo que está en discusión no es lo que el hombre puede usar o consumir, sino lo que necesita para realizar sus potencialidades humanas.

En el curso de esta exposición creo ha quedado en claro la importancia del factor ciencia y tecnología en el crecimiento económico y en el progreso. Sin embargo, los economistas clásicos, que consagraron muchas páginas al papel de la máquina y de la innovación tecnológica en el proceso de producción, no introdujeron estos elementos como factor de crecimiento

en pie de igualdad con el trabajo, el capital y los recursos naturales. Esta omisión fue reconocida, de modo sistemático y cuantificable, sólo después de la Segunda Guerra Mundial.

Por diversos métodos se han realizado estudios que persiguen medir la contribución atribuible a la tecnología en la tasa anual de crecimiento de la economía de los países. El sistema más usual consiste en aplicar al avance tecnológico todo lo que no es asignable de modo específico al capital, al trabajo o a factores menores. Este residuo se ha designado como “progreso técnico”, involucrando en esta expresión la educación, el aprendizaje, la organización, el *management* y la innovación científico-tecnológica.

De capital importancia en el *progreso técnico* es el nivel de educación de la población. Encuestas efectuadas en la actividad agrícola establecen que se requiere un esfuerzo de seis a ocho veces mayor para introducir una mejoría tecnológica con campesinos de bajo nivel educacional, comparado con otros de buena formación. En el hecho, no es posible introducir innovaciones tecnológicas complejas, si quienes van a utilizarlas no tienen un nivel de capacitación suficiente.

Mi querido amigo, el profesor Paul Rosenstein Rodan, reconocido como uno de los pioneros en formular la economía del desarrollo como una categoría diferente a la de otras disciplinas económicas, dice: “En el hecho, el proceso de industrialización de los países subdesarrollados estaba y está basado en las ventajas del entrenamiento, en aprender en el trabajo y en la formación del capital humano”.

El notable éxito logrado por los japoneses indudablemente tiene varias causas, pero una de las más importantes es su alto nivel de educación. Cuando el gobierno Meiji decidió construir un Estado moderno, se dio cuenta de que los obreros dotados de disciplina y capacidad eran muy pocos. En treinta años, entre 1873 y 1904, elevó la población infantil escolarizada de 28 a 98%. En los inicios del presente siglo se generalizó la aplicación de la escala de salarios por antigüedad, con lo cual se fomentó la permanencia del trabajador en su empresa y la lealtad hacia ella, lo que hizo posible la formación del obrero y del técnico con cargo a la empresa, que recibe también el beneficio del gasto que realiza.

Los países en que se han podido medir por separado los aportes al crecimiento económico de los diversos factores, tales como capital, trabajo, recursos naturales, economías de escala, etcétera, han logrado determinar que el “progreso técnico” es el de mayor importancia, y es responsable de alrededor del 60% del total del crecimiento logrado, al menos en estas últimas décadas.

El conocimiento científico es de libre disponibilidad en el mundo; no así las aplicaciones tecnológicas. Por tanto, ciencia y tecnología se cuentan entre las ventajas económicas fundamentales de las principales naciones industrializadas. El esfuerzo que destinan a investigación y desarrollo es

muy considerable, alcanzando en los diez países industrializados más avanzados del mundo occidental, un gasto anual (1979) del orden del 2,1% del Producto Nacional Bruto. Es muy importante conocer cómo se descompone el uso de estos enormes recursos. En el caso de los Estados Unidos, alrededor del 13% del gasto total se ocupa en investigación básica, 18% en investigación aplicada y el 69% restante en desarrollo.

Este poderoso factor de crecimiento que es el “progreso técnico”, apoyado fundamentalmente en el conocimiento científico-tecnológico y en la educación, abre perspectivas nuevas de cambio hacia el futuro, cada vez más importantes. Ello explica que no sea posible proyectar el porvenir más lejano, por el mero ejercicio de desarrollar las tendencias dominantes actuales. Deberíamos hacer un verdadero ejercicio de prospectiva, esa curiosa manera de mirar el presente desde los diversos futuros posibles, y elegir, así, el camino para procurar alcanzar el desarrollo más deseable. Hay conocimientos actuales y nuevos, que son los “hechos portadores del porvenir”. Es interesante comprobar que la mayoría de los estudiosos coinciden en cuáles son estos hechos, que cambiarán las condiciones materiales y sociales del mundo futuro:

- i) Las nuevas energías y la continuación del proceso de electrificación del mundo;
- ii) La biología y su tecnología, que algunos han calificado como la “industria pesada del mañana”;
- iii) Las *ciencias de la tierra*, incluyendo en ellas, específicamente, las tecnologías del mar;
- iv) La microelectrónica y sus aplicaciones principales, como la informática, las comunicaciones, la computación y la robotización.

Una cosa parece no estar en discusión: presenciamos cambios que pueden constituir una nueva revolución tecnológica, de tanta importancia como la “revolución industrial” que se vive desde hace tres siglos.

El límite de la capacidad humana para adquirir información ha sido ahora vencido por la electrónica; la sabiduría del hombre acumulada en los computadores estará disponible para quien sepa consultarla. Esta “sociedad de la información”, que reemplazará a la “sociedad industrial” en el siglo XXI, cambiará la manera de plantearse los problemas y de resolverlos. La administración, los bancos de datos, la investigación operacional, la lingüística, las ciencias humanas, la inteligencia artificial, y otros, son todos factores que alterarán básicamente nuestro modo de vida y las estructuras productivas. Estos cambios producirán consecuencias de gran importancia en el empleo, en la calificación de la mano de obra, en la dependencia entre el Estado y los ciudadanos, y en otras áreas que, probablemente, generarán formas sociales y relaciones entre países muy diferentes de las actuales.

Muchos se preguntan si la nueva sociedad que resultará de esta cuarta revolución científico-tecnológica, la *revolución de la informática*, será mejor. ¿Habrá progreso y desarrollo? Independiente de los temores del holocausto mundial, que es obviamente una materia que escapa al tema de esta exposición, hay en el pensamiento del mundo occidental una tendencia que se manifiesta de muy diversas maneras; pero, en particular, como un ataque contra el crecimiento económico y las consecuencias negativas que creen ver en él. La expresión más importante de esta posición se ha manifestado a través del Club de Roma. El concepto de que la Tierra es un cuerpo de naturaleza finita, no es ciertamente nuevo. Pero el corolario desarrollado de que, *dadas las dimensiones finitas del planeta, existen necesariamente límites al crecimiento humano*, va directamente contra la cultura de la expansión dominante en el mundo.

Es indudable que el tema es de gran trascendencia, pero el crecimiento cero, que tendería a estabilizar los desequilibrios en los actuales niveles de desarrollo, tampoco es solución. A las tesis “malthusianas” de los límites estrechos del mundo en cuanto a los recursos alimenticios, energéticos y del medio ambiente, se enfrentan las tesis de aquellos “optimistas” de la ciencia y tecnología que, ante las escaseces concretas, sostienen que siempre se genera una tecnología de sustitución que viene a remediarla; a su vez, los incrementos de tecnología mejoran el nivel de vida y la productividad, lo que da lugar a menores tasas de nacimiento, equilibrio de la población y reducción de los problemas del crecimiento. También el aumento de la tecnología producirá a futuro una disminución de la contaminación y un menor uso de los recursos naturales.

Cuando uno pertenece al mundo en desarrollo, donde viven al menos dos tercios de la humanidad, necesita aceptar la tesis “optimista”. El crecimiento y desarrollo deben continuar, para colocar a esos seres de los países más atrasados en condiciones más humanas, pues ése es el propósito último del progreso. Desgraciadamente, como lo señaló Einstein hace ya más de cincuenta años, la capacidad de organización no ha ido a la par del progreso técnico, y el hombre no ha sabido aprovechar bien en su beneficio los conocimientos que la ciencia y la tecnología le han entregado. Su quehacer ha estado más preocupado de la cantidad que de la calidad del progreso, más del crecimiento que del desarrollo, más del egoísmo que de la generosidad.

Si el “progreso técnico” constituye un factor tan importante del crecimiento y del desarrollo de un país, ¿cuál es nuestra situación? Los dos elementos principales del “progreso técnico” son, como lo he señalado, la educación y el uso de ciencia y tecnología.

Me ocuparé principalmente del segundo elemento, pero bueno es recordar, en materia de educación, que ya don Andrés Bello, hace ciento cincuenta años, refiriéndose a la masa del pueblo, decía: “No fijar la vista

en los medios más a propósito para educarla, sería no interesarse en la prosperidad nacional”. Pese a esta certera visión, el nivel de escolaridad creció en el país en forma relativamente lenta, pues, a principios del siglo XX (1907), el grado de analfabetismo en la población de más de 15 años era de 50%, y sólo en los últimos años se han logrado tasas del orden del 5%. Naturalmente, la formación de personal calificado también se mantuvo muy atrasada. En 1951 me correspondió negociar con el *Punto Cuarto*, la creación del Servicio de Cooperación Técnica (SERCOTEC), con el objeto de fomentar la productividad por diversos medios, entre otros, la capacitación de personal. Siendo vicepresidente de la CORFO, en 1966 convertimos el SERCOTEC en lo que se dio en llamar la “CORFO chica”, dedicada a la asistencia técnica y financiera de la pequeña industria y artesanía, y creamos el Instituto Nacional de Capacitación (INACAP), que con 28 centros de formación técnica podría entrenar, a diversos niveles, alrededor de treinta mil trabajadores al año. Además, cabe agregar que todas las grandes empresas que se organizaron en ese período de modernización, calificaron personal especializado en una cantidad de técnicas desconocidas hasta entonces en el país, y capacitaron trabajadores para sus nuevas actividades, con exigencias de calidad que mejoraron toda la producción nacional. Sin embargo, el nivel alcanzado es insuficiente para atender los desafíos futuros y progresar como el país lo requiere, pues el hombre común sólo percibe las aplicaciones técnicas de la ciencia, sin comprenderlas. Si esto es así, resulta indispensable que todo ciudadano adquiera un nivel de educación que le permita situarse en un mundo donde la ciencia y las técnicas representan un papel cada vez más importante. Surge la pregunta, que los especialistas deben contestar, sobre si nuestra educación está realmente entregando una formación adecuada para entender y participar en este mundo. Pienso que el esfuerzo de difusión y vulgarización de la ciencia y la tecnología está casi enteramente por hacer en nuestro país.

En materia de ciencia y tecnología, felizmente existen estudios recientes, realizados bajo el auspicio y con el apoyo de esta Academia y de la *Corporación de Promoción Universitaria*, que han señalado la evolución experimentada en el país y el nivel de desarrollo alcanzado. En ellos se realza nuevamente la importancia que la modernización del período 1939-1970 tuvo sobre el progreso científico-tecnológico. Dice nuestro presidente, en un reciente trabajo sobre el tema: “con la aparición de la Corporación de Fomento y de las grandes empresas nacionales, como ENDESA, ENAP, CAP, etc., se genera una nueva presión al interior de la Universidad: la necesidad de adaptar las escuelas de Ingeniería a la nueva realidad tecnológica que empieza a vivir el país”. Es interesante recordar que nosotros, en la ENDESA, apoyamos la creación de un laboratorio de Hidráulica, de un laboratorio de Altas Tensiones y de un laboratorio de Electrónica en la

Universidad de Chile, todos ellos con finalidades de enseñanza e investigación; CAP hizo en la Universidad de Concepción estudios de coquificación y otros, y así también las demás grandes empresas nacionales.

Nacieron, así, vínculos incipientes Universidad-Empresa, que son indispensables para generar el uso de nuevas tecnologías en el país.

El estado actual del conjunto de la investigación en ciencia y tecnología en Chile puede apreciarse a través de los recursos financieros que se destinan a este propósito. Las cifras más exactas disponibles provienen de un estudio de CONICYT para 1979-1980.

El monto del esfuerzo total es relativamente muy bajo, comparado con el 2,1% del PGB que los países desarrollados destinan a investigación. El porcentaje de 0,55 determinado para Chile es, sin embargo, superior al promedio de América Latina, pero de todos modos muy pequeño si se le compara con las naciones más importantes de la región, donde el porcentaje y, sobre todo, el PGB total son mucho mayores que las cifras de nuestro país.

GASTO TOTAL EN ACTIVIDADES DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO,  
 POR ÁREAS Y SECTORES  
 AÑOS 1979-1980  
 (MILLONES DE DÓLARES DE 1980)

	1979		1980	
	US\$	%	US\$	%
Sector universitario	44,0	36,88	43,7	36,54
Sector institutos	62,9	52,72	67	56,02
Área CORFO	(20,2)	(16,93)	(21,8)	(18,23)
Área No CORFO	(42,7)	(35,79)	(45,2)	(37,79)
Sector otras instituciones	5,3	4,45	5,9	4,93
Sector empresas	7,1	5,95	3,0	2,51
TOTAL I + D	119,3	100,00	119,6	100,00
Por ciento del PGBB	0,56		0,53	

Con todo, hay aspectos positivos que se deben señalar. Según las estimaciones del CONICYT, el esfuerzo financiero subió, entre 1976 y 1980, en aproximadamente 65%. Este crecimiento se produjo fundamentalmente en los Institutos. De este incremento del esfuerzo de investigación, una cuota muy importante corresponde a la creación de la *Fundación Chile*.

Perdóneme que me detenga un instante en el origen de esta Institución, pues en su concepción me correspondió una participación muy directa. En 1974, después de terminada la negociación para fijar el precio y la forma de pago de la expropiación de los bienes de la ITT en Chile, invité a esta empresa transnacional a considerar la inversión en nuestro país de una parte de los fondos que recibiría, lo que aceptó con buena voluntad. Hice entonces una proposición: sugerí asociar capitales ITT con capitales

del Estado chileno en partes iguales, con el objeto de crear un centro de investigación tecnológica, vinculado intelectualmente a los grandes centros de investigación científico-tecnológica del grupo IIT en el mundo entero y que se ocupan de las más diversas materias. Así nació *Fundación Chile*, con un fondo de 50 millones de dólares, cuyas rentas contribuyeron a financiar las investigaciones de la Fundación. Las áreas de trabajo seleccionadas fueron los alimentos y las telecomunicaciones y electrónica, aun cuando su actividad real, en ciertas oportunidades, ha sobrepasado estos límites gracias a la iniciativa de sus ejecutivos. El esquema de organización de la Fundación Chile es único en el mundo en vías de desarrollo. Expertos extranjeros han señalado que “la Fundación”, como experimento estratégico en la transferencia de tecnología, está bajo examen de una amplia gama de organismos nacionales y multinacionales. Por estas razones se la considera un experimento de vanguardia en la transferencia de tecnología, donde, generalmente, los países en vías de desarrollo son receptores pasivos de esta transferencia, en lugar de ser actores en su creación o en su adaptación al medio, con la cooperación externa como en el caso de la Fundación.

En los países en desarrollo, el porcentaje de la investigación total en manos de las universidades es una cifra mayor que el porcentaje equivalente de los países desarrollados, dada la muy baja investigación que realizan las actividades de producción comparadas con la importante contribución que ellas aportan en los países industrializados. En Chile se podría decir, *grosso modo*, que el 37% de gasto que corresponde a las universidades podría considerarse como *investigación básica* y, en parte pequeña, *investigación aplicada*, mientras que el 63% restante sería investigación aplicada y mayormente, *desarrollo*.

Los institutos CORFO, principalmente dedicados a conocer los recursos naturales, representan alrededor del 17,5% del gasto total. En parte, deberían clasificarse como “servicios científico-tecnológicos conexos”, pues una proporción de sus esfuerzos están destinados a recoger información con criterios y procedimientos de carácter científico-técnico, pero que no siempre implican investigación y desarrollo. El único de los institutos CORFO que no tiene, parcialmente, ese carácter, es el Instituto de Investigaciones Tecnológicas (INTEC), de carácter multisectorial, que pone énfasis en la creación y adaptación de tecnologías, y que fue formado sobre la base de una serie de comités organizados durante mi vicepresidencia en la CORFO. Los Institutos no CORFO utilizan otro 37% de los recursos de investigación, principalmente en Agricultura (INIA), Minería (CIMM), industrias (*Fundación Chile*) y Energía Nuclear (COCMEN).

La baja contribución que hacen las empresas privadas como esfuerzo de investigación directa propia es del orden del 4,5% del gasto nacional total.

El resultado actual es que hay insuficiente aprovechamiento de la capacidad de investigación instalada en el país, tanto en equipos como en científicos y tecnólogos. La gravedad de este insuficiente aprovechamiento no es sólo la no utilización de un instrumento poderoso de crecimiento y desarrollo, sino, además, el hecho de que una situación de esta naturaleza es fuente principal que alimenta y explica “la fuga de cerebros”, que nuestro país, como otras naciones en vías de desarrollo, sufre en gran escala.

Todos los estudios, sin embargo, conducen a señalar que el gasto en investigación y desarrollo es de alta rentabilidad. Cito dos ejemplos de la agricultura, donde la investigación endógena es una *necesidad ineludible*. La introducción del maíz híbrido en los Estados Unidos, que implicó un proceso largo entre 1910 y 1955, arrojó, a perpetuidad, un rendimiento de 7 dólares anuales por cada dólar comprometido en la investigación. Y agrego un caso chileno: en un reciente seminario sobre trigo, se sostiene que, con las tecnologías actualmente disponibles, sería posible obtener 1.885.000 toneladas de este cereal, cantidad 20% superior a la más alta jamás obtenida en el país; intensificando tecnologías, se podría lograr producciones de 2,5 millones de toneladas para el año 2001, sembrando la misma superficie normal de 750 mil hectáreas.

Es indispensable hacer comprender al gobierno y, más que al gobierno, al país entero, que el desarrollo y empleo de ciencia y tecnología endógena *no* es una cuestión de “prestigio”, sino un instrumento fundamental del progreso. El país necesita comprender el “porqué” y el “cómo” de su crecimiento, en una actitud creadora y activa, y no meramente receptora y pasiva. Para que el empleo de ciencia y tecnología sea lo más eficaz posible, estas disciplinas deben adquirir un tamaño suficiente que permita realizar más investigaciones originales y crear o adaptar inteligentemente innovaciones tecnológicas, de acuerdo a nuestras características nacionales; es indispensable, además, insertar al país en la comunidad científico-tecnológica internacional, para evitar quedar aislados de la inmensa corriente del conocimiento, y esto sólo se logra participando activamente en la creación de ciencia y tecnología.

Lo dicho implica, necesariamente, mayores recursos financieros destinados a investigación, ya que los recursos humanos vendrán por añadidura, como parece ser la experiencia adquirida en el proceso de estos últimos decenios. Pero también significa un cambio de actitud en todos los niveles responsables del país. Hace un par de años, con mi amigo Hernán Calderón, examinábamos la posición de la comunidad científico-tecnológica frente a los planificadores en los países de nuestra región.

Pese a la importancia del factor “ciencia y tecnología” en el crecimiento económico, nunca encontramos una situación en que se hubiese pedido la opinión a la comunidad científico-tecnológica antes de formular el plan nacional.

La entrega de mayores recursos para la investigación es indispensable si el país quiere salir de aquí a fines del presente siglo de la situación de profunda crisis que vive, creando pleno empleo permanente y adecuadamente remunerado. Pero, al mismo tiempo, es indispensable organizar de modo apropiado la participación de la comunidad científico-tecnológica en el devenir nacional. Retomando en forma simple el recordado “triángulo de Sábato”, esa “participación adecuada” sólo es posible organizando ligazones fuertes entre los tres vértices del triángulo: Gobierno, Estructura productiva y Comunidad científico-tecnológica, esta última, verdadera infraestructura del desarrollo. Las relaciones entre los dos vértices –Estructura productiva y Comunidad científico-tecnológica– requieren estrechar los vínculos Empresa-Universidad, y crear, además, los medios para que el sector empresarial utilice, en forma mucho más intensiva, la capacidad de investigación y de creación de ideas de la Comunidad científico-tecnológica. Ello implica dar apoyo tributario y financiero a la empresa, con este preciso propósito. Es lo que se hace en todos los países industrializados, pero quiero mencionar sólo un ejemplo, de un país altamente desarrollado –Gran Bretaña–, con un gobierno mercadista y monetarista, el de la señora Thatcher, que ha establecido, por cuenta del Estado, un subsidio de 33% para cualquier programa de automatización industrial, y que también participa con el 50% del costo de los estudios técnicos que se necesitan para adaptar la automatización a las líneas de producción de la industria.

Una vinculación más estrecha de la Comunidad científico-tecnológica con el Gobierno se materializa y se refuerza por la consulta oportuna y permanente de las autoridades sobre decisiones importantes, en relación a problemas de desarrollo, educacionales, culturales y otros. Fundamental es, también, pedir consejo a esa Comunidad sobre el mejor destino de los fondos especiales que se entreguen para la investigación. En esta materia, es útil recordar que la ciencia “pura” gusta de su independencia, pero la ciencia aplicada está más sujeta a la exigencia de dar respuesta a problemas prácticos, muchos de los cuales son de dimensiones nacionales. Por lo tanto, creo que sería legítimo aceptar –para el caso chileno– las palabras del presidente Kennedy, pronunciadas en el centenario de la *Academia Nacional de Ciencias* de los Estados Unidos. Dijo: “Sólo los científicos pueden determinar los objetivos de sus investigaciones, pero la sociedad, al dar apoyo a la ciencia, debe tomar en cuenta sus propias necesidades”.

Naturalmente, estas ideas suponen que la Comunidad científico-tecnológica, entidad teórica y sin cuerpo, se dé ella misma un sistema de representación, y estreche sus relaciones internas. Pienso que un buen comienzo podría ser que los institutos de investigación más grandes constituyan consejos científico-técnicos consultivos, donde se expresen y se debatan ideas traídas desde fuera, para servir de orientación general a sus trabajos.

Será responsabilidad de la autoridad y de todo el país comprender la importancia básica de este factor en el progreso nacional, y darle el apoyo requerido. No me cabe duda que la Academia siempre estará dispuesta a dar toda su colaboración.

Señor presidente, señores académicos, amigos que han querido acompañarme en este acto, de tanta honra para mí: Les ruego excusarme la extensión excesiva de mi exposición sobre un tema que ha sido la preocupación de toda mi vida: el *desarrollo*. Quiero expresarles, también, mi profundo reconocimiento por la gentileza de su concurrencia, que me compromete de modo muy especial.



## DISCURSO DEL ACADÉMICO PROF. RODRIGO FLORES<sup>2</sup>, PRONUNCIADO EL 18 DE ABRIL DE 1984, EN LA RECEPCIÓN DEL INGENIERO RAÚL SÁEZ S. EN LA ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS

La Academia de Ciencias, celosa como debe ser de sus propios dominios, abre esta tarde, con entera confianza, sus puertas de par en par para que se incorpore a ella un nuevo miembro de número, un ingeniero que con sus ideas y sus obras ha conquistado un sólido prestigio en Chile y más allá de nuestras fronteras.

El papel de esta Academia, como el de todo organismo público, está sujeto a juicios y prejuicios. Su misma naturaleza, tan decisiva en el mundo de hoy, la hace controvertible. La ciencia en nuestro siglo, más que en todos los otros siglos juntos, es el carro que arrastra a los demás carros en la carrera cada vez más acelerada del progreso material, ¿Y qué rol debe desempeñar ella en las distintas regiones del mundo? He ahí la raíz del problema. No es lo mismo, ciertamente, hacer ciencia en un país opulento, con altos recursos para su investigación y desarrollo, que hacerla en un país del Tercer Mundo, donde los medios no alcanzan, a veces, para satisfacer necesidades elementales.

Hay, sí, una verdad incuestionable: ningún país, y cualquiera sea su nivel socioeconómico, puede sin más prescindir de la ciencia, sea para crearla, para ir a su zaga, o para aprovecharla.

Ciertamente que encuentro legítimo que existan investigadores que hagan ciencia, por el afán de saber, sin ningún fin utilitario inmediato. El deseo de aprender y comprender el mundo que nos rodea constituye una aspiración que el hombre lleva en lo más profundo de su ser: ya lo expresó Aristóteles hace más de dos milenios, cuando dijo: “todo hombre por naturaleza anhela el conocimiento”.

Creo, sin embargo, que en un país como el nuestro, que en el terreno del desarrollo económico no está ubicado en ninguno de los dos extre-

<sup>2</sup> RODRIGO FLORES ÁLVAREZ (1913-2007). Ingeniero Civil Universidad de Chile (1936). Ajedrecista destacado. Miembro de número entre 1970 y 2007. Premio Nacional Colegio de Ingenieros de Chile.

mos, el papel de la ciencia debe ser bien preciso: ir de la mano con la tecnología aplicada; por lo menos para la gran mayoría de sus investigadores.

Ésta, la tecnología, mal podría utilizarse cumplidamente si los especialistas dedicados a ella carecen del respaldo científico que la sustenta, pues de este modo corren el riesgo de transformarse en autómatas, en poco menos que en prolongaciones humanas de los equipos y máquinas que dependen de sus decisiones.

Y si la tecnología es hoy tan importante en todos los países, sean pobres o ricos, debe destacarse que en nuestro medio hay una persona que ha hecho de su estudio y de su aplicación el norte de toda su vida profesional, Raúl Sáez, quien ha estado siempre al auxilio del servicio público, dirigiendo empresas y organizaciones del Chile que crea una nueva infraestructura y empieza a modernizarse en 1938, con el visionario y constructivo gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda. Palanca principal en ese proceso de modernización fue, ciertamente, la Corporación de Fomento de la Producción, entidad que en sus mejores tiempos alcanzó a manejar directa o indirectamente más de un centenar de empresas productoras o de servicio.

La ENDESA, la CAP, la ENAP, ENTEL, la IANSA, la petroquímica, SOQUIMICH, INACAP, el Departamento de Planificación de la CORFO, antecesor de ODEPLAN, fueron, entre otros, los motores principales de esta nueva era. Y uno de los capitanes mayores de esa navegación hacia un destino mejor para todos los chilenos, y para que el concepto de patria dejara de ser una mera palabra, fue precisamente Raúl Sáez, incuestionablemente uno de los principales protagonistas de la modernización tecnológica en Chile.

Imposible omitir –por la relevancia de su cometido– que además fue el autor de la idea e impulsador de la creación de la *Fundación Chile*, organismo de tan vastas perspectivas. Promovió, igualmente, el estudio de los problemas de investigación y avance tecnológico en la CORFO y en la ENDESA.

Su vida, equilibrada síntesis de intelectual y de hombre de acción, ha sido extraordinariamente fecunda en acciones de beneficio público. Su curriculum vitae, como se supondrá, no es breve, y su lectura nos ocuparía más tiempo del disponible en esta ocasión. Con todo, es necesario recordar que, después de cursar sus humanidades en París, estudió ingeniería en la Universidad de Chile; recibió al egresar los premios Marcos Orrego Puelma y Eliodoro Gormaz, que lo acreditaron como el mejor alumno. Después, a lo largo de los años, sus cargos han sido muchos: gerente general de la ENDESA, vicepresidente de la CORFO, jefe de la *operación Riñihue*, coordinador de los Nueve Sabios de la Alianza para el Progreso, ministro de Hacienda y ministro de Coordinación Económica.

Ha participado, además, como presidente o director de comisiones de las Naciones Unidas, de la ALALC, del Pacto Andino, de la Renegociación de la Deuda Externa, de la chilenización del cobre, etcétera. Ha sido socio fundador y presidente del ICARE, y en la actualidad es miembro de la *Academia Internacional de Management*.

En el desempeño de todas estas altas responsabilidades, Raúl Sáez ha aplicado siempre un criterio científico en sus decisiones, siendo precisamente el antípoda del ejecutivo improvisador.

Por todo esto el Instituto de Ingenieros le otorgó la Medalla de Oro.

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad que esta tarde se incorpora como miembro de la Academia de Ciencias.

Nuestra Academia se siente particularmente honrada y orgullosa por contar, desde hoy, con un miembro de tan relevantes virtudes.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES,  
POLÍTICAS Y MORALES



# REFLEXIONES EN TORNO A LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD

DAVID STITCHKIN BRANOVER<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias Sociales,  
pronunciado el 19 de diciembre de 1985*

## 1. VOCACIONES DE LA UNIVERSIDAD

Para algunos lectores desprevenidos habrían de ser desconcertantes las diferencias, y aun las divergencias, que en un primer momento se advierten en torno a la idea de la Universidad. Sobre todo si se trata del pensamiento de hombres que se han ocupado de ella con acendrada vocación, cultivada inteligencia y honestidad cabal. Es decir, con el desinteresado interés de quien nada quiere para sí en tanto que ama y admira al ser amado. Y le entrega su incondicionada devoción.

Así, mal leído y entendido, Ortega y Gasset estaría preconizando –entre otras cosas– que “la Universidad consiste, primero y por lo pronto”, en la enseñanza superior que debe recibir el hombre medio; que hay que hacer del hombre medio un buen profesional; que “no se ve razón ninguna densa para que el hombre medio necesite ni deba ser un hombre científico”<sup>2</sup>.

De esto se seguiría que hay que partir del estudiante medio y considerar como núcleo de la institución universitaria, como su torso o figura primaria, “exclusivamente” aquel cuerpo de enseñanzas que se le pueden con absoluto rigor exigir, o, lo que es igual, aquellas enseñanzas que un estudiante medio puede de verdad aprender. Eso, repito –continúa Ortega–, deberá ser la Universidad en su sentido primero y más estricto<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> DAVID STITCHKIN BRANOVER (1912-1997). Abogado, Universidad de Chile (1937). Profesor Extraordinario de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Miembro de las Facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales y de Economía y Administración. Doctor Honoris Causa de la Universidad de Concepción (1980). Director del Seminario de Derecho Privado de la Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción, desde 1938 a 1946, juntamente con la Cátedra de Derecho Civil Profundizado y Comparado. Rector de la Universidad de Concepción desde 1956 a 1962 y marzo-diciembre de 1968.

<sup>2</sup> *El Libro de las Misiones*, Colec. Austral, Espasa Calpe S.A., Madrid, 9ª ed., 20-IV-1976, págs. 93-94.

<sup>3</sup> ORTEGA, ob. cit., pág. 91.

No obstante esta afirmación –como muchas otras– tan “demasiado acusada, violentamente esquemática y construida con puras aristas”, según su propio decir, Ortega hace en seguida una reserva presagiente de que su pensamiento va más lejos y más alto. Pues de inmediato agrega esta sentencia advertidora: “Ya veremos luego como la Universidad tiene que ser además y luego algunas otras cosas no menos importantes”<sup>4,5</sup>.

Sin embargo y a pesar de esta advertencia, quedan en pie, o al menos sonando en el oído, las expresiones hombre medio, estudiante medio, enseñanzas que pueda aprender, buen profesional. Y queda en pie aquello de que eso deberá ser la Universidad en su sentido primero y más estricto.

Opuesto es el punto de partida de la idea de Jaspers. Para él la Universidad tiene por misión la búsqueda de la verdad. Se sirve, para ello, de la ciencia, en una comunidad de investigadores y discípulos. La verdad es más que la ciencia, pues se realiza en una abarcante vida espiritual. Entonces, dice Jaspers, es esta vida espiritual el movimiento propio en la Universidad<sup>6</sup>. La Universidad es sólo una figura, entre tantas, de las que adopta esa vida espiritual y de entre ellas, “es la sede en la cual la sociedad y el Estado permiten el florecimiento de la más clara conciencia de la época. Allí pueden reunirse hombres que, en calidad de docentes y alumnos, tienen la única misión de aprehender la verdad”<sup>7</sup>. “Porque el que en algún lado tenga lugar una incondicional indagación de la verdad constituye un derecho del hombre como hombre”<sup>8</sup>. La voluntad básica del hombre es osar a cualquier precio la ilimitada búsqueda de la verdad. Sólo esto le permite ascender, en la experiencia del ser, hasta la altura alcanzable<sup>9</sup>.

“La Universidad plantea la exigencia de la voluntad de saber sin compromisos. Puesto que el conocer sólo es posible en la iniciativa independiente, su fin es esa independencia y por eso, para la vida, donde quiera que sea, la propia responsabilidad del individuo. Dentro de su esfera ella no reconoce ninguna autoridad: sólo respeta la verdad en sus formas infinitas, esa verdad que todos buscan, pero que ninguno posee en forma definitiva y acabada”<sup>10</sup>.

La Universidad es, por tanto, la búsqueda del conocimiento, sustancialmente basada en la voluntad de saber originaria, para la cual el conocer es un fin en sí mismo. En la Universidad la investigación no sólo tiene lugar

<sup>4</sup> ORTEGA, ob. cit., pág. 58, *Nota preliminar*.

<sup>5</sup> ORTEGA, ob. cit., pág. 91.

<sup>6</sup> KARL JASPERS. *La idea de la Universidad*. Editorial Sudamericana, Bs. Aires, 1959, págs. 392-394.

<sup>7</sup> Ob. cit., pág. 392.

<sup>8</sup> Ob. cit., precedente.

<sup>9</sup> Ob. cit., pág. 393.

<sup>10</sup> Ob. cit., pág. 436; en igual sentido, véase Max Weber, cita 28.

porque otorga los fundamentos para la educación científica en las profesiones prácticas, sino porque la Universidad existe para la investigación, porque se consuma en ello su sentido<sup>11</sup>.

En esta vibrante y apasionada visión de la Universidad, “la Universidad no es una iglesia, no es una orden, no es un misterio, no es campo para la actividad de profetas y apóstoles. Su principio es proporcionar en el campo espiritual todos los instrumentos y posibilidades; el conducir hasta los límites, pero el dejar al estudiante liberado a sí mismo y a su propia responsabilidad en todo lo que es decisivo en el obrar; responsabilidad que es justamente despertada por el conocimiento y llevada al más alto nivel posible y hasta la más clara conciencia de su significado<sup>12</sup>.”

Pero Jaspers no olvida que, si bien el Estado otorga los medios para que la vida universitaria desarrolle sus fines propios de investigación y de conocimiento contemplativo, representativo para todos, también lo hace “para que las profesiones de la sociedad encuentren allí su sustento espiritual, su formación y los conocimientos científicos que necesitan desde el punto de vista práctico”<sup>13</sup>. Así, pues, la Universidad provee “enseñanza especializada para profesiones cuya idea es llevada a cabo por los hombres; profesionales cuyo fundamento es la científicidad”. Por consiguiente, “la mejor preparación no es el aprendizaje de un saber delimitado, sino la enseñanza y el desarrollo de los órganos para el pensar científico. Entonces a lo largo de la vida es posible una ulterior formación científico-espiritual”<sup>14</sup>. En orden a la preparación para estas profesiones, la Universidad sólo puede proporcionar la base; la preparación propiamente dicha se sigue de la *praxis*.

Si bien es conveniente en la formación especializada que el estudio teórico contemple la mayor cantidad posible de materias que a la vez tienen importancia para la *praxis* ulterior, lo más importante sigue siendo “el espíritu móvil, el planteo de interrogantes y el dominio de los métodos”.

Pues en estas profesiones “lo que decide no es la posesión de lo aprendido, sino la capacidad de juzgar”, que “no se adquiere en el aprendizaje de la materia del saber, sino por el contacto con la investigación viva”<sup>15</sup>.

En fin, la Universidad, de acuerdo con su nombre, es *universitas*: el conocer e investigar subsisten, sin embargo, sólo como un todo, aunque se desarrollen sólo dentro del trabajo especializado. La Universidad decae cuando se convierte en un agregado de escuelas profesionales, junto a las cuales admite, como adornos sin valor, diletantismos y la llamada cultura

<sup>11</sup> Ob. cit., pág. 436; véase Ortega, ob. cit., págs. 118 y 120.

<sup>12</sup> Ob. cit., pág. 436; en el mismo sentido se pronuncia Max Weber, La ciencia como profesión vocacional, en *La idea de la Universidad en Alemania*, ob. cit., págs. 325 a 329.

<sup>13</sup> Ob. cit., pág. 500.

<sup>14</sup> Ob. cit., págs. 428-429.

<sup>15</sup> Ob. cit., pág. 429.

general, charla insustancial sobre vulgaridades. La vida científica subsiste *en relación con un todo*. Por eso el sentido de la Universidad es colmar a sus alumnos con la idea de este todo de su materia especial y la idea del todo del conocimiento<sup>16</sup>.

En cuanto al estudiante, viene a la Universidad no sólo a estudiar las ciencias y a prepararse para una profesión. Espera algo más. La Universidad representa para él el todo de las ciencias y siente veneración por ese todo. Espera experimentar algo del mismo y gracias a este todo hallar una cosmovisión fundamentada. Espera que se le abran las puertas de la verdad, espera que se le aclaren el mundo y los hombres, y que todo se le presente como un infinito orden, en un cosmos. El trabajo científico, de acuerdo con la idea, es espiritual, vale decir que está referido al todo de lo que es posible conocer<sup>17</sup>.

Lejos estamos, en esta concepción de Jaspers, del estudiante medio, del hombre medio, del buen profesional, que visualiza Ortega y Gasset en una primera –y obviamente acusada y violenta– aproximación. Para Jaspers, el estudiante (que toca las puertas de la Universidad, a la manera de Kafka que se presenta ante el centinela de las puertas del Castillo) es un hombre de ciencia y un investigador en ciernes, y sigue siendo toda su vida un hombre filosófico-científico cuando ha penetrado en aquel movimiento de crecimiento de la idea, aunque ejerza su actividad práctica de dar forma a la realidad, que no es menos que el rendimiento científico en el sentido más estricto, literalmente visible<sup>18</sup>.

No podemos desentendernos de las diferentes circunstancias en que se dan el pensamiento de Ortega y el de Jaspers. Aquél, en la España de 1930, habla a invitación de la Federación Universitaria Escolar de Madrid, que debatía la urgencia de una reforma. España venía saliendo de la dictadura de Primo de Rivera y pocos años más tarde caería en la guerra civil que fue preludio de la Segunda Guerra Mundial. Jaspers escribe en Heidelberg, en la Alemania de 1945 al término de la guerra, y luego de un período de doce años en “que trabajaron en el aniquilamiento moral de la Universidad”, según se lee en el prólogo de su obra. Las circunstancias circundantes son, pues, hartamente diferentes para uno y otro. Aun más. Tal como apunta Jaspers, la manifestación de la Universidad se transforma juntamente con las transformaciones de la sociedad y de las profesiones<sup>19</sup>. También los hombres. Entre ellos el mismo Jaspers, que prelude su obra con estas sencillas y conmovedoras palabras, conmovedoras justamente, por su sencillez: “Con el título *La idea de la Universidad* publiqué en 1923

<sup>16</sup> JASPERS, ob. cit., pág. 430.

<sup>17</sup> JASPERS, ob. cit., págs. 422-423.

<sup>18</sup> JASPERS, ob. cit., págs. 436-437.

<sup>19</sup> JASPERS, ob. cit., págs. 500-501.

un trabajo agotado ya hace mucho. El presente no es una segunda edición ni tampoco una reelaboración, sino un nuevo proyecto, sobre la base de la experiencia de las últimas desgraciadas décadas. Sólo se han utilizado pasajes aislados del viejo trabajo<sup>20</sup>. No hemos tenido a mano ese ensayo. Mas no cabe duda del cambio experimentado por Jaspers entre 1923 y 1945, al grado de elaborar lo que él califica de nuevo proyecto en torno a la idea de la Universidad.

También Ortega que, al autorizar la publicación de su ensayo sobre la misión de la Universidad, anticipa al lector que en manera alguna entiende haber tratado de modo suficiente el tema universitario. “Las páginas que siguen, dice Ortega, no tienen más pretensión que las de servir como materia para un amplio debate”<sup>21</sup>. Para un diálogo habría dicho nuestro recordado Jorge Millas. Que es lo mismo que aceptar, desde la partida, que a nuevas circunstancias, condiciones y contrapartidas, se está dispuesto a admitir nuevas conclusiones. Pues nada está detenido. Sólo en camino y en trance de caminar.

Hecha esta salvedad en justicia de ambos, quien se ocupe hoy de la Universidad se sentirá sorprendido frente a las encontradas posturas iniciales, porque no cabe, en esta ocasión, referirse a las exigencias y concesiones que ambos van imprimiendo a su pensamiento en el curso de sus trabajos. Valga decir solamente que a la postre las coincidencias son muchas y las diferencias se esfuman o debilitan grandemente. Así Ortega (del mismo modo que Jaspers, sólo que aquel habla a la española y Jaspers a la alemana) afirma que el régimen interior de la actividad científica no es vital: el de la cultura sí. La que tiene que ser en todo instante un sistema completo, integral y claramente estructurado. *Es ella el plano de la vida*, la guía de caminos por la selva de la existencia<sup>22</sup>. Afirma, también, que la Universidad es, además, ciencia. Pero “no es un *además* cualquiera y a modo de simple añadido y externa yuxtaposición, sino que la Universidad tiene que ser, *antes* que Universidad, ciencia”<sup>23</sup>. Y para Ortega, igual que para Jaspers, no es ciencia explicar o aprender el contenido de una ciencia. En su propio y auténtico sentido, ciencia es sólo investigación: plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución<sup>24</sup>.

De modo que si en esta ocasión me he valido de ambos, Ortega y Jaspers, ha sido sólo con el propósito de señalar dos planteamientos que estarían asignando fines diferentes a la Universidad; diferencias que en el pensamiento final de ambos serían –repito– más aparentes que reales.

<sup>20</sup> Ob. cit. Prólogo, pág. 391.

<sup>21</sup> ORTEGA, ob. cit. Nota preliminar del autor en ed. 1930.

<sup>22</sup> ORTEGA, ob. cit., pág. 107.

<sup>23</sup> ORTEGA, ob. cit., pág. 120.

<sup>24</sup> ORTEGA, ob. cit., pág. 95.

## 2. LA FORMACIÓN PROFESIONAL: FINALIDAD NECESARIA PERO NO ÚNICA

Dicho en el estilo esquemático del estudio de Ortega, ¿será fin primordial de la Universidad preparar buenos profesionales en ciertas especialidades? No, parecería contestar la ley vigente, cuyo primer artículo define la Universidad como “una institución de educación superior de investigación, raciocinio y cultura que, en el cumplimiento de sus funciones, debe atender adecuadamente los intereses y necesidades del país, al más alto nivel de excelencia”<sup>25</sup>. En cuanto a sus fines, el artículo segundo enuncia cinco, de los cuales dos consisten específicamente en “formar graduados y profesionales idóneos” y “otorgar grados académicos y títulos profesionales reconocidos por el Estado”. Otros dos le asignan los de “promover la investigación, creación, preservación y transmisión del saber universal y el cultivo de las artes y de las letras”, y “contribuir al desarrollo espiritual y cultural del país, de acuerdo con los valores de su tradición histórica”. Y el quinto le asigna la misión, “en general”, de realizar las funciones de docencia, investigación y extensión que son propias de la tarea universitaria.

Sin embargo, de la regulación legal que sigue resulta que las nuevas universidades chilenas, para ser reconocidas como tales, deben contemplar en sus estatutos el otorgamiento de a lo menos un título profesional de aquellos que la ley les reserva en exclusividad, y no pueden extender su actividad a “otros títulos profesionales” mientras no estén otorgando, a lo menos, tres de los títulos profesionales que la ley les reserva.

En sustancia, a la luz de la normativa legal vigente, para gozar (o merecer) la jerarquía de Universidad bastaría –entre otras cosas– que el plan de estudios contemple *una* enseñanza profesional especializada de aquellas que la ley reserva a las universidades. Si bien le quedaría vedado conferir títulos en otras profesiones en tanto sus planes de estudios no hubieren completado a lo menos tres de los doce títulos que la ley les asigna.

En fin, la existencia misma de las universidades es precaria, relativamente a este respecto. Pues el Ministerio de Educación puede darles término si dejan de otorgar esos títulos. No basta, por tanto, que promuevan la investigación, creación, preservación y transmisión del saber universal, etcétera. Ni siquiera es bastante que –empleando las expresiones del texto legal– “realicen las funciones de docencia, investigación y extensión que son propias de la tarea universitaria”. Pues es condición determinante que otorguen uno o más de los “títulos profesionales reconocidos por el Estado”. Y mientras sean menos de tres no les será permitido extender su acción docente a otras áreas profesionales.

<sup>25</sup> Decreto con Fuerza de Ley N° 1, de 30 de dic. de 1980.

En sustancia, ante la ley se trata –digámoslo derechamente– de que las universidades preparen necesariamente abogados, arquitectos, bioquímicos, cirujanos dentistas, ingenieros agrónomos, ingenieros civiles, ingenieros comerciales, ingenieros forestales, médicos cirujanos, médicos veterinarios, psicólogos y químicos farmacéuticos.

No está mal que lo hagan. Por el contrario, está bien. O puede estarlo. Sólo que no se advierte por qué han de hacerlo “para ser” universidades. Ni por qué estas “profesiones” son las determinantes de la calidad universitaria, y no lo son otras disciplinas como teología, filosofía, sociología, biología, cibernética, astronomía, geografía, etc.

Es cierto que la sociedad necesita abogados, médicos, veterinarios, etcétera. Y que sean idóneos en lo suyo. La pregunta es otra; si la Universidad debe asumir la formación de “esos” profesionales para “ser” Universidad. Si “eso” es lo que le confiere jerarquía universitaria.

De esta se sigue otra duda más simple que la anterior: admitiendo que la Universidad debe atender las necesidades sociales, ¿son esas las profesiones que la sociedad requiere? Y calando más hondo: ¿a quiénes compete, quiénes poseen competencia, idoneidad, para determinar las especializaciones (profesiones) que la sociedad requiere? ¿El Estado o las universidades cuyo ejercicio las mantiene en análisis atento y constante del quehacer social y de los problemas que este quehacer plantea?

Valga el ejemplo de la pedagogía, que venía siendo profesión universitaria y de grande estima en la educación superior. El Estado decidió que no era una disciplina de tal rango y en consecuencia no la reservó “exclusivamente” a las universidades. De aquí se siguió que la formación profesional en pedagogía no era título bastante para que los institutos de educación superior pudiesen tener a los ojos de la ley, jerarquía universitaria.

Recientemente el Estado rectificó su criterio. Y de una plumada resolvió la situación disponiendo que la Academia de Ciencias Pedagógicas de Santiago (que daba formación profesional en pedagogía, aunque sin título universitario “porque” la Academia no era entidad “universitaria”) se tuviese por convertida en Universidad, ahora con el nombre de Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, creada por la misma ley que suprimió la Academia. Muerte y resurrección. Con igual función e igual contenido.

Bien está que así haya sido en el caso de la Academia y en el campo de la pedagogía. Nos hemos referido a este caso, de reciente data, no para reprobear el cambio de criterio respecto de una disciplina de indiscutida valía intelectual e importancia formativa individual y social. Sino a propósito de los fines de la Universidad y las funciones que le son consustanciales. Y del riesgo que entraña la intervención del Estado en la calificación de lo que es y lo que no es universitario en el área de las ciencias y de la enseñanza especializada de disciplinas de la naturaleza y del espíritu, y de las

profesiones que la sociedad reclama para satisfacción de las necesidades comunitarias. Pues, como decía Humboldt, el Estado debe siempre tener conciencia de que sin él el asunto en sí andaría mucho mejor<sup>26</sup>.

Mayor es el riesgo –y más profundos los perniciosos efectos– de basar la jerarquía universitaria en el acoplamiento de ciertas profesiones prácticas –tres en nuestro país, y una para comenzar–, que el Estado califica y descalifica a su solo criterio, en uso de sus potestades –según acaba de verse en el caso de la pedagogía–, atendiendo a factores o intereses que las más de las veces no conciben con la idea y los fines de la Universidad. Ni con su misión sustancial, que son las ciencias de la naturaleza y del espíritu, ni con la formación del estudiante en el espíritu y la vocación de cientificidad, ni en el sentido de un todo, de una totalidad, de la que son sólo manifestaciones parciales –fragmentadas– las especializaciones del conocimiento científico. Y hasta el saber aplicado de profesiones, cuya preparación asumen las universidades proporcionándoles la formación científica en que descansan, por lo general con prescindencia de si el Estado las califica o no de universitarias. Que esta libre determinación de las universidades es uno de los atributos sustantivos inherentes a su autonomía.

Véase, pues, hasta dónde puede llegar la distorsión de la idea de la Universidad al identificarla con la formación de ciertas profesiones prácticas, aun cuando sean de aquellas que requieren una cierta base de conocimientos pertenecientes al área de las ciencias. No es asunto de aritmética; de cuántas sería menester acoplar para constituir una Universidad. Podrían darse las doce –¿trece ahora?– que contempla la normativa vigente y, no obstante, hallarnos en condiciones inferiores que las de una auténtica Universidad que no impartiese enseñanza “profesional”, esto es, dirigida a la aplicación práctica del conocimiento adquirido y de la destreza alcanzada en su ejercicio. Esto lo saben de sobra cuantos han participado por íntima vocación en el quehacer universitario y han compartido, así fuera como meros testigos, la expectación del logro de un atisbo de conocimiento, o la comprobación, por la propia experiencia o acción, de un conocimiento recibido, la comprobación de una hipótesis nacida en el desarrollo de la investigación, del estudio o la experiencia, o la clarificadora exposición de un pensamiento que abre nuevos caminos, apunta a nuevos horizontes y plantea nuevas interrogantes que se hallaban dormidas o escondidas. En esos momentos, cada uno de nosotros *somos* Universidad, somos parte del proceso en la tarea creadora, por mínima o insignificante que hayan sido nuestra presencia y participación. Y percibimos el sentido de la idea de la Universidad; percibimos en qué consiste la autenticidad de su ser y su quehacer, y valoramos cabalmente la sustancia del aporte que

<sup>26</sup> Cita JASPERS, ob. cit., pág. 501 y Ulrich Karpen, Análisis del Desarrollo de las universidades en la República Federal de Alemania, *Revista Academia*, N° 11/1985, págs. 288-289.

hace al hombre y a la sociedad. Para el hombre-individuo es la actividad libre y creadora que asume y desarrolla por su libre y espontánea voluntad, en la que afina su individualidad específica, su identidad personal, a la vez que la ligazón que le une a los otros en una real comunión de propósitos y de trabajo querido y compartido. En ella ve Fromm la conquista de la libertad individual y la superación del miedo a la libertad<sup>27</sup>.

### 3. LA UNIVERSIDAD COMO PERMANENTE HACER

La Universidad no es, pues, un almacén de conocimientos clasificados, etiquetados y conservados, al que llega el estudiante para adquirir los que requiere a fin de aplicarlos a cierta práctica que le rendirá satisfacción o provecho.

Max Weber contrastaba lo que veía de diferente entre el pragmatismo del estudiante norteamericano y el idealismo del estudiante alemán. El primero –decía– “que no tiene respeto por nada ni por nadie, por ninguna autoridad, excepto la del mérito propio de la persona respectiva” –y eso lo llama democracia. Opina: el maestro con que me enfrento me vende sus conocimientos y métodos por el dinero de mi padre, del mismo modo como la verdulera le vende el repollo a mi madre<sup>28</sup>.

Ha de tenerse cuidado en observar que Weber se está refiriendo al *idealismo* alemán que impulsa al estudiante a la búsqueda –y la exigencia– de una *cosmovisión* que habría de hallar en su encuentro con la Universidad, a diferencia del estudiante norteamericano que no sólo no pretende tal cosa sino que la rechaza en cuanto –a su entender– interferiría con la libertad de su conciencia. Pues ha de recordarse que la sociedad norteamericana de los Estados Unidos está conformada por ciertos principios que tutelan no sólo la vida privada, sino también la vida pública de los ciudadanos, cuya enunciación ha sido dada en las Constituciones de los Estados federados y cuyo origen último se halla en el Decálogo. Siendo el más importante para ellos la libertad de su conciencia y la inviolabilidad de su mente.

La Universidad es un permanente hacer, en la investigación como en la docencia. La Universidad vive inacabada, en gerundio que es intemporal, en una acción que no se detiene; en una tarea que se cumple en presente, atada al ayer y proyectándose al mañana: investigando, enseñando, intentando, ensayando. Nada está definitivamente acabado. Una obra de arte

<sup>27</sup> ERICH FROMM, *El miedo a la libertad*, Editorial Paidós Ibérica S.A., Barcelona, España, 6ª reimpresión, 1982, págs. 286-288.

<sup>28</sup> MAX WEBER, “La ciencia como profesión vocacional”, conferencia pronunciada en 1918, ante estudiantes de la Universidad de Munich, publicada en el volumen *La idea de la Universidad en Alemania*, ob. cit., pág. 330.

puede ser realmente “acabada”, dice Weber, y entonces “nunca será superada y anticuada. En la ciencia, en cambio, cualquiera sabe que nuestro trabajo habrá envejecido dentro de diez, veinte o cincuenta años. Este es el destino, más aún, es el sentido del trabajo de la ciencia”, cada “acabamiento” científico implica nuevos “interrogantes” y pide ser “superado” y envejecer<sup>29</sup>. Por tanto, la Universidad carece de “productos” para la “venta”, a diferencia de la verdulera de Weber. Los contenidos de las ciencias son los contenidos de hoy; no hay certeza de cuáles o cómo serán los de mañana.

Esta es la lección inicial que recibe el estudiante al incorporarse a la vida universitaria. Y la que imprime autenticidad en su ser a la Universidad que lo recibe. Si esto no se da, la Universidad no es auténtica, no es tal; falsifica el sentido de su misión y la naturaleza de su ser.

La lección quedaría trunca si no le señalase, a la vez, al estudiante, qué es lo que realmente le ofrece, y cómo habrá de participar en la búsqueda de aquello que le ha impulsado a pedir que se le admita en el quehacer universitario. La Universidad debe enseñarle el recorrido del hombre en esa misma búsqueda, el desarrollo del pensamiento, del concepto y las ideas, el rigor de la lógica, la experimentación racional sometida al control de principios y reglas objetivas y coercitivas, como bases irreductibles de validez de toda investigación; en una palabra, las reglas del método lógico y científico y su rigor en la búsqueda de la verdad. El contenido actual de las ciencias naturales y del espíritu será, por tanto, sólo el punto de partida que la Universidad ofrecerá al estudiante como espléndido presente que habrá de servirle de plataforma en la prosecución de la búsqueda no acabada a que ha sido admitido.

Estaría faltando aún la respuesta al “cómo” intervendrá el estudiante en el proceso de búsqueda. El estudiante ha sido admitido a participar en él y participar es tener parte en el proceso, de manera que ésta sea una actividad compartida y los resultados sean efecto de un quehacer común. Es aquí donde la idea de “comunidad” de académicos y estudiantes alcanza su verdadero y cabal sentido.

La respuesta más clarificadora al “cómo” la dio Jorge Millas recibiendo en la Universidad de Chile a los estudiantes de la clase 1962. Existe un vínculo *sui generis* propio de los seres humanos, les dijo: el de la relación dialogante. El diálogo supone, para ambos individuos, una situación imperfecta, como podría ser la perplejidad ante un problema. Supone, también, admitir que el interlocutor puede ayudarnos a superar esta situación. Y, por último, supone que hay una meta común, de conocimiento o de solidaridad, una nueva situación a la cual tendemos y que trasciende la subjetividad de los puntos de partida. Es este, concluyó, el género del

<sup>29</sup> MAX WEBER, ob. cit., pág. 316.

entendimiento sobre un modo de hacer en común, en que la Universidad consiste<sup>30</sup>.

Es de esta manera, mediante el diálogo (nombre, hoy, por desgracia pervertido, advertía Jorge Millas en ese año 1962), que el estudiante se incorpora al quehacer universitario y es partícipe en la tarea para la que fue admitido y en la que se le aceptó integrarse.

Sólo que el estudiante se aplica al conocimiento de una cierta disciplina. No a todas, que excederían sus fuerzas. Y ni siquiera al de la totalidad de esa cierta disciplina, sino a una de sus partes o áreas. De modo que la Universidad debe proveer a que el estudiante adquiera conciencia de que su conocimiento será no sólo fragmentario, sino falso o perturbador si no lo relaciona con la totalidad. Y aun el conocimiento global de la disciplina –a la que estaría referido el estudio especializado de la parte o fracción– conduciría, asimismo, a lo que Ortega, siempre polémico y punzante, llamaba el “bárbaro especializado”, aludiendo a aquel que sabiendo muchísimo de “algo” carece de la visión global y totalizadora de la condición del hombre y de los componentes, conscientes e inconscientes, racionales e irracionales, que determinan su conducta, sus impulsos, sus metas, sus esperanzas, sus frustraciones y sus temores. En sustancia, de la suma de ideas, valores y sentimientos que en un tiempo dado “hacen” la cultura de una sociedad.

De ahí que en la Castalia, del *Juego de Abalorios*, de Hesse, cada *Magister* se entregaba, ensimismado, a la disciplina o al arte de su vocación. Y no era perturbado en su ahondar en el cultivo de la ciencia o el arte que profesaba en seguimiento de su impulso y de su voluntad de conocimiento, ni tampoco en la enseñanza que impartía a sus discípulos, atenaceados por igual voluntad de conocimiento. Así era Castalia. Y los escogidos discípulos admitidos en ella. Pues muy firme debía ser la vocación de esos discípulos y mucho más su voluntad de perseverar en la búsqueda sin término.

Y espaciadamente, en períodos regulares, tenían lugar los Juegos que presidía el *Magister Ludi*, el más alto rango de Castalia. El *Magister Ludi* era designado por sus pares como suprema autoridad de Castalia y conductor de los Juegos, en cuanto sus virtudes, su serenidad y templanza, el vuelo de su inteligencia y el ordenado y no desfallecido proceso del pensamiento, le habían conducido a los límites alcanzables de la suma del saber en las ciencias de la naturaleza y del espíritu, de las artes y del conocimiento de sí mismo y de la naturaleza humana.

En esos Juegos se perseguía hallar la fórmula –o ecuación– que contuviese la cifra del conocimiento, la verdad última, la palabra final que resumiera el total del saber, y de las artes y del espíritu.

<sup>30</sup> JORGE MILLAS, Los estudiantes y el deber intelectual, *Estudios de Ética*, Sociedad Chilena de Filosofía, Santiago, 1984, pág. 384 y su nota al pie.

Terminados que eran los “Juegos” cada *Magister* retornaba a sus particulares investigaciones y enseñanzas, que habrían de incrementar su aporte de sabiduría y experiencia a la trama y conjugación de las ciencias y las artes que se intentaría en los próximos Juegos. Y así por siempre, hasta alcanzar alguna vez –si se alcanzaba– la fórmula totalizadora y perfecta resumidora del conocimiento, de la sabiduría y de la suprema verdad.

En la Castalia de Hesse la ciencia no es mero diletantismo del saber para luego olvidar, ni el objeto egoísta del conocer para atesorar conocimientos a la manera del avaro que esconde sus monedas. Allí se persigue que los resultados de la labor científica “*importen*” en el sentido de ser dignos del saber<sup>31</sup>. Y que el conocimiento sea comunicado y compartido, como fruto resultante de la comunidad espiritual de todos, maestros y discípulos.

Se trata, tanto en la Castalia ideal de Hesse como en la Universidad de nuestro mundo real, de la reunión de hombres que “conocen” científicamente y “viven” espiritualmente. “El sentido originario de la *universitas* como comunidad de docentes y alumnos es tan importante como el sentido de la unidad de todas las ciencias”<sup>32</sup>.

Pues sólo pertenece a la verdad el que todo lo espiritualmente dicho y aprehendido tenga efecto sobre los hombres. “La misma comunicación es una fuente para hallar la verdad porque experimenta ese efecto”. “La comunicación convierte a la Universidad en una vida de la verdad”<sup>33</sup>. La comunicación entre investigadores, docentes y estudiantes, en búsqueda del conocimiento circumprehendente, como le denomina Jaspers, a través o mediante el diálogo, es el *Juego de Abalorios* en el mundo ideal de Castalia, donde la verdad “está desvinculada de toda responsabilidad inmediata”.

#### 4. VOCACIÓN DE SABER

Obviamente, esto supone una cualidad específica que no todos poseen. O por lo menos con el grado de intensidad requerido: la vocación de saber, la vocación de conocimiento. No bastan la inclinación gustosa, la “ocurrencia” afortunada, la inspiración que surge y se apaga como fuego fatuo por falta de la tenacidad y disciplina para aprehender en la tierra la visión del espíritu o del intelecto. Se requiere *pasión* de conocimiento. Es la pasión de saber la que impulsa y sostiene el trabajo perseverante, e imprime la disciplina que lo hace eficaz y válido. El aficionado puede tener una ocurrencia afortunada, una inspiración feliz, pero carece de la sólida se-

<sup>31</sup> MAX WEBER, ob. cit., pág. 323.

<sup>32</sup> JASPERS, ob. cit., pág. 444.

<sup>33</sup> JASPERS, ob. cit., pág. 446.

guridad del trabajo sistemático y no es capaz –por lo general– de estimar su alcance o llevarla a término en su última consecuencia. Es cierto que la inspiración no sustituye al trabajo, ni éste a la inspiración. Pero de ordinario no hay ocurrencia –advierte Weber– si el científico no hubiese cavilado en el escritorio y si no hubiese inquirido con pasión<sup>34</sup>.

Esta condición es imperativo común a investigadores, docentes y discípulos. Sin la intransigente voluntad de participar en el saber activamente buscado, habría sólo una agrupación de individuos desvinculados entre ellos, movidos por intereses diferentes y extraños, sin otra relación que la proximidad de sus centros de actividad, el uso alternado de laboratorios, equipos, aulas y bibliotecas, y la dependencia de una autoridad común. Esto es, una apariencia de comunidad, válida del prestigio del sello universitario pero carente de contenido. Recordando la interrogante que se planteaba Saint-John Perse en torno a la sociedad contemporánea, nos preguntaríamos, como él, si la madurez forzada de tales hombres obligados a vivir en una comunidad sin comunión, no conduce a una falsa madurez. Lo que es grave en extremo en el caso de las universidades, si se considera el efecto de engaño que entrañaría dentro y fuera de ellas. En el seno de la Universidad, por la secuela de confusión y frustración de aquellos maestros y discípulos de auténtica vocación, que deambulan extraños en un medio que, cuando no les es hostil –porque estorban–, les vuelve las espaldas porque su atención está puesta en otras cosas. Y en el ámbito social, por la erosión que el engaño va produciendo, primero en la respetabilidad de la institución universitaria, luego, en la idea de la Universidad misma, cuyo ser y valor social pasan al terreno ambiguo de la duda; y, por fin, en la confianza que han de merecer los profesionales formados en ella, cuya acción práctica compromete la fe pública no sólo en cuanto a la capacitación que requiere la especialidad aplicada, sino –igualmente– a las condiciones morales de quienes la practican.

La intensidad de la vocación varía de unos a otros. Sólo que la Universidad exige que, a lo menos, sea bastante para mantener activos el entendimiento y la voluntad de saber. Pues son la sustancia de que la Universidad se nutre. La tibieza, la indolencia y, peor aún, la indiferencia del transeúnte –que los hay– no sólo dañan la salud de la Universidad sino que la ponen en riesgo de enervar su quehacer o dejarla atrapada en otros, que pueden ser urgentes y de valía, pero no los suyos, con abandono de los que son de la esencia de su ser y que, por serlo, ha de atender y cumplir a cabalidad; que no tiene otro modo de cumplirlos si no es a cabalidad. Bueno es que en la Universidad se mire el sendero por donde transita y los accidentes del camino. Pero que el mucho mirarlos no le haga perder

<sup>34</sup> WEBER, ob. cit., pág. 313.

la ruta. Spranger, de regreso a su cátedra, al cabo de forzada ausencia, disertó en su primera lección sobre lo que llamó “Patología de la Cultura”. Explicó que la cultura puede enfermar al igual que los seres vivientes. Digamos nosotros que la Universidad también puede enfermar tal como la sociedad de la que es parte. No enfermará como ente singular, autónomo, desprendido del cuerpo social en que está inserta, sino como parte de una sociedad enferma. Si la Universidad se salva afirmando su ser propio, de modo que no sea distorsionada ni condicionada al servicio de contingencias que le son ajenas –aunque no indiferentes– podrá salvar a la sociedad entera, enferma o en proceso de enfermar. La salud de la Universidad puede ser otro de los remedios que propone Spranger para proteger a la sociedad contemporánea de los males que la acechan y ya estarían hincando en ella sus dientes.

Esta misión pesa sobre el cuerpo académico, incluyéndose en éste todas las categorías que institucionalmente se dieron. Pues a la Universidad llegan muchos. Pero se quedan pocos. Me refiero, obviamente, a los que deciden permanecer adscritos a su servicio y a su causa. Y son estos pocos quienes aportan la levadura del quehacer universitario, entregando, jornada a jornada, y aun en el ocio o el descanso, ese “algo más” que se dice hay en el hombre y que crea la vinculación de comunidad, la comunidad espiritual que, como decía Jorge Millas, “está formada por seres pensantes y se realiza en la comunicación de las inteligencias, para las que no valen retóricas ni consignas, y en los vínculos éticos del respeto a la dignidad del prójimo, que no toleran hacer del hombre un instrumento, ni siquiera a pretexto de salvar al hombre mismo”<sup>35</sup>.

Los estudiantes llegan a la Universidad algunos movidos por lo que Jaspers llama la voluntad originaria de saber. No son los más, pero los hay. Otros, en busca de preparación para el ejercicio de una profesión. Son los más numerosos. Otros, en fin, porque el sistema socio-educacional no les abrió otros caminos. Todos esperan, no obstante, hallar en la Universidad un “algo más” que el saber científico o la preparación profesional. Ese “algo más” es un mundo de valores que difícilmente podrían describir; sólo “saben”, o más bien “presienten”, que existe y que la Universidad pondrá a su alcance o los conducirá a sus puertas. La Cenicienta –comenté en una ocasión– lloraba con desconsuelo no porque quisiese bailar, sino porque se le negaba acceso a un mundo superior, donde reinaban la gracia, el encanto, el refinamiento y la belleza. El “baile” de nuestro cuento es la Castalia de Hesse, que espera encontrar el estudiante al llegar a la Universidad. Y es aquí donde entra a desempeñarse la acción invisible de los maestros e investigadores de auténtico rango universitario. El investigador

<sup>35</sup> Ob. cit., pág. 387.

es ciencia viva y docencia actuante si se mantiene en comunicación con la comunidad universitaria. Su actividad en la investigación, tenaz, perseverante, fatigosa, indomable, es lección ejemplar de que el saber no es don gratuito y debe ganárselo cada uno; y también de que cada avance en el saber, por pequeño que parezca, es un gozo insustituible del espíritu. Y este gozo –insustituible– compartido con los compañeros de ruta, es el mundo superior, la esfera de valores que la Universidad ofrece al que llega hasta ella.

El maestro, sin proponérselo y a veces a pesar suyo, es igualmente enseñanza actuante, más allá del contenido de la ciencia que explica, cuando hace entrega de su ser entero en la lección que imparte. Justamente porque se olvida de sí mismo, y su voz, su gesto, su concentración en transmitir el conocimiento fraccionado y a la vez vinculado con el total, crean una vivencia, un seguimiento de espíritu a espíritu, que transforman la lección en una comunidad espiritual vibrante y activa. Y la tensión interior del maestro en su lucha por la expresión justa, por la sistematización exacta, que hagan perceptible la estructura del contenido de una ciencia y los tramos del conocimiento alcanzado, proyecta no pocas veces alcances insospechados, hasta ese momento no previstos por el maestro sino al impartir la lección ya madurada. Proyecciones nuevas o diferentes que son para el maestro un descubrimiento. Y esto ocurre en presencia de los discípulos, que pasan a ser –de este modo– partícipes en la actividad creadora, junto al maestro, para quien la relación vinculante con sus discípulos ha sido sustancia nutriente de su actuar. Y por este camino topamos nuevamente con el mundo superior, la esfera de valores cuya existencia presente, intuye y busca el estudiante que llega a la Universidad.

Por cierto que si la yesca no está preparada la chispa no prende; tampoco el entusiasmo de maestros e investigadores prenderá en voluntades flojas ni en ánimos débiles. Mas en tanto mantengan su entusiasmo e impulso de saber, estarán a salvo la Universidad y su mundo de valores. Y la sociedad, que necesita afianzar en ella la proyección de su acontecer.

## 5. CIENCIA, TECNOLOGÍA Y HUMANISMO

Un nuevo elemento ha irrumpido en el acontecer: la tecnología. Muchos la miran como el inicio de una era. Séalo o no (y parece serlo) la tecnología está condicionando el devenir y exige perentoriamente la atención y reflexión del quehacer universitario.

No cabe detenerse en si la tecnología “crea” conocimiento o sólo proporciona los instrumentos, datos y comprobaciones que va requiriendo el saber generado por las ciencias. La respuesta depende en gran medida de la posición que se adopta en torno a la idea del “todo”, de la “unidad de la

ciencia”, de la “cosmovisión” perseguida, que es, para muchos, la verdad última a cuyo encuentro concurren todas las ciencias en un saber final, definitivo y total. El *Juego de Abalorios*.

Como fuere, la tecnología, según Weber, se rige por un principio irreductible: “el fin propuesto”<sup>36</sup>. La tecnología se propone obtener un cierto resultado que constituye, en cada caso, el objeto específico de su búsqueda. No tiene, a diferencia de las ciencias, un sentido finalista. Mucho menos metafísico. Tampoco atiende a los valores que representará para el hombre “el fin propuesto”. *Cumple con alcanzarlo*. Consecuente con esto, la tecnología entrega el resultado y los instrumentos para alcanzarlo. Y se aplica a otra tarea. Serán el filósofo, el investigador, el maestro, el estadista, el guerrero, o simplemente el hombre medio, de Ortega, quienes decidan el uso que harán de ellos. La tecnología no se pronuncia. Da por sentado que ese asunto no le concierne. Y prosigue con lo suyo: otros fines y nuevos resultados. Que esto sí le concierne.

El conflicto descrito del hombre en sus intereses vitales y espirituales y la tecnología que avanza indiferente a ellos, impone a la Universidad una responsabilidad actual e ineludible. La tecnología ya se ha adentrado en las entrañas de la genética y puede alterar sus leyes y procesos; en las fuentes de la energía y disponer de fuerzas de magnitudes cósmicas; en el almacenamiento del saber y su ordenación o confusión. ¿Cómo se conciliarán estos poderes con las potencias del espíritu que hasta hoy parecían haber conducido al hombre por un camino ascendente a la constelación de ideas que conforman la cultura de nuestro tiempo? La interrogante es fundada y la duda, quemante. ¿O resulta que el hombre ha venido siendo sólo el servidor de un oculto instinto revestido del engañoso ropaje de la inteligencia que le estaría conduciendo a un destino final desconocido? ¿Será menester abdicar de los poderes alcanzados y aun de la engañosa inteligencia y reemprender el camino desde el principio, allí donde se inició el recorrido? ¿O existe la fórmula que concilia la potenciación de los poderes del hombre, conquistados mediante su capacidad creadora, con los atributos y deberes morales que se miran como el signo de la especie?

La conjugación de ciencia, tecnología y humanismo puede ser la respuesta. A la Universidad toca proponerla e impulsarla mediante el raciocinio y el diálogo vivo, y la comunicación, que son sus instrumentos y sus modos de acción, respaldados por el prestigio de su jerarquía intelectual y de su único interés, que es el saber y el resguardo del hombre en la cabal integridad de su ser y de su esencia<sup>37</sup>.

Amigos míos. La Universidad no es la Castalia de Hesse, cuya atmósfera quieta, delgada y transparente atempera los ánimos e incita al estudio y la

<sup>36</sup> MAX WEBER, ob. cit., pág. 332.

<sup>37</sup> JASPERS, ob. cit., pág. 446.

reflexión. A la Universidad llegan las voces oscuras de la calle, confusas, desarticuladas, vacilantes, equívocas. En ocasiones vivificantes; generalmente perturbadoras. En fin, la feria en la plaza de que nos habla el Juan Cristóbal.

La Universidad no puede abandonarse al barullo ni dejarse confundir. Debe escuchar sus propias voces y cernir lo válido de lo espurio. Y ha de hacerlo ella, con arreglo a sus propios métodos, al análisis, la sistematización y el rigor que gobiernan las disciplinas del conocimiento.

En esto consiste, por último, la sustancia de la autonomía universitaria, que no admite intromisiones ni condicionamientos externos. Pues no es la suya una potestad delegada, sino originaria, que nace con la idea de la Universidad y su misión de búsqueda del conocimiento y la verdad, en interés del hombre individual y social, que no admite más condiciones que la verdad misma, en los límites alcanzables a la condición humana.



# DISCURSO DEL ACADÉMICO JUAN GÓMEZ MILLAS<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 19 DE DICIEMBRE DE 1985, EN LA RECEPCIÓN DE DON DAVID STITCHKIN BRANOVER EN LA ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y MORALES DEL INSTITUTO DE CHILE

Señor Presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Sres. Académicos, Sr. Stitchkin, señoras y señores:

La incorporación de don David Stitchkin Branover a esta Academia del Instituto de Chile nos ofrece no sólo nuevas oportunidades intelectuales de gran importancia hoy día, sino también un vasto programa de estudios para impulsar el desarrollo y análisis de las instituciones educacionales superiores y enfrentar así con prudencia y agilidad los desafíos que acompañan el crecimiento y expansión de la ciencia, sus múltiples aplicaciones tecnológicas y las presiones sociales, tanto nacionales como mundiales, que acompañan a las transformaciones de la vida humana de que somos testigos y agentes.

La experiencia del profesor Stitchkin en los estudios teóricos de lo que es y ha sido la educación superior, tanto dentro de nuestro país como en el resto de la América Latina, en la América del Norte y en Europa, especialmente en Alemania y en España, nos prometen un intercambio de reflexiones y observaciones indispensables y urgentes para tomar decisiones que puedan ser útiles para resolver los problemas que presentan las múltiples facetas de la formación juvenil. La capacidad para tomar caminos que en forma aparente se contraponen, pero que en realidad se complementan, es la fuente del éxito en toda empresa humana y esa es la virtuosidad que más se destaca en los esfuerzos que hiciera el ex-Rector de la Universidad de Concepción, Sr. Stitchkin.

<sup>1</sup> JUAN GÓMEZ MILLAS (1900-1987). Profesor de Ciencias Sociales (Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile) y político chileno, ministro de Estado de los presidentes Carlos Ibáñez del Campo y Eduardo Frei Montalva, además de rector de la Universidad de Chile. Durante su rectoría, la cual duró hasta 1963, la Universidad inauguró sus sedes regionales. También se inauguraron importantes centros de investigación tanto en Ciencias Sociales como en Física. Era parte de la Gran Logia de Chile.

La formación intelectual del Prof. Stitchkin se inició en el Liceo de Aplicación, de allí pasó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, en donde tuvo el privilegio de ser un alumno distinguido de beneméritos maestros.

Obtuvo distinción unánime en sus exámenes de grado y diversos premios en los años 1935 y 1937; más tarde le fue discernido el doctorado honoris causa de varias universidades de Norte y Sudamérica. Estas expresiones de aprecio vinieron acompañadas de publicaciones valiosas, tales como *La representación en los actos jurídicos*, *El mandato civil* y otras. Aparece también *La tarea urgente de la Universidad*, *El entierro del conde de Orgaz*, *El atisbo del alba*.

Desde 1938 hasta 1946 fue profesor de derecho civil y comparado de la Universidad de Concepción y al mismo tiempo director de la *Revista de Derecho* y del Seminario de Derecho Privado. Su carrera docente en la Universidad de Chile la inicia como Profesor extraordinario y luego titular de Derecho Civil, la que ejerce entre los años 1946 y 1956. En esos últimos años tuve el placer de conocerlo. Desde el año 1953 formó parte de una comisión que le encomendó la Rectoría de la Universidad de Chile, destinada a buscar entre los más distinguidos estudiantes aquellos que pudiesen con brillo obtener becas para realizar estudios complementarios u obtener altos grados académicos en las mejores universidades de Europa y América del Norte. Este comité de confianza y reservado es el que debería buscar los candidatos sin tener que esperar que ellos solicitaran estos beneficios. El Comité asumía la responsabilidad de la elección. Los elegidos resultaron excelentes, uno de ellos, el Sr. Fuenzalida, es actualmente profesor de la Universidad de Stanford que, como ustedes saben, es una de las universidades más exigentes de América del Norte.

En 1956 es elegido Rector de la Universidad de Concepción e inicia su más brillante y difícil tarea como experiencia intelectual; se trataba de poner en marcha una nueva organización de los estudios: el régimen de los llamados Institutos Centrales. El trabajo fue duro; tenía que demostrar que la organización docente profesionalista, tal como la habíamos heredado del siglo XIX, ya no tenía la eficacia ni la amplitud que requerían las exigencias modernas de la enseñanza e investigación de las ciencias y de las humanidades, ni menos su íntima correlación. Después de siete años de esfuerzo dejó la rectoría y se ha dedicado por entero a sus tareas profesionales y a los estudios teóricos. Las ideas que inspiraron su acción siguen su marcha y muestran su éxito en los países que van a la cabeza del desarrollo humano y afirman las normas que él eligió.

Las reflexiones que nos expone el Rector Stitchkin acerca de la idea de la Universidad giran en torno a las dos tesis más apreciadas acerca del problema de la misión de las universidades: la de Ortega y Gasset, que opina

que la misión fundamental de la Universidad sería formar profesionales eficientes con sólida instrucción científica, y la opinión de Karl Jaspers, para quien la misión de la Universidad alemana es el cultivo de las ciencias y su extensión. La manera como el Rector Stitchkin discute las alternativas es de gran actualidad en la América Latina, en especial en las universidades más progresistas. La primera Universidad que procuró construir inspirada en los principios del Sr. Stitchkin fue la Universidad de Concepción, mientras la dirigió. Este es el hombre que hoy se incorporará en nuestros debates y preocupaciones. Yo lo saludo con el más profundo afecto.



# LO PÚBLICO Y LO PRIVADO EN EL DERECHO

ENRIQUE BARROS BOURIE<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Ciencias Sociales,  
Políticas y Morales, pronunciado el 30 de mayo de 2000*

Estoy muy reconocido a la Academia por haberme distinguido con el honor de incorporarme entre sus miembros. Ocuparé el lugar que ha dejado Hernán Godoy Urzúa, de los primeros universitarios chilenos que asumieron la sociología como profesión. Conocí su *Carácter Chileno* en 1976, cuando en pleno trabajo de mi propio doctorado en el extranjero, la pregunta por Chile socavaba dolorosamente el espíritu. En la recopilación de textos de Hernán Godoy encontré una luz para comprender a mi país que resultó más explicativa que decenas de ensayos teóricos. A pesar de su impecable formación académica, en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en Madrid y en Berkeley, Hernán Godoy dejó hablar sobre Chile a los cronistas, viajeros, historiadores, estadistas y poetas. Gracias a este mosaico de prolija arquitectura aparecen los matices de la sociedad, la cultura y el carácter chileno. Por cierto que su obra es de interés para los estudiosos, pero presiento que sus destinatarios naturales somos simplemente quienes queremos comprender a Chile. La obra de Hernán Godoy muestra su erudición de académico profesional, pero su mayor legado parece provenir de su humilde generosidad y de su afecto por este país.

En circunstancias que mi propia vida intelectual y profesional ha estado dedicada al derecho, intentaré transmitirles mis principales ideas acerca de la disciplina a partir de la pregunta por lo público y lo privado, para luego concluir, en el espíritu de mi antecesor, con algunas reflexiones acerca de la cultura jurídica chilena.

Lo público y lo privado son conceptos analógicos, que admiten sentidos diferentes en los múltiples contextos en que son utilizados. No intentaré analizar exhaustivamente el uso que hacemos de esos conceptos en el derecho, sino recurrir a ellos para discernir las tareas y características del

<sup>1</sup> ENRIQUE BARROS BOURIE (1946). Abogado, Doctor en Derecho, Universidad de Múnchen (1984). Miembro de la Comisión de Reformas a la Constitución (1989). Abogado integrante de la Corte Suprema (2000-2005). Presidente del Colegio de Abogados de Chile (2007-). Consejero del Centro de Estudios Públicos. Director de empresas y fundaciones. Árbitro del Centro de Arbitrajes de la Cámara de Comercio de Santiago y del CIADI. Miembro del número de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales (2000).

derecho en la sociedad de nuestro tiempo. Confío en que cada uno de los contextos ilustrará el sentido con que hablaré de lo público y lo privado.

La exposición comprende dos puntos: en la primera me referiré, en general, a la esencial publicidad del derecho y, luego, a cuatro ámbitos en que se muestra la geometría variable que tienen lo público y lo privado en el derecho contemporáneo; la segunda es un excursus sobre el concepto de lo público en la cultura jurídica chilena.

## I. ÁMBITOS DE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO EN EL DERECHO ACTUAL

### *La publicidad elemental del derecho*

Si nos miramos desde las profundidades de la caverna, el derecho es público en un sentido antropológico muy elemental: desprovistos de instintos suficientemente fuertes y precisos, los hombres debemos llenar con instituciones, con prácticas comunes, el vacío y la oportunidad que abre nuestra constitución biológica (*Gehlen*). Tendemos a la paz y necesitamos la colaboración recíproca, pero nuestra naturaleza también nos predispone a la violencia y al egoísmo. La necesidad de encauzar la agresividad y de hacer fructíferas nuestras relaciones es una tarea que el hombre ha debido asumir en todos los tiempos. Las instituciones expresan el orden que crea la cultura, de la mano de la experiencia y la razón, para favorecer la convivencia. Como las demás instituciones, el derecho contribuye a darnos cobijo y seguridad, dando forma a nuestra subjetividad. La publicidad del derecho se muestra con especial nitidez cuando el orden es infringido: el acto de violencia o de deslealtad pierde, en razón del derecho, el carácter de una ofensa personal que clama por venganza directa, y deviene en la infracción a una regla o un principio objetivo de convivencia. El derecho encauza el sentimiento más profundo de venganza o auto reparación frente al daño sufrido. Los estudios comparados del comportamiento humano nos muestran que, desde sus orígenes más remotos, el hombre ha inventado las más ingeniosas formas de pacificación. Pronto, decía Cicerón, la multitud que en el desorden se dispersaba, mediante la concordia llegó a formar comunidad. Las instituciones jurídicas modernas son refinadas creaciones culturales, y en tal sentido públicas, que también propenden al mantenimiento de la paz y nos hacen posible la colaboración.

La publicidad específica del derecho se muestra con nitidez en la virtud que se le asocia con naturalidad. La justicia sólo establece umbrales mínimos de convivencia. Las directivas del derecho, en correspondencia, sólo nos exigen actuar con corrección y con decencia. Su observancia no

merece especial elogio, porque es una mera condición para convivir civilizadamente. La ley civil hace posible la sociedad entre los hombres, pero no define la calidad afectiva o espiritual más profunda de la relación que logramos en la familia, el trabajo, los negocios o la sociedad política. Recíprocamente, la justicia, en su sentido moderno, más preciso que el bíblico, es una virtud más modesta que el amor o la caridad. Es la más pública de las virtudes y se expresa en la disposición y el hábito de ser simplemente buenos ciudadanos. El derecho no exige heroísmo, ni santidad; le basta la honorabilidad, incluso la fundada en la mera conveniencia. Por eso, como lo expresó un célebre juez británico, el precepto bíblico que nos llama a amar al vecino se restringe en el derecho a que no se le debe causar daño. El derecho se limita a establecer lo mío y lo tuyo, y, en la posición de juez, lo que corresponde a cada cual. Giotto pinta la justicia como una reina de semblante sereno, pero frío, que sostiene la balanza con la mirada de quien no se deja dominar por las pasiones. En el fondo, el derecho es a nuestras relaciones en sociedad lo que la gramática es al lenguaje (Fuller): es la forma más elemental, a partir de la cual se puede establecer la comunicación, incluso entre personas alejadas física o afectivamente entre sí. Dentro de los límites de la justicia, el derecho no atiende a la calidad intrínseca de la relación que mantenemos con los demás, pero establece un umbral de moralidad, para que resulte posible la vida en sociedad. Por eso, carece de sentido intentar la caridad, fundada en el amor, si antes no se cumple con el simple deber que impone la justicia. Del mismo modo como la justicia es la más pública de las virtudes, el derecho es el más elemental de los bienes que puede disfrutar la sociedad.

El derecho es además público en cuanto a su forma: si se mira atrás en el tiempo, parece que recién tiene sentido hablar de derecho cuando existen jueces y se establece un régimen público de sanciones coactivas. En otras palabras, el derecho supone una organización pública mínima, que con el tiempo ha derivado en un conjunto de órganos públicos que conforman el Estado moderno. Esta radical publicidad del derecho es también fuente de sus limitaciones. El derecho se vale de medios eficaces, pero toscos. Por lo mismo, las tradiciones jurídicas más fuertes reconocen que su primera función no es transformarnos en virtuosos, sino la más modesta de hacernos posible coexistencia. El derecho pone un límite externo a nuestra propensión al abuso y a la violencia y favorece la cooperación entre individuos propensos a medir su propio interés con una vara distinta que el ajeno. Su tarea no es realizar el mejor de los mundos, sino, más bien, evitar los riesgos del peor y, sólo entonces, servir de supuesto para una convivencia fructífera. La rudeza de sus medios coactivos hace del derecho un instrumento inepto para actuar sobre las convicciones o para obtener ideales de perfección.

En definitiva, la publicidad del derecho se muestra en todas sus características esenciales: en su función antropológica como institución, en la naturaleza relacional de las virtudes en que se sostiene y de los bienes que realiza, y en la organización de la coacción de que se vale para asegurar su cumplimiento. La medida de la potencia del derecho como orden positivo de las relaciones en sociedad es también la de sus limitaciones y riesgos. En razón de su positividad, el derecho moderno ha devenido en un continuo proceso legislativo y regulatorio. Sus normas se imponen con independencia de las razones que tengamos para observarlas, gracias a una jurisdicción obligatoria, cuyas decisiones se imponen por la fuerza. Parte importante de la ciencia jurídica moderna lo ha concebido radicalmente a partir de estas características que lo distinguen de cualquier otro ordenamiento. El resultado es que lo público deje de ser para el derecho lo que genéricamente interesa a la comunidad, como se entendió por los antiguos, y pase a ser concebido en un sentido restringido, como lo estatal.

### *La lógica de las regulaciones*

El poder se encuentra en la base del derecho moderno. En su sentido más estricto el derecho es público porque es el instrumento de que se vale la política. Es una constatación diaria que las autoridades públicas dictan leyes, decretos y resoluciones administrativas con los fines más diversos. La necesidad de legislación y gobierno tiene, ante todo, la función de satisfacer lo que los economistas con precisión analítica han llamado “bienes públicos”, esto es, aquéllos que la coactuación espontánea de las personas y empresas no están en condiciones de realizar, porque el esfuerzo que cada cual haga por separado para satisfacerlos no es significativo para la consecución del objetivo (Hayek). A pesar de que el interés que expresan los bienes públicos es común a muchos, no puede razonablemente ser satisfecho mediante contribuciones individuales. La persecución criminal, la administración de justicia (en la medida que no sea privatizable su ejercicio por medio de arbitrajes), la fuerza pública, la defensa y la legislación son ejemplos clásicos de bienes de este tipo. El Estado también debe corregir los efectos negativos que ciertas actividades privadas producen respecto de la comunidad y que no están naturalmente incorporadas como costos en la producción de los bienes, como ocurre notablemente con las regulaciones urbanísticas y medioambientales. A ello se agregan las clásicas funciones de justicia distributiva, que han pasado a formar parte de las definiciones constitucionales básicas de la sociedad contemporánea, y que consisten en asegurar a las personas y grupos humanos un umbral mínimo de existencia y de igualdad de oportunidades, atendidas las condiciones

generales de desarrollo, en materias de educación, salud, vivienda, seguridad social y servicios comunitarios.

La tarea del gobierno es la producción de un efecto deseado, un fin que se pretende lograr mediante regulaciones y prestaciones sociales. Para satisfacer estas funciones, el Estado obtiene financiamiento forzoso de las personas privadas, gravándolas en los roles más diversos, como consumidores, trabajadores, empresarios, propietarios, rentistas. Los ancestros más visibles del constitucionalismo y de la democracia moderna son precisamente los fueros, que impedían establecer impuestos sin el consentimiento de los contribuyentes. Esa sigue siendo una facultad del Parlamento, el órgano democrático que representa más inmediatamente a los ciudadanos. Pero, en esencia, la actuación del Estado en estas áreas se produce mediante gasto (sea directo o por subsidio) y regulaciones.

El derecho tiene poco que decir respecto de los fines cuando el Estado actúa como regulador o servidor de la comunidad. Es cierto que las constituciones contemporáneas, incluida la chilena de 1980, reconocen derechos sociales, basados en consideraciones de justicia distributiva, a la salud, la educación y a la seguridad social. Sin embargo, la autoridad sólo secundariamente está controlada por los jueces en el cumplimiento de esas tareas. Por otro lado, es excepcional que acciones judiciales autoricen hacer valer directamente esos derechos. Los jueces cautelan, en un estado de derecho en forma, que esas potestades sean ejercidas de acuerdo con los procedimientos que establece la ley y en el marco de las atribuciones conferidas. Los jueces constitucionales, por su parte, pueden ser llamados a revisar si lo actuado está conforme, a su vez, a las competencias distribuidas por la Constitución y a cautelar el respeto de las garantías constitucionales. Sin embargo, tanto en sede administrativa como constitucional, el control judicial se refiere esencialmente a la observancia de los procedimientos y de las autorizaciones legales y, sólo en el límite, al control material de constitucionalidad. Los fines y las técnicas regulatorias correlativas, dentro del amplio margen que concede la Constitución, son fijadas por el legislador y, especialmente, por la administración en ejercicio de su función de gobierno.

Salvo en períodos de excepcional emotividad política, el modo de pensar de la administración tiende a ser pragmática: la tarea de gobierno por excelencia es conceptualizar y jerarquizar los fines y problemas, e instrumentar las técnicas más eficientes para alcanzar y resolverlos. Esa es la esencia de la política: se trata de decisiones que no están regidas por una norma que determine cómo actuar. En una sociedad democrática, son los ciudadanos quienes califican el mérito con que es ejercido el gobierno. Por el contrario, resultaría exorbitante que los jueces asumieran el control de mérito u oportunidad de las políticas públicas. Los jueces carecen de los instrumentos analíticos, y, además, de la legitimidad política para defi-

nir criterios de distribución del gasto, para jerarquizar prioridades y para decidir acerca de las técnicas regulatorias más eficientes. El político de excepción, el estadista, tiene el valor para establecer políticas de bien general y es capaz de congregar la opinión y la voluntad de muchos tras ciertos fines y crea confianza en su destreza para resolverlos. Pero irremediablemente llega el momento en que debe instrumentar los medios técnicos para lograr esos fines. El derecho da forma a la organización del Estado y establece límites a su actuación, pero no define el contenido de las decisiones. Por eso, incluso en un país tan extensamente judicializado como los Estados Unidos, un agudo analista de la cultura legal ha expresado que “los tribunales rara vez están en la situación de denegar al orden político la oportunidad de hacer lo que de lo contrario habría hecho” (Kahn). El derecho puede definir cómo y dentro de que ámbito, más bien amplio, operan las decisiones públicas. Se trata de una tarea crítica para la libertad y la igualdad de las personas. Pero más allá de estos límites, la esencia de la política se expresa para el derecho en la decisión, en la voluntad del legislador y del gobernante.

Por cierto que una sociedad ordenada en torno a principios de justicia, que disfrute de las ventajas de un gobierno contra el cual no se pueden plantear disputas legítimas acerca de su autoridad, tiende a transformar la observancia de estas regulaciones (como, por ejemplo, pagar impuestos) en un deber de decencia, que es fundamento de la confianza de que todos estamos sujetos a las mismas reglas y contribuimos en lo que corresponde al bien general. Sin embargo, la textura jurídica de estas reglas tiende a agotarse en el programa de conducta: si estás en tal situación, entonces debes hacer tal cosa; y si no haces tal cosa, debes ser sancionado de tal forma. La relación entre fines y técnicas que subyace a las regulaciones usualmente no es discernible por los jueces con arreglo a normas o principios jurídicos. El derecho de las regulaciones se expresa en un código binario, lícito-ilícito, que opera sin referencia inmediata a nuestros sentidos cotidianos de lo correcto. Que la tasa de impuestos sea tal, o las emisiones industriales toleradas tales otras, o los subsidios habitacionales alcancen a tanto, tiene por objeto satisfacer bienes que pueden ser muy valiosos. Estos, sin embargo, no resultan directamente discernibles en el programa de conducta que expresa la regulación.

La tarea del derecho en estas materias es ante todo formal. La ley establece los procedimientos para que las decisiones públicas sean adoptadas y puede así tomar los resguardos de transparencia y debido proceso administrativo. En definitiva, el derecho puede normar el procedimiento decisorio, prescribiendo que se siga un itinerario que garantice su razonabilidad técnica y su imparcialidad. Pero usualmente es una ilusión esperar que los jueces puedan discernir el mérito de los antecedentes que llevan a

la autoridad a establecer la regulación, como lo muestran las insalvables dificultades que han encontrado recursos de protección contra órganos regulatorios (en materias de tarificación de servicios públicos, por ejemplo), cuando se ha perseguido un control de arbitrariedad. Por eso, el primer resguardo de un debido proceso administrativo parece ser la transparencia y la exigencia de fundamentación técnica.

Más allá de los resguardos formales, que son controlables por los jueces, estos pueden ser llamados a ejercer un control jurídico material más bien en casos límites, en que se ha infringido una garantía constitucional o la potestad pública ha sido desviada abusivamente del fin para el cual fue conferida. Dentro de estos límites, en el corazón de las regulaciones están decisiones acerca de políticas públicas y no la aplicación de una regla o principio jurídico.

Por eso, no es extraño que los teóricos del derecho que atienden a su positivación en decisiones públicas, tiendan a concebirlo como un instrumento para configurar la realidad, como una técnica social. Austin, un célebre jurista inglés del siglo XIX, expresa algo, que, más despectivamente, también podría haber dicho Portales: que el derecho es un mandato que un hombre inteligente dirige a otro hombre inteligente, sobre quien tiene poder para imponer su voluntad. Siguiendo la evolución de los tiempos, el mandato se ha despersonalizado y ha devenido en norma, en programa de conducta. En estas materias, los expertos en derecho señalan los caminos para adoptar decisiones y las fronteras de las potestades, pero, dentro de ese marco, las regulaciones responden a una racionalidad técnica crecientemente refinada gracias al análisis económico, que es característica de la política contemporánea. Me parece que éste es el sentido más estricto de lo público como estatal en el derecho.

### *Lo público como espacio de comunicación*

La doctrina positivista destaca esta característica instrumental del derecho: su ductilidad técnica como instrumento de políticas públicas. Sin embargo, esa doctrina tiende a ignorar su función más extensa en las sociedades contemporáneas, donde el derecho constituye un orden que favorece la interacción de infinidad de personas, en un espacio que es público, pero no estatal.

En su sentido más elemental se muestra esa publicidad en el conocimiento del propio derecho. Las costumbres se muestran en prácticas reiteradas; las leyes sólo rigen desde que son publicadas. Como expresaba Kant, en la forma pública radica toda pretensión del derecho: “sin publicidad no habría justicia, pues la justicia no se concibe oculta, sino públicamente manifiesta”.

Pero más allá de esta publicidad del derecho mismo, éste establece las condiciones para la creación de un espacio público de opinión, de comunicación y de intercambios al interior de la sociedad. Por eso las libertades de opinión y de expresión son esenciales en una sociedad abierta, donde las relaciones tienden a ser abstractas, alejadas del conocimiento personal. Su estructura es la misma de las demás libertades: se expresan como libertades negativas, como prohibiciones de interferir en su ejercicio. Sin embargo, su rango preferente en un estado de derecho en forma se debe precisamente a su función constitutiva de un espacio público, que permite la interacción espontánea de ideas y formas de vida y favorece el control por los ciudadanos de toda forma de poder, público y privado. En definitiva, el predominio de la razón supone la capacidad, como decía Mill, de que “falsas opiniones y las prácticas impropias gradualmente cedan ante los hechos y argumentos”, y el ordenamiento en que ello es posible es el de la libertad de expresión (*Ensayo sobre la libertad*, Cap. II). Como ocurre con las demás libertades, la libertad de información no garantiza resultados; pero, en el largo plazo, es un supuesto necesario para la formación de un ámbito público que, por definición, se pueda afirmar incluso contra el poder.

El papel esencial que tiene la comunicación en la sociedad reaparece en múltiples instituciones, distintas a las libertades de conciencia y expresión. Ante todo, en la forma de deberes positivos de información. Como he señalado, pareciera que la transparencia procedimental es el instrumento técnico más apropiado para asegurar el discernimiento público acerca de la razonabilidad e imparcialidad de los procesos regulatorios, atendidas las dificultades para establecer controles jurídicos de mérito de las decisiones públicas. Pero la transparencia también adquiere valor en el derecho privado, donde los antiguos deberes generales de lealtad y buena fe que se imponen a las partes de un contrato han dado forma a reglas más precisas sobre información a los consumidores, inversionistas y accionistas de sociedades anónimas.

Muchas otras instituciones jurídicas tienen por finalidad asegurar el bien de la comunicación nítida y abierta al interior de la sociedad civil. Así, la importancia de que la economía tenga un medio de comunicación inequívoco, ha llevado a que la cautela del valor del dinero, el más abstracto medio de comunicación que ha creado la sociedad humana, esté entregado al Banco Central, un organismo especializado en esa tarea, autónomo de las instancias ordinarias de decisión de políticas públicas. Análogamente, las reglas sobre libre competencia también cumplen la función de cautelar la comunicación inherente a una economía basada en la propiedad y los contratos. Desde esta perspectiva, que me parece la correcta, el orden de la competencia no responde a políticas públicas instrumentales, sino su función es asegurar la comunicación; su tarea es neutralizar posiciones privadas de poder que no resulten razonablemente desafiables. En el

trasfondo del derecho de la competencia está el propósito de evitar que posiciones de poder entraben el orden de los intercambios, esto es, el proceso de descubrimiento característico del mercado como espacio público en que coactuamos incontables personas y asociaciones que persiguen sus propios fines.

Por diversos medios, el derecho contribuye decisivamente a establecer las condiciones para que se constituya un ámbito público que abra oportunidades infinitas de comunicación. Desde esta perspectiva, completamente crucial en una sociedad regida por principios del estado constitucional de derecho, lo público se expande desde lo propiamente estatal hacia las condiciones para que se constituya un espacio de intercambio de ideas, experiencias y bienes, y se discorra acerca de las políticas públicas más justas y convenientes al bien general.

### *Lo público y lo privado en el derecho civil*

Más abstracta es la publicidad del derecho privado. En su sentido más elemental, el derecho privado está sujeto a las mismas exigencias de publicidad de todo el derecho. Del mismo modo como no puede haber un lenguaje privado, también carece de sentido un ordenamiento secreto de las relaciones privadas. Como toda institución, el derecho atribuye un sentido, un significado público, a las relaciones privadas. Aunque los principios que rigen las relaciones privadas hipotéticamente no necesitarían ser enunciados, porque en esencia corresponden a criterios de justicia que son espontáneamente compartidos, el derecho tiene las ventajas de la relativa certeza que dan las leyes, las costumbres jurisprudenciales y doctrinales, y de la seguridad que confieren sus técnicas coactivas. Todo ello contribuye a que las relaciones privadas estén sujetas a reglas que definen con cierta precisión y coherencia el sentido público, esto es, conocido y general, que tienen las múltiples relaciones privadas en que coactuamos. Ello es refrendado por el deber que tiene el juez de decidir las contiendas con arreglo explícito a una regla o un principio de derecho. En definitiva, en las relaciones privadas, la mano invisible del mercado resulta posible y virtuosa gracias a la mano visible del derecho (Mestmäcker).

Por cierto que el derecho privado y las regulaciones tienen una dimensión relativa variable en el conjunto de las instituciones políticas y jurídicas. Con todo, la sociedad contemporánea es esencialmente una sociedad de derecho privado (F. Böhm). Ello se muestra en datos de la economía chilena: aproximadamente el 78% del gasto en Chile es privado; y del 22% que corresponde a gasto gubernamental, parte importante se efectúa mediante relaciones de derecho privado, incluso en ámbitos donde la actuación del Estado se justifica por razones de justicia distributiva.

Adam Smith, hace casi tres siglos, describió con una analogía muy lúcida la forma como actúa el derecho privado en la sociedad, en contraste con un ordenamiento que siga radicalmente la lógica de las regulaciones. Mientras la mentalidad de sistema concibe al derecho como un plan, donde la mano del gobernante puede arreglar los miembros de la sociedad del mismo modo como se arreglan las piezas del ajedrez, en lo que él llama la gran sociedad, cada pieza individual tiene su propio principio de movimiento. El papel del derecho privado no es dirigir la conducta, sino establecer un orden que haga posible la convivencia en una sociedad cuyos miembros se mueven por sí mismos.

Un orden que concibe la conducta a partir del movimiento autónomo de cada una de sus partes, cumple, por cierto, un fin de interés general, aunque sus normas estén referidas a relaciones privadas. No sólo los actos deliberadamente orientados a conseguir un fin sirven a necesidades comunes (Hayek). La introducción o acentuación de políticas económicas de mercado, que ha caracterizado a la historia más reciente, como también ocurrió en épocas tempranas de la república, puede ser justificada por razones de pura utilidad, porque un orden de ese tipo es simplemente más eficiente para la creación de riqueza. Desde esta perspectiva, el derecho privado en su conjunto es concebido simplemente como la más eficaz de las regulaciones. Así se explica que un derecho privado cierto, justo y eficaz haya llegado a ser un aspecto fundamental para la competencia entre los países.

El análisis económico del derecho extrema este punto de vista instrumental y propone que todas las instituciones sean concebidas a la luz de su función de bienestar (Posner). Desde este punto de vista, todo el derecho, incluidos el privado y el penal, es entendido como una forma de regulación, como una técnica normativa para la obtención de un fin (aumento del bienestar; prevención de la delincuencia y así sucesivamente).

Un camino diferente ha seguido la tradición jurídica que se remonta a la filosofía clásica y a los ancestros romanos del derecho moderno. A pesar de su esencial publicidad, al derecho privado subyace una forma de pensar que difiere de la típica de las regulaciones. Su perspectiva corresponde a la forma más intuitiva de la justicia, que se centra exclusivamente en el tipo o naturaleza de la relación. Lo esencial desde el punto de vista de esa justicia correctiva o conmutativa es la relación entre las partes, y no un fin social más general que resulta ajeno a esa precisa relación. Si alguien causa un daño a otro, la justicia correctiva exige atender al hecho y al daño, a las exigencias de reparación o de liberación de responsabilidad que resultan de las características típicas de la relación entre las partes. Y en los contratos, la atención se pone en la relación que nace del acuerdo o intercambio y los deberes que para ellas surgen de cumplir lo recíprocamente prometido.

La diferencia del derecho privado con las regulaciones administrativas reside en la lógica, en la manera de pensar. Hayek entendió que esa diferencia se plantea entre la lógica de la organización, del orden creado mediante decisiones regidas por el propósito de influir en la realidad social, con la lógica característica de un orden espontáneo, en que las reglas no tienen otro sentido que regir conductas según principios de justicia aplicables a cada tipo de relación, de modo que no responden a un plan preconcebido de autoridad pública alguna. En esta dimensión, coincidente con la tradición intelectual del derecho privado, el derecho es el orden de la libertad, que, expresado en términos kantianos, hace posible que la libertad de unos coexista con la libertad de los demás según una ley general. Así, mientras en la lógica de la organización el derecho es una técnica para obtener fines públicos (distributivos o de otra especie), que por nobles y fundamentales que sean, resultan extrínsecos a la relación entre las partes, el derecho civil o comercial es privado porque atiende exclusivamente a la justicia de esa precisa relación (Weinrib).

Por cierto que el derecho privado tiene componentes técnicos de extrema formalidad, como ocurre con el régimen posesorio sobre inmuebles. Sin embargo, su más típica función es hacer inteligibles normativamente relaciones libres y espontáneas. Por mucho que sus reglas, por razón de certeza, están extensamente sujetas al código binario, de lo lícito y lo ilícito, el sentido de esas reglas no se agota en un mero programa de conducta. En el derecho privado, como en el penal con el que presenta importantes analogías, el sentido de lo correcto, dicho metafóricamente, pertenece a la comprensión de la norma.

Es una experiencia fascinante que hasta hoy los pueblos más remotos, en el trasfondo de sus respectivas culturas, lleguen a concebir las relaciones de derecho privado bajo principios análogos. Gianbattista Vico aludía hace tres siglos a la existencia de un fondo común de verdad entre los hombres, una especie de derecho natural, “que nació separadamente en todos los pueblos sin saber nada unos de otros; y que después, con motivo de guerras, embajadas, alianzas y comercios, se advirtió que era común a todo el género humano”. Bajo condiciones diferentes, lo mismo puede decirse hoy del derecho que hace posible que los intercambios sean universales.

Ya los romanos entendieron que había un derecho de gentes, aquel que usan todos los pueblos humanos y que regía el comercio, las compraventas, los arrendamientos, las obligaciones (Digesto I, 1, 1-4). La relación entre el comprador y el vendedor es comprensible, aun sin conocer el derecho de un país extranjero, a la luz de los principios prácticos de la razón que iluminan acerca de los deberes que surgen de promesas e intercambios. Así se explica la relativa actualidad de las reflexiones de Aristóteles y Cicerón acerca de la justicia y las instituciones del derecho antiguo, a

diferencia de lo que ocurre con las ciencias naturales. Aún hoy, el verdadero conocedor del moderno derecho de los negocios, a diferencia del mero operador práctico de regulaciones, es quien ha logrado penetrar en el modo de pensar del derecho privado, que exige comprender la naturaleza normativa de las compraventas, los préstamos y las sociedades, lo que, a su vez, supone descubrir las razonables expectativas recíprocas de las partes en cada tipo de relación.

Desde esta perspectiva, como se podrá comprender, resulta muy diferente el papel de la ley en el derecho privado que en el de las regulaciones administrativas. Aunque está expresada en leyes o códigos, la norma de derecho privado es una regla pública que establece deberes y derechos al interior de una relación entre personas individuales o empresas. La ley civil vale, como lo expresa el código de Andrés Bello, porque es una “declaración de la voluntad soberana”, pero su sentido no se agota en esa declaración, como podría ocurrir con una ley tributaria (sin perjuicio de que ésta, a su vez, se refiera a institutos del derecho privado). En el derecho privado las leyes tienen una importante tarea como modos de crear certeza y de anticipar la adaptación a nuevas circunstancias, como ha ocurrido con las legislaciones sobre libre competencia, valores, sociedades o fondos de pensiones. En todos estos casos, sin embargo, las normas legales son discernibles desde el punto de vista de la justicia, como reglas que tienden a atribuir deberes y derechos, y no como programas que materializan políticas públicas. En el corazón del derecho privado está la confianza que resulta de la ecuación de justicia y de certeza acerca de la regla aplicable a la relación.

Por lo mismo, el papel de la jurisprudencia y de la doctrina científica es esencial para la adaptación progresiva de las instituciones a los cambios de la economía. En el fondo, el problema no es si los contratos celebrados por Internet estarán o no regidos por el derecho privado, sino más bien cómo actúan los principios y reglas conocidos sobre estas nuevas realidades técnicas. Como mostró Wittgenstein en sus estudios tardíos, existen reglas que son subsuntivas, porque su sentido se agota en su expresión, en su tenor literal, y hay otras que llevan implícito el cambio y la adaptación según sean los contextos en que se aplican. Por su naturaleza, las normas del derecho privado exigen este arte. Por eso, es histórico, por permanentes que sean las formas de pensar y los principios en que se apoya; y está igualmente alejado de la ingeniería social, que concibe todo el derecho a la luz del principio de organización, y del escepticismo moral, que niega sentido a la pregunta por el principio de justicia material que subyace a las relaciones (Weinrib).

El aspecto público del derecho privado se muestra en los bienes de la certeza y de la justicia que constituyen los supuestos de un orden de libertades. En razón del primero, la regla nos permite orientarnos al futu-

ro, nos proporciona la confianza de saber a qué atenernos. En virtud del segundo, la relación está sujeta al escrutinio de un juez que resuelve desde un punto de vista externo, atendiendo a la naturaleza de la relación, a las expectativas que razonablemente podemos tener respecto de la conducta de los demás. Y el derecho privado, para cumplir esa función pública, actúa típicamente como un orden evolutivo y no puramente subsuntivo.

En uno de sus ensayos más hermosos, Hannah Arendt escribió que “sin testamento o, para sortear la metáfora, sin tradición –que selecciona y denomina, que transmite y que preserva, que indica dónde están los tesoros y cuál es su valor–, parece que no existe una continuidad voluntaria en el tiempo y, por tanto, hablando en términos humanos, ni pasado ni futuro”. A pesar de los cambios que nos deslumbran, la llamada nueva economía sigue soportándose sobre los principios jurídicos universales a los que aludía Vico, y la tarea de legisladores, jueces y expertos en derecho privado es la típica de las humanidades: que los nuevos problemas surgidos del tráfico sean planteados como preguntas que el jurista hace a su tradición.

### *La inversión de lo público: el derecho subjetivo*

El más radical reconocimiento de lo privado se produce cuando el derecho es concebido a partir del concepto de derecho subjetivo. El derecho subjetivo es una creación conceptual moderna. En la antigüedad la ley siempre es concebida en una dimensión relacional. El derecho subjetivo (a la propiedad o a la privacidad, por ejemplo) desplaza el foco de atención hacia el individuo, hacia la persona que dispone de un título jurídico para actuar a su propio arbitrio.

La libertad romana, incluso en épocas de la república, no fue jamás concebida como un poder que se entrega a la voluntad. Incluso los juristas más sensibles a la filosofía de la virtud conciben a la libertad a la luz del orden de la sociedad. La libertad aparece indisolublemente unida a la idea de *res publica* (república o cosa pública), entendida como aquello que afirma la solidaridad interna de los ciudadanos (Gadaumet).

El derecho subjetivo, los derechos de las personas, como elemento estructural del orden jurídico moderno, responde tanto a una cultura individualista como a una teoría moral. Los orígenes más remotos del individualismo se encuentran, según Peter Berger, en las dos tradiciones espirituales más poderosas de la cultura occidental, que rompen con la tradición arcaica, de origen mitológico. En primer lugar, en la experiencia religiosa de Dios personal y trascendente, que se presenta a Moisés como “soy el que soy”, y que inevitablemente crea el contrapunto del ser humano individual. A ello se suma el descubrimiento por los griegos de la capa-

cidad del hombre para actuar de acuerdo con la razón. En la confluencia de estas tradiciones espirituales, sumadas a los dramáticos cambios culturales y económicos de la temprana modernidad, la noción de derecho subjetivo, de un derecho radicado en la persona, surge en la obra de teólogos y juristas de la escolástica tardía española, especialmente del jesuita Luis de Molina. Centrado en sus orígenes en la explicación de las facultades que la propiedad confiere al titular sobre la cosa, la noción de derecho subjetivo se expande hacia las libertades, la vida y los demás derechos de la personalidad. La antigua prevalencia de la comunidad por sobre el individuo se invierte. Una aplicación del nuevo principio es la justificación del orden político a partir de un pacto ideal en que ciudadanos libres y autónomos disponen voluntariamente de sus derechos para hacer posible la vida en sociedad y la constitución del poder público.

En definitiva, los derechos sólo pueden ser concebidos en relación recíproca con el poder. El poder que se radica en la persona tiene como contrapartida la limitación del poder del Estado. En el horizonte de la modernidad, las instituciones que cautelan la libertad son el contrapunto de la creación y fortalecimiento del Estado. En el ámbito público, la técnica de los derechos, asociada a la separación de las funciones legislativas, judiciales y de gobierno, supone una actitud escéptica respecto del poder público: por grandes que sean los beneficios que se pueden obtener de un gobierno fuerte y carente de control, pesan más los males excesivos que con ello se arriesga sufrir.

Desde un punto de vista puramente lógico, el reconocimiento de libertades supone una cierta distribución del poder al interior de la sociedad (Weinreb). Todo poder que se le reconozca constitucionalmente a las personas, correlativamente restringe los medios de que se puede valer el Estado para cumplir sus fines.

Por eso, relacionada como está con el poder público, la doctrina de las libertades necesariamente comprende una teoría acerca de los límites de la coacción. En tal sentido se aviene con una posición conservadora, naturalmente recelosa de que la autoridad pública pretenda definir por la vía de la ley positiva lo que es moralmente correcto e incorrecto. Como irónicamente expresa Oakeshott, la actitud conservadora se opone a “la concepción del gobierno de la sociedad como un medio de transformar compulsivamente un sueño privado en uno público”. El establecimiento de límites al poder público no significa abandonar la idea de moralidad, sino desplazar la pregunta por lo bueno, lo hermoso, lo virtuoso y lo admirable hacia el ámbito de la sociedad civil. La doctrina jurídica de las libertades refleja, por un lado, una desconfianza respecto de los bruscos medios del derecho para imponer una noción del bien y, por otro, la confianza en las capacidades de la persona humana para abrirse un camino de buena vida en el amplio espacio de la sociedad civil.

Desde esta perspectiva, las libertades no se fundan en un mero escepticismo acerca de lo que es justo, que suspende la pregunta por el bien, sino, al revés, en un concepto positivo acerca de la persona como sujeto moral. El propio pluralismo, más allá de constituir una mera realidad social de nuestro tiempo, tiene la dimensión moral y jurídica de hacer viable la coexistencia de formas de vida virtuosa que son muy diferentes entre sí, pero que coexisten y se enriquecen recíprocamente (Raz). El desarrollo de la comunidad, el ideal republicano de participación de las personas en lo público también se produce desde abajo, a partir de personas libres que establecen una red de vínculos formales e invisibles. La lógica de los derechos de libertad permite establecer un vínculo de coherencia entre el derecho privado y el sistema político, evitando el divorcio, que ya ocurrió en Roma, entre un derecho privado vigoroso y un despotismo político desbocado.

La prevalencia de las libertades, en consecuencia, exige que la sociedad política asuma como elemento constitutivo un concepto moral de la persona y la sociedad. Y como lo expresó Kant, “no caben aquí componendas; no cabe inventar un término medio entre derecho y provecho, un derecho condicionado en la práctica”. Por eso, concebido como mera formulación legal o constitucional, el reconocimiento de los derechos es tan precario y accidental como el contenido de cualquiera regulación. Siempre habrá una razón de Estado suficientemente poderosa que justifique usar a las personas como medios para grandes fines. Y como ha mostrado Hannah Arendt, en su sobrecogedor ensayo sobre el totalitarismo, los grandes fines, pasada la pasión inicial, suelen diluirse en la afirmación nihilista del puro poder.

La radical individuación que supone la técnica de los derechos encuentra, por cierto, grandes desafíos y problemas. Encapsulado en el individuo, el derecho arriesga perder su significado relacional. Así, el derecho a la privacidad, el más individualista de los derechos, ha dado lugar en la jurisprudencia constitucional norteamericana a un derecho constitucional al aborto, inclinando dramáticamente la balanza en contra de la vida. En verdad, la mayoría de los derechos está en situación de posible conflicto con otros derechos, como ocurre entre la privacidad y el honor, por un lado, y la libertad de información, por el otro. A su vez, el bien general requiere limitar ciertos derechos para fines ambientales, urbanísticos o simplemente de justicia distributiva. A la larga, en el extremo, el sopesamiento de bienes, el juicio prudencial acerca del contenido esencial de los derechos, como exige la constitución, resulta una tarea judicial inevitable. Radicar esta función en los jueces se justifica como manera de distribuir el poder público. Especialmente, porque los jueces, aun en casos extremos, están obligados a fundar sus decisiones en una regla o en un principio. Aunque ello no garantiza un resultado seguro, así y todo, la técnica de los derechos

introduce un elemento que inclina la balanza del argumento y la razón en favor de la persona, en la tarea nunca cumplida de alcanzar un orden justo, esto es, dotado de una nobleza moral elemental.

## II. EXCURSO: LO PÚBLICO EN LA CULTURA JURÍDICA CHILENA

### *Lo público como estatal*

Si ahora volvemos la mirada hacia Chile, constatamos que los historiadores, cualquiera sea la actitud que adopten, convienen en que la organización de lo que se llamó “el Estado en forma” fue decisiva en la configuración del país en el siglo XIX.

A pesar de sus peculiaridades nacionales, el Estado chileno en el medio siglo que siguió a Portales respondió a características bastante universales del Estado moderno. En sus orígenes está el control de la fuerza, específicamente del ejército, por la autoridad presidencial, y la implacable represalia del caudillismo y la rebelión. Los sentimientos que lo inspiraron son, por un lado, la necesidad de un orden que previniera el caos y la guerra civil, pero también una particular voluntad de poder de la sociedad política, que, bajo formas políticas diferentes, antes había caracterizado la formación de los Estados nacionales europeos.

Parece haber acuerdo en los historiadores que el antecedente más directo del Estado moderno fue la revolución que en el siglo XI emprendió Gregorio VII para dotar a la Iglesia de una estructura jurídica centralizada, jerárquica y autogenerada, que había sido extraña a su tradición durante los diez siglos anteriores. Ello contribuyó tempranamente a crear un modelo de organización política que se extendió al terreno secular (Berman). Con el tiempo, esos principios llegaron a expresarse en el concepto de soberanía, en su doble sentido de que el Estado nacional reúne en sí todos los poderes temporales y de que el ejercicio de ese poder reside en un titular cuya voluntad política no está limitada por el derecho. La voluntad suplanta a la razón quebrada por las disputas políticas, las guerras de religión, la subversión de intereses locales.

Si se atiende al derecho del Estado chileno en el siglo pasado, se comprueban notables analogías con esta tradición política. Es cierto que la constitución de 1833 consolidó un sistema de sucesión en el poder y que los ciudadanos, incluso quienes daban sustento social al poder, estaban regidos por la ley, así como los funcionarios y los jueces. Pero más allá del ordenamiento civil, el ejercicio del poder por la presidencia era esencialmente discrecional, cuando así lo exigía el interés general, calificado

por la propia autoridad. La concepción escéptica, casi cínica, que Portales tenía del poder, se basa en un juicio desdeñoso respecto de las virtudes ciudadanas del país. Su opinión era que la sociedad se sostiene en paz y progreso porque el poder de la presidencia es ejercido sin otra limitación que la virtud moral de los gobernantes. En ese concepto de gobierno, “la Constitución y el reglamento son una simple telaraña cuando se trata del orden y del interés público”, como aún expresaría Antonio Varas poco antes de la revolución de 1891. El Estado chileno gestado en el siglo XIX tiene una fundamentación política aristocrática y una forma jurídica positivista (Eyzaguirre), en absoluto religiosa o filosófica. Como antes ocurrió con los Estados nacionales europeos, el Estado chileno se definió como centralizado y jerárquico, con una presidencia que domina el proceso político, resguarda el orden como el bien máspreciado e impulsa voluntariosamente una tarea nacional en el terreno militar, económico y cultural.

Todo ello coincidió con el temprano florecimiento del derecho privado; primero mediante la abolición de las vinculaciones de la tierra y la apertura al comercio y, luego, con las reformas judiciales y las codificaciones. Los derechos de propiedad, la vigencia de los contratos, la responsabilidad por daños que se causaran a los demás estuvieron regidos por un ordenamiento refinado y esencialmente eficaz. Pero quedó en suspenso la primacía del derecho en lo que concernía al gobierno y a la legislación. La Corte Suprema, en pleno siglo XIX, ofició al presidente Bulnes que “ninguna magistratura goza de la prerrogativa de declarar la inconstitucionalidad de las leyes promulgadas después del Código fundamental, y de quitarles, por este medio sus efectos y su fuerza obligatoria” (oficio de 27 de junio de 1848). Huneeus, en su espléndido Comentario a la Constitución de 1833, muestra desencantadamente que su aplicación efectiva se tradujo a menudo en la indefensión jurídica frente al gobierno y la administración. La Constitución de 1925 sólo reconoció un recurso de efecto límite para el control de constitucionalidad de las leyes (inaplicabilidad por inconstitucionalidad) y si bien previó tribunales administrativos para el control de los actos del gobierno, en la práctica esos tribunales nunca fueron constituidos, a la vez que los tribunales ordinarios declararon su propia incompetencia para fiscalizar al gobierno, con fundamento en el principio de separación de poderes.

Durante la crisis de inobservancia del derecho ocurrida bajo el gobierno del Presidente Allende, aunque los tribunales reconocieron acciones, especialmente civiles, para controlar la ilegalidad y la desviación de poder que subyacía a la estatización de la economía mediante actos de gobierno, quedó en evidencia la precariedad constitutiva del estado de derecho en Chile. Simplemente no había tradición establecida de control judicial de los actos de gobierno. Recién en las actas constitucionales de 1976, y luego en la Constitución de 1980, se introdujo una acción judicial de amparo, el

recurso de protección, que cautela la generalidad de los derechos de las personas frente a la administración. El avance, con todo, resulta paradójico, si se atiende a que se produjo cuando el país vivía bajo gravosos estados de excepción que suprimían o restringían severamente el ejercicio de las libertades más fundamentales.

En otras palabras, Chile careció originariamente, y hasta hace pocos años, de un derecho público que se aplicara a las autoridades de gobierno. La sujeción de la autoridad pública a la ley fue tradicionalmente una especie de gracia, dependiente de la virtud del gobernante y del estado de paz en la república. Por otra parte, los principios de supremacía del derecho, que los ingleses consolidaron en su doctrina de la *rule of law*, a partir de la temprana derrota del absolutismo, y los del constitucionalismo democrático, que permiten concebir el orden político a partir de la libertad natural y la igualdad jurídica de los ciudadanos, que conducen al sometimiento de toda autoridad al derecho, fueron ajenos a nuestra cultura jurídica republicana.

Con todas sus calificaciones, el régimen político chileno de la época fundacional de la república se explica con referencia al orden pacificador de Hobbes y a la voluntad de poder expresada en la idea de soberanía que acompañó a la formación de los estados nacionales. Por el contrario, las tradiciones de libertades y fueros del derecho español antiguo, ya debilitadas durante el tardío absolutismo colonial (Jocelyn-Holt), jamás fueron invocadas durante la república. Tampoco resultaron evidentes a nuestra cultura jurídica las libertades naturales de Locke, de Kant o de los padres fundadores de la constitución norteamericana. Bajo estas condiciones, no resulta extraño que en Chile la cultura jurídica dominante haya sido positivista, concibiendo todo el derecho como el contenido de actos de poder.

Las ideas provenientes de la filosofía moral y política, especialmente las del constitucionalismo democrático, han circulado profusamente por nuestras élites. Sin embargo, las ideas por sí solas no crean instituciones, como se muestra en las sucesivas ocasiones en que, ante la angustia del desgobierno, el orden ha sido impuesto por las armas. De modo análogo a las virtudes personales, que se muestran en los hábitos y costumbres, las instituciones no se construyen a partir de conceptos abstractos, sino sobre la base de la conciencia jurídica concreta que se expresa en nuestras prácticas. Aristóteles decía que los pueblos son bárbaros en sus principios porque todavía no están civilizados por las costumbres (Vico). Las ideas encuentran un terreno fértil cuando las circunstancias de la historia favorecen su aceptación; pero no subsisten, ni enraízan por sí solas. Por eso, principios normativos como la “libertad de expresión”, el “estado de derecho”, la “buena fe”, por mucho que sean invocadas con las mismas palabras en constituciones y códigos civiles, tienen en cada sociedad un significado diferente, que se expresa en las prácticas políticas, judiciales y contractuales. Los principios jurídicos se sostienen en un conjunto de creencias, conceptos y tradiciones

asentados por la práctica. Por casi dos siglos el positivismo legal, que define el derecho como el acto de voluntad del soberano, ha sido la teoría del derecho asumida por la sociedad chilena, como lo expresó Andrés Bello en el primer artículo del Código Civil. El propio código ha sido interpretado de modo legalista, sin consideración del sentido de lo correcto que subyace al ordenamiento civil. Desde esa perspectiva positivista, la propia constitución de 1980, creada durante un estado de excepción, arriesga a ser concebida como un instrumento que fue otorgado, más que como un ordenamiento en el que naturalmente consentimos porque establece las bases razonables y generales de la convivencia de personas libres que tienen común interés en una convivencia justa y ordenada.

En verdad, en una democracia constitucional el derecho se mueve en los dos extremos del poder. Por un lado, le da forma, lo organiza y lo legitima. Distribuye competencias y señala procedimientos para crear permanentemente nuevas normas, que son establecidas mediante decisiones públicas en sentido estricto. Por otro lado, sin embargo, se funda en normas y principios de convivencia, que sólo secundariamente se expresan en decisiones o en textos legales, sino más bien muestran aquello que se entiende con naturalidad como constitutivo de nuestros derechos como ciudadanos y del orden que rige nuestra vida de relación. Usualmente se tiende a identificar esta segunda forma de expresión del derecho con el derecho natural y se le combate o se le defiende con argumentos filosóficos. Esa discusión ocurre, sin embargo, en el plano de las ideas. La mejor manera de saber si esas ideas han devenido en instituciones es preguntándonos si podrán ser hechas valer aún en circunstancias excepcionales.

### *El derecho en la dialéctica de voluntad y razón: el sistema de acciones*

En definitiva, al derecho de una sociedad bien constituida resulta inevitable una tensión dialéctica entre voluntad y razón. La primera se muestra en la necesidad de gobierno; la segunda se expresa en la idea clásica de un orden que aspira a la justicia.

La voluntad expresa esa positividad característica del orden político establecido desde los orígenes de la república. El derecho, al establecer procedimientos para la adopción de decisiones, contribuye a que esa voluntad política sea aceptada. Así, la ley positiva resulta esencial para la gobernabilidad y la certeza, un bien muy valioso en la sociedad contemporánea que, con toda su admirable complejidad, requiere de poder público con mayor urgencia e intensidad que cualquiera época anterior. Como he intentado mostrar, la lógica del poder es pragmática, y su principio orientador, la eficacia.

En el otro polo, sin embargo, la razón invoca principios y normas que, por mucho que se expresen en textos constitucionales y legales, no pretenden ser aceptados por su pura utilidad. Su función institucional es dirimir en favor de la justicia, del orden básico y mínimo de convivencia, el conflicto entre la moral y el poder. Como expresó Kant en su hermoso ensayo sobre la paz perpetua, hay un momento en que la política se encuentra con la moral y el derecho de los hombres y, en tales circunstancias, éste debe ser mantenido como cosa sagrada, por muchos sacrificios que cueste al poder dominador. Ello exige, sin embargo, que el derecho sea concebido a la luz de un sistema de fuentes (de criterios de pertenencia a lo que entendemos por derecho, diría un jurista analítico) más complejos que los puramente positivistas y que se asuma que el derecho no sólo otorga, sino también conforma y limita el poder.

Del mismo modo como la forma política de la democracia contribuye a la gobernabilidad, en tanto legitima el poder desde los ciudadanos y regula su traspaso pacífico, así, el derecho también conoce instituciones para procurar el predominio de la razón. Por cierto que los límites entre lo jurídico y lo político son a menudo tenues, casi invisibles. Ello plantea una exigencia de ascética autolimitación de los jueces, pero también requiere de ellos, especialmente de los que poseen jurisdicción constitucional, un amplio discernimiento de aquello que pertenece a las definiciones básicas del sistema jurídico, lo que exige un horizonte que supera la mera técnica.

Los tiempos han cambiado desde Prieto, Portales y Bulnes. Por severos que sean los problemas de integración de grupos que permanecen excluidos del progreso, la sociedad chilena ha llegado a ser crecientemente una comunidad política de ciudadanos. En correspondencia, más allá del avance que significa el nuevo proceso penal desde el punto de vista del estado de derecho, pareciera llegado el momento de discernir críticamente nuestro sistema de acciones y procedimientos constitucionales y administrativos. Nuestra tradición jurídica, como muchas otras en Europa y América, ha estado más caracterizada en el pasado por declaraciones que por acciones constitucionales y administrativas eficaces. Un gran jurista inglés escribía, a fines del siglo pasado, que el mayor error de muchos Estados era entender que la constitución se agota en declaraciones de derechos, en circunstancias que las leyes de *habeas corpus*, que permiten invocar a los tribunales cuando se es víctima de abuso, no declaran principio ni derecho alguno, pero valen para efectos prácticos más que cien artículos constitucionales que expresan libertades individuales (Dicey).

En el fundamento de todo el derecho están las acciones judiciales. No se puede consolidar su supremacía, si no existen prácticas judiciales que lo soporten. Un estado de derecho en forma supone que podamos simplemente decir que “así se hace entre nosotros” cuando un tribunal es invocado para resolver un conflicto o poner término a un abuso. Ante

la debilidad de nuestra antigua tradición jurídica publicista, corregida a parches con el recurso de protección, resulta urgente discernir los procedimientos que son condición para que llegue a consolidarse una práctica generalizada de observancia del derecho de los hombres, que Kant soñaba como proyecto de paz perpetua hace más de dos siglos. Pero parece ser un mero punto de partida en una evolución que recién ha comenzado. En el derecho, para ascender a las ideas e intereses más nobles, primero es necesario descender a las oscuridades de la caverna. Y en el piso de la caverna de la sociedad humana, uno de los primeros signos de civilización es reconocer acciones que un juez decida acerca de lo suyo de cada cual.

Muchas gracias por la simpatía que me han deparado acompañándome en esta tarde.



## DISCURSO DEL ACADÉMICO ÓSCAR GODOY ARCAYA<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 30 DE MAYO DE 2000, EN LA RECEPCIÓN DE DON ENRIQUE BARROS BOURIE EN LA ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y MORALES

Me corresponde el honroso encargo de recibir a Enrique Barros Bourie como Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. En este acto, formal y solemne, debo dirigirme al público, en nombre de la Academia, para expresarle que el nuevo Miembro de Número ha sido elegido para integrarse a ella por sus grandes y reconocidos méritos y los servicios que le ha prestado a la comunidad académica y nacional. En virtud de lo cual, la Academia se hace cargo de que su nombre y su obra se conserven en la memoria pública, pues ese es el sentido primario y originario de la pertenencia a este cuerpo. También este acto, más allá de su esencial formalismo, me brinda la ocasión de manifestar un sentimiento de júbilo, para celebrar la incorporación a la Academia de una persona acerca de la cual, gracias al privilegio de la amistad, puedo dar un testimonio cercano de una vida admirable.

Enrique Barros Bourie egresó del Colegio San Ignacio de Santiago, para realizar estudios de Ciencias Jurídicas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Posteriormente hizo estudios de postgrado en Alemania, que culminaron con la obtención del Doctorado en Derecho en la Universidad de Múnchen, con la máxima distinción. Durante su estadía en Múnchen hizo asimismo estudios de filosofía en la prestigiosa Hochschule für Philosophie de esa ciudad. A su regreso a Chile, en 1982, reinició una brillante carrera académica en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, su querida *alma mater*, como catedrático de Derecho Civil y Filo-

<sup>1</sup> ÓSCAR GODOY ARCAYA (1938). Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Es profesor titular de Teoría Política en el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile y miembro del consejo directivo del Centro de Estudios Públicos (CEP). Ha sido profesor investigador en la Universidad de Fordham, en Nueva York, y profesor visitante en la Universidad de Georgetown (Washington D.C.) y en el Instituto de Estudios Políticos de París.

sofía del Derecho. En 1996 se incorpora como profesor en la Academia Judicial de Chile. Y en distintas ocasiones ha sido profesor invitado en prestigiosas universidades, entre las cuales cabe mencionar la Universidad de Aarhus (Dinamarca), de Würzburg y el Instituto Max Planck de Alemania.

Enrique Barros, como todos sabemos, es un distinguido y prestigioso abogado, cuyo estudio se ha especializado en materias civiles, comerciales y constitucionales. En este campo hay que destacar dos aspectos de la práctica profesional de nuestro nuevo académico. Por una parte, su competencia técnica, que todos reconocen, y que le ha valido un sitio privilegiado entre sus pares. Y, por otra, su reputación de prudencia, de capacidad para discernir el bien jurídico más allá de la positividad de la ley. Creo que esta última cualidad de Enrique Barros nos explica su incorporación al cuerpo arbitral del Centro de Arbitrajes de la Cámara de Comercio de Santiago y de la Comisión Interamericana de Arbitraje Comercial (CIAC). No olvidemos que todo árbitro es alguien que puede hacer algo por sí solo, sin dependencia, libremente, y, a la vez, alguien que está facultado para dar un dictamen y resolver un contencioso, apreciando circunstancias que se escapan a la mera enunciación de la ley. A eso, el pensamiento tradicional denominó *aequitas*, equidad, que es no solamente una facultad de la inteligencia, sino además una virtud moral. Tanto la excelencia académica de Enrique Barros, como su altísima competencia técnica y su especial sentido de la equidad, deben haber gravitado decisivamente en su reciente designación como Abogado Integrante de la Corte Suprema.

En el apretado *cursus honorum* que acabo de trazar se nos presenta el itinerario intelectual externo de Enrique Barros, marcado especialmente por su pertenencia a prestigiosas instituciones, donde su singular talento ha encontrado no solamente reconocimiento, sino también las condiciones adecuadas para desplegarse y cobrar la figura tan preciada que hoy admiramos e integramos a nuestra Academia. Pero esta trayectoria académica y profesional no nos da cuenta cabal de las múltiples y complejas facetas de nuestro nuevo académico, que necesariamente escapan a este precario discurso de recibimiento. Intentando aproximarnos a una imagen más completa de Enrique Barros, voy a ensayar algunas palabras en torno a algunas dimensiones de su persona, relacionadas con sus vínculos con la vida pública y con la tarea intelectual.

Entre las diversas actividades de Enrique Barros, relacionadas con la vida pública, hay dos que llaman particularmente la atención. La primera se refiere a su participación en la Comisión Técnica de Reforma a la Constitución Política en ese álgido año de 1989, posterior al plebiscito de 1988 y anterior a la transmisión del poder político al primer gobierno democrático, después de diecisiete años de régimen autoritario. En esa Comisión, Enrique Barros hizo importantes contribuciones a las reformas constitucionales de 1989. Y en todas ellas se reflejó una concepción fuerte y enér-

gica de la libertad y la reconciliación nacional, y, en el orden práctico político, su especial sentido prudencial de la equidad. Hay que recordar que en esa Comisión se gestaron no solamente modificaciones doctrinarias a la Constitución de 1980, como la aplicación plena del principio democrático del pluralismo y la tolerancia política, severamente limitado por el antiguo artículo octavo, sino también una cincuentena de reformas que acercaron el texto constitucional a nuestra tradición republicana y democrática de siempre, es decir, a nuestros esenciales constitucionales históricos.

La segunda esfera de actividades de Enrique Barros, en que está comprometido su sentido de servicio a la comunidad, está articulada en torno a su pertenencia al centro de Estudios Públicos (CEP), como miembro de su Consejo Directivo y del Consejo Editorial de su prestigiosa revista *Estudios Públicos*, que es quizás la publicación de ideas más prestigiosa y con mayor difusión en nuestro país y en América Latina. A mi juicio, nuestro académico es una de las figuras más significativas y señeras del CEP, porque encarna con fidelidad la vocación de esta institución: el cultivo y la difusión de las ideas que sirven de base y promueven la existencia de una sociedad libre y pluralista. Al interior y desde el CEP, Enrique Barros ha ejercido un verdadero magisterio intelectual y moral, abierto, pletórico, optimista y jovial, relacionado con las ideas y prácticas de la libertad, en el campo de la vida pública, con especial énfasis en el derecho, la política y la cultura. Los hitos de ese magisterio están registrados en conferencias, mesas de discusión y diálogos realizados en esta prestigiosa institución, y ensayos y artículos publicados en la revista *Estudios Públicos*. En esta tarea de irradiación intelectual, en contacto con gente de la cultura, empresarios y actores políticos y jóvenes estudiante universitarios, Enrique Barros ha transmitido valores e ideas, esclarecidas por un agudo espíritu crítico, una inteligencia serena y equilibrada y un cierto y contenido escepticismo que unido a la ironía, constituyen sus mejores recursos para plantarse con una elegancia sin par en la realidad. Quizás uno de los mejores testimonios de ese espíritu lo encontramos en un breve y hermoso ensayo, titulado *El Laberinto Formas de Vida*, donde nuestro académico analiza los desafíos que la sociedad abierta y pluralista le propone al sujeto contemporáneo y donde la democracia, condición necesaria para el ejercicio de su libertad y autonomía, aparece como “un orden que no exige un compromiso positivo, porque está fundado en la pura tolerancia, esto es, en el escepticismo acerca de lo que es correcto, y que, por lo mismo, difícilmente proporciona las certezas que anhela un ser débil como el hombre, especialmente cuando cunde el sentimiento de crisis”. Esta es la premisa crítica a partir de la cual Enrique Barros le abre paso a una concepción de la democracia como una fuerza tranquila, como un régimen político que es un “mecanismo de prueba y error que permite deshacerse de los gobiernos malos y agotados y dejar que continúen los que pueden hacerlo mejor”, como sostuvieron

autores como Popper y Hayek, y en cuyo curso la dimensión ética de la libertad adquiere toda su significación. Para Enrique Barros, este es el contexto, y, quizás, el mejor contexto donde el ciudadano contemporáneo debe asumir el reto de apropiarse de su autonomía y construir su forma de vida o alienarse y dejar que los otros lo hagan por él.

Una gran parte de la actividad intelectual de Enrique Barros tiene como escenario a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Allí, como catedrático de Derecho Civil y de Filosofía del Derecho, ha desarrollado una ingente labor en el ámbito del estudio y la investigación del derecho y de su transmisión a las nuevas generaciones que colman sus aulas. Enrique Barros se distingue por una fuerte filiación a su Facultad, que expresa no solamente la solidez de su vocación jurídica, sino, especialmente, un impresionante sentido de fidelidad y gratitud a su *alma mater*. En el largo camino docente ya recorrido, Enrique Barros ha dejado una impronta en sus alumnos, que se han beneficiado de las dotes personales ya descritas, pero además, de su extraordinario rigor en el cultivo de la ciencia jurídica. Pienso que ese rigor no solamente debe ser entendido como una alta competencia en las cuestiones jurídicas, sino además, como una excepcional capacidad para situar los problemas técnico-jurídicos en el contexto de las grandes concepciones del derecho, la filosofía y la moral.

A este respecto, el simple ejercicio de seguir el hilo argumental de trabajos distintos en el tiempo, y referentes a asuntos diversos, como es el caso de *Derecho y Moral* (1983), *Reglas y Principios en el Derecho* (1984) y *Límites de los Derechos Subjetivos Privados* (1999), por citar algunos de sus escritos, nos permiten descubrir no solamente cualidades formales excelentes, como la articulación y la coherencia discursiva o la diafanidad del lenguaje, sino los hilos conductores que vinculan la experiencia de la vida de los seres humanos en sociedad y las ideas subyacentes en sus actos, prácticas y costumbres, con las instituciones del Derecho y las concepciones filosóficas y morales que les sirven de base.

En *Derecho y Moral* se nos invita a instalarnos en el punto de partida del derecho penal y, por lo tanto, en la comisión del delito, la decisión libre, la responsabilidad y la imputabilidad, para proyectarnos hacia las concepciones acerca de las causas del delito que se han desplegado en el siglo XX y a la genealogía del derecho moderno, que de modo aparente ha escindido el derecho y la moral. Enrique Barros desata los argumentos, sin afectar la integridad de los mismos, y nos demuestra que hay “relaciones muy estrechas entre las normas básicas del sistema jurídico y ciertos cánones morales fundamentales”. Un modo argumentativo similar lo conduce en *Reglas y Principios en el Derecho* a establecer que el derecho no es solamente un conjunto de normas, y, que, en consecuencia, hay un espacio central para los principios. El sistema jurídico, nos dice Barros, consiste básicamente en un conjunto de reglas, ellas definen los derechos y los deberes

de las personas y las competencias para crear nuevas normas”. Estas son suficientes para resolver gran parte de las situaciones que caen bajo la esfera de lo jurídico, pero hay conjuntos de casos en que tal resolución requiere la apelación a “criterios que trascienden la mera aplicación de la regla”. Es allí donde operan los principios, probablemente creando nuevas reglas, colmando vacíos. La argumentación, en ambos casos, se construye desde una situación crítica –escisión entre derecho y moral y entre normas y no principios– para poner delante nuestro en qué sentido dos extremos no dan cuenta de la realidad completa del derecho.

Otra dimensión extraordinariamente atrayente del discurso jurídico de Enrique Barros es la centralidad que tiene en sus trabajos una concepción integral de la persona humana y su libertad como causalidad incondicionada, por un lado, y su tensión con las exigencias que plantea su vida en sociedad, por otra. Esta concepción antropológica y sociológica de base recorre distintos textos de sus trabajos jurídicos, iluminando complejos problemas, como el de los límites de los derechos subjetivos privados, o el de las relaciones entre lo público y lo privado, que ha sido el objeto del brillante discurso que acabamos de escuchar.

Cuando escribía estas breves líneas para celebrar el ingreso de Enrique Barros Bourie a nuestra Academia, recordé un texto de Montaigne, uno de sus maravillosos ensayos, que lleva por título *De la Moderación*. De este texto leo unas líneas, que parecen describir un cierto talento cuyas huellas encontramos en el trazado de la vida intelectual de nuestro nuevo académico. Dice así: “El arquero que sobrepasa el blanco, falla lo mismo que si no lo alcanzara. Mis ojos se turban ante una luz esplendorosa, lo mismo que al entrar bruscamente en la sombra. Calicles, en la obra de Platón, dice que el exceso de filosofía perjudica, y aconseja no excederse, ni que desborden los límites de lo útil; que tomada con moderación es agradable y provechosa, y con exceso convierte al hombre en vicioso y salvaje: hace que se descuiden las leyes y las religiones, que se distancie de la sociedad, que sea enemigo de los humanos placeres, incapaz de todo gobierno político, de socorrer a sus semejantes y de auxiliarse a sí mismo”.

Señoras y señores, en nombre de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas Morales doy la bienvenida a Enrique Barros Bourie.



# ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA



# NUTRICIÓN Y SUBDESARROLLO

DR. FERNANDO MONCKEBERG BARROS<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Medicina,  
pronunciado el 21 de septiembre de 1972*

Señor Presidente de la Academia de Medicina, Señores Académicos, Señoras y Señores:

La elección como miembro de la Academia constituye para mí un hecho trascendental y considero que no sólo es una distinción personal, sino que envuelve a todo el grupo de investigadores que ha trabajado durante muchos años. Si hemos hecho algo ha sido por el esfuerzo conjunto de muchos profesionales. Mi problema en esta ocasión ha sido escoger lo más relevante que hayamos hecho en el campo de la nutrición. Hemos realizado numerosos trabajos, algunos de cierta importancia, otros de menor; pero al hacer un hito y analizarlos llegué a la conclusión de que, si tenemos mérito, más que en los trabajos está tal vez en haber logrado formar un grupo homogéneo de investigadores que, inquietos y angustiados por los problemas que afligen a nuestra sociedad, dedican sus energías a contribuir a solucionarlos. El tiempo y la experiencia ganada nos han convencido que sólo a través del análisis y estudio científico podemos aportar soluciones concretas. La tarea ha sido ardua y difícil y no sé si ha dado frutos aún, porque no es fácil hacer investigación científica en una nación de recursos limitados y en la que no se le da la relevancia que merece. En un país desarrollado es relativamente fácil, porque se comprende su importancia y que de ella depende el bienestar; ha construido una infraestructura adecuada y el éxito depende en gran parte del esfuerzo y la capacidad del investigador. En Chile tenemos una etapa previa que cumplir, cual es lograr que la investigación se acepte y sea posible. Creo sinceramente que

<sup>1</sup> FERNANDO MONCKEBERG BARROS (1926). Médico nutricionista y pediatra, Universidad de Chile. Realizó investigación y docencia en la Universidad de Harvard, a fines de la década de los 50. Fue creador y primer director del Instituto de Nutrición y Tecnología de los Alimentos (INTA) y presidente de la Corporación de la Nutrición Infantil (CONIN). Entre 1994 y 1996 fue rector de la Universidad Santo Tomás, también director de la Revista *Creces*. Miembro de prestigias instituciones nacionales e internacionales, especialmente en el ámbito pediátrico y nutricional, ha desplegado una amplia labor de investigación científica, publicando trabajos en revistas y libros dentro y fuera del país. Premio Nacional de Ciencias Aplicadas y Tecnológicas 1998.

allí está lo importante de nuestra labor. Cuando comenzamos no teníamos claro este concepto que evidenciaron las dificultades encontradas en el camino. Después de nosotros vendrán muchos y ojalá logremos que el camino les sea más expedito. Lo deseamos por el bien de la sociedad de que somos el producto y a la que tenemos obligación moral de devolver lo que de ella hemos recibido.

Más que presentar determinado trabajo, quiero exponer nuestra experiencia en el campo de la desnutrición infantil, que se ha ido enriqueciendo con el tiempo y que en la actualidad nos permite mirar el problema en forma mucho más amplia y completa. La brevedad me obliga a no entrar en detalles. Cuando la comenzamos, hace casi dieciocho años, nuestra forma de pensar era absolutamente diferente porque carecíamos de los antecedentes y la preparación para abordar el problema y ni siquiera sabíamos cuál era el problema. A poco de recibido el título de médico, comenzamos estudiando un hecho que preocupaba a los pediatras: la diarrea y deshidratación aguda. En el verano los hospitales de niños se llenaban –aún se llenan– de casos con deshidratación aguda por trastornos gastrointestinales, con mortalidad muy alta y cuyo tratamiento tenía mucho de empírico. Nuestros esfuerzos se dirigieron a estudiar la fisiopatología, con el objeto bien concreto de obtener mejor información y llegar a normas terapéuticas más racionales. Los primeros resultados indicaban que condiciona la gravedad y el pronóstico el estado nutritivo. Los niños nutricionalmente normales difícilmente presentaban cuadros graves y la respuesta al tratamiento es por lo general satisfactoria. Siempre los cuadros más graves correspondían a niños desnutridos que presentaban asimismo las acidosis más intensas. En niños nutritivamente normales la mortalidad no pasaba de un 2 a 5%, mientras que en los otros se elevaba a un 30%. Obviamente, el problema de fondo era la desnutrición y nuestros esfuerzos se dirigieron a estudiar la deshidratación aguda por diarrea en el niño desnutrido, en que todos los trastornos adquirían significado diferente. Aparte de la acidosis intensa, tenían grandes pérdidas de electrolitos, tanto extra como intracelulares. Comprobamos pérdidas de potasio que alcanzaba hasta el 40% del intracelular y su reemplazo por sodio. Son muy susceptibles a la hiper o hiponatremia y, frecuentemente, aunque se les administre líquidos por vía endovenosa, se pierde por vía renal. Había que buscar en el niño desnutrido sin deshidratación las razones de que esté sujeto a tantos riesgos.

Sucesivos trabajos nos permitieron observar, por ejemplo, que presentaban una pobre función suprarrenal y que si se la estimulaba se llegaba fácilmente al agotamiento de la glándula. Tampoco el riñón puede regular el metabolismo del sodio. Si se le elimina de la dieta en un niño normal, ahorra sodio y ya el segundo día casi desaparece de la orina; en el desnutrido no ocurría porque, si bien disminuía el sodio durante el primer día, parecía agotarse el mecanismo y continuaba perdiendo en cantidades impor-

tantes. Tampoco el riñón trabajaba adecuadamente, porque disminuía su capacidad de concentración y de excretar iones hidrógenos; se producían cambios graves en el flujo plasmático renal y en la filtración glomerular.

Estos estudios nos llevaron a formular pautas terapéuticas para la deshidratación aguda del niño desnutrido, particularmente en lo que se refiere a la composición y cantidad de las soluciones hidratantes; especialmente dirigidas al médico que no dispone de aparatos complicados de laboratorio, se usan aún hoy en la mayoría de los hospitales pediátricos como también en otros países latinoamericanos que tienen problemas semejantes. Creo que contribuimos a disminuir los riesgos y la mortalidad. Con estos estudios nos dimos cuenta de algo que ahora parece obvio: nuestros esfuerzos debieran dirigirse a buscar un tratamiento nacional de la desnutrición antes que la deshidratación aguda, su complicación final y, paulatinamente, cambiamos el giro de nuestras actividades.

Tal vez más que hoy eran frecuentes las desnutriciones extremas que requerían largas hospitalizaciones y cuya respuesta al tratamiento era muy pobre; la mortalidad era alta por las complicaciones, sea infecciones intercurrentes o desequilibrios hidroelectrolíticos. Se describían dos cuadros clínicos: la distrofia simple, propia del lactante pequeño, y más tarde se denominó también marasmo y la pluricarencial, descrita por el profesor Scroggie, propia del niño mayor y que en otros países se llama Kwashiorkor. Según el concepto predominante, la diferencia provenía principalmente de la edad. Los autores mexicanos especialmente afirmaban que ambas enfermedades eran la misma y que posteriormente el marasmo se transformaba en Kwashiorkor. Pensamos que eran dos enfermedades con etiología diferente. Si bien más frecuente en el lactante menor, el marasmo era consecuencia de un déficit de calorías y proteínas, mientras que el Kwashiorkor o desnutrición pluricarencial se debía a un déficit proteico, manteniéndose más o menos normal al aporte calórico. La edad, en cambio, no tenía gran importancia en la etiología. Esta diferenciación era evidente sólo en los casos extremos; pero en la mayoría ambos cuadros clínicos se entremezclaban, porque sus etiologías eran mixtas. En esos casos la sintomatología era diferente: el marasmo era una enfermedad crónica en que por largos períodos el enfermo permanecía estático en su desarrollo o progresaba muy lentamente. En los casos puros el Kwashiorkor era más agudo; suprimiendo las proteínas aparecían, en 15 días a un mes, los síntomas característicos del déficit proteico y quedaban sólo dos alternativas: el niño mejoraba al instituirse un tratamiento adecuado o fallecía. En el marasmo había una adaptación del organismo que le permitía sobrevivir y que no existía en el Kwashiorkor.

Comenzamos a estudiar en qué consistía esa adaptación y el mecanismo que la regulaba y, al mismo tiempo, por qué la sintomatología era tan diferente. La única diferencia etiológica residía en el aporte calórico; en

el marasmo a este déficit se agregaba otro en el aporte proteico; en el Kwashiorkor había un déficit proteico, es decir, la única diferencia estaba en el déficit calórico. Nos llamó la atención que si determinábamos la actividad metabólica a través del consumo de oxígeno en condiciones basales, el comportamiento era totalmente diferente; en el marasmo ese consumo descendía notablemente, mientras que no se modificaba en el Kwashiorkor. En respuesta al déficit calórico disminuía la actividad metabólica, y el de proteínas persistía a ritmo normal hasta que se producía el descalabro. El comportamiento diferente se podía también ver a nivel celular. En el marasmo disminuye notablemente la división celular, que se mantenía normal en el Kwashiorkor. Más adelante observamos que en el marasmo la adaptación se producía por un mecanismo regido por la hipófisis, que revela menor actividad al disminuir el aporte calórico. Desciende la producción de tiroestimulina, de adrenocorticotrofina y somatotrofina, permitiendo así la adaptación. No ocurre así en el Kwashiorkor. Sabido es que rige, a su vez, la secreción de hormonas hipofisarias, el hipotálamo, a través de los factores de liberación (*releasing factors*). Actualmente estudiamos y nos parece probable que el mecanismo de adaptación parta desde allí. Detecta la disminución del aporte calórico el hipotálamo que responde rebajando la función hipofisaria y permite así la adaptación. Si esto es cierto, entendemos un poco más los mecanismos que regulan el crecimiento.

Por sí solo, el déficit proteico provocaría disminución de su síntesis y explicaría la sintomatología tan característica. En el hígado disminuiría la síntesis de proteína de exportación o plasmáticas, acarreado descenso de los niveles plasmáticos; como consecuencia aparece edema característico del Kwashiorkor. Como las proteínas transportan las vitaminas en el plasma, éstas no pueden movilizarse desde el hígado y aparecen los síntomas clínicos de su déficit. El mismo mecanismo explica el hígado graso: con menos proteínas plasmáticas no se pueden movilizar las grasas que se transportan como lipoproteínas. Estas comprobaciones nos permitieron comprender mejor la fisiopatología de la desnutrición, los mecanismos que se desencadenan y, también muy importante, que a través de este trastorno patológico aprendimos algo de los mecanismos normales. Como la patogenia del hígado graso, hemos avanzado en el conocimiento del rol de transporte de las proteínas plasmáticas, tanto en lo que concierne a las grasas como a las vitaminas. Quedan aún muchos puntos oscuros que indudablemente deben continuar estudiándose y espero que sean motivo de los próximos trabajos.

Aparte de estos aspectos metabólicos de interés, nos llamó la atención, desde hace 15 años, el efecto que la desnutrición tendría sobre el sistema nervioso central (SNC); entonces los pediatras solían afirmar que éste no se lesionaba en forma tan importante como otros órganos. Se basaban tal

vez en los estudios de desnutrición en adultos durante la Segunda Guerra Mundial: se observó en los campos de concentración que la desnutrición grave producía evidentes alteraciones en el comportamiento, que cesaban cuando mejoraba el estado nutricional. Los pediatras observaban también que el niño con una desnutrición grave, en los primeros períodos, presenta una gran apatía, indiferencia por el ambiente, llanto quejumbroso y monótono. Es cierto que, iniciada la recuperación, se nota evidente cambio en el comportamiento psíquico, pero nunca se habían evaluado esos cambios ni comparado con niños normales de la misma edad. Hicimos un estudio de seguimiento en 14 que ingresaron a nuestro servicio con desnutrición grave en los primeros meses, curaron de su desnutrición y seguimos estrechamente su desarrollo psicomotor. Después de 5 o 6 años nos convencimos que el daño en el SNC no era tan simple. Aún a esa edad, no habían alcanzado desarrollo psicomotor normal, sino que, por el contrario, presentaban lesiones que se traducían en franco déficit psíquico. Simultáneamente aparecieron muchos datos confirmativos en la literatura. Era evidente que el cerebro, como los otros órganos, sufría lesiones serias e incluso disminuía de volumen, lo que pudimos comprobar utilizando un método de transiluminación del cráneo.

Para estudiar mejor los efectos volvimos al animal de experimentación: la rata. Observamos que la desnutrición precoz produce alteraciones bioquímicas evidentes, disminución del contenido de DNA, RNA, proteínas, lípidos etc., que parecían permanentes. A iguales conclusiones llegaban Winick y Rosso sobre estos parámetros en niños muertos por desnutrición. Hoy parece totalmente aceptado que la desnutrición grave del lactante no es inocua para el SNC, sino que deja secuelas permanentes.

Nos interesaron otros aspectos largos de detallar, pero que nos han servido para comprender mejor el proceso y proyectar una terapéutica más racional: a) estudios inmunitarios que parecen demostrar que la susceptibilidad a las infecciones del desnutrido radica en alteraciones de la inmunidad celular; b) de los mecanismos de absorción intestinal en la desnutrición grave que explican la esteatorrea o la incapacidad para absorber la lactosa de la leche, con indudables implicancias terapéuticas; c) anemia en el marasmo que no parece ser anemia en sentido estricto, sino una adaptación a los requerimientos menores de oxígeno.

*Estudios en el terreno.* Otra laguna se nos hizo evidente: nos habíamos formado una idea del desnutrido que llegaba al hospital con toda su gama de complicaciones, pero nada sabíamos de la realidad nutritiva de la población infantil. Abordamos este problema con encuestas nutritivas y exámenes médicos y antropométricos, que nos dejaron enorme enseñanza y nuevamente nos obligaron a cambiar de forma de pensar. Los desnutridos graves que habíamos visto en los hospitales no pasaban de un 1 a 2% en la población; en cambio, había subalimentación seria en un porcentaje muy

alto. Nos pareció que habíamos mirado el problema a través del ojo de la llave y que la desnutrición era como un témpano del que habíamos visto sólo la parte emergente, en circunstancias que la mayor estaba oculta por el agua. Al año de edad casi el 30% de los niños de Chile estaba subalimentado y a los 7 casi el 60%. Alto porcentaje no recibía, pues, el alimento suficiente para crecer y desarrollarse de acuerdo con su potencial genético, y en poblaciones marginales de Santiago, a los 7 años de edad, como promedio, mide 7 centímetros menos de lo que debiera.

No sólo presentaban retraso en el crecimiento y desarrollo, sino que estaban limitando, además, su capacidad de defensa ante el medio. Corrían alto riesgo ante cualquier enfermedad que para los normales pudiera ser trivial. El sarampión, la diarrea, una bronconeumonía y otras enfermedades importan elevado riesgo de complicaciones y muerte. Sin duda, subalimentación en niños aparentemente normales es la principal causa de la alta mortalidad en los primeros años. El problema apareció más serio cuando evaluamos el rendimiento intelectual, al principio con temor porque no creíamos en nuestras propias cifras y, después, con mayor firmeza las dimos a conocer. En una población marginal de Santiago, el 40% era, a los 5 años, francamente débil mental, y el 25% subnormal y sólo podía considerarse normal el 30%. Surgió la duda de que el retraso psíquico se debiera a desnutrición o también a otros factores ambientales que significan un pobre estímulo intelectual. A primera vista la desnutrición correlacionaba perfectamente con el bajo rendimiento intelectual, pero no podíamos afirmar una relación de causa a efecto: podrían ser dos fenómenos paralelos. Interesa estudiar el problema, pero probablemente nunca se llegue a una conclusión definitiva, por la imposibilidad de aislar los factores ambientales de la desnutrición. Estrechamente unidos constituyen lo que llamamos el “submundo de la miseria”.

Cuesta creer guarismos tan alarmantes y uno se pregunta ¿dónde están los débiles mentales que no apreciamos objetivamente? Están y no los hemos querido ver y una cifra nos parece suficientemente demostrativa: de cada 100 niños que comienzan la educación primaria sólo 30 logran terminarla. Como en todos los países latinoamericanos hay altísimo porcentaje de deserción. Los primeros estudios para dilucidar los motivos nos confirman lo supuesto: la gran causa de deserción y fracaso escolares reside en la incapacidad de aprender. Aparecen a primera vista pseudomotivos: se necesita al niño para que trabaje en la casa, la escuela está lejos o no tiene ropas; pero la razón de fondo es no percibir beneficios, no ven progreso alguno y lo retiran por cualquier causa secundaria. Terminan la educación primaria los niños que presentan estado nutritivo y capacidad intelectual aceptables. El problema es muy grave, sin duda, puesto que un porcentaje muy alto queda definitivamente marginado de la sociedad. En la era de la revolución tecnológica, se exige el máximo de las capacidades si se

pretende la incorporación efectiva. El individuo que no ha terminado su educación primaria, debido a deficiencias en su rendimiento intelectual, queda relegado en posiciones muy secundarias, con salarios y condiciones de vida muy bajos. Tiene pocas posibilidades de abandonar, él y sus hijos, el submundo de la miseria, ya que la situación se repite de generación en generación. Para la sociedad es un individuo inútil y representa sólo un lastre que dificulta el desarrollo.

Tomar conciencia de la situación nos imponía un deber moral: nuestro compromiso no está ya en el nivel de investigación creativa, sino que debía ir más allá. Saltamos los límites de la comunicación científica para mostrar nuestra realidad a la sociedad entera. Sabíamos de los riesgos y que, en ocasiones, seríamos mal interpretados o tergiversados, porque el problema es desagradable y produce reacciones adversas; especialmente en quienes tienen responsabilidades directivas, se ha hecho consciente y nadie puede ignorarlo. No ha sido casual que en las últimas elecciones presidenciales los tres candidatos tuvieron como punto fundamental del programa combatir la desnutrición en el niño. Sin embargo, persiste en toda su intensidad y no nos podemos dar por satisfechos con la labor realizada. Aunque pequemos de inoportunos e involucre riesgos, la primera etapa indispensable para una solución, precisamente está en conocer el problema y hacerlo consciente.

*Obligación de buscar soluciones.* No basta con constatar los desastres y divulgarlos. Sería irresponsable quedarse en esta cómoda etapa de crítica. La labor es difícil, sobre todo si no se cuenta con la ayuda de los organismos oficiales. Hace varios años nos dimos cuenta de la complejidad, de que los factores condicionantes son muchos y muy variados, y que era estéril abordarlos únicamente desde el punto de vista médico o de salud pública. Representan factores negativos las malas condiciones sanitarias, el analfabetismo, el alcoholismo, la baja escolaridad, el pobre nivel cultural y el bajo rendimiento intelectual de los grupos menos favorecidos. Debe tomarse en cuenta si se quiere llegar a una solución definitiva y racional.

La enunciación de los factores condicionantes prueba que las causas de la desnutrición son las mismas del subdesarrollo. Poco se puede esperar de programas de distribución gratuita de un alimento a determinado grupo etario, por muy alta que sea su calidad biológica y nutritiva. Si imagináramos adecuados el estado sanitario, el nivel cultural y educacional, como también la atención médica y los conocimientos de nutrición, aún así topáramos con un problema: en la actualidad los bajos ingresos imposibilitan a casi el 50% de los padres de familia proporcionar alimentación satisfactoria al grupo familiar. Volvemos al punto de partida: los salarios son bajos, porque la productividad es baja, como es característico del subdesarrollo.

Podría pensarse que deberían dirigirse nuestros esfuerzos a obtener un progreso rápido en el desarrollo socioeconómico y esperar, como conse-

cuencia, que se solucione la desnutrición. Esta forma de pensar también es simplista, porque aquél no es posible mientras el 50% esté lesionado en sus posibilidades físicas, fisiológicas y psíquicas. Muchas veces nos preguntamos por qué no puede haber un milagro chileno, como lo hubo alemán, francés o italiano después de la Segunda Guerra Mundial. La respuesta es fácil: no lo puede haber porque un porcentaje muy alto está menoscabado en esas capacidades. El desarrollo socioeconómico no es posible o demorará mucho en mejorar las condiciones nutritivas. Deberá actuarse antes o paralelamente sobre la desnutrición, que condicionan directamente factores numerosos y muy variados. La mayor parte escapa a nuestro control y posibilidades: a) Saneamiento. Hemos calculado, por ejemplo, que en una población marginal, más del 30% de las calorías que el niño ingiere en el verano se pierde por diarrea. No más del 30% de los chilenos tiene en casa sistemas adecuados de eliminación de excretas, de abastecimiento de agua y de retiro de desperdicios. El 80% de los niños de zonas rurales tienen parásitos intestinales, evidenciando las condiciones sanitarias. b) El nivel de escolaridad de los padres y la capacidad intelectual de las madres son muy bajos y con relación directa con el estado nutritivo de los hijos. c) En los niveles socioeconómicos bajos la enorme disminución de la lactancia materna es también otro factor de desnutrición en el lactante menor, aun cuando la madre reciba leche gratis.

Nuestra contribución se ha orientado en tres direcciones: a) poner en conocimiento de las autoridades y de la sociedad en general los resultados de nuestras investigaciones; creo que algún éxito hemos obtenido, aunque no siempre hemos sido bien interpretados; b) estudios para dilucidar a qué edad es aún reversible el daño intelectual producido por la subalimentación o el medio ambiente. Se sabe que en los grupos menos favorecidos, donde prevalece la desnutrición, existe un alto porcentaje de niños con retraso psíquico que contraría su rendimiento escolar. Hemos observado que si se inicia un programa de alimentación adecuada y educación a los 7 o más años, mejora el desarrollo físico pero no disminuye el retraso psíquico, indicando que la labor preventiva debe ser más precoz. Estudios realizados en Cali, donde me ha tocado asesorar, demuestran que si se les incorpora a los 3 años en un programa de estimulación psíquica y nutrición, es posible obtener al cabo de un año rendimientos intelectuales normales. Si bien se requiere mayor investigación, los primeros resultados indican que, para producir cambios sustanciales, debemos tratar de retirar al preescolar de ese medio tan adverso y crearle otro, tanto desde el punto de vista intelectual como nutritivo; hay que poner gran énfasis en los jardines infantiles, con un currículum educativo adecuado y nutrición que llene los requerimientos. Con la experiencia acumulada, creemos perfectamente posible extender un programa de este tipo a nivel nacional, comenzando

con los grupos más bajos, vale decir, “que realmente el niño sea un privilegiado”; c) también desde hace algunos años nos hemos preocupado de la búsqueda de alimentos de bajo costo y de nuevas fuentes de proteína que se pueden utilizar en programas nacionales, especialmente para los grupos etarios más vulnerables.

Se han estudiado numerosas materias primas y tenemos certeza de que allegan buenas posibilidades. Presentar este aspecto sería abusar demasiado de vuestra paciencia. Sólo digo que, gracias al esfuerzo y la constante dedicación de un importante núcleo de investigadores (médicos, químicos, nutricionistas, economistas y tecnólogos en alimentos) hemos alcanzado éxitos que se observan en el campo mismo, como en los ensayos que hemos realizado en la provincia de Curicó y con los diversos alimentos enriquecidos que se han introducido en los programas de desayuno y almuerzo escolares, dependientes de la Junta de Auxilio Escolar y Becas; pero queda mucho por investigar.

Estoy consciente de que esta presentación no es lo usual, pero la justifico por la importancia que atribuyo a la distinción que se me otorga y que, como decía, no la estimo propia, sino como perteneciente a todo el grupo de investigadores que, en el curso de 18 años, se han ido sumando en este empeño continuado por ser útiles a través de lo que sabemos hacer: investigar. Hemos unido esfuerzos médicos, químicos, bioquímicos, nutricionistas, psicólogos, asistentes sociales y educadora de párvulos. A primera vista podrá aparecer muy heterogéneo, pero en verdad las circunstancias han hecho necesario el trabajo multidisciplinario. Hemos aprendido que el problema de la desnutrición es muy complejo y que estamos muy limitados si lo enfocamos desde el punto de vista de una sola profesión. Me atrevería aun a generalizar, afirmando que una investigación que realmente quiere llegar a soluciones concretas en un determinado problema, necesariamente debe ser multiprofesional. Creo que aquí radica nuestro principal mérito: constituir un grupo multiprofesional, coordinado entre sí, con un objetivo o, más bien, con una mística común que ha permitido vencer los obstáculos y si no hemos sido útiles hasta ahora, esperamos lograrlo más adelante.



## DISCURSO DEL ACADÉMICO DR. ANÍBAL ARIZTÍA ARIZTÍA<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 21 DE SEPTIEMBRE DE 1972, EN LA RECEPCIÓN DEL DR. FERNANDO MONCKEBERG BARROS EN LA ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA

La Academia de Medicina del Instituto de Chile me encomendó el honoroso cometido de recibir en este solemne acto al nuevo Miembro de Número, Prof. Dr. Fernando Monckeberg Barros, distinguido representante de la pediatría chilena. Unido a la circunstancia de designar para esta grata misión a un pediatra que termina su carrera, sugiere el doble significado de esta ceremonia académica.

En sus últimas elecciones, la Academia ha buscado personalidades eminentes en nuestro campo que se encuentran en plena actividad médica, docente y de investigación: así ha querido apartarse de algo que parecía tradicional en las academias, esto es, entregar el galardón de su título a los que han realizado la etapa completa de su vida y como reconocimiento de una labor cumplida. En el caso actual, al igual que en otros, la incorporación se realiza como reconocimiento de una vasta y fructífera labor científica y docente, suficiente para llenar muchos años más que los recorridos por nuestro huésped que, por tanto, tiene por delante mucho aún que producir y rendir para beneficio de la edad infantil, y aportarle así brillo y prestigio a la medicina chilena y a la Corporación que hoy lo recibe, y de que el Prof. Monckeberg pasa a ser el miembro más joven. Por otra parte, la circunstancia de encomendarme esta honrosa misión me hace pensar en un acto simbólico que enfrenta dos aspectos del ejercicio y de la evolución de la pediatría, en cuyo campo Monckeberg ha desarrollado toda su actividad: esos aspectos complementarios corresponden a la clínica aplicada y la investigación científica que le sirve de fundamento.

La medicina y por ende la pediatría progresan al paso de los avances de la ciencia y la investigación. Desde que Morgagni postuló, a mediados del siglo XVIII, que aquélla debía ser anatómica, fundada en la observación minuciosa de los pacientes, cuyas lesiones comprobaba post mortem, la

<sup>1</sup> ANÍBAL ARIZTÍA ARIZTÍA (1894- 1986). Médico Cirujano de la Universidad de Chile, pediatra. Participó en la fundación de la Sociedad Chilena de Pediatría. Profesor titular de la cátedra de Pediatría de la Universidad de Chile en los años cincuenta. Ingresó en la Academia Chilena de Medicina en diciembre de 1965 y fue su presidente entre 1975 y 1976.

clínica, esto es, la medicina aplicada, abandonó el empirismo para apoyarse en la investigación, no sólo de lo que muestra la anatomía patológica sino también en las numerosas fuentes de información que, en el correr del tiempo, le han proporcionado la investigación en los campos de la bacteriología, la fisiología, bioquímica, farmacología, genética, etc. Las disciplinas y métodos precisos –incluidas las matemáticas– que emplean estas ciencias se adaptan también, cada vez más, a la investigación clínica propiamente tal; y por esta senda se ha encaminado Fernando Monckeberg desde la iniciación de su carrera.

Desde principios de este siglo grandes clínicos europeos contribuyeron a revolucionar conceptos fisiopatológicos mediante la aplicación de rigurosos métodos de investigación clínica. Me limitaré a citar un ejemplo en el campo de la pediatría, precisamente en el que ha desarrollado sus investigaciones el Prof. Monckeberg.

Las elevadas cifras de mortalidad infantil –de 200 a 250 por mil en los países avanzados de Europa y Norte América, a comienzos del siglo– se debían principalmente a las diarreas y desnutrición del lactante alimentado artificialmente. Los clínicos estaban confundidos y desorientados para interpretar sus causas y mecanismos, que creían “enfermedades del aparato digestivo”, basándose en los conocimientos proporcionados por la anatomía patológica y la bacteriología; pero en la primera década la observación y la investigación de esta patología por el gran clínico pediatra Adalbert Czerny, que más tarde fuera el profesor de la cátedra en la Universidad de Berlín, lo llevaron a la conclusión que no se trata de enfermedades gastrointestinales, sino que del metabolismo de la nutrición, por defectos de carácter cuali o cuantitativo del alimento artificial. Describió en forma magistral diversos cuadros clínicos, entre otros, el que llamó “distrofia farinácea” y hoy se denomina “Kwashiorkor”, cuya patogenia dejó entonces perfectamente esclarecida. Consiste en la falta de suministro de proteína en la dieta, cuyo aporte calórico está dado sólo por los H de C, como lo oyeron ustedes en el trabajo del Dr. Monckeberg. Desde entonces (1905) dejó de hablarse de enfermedades gastrointestinales del lactante y los estudios se encaminaron por la vía de las investigaciones metabólicas. Cambió asimismo la alimentación artificial del lactante y el tratamiento de los que se designaron en adelante “trastornos nutritivos del lactante con alimentación artificial”. Los resultados fueron espectaculares en las bajas bruscas de mortalidad infantil en esos países. Norteamérica también profundizó después los estudios en este terreno con figuras conocidas y eminentes como Talbot, Gamble, Metcalf, Gitlin, etc., de la Universidad de Harvard. En la escuela de estos maestros, el Dr. Monckeberg adquirió, entre 1958 y 1960, su formación definitiva en el campo de la nutrición infantil.

Antes de ir a ese centro docente llevaba una trayectoria científica bien orientada y precisa desde sus primeros años de estudio de medicina. Naci-

do el 26 de julio de 1926, formaba parte de un hogar con 10 hermanos que tuvieron la desgracia de perder a su madre cuando Fernando Monckeberg contaba sólo 5 años. Realizó sus estudios secundarios bajo el estricto régimen de internado, que hasta ahora suele revivir el subconsciente en forma de pesadillas que lo colocan frente a una austera comisión de exámenes.

Cursa sus estudios superiores desde 1945 a 1952, en que se gradúa en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. Desde el 3<sup>er</sup> año entró a formar parte del equipo de la Cátedra de Fisiología del Prof. Croxatto, actividad que no abandonó hasta después de graduado. A mi modo de ver, esta circunstancia imprimió a Monckeberg el sello indeleble del investigador con las características mencionadas: estrictez en los métodos de experimentación, afirmación de una verdad sólo cuando se manifiesta tan clara como una demostración matemática. Durante sus estudios en fisiología, realiza y publica 304 trabajos que de por sí le habrían servido de tesis de licenciatura. Cuando llega el momento de iniciar sus cursos de clínicas, entre ellos el de pediatría, le asaltan dudas y escrúpulos ante la afirmación categórica de un diagnóstico y la consiguiente prescripción terapéutica, que parecen emanar de la acción de un dotado de poder de adivino, del profesor que llegó casi a la perfección en su arte, con el “ojo clínico” del gran médico. Cuando se atreve a plantearle sus dudas y no recibe la demostración y argumento propios del investigador científico, empieza a perder todo entusiasmo por el ejercicio profesional, siente que sobrepasa su responsabilidad formular un diagnóstico y prescribir tratamiento sin el respaldo que da el método científico y teme caer en un empirismo sin fundamento sólido.

Con todo, empieza a trabajar con enfermos y, al cabo de dos años de graduado, se hace cargo (1954) como jefe del pequeño laboratorio de investigaciones pediátricas anexo a la cátedra del Hospital Arriarán, que montara y modernizara paso a paso hasta convertirlo en el que es hoy día el mayor centro de investigación pediátrica del país. Para poner en marcha esta modernización y capacitarse para su realización y directiva, necesitó robarle horas al descanso que podían dejarle sus actividades clínicas y de laboratorio, siguiendo cursos especiales en las tardes y noches de matemáticas, química y bioquímica en la Universidad Católica. Como escucharon ustedes, fue enfocado cada problema que le presentó la clínica con criterio estricto de investigador: las diarreas y la deshidratación, la desnutrición, etc.

Con esta experiencia y su formación técnica científica gana por concurso la beca que lo lleva al mejor centro del mundo para la investigación de nutrición en pediatría, en la Universidad de Harvard, bajo la dirección de Glitin. Obtiene los grados de Research Fellow (1958), de Associated Researcher (1959) del Children’s Hospital de la Universidad de Harvard. En 1960 regresa trayendo no sólo su gran bagaje de conocimientos y ex-

perencia, sino que le conceden subvenciones que le permiten montar su laboratorio, con todos los equipos más modernos para la investigación y, lo que es más, costear el personal y presupuesto. Le proporcionan aportes el National Institute of Health, Rockefeller Foundation, la Universidad de California, OMS y otras organizaciones que hasta ahora se las mantienen, gracias a los trabajos realizados y al prestigio mundial alcanzado y que, sin dichos auxilios económicos, toda la labor científica del Centro de Investigaciones Pediátricas se paralizaría.

Este magnífico instituto constituye una etapa avanzada de lo que, como toda obra grande, se inició muy modestamente hace 15 años. No se dio ni completó de la noche a la mañana: es el resultado de una labor constante, de tesón y talento, desinteresada y puesta al servicio de la salud del niño. Como dijo el Profesor Monckeberg, la investigación científica no es fácil de realizar en un país de escasos recursos y es preciso cumplir la etapa previa de lograr que la investigación sea posible. Nuestro festejado ha cumplido con creces esa etapa y está dando abundantes frutos. Es necesario haber seguido muy de cerca la labor del investigador que se inicia sin los medios casi más indispensables, para comprender el enorme esfuerzo y los sacrificios y las desilusiones que ha debido soportar y vencer para triunfar por fin y mostrar una obra como la de Fernando Monckeberg.

Como pudieron seguir ustedes en su brillante exposición, las etapas de sus estudios se encadenan desde sus primeras inquietudes en busca de los líquidos adecuados para combatir la deshidratación, hasta que las sucesivas incógnitas lo llevan al estudio de diversos aspectos metabólicos de la desnutrición, su epidemiología en Chile, los efectos sobre el desarrollo físico y psíquico, los fenómenos de adaptación del desnutrido a los déficits que sufre mediante mecanismos endocrinos de adaptación, y tantos otros. Para toda esta labor ha ido requiriendo equipos especializados en los más variados campos, no sólo de la pediatría, sino de la nutriología, psicología, economía agrícola, etc.

En este centro activo se preparan continuamente, en las diversas disciplinas, profesionales chilenos y extranjeros que se distribuyen después en sus lugares o países de origen y han pasado en los últimos 10 años por el Instituto 23 profesionales. Muchos se encuentran en diferentes naciones de Latinoamérica, uno en Estados Unidos y una chilena, entrenada en el Instituto, ocupa actualmente importante situación como nutrióloga en el principal centro pediátrico de Sydney (Australia).

Coronan esta labor numerosas distinciones honoríficas que sería demasiado largo de enumerar. Básteme citar algunas más representativas del nivel de prestigio y autoridad internacional que se le reconoce. Mencioné los grados alcanzados en la Universidad de Harvard, donde llega a Associated Researcher (equivalente al profesorado), Profesor de Pediatría en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile; de Nutrición en la

Escuela de Bioquímica; miembro activo de la Pediatric Research Society de Norteamérica, que está formada por elementos de gran selección entre los investigadores pediátricos; fundador y primer Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Investigación Pediátrica; Presidente de la Sociedad Chilena de Pediatría; forma parte de diversos comités de nutrición en instituciones internacionales, como FAO, WHO, UNICEF, INCAP y varios otros. Acaba de discernírsele una distinción especial al designarlo miembro de la New York Academy of Science.

Como se aprecia por esta síntesis del currículum y de la exposición misma del interesante trabajo del Académico que recibimos, su labor y actividad, junto a la de otros que en el mundo se consagran a los problemas que nos ha expuesto, van creando nuevas y cada vez más sólidas bases de apoyo a la medicina aplicada para el fomento, conservación y reparación de la salud infantil. Su obra tiene repercusiones inmediatas y prácticas para nuestro país, porque ha realizado sus estudios con una visión nacional y porque no se pueden abordar con la sola experiencia de otras regiones del mundo, con razas, hábitos y costumbres distintas.

Ha demostrado, por ejemplo, en estudios de terreno en la provincia de Curicó (y ello vale en general para todo el país), que la desnutrición infantil no deriva sólo de la falta de aporte proteico y, por lo tanto, no se han de buscar y aplicar soluciones simplistas de entregar una pequeña cuota extra de leche. El problema es mucho más complicado, como lo vieron y afirmaron los higienistas y pediatras europeos del primer cuarto de este siglo, que llamaban causas indirectas de morbilidad y mortalidad infantiles a las condiciones no médicas, como el bajo nivel cultural, alcoholismo, ilegitimidad, mala habitación, sobrepoblación, etc. En las encuestas de Monckeberg quedan plenamente demostradas en nuestro medio.

Las investigaciones del Instituto del Prof. Monckeberg demuestran muchos otros hechos que deberían tomar muy en cuenta nuestras autoridades sanitarias para corregir pautas erróneas, como la de proporcionar al lactante leche descremada, cuando la materia grasa es parte esencial e insustituible entre los elementos nutritivos a esta edad, como han podido ustedes oír a nuestro Académico. Sus ensayos lo han conducido a experimentar la elaboración de alimentos que suplan la falta de leche, al mismo tiempo que tanto los estudios de sus equipos como los de técnicos en agronomía y economistas, han probado que Chile podría ser exportador de productos lácteos, en vez de tener que importarlos con enormes costos y sangría de divisas por una política agraria cada vez más errada en las últimas décadas.

Por eso dice Monckeberg que entre los muchos factores que condicionan la desnutrición infantil, la mayor parte escapan a nuestro control y posibilidades y, por lo tanto, la contribución de sus esfuerzos se han dirigido, entre otras finalidades, a poner en conocimiento de las autoridades y de la

sociedad en general esas realidades y los resultados de sus investigaciones. Ojalá su constancia y la evidencia arrojada lleguen a pesar más en las mentes de dirigentes y autoridades sanitarias que las motivaciones de la política circunstancial, para bien de la salud de nuestra población infantil.

Para terminar, debo manifestar que este homenaje de bienvenida adolecería de un injusto vacío si no hiciera partícipe de él a María Angélica, la esposa abnegada y solícita que, desde el inicio de la carrera de Fernando, fue su mejor colaboradora, no sólo tomando parte activa y ayudándole en sus trabajos, sino proporcionándole la quietud y felicidad de un hogar completo bajo cuyo ambiente y alero ha encontrado las fuentes de la tranquila meditación y también del libre juego de su intensa actividad en sus investigaciones aquí y en el extranjero.

Profesor Monckeberg: creo interpretar los sentimientos de los miembros de esta Academia y de su Presidente, al cumplir el honroso cometido de daros la bienvenida como Miembro de Número de la Corporación, agregando que ha querido significar en este acto un reconocimiento y estímulo a la fructífera labor de la investigación que habéis realizado y compensar en parte la falta de relevancia que se le concede a la investigación científica en nuestro país a que habéis hecho referencia, en la esperanza que el respaldo de la Academia os sirva de aliento para no desmayar ante la hermosa y prometedora obra que aún tenéis delante.

# MEDICINA Y CALIDAD DE VIDA: MEMORIAS DE UN SALUBRISTA

DR. BENJAMÍN VIEL VICUÑA<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Medicina,  
pronunciado el 4 de abril de 1984*

La vida de un hombre es siempre la consecuencia de un conjunto de influencias. Palabras escuchadas de Maestros, lecturas efectuadas en una época en que era más frecuente leer que mirar y, sobre todo, ese desconocido que llamamos azar. Hoy, al ingresar a esta docta corporación, miro hacia atrás y siento que mi vida ha sido la de un hombre en la cual el azar le ha sido favorable.

Egresado del Instituto Nacional, de la educación fiscal chilena, ingresé a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. Era una escuela nueva que iniciaba su segundo curso, el cual sólo duraría dos años, y que tenía la ventaja de tener un menor número de alumnos, lo que facilitaba una enseñanza más individualizada. Nombrar a todos los que en esos primeros años influenciaron mi manera de pensar sería tan difícil como mencionar a aquellos del Instituto que me dieron una inolvidable visión de ese Chile de pensamiento libre, acostumbrado al diálogo. No puedo sin embargo dejar de mencionar la influencia que sobre mí tuviera la vigorosa personalidad del Profesor Roberto Barahona, quien, siendo entonces ayudante de la Cátedra de Biología, me enseñó los rudimentos de esa fascinante rama del pensamiento humano.

Para cursar mi tercer año de Medicina ingresé a la Universidad de Chile, casa que había de abandonar parcialmente sólo 40 años después, y digo parcialmente pues, aun retirado, suelo tener el agrado de participar en algunos seminarios a los que soy invitado por quienes antes fueron mis alumnos. El dialogar de nuevo con la juventud hace a veces sentirse algo joven y por ello agradezco esas esporádicas invitaciones. Tuve suerte y recibí mi título de Médico Cirujano en 1938, pero la mayor suerte fue haber logrado estudiar sin costo de matrícula. Hijo de madre viuda y pobre, que trabajaba para alimentarme, dudo que hubiera podido cursar estudios

<sup>1</sup> BENJAMÍN VIEL VICUÑA (1913-1998). Médico Cirujano, Universidad de Chile. Profesor de la cátedra de Medicina Social y Preventiva. Doctor en Salud Pública en la Universidad J. Hopkins en Baltimore. Pionero en las estrategias de planificación familiar a nivel nacional. Profesor Emérito de la Universidad de Chile en 1993.

universitarios en el régimen que hoy impera. Los economistas de hoy hablan del autofinanciamiento de los estudios superiores y cobran altos precios. A diferencia de ellos, creo que Educación y Salud son inversión y no gasto y que, por tanto, deben ser financiados por la comunidad toda, pues ella va a ser la mayor beneficiaria. Temo que los futuros graduados miren a su *Alma Mater* sin sentir la deuda social que han contraído y piensen que nada deben, que pagaron por lo que aprendieron y que puedan sentirse como inversionistas que intentan recuperar su inversión. Si ello ocurre, la víctima será el sector más pobre de nuestra sociedad.

En esos años de Escuela de Medicina, tuve la fortuna de estar cerca del Profesor Eduardo Cruz-Coke y de su brillante “pléyade” de discípulos. Él me prestó un libro escrito por Von Ratenau, Canciller Alemán asesinado en 1922 al subir las escalas del Reich. Después de su muerte se publicaron las cartas privadas que el estadista enviara a la mujer que amaba, se supo así que este gran financista y político había sido también un escritor de estilo impecable. En una de sus cartas dice: “Siempre he sentido que fuerzas ajenas a mí guían mis pasos, rudamente cuando intento resistirlas, suavemente cuando me dejo guiar”. Mientras más recuerdo su frase más creo que ella encierra buena parte de la vida de cada uno de nosotros.

Cuando obtuve el título de médico fui nombrado en la entonces Dirección General de Sanidad. En mis años de estudiante soñaba con ser clínico, de ser posible un buen clínico. Esa fuerza ajena me impulsó rudamente en mis comienzos en Salud Pública. Otro golpe de suerte me llevó a los Estados Unidos, gracias a una beca de la Fundación Rockefeller, y allí, poco a poco, esa fuerza que intentaba resistir se fue haciendo paulatinamente más suave. No quise sin embargo abandonar del todo la clínica y, bajo la dirección del Profesor Héctor Orrego Puelma, tuve algunos años de práctica en la especialidad de Tisiología. Creo que fue una etapa útil, gracias a ella no perdí el contacto directo con el que sufre. Un segundo viaje a los Estados Unidos, también gracias a la Rockefeller Foundation, hizo cada vez más suave la fuerza que me impulsaba a la epidemiología, especialidad médica que no abandono hasta hoy y a la cual debo mis mayores satisfacciones profesionales.

Había entonces en Chile tres grandes Servicios Médicos: La Dirección General de Sanidad, la Beneficencia Pública, dueña de la gran mayoría de los hospitales, y la Caja de Seguro Obrero Obligatorio, que prestaba atención a los asegurados y sus familiares. Yo pertenecía a la primera de estas instituciones, creada en gran parte gracias a los esfuerzos de esa gran personalidad de la Medicina Chilena que fuera el Doctor Ramón Corbalán Melgarejo. Él, como gran humanista, creía en la Ley como instrumento todopoderoso, y cifró sus esperanzas de mejor salud para el país en el Código Sanitario. Desgraciadamente, los Ministros de Hacienda son más

poderosos que los Ministros de Salud. El Código Sanitario entregaba autoridad, pero no recursos para aplicarla. La Institución, a mi ingreso, languidecía. Intuí entonces que la tendencia era hacia la medicina socializada, con énfasis en la prevención de la enfermedad. El genio de Cruz-Coke en su paso por el Ministerio de Salud reforzó la idea. Comprendí que la tarea era inmensa y que no podrían llevarla a cabo unos pocos especialistas graduados en el extranjero, que ella era tarea de toda la Medicina Chilena y que había que preparar especialistas en nuestro propio país, entonces me dediqué a la docencia.

Representaba entonces a la Fundación Rockefeller el Dr. John Janney, a quien la Medicina Chilena no ha rendido aún el homenaje que merece. Él aglutinó los pocos especialistas graduados en el exterior y gracias a él fundamos la Escuela de Salubridad, donde tuve la cátedra de Epidemiología y, años más tarde, su Dirección. Los especialistas que allí se formaran necesariamente debían tener la comprensión de los clínicos, de otra manera iban a ser mirados como médicos de escritorio, teóricos que sabían de números, pero no de enfermos. Creí entonces interesarme por la enseñanza de Salud Pública en pregrado y, después de escribir una tesis, di el examen requerido para el título de Profesor Extraordinario de Higiene y Medicina Preventiva, en 1946. Hacía entonces ocho años que no daba examen y aún recuerdo mi pánico de ese último que, de acuerdo con las regulaciones de la época, era público. De esa manera se ingresaba entonces a la carrera docente, la remuneración era sólo el honor de tener el derecho a enseñar. Sólo después se podía llegar por concurso, no por nombramiento, al cargo de Profesor Titular, que podía gozar de remuneración, ayudantes de cátedra y presupuesto para financiar investigación. Al año siguiente de mi profesorado extraordinario abrí mi primer curso en la Escuela de Medicina y unos cuantos valientes se matricularon con este profesor desconocido. Muchos de ellos ocupan hoy posiciones destacadas en la Medicina Chilena y al ver sus nombres en la investigación y la docencia gozo con sus triunfos con una mezcla de orgullo y nostalgia. Nuevamente recuerdo a Cruz-Coke, él decía: “me sentiría fracasado si mis discípulos no fueran a ser mejores que yo, de ello depende el progreso”. Ejercí así mi doble cátedra, Epidemiología en la Escuela de Salubridad y Medicina Preventiva en la Escuela de Medicina.

Pocos años después fue elegido Decano de nuestra Facultad el Profesor Alejandro Garretón y fue él quien me ofreció el cargo de Director de la Escuela de Medicina. Era entonces Secretario de la Facultad el Profesor Amador Neghme y ambos tuvimos la fortuna de colaborar con un Decano que luchó arduamente por llevar la enseñanza de la medicina a un muy alto nivel. Su lucha por aumentar el número de docentes de dedicación exclusiva, por dotar a los ramos básicos de elementos indispensables para la docencia y la investigación científica, y por ordenar en la mejor forma

posible la enseñanza de la clínica fue paralela a sus inhumanos esfuerzos por reconstruir el edificio de la Escuela que las llamas habían devorado, aquella vieja Escuela que el Presidente Balmaceda, al inaugurarla, la había ofrecido a todos los estudiantes de América. En este titánico esfuerzo por tener cada día una Escuela mejor, colaboró con eficiencia y generosidad la Fundación Rockefeller, que ayudó así no sólo a la enseñanza de la Salud Pública, sino también a la enseñanza de la Medicina en todas sus ramas. Al Decano Garretón lo sucedió en el cargo el Profesor Hernán Alessandri, otro valor indiscutido de la Medicina Chilena y bajo su liderazgo continué en la Dirección. Serví también algunos meses bajo el Decano Profesor Amador Neghme y, ya siendo profesor titular, abandoné las labores administrativas y regresé a mi cátedra con dedicación exclusiva. Fue ese otro golpe de suerte que influyó fuertemente en mi destino.

Convencido de que no podía enseñar mi materia sin contar con un área de demostración, en la que los estudiantes tuvieran la oportunidad de operar a la Salud Pública, pude, gracias a la cooperación de un grupo selecto de ayudantes, al apoyo financiero de la Josiah Macy Foundation y la generosa colaboración del Patronato Nacional de la Infancia, tener un Centro de Demostración en el área de Quinta Normal que llevó el nombre de “Ismael Valdés Valdés”, hoy cerrado con un candado que atestigua que no todas las reformas son beneficiosas.

Después de 23 años de docencia ininterrumpida abandoné el país para trabajar en el campo internacional. Siempre pensé que mi última clase iba a ser muy triste para mí; no lo fue, la Facultad que dejaba no era la misma a la que yo había ingresado. Una Reforma Universitaria demagógica había iniciado ya la destrucción de valores que en una época creí inmutables y que aún no se recuperan del todo. Hoy, cuando soy invitado a dictar una clase o participar en un seminario en esa que fue mi Escuela, lamento que aún no se recupere la elección de profesores y autoridades por concurso, que no exista ya una carrera docente como la que antes existiera y que haya una disminución muy desafortunada de docentes de dedicación exclusiva, sin los cuales tiene que sufrir deterioro la investigación, razón de ser de esta casa que llamamos Universidad, casa donde se formulan preguntas y se buscan respuestas recurriendo al método científico.

Desde mi carrera docente pude contemplar y a veces participar algo en ese extraordinario avance de la Medicina y la Salud Pública a partir del año 1940.

Vi nacer el Servicio Nacional de Salud, que fusionó las disgregadas instituciones que impartían salud en nuestro país y al cual la salud chilena debe innegables y valiosos logros. Él separó el concepto de salud, que se intentaba que fuera un derecho igualitario de todos, de las prestaciones económicas que debían otorgarse al trabajador imponente de la Seguridad Social. Desgraciadamente el sector Empleados se opuso a ser atendi-

do en los mismos locales que eran atendidos los obreros y para que la ley fuera aprobada hubo de hacerse una concesión, romper un principio. El Servicio Nacional fue nacional e igualitario para los pobres, los que tenían remuneraciones más altas prefirieron un Servicio Médico de Empleados. Ese error fue en parte culpable de un progresivo desfinanciamiento: los que ganaban más no contribuían a él.

Fue una extraordinaria fortuna el haber sido salubrista en la época en que yo lo fuera. No sólo pude contemplar la reorganización administrativa que he mencionado y que tendía a una medicina socializada, en la cual los médicos tenían una carrera funcionaria regida por concursos. Contemplé también la desaparición paulatina de los períodos epidémicos. Mis primeros recuerdos datan de aquella epidemia de Tifus Exantemático que golpeara nuestro país casi durante 15 años. La grave crisis económica mundial que se desencadenara en 1929 obligó al cierre de las minas del norte, los obreros fueron trasladados a albergues en la zona central y, sin ropa de recambio ni medios de aseo, la especie piojo aumentó y comenzó así una epidemia de la enfermedad que históricamente ha acompañado las grandes calamidades humanas.

Han Zinsser, el gran profesor de bacteriología de Harvard, escribe en su libro "Rata, Piojo e Historia" que los grandes generales fueron siempre juguete de esta enfermedad. Entre sus muchas citas para probar su tesis figura el Gran Capitán, don Gonzalo de Córdoba, vencedor en Italia, que tuvo que regresar a España huyendo del Tifus que la guerra había desencadenado en la península. Napoleón, dueño de Moscú, iniciaba su trágica retirada en el Invierno Ruso, ante el Tifus que comenzaba a adueñarse de la ciudad conquistada y la falta de alimentos. Los ejemplos se multiplican y, aun en la historia de nuestro país, don Francisco Encina señala la retirada de Lautaro, vencedor hasta entonces y que sin batalla regresa con sus huestes a la Araucanía en vez de adueñarse de Santiago defendido sólo por 137 españoles. Tal retirada sólo puede explicarse ante una epidemia que fue probablemente Tifus, la misma enfermedad que hacía retirarse a los grandes capitanes de Europa y que quedara endémica en la población araucana. Nada podíamos hacer en aquel entonces, sólo diagnóstico precoz, fumigación de habitaciones, desinsectización de contactos precedida de baño y corte de pelo. Las ropas eran calentadas para destruir los parásitos y muchas veces también se destruían ellas. En 1943 las tropas americanas conquistaron Nápoles en medio de una epidemia de Tifus y la dominaron en pocos días con el mágico DDT. Cuando este polvo llegó a Chile se pudo terminar la epidemia que cobrara tantas vidas humanas, aun entre los médicos y estudiantes de medicina que actuaron de auxiliares de campaña.

Este triunfo tardío sobre el Tifus tuvo un efecto aun más importante en las zonas tropicales del mundo. El hombre comenzó a soñar con erradicar la Malaria y convertir en tierras productivas extensas zonas en las que el

hombre era virtualmente vencido por el mosquito transmisor. Con menos orgullo y más estudio el hombre pudo decir “control” y no “erradicación”. Hoy el mosquito se ha hecho resistente al DDT y nuevos insecticidas de mayor costo deben ser empleados, al menos mientras el mosquito se hace resistente a ellos y el hombre descubre que también son contaminantes. Sólo donde el saneamiento ambiental ha hecho imposible la vida del vector, la Malaria no ha regresado.

Todo triunfo tiene su precio. Al lograr la desaparición de la epidemia de Tifus se cerraron las casas de baños de los sectores pobres de las ciudades chilenas. Era más barato despiojar con DDT que mantener tales establecimientos. Hoy, en una investigación que efectué financiada por la Organización Mundial de la Salud, he encontrado que sólo el 18% de las parturientas que tuvieron su niño en el Hospital Félix Bulnes tenían facilidades en sus casas para un baño caliente. Los que creemos que el aseo personal es parte de la propia estimación, además de ser un factor de salud, pensamos que el cierre de los baños públicos estatales fue un error que debiera corregirse.

Cinco años atrás se diagnosticó el último caso de viruela, irónicamente tal caso ocurrió en Inglaterra, en un contagio casual dentro de un laboratorio de investigación. La viruela fue erradicada y el último caso ocurrió en el país que fuera patria de Jenner, el hombre que descubrió la vacuna. Para quienes tuvimos la oportunidad de contemplar dos epidemias de viruela, este triunfo representa un ejemplo notable de capacidad técnica, de buena administración y de cooperación internacional.

Otro triunfo extraordinario del cual fuimos testigos fue el control de la Poliomiélitis. La enfermedad se llamaba también “parálisis infantil”, caracterizada por crueles secuelas en los sobrevivientes, que provocaban gran cantidad de dolor humano. Con asombro el mundo comenzó a ver cómo en los países desarrollados la enfermedad empezaba a atacar adultos. Este hecho singular desafiaba el concepto más sólido de la epidemiología de la enfermedad infecciosa, la inmunidad adquirida en la infancia gracias a la infección subclínica. Comparando frecuencia en países saneados y no saneados se pudo ver que la enfermedad de adultos era más frecuente en aquellos países que habían protegido a sus habitantes de las infecciones entéricas. La sospecha que la enfermedad era una infección entérica se reafirmó. Un Presidente de los Estados Unidos llegó a tan alto cargo paralizado por la enfermedad adquirida de adulto. Él inició la campaña para conocerla y combatirla. Miles de investigadores se abocaron a la tarea, se dispuso de fondos suficientes y, en una aventura del pensamiento humano tan fascinante como el viaje a la Luna, se logró aislar el virus, se le pudo mantener vivo y estudiar sus características, cultivándolo en una célula cancerosa aislada del cáncer de una señora de apellido Hella. El cáncer colaboró al estudio, pero nadie se atrevió a usarlo para lograr una vacuna

hasta que fue posible cultivar el virus en tejido renal de monos. Se logró así aislar cepas que tuvieran un alto poder inmunizante y, en una casi nula capacidad patógena, en un fenómeno muy parecido al virus de cow-pox de la vacuna de Jenner, nació la vacuna Sabin y hoy un caso de Poliomielitis denuncia un descuido culpable.

Sin duda sería redundante recordar el efecto del ingreso al país de las sulfadrogas y posteriormente de los antibióticos. Estas poderosas armas terapéuticas lograron dominar enfermedades que en nuestra época de médicos jóvenes costaban gran número de vidas. Sólo quisiera comentar al respecto que la reducción de la mortalidad por infección, obtenida gracias a tan maravillosos descubrimientos, ha afectado la mortalidad general del mundo subdesarrollado, porque el mundo industrial había logrado antes dominar la enfermedad infecciosa mejorando ambiente, estado nutritivo y usando inmunizaciones preventivas. La Penicilina permitió al europeo de edad avanzada sanar de una bronconeumonía que antes le hubiera sido mortal, para morir semanas o meses después de una enfermedad degenerativa; para nosotros, en cambio, significó una substancial reducción de la mortalidad del joven. Antes de la Estreptomicina y los actuales tratamientos que se agregan hoy, la mortalidad por tuberculosis en Suecia era en 1940 casi tan baja como la que se observa hoy en Chile, cuando en tal fecha causaba entre nosotros 276 muertes por cada cien mil habitantes. La meningitis tuberculosa, que fuera causa de muerte de tanto menor conviviente de un contagiante, es hoy una rareza recuperable.

Frente a antibióticos, llegamos a pensar que sífilis y gonorrea podrían ser erradicadas. Hoy sabemos que su frecuencia tiene en todo el mundo tendencia ascendente. La aparición de cepas resistentes han terminado con nuestras ilusiones. ¿Está esta historia señalando un peligro futuro? ¿La aparición de cepas resistentes en otras infecciones no podrían significar que nuestro triunfo actual llegará a ser sólo una corta luna de miel? El peligro hipotético, y que se insiste en que sólo puede mirarse como especulativo, se señala con la sola intención de recordar que el éxito terapéutico no puede autorizar el descuido frente al cuidado del ambiente y de la nutrición de este ser humano que nuestra profesión tiene la obligación de mantener sano.

En 1940, un médico que ejerciera en los Estados Unidos hubiera tenido serias dificultades para diagnosticar una tifoidea, la enfermedad le era ya desconocida. El saneamiento ambiental había logrado interrumpir la cadena de contagio y ello trajo como consecuencia que un brote epidémico ocurrido en una isla del Pacífico Sur durante la Segunda Guerra se interpretara en sus comienzos como una enfermedad nueva, de reciente aparición, a la cual se la llamó “fiebre de Okinawa”. Al hacerse el diagnóstico correcto se confirmó que era tifoidea en vacunados en los que el deterioro del saneamiento ambiental había sobrepasado la protección de

la vacuna. Hoy la letalidad por tifoidea es menos de un diez por ciento de lo que fuera propia de la era previa a los antibióticos, ello ha disminuido por desgracia la preocupación por el saneamiento ambiental, única protección segura contra la infección.

El regadío con aguas servidas de predios destinados al cultivo de alimentos que se consumen crudos es un problema no sólo de Chile, sino de toda la América Latina. No hay ciudad de nuestra América que tenga plantas de tratamiento de alcantarillas, ni siquiera de las ciudades capitales. La consecuencia tiene que ser una epidemia alta de infecciones intestinales que la medicina sabe cómo prevenir, pero que no se invierte en ello la cantidad requerida. Nada se hace entre nosotros por escuchar al Ingeniero Sr. Francisco Unda, quien ha demostrado en una planta piloto que el tratamiento de las aguas servidas de Santiago no costaría más allá de cien pesos por casa-habitación por año. Se busca en cambio la limitación de siembras en sectores regados por aguas servidas y la inmunización antitífica, plan similar al que propiciara en 1944 el Dr. Eugenio Suárez, entonces Director General de Sanidad, y que fue abandonado tan pronto se confirmó su fracaso.

California se parece a Chile; la tierra arable que existiera en sus comienzos fue tal vez igual o menor que la de nuestro país. Hoy no hay en California ríos que lleguen al mar, toda el agua dulce es aprovechada en riego, se cultivan allí vegetales y frutas que surten el Estado y se exportan a los otros Estados de la Unión. No existe allí la tifoidea y las infecciones entéricas son rareza extrema. Ello es una demostración palpable de que el hombre podría vencer la infección entérica si la salud recibiera la prioridad que merece.

Entre las infecciones entéricas que se comentan están las Parasitosis Intestinales; ellas raramente pueden producir complicaciones que lleven a la muerte, pero ciertamente inducen anemia y rivalizan con el alimento. Enriquecemos la dieta proteica de nuestros menores y no cuidamos el liberarlos de parásitos que consumen buena parte del alimento que se les otorga.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito. El hombre sabe hoy prevenir la mayoría de las enfermedades infecciosas y tiene tratamientos efectivos para muchas que aún no se pueden prevenir. Esperemos con optimismo que la naturaleza, que parece tener tanto interés en la conservación de la especie humana como en la de las especies bacterianas o virales de carácter patógeno, no produzca en estas últimas mutaciones que les permitan hacerse resistentes a las maravillosas drogas que el hombre ha descubierto.

La Medicina no podrá derrotar la muerte, pero sí ha demostrado, especialmente en este siglo, que ha sido capaz de prolongar la vida. Estudiando

las placas funerarias de los cementerios de la Roma Imperial puede llegarse a la conclusión de que la expectativa de vida de ese grupo de privilegio no alcanzaba a un promedio superior a los 25 años. En el siglo XVIII hay estudios de los libros de familia de la nobleza inglesa que permiten calcular una expectativa de vida al nacer que en el curso del siglo pasó de 33 a 37 años. Hoy, con sistemas de Registro Civil, que anotan tanto al rico como al pobre, sabemos que la expectativa de vida al nacer en el mundo industrial supera ya los 72 años y que muchos países del subdesarrollo se están acercando a los 65 años. En Chile, en 1940, la expectativa de vida al nacer se calculaba en 43 años; hoy se la estima en 65,6 años, 22,6 años más en sólo 40 años.

No existe victoria que no tenga su precio. Las enfermedades que el hombre ha logrado controlar han sido primordialmente aquellas que afectaban y mataban en los primeros años de la vida. Al disminuir tales muertes, miles de seres fueron capaces de alcanzar la edad reproductiva y con ello tenía necesariamente que iniciarse la Explosión Demográfica, fenómeno íntimamente relacionado con la salud humana, esa salud que la OMS definiera como la “sensación de bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de enfermedad”. Bien sabemos que tal definición es teórica, que es sólo un ideal muy probablemente inalcanzable, pero es siempre útil el fijarse un ideal, se progresa tratando de alcanzarlo.

Ocurre con frecuencia que los artistas suelen preceder a la ciencia en sus predicciones. En la década del 20, Aldous Huxley escribe en su novela *ContraPunto*: “la humanidad no tiene solución mientras los hombres continúen reproduciéndose como conejos”. En esa época a ningún científico preocupaba todavía el crecimiento de la especie humana. Más aún, la medicina se alejaba totalmente de tales preocupaciones y el primer artículo describiendo un método anticonceptivo, publicado por Richter en 1909, en el *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, fue no sólo atacado sino que además prontamente olvidado por sus inmorales publicaciones. Ese artículo describía un Dispositivo Intrauterino que hoy, ya perfeccionado, es usado por más de sesenta millones de mujeres en edad reproductiva.

En 1954 se reúnen en Roma un grupo de Demógrafos que las Naciones Unidas convocaran para analizar las modalidades de crecimiento de las poblaciones humanas. Por primera vez se señala allí que hay poblaciones cuya mortalidad ha descendido extraordinariamente sin que descienda su natalidad, a consecuencia de lo cual su población se duplica cada 20 años. En tales condiciones, no puede existir indefinidamente la posibilidad de duplicar servicios en plazos tan cortos, y la consecuencia tendría que ser un deterioro de la calidad de vida que puede inducir una nueva alza de la mortalidad, cruel mecanismo que la naturaleza usa para controlar el tamaño de las especies, cuyo número aumenta con más velocidad que los

recursos de los cuales dicha especie se sustenta. Intentar evitar que ello ocurra a la especie humana es para la Medicina un nuevo desafío y lo ha afrontado. Desde la década del 50 ha sido una actividad científica creciente la búsqueda de métodos que permitan regular la fecundidad de las parejas humanas logrando, como dijera el Profesor Eduardo Keymer, “transformar la maternidad instintiva en maternidad consciente”.

Los métodos anticonceptivos hoy en uso no han llegado aún al ideal, pero sí puede afirmarse que son lo suficientemente útiles como para producir descenso de la natalidad en todas las regiones en las que la población ha sido informada y educada para su uso, y se han eliminado las restricciones para obtenerlos. La investigación continúa y hay buenas razones para pensar que cada día se dispondrá de métodos más efectivos que puedan llegar a eliminar la tragedia que afronta el que nace no deseado.

En 1960, estudiando la epidemiología de la mortalidad infantil chilena, llegué a la conclusión que ella era en buena parte debida al nacimiento de niños de madres en edades adversas al embarazo (menores de 20 años o mayores de 35), así como de madres grandes multíparas definidas como cuatro o más. Desde entonces he dedicado mis mejores esfuerzos a la Planificación Familiar voluntaria, afrontando una lucha que no puede decirse que haya sido fácil.

El distinguido Académico Dr. Fernando Monckeberg ha repetido en innumerables ocasiones que el descenso de la mortalidad infantil logrado en los últimos 20 años, y al cual él ha contribuido directamente combatiendo la desnutrición, no hubiera podido lograrse en la magnitud alcanzada si los esfuerzos de la planificación familiar no hubieran tenido éxito en disminuir la demanda. Del brillante análisis de la mortalidad infantil chilena, publicado por el Dr. René Cabrera, se desprende que la mortalidad infantil es tres veces superior en los nacimientos de madres excesivamente jóvenes o de multíparas de cuatro o más que la que se observa en nacidos de madres que tienen entre 20 y 29 años y no más de tres hijos.

Ha contribuido grandemente a que la planificación familiar sea una actividad respetable e incorporada en los planes de atención materno infantil del Ministerio de Salud de Chile, el que ella constituye la única alternativa posible para combatir el aborto inducido de naturaleza ilegal, cuyo número tenía en 1960 características epidémicas y que hoy, aunque reducido numéricamente a la mitad de lo que fuera en esa época, es una demostración clara que todavía no hemos logrado el triunfo.

La comunidad internacional ha contribuido también a que la medicina acepte la responsabilidad que le cabe en colaborar a que el tamaño de las poblaciones se equilibre con los recursos de los cuales se sustenta, única manera de combatir eficazmente la enfermedad y la miseria. En la década del 50, la Organización Mundial de la Salud se negaba a discutir

la anticoncepción. En 1974, las Naciones Unidas convocadas en Bucarest, y con el voto favorable de la delegación chilena, aprobaron sin votos en contra la declaración que reconoce “como derecho humano básico el de las parejas y las personas a tener los hijos que deseen y en el momento que los deseen, así como la obligación de los Gobiernos de proporcionar educación y servicios para que tal derecho pueda ser implementado”. En 1978, la Organización Mundial de la Salud, también ante la delegación del Gobierno de Chile, aprueba su ambicioso plan de “Salud primaria para todos en el año 2000”, en la Conferencia convocada en Alma Ata, en la Rusia Oriental, y en dicho plan, junto a las normas mínimas de saneamiento ambiental, nutrición y atención preventiva y curativa, incluye la planificación familiar como elemento fundamental para adecuar la demanda a las posibilidades de satisfacer las necesidades. La planificación familiar ha sido así reconocida por la comunidad mundial como un componente esencial de la medicina preventiva.

Miro hacia atrás en el curso de mi vida y creo haber hecho una elección correcta al dedicar mis esfuerzos a esta actividad que en sus comienzos no fuera bien mirada. Hoy, ya próximo a tener que entregar la antorcha a quienes tengan menor edad, quisiera dejar en manos de los jóvenes algunos datos que espero sean recordados.

Vivimos hoy en un mundo en el cual lo que está ocurriendo en un país o continente no es indiferente a lo que ocurre en otros. Puede que sea aún cierto, como señalara el brillante escritor portugués Eça de Queirós, que la emoción que una noticia nos produce sea inversamente proporcional a la distancia. Que la fractura en el hueso de un sobrino nos produzca un impacto mayor que la noticia de cien mil muertos en alguna catástrofe de un país oriental. La emoción podrá ser diferente, pero no lo serán las consecuencias.

Estiman los demógrafos que en 1940 el total de seres humanos que había en la tierra alcanzaba a dos mil millones. En 1980 estiman que se había agregado a esa cifra dos mil millones más, ya en esa fecha la humanidad alcanzaba a cuatro mil millones de habitantes. En la reunión preparatoria a la Conferencia Mundial de Población, a celebrarse este año en México, los demógrafos reunidos meses atrás en Hong Kong predicen que en el año 2000, al iniciarse el próximo siglo, la cifra total de habitantes no será inferior a seis mil cien millones de personas. Si en los 40 años que separan 1940 de 1980 se agregaron dos mil millones de seres humanos más y si en los 20 años próximos se agregaran otros dos mil millones, ello basta para indicar que se está aún lejos de haber logrado un equilibrio entre población y ambiente.

He viajado mucho, he visto en la India, especialmente en Calcuta y en Bombay, cómo es función de la policía de aseo el recoger, antes que salga el

sol, los cadáveres de quienes mueren entre esos miles de marginados que nacen, se alimentan, se reproducen y mueren en las veredas de la ciudad. He visto en El Cairo cómo la población se ha tomado los cementerios y aprovecha el techo de las capillas mortuorias de los ricos para tener habitación que en nada sirve a quienes están enterrados allí. Esta llamada hoy “ciudad de los muertos” se estima que está constituida por algo cercano a 150.000 habitantes. He visto en China un Gobierno que ha ordenado matar los pájaros y los animales que rivalizan con el alimento del hombre, y que hoy, para poder alimentar esa población que en 1980 pasaba de mil millones, se ha visto obligado a que una mujer no tenga más de un hijo vivo. En una generación desaparecerá del idioma chino la palabra “hermano”.

Es fácil pensar “eso no puede ocurrir entre nosotros”. Sin duda Gandhi no pensó que ocurriría en India cuando luchaba por la Independencia. Sin duda Mao no pensó que tendría que propiciar la familia de un solo hijo cuando tomó el poder en 1949. Tampoco lo pensó Nasser cuando construía la represa de Aswan en Egipto y esperaba regar el desierto.

Si nos alejamos del Oriente y miramos nuestra América, este continente atomizado en países cuyos habitantes se llaman hermanos, mientras se empobrecen comprando armas, veremos que, según las estimaciones de CELADE, en 1950 tenía un total de 150 millones de habitantes. Treinta años después, en 1980, tenía 363 millones de habitantes, más del doble en sólo 30 años. La predicción de esa prestigiosa institución para el año 2000 llega a 552 millones de habitantes, prácticamente 190 millones más en sólo 20 años. Si hoy el continente tiene índices de pobreza elevados y si UNICEF estima que hay más de 40 millones de desnutridos entre los menores de seis años de edad ¿Cuál será nuestro estado al iniciarse el nuevo siglo con estos 190 millones más en tan corto plazo?

El ingenio del hombre no sólo ha tenido éxito en prolongar la extensión de la vida humana, lo ha tenido también y en alto grado en perfeccionar la maquinaria productora. El músculo del hombre se hace cada vez menos necesario para producir bienes. Una proporción creciente de la inteligencia humana es hoy reemplazada por la computación electrónica. Hay ya en nuestro lenguaje una nueva palabra: la “robotización” de las fábricas. He visto en Torino una fábrica de automóviles Fiat manejada por cinco operarios que daban órdenes a robots ejecutantes. Es probable que esta población humana, que aumenta de manera tan vertiginosa, encuentre en su propio avance tecnológico la manera de multiplicar su producción de alimentos y que no sea el hambre la amenaza más próxima, sino que la disminución progresiva de las fuentes de trabajo.

Dice la Biblia que al ser el hombre expulsado del Paraíso cayó sobre él la maldición de “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. La frase indignaba al Profesor Hernán Alessandri. Él decía “pero si ello, lejos de ser una maldición, es una bendición”. Estoy seguro de que él tenía razón. Nada

puede ser tan desmoralizante y perjudicial como afrontar diariamente 24 horas sin nada que hacer. Recuerdo en la televisión de Estados Unidos un drogadicto joven interrogado sobre cómo había adquirido el vicio, su respuesta fue “es más fácil encontrar marihuana que encontrar trabajo”.

El mundo desarrollado ha logrado equilibrar el tamaño de su población a sus recursos. Hay dentro de él países que no crecen y en ellos la vida humana alcanza su más larga extensión sobrepasando el promedio de 72 años. En el mundo subdesarrollado, el desequilibrio entre la velocidad de crecimiento de la población y la velocidad con que aumentan los recursos y especialmente las fuentes de trabajo es cada vez más evidente. De este desequilibrio deriva para nosotros un promedio de vida más corto, un número importante de niños abandonados y mucho dolor humano que la ciencia de hoy sabe cómo disminuir. En un mundo en que se gasta en armas un millón de dólares por minuto no existe dinero suficiente para apoyar a la planificación familiar y muchas mujeres no tienen acceso a ella a pesar de desearla, como lo ha demostrado la encuesta mundial de fecundidad, programa en el cual desgraciadamente nuestro país no participó. ¿Será que la locura del mundo espera disminuir la población y equilibrarla a sus recursos usando la guerra?

Tengo la esperanza que la investigación científica, que tantos éxitos ha logrado en la prolongación de la vida, encuentre pronto un medio fácil, inocuo, eficaz y de bajo costo y mejor aún que los actualmente en uso para que, al ser usado voluntariamente por la pareja humana, permita que sólo nazcan hijos deseados y por tanto protegidos. Tengo la esperanza que los Gobiernos comprendan pronto la gravedad del problema que nuestros países afrontan ya a muy corto plazo y no miren sólo los indicadores económicos, que miren también cuál es el problema del hombre y lo ayuden a ser responsable frente a su prole.

Señores Académicos, al agradecer que ustedes se hayan fijado en mi persona para invitarme a convivir y dialogar con ustedes en esta casa del pensamiento, agradezco especialmente que hayan escuchado con paciencia estas inquietudes de salubrista que tiene un serio temor: que muchos de los grandes logros alcanzados en la prolongación de la vida se puedan perder en el caos que podría sobrevenir si la especie nuestra continúa aumentando su número más allá de los recursos de los cuales se sustenta. Bien sé que estas inquietudes están lejos de la mayoría de ustedes que trabajan en la noble tarea de intentar recuperar la salud de quien la haya perdido, la nobleza de vuestra labor confiere aún mayor importancia a vuestra opinión y por eso pienso que esta Academia de Medicina, que ayer sólo luchaba por la prolongación de la vida, pueda hoy también luchar por la calidad de la vida que se obtenga al lograr el equilibrio entre el hombre y su ambiente.



## DISCURSO DEL ACADÉMICO DR. ERNESTO MEDINA LOIS<sup>1</sup>, PRONUNCIADO EL 4 DE ABRIL DE 1984, EN LA RECEPCIÓN DEL DR. BENJAMÍN VIEL VICUÑA EN LA ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA

Como se expresa en el mensaje presidencial que originó la ley del Instituto de Chile y su conjunto de academias en 1964, la intención de crearlas fue favorecer la formulación de un pensamiento nacional en las áreas de las diversas corporaciones. El Reglamento de la Academia de Medicina declara que su objeto es contribuir al progreso de ella en todos sus aspectos, a través de la organización de variados eventos y reuniones científicas; el patrocinio de la investigación; la creación de premios y estímulos; la resolución de consultas del gobierno o de instituciones médicas, y la proposición al gobierno, universidades y servicios médicos de su opinión sobre las materias vinculadas a la medicina.

Para llevar a la práctica estos propósitos se requiere contar con personas cuya vida profesional y características personales aporten a la Academia la experiencia y capacidad necesarias para actuar con sabiduría en su campo de acción.

El Dr. Benjamín Viel cumple de sobra estos requisitos. Pertenece históricamente al conjunto de pioneros de la salud pública chilena que impuso calidad y eficacia en la medicina colectiva, la impregnó de espíritu universitario, creó la Escuela de Salubridad, modeló el pensamiento médico respecto a lo que es deseable en cuanto a organización y funcionamiento de los servicios e impactó la salud de los chilenos en los años siguientes. Junto a Romero, Horwitz, Urzúa, Molina y otros, Benjamín Viel forma parte del destacado grupo de los visionarios.

En el caso de Viel, la revisión de su curriculum revela una gama de intereses que, aunque cambiantes, se advierten como esencialmente complementarios: su experiencia clínica y el éxito profesional como fisiólogo, que aunaba con los primeros estudios profundos de la epidemiología de la enfermedad en nuestro medio; sus actividades de servicio público, en las

<sup>1</sup> ERNESTO MEDINA LOIS (1926-2013). Médico Cirujano, Universidad de Chile, 1950. Master of Public Health, cum laude, Harvard University 1955. Profesor Extraordinario de Medicina Preventiva y Social, Universidad de Chile, 1964. Profesor Titular y Director, Escuela de Salud Pública, Universidad de Chile, Consultor de OMS, OPS y Ministerio de Salud de Chile. Miembro de Número de la Academia Chilena de Medicina, 1979. Secretario de la Academia Chilena de Medicina, 1977-1985.

que llegó a ser Jefe Sanitario Provincial de Santiago; su extendida actividad docente, iniciada formalmente en 1946 como Profesor Extraordinario de Higiene y Medicina Preventiva y prolongada hasta la fecha en la actual Escuela de Salud Pública y el Departamento de Obstetricia y Ginecología de la Universidad de Chile; su preocupación por los servicios de salud y los novedosos experimentos de atención médica llevados a cabo en la comuna de Quinta Normal; el interés y apasionamiento por la planificación familiar como respuesta a los problemas demográficos, de salud y de crecimiento de la mayor parte del mundo subdesarrollado.

Lo que no dice la lectura del currículum es lo que pueden atestiguar sus amigos y en especial sus alumnos: su extraordinario carisma; la simpatía personal, el talento y la notable capacidad inspiradora para sus discípulos hoy repartidos por Chile y el extranjero.

En todos los campos anteriormente mencionados, Benjamín Viel ha realizado contribuciones destacadas, largas de reseñar, motivo por el cual elegiremos sólo algunas de ellas.

1. Una formación muy sólida: es el único salubrista nacional que posee títulos académicos de las dos universidades históricamente más destacadas en el campo de la salud pública y tradicionalmente discutidas como la mejor: Master de Harvard y Doctor en Salud Pública de Johns Hopkins.
2. Las responsabilidades de administración docente con la dirección de la Escuela de Salubridad, primero, y la Escuela de Medicina, posteriormente, ambas de la Universidad de Chile. En la primera, compartiendo la línea de talento de Romero o Horwitz; en la segunda, durante un período prolongado con una dirección activa e imaginativa, en que se introdujeron y consolidaron nuevos enfoques, programas, áreas y sistema de manejo de los alumnos.
3. En la línea docente directa como profesor de Epidemiología en la Escuela de Salubridad, entre 1946 y 1955, como Profesor Extraordinario, primero, y luego Titular de Higiene y Medicina Preventiva, entre 1946 y 1971. El que habla tuvo el privilegio de formar parte del primer curso dictado por el joven y destacado profesor, y de ser aceptado como uno de sus primeros ayudantes. Tengo, en consecuencia, una visión muy completa de lo que ha sido Benjamín Viel y puedo expresar un punto de vista muy generalizado que lo ubica como uno de los mejores profesores que uno ha conocido. Original, brillante, imaginativo, elegante, siempre ha constituido un modelo de inspiración al combinar estas dotes personales con la solidez del conocimiento y la amplitud de la experiencia.
4. Su interés por la adecuada organización de los servicios de salud se ha expresado, con el talento de siempre, en el libro "La medicina sociali-

zada en Inglaterra, Unión Soviética y Chile” que, desde su primera edición, en 1961, se transformó en un clásico en la materia. En el área de los servicios de salud, conviene recordar la pionera labor llevada a cabo en el Centro Ismael Valdés, ubicado en la comuna de Quinta Normal. La aguda percepción de Viel lo llevó a identificar el gran significado de la desnutrición en el panorama de la salud infantil, y a organizar un centro en el que el manejo del niño desnutrido, en términos del equivalente a un hospital diurno, y un conjunto de medidas adicionales permitió reducir la mortalidad infantil del sector a cifras increíblemente bajas, demostrando experimentalmente el gran impacto de una adecuada atención médica para mejorar los niveles de salud, sin alterar en absoluto las deprimidas condiciones ambientales del sector. Todo ello ocurrió muchos años antes de experiencias más recientes en programas de alimentación y sistemas de atención médica del desnutrido, en los que los conceptos anteriores constituyen actualmente un paradigma.

5. Su actividad nacional e internacional en el área de la planificación familiar, con la extensión de programas de esta naturaleza en las Américas, y la transformación de las poblaciones jóvenes del Continente en otras de tipo intermedio, con evidentes ventajas para la salud y desarrollo de los pueblos. Esta experiencia se ha volcado en dos libros del mayor interés: “La explosión demográfica”, aparecido en Santiago, en 1966, y con cinco reediciones en el continente, y su obra más reciente, en 1982, “El crecimiento de población en Europa y América”.

La labor y las capacidades de Benjamín Viel han sido reconocidas en todas partes del mundo. Un considerable número de invitaciones especiales, muchas de ellas como profesor universitario, visitante o en la condición de consultor internacional en educación médica, en salud pública o el problema del aborto, y siete premios chilenos y extranjeros confirman al aserto.

En la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile, para honrar al brillante especialista, la institución ha configurado el Premio Benjamín Viel Vicuña, que se entrega anualmente desde 1979 al alumno del Programa de Magíster en Salud Pública que obtiene las mejores calificaciones en el área de la Epidemiología.

En las Academias parece ser un hecho excepcional que los discípulos reciban a sus maestros. El que se de la situación, en este caso, corresponde exclusivamente al hecho que Benjamín Viel, entre 1971 y 1980, estuvo en Europa y Norteamérica sirviendo funciones como Director para el Hemisferio occidental o como consejero médico de la oficina central de la Federación Internacional de Planificación Familiar. Elegido durante ese lapso

miembro correspondiente de la Academia de Medicina, la corporación, en 1983, lo eligió como miembro de número y el destino me ha entregado el raro privilegio y me ha concedido el honor de hacer el discurso de recepción, en la incorporación a la Academia de la brillante personalidad médica y universitaria que es Benjamín Viel, grande en la profesión, la vida y la amistad.

ACADEMIA CHILENA DE BELLAS ARTES



# EL NACIMIENTO DE LAS INQUIETUDES ARTÍSTICAS

CARLOS ISAMITT ALARCÓN<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes,  
pronunciado el 25 de mayo de 1966*

Al disponerme a cumplir con esta exigencia que impone la incorporación como Miembro de Número de esta Academia, he tenido la impresión de hacer un alto inesperado. Dos perspectivas opuestas surgieron de inmediato, incitando mi pensar: la del camino recorrido y la desconocida del mañana.

Extraña situación ésta, de sentirse repentinamente, como frente a tres modos del tiempo: ante el pasado, que se hunde entre brumas; al futuro, que se desea intuir, siempre inquietante, y al presente, contaminado del ayer y con fulgores imprevistos y una infinidad de circunstancias y cosas acaecidas o esperadas que solicitan la atención. Aquellas en que hemos tenido alguna participación, son tal vez las que menos podremos valorar, el sentimiento puede inclinarnos a exagerar o restringir su importancia o significación. Sin embargo, ahora, después de un poco más de sesenta años de actividades no interrumpidas –en la enseñanza, en la propia formación artística, en la creación constante, en rebuscas afanosas, en manifestaciones diversas de esencia cultural–, sólo vengo a estar seguro de que esta propensión o sed no saciada de conocimiento no se ha extinguido, se mantiene viva, y me impele a seguir esta aventura del espíritu que no permite el reposo.

Las interrogaciones surgen y se renuevan siempre frente a tantas cosas. Nos colocan ante problemas de trascendencias diversas: de renovación de conceptos humanos, educacionales, estéticos, antropológicos, científicos, morales.

<sup>1</sup> CARLOS ISAMITT ALARCÓN (1887-1974). Compositor, pintor, profesor e investigador especializado en la música mapuche. Tempranamente estudió violín y piano en el Conservatorio Nacional de Música y luego composición con Domingo Brescia y Pedro Humberto Allende. Paralelamente a su actividad musical aprendió pintura en la Escuela de Bellas Artes. Sus obras están inspiradas en el folclore criollo y la cultura mapuche, lo que junto a elementos del expresionismo alemán hacen de sus creaciones un sincretismo musical interesante, que le permitió lograr el estatuto de indiano musical. En 1966 recibió el Premio Nacional de Artes, mención Música.

En esta ocasión, no podré sino referirme a algunas circunstancias vividas que lograron promover inquietudes artísticas.

A los seis años de edad fui matriculado en la única escuelita del pequeño pueblo “La Isla” de Rengo. Las casas se alineaban a ambos lados de la única calle, en la que desembocaban tres caminos de campos vecinos. El Director de la escuela era también el profesor de todos. Sus métodos pedagógicos eran personales, lograba el afecto y nuestro respeto. Nunca se nos ocurrió ponerle un sobrenombre.

Un día apareció en los muros de la sala de clases, pintado a la cal, una reproducción fotográfica de un detalle de la creación del hombre, de los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

La humilde escuela rural se nos apareció como enriquecida, distinta. De ella comenzó a trascender extraña irradiación de cultura. Incontables veces, nuestras miradas se levantaban hasta el desnudo impresionante de Adán, generándose diálogos silenciosos entre la figura desnuda y los que la contemplábamos, sin comprender del todo el hechizo que ejercía, ni la maravillosa sucesión de resonancias sensibles que provocaba en nuestro interior.

Por nuestros ojos se entraba la figura tendida en tierra, el brazo izquierdo extendido, apoyado en la rodilla de la pierna levantada, terminando en una mano flácida cuyo índice, apenas desprendido de los demás dedos, se estiraba para recibir el contacto vital del dedo de otra mano vigorosa que aparecía en el extremo de la reproducción incompleta: la mano de la figura del Creador.

¡Qué de cosas inefables se sucedían en nuestras mentes...! Nunca pude saber qué ideas o propósitos movieron al extraño maestro rural a ornamentar así la sala de su colegio.

Años después, en 1925, en la Exposición Universal celebrada en París, tuve la sorpresa de encontrar una sección dedicada a lo que se llamó: “El arte en la Escuela”. Evidenciaba esfuerzos organizados, resultados obtenidos y la atención que en Francia y otros países se venía concediendo para integrar el arte a la acción ennoblecedora y formativa de la enseñanza. El maestro de la escuela rural de mi infancia revivió en mi reconocimiento y admiración, con caracteres de precursor; que no sólo fue incomprendido sino también criticado por personas que por algún motivo llegaron a imponerse de la intimidad nueva de su escuela. Nadie supo que él se había adelantado a lo que ha llegado a adquirir importancia especial en la educación, aunque en nuestro medio aún no se ha logrado darle organización con sentido estético y pedagógico.

Un día el júbilo de los muchachos de aquella escuela se exteriorizaba en exclamaciones y ademanes contagiantes: “¡Un circo!”... ¡gritaban, “¡Ha llegado un circo!”... Fueron los primeros asistentes al estreno del *Circo Nelson*.

Al día siguiente todos hablaban de las maravillas que habían visto. Sólo un niño permanecía silencioso. Era hijo del zapatero del lugar y solía asistir a la escuela con los pies desnudos. Se llamaba Nibaldo, retenía el Silabario, del que sobresalían algunos papeles de dibujo.

Uno de los compañeros, rivalizando en los ruidosos comentarios, manifestó su entusiasmo por los caballos amaestrados. Entonces Nibaldo mostró los papeles que sobresalían de su libro. Eran dibujos singulares que representaban a la equilibrista de la cuerda y a los caballos. “¡No pude dormir anoche!, dije, veía corriendo los caballos cerca de la cama. Tuve que levantarme. Hice estos dibujos...”. La tensión emocional encontró alivio al descargarse en esos dibujos coloreados. Los caballos aparecían en movimientos atrevidos, con vida particularísima, revestidos de coloraciones sorprendentes: azules, amarillos, verdes, violetas. Nos impresionaron mucho, quisimos tenerlos. Nibaldo los escondió de nuevo en su libro.

Al término de las clases me los cambió por mi caja de colores. En casa intenté imitarlos. Esfuerzo inútil. No pude obtener nunca la vida y condiciones que el niño autor había dado a sus caballos, que podían considerarse como falsas, según criterio adherido a la realidad, pero que eran verídicas de la visión exaltada y de los dones del niño artista. Esos dibujos tenían ese algo de inefable, que no puede imitarse, que Leibniz nos dice que alienta toda obra en que hayamos logrado expresar nuestro más íntimo y auténtico sentido personal.

Tal condición, que suele encontrarse aún en pequeñas cosas creadas por el hombre, mueve a la admiración, a veces al asombro. Situaciones espirituales que nos estimulan a pensar y a sentir, que nos preparan para el momento en que se nos revele y sobrecoja; la escala infinita de aspectos y matices que presentan todas las cosas transitorias del presente y del pasado, que han sido animadas por conmociones del ser humano y que llegan a ofrecerse a nuestra comprensión.

A menudo, nuestras interrogaciones y las respuestas que esperamos tienen que enfrentarse a complejidades que se acumulan en el medio ambiental; a juicios u opiniones contradictorias, a influencias perturbadoras, a sugerencias colectivas. ¿Cómo desentrañar la trascendencia benéfica o funesta en los hechos que se desencadenan a nuestro alrededor? ¿Cómo ver con claridad y sin limitaciones lo que en ellos se encuentre con posibilidades de servir a nuestra evolución progresiva?

En el dominio de las artes, de la ciencia, de la vida misma, se suscitan problemas semejantes. Por eso, cada etapa evolutiva ha de contar siempre con los que se aferran a modalidades conocidas o adoptadas, y con los que se agitan con impulsos renovadores.

Desde que me situé en los dominios artísticos, he asistido a reacciones y conflictos de esta naturaleza.

Hace poco más de cuarenta años el ambiente chileno parecía haberse refugiado en la satisfacción que le producía la música de carácter operístico, principalmente italiana.

¡Con qué júbilo conmovedor, profesionales, estudiantes, representantes de los diversos grupos sociales, solían memorizar trozos de las obras preferidas como si se sintieran unificados con los personajes a que los destinaran los autores. Este limitado hedonismo estético-musical, no sólo dominaba en nuestros países americanos, también se daba, con algunas diferencias, en los de Europa.

Pude constatarlo en 1926 en Roma, Venecia y otras ciudades, como igualmente pensar que los poseedores de una verdad artística consagrada pueden oponerse y desbaratar todo indicio en que palpita una verdad diferente.

En el teatro *Constance* de Roma, Ida Rubinstein anunció el estreno de *Fedra* de D'Anuncio y Honneger, el de una "Suite" orquestal, escrita especialmente para esa ocasión.

Teatro desbordante... Honneger comenzó a dirigir su obra. Antes de tres minutos comenzaron ciertos murmullos en el público, se hicieron insistentes, luego algunos silbidos parodiando motivos de la "Suite". Honneger no se detuvo. Se oyeron gritos, algunos asistentes se levantaron de sus asientos agitando los brazos y diciendo cosas airadas. La agitación y algarabía se tornaron ensordecedoras y, en medio de ellas, sobresalieron voces poderosas que decían: "Maestro, ¿para oír estos engendros hemos pagado la entrada?". El compositor se había cruzado de brazos frente a la orquesta.

Entonces, como marea incontenible, la batahola culminó, el público se puso de pie y como movido por una orden subjetiva, empezó a cantar estruendosamente "Yovinetza". La orquesta, también de pie, siguió al público en la ejecución del canto fascista. Mientras las voces se enardecían en la expansión del repudio colectivo, advertí que Honneger se había retirado. Sólo dos de los amigos artistas y profesores, que tenían colocación cercana a la mía, no habían gritado, ni abandonado sus asientos.

Al disminuir un tanto la turbación general, les pregunté: "¿por qué no se escuchó primero toda la Suite?" -"¡Oh no!", respondieron algunas de las personas que habían oído la interrogación, -"porque esa música no tiene melodía". "¡Bien dicho!", corroboraron otras personas. Insistí, "¿cómo pudieron entonces silbarse algunos motivos de la Suite?" -"¡Ah, sí, pero esa música carece de belleza melódica y de sentimiento!".

Comprendí que, en tal circunstancia, era inútil promover siquiera la posibilidad de una disposición de espíritu algo liberada de la presión colectiva.

Dos días después, uno de los representantes de nuestro Gobierno en Roma, persona culta, amante de la música y de las demás Artes, me daba

a conocer su aprobación por el suceso. –“No pude asistir al estreno de Ida Rubinstein, pero me he impuesto del fracaso de Honneger y de las críticas condenatorias para su música y la de otros compositores que se llaman modernos, que pretenden desplazar de los programas las obras inmortales de los grandes maestros como Beethoven, Mozart, Bach, Schubert”. “Espero escribir una crónica para *El Diario Ilustrado* y *El Mercurio*, sobre este desgraciado estreno, de la obra del músico suizo. Es bueno que allá se den cuenta cómo se repudia en estos centros de la cultura europea esta música sin belleza de melodía, sin sentimiento, que parece crearse con el absurdo propósito de atormentar los oídos con estridencias y disonancias”.

Volví a pensar que el peor enemigo para poder ensanchar el horizonte limitado de nuestro haber de cultura y sensaciones, emerge desde el fondo de nosotros mismos y es: *lo que creemos saber*. Presunción obstinada que aminora el poder de nuestra capacidad o entontece.

La actividad creadora continúa incesantemente acrecentando esencias de nueva belleza en nuestro universo simbólico. Los impulsos renovadores, en todas partes y en todo tiempo, se han estrellado con oposiciones tenaces, difíciles de salvar.

En una ocasión, una entidad de damas de nuestra sociedad programó un concierto del compositor Allende, primer “Premio Nacional” otorgado en el campo de la creación musical chilena.

Sus hermosas *Miniaturas griegas* lograron terminar en silencio, sin ninguna reacción del público asistente. Una joven soprano, de bello timbre y musicalidad cantó algunas canciones. Solamente al retirarse de la sala se oyeron dos o tres palmadas, como avergonzadas de manifestar alguna reacción estética. Luego se ejecutaron dos *Tonadas* de las que integran uno de los conjuntos más bellos de la literatura pianística de Chile y de América. No consiguieron tampoco despertar ni manifestar la alegría del goce estético. Unas cuantas palabras amables de algunas dirigentes de la entidad social y el maestro se retiró silencioso. Le acompañé, sin avivar lo que sin duda iba sintiendo en su interior. Al detenernos en una esquina dijo: “En verdad, creo que me sobran los dedos de una mano para contar las personas que por algún motivo gustan de mi música...”. Tal era, más o menos, el medio desalentador en que nuestros compositores tuvieron que desarrollar y defender sus capacidades para dar significación cultural nueva y más alta a su país.

La interpretación de las mismas dos *Tonadas* de Allende, incluidas por Ricardo Viñes en un concierto dado en París, dedicado a obras modernas, me ofreció el goce de presenciar una reacción comprensiva y entusiasta del público, opuesta y tan significativa de aspectos sociológicos de dos medios culturales. Después de aplausos tributados al pianista al terminar una suite de Trépard, Viñes dió comienzo a las *Tonadas*. Cautivaron de inmediato la atención del público en tal forma que, al terminar su ejecución,

el pianista se vió obligado a conceder la repetición de una de ellas. Fue el único número del programa que mereció tal distinción.

Un regocijo indecible me unió al entusiasmo que evidenció el público por las obras del maestro chileno. Los valores artísticos de sus *Tonadas* habían hecho florecer una alegría espontánea de goce estético en ese público cosmopolita y exigente; en cambio, en su propia tierra, sólo obstinada indiferencia; salvo la adhesión de unos pocos amigos capaces de simpatizar y agradecer las generosidades de sus creaciones.

Reacciones tan opuestas a las que eran propias de nuestro medio social fueron, sin embargo, estímulos para encender los sueños innovadores de un reducido número de artistas amigos, unidos por afinidades de cultura y de sensibilidad.

Me fue dado el goce de admirar la acción trascendental que comenzaron a realizar con fé, con inteligencia y continuidad, dirigida a despertar el interés por las creaciones más sobresalientes del pasado y del presente del arte musical, convencidos de que su conocimiento constituye uno de los signos distintivos de toda verdadera y más alta cultura.

Conferencias, conciertos, publicaciones y tantos otros medios eficaces fueron practicados. Conquistaron, pronto, adhesión y simpatía que hicieron posible intentar nuevas realizaciones. Estos animadores de la evolución cultural no se vieron libres de tener que enfrentar los embates peligrosos de los que creyeron que debían defender la permanencia de lo existente. Se formaron entidades antagónicas; pero el avance iniciado no pudo ser detenido, salvo obstáculos y acechanzas continuas, y fue creando una atmósfera social, más propicia para el advenimiento de las manifestaciones artísticas.

Mucho de lo que ahora puede exhibirse como válido de progreso, en este aspecto de la cultura nacional, deriva, en gran parte, del movimiento iniciado por ese grupo de artistas. Ardió en ellos una llama que no pudo ser extinguida, que surgió espontánea y con acentos fraternos, se encendió esperanzada en crear posibilidades ambientales para que las maravillas creadas por el hombre con los sonidos, con las formas, con los colores, con las palabras, pudieran acercarse con la mayor frecuencia y sin limitaciones a todos los corazones sedientos de belleza y de superación.

Por la acción tan noble que realizaron fueron acreedores a un homenaje de reconocimiento colectivo que no se les dió en vida. Sólo dos o tres sobrevivieron y continúan actuando en estos momentos en que la complejidad y extensión de los problemas artísticos-culturales se han acrecentado y exigen soluciones y modos nuevos de encararlos.

En el dominio de las Artes Plásticas hemos vivido también las sorpresas inquietantes de una evolución. ¡Cuántos vaivenes caprichosos!, desde las limitaciones de un frío academismo de taller hasta las efervescencias

enloquecidas o ingenuas del abstraccionismo, desde la etapa sentimental impresionista o desde la dominada por los afanes inútiles de la copia servil a los apasionamientos para alejarse de la naturaleza o someterla a deformaciones o recreaciones.

Me fue frecuente escuchar en maestros del pasado la frase: “¡Qué bien hallado!”, significando que el motivo del cuadro contemplado debía encontrarse en la naturaleza sin necesitar intromisión de la inteligencia organizadora de elementos estéticos del artista.

Pero la actitud plástica no podía permanecer sin renovarse. Desde antes de 1920 hemos asistido a su evolución continua, exaltada por animadores apasionados.

Grupos artísticos de París y de otros centros europeos, desdeñosos del sentir anterior, proclamaron el advenimiento del “hombre nuevo”, se afanaron en procurarse el predominio absoluto de “lo universal sobre el adherido al sentimiento de lo individual”. Fijaron como norma e imperativo, que la obra del arte nuevo no debe ser nada más que una exteriorización plástica clara equilibrada y estética.

Viví este movimiento renovador de conceptos estéticos en Europa, con sus demostraciones: creacionistas, subrealistas, constructivistas, cubistas, dadaistas, abstractas. Y en medio siglo de realizaciones y rebuscas, el hombre nuevo no ha podido detenerse y sigue debatiéndose por encontrar la expresión de un ideal alejado del universo. En medio de lo transitorio del acontecer de conceptos de la vida, del arte, de todo nuestro universo simbólico, estamos obligados a situarnos y darnos sin restricciones del ser. En la movilidad universal, es posible afanarnos por procurar lo que Karl Jasper sintetiza con la expresión: “Ser el mismo”, y tal vez, con lo que me sugirió la experiencia de un hombre que volvía de noche, por senderos desconocidos, después de haber permanecido entre gentes de un pueblo extraño. Con el haz luminoso de su linterna había caminado sin tropiezos evitando peligros. Repentinamente el dedo que había mantenido en el botón correspondiente se desvió, dejándolo indeciso entre las sombras densas de la noche. Quiso encender de nuevo la maravilla que llevaba en sus manos; pero un pensamiento súbito se interpuso en su deseo.

—“¡Embriagado he venido, se dijo, con este haz luminoso acompañante, me ha mostrado el camino, me ha evitado resbalar y caer en pendientes peligrosas, pero me ha impedido también habituar mis ojos, consentir que pudieran esforzar sus potencias para penetrar la nueva condición del universo sumido en sombras”.

Y comenzó a avanzar lentamente, con un nuevo y extraño gozo; a veces procurando la gracia de la luz tranquilizadora, por momentos, dejándola extinguirse, para aventurarse en la inquietud superadora de lo imprevisible.



# CARLOS ISAMITT

ALFONSO LENG HAYGUS<sup>1</sup>

*Discurso pronunciado el 25 de mayo de 1966, en la recepción de don Carlos Isamitt en la Academia Chilena de Bellas Artes*

Carlos Isamitt es un artista que ha dedicado los mejores años de su vida a las artes musicales y plásticas, pero la creación no ha sido su única actividad. Interesado por el estudio de lo autóctono, ha sido uno de los más firmes impulsores de nuestro folklora, llevándolo a la enseñanza musical en todos los grados de la etapa escolar.

Importa destacar que Isamitt, desde muy joven, al iniciar sus estudios de armonía, contrapunto y composición con el maestro Domingo Brescia, demostró una originalidad que se evidenció desde sus primeros trabajos, como lo reconoció posteriormente P. H. Allende. En su espíritu primó siempre el repudio por lo vulgar, por lo demasiado conocido, por todo aquello que, al realizarse, exige un mínimo esfuerzo. Su naturaleza de auténtico investigador le permitió captar con entusiasmo las creaciones de los más avanzados compositores contemporáneos. En su obra, espejo de la riqueza de su espíritu y de su vida interior, se advierte un constante esfuerzo de superación, en todo instante sostenido por la honradez y la modestia.

Al observar el conjunto de la producción de Isamitt se manifiesta una real originalidad; no ha necesitado recurrir ni a distorsiones exageradas ni a cacofonías histéricas para llamar la atención del auditor. En él todo es auténtico, natural, y no podría haber sido de otro modo. Su obra constituye un resultado artístico genuinamente actual, en el que no se desvirtúa el carácter de los materiales sonoros autóctonos, y es precisamente por eso que interesó tanto a directores como Kleiber, Scherchen y Celibidache. Este entusiasmo se tradujo, además, en la hermosa y elegante impresión de su *Friso araucano* para soprano, barítono y orquesta, por casas editoras de Alemania. La obra de Isamitt quedará como modelo de lo que puede

<sup>1</sup> ALFONSO LENG HAYGUS (1884-1974). Compositor y odontólogo chileno. Premio Nacional de Arte, mención Música, 1954. Tuvo una formación musical autodidacta. Perteneció a numerosas instituciones culturales que marcaron hitos en la historia de la música de concierto chilena del siglo XX, como fueron el grupo Los Diez (1910), la Academia Ortiz de Zárate, la Sociedad Bach (1917-1932) y la Asociación Nacional de Compositores de Chile (1936). Fue decano de la Facultad de Odontología de la Universidad de Chile.

realizarse con el material aborigen que, elevado a categoría artística, puede situarse junto a las mejores producciones de cualquier país.

Los críticos han tenido dificultad para encasillar el arte de Isamitt dentro de las definiciones estilísticas corrientes. Se ha hablado de atonalismo y de impresionismo, pero estos conceptos, tratándose de su música, vienen a ser, necesariamente, condicionales; su obra no tiene una clasificación fácil. Su riqueza armónica no se encuadra en un sistema limitado, da más bien la sensación de una libertad que conduce a una mayor eficacia en la expresión de sus imágenes musicales. Hay algo de su técnica de pintor en el sentido del color y los timbres orquestales. La quietud que por momentos suele evidenciarse en algunas de sus obras, es como si Isamitt observara, desde la paz de su espíritu, alzarse a lo lejos los sonidos que van surgiendo en su íntimo proceso de creación. Es por eso que su música no se parece a ninguna otra.

Su producción musical ha sido constante hasta el día de hoy. Es conocida en toda América, Europa y Oriente. Gran número de sus obras han sido premiadas en concursos nacionales e internacionales: en 1941, con motivo de la celebración del aniversario de la fundación de Santiago, se premió su ballet *El pozo de oro*, el primer ballet chileno basado en una leyenda del folklore criollo. Su *Friso araucano* obtuvo el Primer Premio en el Concurso de la Universidad de Chile, en 1933. La producción musical de Carlos Isamitt es muy vasta e incluye obras para piano, voz y piano, violín y piano, para arpa, para cuerdas, obras corales y sinfónicas. Mencionar tan dilatada creación sería largo, pero debo destacar entre ellas algunas obras cumbres dentro de los distintos géneros. Sus composiciones para canto basadas en el folklore tienen, dentro de la producción chilena, un valor musical y etnológico primordial: en *Cinco cantos araucanos*, de 1932, recoge las antiquísimas melodías de canciones funerarias, de trabajo y de cuna araucanos; *Siete tonadas chilenas*, de 1938, pertenecen al folklore recogido directamente de Carrizal de Putú, caserío aislado entre cerros y bosques al norte del río Maule. El contenido poético de estas canciones chilenas alienta una pasión reconcentrada y los elementos ambientales que figuran en sus textos: mar, marinos, pinos, roca, son propios del área geográfica en que fueron recogidas. *Dos cantos quechuas*, datan de 1944, recopilados directamente entre los indígenas peruanos; *Cinco cantos huilliches* son canciones del grupo de araucanos diseminados entre Osorno y los puntos más australes del país, grupo étnico bilingüe que habla el dialecto llamado “veliche”, derivado del araucano; estas canciones recrean el “canto de recibimiento y de despedida” a “Chau Antu”, divinidad del “Abuelito sol” que, bajo la forma de un anciano de luengas barbas blancas, presenciaba antaño las fiestas huilliches, escuchaba su música, cantos y romances y los bailes de los jóvenes. Este mito tiene una importancia primordial y la fe en la presencia de “*Chau Antu*” es una fuerza colectiva capaz de levantar

la significación espiritual de la ceremonia social. La canción “*Llown ül*” (canto de recibimiento) se realiza en una especie de escala o sucesión de cinco sonidos, sin el uso del semitono, de dibujo melódico de extraña belleza. Con estos sencillos elementos se generan dos períodos de hermoso contraste estético; un primer período de expresión sana, clara y varonil y un segundo en el que la melodía se enriquece con cambios y dilataciones rítmicas, con ciertas características de los cantos araucanos, aunque sin los acentos enfáticos ni los intervalos inferiores al semitono, tan frecuentes en las canciones de estos hermanos de raza.

Dentro de sus obras para voz, violín y piano querría destacar la hermosa *Nuiñ ül* (canción de trilla) y *Palin ül* (canto del juego de chueca) y *Trawin ül*, canto de fiesta araucana para barítono y conjunto de cámara.

En *El cuarteto de cuerdas*, escrito entre 1925 y 1928, la complejidad rítmica y armónica que caracteriza su producción se muestra en uno de sus más felices logros. Sólo en el segundo movimiento emplea elementos rítmicos y melódicos estilizados de la canción popular criolla; el compositor hace uso aquí de cuantas sugerencias le ofrece el folklore en sus cantos y ritmo, de acusado carácter chileno, pero tratado de manera artística y no en servidumbre a simples fórmulas de la música popular.

Su producción sinfónica incluye el ballet *El pozo de oro*, en el que Isamitt ha sabido servirse de cuantas sugerencias encierra esta leyenda popular y así crear una partitura de delicados matices, en los que predominan los de ensoñación y ternura, reflejando los motivos que aparecen en la leyenda, desde el punto de vista plástico dicho musicalmente. *Seis motivos poéticos* recogen sugerencias y alusiones de caracteres y momentos humanos encadenados y relacionados entre sí, a pesar del contraste entre unos y otros. La *Suite sinfónica* nos revela a un músico dueño de una técnica compleja y de un estilo bien definido. En esta obra se amalgaman giros idiomáticos extraídos del folklore, sobre todo del araucano, con una concepción estética muy original. *Mito araucano*, con predominio de ritmos de danza, fue escrita para acompañar a una creación coreográfica, de ahí que la rítmica folklórica sea el nervio de la construcción de esta página sinfónica. *Friso araucano*, obra que deliberadamente menciono en último término, es una de las composiciones más representativas, de mayor contenido musical y la más vigorosa realización de Carlos Isamitt. Es su obra maestra. Realizada sobre melodías del folklore araucano, tomadas directamente por el autor en sus fuentes originales, es una síntesis de la vida mapuche. La orquesta, de gran variedad de colorido, unas veces es como caja de resonancia de las canciones, de su sobrio patetismo, de sus sencillos pero tan expresivos acentos, de su original rítmica; otras veces, y con mayor frecuencia, constituye todo un ambiente en torno al canto, para realzar, con finos subrayados armónicos, los perfiles de la melodía primitiva.

Paralelamente a la música, Carlos Isamitt se ha dedicado a la pintura. En sus viajes de estudio a través del país, unió a sus preocupaciones antropológicas y folklóricas la creación plástica. No obstante, creo que muchos colegas aquí presentes podrían mejor que yo juzgar este aspecto de nuestro músico. Me Limitaré a contarles una experiencia que data de unos sesenta años atrás. Una tarde Carlos Isamitt fue a visitarme. Me Llevaba una obra musical recién escrita por él. Yo, en retribución, le obsequié una pequeña marina que había pintado hacía poco. Este cuadro hizo pintarse en el bondadoso rostro de Carlos Isamitt una sonrisa llena de perdón. Comprenderán ahora por qué no me siento capacitado para hablarles de la obra pictórica de nuestro amigo.

Pero Isamitt no es sólo compositor, pintor e investigador musical, sino también profesor. Ha ejercido la docencia en varios liceos de Santiago y ha sido profesor de Pedagogía y Metodología de la Enseñanza en el Instituto de Educación Física. Posteriormente fue designado profesor de la Escuela de Bellas Artes; en el período 1927-1928 fue Director de esta Escuela y del Museo de Bellas Artes, así como Director General de Educación Artística y miembro de la Superintendencia de Educación. Hasta 1951 desempeñó los cargos de profesor jefe de la Sección Pedagogía en el Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile y creó en Sudamérica la cátedra de Pedagogía Musical en el Conservatorio Nacional de Santiago. Durante varios períodos ha sido presidente de la Asociación Nacional de Compositores de Chile.

Sus inquietudes pedagógicas y de investigación lo han impulsado a publicar sus conclusiones sobre estos temas, tanto en las revistas chilenas *Aulos*, *Marsyas*, *Revista de Arte* y *Revista Musical Chilena*, como en publicaciones de Argentina, Perú y otros países. Mencionaré sólo algunos de sus múltiples ensayos: “Como aparece la música en el niño desde los primeros meses de vida hasta los dos años”; “El folklore como elemento de enseñanza en el Liceo Renovado”; “Elementos musicales de carácter mágico en ceremonias araucanas”; “Proceso pedagógico para la enseñanza de un ‘purün’, canto de madre araucano para hacer bailar al niño”; “El machitun” (Ceremonia de curación de un enfermo y sus aspectos musicales y dinámicos de carácter mágico); “Clasificación de algunos cantos araucanos”; “Apuntes sobre nuestro folklore musical” y “El folklore en la creación artística de los compositores chilenos”, trabajos cuya sola enumeración demuestra la amplitud de sus preocupaciones pedagógicas y antropológicas. Las Sociedades de Investigación Folklórica de Argentina, Uruguay y Brasil, conocedoras de su insigne labor, se honran contándolo entre sus miembros honorarios.

Desde su cargo de Director General de Educación Artística le cupo a Carlos Isamitt la reorganización de todos los estudios artísticos, con sus programas y métodos, abarcando desde la escuela parvularia hasta la Uni-

versidad. Al asumir las responsabilidades de Director General, Isamitt se propuso remediar la falta de correlación existente en la enseñanza artística a lo largo de los dieciocho años de estudio, lo que significaba, además, gran pérdida de tiempo. La enseñanza artística progresiva desde la Escuela Primaria no existía y los profesores no estaban preparados para impartirla, de modo que los alumnos llegaban a las humanidades mal situados pedagógicamente y sin capacitación artística alguna. Su primera preocupación fue la preparación de profesores idóneos e inició en Bellas Artes el curso de Pedagogía musical basada en procesos progresivos en lugar de programas standard, los que hubo que crear. El método implantado tuvo como base el espíritu creador innato al ser humano. Desde la escuela primaria se implantó una cierta capacitación que debía seguir desarrollándose en el curso de los seis años de secundaria. Esto culminó en el desarrollo artístico del universitario, que vino a remediar la laguna artística del profesional que antes nada sabía o entendía de arte.

Sólo he podido esbozar algunas de las tantas actividades de este hombre múltiple que hasta el día de obtener el Premio Nacional de Arte en Música no abandona ni los pinceles ni la pauta musical. Actualmente está concluyendo una *Cantata Huilliche* para orquesta y voces solistas, basada en canciones recogidas personalmente, hace seis o siete años, en Coihuin de Compa, localidad en la que viven exclusivamente indios huilliches. Desde el punto de vista musical, estas canciones son interesantísimas y se relacionan con las ceremonias matrimoniales y las creencias mitológicas. Simultáneamente trabaja en un Concierto para violín y orquesta, de tendencia dodecafónica muy personal y sin influencia folklórica. La tercera obra en la que se encuentra trabajando es el proyecto ya esbozado de *Lautaro*, obra sinfónica de carácter araucano, resumen de la vida del hombre y de sus características musicales propias. Este *Lautaro* de Carlos Isamitt es una obra que desde que nuestro músico tenía doce años tuvo para él un significado artístico extraordinario. En ese entonces se dió en el Teatro Municipal el *Lautaro* de Ortiz de Zárate. El niño salió de la escuela para ir a escuchar la primera ópera de su vida y quedó maravillado frente al espectáculo teatral. Entonces no supo juzgarla musicalmente, pero, más tarde, al leer la partitura, se sorprendió al comprobar que uno de los diálogos de Pedro de Valdivia con una india está escrito en tiempo de minuetto y que toda la obra estaba enfocada desde un ángulo romántico e italianizante. Esta impresión de juventud de un *Lautaro* tan ajeno a lo nuestro y sus conversaciones en París con Carlos Lavín, que estudiaba en bibliotecas y museos al hombre araucano, impulsó al joven músico a buscar al araucano en su medio.

Carlos Isamitt corona su infatigable investigación de lo autóctono chileno con la creación de un *Lautaro* araucano, arraigado a su tierra y actuando en el paisaje, el medio y el ambiente psicológico que le es propio.



# EL TEATRO, UN PROGRAMA SOCIOLÓGICO

AGUSTÍN SIRÉ SINOBAS<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes,  
pronunciado el 26 de diciembre de 1967*

El teatro es una manifestación social. Afirmación superflua, por ser unánimemente aceptada. Pero no resulta insistencia inútil afirmar que es el arte más enraizado en las vicisitudes de la existencia colectiva, el que reacciona con más prontitud a las pulsaciones de la vida social, el que refleja con más vivos destellos la tragedia del hombre en busca de la libertad.

Sin embargo, a pesar de la importancia social del teatro, los sociólogos le han prestado escasa atención. Los ensayos sociológicos y monografías sobre el drama, autores, actores y público representan, algunos de ellos, valiosos aportes, que no podrán ser ignorados para una futura sociología del teatro, aunque, en su mayoría, pertenecen al campo de la historia social del teatro, más bien que al de la sociología.

El desacuerdo entre historiadores del teatro y sociólogos, surgido principalmente de una mutua ignorancia, ha levantado una barrera, en la que sólo escasas brechas permiten augurar la construcción de una verdadera sociología del teatro. Por ahora, no poseemos una investigación sistemática, ni una seguridad de sus jerarquías, ni un estricto planteamiento de sus problemas específicos. Sírvanme de excusa las indigencias señaladas, para limitarme a indicar brevemente, sin afán exhaustivo ni de exacta connotación, los principales temas que, a mi juicio, debería contener una sociología del teatro.

La consideración de los diversos aspectos del teatro no implica, sin embargo, la existencia de campos separados y autónomos. El acto teatral constituye un objeto único y dinámico, cuya génesis, estructura, funcionalismo, proyección histórico-social y destino sólo representan diversas posiciones de examen. En efecto, si elegimos la obra dramática como objeto de estudio sociológico, a poco andar advertimos que, subrepticamente, se nos ha agregado la compañía del público, del autor, de los intérpretes,

<sup>1</sup> AGUSTÍN SIRÉ SINOBAS. (1920-1986). Actor y director de teatro. Estudió pedagogía en Francés y Filosofía, en la Universidad de Chile. Fundó, junto a otros actores, el Teatro Experimental de la Universidad de Chile (1941), e introdujo el método Stanislavsky en el trabajo del Instituto de Teatro de la Universidad de Chile (ITUCH), del que fue su director en 1959. En 1972 recibió el Premio Nacional de Arte, mención Teatro.

de las formas de presentación, etc. Forzoso es, sin embargo, concentrar la atención en ciertas formas concretas de la obra teatral y en sus relaciones socio-históricas. Una pregunta como: ¿por qué en ciertos períodos históricos ha dominado la tragedia y en otros la farsa o la comedia?, abre las compuertas a una multitud de opuestas hipótesis, dominadas, naturalmente, por las diferentes concepciones generales de la historia y la sociedad. La interrogante puede extenderse a la temática teatral. Se pretende, con cierta lógica, inferir de los temas de las obras dramáticas y, *a fortiori*, de la literatura general, los rasgos de la sociedad correspondiente, ya que se presume la existencia de una relación entre el universo empírico colectivo y el universo imaginario de la obra. Esta relación es entendida en diferentes niveles. En su forma más simple, aparece como una transposición escénica de la experiencia empírica, excluyendo *ipso facto* los contenidos imaginarios que no se dan en tal experiencia. Los sociólogos estructuralistas, por su parte, apoyándose en las ideas de juventud de Lukacs, afirman la posibilidad de que contenidos heterogéneos sean estructuralmente homólogos o tengan, a lo menos, una relación significativa con la conciencia empírica de un grupo social. Apoyándose en este principio, Lucien Goldmann ha realizado un penetrante estudio de los dramas existencialistas de Genet, en el que trata de explicar las relaciones entre sus temas y la sordidez del mundo marginal de ladrones y homosexuales, del que procede el autor.

Los temas de la dramaturgia, como también los de algunas formas literarias, no son necesariamente condensaciones o emanaciones de la experiencia de una sociedad determinada. Las grandes obras de todas las épocas son la expresión de una conducta virtual, de una existencia potencial, de sentimientos inexplorados, que se ofrecen a la conciencia colectiva como modelos de estructuras o eventuales acciones. Sin embargo, estas actitudes colectivas se revelan en experiencias que se inician, pero no concluyen. Como anota Duvignaud, “solicitan una participación que nunca llevan a efecto y es, quizás, la función estética y social de la poesía dramática, de la literatura teatral, sugerir una realización de la experiencia, una plenitud, a las que felizmente nunca se pone término”. Sin embargo, tal metodología, como cualquiera otra, por lo demás, destinada a establecer tan complejas relaciones, desemboca en interpretaciones fuertemente influenciadas por ideologías y subjetivismo.

Las investigaciones sociológicas sobre las obras teatrales, como se desprende de las anteriores observaciones, no pueden desarticularse, sino artificialmente, de la sociología de los dramaturgos. Si bien el status económico y el profesional del autor teatral ejercen cierta influencia en la naturaleza de su obra y son, a la vez, los de más fácil determinación, su consideración sólo tiene valor dentro del más amplio campo de la ubicación del autor en la clase o grupo social a que pertenece, de su ideología y, en algunos casos, del público al que sus obras están destinadas.

El verdadero problema consiste en determinar la relación entre el status social del autor y su expresión dramática. Por ejemplo, ¿hasta qué grado, en las sociedades industrializadas, expresa el autor las características y los impulsos de la clase a que pertenece? Un estudio de esta correlación puede conducir a conclusiones sorprendentes si se logra descubrir, en la compleja trama formada por la clase social a la que el autor pertenece, su actitud frente a los valores que esa clase representa. No pocos de los más grandes autores han utilizado las formas ideales, convenciones, ideologías y acción de su medio social sólo como una fuente de inspiración, cuyo producto está orientado hacia ideales opuestos a los de su clase.

Innecesario es nombrar a la multitud de autores que ubicamos dentro de la burguesía, cuyas obras son arietes apuntados a la escala de valores de esa clase social. Si, abandonando el discutido concepto de clase social, examinamos las conexiones del autor dramático con el más amplio concepto de sociedad, nos moveremos en un fértil campo de hipótesis. En estrecha relación con la sociología de la temática teatral, se encuentra la referente a los personajes. Limitando nuestra atención a las grandes épocas del teatro universal, vale decir al teatro griego, al isabelino, a su continuación durante el reinado de Jacobo I y al del Siglo de Oro español, descubrimos *mutatis mutandis*, una tipología generada por comunes rasgos esenciales. Los períodos indicados son etapas de transición, en las que aún subsisten las creencias y sistemas de valores de las sociedades precedentes, aunque los cambios de las estructuras sociales se hacen cada vez más evidentes.

El período clásico del teatro griego, que se inicia después del triunfo de Salamina, aproximadamente el año 486 a.C., corresponde al asentamiento en la ciudad griega, especialmente en Atenas, de nuevas formas sociales y nuevos sistemas políticos, jurídicos y económicos; pero también se multiplican los desgarramientos intestinos, los conflictos y polémicas, que llegan a grados de extrema violencia. Si bien las prescripciones de las pasadas estructuras, sustentadas en la sumisión al soberano, en los deberes que emanan de la concepción de la familia patriarcal, en la obediencia ciega a las normas rígidas, son ahora discutidas, el mundo de símbolos y de creencias no ha sido fundamentalmente modificado. Los efectos de esta situación en el teatro griego sólo pueden ser estudiados basándose en modestas y cautelosas hipótesis, ya que el conocimiento que de él tenemos queda sustentado en datos inciertos y fragmentarios, que es lo único que podemos conservar como objeto de investigación, después de sacudir el polvo con que las ideologías románticas lo han cubierto durante varios siglos. La existencia de un sentimiento colectivo de haberse encontrado al borde del abismo y “la conciencia de una ruptura con el pasado definen el paisaje social y mental en el que se desarrolló el teatro griego”. Esta ruptura con el pasado provoca un desequilibrio de las necesidades y deseos y, con él, la aparición sobre la *skéné* griega del personaje atípico o anómico.

El desajuste que caracteriza a la anomia y que se expresa en violaciones de todo orden, no tiene, excepcionalmente, expresión real, ya que el hombre aún está dominado por las normas que rigen las estructuras tradicionales de cohesión social, dentro de las cuales germinan las nuevas formas. El movimiento oscilatorio de la conciencia colectiva e individual entre lo que está en vías de disolución y lo que alborea, provoca, igualmente, una adhesión alternada entre dos extremos.

El otro elemento que debe enlazarse a esta característica de la etapa de transición, es el reforzamiento del nacionalismo heleno, como consecuencia de la constante amenaza de su poderoso enemigo. De ahí que el héroe atípico y aun criminal de la tragedia griega acuda desde el fondo de las leyendas y de los poemas épicos, símbolos de unidad del mundo heleno. El héroe atípico aparece excluido de la comunidad, pero no de la comunidad del espectador griego del siglo V, a la que no pertenece, sino de una lejana y compleja familia de héroes y dioses. El quebrantamiento de la ley es, así, aceptado como sublimación del inconsciente deseo de encontrar nuevas normas para las nuevas estructuras. Prometeo roba el fuego sagrado y desafía a la divinidad; Orestes, instigado por Electra, mata a su madre, la cual, a su vez, había asesinado a Agamenón, quien había dado muerte a su hija Ifigenia. Antígona viola la ley de la ciudad, Edipo está agobiado por un asesinato y un incesto, Medea da muerte a sus hijos para vengarse de Jasón, etc. Pero todas estas acciones anómicas representan un dilatado conflicto, que se ofrece como espectáculo a un público que no las condena expresamente.

El período del teatro inglés que cubre los años comprendidos entre 1587, fecha del estreno de *Tamerlán*, de Christopher Marlowe, y 1642, al clausurar los puritanos los teatros, calificados por ellos como “templos de Satanás”, “escuela de obscenidad” y “consultorio del diablo”, nos presenta, igualmente, una dramaturgia íntimamente ligada a la conciencia colectiva de los cambios de las estructuras feudales, cuando las nuevas estructuras no estaban aún sólidamente organizadas. Las conmociones producidas por estos cambios parecen afectar preferentemente a aquellos que no giran en el torbellino de actividades que precisamente generan estos cambios, es decir, a los intelectuales y artistas, cuya sensibilidad parece ser más afectada por las perturbaciones de la sociedad. Se marginan entonces de la normas y eluden las constricciones tradicionales.

Larga tarea sería, y naturalmente desbordaría los límites razonables de esta exposición, presentar los hechos y las hipótesis, debidamente enriquecidas por el análisis, destinados a procurar una comprensión de las relaciones entre ese carácter de los dramaturgos ingleses de esta época y el correspondiente atipismo de sus personajes. Basta recordar la impresionante colección de personalidades criminales que desfilan por las tra-

gedias isabelinas: *Tamerlán*, el *Judío de Malta* y *Eduardo II*, de Christopher Marlowe; *La Tragedia de la Doncella*, de Beaumont y Fletcher; *La Tragedia Española*, de Thomas Kyd; *La Tragedia del Ateo*, de Cyril Tourneur; *La Duquesa de Malfi*, de John Webster; *Arden of Feversham*, de desconocido autor; sin descuidar, naturalmente, los torrentes de sangre derramada por los personajes trágicos de Shakespeare.

A semejanza de la tragedia griega, los personajes isabelinos que encarnan estos crímenes son generalmente reyes, príncipes o nobles altamente situados, reforzándose así el atipismo de su condición jerárquica, con el que resulta de la anomia de sus acciones. Sin embargo, como estamos en mejor posición para lograr una comprensión de ese período que la que podemos obtener del siglo de Pericles, es posible penetrar con más seguridad en el efervescente mundo de los Tudor y descubrir las coordenadas que fijan las relativas posiciones del fortalecimiento de la sociedad monárquica y del individualismo renacentista, con las correspondientes a la expresión dramática del héroe trágico, agobiado por una soledad que ha aceptado como precio de su ambición por el poder conquistado, por su debilidad, su sexualidad, su derecho a la duda; en resumen, por el desbordamiento voluntario de las normas. Ricardo III, consciente de que su deformidad física lo separa de los demás, decide ser también un monstruo moral. Si su fealdad provoca el ladrido de los perros, sus acciones despiertan el horror de los hombres. Nadie lo ama, excepto él mismo, "*I love myself*". Todos lo odian, incluso él mismo, "*I rather hate myself*". Ambivalencia en éste y otros personajes isabelinos que, si bien se refiere a acciones pasadas, históricas o imaginarias, amalgama, en virtud de su recreación escénica, viejos estremecimientos con presentes valoraciones, por las que la monarquía y la libertad interior resultan exaltadas. "El azote de Dios" medieval, personificado por el déspota sanguinario, se desprende de su sentido providencial, para expresar sólo una voluntaria determinación del hombre, que puede ser resistida y anulada por otras acciones igualmente voluntarias.

El significado social de un personaje teatral no es inmutable. Hamlet, representado por Richard Burbage, en el teatro El Globo, ante el público de la sociedad monárquica isabelina, ofrece a ese público signos y símbolos válidos en la trama de la conciencia colectiva e individual de esa época. Pero el público del siglo XVIII, que presenciaba a Garrick interpretando el mismo personaje, en el Drury Lane, o los actuales espectadores del National Theatre, son diversamente impresionados por la tragedia del sombrío príncipe.

Tales cambios son producidos naturalmente por la evolución de la sociedad, en cuyo curso se modifican no sólo las relaciones de poder, las estructuras económicas, los valores morales y estéticos, sino también, y como elementos de esos cambios, el arte del actor y la expectación del

público. El actor se manifiesta socialmente, tanto en su proyección existencial como en el acto de encarnar a un personaje imaginario, acto que constituye una “apropiación de sustancia social”.

Probablemente no existe profesión que haya sido más vilipendiada, despreciada, anatematizada y marginada que la profesión de actor. Una recapitulación de leyes, decretos, sermones, panfletos, disposiciones conciliares, discursos, epístolas, homilías y declaraciones contra el actor y su profesión, proporcionaría material para gruesos volúmenes. Sin embargo, en sus orígenes griegos, los actores trágicos gozaban de gran consideración, lo que es fácilmente comprensible, dado el carácter de festividad cívica y religiosa de las grandes Dionisiacas, a las que el gobierno de Atenas destinaba importantes sumas, por lo que humorísticamente lo definió Platón como una teatrocracia.

Muy diferente es la situación del histrión latino. La ley romana nunca consideró como una profesión honorable la de los “*scenic*”, los que en su mayoría eran esclavos o, en el mejor de los casos, *libertos*. Estaban marcados con el estigma de la “Infamia” o incapacidad para ejercer derechos civiles. Generalmente los censores excluían a los actores del “*jus suffragii*” y del “*jus honorum*”, o derecho a alcanzar rango de senador u otros cargos honoríficos. Julio César y Augusto agregaron otras prohibiciones. La “*lex Julia Municipalis*” negó a los histriones todo honor municipal y la “*lex Julia Adulteriis*”, el derecho a entablar acción criminal. Otras disposiciones prohibieron a los senadores y a sus hijos casar con mujeres que hubieran sido actrices, o cuyos padres se hubieran desempeñado como histriones. En ciertos períodos, estas restricciones se relajaron un tanto. Caracalla designó a un “*pantomimus*” como jefe militar en la frontera y Heliogábalo llegó a asignar a otro el cargo de “*praefectus urbi*” de Roma. Bajo Constantino se produce una nueva reacción, y por un decreto los actores quedaron excluidos de toda clase de “*dignitates*”.

Los moralistas paganos también se unieron en los ataques contra los actores. Tácito y Juvenal se quejan de que los patricios practiquen un arte destinado sólo a los “infames”. Los ataques de los predicadores cristianos, como es comprensible, fueron aún más duros, ya que los más sagrados símbolos de la iglesia eran ridiculizados por los mimos. A las tremebundas imprecaciones de Tertuliano, quien afirmaba que el cristiano, al renunciar al demonio con el bautismo, también renunciaba a los espectáculos, siguieron las disposiciones de los diversos concilios celebrados en el siglo IV, que prohibieron al clero asistir a los espectáculos y, a todos, la asistencia al teatro en los domingos y en las festividades eclesiásticas. En este siglo se empiezan a dejar sentir las influencias cristianas en la legislación del Imperio. Los actores habían alcanzado gran popularidad, a pesar de las restricciones y prohibiciones a que estaban sometidos, popularidad que el

Código de Teodosio (435) trató de oscurecer. Se les prohibió usar joyas de oro, frecuentar la compañía de mujeres cristianas y niños, presentarse en lugares públicos, acompañados de esclavos que cargaban su silla plegable, y ofender con la cercanía de sus retratos las efigies de Teodosio. Pero el pueblo no renunciaba a los “*spectacula*” y el emperador no podía hacer oídos sordos a esta exigencia. El pretor disponía de un presupuesto para los espectáculos y el “*tribunus voluptatum*” debía atender a su preparación.

En el Imperio Oriental sucedió algo semejante. A las diatribas de San Crisóstomo sucedieron medidas que suavizaban las prohibiciones contra los actores. En el siglo VI, Justiniano establece la legitimidad del matrimonio de los nobles con las actrices, siempre que éstas renuncien a su profesión. Es de notar que la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, había sido ella misma actriz y, según ciertas murmuraciones, una de las más desvergonzadas de su época. La propia caída del Imperio Romano fue atribuida por los obispos cristianos a la decadencia a que lo condujo el teatro. “*Moritur et ridet*” era un epigrama que podía ser usado como apropiado epitafio para el mundo romano.

El desuso de los teatros no significó una completa extinción de la profesión de actor. Los mimos e histriones se dispersaron por Europa, aprovechando toda ocasión, especialmente los banquetes y festivales de aldea, para asegurar su existencia, con un arte que iba transformándose en algo diferente a una representación teatral. Se convirtieron en juglares, jocalatores y otras derivaciones, que difícilmente permiten considerarlos aún como actores. Sin embargo, estos vagabundos son los únicos que pueden ser considerados como entretenedores profesionales durante la Edad Media. La Iglesia no los miraba con ojos complacientes. En el siglo VIII, Alcuino, que ejerció gran influencia sobre Carlomagno, previno a los obispos contra los histriones, prohibiéndoles, finalmente, tanto a estos altos dignatarios, como a los abades y abadesas, acoger a los jocalatores. Sin embargo, en los siguientes siglos de la Edad Media, la legislación de la Iglesia no tenía una correspondencia en la práctica, ya que de hecho eran los histriones aceptados por el clero y los obispos, llegando, en ocasiones, hasta a tomar parte en las festividades religiosas. Santo Tomás de Aquino declara que “la profesión de histrión no es en sí ilegal...”. “El que ejerce esta profesión, en un tiempo y modo adecuados, no puede ser considerado como un pecador”.

En los últimos decenios medievales, actores profesionales se mezclan cada vez más frecuentemente con grupos de aficionados, en las representaciones de misterios, milagros y moralidades, recibiendo por su actuación pequeños estipendios. Estos profesionales llegan, finalmente, a agruparse en compañías, cuando aparecen las primeras manifestaciones del teatro renacentista. En verdad, es difícil hablar con propiedad de verdaderos

actores profesionales durante la Edad Media. Una corporación, como la *Confrérie de la Passion*, que data de 1380, está formada por aficionados, artesanos, escribientes, abogados, que representan ocasionalmente dramas sacros en el primer teatro permanente (instalado en una sala del “*Hôpital de la Trinité*”); pero no constituyen una compañía profesional.

La explicación sociológica de la inexistencia de auténticos actores en la Edad Media es, naturalmente, un corolario de la más vasta y compleja explicación de la ausencia de un verdadero teatro. La condenación y persecución que sufren los histriones nómadas que practican formas parateatrales no constituyen de ningún modo una explicación suficiente. Tal vez habría que llevar la reflexión por el camino abierto por Duvignaud, quien pretende que “las actitudes y conductas fijas y a menudo cristalizadas y codificadas de la sociedad feudal, que sólo permiten teatralizaciones de la vida concreta”, hacen imposible la existencia de conductas imaginadas, no integradas a las vivencias del hombre medieval.

El actor aparece con las sociedades monárquicas europeas: los cómicos de la legua, en España; los actores que representan la “comedia sostenuta”, en Ferrara, Bolonia y Venecia; las compañías protegidas por nobles y reyes, en Inglaterra. A pesar de que la ley y la religión siguen condenándolos, su número aumenta rápidamente, al igual que la atracción que ejercen en todos los niveles sociales. Los actores, en su mayoría, proceden ya de capas sociales más altas que los juglares medievales. Hijos de pequeños comerciantes, de artesanos, de funcionarios civiles, ex soldados algunos, concurren todos ellos a integrar una profesión fuertemente anudada a las estructuras de las sociedades monárquicas. Ya en algún documento oficial del último cuarto del siglo XVI se usa la palabra “profesión” para indicar la actividad remunerada de actor. Profesión que, en ciertos casos, procura apreciables sumas de dinero a los que la ejercen, lo que les permite incluso adquirir alguna propiedad a la que se retiran, para gozar de una placidez muy diferente del ajetreo y los sobresaltos de la vida del comediante.

Este nuevo status social supone consecuentemente ciertas obligaciones y responsabilidades. Debe obtener licencia para ejercer su arte y respetar ciertas prescripciones de tiempo y lugar, además de someterse a las generales obligaciones de súbdito y ciudadano. El actor, al estructurar con el ejercicio de su profesión una nueva forma de socialización, se convierte en materia de legislación. En Inglaterra, las disposiciones legales contra la vagancia y la mendicidad alcanzan a los actores nómadas que no han obtenido previamente la debida autorización, lo que en la práctica significaba que no pertenecían a una compañía protegida por algún noble o por la corte. El nomadismo de las compañías de actores durante dos siglos de monarquía absoluta tiene un significado predominantemente sociológico. Los desplazamientos de los actores se efectúan tanto dentro del propio

país como en países extranjeros. Las compañías italianas de la Comedia dell'Arte aparecen en toda Europa, principalmente en Francia, España, Inglaterra y la Europa central. A fines del siglo XVII, los actores ingleses ejercen gran influencia en Alemania. Los comediantes franceses se presentan en el Cockpit de Whitehall y en el Drury Lane, en Londres, aunque sin dejar huellas fructíferas, produciéndose la misma situación con respecto a las compañías inglesas que se presentaron en Francia. También los españoles ocupan los escenarios de varios países y Rusia recibe frecuentemente la visita de compañías francesas.

Este nomadismo, y principalmente el que se efectúa dentro de los límites de los propios países, representa una búsqueda de mercados teatrales tanto como de protectores generosos. Sin embargo, mayor importancia social reviste la transferencia cultural de estas empresas teatrales y la fascinación que ejercen los actores y actrices en jóvenes y muchachas de provincia, quienes se incorporan a las compañías para satisfacer sus deseos de vivencias de sentimientos y pasiones desconocidas en su vida burguesa, cuya representación imaginaria les ofrece una serie infinita de posibilidades existenciales, determinadas por su sola libertad de elección. El *Wilhelm Meister* de Goethe nos proporciona una profunda y completa visión de esta atracción ofrecida por el teatro, a través de sus actores, en una mentalidad burguesa. El auge del arte escénico en Inglaterra estimula a construir edificios teatrales, cuya explotación produce considerables ganancias. “Es una señal evidente de la perversidad de la época que los actores sean tan ricos que puedan construir tales edificios”, exclama airado, en 1572, William Harrison.

El establecimiento del status profesional del actor durante el período de las monarquías centralizadas, en el que el capitalismo y la burguesía expanden y aseguran sus estructuras, no significó un automático cambio en la consideración de la sociedad, consideración que varía según los países, las épocas, las clases sociales y los círculos de autoridad. Así, al restaurarse la monarquía en Inglaterra, con el regreso del *merry monarch* Carlos II, las mujeres, a quienes las fuerzas puritanas habían logrado mantener fuera del escenario isabelino, hacen su aparición, desplazando a los muchachos-actores que tenían a su cargo los papeles femeninos. La profesión de comediante se enriquece con un elemento que, naturalmente, influye en varios sentidos en sus relaciones con el medio social. Evelyn protesta de que “a mujeres indignas e indecentes se les autorice ahora a exhibirse y a representar en el teatro”. Es probable que la introducción de audacias eróticas en las comedias de la Restauración se deba en gran parte a la súbita aparición de las actrices. A la fiel y honesta Desdémona, primer personaje interpretado por una mujer en ese período, siguen muy pronto las mutuas infidelidades, la prodigalidad sexual, las audacias de acciones y lengua-

je de las comedias de ese período. Espectáculo para los aristócratas que regresaban de un largo exilio en Francia, poseídos de una desenfrenada avidez de placeres, pero del que el público puritano, burgués y popular estaba ausente. Por su parte, las actrices eran bastante más aventajadas en su vida privada que los personajes que interpretaban.

Hasta el siglo XVIII los actores no carecen de protectores ni de detractores. Luis XIII, por influencia de Richelieu, rehabilita a los actores, por una declaración emitida en 1641, en la que expresa su voluntad de que la profesión de los comediantes no constituya antecedente que perjudique su reputación. El jansenismo, en cambio, lanzó sus rayos contra estos “envenenadores públicos”, como los calificó Nicole, y Pascal afirma que la comedia representa el más peligroso de los entretenimientos públicos. Racine rompe con Port-Royal, a pesar de las lamentaciones y ruegos de su tía abadesa, quien le manifiesta los santos temores que la inquietan sobre su salvación, ya que ha tenido noticias de que su sobrino frecuenta a gente abominable (se refiere especialmente a las actrices), a quienes les está prohibida la entrada a la iglesia y a la comunión de los fieles, aún en trance de muerte, a menos que vuelvan al buen camino”. Como es sabido, los actores estaban excomulgados desde la Edad Media. En Versalles, Luis XIV invita a su mesa a Molière, lo que no impide que al morir el que Bossuet llamaba “infame histrión”, deba ser enterrado ocultamente en la noche a la luz de antorchas y sólo gracias a la intervención del propio monarca. La Champmeslé, principal interprete de Racine, debe abjurar de su arte antes de recibir los últimos sacramentos. Los actores tratan de apaciguar los ataques religiosos con frecuentes dádivas a los conventos. Del mismo medio usan los cómicos españoles para templar las iras eclesiásticas. Aún en el siglo XVIII, Adrienne le Couvreur también es enterrada en la noche, sin ataúd, en un terreno aislado. En contraste con estas sepulturas semiclandestinas, en Inglaterra, en el último cuarto del mismo siglo, los restos de Garrick son acompañados por un cortejo de nobles, hasta ser sepultados ceremoniosamente en la Abadía de Westminster.

Es preciso reconocer, sin embargo, que si el actor ha sido un personaje maldito y marginado, desde la época romana hasta el nacimiento de las sociedades liberales, no faltan razones, aparte de las puramente teológicas, que hacen comprensibles las diatribas que contra él se desataron. Estas razones son principalmente de orden moral y aún policial. En Francia sucede algo similar a lo apuntado sobre este aspecto en el teatro inglés de la Restauración. Las salas son lugares peligrosos; las riñas armadas son frecuentes; más que a presenciar el espectáculo, los nobles, lacayos, soldadeca y mujerzuelas acuden a buscar aventuras galantes. La inmoralidad de actores y actrices es ejemplar. No es pues de extrañar que las autoridades religiosas y la burguesía vieran en los comediantes un símbolo de descomposición moral, que era preciso eliminar. Sin embargo, esa actitud parece

asentada en una base más profunda. ¿No es la propia naturaleza del arte teatral la que impulsa a excluir al actor de ciertas instituciones sociales de esa época? Este ser monstruoso que ejerce una profesión “delirante”, como la calificó Paul Valéry, capaz de infinitas posibilidades de experiencias humanas, que puede liberar toda clase de ficciones demoníacas, es condenado como “falsario”, “mentiroso”, “pervertido” e “hipócrita” por la burguesía de las sociedades monárquicas, incapaz ella misma de traspasar la realidad concreta que la define.

El paso de este tipo de actor al que surge en las sociedades liberales se efectúa en diferentes períodos y circunstancias en los países europeos. En Inglaterra, el tránsito es más dilatado, ya que se inicia con anterioridad a otros países, en virtud de su más temprana industrialización. La Revolución Francesa pone bruscamente fin al privilegio de exclusividad de representar comedias de que gozaban los actores de la Comedia Francesa y los italianos. Los actores de FERIA y de Boulevard se vieron por fin libres de las restricciones, algunas humillantes, a las que los habían sometido sus colegas; por ejemplo, la cortina de gasa que debía separar a los actores del público. Al conocerse la noticia de la toma de la Bastilla, el actor y autor Plancher Valcour se encontraba en escena detrás de la ignominiosa cortina. Desenvaina su espada y rasga el velo, exclamando: “Vive la Liberté!”. La censura es abolida en 1791. Pero en 1793 los actores de la Comedia Francesa, que se empeñaban en representar la obra *L'Ami des Lois*, en la que se atacaba a los fanáticos que ejercen el poder, son encarcelados. Veinte de ellos son puestos en libertad; los seis restantes son sometidos a un proceso que fatalmente los llevará a la guillotina. Esta habría sido su suerte, si un curioso y osado personaje, encargado de los expedientes, no se hubiera aplicado con sigilo y paciencia a convertir todos los documentos del proceso en pelotillas, que luego arrojaba al Sena. El 9 de Thermidor puso fin a las angustias de los actores, los que recuperaron su libertad después de once meses de prisión.

El más notable ejemplo del actor en este período de transición, que va desde la monarquía, pasando por el zigzagueante curso de la Revolución de 1789, el Directorio, el Imperio y la Restauración, es sin duda Talma, comediante del rey, pero atento a las lecciones de los enciclopedistas, se relaciona con los clubes revolucionarios, constituyéndose en militante al servicio del pueblo. A la caída de los girondinos, su prestigio de actor lo salva de la guillotina. Salta luego a la nueva clase, surgida de las guerras revolucionarias, sometiéndose al estatuto funcionario de los “*comédiens ordinaires de l'Empereur*”, para apoyarse, después de La Restauración de la Monarquía, en su prestigio frente al público. Y no parecen ser estas posiciones sucesivas de un espíritu acomodaticio y oportunista, a pesar de haber vilipendiado a Napoleón, durante su confinamiento en la isla de Elba. Talma concibe su arte como una manifestación social destinada a

todo un pueblo y no sólo a un grupo de privilegiados, y cuando Napoleón afirma que el teatro debe educar al pueblo, Talma se convierte en el principal instrumento de esta educación. Al advenimiento de Luis XVIII, Talma surge como uno de los primeros representantes franceses del actor, cuyo status y formas de vida dependen fundamentalmente de la adhesión de un público, es decir, del actor de las sociedades liberales, Mercado del arte; por consiguiente, competencia frente a un consumidor; transformador de signos y símbolos, que se genera en las nuevas estructuras de los grupos junto a una más fina división del trabajo y al creciente dominio de la economía industrial.

Este nuevo paisaje social hace imperiosa la búsqueda de nuevos instrumentos de adaptación, que el actor encuentra en la valorización de su propia biografía frente al público, en su más marcada dependencia de factores económicos, en un endurecimiento del individualismo. Los aspectos personales del actor, su vida privada, son inseparables de su proyección como creador de existencias ficticias. Se le supone una vida que palpita en regiones inaccesibles a los simples mortales, reducidos a la trivialidad de la vida rutinaria, es decir, que se construye una personalidad imaginaria, que no es otra cosa que un reflejo de la encarnación de personajes escénicos. La apropiación por el público de los rasgos de los personajes encarnados por el actor es de variada naturaleza, desde la simple imitación de gestos y actitudes, hasta los niveles más profundos de estructuras psicológicas o actitudes sociales. Sin embargo, a pesar del prestigio del que goza el actor en esa época, la sociedad no lo ha liberado de su acusación de inmoralidad, ya que los comediantes continúan proporcionando pródigamente fundamentos para esa acusación.

Muy diferentes son las relaciones que se establecen entre los propios actores. La fuerte dependencia de un público cuyo aplauso hay que conquistar para llegar a convertirse en actor-estrella, y la inexistencia, para sujetos de la misma profesión, de transferencias de personajes de ficción, son fermentos de envidias y rivalidades, especialmente entre las actrices. Ya Garrick, en 1767, en su *Ojeada tras del telón*, se había referido a las actrices que se disputan los papeles: “No hay ninguna que no se crea lo suficientemente joven para cualquier rol; y ninguna actriz joven que no se crea capaz de interpretar cualquier personaje...”.

En las sociedades modernas surge –junto al actor dominado por intereses de orden económico, y que, en consecuencia, establece sus relaciones con el público sobre la base de la conquista por los medios más directos, primarios y desprovistos de preocupaciones estéticas– el actor cuyo interés primordial es la creación artística y su esfuerzo por hacer participar a nuevos públicos de valores estético-teatrales. Este tipo de actor surge a fines del siglo pasado, y su presencia en los principales centros dramáticos de todos los países en que existe alguna forma de profesionalismo teatral, es

una demostración de que en verdad se ha operado un marcado cambio en el status social del actor. En su aspecto positivo se puede afirmar que, en general, el carácter de “mercadería” del actor ha sido reemplazado, en estos casos, por el de un colaborador en una empresa artística colectiva, en la que la obtención de una ganancia económica no constituye el objetivo esencial. Por otra parte, la biografía desempeña un papel casi nulo como medio de atracción de público; aunque quizás sea este aspecto el que más variaciones presenta en los diversos países. Este tipo de actor no suele gozar de una situación económica brillante; generalmente es modesta e insuficiente. Aparentemente su integración a la sociedad es más fuerte, pero quizás esto no sea más que eso, una apariencia. La multitud de normas, ideologías, formas políticas, que trazan todos los senderos en los que se mueve la vida contemporánea, atrapan en su red aun a estos “*exclus die la hordé*”, mezclándolos en la masa indiferenciada y produciendo, así, una falsa óptica de su relación social.

Lo cierto es que los factores externos de nivelación no logran disimular los desplazamientos de más profundo significado, que son los que finalmente se perciben como una refracción, por decirlo así, de la personalidad social del actor. Esta refracción se produce por efecto de dos medios, el actor y el personaje que representa. El problema de la relación entre el ser vivo, que es el actor, y el ente de ficción, que es el personaje, ha sido largamente debatido en tratados, memorias de actores, ensayos, artículos, y hasta se ha convertido en substancia escénica, como en el caso de *Seis Personajes en busca de Autor*, de Pirandello. La génesis de la creación de un personaje por el actor continúa ofreciendo al examen nuevas facetas del fundamental problema de la identificación del personaje y de su creador. Es preciso observar, en primer lugar, que la creación del actor surge de la síntesis de los elementos proporcionados por el autor con el conjunto de símbolos que definen al personaje en la experiencia potencial dentro de la sociedad. El resultado estético dependerá fundamentalmente del talento del actor y, luego, de su preparación técnica, como también de los hábitos de apropiación de la substancia del personaje escénico. Así, por ejemplo, los actores, cuya labor se ha limitado durante largos años a proporcionar esquemas estereotipados de personajes mediocres o larvados de obras superficiales, suelen quedar reducidos a la impotencia frente a personajes cuya conducta no sólo se expresa en una situación, sino fundamentalmente en un conjunto de signos intencionales, que revelan su estructura existencial y su concepción de la vida. El largo y laborioso proceso de creación que exigen tales personajes es altivamente rechazado por esos comediantes, como en el caso de ese actor de teatro de boulevard, citado por Dullin, el cual, llamado por Copeau para interpretar el papel de Iván, de *Los Hermanos Karamazov*, debió dejar su rol, indignado por las complicaciones del personaje. O es causa de amarga decepción.

“Había perdido mi gran talento con años de fácil repetición, sin aprender nunca un papel nuevo ni trabajar nunca con verdadero ahínco”, exclama el personaje Tyrone, en la obra de O’ Neill, *El largo viaje hacia la noche*. Como es sabido, este personaje representa al propio padre del autor.

Las posiciones fundamentales frente al problema de relación entre actor y personaje son las que sostienen, por una parte, Stanislavski y, por otra, Brecht. Sin embargo, no puede olvidarse la obra de Diderot, *La Paradoja del Comediante*. Su idea básica es que el actor debe ser insensible frente a las emociones de su personaje, es decir, debe conservar una actitud interior fría, mientras imita con ayuda de la técnica y la reflexión de la conducta exterior del sujeto imaginario que representa. Las lágrimas que derrama, los gestos de dolor, la risa provocan emociones concordantes en el espectador, pero no van acompañados de movimientos de su propia capacidad emocional. La tesis de Diderot se opone al sistema de Stanislavski, pero sustenta, en cambio, la técnica de la interpretación de Brecht. La afirmación del filósofo de que “nada sucede en el escenario exactamente como en la naturaleza”, es aún reforzada por Stanislavski, al declarar que “el estado del actor en el escenario es un estado *contra natura*”. Sólo que Stanislavski infiere una conclusión opuesta. Si existe disociación entre el actor y su personaje, no es éste un hecho inevitable; por el contrario, el personaje no será “otro” para el actor, sino que este último tratará de identificarse, gracias justamente a su sensibilidad. Para lograr este resultado, Stanislavski propone los conocidos mecanismos de su sistema. La técnica brechtiana de interpretación, en cambio, se opone fundamentalmente a la identificación del actor y el personaje. Al personaje “sentido”, Brecht opone el personaje “mostrado”; en oposición a la creación de un “campo hipnótico”, que embruje al espectador, preconiza una actitud objetiva y crítica de la acción escénica. En síntesis, su método postula un alejamiento, alienación o distanciamiento (*Verfremdungseffekt*), tanto del espectador y la acción como del actor y el personaje.

Con respecto a este último binomio, la técnica propuesta por Brecht para lograr el efecto de distanciamiento es diametralmente opuesta a la del “rol vivido”, de Stanislavski. “En escena, dice Brecht, el actor nunca debe llegar a transformarse totalmente en su personaje. No es Lear, Hargon ni Schweik; sólo los muestra”. Idea que complementa en su *Pequeño Organon para el Teatro*, cuando concluye que “no siendo su objetivo (el del actor) poner en trance al público, tampoco debe él mismo caer en trance”. Junto a lo que hace realmente en escena, debe claramente hacer percibir la alternativa, esto es las otras posibilidades, demostrando que él interpreta sólo una de las variantes. Este es el procedimiento que los brechtianos llaman “no... sino” (*nich... sondern*). “Lo que (el actor) no hace, debe estar contenido y suspendido en lo que hace”.

No me es posible exponer siquiera en forma resumida las consideraciones metodológicas del trabajo de preparación de un rol por el actor, algunos de cuyos instrumentos, como el “historicismo”, hacían frotarse los ojos al actor inglés Michael Redgrave. También debo dejar fuera de mi atención las interesantes reflexiones del gran dramaturgo y teórico sobre el teatro épico. La teoría del distanciamiento carece de expresión práctica, en los aspectos a que me he referido, es decir, no en los factores puramente físicos, como la música, los letreros indicadores del contenido de las escenas, la exhibición de los elementos teatrales, como reflectores, etc. Los mejores actores del Berliner Ensemble son comparables a los mejores actores de otros conjuntos. Nunca he percibido en las representaciones del Ensemble brechtiano el distanciamiento en la interpretación de los actores.

Por otra parte, el propio Brecht, en febrero de 1953, me declaró, con la humildad de los grandes hombres, que lo que él realizaba era un experimento y, a juzgar por la conversación que sostuvimos, no estaba muy satisfecho con los resultados prácticos. Al pedirle precisiones sobre las diferencias entre el sistema de Stanislavski y el suyo propio, después de observar el humo de su infaltable cigarro, optó por preguntarme: “Usted vio *Madre Coraje* (la había visto el día anterior, con Helene Weigel, mujer de Brecht, en el rol protagónico). Y a usted ¿le pareció que los actores vivían sus personajes?”. Sin vacilar, le contesté que sí. Brecht hizo un gesto con los brazos, como diciendo: “Ya ve usted”.

Esta impresión mía es coincidente con la de numerosos y prominentes hombres de teatro, con quienes he tenido oportunidad de cambiar ideas al respecto. En el verano de 1956, el Teatro Nacional Popular efectuó una encuesta durante el Festival d’Avignon, a un grupo de 250 jóvenes, cuya edad media era de 25 años, sobre su manera de apreciar la actuación de los actores. Doscientos diez afirmaron que el teatro consistía para ellos en establecer lazos directos de participación con las acciones representadas por los actores. Al designar a los actores y actrices que habían creado con más eficacia esa participación, junto a Lawrence Olivier, que obtuvo 20 votos, y Louis Jouvet (50 votos), Helene Weigel, por su interpretación de “Madre Coraje”, obtuvo igualmente 50 votos. Seguramente muchos espectadores coincidirían en elogiar a Helene Weigel, afirmando que no *representaba* a Madre Coraje, sino que *era* Madre Coraje; lo que no se atreverían a declarar después de leer las siguientes líneas del “*Pequeño Organon...*”, refiriéndose a un supuesto actor: “El veredicto: no interpretó a Lear, era Lear, sería un golpe aniquilador para él”.

A mi juicio, existe una imposibilidad esencial para que se produzca el distanciamiento que propone Brecht, ya que el fenómeno teatral consiste y ha consistido siempre en una fundamental participación, principalmente emocional, sin que esto implique la eliminación de los factores inte-

lectuales del espectador en la acción dramática, participación, o a veces identificación, que depende del grado de autenticidad que el desempeño del actor sea capaz de proyectar. Si alguna alienación existe en la labor creadora del actor, ésta no puede ser otra que la exteriorización de ese doble de mudable substancia que el hombre lleva en sí, pero que no puede escaparse del campo de gravitación de la realidad existencial que lo nutre y a la que tiene que regresar continuamente. La duplicidad del actor se transforma en fusión en el acto de creación, el que se produce por una recíproca posesión del actor y su personaje, posesión que a su vez genera el poder por el que la ficción cobra vida y se reviste de realidad. Este poder es el que sume a Hamlet en cavilaciones, con ocasión de la visita de los cómicos ambulantes al castillo de Elsinor:

“¿No es monstruoso que ese comediante por una ficción, por la sombra de una pasión,  
pueda doblegar su alma a su idea,  
con pálido semblante,  
con lágrimas en sus ojos, locura en sus gestos,  
con quebrada voz, y que todo en él se conforme  
a la fuerza de su idea? ¡Y todo esto por nada!  
¡Por Hécuba!

¿Qué es Hécuba para él o él para Hécuba?  
Y, sin embargo, la llora”.

¿Y no es más monstruoso, nos preguntamos nosotros, que el público lllore con él? Pues si el actor crea voluntariamente conductas imaginarias que reviste con su arte de una verdad aparente e intencional, el espectador, en cambio, presencia una acción que sabe ficticia, pero que, sin embargo, lo angustia, le contiene la respiración, si aquélla es trágica; o lo regocija, si brinca en la ingrátida comedia, o lo hace estallar en carcajadas, si expresa los desbordes de la farsa. El público acepta las reglas del juego; pero una vez sumergido en su corriente, el timón es gobernado desde el escenario. Acto de posesión, de violación del público. El espectador participa en la acción dramática, reafirmando su carácter simbólico y, en consecuencia, sin posibilidad de modificarla. La ambición de Macbeth seguirá siendo incitada por los presagios de las “fatídicas hermanas” y conducida al crimen por Lady Macbeth. Duncan, Banquo y el propio Macbeth morirán incesantemente, sin que ninguna posibilidad tengan los espectadores de suspender o desviar la acción. El conflicto es permanente, el obstáculo insalvable. El tiempo transcurrido vuelve a su punto inicial; el éxito logrado debe ser nuevamente conquistado; los muertos resucitan para volver a morir.

Sin embargo, a pesar de la inmutabilidad de los hechos dramáticos, los signos y símbolos se revisten de distintas valoraciones, según los diversos

públicos. A las variaciones de las transferencias sociales de los personajes dramáticos según las diferentes épocas, a que hice referencia anteriormente, hay que sumar muchos otros factores que influyen en la receptividad del público. La compleja trama de variables que en cierto modo configura la estructura del público de teatro, determina el éxito o el fracaso de una obra. Pero como se trata de una estructura dinámica, de imprevisible funcionalismo, la predicción del éxito es siempre un acto de audacia. Aun aquellos que tienen la responsabilidad de la selección de obras para algún conjunto teatral o los productores, que han afinado su olfato para descubrir la obra de éxito, suelen equivocarse con bastante frecuencia. La historia del teatro presenta numerosos ejemplos de estos errores. *Escenas de la calle*, de Elmer Rice, obtuvo el Premio Pulitzer y se mantuvo casi un año en escena (lo que en 1929 no era habitual), con enorme éxito. Sin embargo, esta obra había sido previamente rechazada por veinte productores que gozaban de gran reputación profesional. En 1930, Louis Jouvet y Charles Dullin, efervescentes de entusiasmo por el próximo estreno de la obra *Pat-chouli*, de Armand Salacrou, llegan al último ensayo general, convencidos de su seguro triunfo. Jouvet y el actor Pierre Renoir aplauden, según cuenta Salacrou; la actriz Valentine Tessier derrama incontenibles lágrimas. Estreno: fracaso total. Batahola y risas. “El público había intervenido, comenta Salacrou, y su presencia había modificado la obra”. Otra experiencia del mismo autor, pero con resultados contrarios: en 1939 escribe *La Tierra es redonda*, cuya acción se desarrolla en la Florencia de Savonarola. Salacrou declara que no pensó en una crítica a los Estados totalitarios; pero los angustiosos momentos de incertidumbre y amenaza que vivía el mundo en ese momento, arrastraron al público a un malentendido, descubriendo en todas las frases de la obra alusiones al momento actual “El verdadero drama de mi obra, escribe Salacrou, desapareció en el drama del público”.

La verdad es que no existe un público, sino muchos públicos. La misma obra, presentada en el mismo teatro, por los mismos actores, tendrá efectos diferentes según el público que la presencie. Los actores conocen muy bien la diferencia de comunicación entre el escenario y la sala en las diversas representaciones de la misma obra. Público sensitivo que percibe los matices finos, público que tiende a convertir en fuente de regocijo las más patéticas escenas; público que vierte los contenidos dramáticos en los alambicados moldes de su propia subjetividad. El chiste que hizo estremecer la sala con estruendosas carcajadas, no recibe en otra función sino el eco de un desasosegado silencio. El público con el que aparentemente no se logró establecer la comunicación durante el desarrollo escénico, irrumpe en larga y entusiasta ovación, en contraste con aquel que parecía receptivo y que sólo palmorea flojamente en un acto de cortesía.

El éxito de una obra teatral, en tiempo y espacio determinados, es siempre un éxito de público, en consecuencia, de cantidad. Tarea del exégeta,

del filólogo o del crítico, el esclarecimiento de los aspectos estéticos o morales, de la construcción técnica, de la profundidad del pensamiento, de las implicaciones psicológicas o sociales, se expresa en juicios de valor, de los que sólo podemos decir que son favorables o desfavorables, acertados o erróneos, pero que no configuran el éxito, aun cuando, principalmente en los casos negativos, puedan influir en el fracaso de la obra. En cambio, la cantidad de público constituye un evidente hecho objetivo. Por supuesto que no es legítimo inferir la jerarquía artística de una obra de su efecto frente al público. Una comedia policial o un tremebundo melodrama, ese género “hecho por el pueblo y para el pueblo”, según lo expresa Jules Janin, estéticamente nulos y que nada revelan de la naturaleza del hombre, pueden atraer a enorme cantidad de espectadores, constituyendo, así, un éxito. Sociológicamente, el hecho es de gran importancia y más aún si consideramos que la relación puede alterarse con el transcurso del tiempo. Las que Maurice Descotes llama “las falsas obras maestras”, son una prueba de la evolución del público y un testimonio del gusto de una época. Entre ellas, es notable el caso de la obra *Timócrates*, de Tomás Corneille, hermano del autor de *El Cid*. *Timócrates* representa el triunfo teatral más deslumbrante del siglo XVII en Francia. Cuando se piensa en las obras de Molière, en *El Cid*, de Pierre Corneille, en la *Andrómaca*, de Racine, el éxito de *Timócrates* resulta inexplicable si no se efectúa un estudio comparativo de la temática de la obra y de su forma con el carácter del público de esa época. *Las Preciosas Ridículas*, según consigna el actor La Grange en su Diario, se representó cuarenta veces seguidas, muy alto número para la época. En cambio, la obra de Tomás Corneille se presentó más de ochenta veces sólo en el teatro de Marais, donde fue estrenada. Los comediantes, fatigados de tanta repetición, deciden poner fin a sus representaciones. Un día, un actor, según una cita de las *Paradoxes littéraires*, del abate Desfontaines, se adelanta al borde de la escena y se dirige a los espectadores: “Señores, les dice, ustedes no se cansan de oír a Timócrates; pero nosotros, nosotros estamos cansados de representarlo. Corremos el riesgo de olvidarnos de las otras obras. Acepten que no lo representemos más”. El Hotel de Bourgogne se apoderó de la obra y siguió explotándola frente a un público que la sabía de memoria. Pero en 1680 Timócrates ocupa el trono de Argos por última vez. La obra no se ha representado nunca más.

Larga sería la lista de ejemplos semejantes. Y no se trata de obras o autores aislados. Más reveladoras del carácter del público del segundo cuarto del siglo XIX en Francia son las obras de Scribe, que el bullicioso movimiento romántico de Víctor Hugo y Alfred de Vigny. La batalla de Hernani ciertamente exalta los ímpetus de un grupo de literatos, críticos, estetas y aficionados; pero la gran masa popular y burguesa y aun los residentes del Faubourg Saint-Germain permanecen ajenos a esa revolución. El teatro del Gymnase donde se representan las obras de Scribe se llena

de un público, el cual, según lo declaraba el propio Scribe: “Hace imaginarse que ha colaborado en la composición de la obra” y, naturalmente, aplaude.

Frente a esta mudable criatura que es el público de teatro, cuya conducta y composición están determinadas por tan gran variedad de factores, es necesario precisar algunas constantes, lo que es posible por comparación con las características de la masa. El público de teatro comparte algunos de los rasgos de la masa, pero posee otros propios. No hay duda de que el público, cuando ha sido subyugado por la expresión dramática, se convierte en una unidad. Las personalidades individuales se sumergen en el espíritu del grupo. Así, las reacciones del individuo están más de acuerdo con la atmósfera que lo rodea que con su propia naturaleza. El público de teatro, al igual que la masa, no es una suma de individualidades que reaccionan según la potencia de un término medio, sino, como en química, un compuesto nuevo, pero un compuesto en que los caracteres reflexivos descienden a niveles nebulosos, exaltándose, en cambio, los movimientos emocionales. Esto explica en el espectador las reacciones de entusiasmo o de hostilidad, que serían incomprensibles en un individuo. El actor que representaba el rol del traidor en algún melodrama del Boulevard du Crime, debió en muchas ocasiones ser protegido por la policía de los espectadores que, al terminar la función, iban a esperarlo a la salida de los artistas para increparlo o insultarlo. La credulidad de la masa se convierte en el público de teatro, como anoté anteriormente, en una necesidad absoluta. El público se reúne en una sala para ser engañado. No es ésta una determinación que favorezca el profundo pensamiento. El que busca el pensamiento puro, debe, como lo aconseja Priestley, sentarse en “un rincón tranquilo en su casa y leer algunos libros”. El escenario ofrece fundamentalmente imágenes que el espectador acepta como reales, conservando una cierta conciencia de él mismo, del resto de los espectadores y de la situación particular en que se encuentra. La atribución de absoluta realidad a la ficción parece que –fuera de ciertos casos muy excepcionales, como el antes indicado, y el del espectador, muy posesionado, que advierte al héroe sobre algún peligro del cual éste no se ha dado cuenta– no pasa de ser una manifestación de sentimentalismo. La historia del teatro está plagada de vagas anécdotas de este tipo. La paradoja del espectador consiste en que trata de escapar de su realidad cotidiana, hundiéndose en un mundo de ficción, justamente para forjar con esas imágenes escénicas una nueva realidad que puede recrearse continuamente, semejante a la actitud del niño, que escucha infatigablemente el mismo cuento.

En cambio, el individuo sumergido en la masa no enfrenta una ficción, por lo menos no una ficción que retorna, como es la teatral. Esta situación coloca a la masa y al público de teatro en dos planos de acción diferentes: la masa desea una acción en la que pueda participar activamente o que

pueda alentar; el público de teatro no reclama ni promueve tal acción. El estreno de *Esperando al Zurdo*, de Clifford Odets, en 1935, obra que, como es sabido, se refiere a una reunión de taxistas de Nueva York, en la que se ha de decidir si declaran o no la huelga, presenta un vivo ejemplo de esta situación. El director, Harold Clurman, describe la atmósfera del teatro en esa ocasión: “Cada frase desataba aplausos, silbidos, bravos y sinceros gritos de simpatía. Al final de la obra, cuando se lanza la pregunta: Bien, ¿qué resuelven? El público respondió con un rugido: ¡huelga, huelga! Los espectadores se convirtieron por un momento en miembros de un sindicato, que clamaban por una acción imaginaria”. La contrapartida la encontramos en las teatralizaciones sociales (una ceremonia cívica o religiosa, un desfile militar, una concentración política, en la que abundan las frases y efectos teatrales, etc.), en las que la existencia colectiva se reafirma justamente por medios teatrales. Cuenta Gurvitch, según cita Duvignaud, que “un día, durante la Revolución Soviética, Trotsky decía un discurso y en la exaltación de su genio oratorio, exclamó: ‘Si el sol brilla para la burguesía, pues bien, extinguiremos el sol’. Palabra de teatro, que es también palabra de acción”.

La historia del público teatral nos proporciona, pues, los datos de un problema estético-social, cuya solución ideal se daría en una concomitancia del éxito con altos valores de estética teatral. Pero un éxito, ¿frente a qué público? Todos están de acuerdo en que es necesario atraer al teatro a un público cada vez más vasto, incluyendo en esta acción, de un modo especial, a los sectores de más bajos recursos económicos, sin que esto signifique una desvalorización estética. El concepto de teatro popular ha sido y sigue siendo objeto de discusiones, en las cuales, desgraciadamente, se suelen introducir espurios motivos ideológicos, desequilibrando la necesaria actitud científica. Por esto y por razones de estructuras económicas, y a veces políticas, o por tradiciones o por los estados culturales, los métodos para lograr la ampliación del público son diferentes de un país a otro. En algunos países existen Asociaciones de Teatro Popular, integradas por espectadores que adquieren el derecho a asistir a las representaciones teatrales, pagando una baja contribución anual. Ya en 1890 se fundó en Berlín una organización de este tipo. Otros teatros operan directamente sobre los grupos de espectadores de ingresos económicos modestos y de estudiantes, ofreciéndoles considerables rebajas en los precios de las localidades, además de dedicar un día de la semana a funciones populares. Es el caso del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, y de otros teatros de Santiago. El Instituto del Teatro, además, mantiene relaciones con asociaciones y sindicatos, a los que ofrece funciones especiales a precios reducidos. En casi todos los países en que existe este movimiento de promoción hacia el arte teatral, el Estado o las municipalidades o, a veces, or-

ganismos privados, subvencionan en diversas proporciones a estos teatros o asociaciones. En los países socialistas, el Estado favorece muy eficazmente la difusión del teatro, tanto en los grandes centros urbanos como en las pequeñas aldeas. Esta última forma de difusión, por medio de grupos itinerantes, ha recibido gran impulso en los últimos años. Sin embargo, a pesar de la intensificación y multiplicación de los medios para atraer al público al teatro, los organismos responsables reconocen que aún queda un largo camino que recorrer y muchos obstáculos que vencer. Estimo que los esfuerzos por convertir en espectadores teatrales a las clases populares en los países en desarrollo tendrán muy limitados efectos, mientras estas clases no se integren a un cierto estrato cultural. No puede existir un teatro popular, si no existe una cultura popular. Las estructuras de nuestra sociedad contemporánea hacen imperiosa la difusión cultural masiva. El arte del teatro es un reconocido instrumento de culturización y no puede ser ya considerado como pura empresa comercial. Es necesario que los gobernantes procuren los medios para fortalecer seriamente esta actividad artística y ampliar su campo de acción. En nuestros países de América Latina, los apoyos estatales, salvo escasísimas excepciones, son de tal mezquindad que no puede establecerse con ellos ninguna acción organizada de verdadero valor artístico.

Pero si el teatro debe difundirse en todo el pueblo, no creo que sea únicamente por constituir un instrumento cultural, sino más bien por la peculiar naturaleza de su acción, de la que sólo me ha sido posible mencionar algunas características. Tal vez la más importante, desde el punto de vista social, sea la de ofrecer a la mirada del hombre una verdad que el hombre oculta y que, aunque forjada con elementos inventados, se impone al espectador como una imagen sublimada de su propia existencia. El mundo imaginario de la escena revive los velados anhelos o las ocultas culpas que el hombre esconde en su espíritu, proyectándolos hacia un futuro, en el que se entrelazan sombras y sueños, ficción y verdad. Hamlet proyecta representar el asesinato de su padre, para descubrir al culpable:

“Algo he oído yo de malhechores que de alguna comedia espectadores, sobre-cogidos por un corte o quiebro, de lo que ven delatan sus acciones”.

Y luego exclama: “El teatro, ése es el lazo en que atraparé la conciencia del rey”. Sí, eso es, quizás, el teatro: una trampa para la conciencia del hombre.



# AGUSTÍN SIRÉ SINOBAS

MARCO AURELIO BONTÁ COSTA<sup>1</sup>

*Discurso pronunciado el 26 de diciembre de 1967, en la recepción de don Agustín Siré Sinobas en la Academia Chilena de Bellas Artes*

Señoras y señores:

La Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile, fundada por ley el 30 de septiembre de 1964, al iniciar sus actividades con los cinco primeros Miembros de Número elegidos por Su Excelencia el Presidente de la República, el Honorable Consejo de la Universidad de Chile y el Honorable Consejo de Rectores de las Universidades del país, acordó consignar la siguiente declaración de principios: “se entiende por Bellas Artes, la Pintura, la Escultura, la Música, la Arquitectura y el Teatro”.

Basados en esta amplia comprensión de las diferentes disciplinas del arte, hoy nos corresponde incorporar al elenco académico a un artista de teatro, actor eminente y valioso promotor del teatro contemporáneo nacional, Agustín Siré Sinobas.

Actualmente, nuestra Academia se encuentra en plena estructuración, es decir, en los pasos preliminares para dar forma al conjunto de personalidades que deben completar el friso permanente de dieciocho miembros, indispensable para su trabajo académico normal y, en consecuencia, no contando todavía con especialistas calificados en materias teatrales, recayó en el que habla, como mera fórmula de repartirnos el trabajo, la responsabilidad, por cierto osada, de recibir al octavo miembro; nuestro primer académico de las artes teatrales.

En efecto, intervenir en el presente acto significa una aventura para un artista plástico que posee conciencia del sentido de las proporciones y, más aún, cuando este concepto de medida ha constituido su conducta permanente para valorar las actividades humanas. No resulta simple des-

<sup>1</sup> MARCO AURELIO BONTÁ COSTA (1898-1974). Pintor. Creó y fue profesor jefe del primer taller de grabado de la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile y, en 1932, miembro de la Comisión Reorganizadora de la Escuela de Bellas Artes, en representación de los artistas. Viajó a Caracas en 1938 para organizar la enseñanza de las Artes Aplicadas en ese país. A su regreso en Chile, en 1945, fue Presidente de la Asociación Chilena de Pintores y Escultores y Director del Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Universidad de Chile. Dos años después inauguró el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, del cual fue su Director hasta 1962. Miembro de número de la Academia Chilena de Bellas Artes desde 1964.

entenderse de la idea que no soy técnico ni poseo los antecedentes para desempeñar con propiedad el papel que me había confiado nuestra recién nacida Academia de Bellas Artes y, con mayor razón, me asalta el pudor si pienso en el espíritu de la época; tiempo de expertos y monopolios culturales.

Al aceptar semejante delicada misión, serias reflexiones de ética profesional han sobrecogido al suscrito, porque con su intervención se establece un precedente nuevo que explicaría el refrán: “pastelero a tus pasteles”. Y he aquí el dilema o prueba a que se siente abocado: este pintor, por motivos imponderables, no puede quedar paralogizado como lo haría un borrego frente a la Mona Lisa, debe usar la tribuna aunque el tema sea ajeno a sus especialidades. De ahí, pues, que de antemano espera indulgencia y ruega no se pierda de vista esta casual paradoja; asimismo, no olvidar cuánto cambia todo en el presente, a pesar nuestro.

Dos motivos perfectamente claros me indujeron a admitir el compromiso: el uno por las razones explicadas y el otro, puramente sentimental, admiración por el elegido y una gran afición al teatro.

Después de las artes plásticas, es en el teatro, en su mundo de ficción, su vida imaginaria, la riqueza de sus formas y de su lenguaje donde hemos encontrado otro deleite espiritual que, durante más de medio siglo, disfrutamos desde nuestra simple condición de espectador. Desde las mocedades conocimos los goces de la farsa y los espectáculos del tinglado, en los viejos barracones de barrio diseminados por la periferia de la capital, a cuyos desvencijados escenarios de papel llegaban pobres compañías con obras como *Don Lucas Gómez* y su intérprete el conocido Gordo Lillo; algún drama de Acevedo Hernández o de otros autores nacionales de esos tiempos. También compañías de zarzuelas y de marionetas Dell’Acqua, para recordar la más conocida, conjuntos que ponían nota de color y de luz en la penumbra del arrabal. Más adelante, en teatros del centro, desde las astilladas galerías o cazuelas del desaparecido Nacional, el antiguo Santiago y Politeama; posteriormente en los teatros Municipal, Unión Central y La Comedia; por último concurrente asiduo del Antonio Varas, Camilo Henríquez, Cariola, Petit Rex, etc. En efecto, es en la magia del teatro donde hemos satisfecho una parte importante de nuestro esparcimiento cultural y enriquecido de emotividad buena porción de la existencia contemplativa haciéndonos llevadera, con cierta salud interior, esta difícil y dura empresa de vivir.

Están frescas en la memoria aquellas tardes de la segunda década del presente siglo, cuando salíamos acongojados, con el corazón oprimido de las representaciones de *El místico*, de Santiago Ruiseñor, por el melodramático actor Carlos de la Sotta; por las inflexiones casi afónicas que, en los largos parlamentos, llegaba poco menos que a la asfixia el regordete gran

Enrique Borrás en *Tierra baja*, de Guimerá; los momentos de emoción que nos proporcionaba el magnífico actor De Rosas con su conjunto, en *Volpone*, de Ben Jonson, y *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, obras que mantenían al público durante dos horas en tensión y deleite; asimismo con los gratos momentos del buen decir de las compañías españolas, en el teatro de Linares Rivas, Jacinto Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Miguel de Unamuno, en *Todo un hombre*, por ejemplo, y otras obras del teatro clásico español: *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, y *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, en que los actores tosían al golpearse exageradamente el pecho y desenvainar espadas en algún ¡vive Dios,!... La fina Margarita Xirgu con su elenco, en el bello teatro de García Lorca; Ema Gramática, en la *Cita morta*, de D'Annunzio; María Guerrero, madre e hija, de largas temporadas e inolvidables en *La mujer de armiño*, de Fernández Ardavin; la compañía de Amadeo Vives con su obra *Doña Francisquita*, y la fina creación de Marquina, *El Pavo real*, estrenadas en el Teatro Victoria; la familia Serrador con su conjunto de comedias; Pepe Vila y Joaquín Montero y tantas compañías españolas del "género chico", para citar algo de lo que permanece en el recuerdo de nuestro teatro de antaño.

Cómo no mencionar también en estas breves remembranzas personales de mis relaciones con el teatro, que hago, por supuesto, sin pretensiones historiográficas, sino como incauto preámbulo para dignificar de algún modo mis palabras en esta hora que la Academia de Bellas Artes comienza a comprometerse en tan específicas preocupaciones, a ese gratísimo binomio de Báguena-Bührle y el galán joven de entonces, Pedro Sienna, en *Pueblecito*, obra que dejara en el ambiente un serio sentimiento de fe en la belleza de las costumbres de la tierra, a cuyo autor, Armando Mock, tuve el agrado de acompañar a un almuerzo en su honor cuando obtuvo el Premio Municipal, en mayo de 1936. Recordemos del mismo modo a Carlos Cariola y su juguete cómico *Entre gallos y media noche*, sátira y humorismo criollo de calidad y buen gusto; y a ese otro dúo de Frontaura y Alejandro Flores, quienes cubren más de un tercio de siglo la cartelera teatral del país, a los que me unió una grata amistad. Imposible no citar también, en estos recuerdos del teatro chileno de otros tiempos que, seguramente, con su ejemplo alentó a los valores de hoy, a Pedro J. Malbrán y Pepe Martínez, amigos míos de toda la vida, actores de las Veladas Bufas estudiantiles del año 20, de los tiempos del *Cielito lindo*, año de cambios y prolífico en conquistas espirituales.

Muchos gratos momentos me ha proporcionado el teatro a través de los escenarios americanos y europeos; motivo por el cual entonces, hoy, a pesar de la poca autoridad que otorga el rol de aficionado, queramos expresar con las limitaciones propias del diletante, una opinión basada sólo en el amor a estos aspectos artísticos, sobre la labor que realiza en la actua-

lidad el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, bajo la Dirección de Agustín Siré. Desde luego, creo modestamente que este organismo ha elevado a categoría universal nuestras actividades teatrales, tanto por la variedad internacional del repertorio como por la preparación profesional de sus intérpretes. Así, por ejemplo, y no exagero si digo que fue impresionante el impacto recibido con la puesta en escena de *Seis personajes en busca de autor*, de Pirandello, por el ITUCH; versión que renovó con justeza la imagen que conservaba de esta obra que conocí en su primer estreno en París, el año 1927, por la compañía del célebre actor ruso Pitoef. Igual efecto de prolijidad interpretativa con las obras de Ionesco del teatro de la Huchette; *El diario de Ana Frank*, del famoso teatro Montparnasse, con actores como Michel Etcheverry en el papel del señor Frank, y Pascale Audret en el de Ana; *Desde el puente*, de Arthur Miller, estrenada por el conocido actor Raf Vallone, en francés con verdadero acento italiano, en el Teatro Antaine; todas obras de la programación parisiense del año 1958 y, posteriormente, presentadas en nuestros escenarios por actores egresados de la Escuela del Teatro de la Universidad de Chile; una de las creaciones fundamentales de Siré.

Muchos son los espectáculos de los diferentes conjuntos nacionales que nos han proporcionado esta forma de parangón, cotejo que ha robustecido nuestra confianza y el interés por la labor teatral chilena y, ¿por qué no decirlo?: nos ha dado la seguridad que, aquí entre nosotros, a orillas del Mapocho, también existen los elementos necesarios para refocilar el espíritu con un teatro interpretativo de jerarquía. No de otro modo podría explicarse el caso que un Agregado Cultural de Francia, Alfonso Creach, al encontrarnos a la salida de una función, me dijera que era la tercera vez que asistía a la misma representación (se daba en esa oportunidad una obra de Molière en el teatro universitario). Abundantes serían los detalles que podríamos agregar para reforzar nuestro pensamiento sobre la madurez de nuestra vida teatral que, incuestionablemente, ha elevado el nivel medio educativo y cultural del país.

Gran parte de este desarrollo alcanzado y que hemos pretendido señalar en nuestro somero esbozo, se debe, sin dudas, a la acción y presencia de artistas de hechura como Siré. En él se da el entusiasmo, la organización y el estudio, cualidades expresadas en el sentido de responsabilidad artística adoptada en los roles en que ha debido intervenir. En la escena sabe olvidarse de los aspectos inherentes a su persona para dar fisonomía humana y psicológica a sus caracterizaciones, ofreciéndonos, en cada caso, un personaje nuevo, vívido y real. Temperamento y sensibilidad se juntaron en él para convertirlo en un actor de verdad, múltiple y rico en recursos del oficio que, con sus sobrias actuaciones, enaltece las tablas a un teatro de jerarquía y prestigio.

Si bien es cierto que el teatro fue desplazado por el cine durante un largo período y, en el medio nacional, exageradamente, con el advenimiento del Teatro Experimental universitario, fundado hace poco más de 25 años por otro personero selecto, Pedro de la Barra, las condiciones y la vida teatral cambiaron notoriamente en su desenvolvimiento y porvenir. Ya es dable mostrar una trayectoria positiva; basta examinar el aumento del entusiasmo del público y el de la juventud estudiosa por la carrera del arte escénico. En la actualidad son numerosos los conjuntos que, con emocionada voluntad, hacen teatro a lo largo del país.

Tan generalizada evolución es, no dudamos, obra del ejemplo, pero del ejemplo de aquellos que, en horas difíciles y de desaliento, supieron poner fe y amor –como nuestro nuevo académico, en su doble actitud, promotor y actor– para dignificar el trabajo de creación de las artes teatrales.

Desde hace varios veranos nos encontramos con Agustín Siré en las bellas playas de Tongoy, ese placentero rincón de Chile por su clima asoleado, de aguas templadas, de sabrosos mariscos y maravilloso silencio. Nuestros diálogos frente al mar rumoroso siempre fueron breves, porque es ahí, en las dunas y en la soledad, a lo sumo junto a su esposa, donde el actor estudia y prepara sus programas para la temporada venidera. En las vacaciones no descansa, es cuando más trabaja y de estos soliloquios nacen las encarnaciones de esos personajes conmovedores que le hemos conocido: El Inspector, en *La visita del Inspector*, de John B. Priestley; Jorge, en *Quién le tiene miedo al lobo*, de Edward Albee, y de Vladimir, en *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett. Estos son los roles últimos, pero antes ya nos había impresionado en Pathelin, de la farsa medieval francesa; en el Director de escena, en *Nuestro pueblo*, de Thornton Wilder; en el papel de Botton, en *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare; en *Tartufo*, de Molière; el rol de Podkolésin, en *El matrimonio*, de Gogol; en el de Bufón, en *Noche de Reyes*, de Shakespeare y de León Felipe; de Juez Cust, en *Corrupción en el Palacio de Justicia*, de Ugo Betti; de Cocinero, en *Madre Coraje*, de Bertolt Brecht; de Pedro Crespo, en *El Alcalde Zalamea*, de Calderón de la Barca; en el personaje de Nonancourt, de la obra *El sombrero de paja de Italia*, de Eugene Lathiche; de James Tyrone, en *Largo viaje hacia la noche*, de Eugene O' Neill; de Crispín, en los *Intereses Creados*, de Jacinto Benavente; Macbeth, en *Macbeth*, de Shakespeare; un lucido Berenger, en *El Rinoceronte*, de Eugenio Ionesco, y en el papel del Doctor Tomás Stockman, de la pieza *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen.

Aparte del nutrido repertorio citado, en el cual Siré actuó en los papeles importantes, amplían su labor teatral otras obras, cuya “mise en scène”, estuvo bajo su dirección artística; presentaciones que han dejado en el ambiente un recuerdo duradero de expresión de arte y de cultura. Señalaremos las principales para ser breve en nuestra recordación: *La vida del*

*hombre*, de Leonidas Andreiev; *El bosque petrificado*, de Roberto Sherwood; *La muerte de un vendedor*, de Arthur Miller; *Mamá Rosa*, del chileno Fernando Debesa; *El living room*, de Graham Greene; *Hedda Gabler*, de Ibsen; *El diario de Ana Frank*, ¿*Quién le tiene miedo al lobo?* y *Esperando a Godot*.

Además, es justo agregar, para completar el presente bosquejo de su laboriosidad, las distintas traducciones de obras que, gracias a su empeño, nos fue posible conocer entre nosotros, tales como: *El bosque petrificado*, *El arroyo cristalino*, traducción del inglés de una obra clásica china; *Dulcinea*, de Gastón Baty, traducción al lenguaje clásico español; *El largo viaje hacia la noche*, *Un caso interesante*, de Dino Buzzati (en colaboración); *La historia de un soldado*, de Remuz, para la versión musical de Igor Stravinski; *El living room* y *El anfitrión*, de Plauto, etc.

Tan meritoria jornada de estudio y realizaciones artísticas, que hemos anotado de modo sucinto, no habría podido ser realizada, sin dudas, a no mediar el impulso del talento vocacional; porque en arte, como en ninguna otra actividad humana, no es posible éxito, fama ni menos alcanzar el genio sin esta dote previa. Y como muy bien decía el notable grabador belga Víctor Delhez, al referirse a la ecuación del genio: “veinte por ciento de talento y ochenta por ciento de trabajo”.

Así ha entendido Agustín Siré su afición al arte escénico: trabajo y más trabajo. Y no podía ser de otra manera, pues hubo de recorrer primero muchos senderos, varias disciplinas y estudios especiales. Estudió Filología Clásica e Historia del Arte en Italia, en 1929; después, en la Universidad de Chile, hizo estudios de Francés, Italiano, Filosofía, Filología Clásica y sus ramos complementarios. Es Licenciado en Filosofía y Letras y Profesor de Estado de Francés.

Múltiples y variadas son las actividades que debió realizar paralelamente a los estudios teatrales antes de dedicar definitivamente su tiempo al arte. En el primer período de funcionamiento del Teatro Experimental desempeñó el cargo de profesor de francés y filosofía en el Colegio Alemán de Santiago, en el Internado Barros Arana y en la Escuela de Ingenieros Industriales. En este último centro docente continúa con sus clases de filosofía; según sus propias palabras: “por sentimentalismo”.

Siré sintió las voces del teatro desde muy joven. Un acto de conciencia se le impuso a toda otra inclinación de finalidades más prácticas o tentadoras; así fue que un día cualquiera, sin preocuparse del porvenir, entró al teatro como simple aficionado, actividad que practicó durante un período de tres años y que abandonara decepcionado por la improvisación, desorganización y superficialidad en que se desarrollaba el arte escénico en esa época. Es en 1932 y 1933 cuando hace sus primeras experiencias como actor profesional y, en 1941, al crearse el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, se incorpora definitivamente. Por fin sus anhelos

encuentran el cauce que debía permitirle activar su temperamento en el campo de la dramaturgia hasta nuestros días. De inmediato ocupa el cargo de Director Artístico y en 1945 es nombrado Subdirector.

Al igual que muchos de los hijos de españoles nacidos en el puerto de Valparaíso, heredó las ansias de océanos de los navegantes iberos que, unidas a otros afanes de conocimientos, luego lo impulsan a viajar. Va a Europa y permanece desde 1946 a 1948. Un año pasa en Londres, colaborando en los programas de radioteatro de la BBC para la América Latina y estudia en diversos países europeos la organización de las Escuelas de Arte Dramático. En seguida, favorecido por la Fundación Rockefeller, parte a Estados Unidos a continuar sus estudios. De regreso al país funda la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile y ocupa su Dirección. En la actualidad dicta en ella los cursos de Técnica Literaria del Drama y dirige un Seminario de Actuación Escénica.

Su carrera teatral no se detiene en lo que ya hemos señalado, hay más y tan importante como lo anterior; porque Siré es un activador incansable de nuestra vida cultural. Hace nuevos viajes, esta vez invitado por la UNESCO para tomar parte en la reunión de expertos de teatro, realizada en París, donde se echan las bases del Instituto Internacional del Teatro. A su retorno, organiza el Centro Chileno, filial del ITI, y recae en él la presidencia. En 1958 se crea el Instituto del Teatro (ex-Experimental) desempeñando la Dirección hasta el presente. Apoyado por la UNESCO y el Instituto del Teatro Internacional, organiza en Santiago una reunión de gente de teatro de América Latina, en la que se funda el Instituto Latinoamericano del Teatro; es nombrado Secretario General. Posteriormente, ha viajado en varias ocasiones como delegado a conferencias de este organismo, asimismo, a los Congresos del Instituto Internacional del Teatro y a otras reuniones similares.

Ha obtenido los premios de la “Asociación de Críticos Teatrales de Chile” y varias veces el Premio “Caupolicán”.

Hasta aquí el esquema y el itinerario profesional de Agustín Siré. La Academia ha creído indispensable darlo a conocer en esta sesión solemne y son los antecedentes o elementos de juicio que nos mueven a incorporarlo como Miembro de Número.

Pero antes, conozcamos también algo más de su semblante espiritual, un poco de aquel vigor que le hizo posible encontrar su verdadero camino; esos aspectos humanos indispensables para comprender mejor las alternativas que debe afrontar todo artista de verdad en este mundo contemporáneo, maquinista, mercantil y multitudinario.

Para Siré, la infancia no fue placentera y en su juventud no encontró por el camino pétalos de rosas, eso sí, privaciones. Desde muy temprana edad tuvo que procurarse medios económicos para sus estudios, haciendo

diversos trabajos, extraños a sus inquietudes intelectuales. Hizo de todo, sin importar le la índole del quehacer, sólo la paga. Entre la variada gama de ocupaciones que desempeñó mientras estudiaba en el Instituto Pedagógico, la más confortable fue la de cajero de una pastelería, cuyo horario de ocho horas diarias que, por suerte se extendía al turno de la noche, de escaso movimiento en el negocio, le permitía estudiar y leer. Donde era cosa corriente que, entre cambios y vueltos de monedas, la curiosidad de algunos parroquianos quedara satisfecha echando ojeadas a sus libros, al mismo tiempo sorprendidos que un cajero pastelero leyera a Virgilio, Descartes o Bertrand Russel en sus idiomas originales.

Esta atmósfera de chocolate, cremas y confites, especie de bálsamo de mazapán en que debió permanecer un largo período, ¿ejercería cierta influencia en el carácter de Siré?; posiblemente se lo endulzó. La afabilidad y su permanente aspecto de hombre cordial que pone buena cara a todo, aunque en el fondo de su ánimo griten voces de protesta, quién sabe si, en parte, sea el producto de tan singulares circunstancias.

No dudamos que la presencia del distinguido actor Agustín Siré en nuestra Academia, conjunto heterogéneo de artistas de distintas disciplinas y concepciones creadoras, proporcionará, además de sus conocimientos profesionales y su calidad humana, buena dosis de esta serenidad suya para el desarrollo armónico de nuestro programa de trabajo, y con mayor razón en la hora actual: deshumanizada, sombría para el espíritu libre y que en arte no admite discrepancias con los formulismos en boga; por eso lo recibimos complacidos Miembro de Número.

En nombre de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile le doy la bienvenida y lo saludo cordialmente.

# EL HOMBRE ACTUAL ANTE EL ARTE

WALDO VILA SILVA<sup>1</sup>

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes  
pronunciado el 29 de diciembre de 1967*

Desde los últimos 60 años, en la pintura se produce un fenómeno de distanciamiento, cada vez mayor, entre la obra de arte y el espectador. Podríamos plantear el tema del arte de nuestro tiempo, cuestionario apasionante de palpitante interés, y de un interrogante complejo. ¿Qué sucede con el hombre actual ante el arte de su tiempo? Creo de interés contestar o tratar de hacerlo pues el “hombre de la calle”, el espectador, tiene derecho a saber qué sucede en las capillas del arte, con relación a sus artistas, que no conoce en la intimidad creadora. A menudo, el espectador muestra cerrada incompreensión. ¡No me gusta! ¡No entiendo nada!

Viene bien recordar, al respecto, una frase del escritor inglés Somerset Maugham: “Cuando los seres queridos hablan de nuestro arte, nos entierran un puñal y lo revuelven en la herida”. Esto debe tener una razón y causa, una explicación, en parte por lo menos, de este divorcio entre el artista y su público en general. El movimiento hacia la comprensión de estas materias debe producirse, a mi juicio, por ambas partes a la vez. El espectador debe superar su deseo de conocimiento y los artistas, a su vez, comunicarse directamente con su público en forma fácil y sin pretensiones. Podríamos tomar un ejemplo entre muchos. En ciencia, a nadie se le ocurriría tratar de comprender los problemas intrínsecos de la investigación científica, porque desde luego, no les corresponde, pero en cambio todos vivimos en el pensamiento adelantado de la ciencia de nuestro tiempo. En arte sucede lo contrario. Se dice, por principio, que no se entiende el arte moderno, en cambio se vive en medio de la estética que ha creado este mismo arte, como la más lógica y apropiada a sus gustos y necesidades. A nadie se le ocurriría tener, hoy día, una casa funcional moderna y, a la puerta de ella, una carroza del siglo XVIII, tirada por caballos. La casa re-

<sup>1</sup> WALDO VILA SILVA (1894-1979). Pintor. Cursó estudios de Odontología y Pintura en forma paralela en la Universidad de Chile. Sus inicios en la Escuela de Bellas Artes fueron influenciados por la Generación del Trece y por el maestro Juan Francisco González, siendo uno de sus más sobresalientes discípulos. En 1925 adhirió a la propuesta renovadora del Grupo Montparnasse, exponiendo junto a los demás integrantes, liderados por Luis Vargas Rosas. También escribió sobre vidas de artistas y reflexiones sobre el arte chileno.

quiere también un automóvil de corte aerodinámico y, por consiguiente, todo lo demás tendrá que estar en armonía y equilibrio con su estilo propio de líneas aéreas y modernas: muebles, baño, jardines, etc. ¿Y por qué no los cuadros? Este anacronismo en la pintura no es adoptado en ningún otro aspecto del vivir actual. Podríamos preguntarle al mismo sujeto de observación si, en caso de una intervención quirúrgica, preferiría someterse a los métodos de Ambrosio Paré o a la técnica actual del Central Hospital de New York.

Creo que se puede y se debe plantear estos temas para conocimiento del público, simplemente como un relator de lo que se ha dado en llamar, en nuestro tiempo: “La problemática del Arte Moderno”. Se ha denominado así a la controversia que dura ya más de 60 años en Europa y se refleja hasta nosotros.

Esta es una interrogante que encarna un proceso complejo, en el que intervienen varios factores que debemos analizar; pero antes, podríamos plantearnos una pregunta inquietante:

El arte moderno, si queremos llamarlo así, ¿es un producto de nuestro tiempo o ha existido siempre? Es esta una pregunta que deberemos soslayar, ya que no podríamos contestar en forma enteramente satisfactoria.

Las autoridades en la materia, los grandes críticos de arte, los ensayistas, podrían dar como aceptado que se considera arte moderno las formas o modalidades nuevas en arte, que se producen como una reacción natural hacia una época anterior o épocas anteriores, de formas ya gastadas, de formas que no dicen nada, como “clichés” usados que no servirían para expresar, menos para contener, las tendencias artísticas del momento.

Esto nos lleva de inmediato al punto neurálgico del problema. Si se cambian estas formas, podemos preguntar, ¿cuáles las reemplazarían? Entonces tendremos el problema en sí. Si estos nuevos conceptos estéticos son forma, sería necesario analizar, primero, qué es la forma. Ya nos encontramos en medio de la gran diatriba del arte actual. Unos dicen que es “un arte no figurativo”, o sea un arte sin figuras. A lo que le replica el gran maestro Pablo Picasso: “No podría haber pintura sin figuras, porque hasta las formas metafísicas son figuras”.

Entonces, no tendría base hablar de un arte no figurativo, aun para los concretos, puesto que las formas puras, geométricas, son figuras. Planteada así la controversia, tendríamos algo de qué asirnos. Sería cambiar unas formas por otras. Analicemos el concepto de forma, considerándola como la forma pura, o “morfa” en biología, y encontraremos que toda “morfa” necesita un contenido, un sostén de su estructura, porque la forma no es una cosa arbitraria y necesita una presión interna que la condicione como tal.

Así, llama la atención observar en ciencia que toda célula orgánica de un tejido, ya sea ésta poliédrica, hexagonal o mixta, tiene perfecta forma geométrica. Sabemos que la estructura celular se sostiene por la propor-

ción de su contenido de oxígeno, sustentador de estructuras. Toda forma estructural debe tener un contenido que la proyecte como tal.

De modo semejante, puede considerarse el problema también en arte, aunque ya varían considerablemente los elementos que entran en el problema complejo de las formas en arte. Su contenido será diferente, espiritual, intelectual, religioso, poético, social, filosófico, político, etc., algún contenido debe tener para existir como forma. Ninguna forma puede existir en arte sin contenido, lo que es más grave cuando este contenido, cualquiera que sea, por razones imposibles de analizar, algunas veces desaparece, o se hace menor su caudal, la forma disminuye entonces en importancia artística y, por último, desaparece también la cultura que ella representa, puesto que una es la expresión de la otra. Ha entrado en ese período crítico que se denomina decadencia de una cultura.

Si para comprender aceptamos como mera forma explicativa el proceso del arte de nuestro tiempo, este orden de ideas, estamos obligados a analizar el más o menos por el cual se produce. Esto sin pretender dictar un curso de Historia del Arte, ya que no nos corresponde, sino tomando en forma generalizada los factores que intervienen en el proceso que hemos enunciado.

Cuando una forma pierde su contenido, hemos dicho que desaparece con su propia cultura. Es la decadencia.

Todas las culturas que se conocen, aun las más antiguas, no escapan a este postulado implacable.

Por lo demás, tales conceptos están sostenidos por autoridades en la materia, tales como: Worringer, *Naturaleza y Arte*. Herbert Reed, poeta y crítico de arte. Wöergmer, con sus tratados sobre Historia del Arte, que son órganos de consulta para profesores.

Lo más antiguo que se ha establecido como formas en arte (por lo menos, históricamente) son las pinturas rupestres y, en escultura, la famosa *Venus de Wilendorf*, como la más primitiva escultura realizada por el hombre europeo.

Es tal la antigüedad de estas culturas llamadas primitivas que Wöergmer considera que deben haber sido realizadas 60 siglos antes del diluvio, es decir, una antigüedad casi astronómica.

Por su parte, Herbert Reed considera, en contradicción a Wöergmer y a los demás eruditos que han tratado estas materias, que la antigüedad de tales pinturas tiene que ser muy anterior a los siglos que les conceden, pues hace pensar en la madurez y sabiduría de una cultura ya realizada, lo que no podría ser, por lo tanto, un arte primitivo. Las formas en que están pintados los bisontes hirsutos y los caballos salvajes en veloz carrera, crinera al viento, todo mandíbulas y todo dientes. El rinoceronte dibujado con tal expresionismo y fuerza que asombra esta sabiduría. Las culturas descubiertas a la altura de Antofagasta, en el desierto (figuras, petroglifos

en que ya aparece el hombre) son de una antigüedad que no ha sido determinada y de una belleza pura y sobrecogedora.

Según Herbert Reed, no puede considerarse como arte primitivo, sino más bien como la plenitud de una cultura desaparecida. Llama también la atención que todas estas cavernas que contienen pinturas se encuentran situadas en un cordón, un verdadero cinturón en el Perigord, que alcanza hasta Altamira, en España, razón por la cual se la ha llamado “Cultura Perigordeana”. Esto hace pensar que corresponde a los últimos vestigios de una cultura desaparecida que existió hace miles de años, destruída por cataclismos que cambiaron el clima y la faz de Europa. Pudieron conservarse por estar en inmensas bóvedas, como una Sixtina pintada por gigantes. Pintadas en cavernas calizas donde rezuma el agua, se ha conservado una gran frescura de los colores. A esta cultura prehistórica se le ha llamado también la “Época del Reno”, o sea, la época paleolítica de los cazadores de reno.

Estos pueblos desaparecen y con ellos su cultura. Siglos después se considera la época de la piedra pulida o “neolítica”. Pues bien, el hombre neolítico es completamente incapaz de realizar los frescos de sus remotos antepasados. Su cultura se caracteriza por cerámicas muy primitivas, decoradas con elementos geométricos, como una manifestación de una cultura en sus comienzos. ¿Qué ha pasado con el hombre de esa época? La fuerza animadora que cargó de contenido las formas de animales de un pueblo cazador ya no tiene valencia. Seguramente, los cazadores de renos practicaban una suerte de magia para apoderarse del animal que constituía su alimento esencial para subsistir, en un medio de seres más poderosos que él. Pintar al bisonte en su carrera era fijarlo en imagen para poderlo cazar. La concentración anímica que la magia producía en ellos les permitía crear una imagen viva. En cierto modo, es una teorización aceptada que la magia dió nacimiento primero al arte y a las religiones.

Herbert Reed corrobora este aspecto con una observación muy curiosa de un amigo británico, cazador de caza mayor. En cierta ocasión, se perdió en África, en una expedición de esta naturaleza. Escaso de alimentos, llegó a un pueblo de pigmeos, cazadores de elefantes. Este pueblo pequeño, también pasaba por una hambruna. Les pidió que salieran de caza para cobrar alguna pieza que los proveyera de alimentos, lo que suscitó una gran excitación. Por último, aceptaron. Convocan a una reunión y deliberan largamente. Cazar un antílope constituye una ceremonia de magia. Deben efectuar una serie de ceremonias previas.

El cazador, sumamente interesado, resuelve observarlos. En un claro del bosque, donde se reúnen alrededor del hechicero de la tribu, limpian un rectángulo de tierra, lo alisan y comienzan los cantos y las liturgias. Una mujer, como en trance, dibuja algo con el dedo en el espacio despejado. Los cazadores de la tribu lanzan una larga exclamación, simulan una cace-

ría en la danza y uno de ellos dispara una flecha en el sitio en que la mujer dibujó con el dedo. Después, todos parten en pos de la pieza. Cuando todo está solitario, el cazador británico se acerca curioso. Ve un rectángulo de tierra alisada donde la mujer ha dibujado con el dedo un maravilloso antílope, que tiene clavada la flecha del cazador.

Esto puede ser considerado como un ejemplo sobre el contenido emocional e intensidad de la forma.

Si consideramos bajo el mismo aspecto de la forma y su contenido a las más antiguas culturas, veremos sucederse un proceso más o menos análogo, pero antes podríamos plantear una interrogante: el arte moderno ¿es sólo un proceso de nuestro tiempo o ha existido antes?

La primera pregunta tendría una respuesta de circunstancia. La definición de lo que se considera como arte sería lo que primero deberíamos abordar. Y aquí tenemos el problema en toda su inquietante gravedad. Ya hemos aceptado que, en pintura, todas las formas son figuras. También dejamos establecido que la forma debe tener un contenido, para existir como tal. Este contenido, en la forma plástica, dijimos que podía ser de diferente índole: religioso, político, social, poético, etc. Podemos ignorar muchas cosas, pero no podemos negar el proceso de la historia del arte, porque en cierto modo es la historia del hombre mismo.

Si observamos a través de ella el tiempo transcurrido, veremos que todas las culturas, sin excepción, nacen del caos: egipcia, asiria, babilónica, griega, etc. Nacen de un principio oscuro. Su primera expresión coordinada es el ritmo geométrico. A medida que la cultura avanza en su evolución, alcanza un nivel superior, se enriquece, se transforma en formapensamiento y llega a su plenitud, cuando el hombre y la sociedad que la expresan han alcanzado su más alto nivel espiritual.

La cultura egipcia, después de sus primeros intentos (época primitiva, cerámicas y ritmos geométricos, arcaica más tarde), alcanza con el imperio antiguo su más alto nivel cultural, con el misterio de la filosofía esotérica que se atreve a desafiar a la muerte proyectando sus esculturas estereométricas. Su mayor esplendor va unido a su máximo desarrollo espiritual. Las fórmulas matemáticas constituyen un concepto del cosmos y le insuflan a sus esculturas una eternidad de misterio.

En la primitiva cultura egea sucede otro tanto. Emerge del mundo oscuro del submar que singulariza a la cultura mecénica y los ritmos geométricos de una época anterior, alcanzando su grandeza, casi divina, en el Siglo de Oro de Pericles. Es decir, cuando el hombre y la sociedad se complementan, llegando a la plenitud en todos sus aspectos. Sólo entonces es cuando hace su aparición la escultura filosófica y los postulados de Fidias, que crea su estatuaria bajo el axioma de la sección de oro, la sabiduría del número. Es la culminación del proceso ascendente de la forma.

Más tarde, ya en la decadencia, es cuando también la cultura ha entrado en el mismo proceso.

Las dos grandes culturas, religiosa en la egipcia, filosófica en la griega, decaen cuando ya no creen en sus principios espirituales que las han inspirado, ya no creen en dioses ni en sus principios filosóficos.

Los herederos de los que levantaron los colosos de granito modelarán figuras decadentes de pequeñas bailarinas. Por último, ni tan siquiera eso. Vuelven a aparecer los ritmos geométricos, como una simple decoración, en sus cerámicas.

En cuanto a los griegos se refiere, no sucede de manera diferente. Incrédulos como los egipcios, ya no veneran a sus dioses, sus filósofos cínicos de todo se burlan y destruyen con su dialéctica disolvente. El artista ya no tiene en qué creer, o más bien, no cree en nada. Como una prueba evidente, por lo demás bien conocida, está el caso de la *Venus de Milo*, que por muchos años fue considerada como arquetipo del arte griego del siglo V antes de Cristo, lo que, a la luz de los últimos estudios, da una realidad muy diferente. La famosa Venus mutilada fue concebida como un esfuerzo desesperado para recuperar las formas clásicas ya perdidas en el período helenístico. Su autor, Xandro de Alejandría, tomó como modelo una escultura de Scópas, que de ninguna manera alcanzaba las dimensiones de aquellos seres superiores que crearon la escultura filosófica, pero que aún así consultaron las medidas áureas de la proporción, de las enseñanzas de Fidias a sus discípulos. Más tarde, no podrán hacer ni tan siquiera eso, y se limitarán a imitar las formas de las creaciones fenicias y asirias y después nada.

Tratado en forma elemental, este es el proceso de evolución de una cultura, desde su nacimiento hasta alcanzar, con su civilización, desde los simples ritmos geométricos, para llegar a la plenitud de la forma. Cuando se inicia el proceso de su decadencia, las formas primarias aparecen de nuevo a la superficie y la creación artística es incapaz de revivir los arquetipos de su antigua cultura, que los hizo grandes.

Ni en las culturas más antiguas podemos escapar a este postulado inexorable, que no es otra cosa en realidad que los ritmos primitivos del hombre en su curso eterno. Los cazadores de renos, como lo hemos dicho, con su arte que se considera el más antiguo, sufren el mismo proceso. Los artistas geniales de los bisontes y los caballos salvajes desaparecen totalmente de la tierra, antes del diluvio, dejándonos el misterio inescrutable de su cultura desaparecida.

Después de algunos siglos, los hombres del período neolítico se muestran completamente incapaces de pintar las obras de sus antepasados remotos. La primitiva cerámica de un pueblo agrícola está decorada con simples elementos geométricos.

Si aceptamos este orden de ideas como un simple planteamiento especulativo, es para situar nuestra época en el tiempo de la historia, o sea,

dentro del proceso que han seguido todas las culturas, ya que no es otro que la historia misma del hombre, en condicionalidad con el medio que lo rodea y como su razón de existir.

El arte de nuestro tiempo no puede, no debe, ser indiferente a los factores determinantes de su propia época. Serán ellos (los factores) los que nos darán la clave explicativa del mismo. Arte, cada vez menos comprendido por el individuo no especializado en estas materias, vale decir, de una especial cultura. Tanto es así que el arte actual ha llegado a ser casi una experiencia de laboratorio, como una especulación técnica.

Dejamos como aceptado que lo que se considera como arte moderno no es algo privativo de una época, sino como la reacción a una época anterior, ya superada. Las formas anteriores agotadas, es decir, sin valencia, muertas, como formas de expresión viva. Es, por lo tanto, un rudo golpe a las formas tradicionales, hasta entonces reinantes, ya establecidas, que han sufrido un proceso de caducidad. Se ha descrito el arte moderno como lo que expresa lo esencial del pensamiento de su tiempo.

Pero si llevamos la pintura de nuestro tiempo a un nuevo aspecto visual, el de la nueva visión, veremos entonces que la pintura no se percibe con los ojos, sino más bien es una representación intelectual de la forma y del color. “La pintura es una cosa mental”, habría ya dicho Leonardo da Vinci hace cuatrocientos años.

Veremos cómo es esta percepción visual para el hombre. Si se presentan a un sujeto cuadros de diferentes pintores de varias tendencias, si se trata de un personaje inculto en estas materias, probablemente sólo verá: “manchas de color y rayas”. En cambio otro sujeto inteligente en pintura, distinguirá tendencias, escuelas y, probablemente, podrá distinguir al autor.

La ciencia establece que la visión desempeña un papel importante en la transformación de los seres.

Se plantea un conflicto entre lo clásico y lo moderno, ya sea en el terreno científico o en el artístico. Su aporte está en la nueva posición en que se coloca el hombre, dada su relación con el mundo objetivamente real. Es decir, con la realidad, la unidad, la tercera dimensión, profundidad espacial, (nueva visión espacial).

Unidad y profundidad no pueden conocerse, según la Humanología, hasta que los ojos no estén colocados en posición frontal en la cabeza, o sea, mientras la visión no sea frontal. Esta adquisición de los ojos en posición frontal ha sido una forma de la conservación de la especie, una defensa de la vida. Cuando el hombre habitaba en los árboles, entre seres superiores físicamente a él, debía saltar de una rama a otra con certeza absoluta, pues la caída significaba la muerte, ya que abajo acechaban los grandes carnívoros. Una voluntad mantenida a través de los años llevó a los ojos a la posición frontal.

Un ser con los ojos laterales carece de los medios y de la posibilidad de conocer la unidad y la profundidad espacial, en su valor real. El traslado de los ojos al frente de la cabeza para alcanzar la visión frontal, prueba la existencia real y objetiva de esos valores de la realidad del mundo. La obtención de dichos valores se multiplica y conjuga. Simultáneamente, con el paso de los ojos a una visión frontal se obtiene el conocimiento de la unidad, de la profundidad Espacial y la localización de la unidad en el espacio, ahora con tercera dimensión.

En la serie zoológica, este tipo de ser de visión frontal se presenta en algunas aves y mamíferos carnívoros. El ave rapaz y el mamífero carnívoro son pues los primeros determinantes de la influencia de la realidad y la demostración objetiva de esta realidad.

Así se explica la presencia del tipo carnívoro, representa el primer paso de la serie mamíferos hacia el hombre, como la conformación del tipo cúspide de la serie. Este cambio es el punto de partida hasta el conocimiento de la realidad, parcial en el caso de los carnívoros, total en el hombre.

A la conquista visual espacial que proporciona la visión frontal se agrega el conocimiento alcanzado visualmente, y todo ello conforma un tipo de ser que traduce la posición lograda con respecto a la realidad.

Este primer paso significa el punto de partida de lo que el ser humano es como realidad y puede, posteriormente, reconstruirse intelectualmente.

La posición del mamífero de visión lateral, que el carnívoro supera, puede sintetizarse señalando que vive en un mundo chato, sin profundidad, a causa, principalmente, de su limitación ocular, sus ojos laterales, que le proporcionan una visión circundante que puede llegar a los  $300^\circ$ , pero que representa la suma de la visión parcial mono-ocular, el alcance de un ojo al otro. Dentro de ese mundo chato, sin profundidad, no llega tampoco a conocer las unidades en su valor real. El mundo en que viven tales animales posee esos valores, reales, pero el mamífero en esas condiciones visuales-espaciales, no las conoce en su dimensión real. Se comprende toda la diferencia entre un mamífero de visión lateral y otro con visión frontal si analizamos las condiciones por las que un animal se transforma en uno de presa, explicando las diversas y opuestas condiciones en que uno y otro se encuentran, dentro de un mismo mundo real, o de una visión misma de la realidad.

Cuando los ojos se trasladan de los lados al frente de la cabeza ocurre lo siguiente: los  $360^\circ$  del campo visual panorámico monocular de los primeros se transforma en campo visual frontal de  $180^\circ$ , pero se justifica esa reducción por los valores alcanzados en el cambio. En primer lugar, la condición monocular chata del campo visual panorámico de  $360^\circ$  se transforma en binocular, o sea, que las imágenes parciales se superponen, adquiriendo así el espacio, la condición de la profundidad espacial, o tercera

dimensión. En una palabra, dejando de ser chato, sin profundidad, sin relieves, sin posibilidad de localizar las unidades. El nuevo visual frontal permite todo eso y proporciona, además, el conocimiento de la unidad, a la que sitúa y localiza en ese mundo nuevo que se despliega ante sus ojos frontales. Un carnívoro puede mirar a un punto en el espacio y, sólo ahora, ese punto o unidad adquiere para él una realidad, pese a haber estado siempre presente en el espacio.

Como consecuencia de esa conquista visual, que permite a un ser el conocimiento de la unidad, de la profundidad y de su colocación en el espacio (ahora que su dimensión es real), ese ser está en condiciones cerebrales o inteligencia, de acuerdo con las reales conquistas logradas. Esta es la adaptación al conocimiento de la realidad que, al completar los logros visuales espaciales, la conforman en su totalidad, de manera que aquella nueva ventaja represente una serie de nuevas condiciones que importan al nuevo ser sus nuevas y superiores condiciones y características.

Así es como la transformación que se opera en la totalidad del ser responde a las nuevas condiciones respecto al mundo en que ha de sobrevivir. La extremidad, la simple pata, apta solamente para sostener y permitir el desplazamiento del animal de visión lateral, se transforma en la garra del carnívoro. Esa es la respuesta a las nuevas condiciones del mamífero, la respuesta para conocer la realidad, profundidad y unidad del hecho real y localizar esa unidad en el espacio. Otro tanto sucede con las demás características de su cuerpo, tanto interiores como exteriores: su agilidad, su fuerza, etc.

Así también la explosión sanguínea o la conformación de las vísceras, todo confrontado a su nueva condición de carnívoro. Todo responde a lo que, en la realidad, se llama animal de presa, animal de unidad.

El hombre, además, de lo obtenido por el carnívoro, adquiere otros valores del conocimiento de la unidad y de sus alternativas y posiciones en el espacio, que resultan de las siguientes ventajas oculares que, a partir del carnívoro, obtienen los animales de presa y el hombre.

Estos valores son la unidad aritmética, el punto geométrico y el sustantivo como expresión gramatical que designa a la unidad fuera de los conceptos geométricos y aritméticos.

Tenemos por ejemplo el sustantivo. Para el carnívoro no existe este tipo de discriminaciones. Tiene un valor vital, es sólo la presa, pese a que como cosa real tiene todas las posibilidades espaciales, pero su mecanismo ocular no está capacitado para conocer los demás valores que a partir de la unidad alcanza el hombre en su capacidad visual.

La serie intermediaria: prosimios, primates superiores y, finalmente, el hombre, adquieren en el curso de su evolución los valores oculares mediante los cuales es posible extraer de esa unidad primera del "carnicero", los restantes significados de la unidad.

Entre varios significados del punto, uno dice: "Punto es una mancha que ocupa espacio". Euclides dice: "Punto es lo que no tiene partes". Lo importante, en relación con el punto, es lo que hemos descubierto como la unidad en las relaciones visuales condicionales del carnicero: que ese valor real de la unidad, se logra, en principio, sólo cuando los ojos ocupan la posición frontal y convergen a un punto en el espacio. De esta manera nace el punto geométrico, que forma parte del principio primero del sistema de construcción que se denomina "geometría".

Respecto a la unidad aritmética ocurre lo mismo. Según el principio euclidiano: "Es aquello por lo cual de las cosas que existen se dice Uno". Número es una colección de unidades. Aceptando esta definición de unidad o cualquiera otra, es evidente que hay un ser que no puede conocer cada una de las cosas que existen si no posee visión frontal, en general, y las condiciones humanas (rotación biconjugada de  $90^\circ$ ), en particular, considerando las especiales construcciones aritméticas de la unidad como parte del todo, origen del concepto aritmético de la unidad. De un mismo concepto de origen nace el número uno, que expresa la fusión de la unidad como parte del todo. Aritméticamente es posible, cuando se pueden apreciar las frecuencias de los objetos (unidades), de las especies con que aparecen en el conjunto. Así nacen el uno, uno, uno, primeros pasos del 1-2-3.

La rotación conjugada binocular permite que la mirada pase de una unidad a otra, que recorra las múltiples partes de un todo, que extraiga de un todo la unidad de que está formado, o sea, que la base en la realidad de que está formado, en la realidad aritmética que es de índole visual espacial, es decir, en la rotación biconjugada que es visión frontal permanente.

Esto puede considerarse trascendental. Cuando la mirada pasa, debido a la visión biconjugada de rotación, de un objeto a otro y de éste a un tercero, ya están en línea o forman parte de un conjunto, el todo. Línea o conjunto no se alteran en su estabilidad, permanecen inamovibles, a pesar de que la mirada, por lo tanto los ojos, se mueven al pasarse sobre esas unidades. El todo y sus respectivas unidades quedan donde están. Así la mirada puede pasar de una unidad a otra, puede, en suma, contarlas. Esta extraordinaria condición de la vista es efecto de la relación entre el mundo ocular y la persistencia de las imágenes en la retina. Así, en este aspecto, no sólo le permite encontrar el valor aritmético de una unidad, sino que le permite también tener la noción de un mundo fijo que le rodea. Un mundo estable, independiente de los movimientos que él realice. De dichos movimientos, dos son los principales, en lo que se refiere naturalmente a movimientos oculares. Uno es de los ojos mirando a diversos lugares del espacio, otro el movimiento de la cabeza mirando un punto fijo. La realidad, en esencia, es una percepción intelectual, como representación de un mundo que lo rodea.

“La naturaleza humana ha intentado siempre formar por sí misma una simple y simpática imagen del mundo circundante. En consecuencia, ensaya la construcción de una imagen que proporcione cierta expresión tangible de lo que la mente humana ve en la Naturaleza” (Albert Einstein, Prólogo, *A dónde va la Ciencia*) .

La pretendida imperfección o defecto de la visión es el único medio por el cual el movimiento exterior real es conocido por el ser. El cine, como exponente del proceso de imitación de lo real o de la realidad por el arte, es una prueba más del conocimiento de lo real por el hombre.

De esta particularidad de la visión frontal, el hombre ha obtenido, como ya vimos, primero el punto, la geometría, la unidad, la aritmética, el nombre, el verbo, la gramática, o sea el lenguaje, el movimiento y la física.

Esto muestra los pasos fundamentales por medio de los cuales el hombre realiza la reconstrucción del mundo que le rodea, como representación intelectual a través de ese conocimiento real, que su máxima posición visual espacial le proporciona. Se puede considerar que la realidad hace al hombre por la visión. Las creaciones humanas fijan la medida de la índole de los conocimientos del mundo real, puesto que aceptamos que el hombre es el producto de la realidad. En consecuencia, debe haber un límite normal de las posibilidades del conocimiento humano y de sus creaciones. Un límite normal que estamos lejos de conocer. Sin considerarlo en su exacto valor, a pesar de que su construcción de ese símil del mundo real que ha llegado a conocer el hombre, pero que no ha llegado a reconocer como real, a través de sus propias creaciones geométricas, aritméticas, verbales, mecánicas, físicas, químicas, artísticas, etc. Es decir, no se les ha asignado el sentido y el valor que tienen dentro de la realidad del mundo y de su propia presencia.

La historia del hombre es la historia de ese registro, sin el complemento que ese conocimiento proporciona. La suma de esas creaciones fija cómo es el hombre, qué es y cuánto es en el mundo que está fuera de él y que lo contiene. El mundo en medio del mundo real. Es observador desde esa posición. Conoce, juzga, mide y reconstruye el mundo real donde se hizo presente a través de la evolución.

*La forma pura:* Volvemos a retomar el concepto de la forma pura, o morfa en biología, para considerar el proceso de la forma en arte, a través del tiempo y de la evolución.

Dejamos establecido que la visión es un proceso humano, propio del hombre espacial, adquisición de su visión frontal, habiendo creado, gracias a ella, por medio de una representación intelectual, la geometría y la ciencia del número, o sea, que la forma como producto de la visión es ya una abstracción intelectual. Por lo tanto, el mundo que creemos real no lo es tanto y, desde luego, no es igual al que percibe un herbívoro o un ave.

Entre una acción y la representación intelectual de la misma hay una distancia. Mientras más es la distancia, más intelectual es la acción realizada. La avispa para alimentar a sus larvas necesita un alimento vivo. Da caza a la araña peluda (la migala, varias veces más grande que ella), la acorrala y rápidamente la paraliza con su temible aguijón, tocando precisamente un centro nervioso. Es un caso de acción pura.

Es un caso de pura acción, como dijimos, un instinto heredado del genio de la especie. Si llevamos más allá la idea, con otro ejemplo, podríamos citar el del practicante al inyectar una inyección endovenosa: liga el brazo por encima de la articulación del codo, localiza la vena, e inyecta, con la precisión que da una larga práctica. En este caso, ya es diferente, pues existe una representación intelectual de la acción, que presupone una serie de conocimientos, con la técnica derivada de ellos. Diferente del anterior, que es una acción de instinto puro. Si llevamos el ejemplo a una mayor, complejidad, tomaríamos el caso del cirujano al efectuar una laparatomía (abertura del abdomen). Es casi una total representación intelectual, por cuanto la cirugía se considera un arte. La preparación científica del cirujano determina una distancia inmensa entre la acción y la representación de la misma que es de alta intelectualidad.

Con la creación visual sucede otro tanto. La pintura, que se ha denominado arte visual, se percibe por esa acción primera, pero la imagen se forma en el cerebro, como una representación intelectual de ella. El hombre primitivo no veía los colores como los vemos nosotros. Seguramente diferenciaba el rojo, el blanco y el negro; raramente el ocre, cuando se encontraba en las grutas calizas. Razón ésta, sin duda, de la sobriedad de sus pinturas rupestres en todas partes.

La imagen se construía como una necesidad vital, en el mundo que le rodeaba, donde era, en realidad, el ser más indefenso entre los grandes monstruos de tamaño apocalíptico. La forma pura es diferente. Es solamente color, estructura y espacio, sin denominación objetiva. Sólo cuando es nominativo de unidad, como árbol, animal, casa, etc., pasa a ser una forma descriptiva de una unidad convencional, que hemos aceptado como realidad habitual. La representación de la imagen, en arte, es siempre una abstracción, en mayor o menor grado, pero como una aproximación y no una reproducción de esa realidad objetiva.

*Forma y contenido.* Debemos volver a tomar un concepto que aceptamos de partida para considerar la forma en sí. Dijimos que, en biología, la morfa o forma necesita un contenido para mantener su estructura, el oxígeno. En arte también hay un contenido, en este caso, de naturaleza especial y sutil. Podríamos emplear la palabra “espiritual”.

Un cambio fundamental se produce en el arte actual, cuyas raíces pueden encontrarse en el cambio del pensamiento occidental efectuado hace más de 60 años, cambio que se iba dando en llamar “arte moderno”. Se

le puede considerar, sin pecar de extremista, como lo auténtico y representativo de nuestro tiempo, en todas y sus múltiples manifestaciones. Se pueden analizar desapasionadamente los factores que motivan este hecho, que no es otra cosa, en realidad, que el proceso que han seguido las artes.

Sobrepasados los movimientos impresionista, primero, y post-impresionista después, como tendencias que se alejaban progresivamente de la representación directa de la realidad para sustituirla por una transposición de la misma, a través del proceso intelectual del pintor, llegando en este proceso evolutivo, necesariamente, a las enseñanzas y experiencias que dejaron en la práctica las tendencias “fauves” y cubistas, que ostentaban fieramente estos nombres, que nos buscaron y que les fueron impuestos, con los que han pasado a la historia del arte, las dos tendencias mencionadas en el período de sus comienzos se enfrentan con el proceso de sus diferentes cambios, durante los cuales se interpretan y se diferencian. El “fauvismo”, ya en 1908, empieza a abandonar sus primeros postulados. La perspectiva clásica es abandonada sin vacilaciones y es reemplazada por el color-expresión, en toda su intensidad. Se trata, desde luego, de un principio que mantendrán los cubistas como su patrimonio. El abandono de la perspectiva clásica es en lo que pondrán su acento. Esto obligará a los cubistas a meditar sobre un hecho de gran importancia: la introducción de la lógica y el orden en la expresión plástica y no solamente de la expresión sensual del color.

Este proceso intelectual, como intervención del espíritu y del método, de un orden ya propuesto por Matisse, si no constituye una disciplina técnica, va a ser acogida entusiastamente por los cubistas que fundarán, más allá de ella, toda una teoría estética, como resultado o resultante de una lógica implacable frente a la luz: el conocimiento adquirido de no modelar las formas o aclarar directamente el objeto, como sucede en la naturaleza. Por el contrario, desde ese instante la luz llegará a considerarse como indirecta; la forma, para ser sugerida, se hace color. Por otra parte, en el movimiento “fauve” la noción de la composición en tres dimensiones ha sido dejada de lado, lo que es un principio que también adoptarán los cubistas. Otra intervención de los fauves consistirá en expresar la significación plástica buscando los elementos esenciales. Por otra parte, el cubismo tratará de aplicar un principio “similar” que desarrollará sobre la superficie de la tela. Los rostros y los cuerpos en sus partes constitutivas, agregando, al mismo tiempo aunque ya de una manera distinta y clara, un poco de esa intención evocatriz que Matisse entreviera antes. Los dos grandes representantes de ambas escuelas (fauve y cubista) lo expresarán en dos frases significativas: Matisse dirá: “tengo que pintar un cuerpo de mujer”. Picasso responderá, por su parte, “tengo que pintar un cuadro”.

Si al principio se puede notar cierto acuerdo entre ambas tendencias, las diferencias son en cambio notables, principalmente una que va a

producir la primera ruptura entre los fauve y a comprometer su estética. Como se debe recordar, “construir por el color” era la voz de orden dada por estos pintores. Mas esta proposición entrañaba la abolición del espacio-perspectiva y, naturalmente, eliminaba la colaboración de la geometría si se quería tener una solución más real que aparente. Construir no quiere decir necesariamente arquitectura. La construcción fauve acusaba cierta debilidad que no satisfacía a los artistas jóvenes, quienes estimaban que una nueva figuración en el espacio exigía una disciplina de planos, que la improvisación constructiva fauve, hecha de deformaciones, no había previsto. El movimiento fauve, con sus principales componentes –Derain y el mismo Valminck– intenta una construcción geometrizando la forma. Esta mayor constructividad se encuentra en el período negro de Picasso. Habrían también contribuido las enseñanzas de Cezanne, con aquello de reconstruir la naturaleza con el cilindro, el cono y la esfera; postulados que serán puestos en vigencia desde diferentes puntos de vista. En suma, el período de la estética fauve será sobrepasado en su objetivismo, la sensibilidad será confrontada con más sólidas y líricas intenciones arquitecturales. Como un resultado evidente de todo esto, el mundo de las apariencias visuales será controlado por una lógica más rigurosa, que llevará el retorno de un clasicismo de nuevo cuño que marcará una línea invisible en los abstractos de extracción cubista, mucho tiempo después.

Por lo demás, el cubismo habrá alcanzado una meta: hacer de la pintura algo propio, como la música, sin recurrir a elementos extraños a ella. El primer resultado obtenido por el cubismo fue realizar combinaciones nuevas de formas conocidas. Se trataba de descomponer el objeto que, hasta entonces, había reinado en la pintura tradicional, en todos sus elementos de integridad constructiva, para hacer del cuadro un todo enteramente nuevo. El cubismo fue más allá de todo en su búsqueda, y las formas conocidas fueron abolidas sin hacer la más leve alusión a ellas. La pintura se transforma, en suma, en una experiencia de laboratorio, que sólo interesará a los pintores.

El cubismo no figurativo, como se llamará, llevará el análisis plástico a la más alta investigación. El camino a la abstracción es una superación del cubismo como etapa plástica. Los propios cubistas habrían criticado en su propia obra (cubista) cierta sequedad y aridez. Su construcción, más que una arquitectura, había llegado a ser el encajamiento de las piezas de una máquina. Se trataba de desprenderlo de toda relación o dependencia emotiva. Llegar, en suma, a la creación pura. El cubismo había representado un gran esfuerzo de abstracción. La mayoría de los pintores abstractos trataba de establecer, sobre bases científicas, la representación plástica del mundo. Huxley, en uno de sus ensayos, llega a decir: “La pintura abstracta es una actitud de humildad del hombre frente a un mundo venidero, nuevo, desconocido”.

En nuestra época actual parecen haberse abolido todos los principios que se habían considerado como coordenadas del arte. Existe una especie de neurosis colectiva que quiere desentenderse del pasado y no cuenta con el futuro. Por otra parte, la necesidad de expresarse es una angustia que lleva indiscriminadamente a todos los medios de expresión: ganchos, desperdicios, pedazos de lata, chatarra, etc.

La nueva figuración está hecha de alusiones a las formas conocidas, apenas evocada en el misterio de los signos convencionales. Asimismo, existe un arte sin pensamiento, como expresión de la crisis moral que vive el mundo y que es un arte duro y subjetivo (Neo-dada o Pop Art). Estos movimientos son tan efímeros que no alcanzan a cumplir una etapa de arte, como lo hicieron anteriormente el impresionismo, el surrealismo, el cubismo, el futurismo y dada.

Este sería, actualmente, el ejemplo de una forma vacía de contenido que no puede subsistir y también algo en que todos están de acuerdo: una decadencia del arte de nuestra época.

Me parece suficiente este resumen de hechos y datos para demostrar el por qué y el cómo hacen que el arte de nuestro tiempo sea diferente. Así, en forma muy general, hemos presentado los factores que intervienen en la gran transformación que ha dado lugar y reinado al arte actual; pero, con todo, no bastaría para explicarse la obra de arte. Dentro de ella está el hombre, como único ser en el mundo capaz de crearla. Si se pregunta ¿el arte desaparecerá? La respuesta es rotunda en su evidencia: mientras el hombre exista, existirá el arte. Como a través de un hilo invisible, el elemento humano parece ser el elemento específico y constante a través del cual se transmite el arte, en el curso del tiempo infinito.

Ozenfant lleva la noción del arte a la de un tropismo, por ser en nosotros una manera remota de expresar alegría de vivir. Picasso ha dicho: “Todos quieren comprender el arte, ¿por qué no tratar de comprender el canto de los pájaros?”.

El arte corresponde a esta particularidad de crear belleza y, dentro de esta modalidad, están todas las posibilidades del arte, razón ésta que hace que el artista verdadero nunca robe la belleza de otro, como decía sibilina-mente, el gran Gauguin.



## EL PINTOR WALDO VILA

CARLOS ISAMITT ALARCÓN<sup>1</sup>

*Discurso pronunciado el 29 de diciembre de 1967, en la recepción de don Waldo Vila en la Academia Chilena de Bellas Artes*

Una tarde del mes de octubre me encontré por primera vez en la calle Amapolas, buscando el número de la casa de Waldo Vila. Todo me era desconocido y, sin embargo, las puertas, cada ventana o jardín, las rejas, los muros, el aire tibio y perfumado, todas las cosas iban despertando el deseo de detenerme, para poder escuchar la ofrenda maravillosa de sus confidencias más propias.

El nombre de esta calle, se me ocurrió pensar... con su sonora eufonía, su ritmo y el contenido de significación simbólica que le ha dado el lenguaje poético de Neruda, ¿tiene alguna relación sutil con la amistad y admiración que Waldo ha sentido siempre por el poeta?

A menudo extraños y fugaces florecimientos interiores surgen al compás de nuestros pasos...

El número buscado me detuvo. Llamé y acudió el amigo. –Tu calle me ha venido conquistando, dije. Tiene fisonomía propia, simpática..., tiene silencio, fragancia femenina.

–Sí, tienes razón, dijo sonriendo; en esta época la calle se perfuma con las flores de las acacias.

Me introdujo en su hogar, presentándose a sus familiares. Momentos después, me guió a su taller, por pasadizos angostos y algo oscuros. Waldo encendió una luz, se acercó a una escalerilla móvil, casi vertical, comenzó a subir pausadamente los primeros tramos, pero se detuvo para advertirme: –¡Mira! ten cuidado, es peligrosa esta subida.

Sin ponerlo en duda, me dí a seguirle, poniendo atención suma en no precipitarme en la ascensión de los peldaños. El estímulo de la voz guiado-

<sup>1</sup> CARLOS ISAMITT ALARCÓN (1887-1974). Compositor, pintor, profesor e investigador especializado en la música mapuche. Tempranamente estudió violín y piano en el Conservatorio Nacional de Música y luego composición con Domingo Brescia y Pedro Humberto Allende. Paralelamente a su actividad musical aprendió pintura en la Escuela de Bellas Artes. Sus obras están inspiradas en el folclore criollo y la cultura mapuche, lo que junto a elementos del expresionismo alemán hacen de sus creaciones un sincretismo musical interesante, que le permitió lograr el estatuto de indiano musical. En 1966 recibió el Premio Nacional de Artes, mención Música.

ra, sin duda, me ayudó a salvar la subida difícil, sin embargo, la categórica advertencia continuó apareciendo en mi espíritu.

El taller se encuentra como escondido en el entretecho de la casa. Una sola ventana lateral deja entrar la luz, pero dominan los espacios sombríos y las penumbras, dando al interior una intimidad un tanto rembranzca, con sus dos ritmos opuestos, uno activo, el otro pasivo, en que viven las peripecias y estremecimientos del eterno drama de la luz y la sombra.

Conversamos, mientras fumaba su pipa. Le escuché algunos pormenores de su vida de estudiante y de profesional. –He leído tu libro *Una capitania de pintores* dije. Hacía falta una obra como ésta, de auténtico contenido histórico y humano. Y agregué: ajeno a la modalidad de lo que en nuestro medio suele llamarse “crítica de arte”.

–En verdad, escribí esas páginas movido por el aprecio y admiración que, desde niño despertaron en mí la vida y las obras de esos muchachos artistas de la generación de 1913. Les debo mucho, agregó, nada menos que el haber ayudado a encender una de mis aspiraciones más hondas.

–Por eso tu libro tiene el acento de un canto emocionado, de comprensión y de ternura. Creo que está llamado a expandir el conocimiento de esos valores genuinos que dieron realce espiritual a una etapa de nuestra evolución artística y a promover apreciaciones más valederas sobre ella.

Durante algunos años, nuestros estudios diferentes impidieron los contactos que promueven un mejor conocimiento mutuo o facilitan el crecimiento de raíces más profundas del sentimiento de la amistad.

Él cursaba en la Escuela de Dentística. Cada vez que la ocasión se le presentaba propicia se escapaba con su caja de pinturas, jubiloso de ir a encontrarse con sus amigos en el curso de don Juan Francisco González. Su sensibilidad, su natural afectivo, sus dones manifiestos y su modalidad expansiva, le conquistaron pronto la simpatía y la estimación de todos, incluso del chilénísimo don Juan Pancho, que a veces solía sorprenderlo con su jovialidad espontánea, diciéndole ante sus demás condiscípulos: “Me gusta este gringo (con este apodo folklórico aludía al color del pelo), porque es el único que no imita mi manera de pintar”. Lo quedaba mirando fijamente y, tal vez, viendo a un alumno un tanto perplejo, decía en alta voz, con un vaivén característico de sus palabras: “Haced como este gringo, porque en arte no hay que ponerse nunca a imitar el lenguaje ajeno. Eso es simplemente robar”.

Con qué alegría, al obtener su título profesional, se dispuso Waldo a acercarse con mayor frecuencia a sus amigos pintores y emprender nueva actividad en ese curso que había llegado a serle tan familiar, desde sus primeras entradas furtivas de muchacho.

Ahí, como en tantas ocasiones anteriores, supo de encantamientos singulares, que le sobrecogían y perduraban; removiendo su espíritu como fuerzas extrañas.

En 1934 fue llamado a dirigir la Escuela Dental. Esta responsabilidad le obligó a restringir la práctica artística. Durante 16 años se dió a servir sus funciones con honradez y sentido progresista. Refiriéndose a las vicisitudes que los servidores públicos tuvieron que afrontar en esa época, me confesó: –No era grato ser el blanco de malevolencias ejercitadas como sistema. Tú sabes cómo esta estrategia se ha usado en nuestro medio, con tanta frecuencia, para alcanzar los puestos públicos y cómo puede entorpecer o hacer difícil el desarrollo de una labor cultural.

En 1948, Vila se vió obligado a alejarse de sus funciones directivas y docentes. Quienes creyeron haber conseguido causarle una desazón no supieron que él contaba con refugios espirituales que le llevarían a estimar el accidente como un bien oportuno.

Con el júbilo de una fe profunda y renovados fervores, retomó sus pinceles, dándose por entero a la aventura sin término de la creación artística. Me había quedado escuchándole, sorprendiendo la apariencia serena de su rostro, el tono grave de la voz y el tranquilo fluir de las palabras; se habían ido animando a medida de las propias confidencias, identificadas con la supremacía de una verdadera autenticidad.

Se levantó de su asiento, arregló un caballete y se dispuso a mostrarme sus obras pictóricas. Las fue colocando una tras otra, a intervalos que permitieran mi contemplación. No sé si sentiría en esos momentos esa rara inquietud que aparece repentinamente, como una agudeza crítica cada vez que el artista expone lo que ha realizado, a las contingencias de una consideración ajena.

De todo lo que hacemos trasciende siempre una autoconfesión. ¿Qué me revelaron las obras de este amigo pintor? De inmediato: los aspectos externos del lenguaje pictórico y luego, más lentamente, los contenidos de significación estética.

La mayor parte de los cuadros que me mostró tenían un formato más o menos similar. En las dos dimensiones de la superficie, el contenido pictórico presentado con la apariencia de un solo plano de atrevida verticalidad, ajeno a problemas de claro/oscuro o de perspectiva. En algunas obras el carácter figurativo que el artista adoptó en sus primeros intentos, impulsado por sus propios dones y, posiblemente también, por cierta afinidad sorprendida en sus contactos con Gordon, cuya obra admiraba por sus rasgos de plástica pura y de chilenidad.

Vila no pudo, sin embargo, encerrarse en los dominios de esos ideales nacionalistas. Sus obras más recientes contienen aspectos que revelan su actitud inteligente para procurarse el conocimiento de todas las nuevas experiencias que han ido agitando y removiendo los conceptos del hacer artístico y para mantenerse fiel a los dictados de sus propios pensamientos o intuiciones. En sus realizaciones actuales ha evitado el recurso de formas que podemos percibir en las cosas reales, pero se ha esforzado, en cambio,

en crear otras puramente plásticas: arabescos, superficies coloreadas, plenas de extraño poder para despertar emociones de sentido estético.

Entre los elementos que el artista emplea y organiza para alcanzar su objetivo: los colores puros, en algunos cuadros, aparecen yuxtapuestos, en pequeñas manchas, con densidad de empastes y sin modulación tonal. Este procedimiento da al conjunto un aspecto de riqueza coloreada de pedrería cuyos contrastes o violencias llegan a resolverse un tanto aminorados en la visión del espectador. Lo mismo acontece con las asperezas de la caprichosa textura de gruesos empastes, destinados a dar realce a la ejecución.

En algunas ocasiones, el pintor se ha limitado a usar colores que tienen entre sí cierta analogía; los ha extendido entremezclándolos, en superficies algo empastadas. La materia pictórica enriquecida, de finos matices y con ciertos efectos de apariencia luminosa, dorada o plateada, logra que el conjunto adquiera una singular plenitud de potencia sugeridora.

Fue con íntima alegría y emoción que sorprendí, en esta obras, algo de misterio particularísimo de un acento personal que se sitúa más allá de los medios, de las condiciones técnicas y demás aspectos asimilados por el artista. El contenido formal de una de estas obras, reducido a tres franjas doradas que llenan el espacio, subordinándose el conjunto a la claridad que ocupa la superficie central, y toda la pintura aparece como agitada por un temblor de influencias recíprocas en que afloran delicados matices de dorados amarillentos.

¡Cuántos reaccionarían con violencia, sintiéndose perdidos frente a esta pintura!, preguntándose: “pero ¿qué significa esto? ¡No representa nada!”. Se alejarían con un resentimiento injusto para el artista. La intimidad de su creación plástica, exenta de propósito naturalista, de todo anecdotismo dibujístico, quedaría inédita. Y, sin embargo, la gracia de un simbolismo pictural, que los ojos apresurados o ciegos no pudieron entrever, se halla realizado como una transmutación del encanto indecible que suelen llevar, sin saberlo, sobre sus alas las mariposas.

En otra tela, las tonalidades frías, azulejo verdosas, interrumpidas por arabescos de tonos graves, de violetas desvanecidos, de pardos algo vinosos, como sumergidos en la transparencia azulosa dominante, han bastado para que aparezca un misterio abstracto de poesía y sugerencias. Experiencias directas del mar, sin duda, estimularon la imaginación y la sensibilidad del artista; se sintetizaron y transformaron, concretándose por fin en esa forma de abstracciones. El mar se hace presente sin que el pintor intente una marina con la visión de aspectos externos de esa poderosa realidad ondulante; solamente aparece sugerido por el poder evocador de los elementos elegidos y estructurados.

Las últimas obras presentadas en el caballete contenían formas incorporadas al conjunto plástico, como contrastes de expresión; figuras humanas estilizadas, con acusado dominio lineal, de rectas semejantes a los bal-

buceos estéticos del hombre primitivo; a veces sólo dos círculos blancos, tal como las formas de ojos agrandados, que dan expresión maravillosa a los dibujos y pinturas infantiles.

Estos nuevos elementos usados como disonancias agresivas, inquietantes, tienen el poder de dejar el espíritu del espectador sumergido en los misteriosos dominios de lo mágico y lo poético.

Para nuestro pintor, que conoce y sabe apreciar sin exclusiones el universo simbólico que alienta en el arte universal, esos elementos del arte primitivo tienen valores estéticos extraordinarios.

Admira la penetración profunda de Leonardo, que dió importancia –capaz de estimular la imaginación creadora del artista– al fenómeno de la visión eidética, que puede generarse ante innumerables pequeñas cosas o aspectos: ante una mancha de tinta, en el polvo acumulado en las puertas, en las huellas que dejan nuestros pasos, en las manchas de la humedad, en las nubes, en transparencias de cosas sumergidas. Conoce la adhesión posterior de Odilon Redon y de tantos otros artistas por estas experiencias. No ignora la significación que ellas alcanzaron en el surrealismo, no sólo como motivos de carácter plástico, sino también como elementos apropiados para un conocimiento más profundo del alma humana.

Con fervor de comprensión he tratado de acercarme a estas obras que, por ser creaciones personales, representan el mundo específico del autor. En su realidad plástica se hallan reflejados aspectos propios de su personalidad y destellos vitales de actividad creadora.

La complejidad de esta integración, inherente a toda realización artística, es una de las causas que hace imposible explicarlas o definir las con criterio absoluto y crean dificultades para la apreciación de sus valores.

Consciente de estas limitaciones, imaginad lo que significó para mí esa frase que Vila me dejó caer desde arriba, para prevenirme de una posible traición de la inestable escalerilla que conduce a su taller: “¡ten cuidado, es peligrosa esta subida!”. Ella persiste en mí, revestida de una certera ironía que no tuvo el pensamiento fraternal del amigo: “cuidado, que es peligrosa la ascensión a las obras del arte”.

A pesar de todo, como tantos otros que han sido cautivados por los estremecimientos inefables del goce de las artes, he vivido la sed que no puede saciarse en ninguna fuente, sintiendo siempre viva la ansiedad de encontrar veneros desconocidos donde broten, con sorpresa de milagro, las bellezas creadas por el hombre.

Perdonadme por esto, que haya procurado acercar a mi espíritu la obra de este nuevo académico y sentirla mía, vivirla con simpatía escudriñadora y abandono intuitivo.

No es extraño que cada una de las innumerables cosas que, de esta manera, han tomado colocación y viven en nuestro interior, de vez en cuando se nos hagan presentes e inicien conversaciones secretas sorprendentes.

Desde que llevo conmigo las pinturas que Waldo me mostró en el taller, los diálogos internos con ellas han sido frecuentes. Quiero traducir ahora algo del contenido de una de estas conversaciones sin palabras. La voz incorpórea parecía surgir del fondo coloreado de cada una, con acento sereno y varonil:

“Esto soy. Mi visión es personal. No busco caminos por donde pueda llegarse pronto al éxito ilusorio. Me atraen senderos donde cada paso significa aventurarse con acopio de voluntad, de esfuerzo, de conocimientos, de técnica y también de suerte para salvar los riesgos; aunque no podré saber del todo cuándo lo habré conseguido dar o cuándo mis medios me habrán traicionado”.

“Ser uno mismo, fiel al propio yo, tal ha sido el principio animador y orientador de mi afán artístico. Creo que esta actitud ha constituido dignidad esencial en todo verdadero creador. No imagino que un artista pueda conformarse situándose en el remanso de una sabiduría alcanzada. El módulo de mis pinturas no es la naturaleza. He querido hacer que los medios y los elementos plásticos que he empleado aparezcan como imantados de fuerza oculta, de atracción, y puedan convertirse en surtidores de ebullición poética”.

Repentinamente la voz se extinguió en mi interior. Pero tuve la impresión que otras voces distintas surgían de las aparentes realidades que seguían manifiestas en mi conciencia. Logré entender algunos de sus desahogos: “nuestras existencias de colores y formas guardan con fidelidad las huellas del afanoso quehacer cumplido por nuestro creador para darnos vida. Entre ellas: las que evidencian sus arranques de entusiasmo, las que dejan ver sus desalientos, las excelencias logradas, las incertidumbres, arrepentimientos, insistencias y demás avatares que le acosaron en su realización. Pero de nosotras estará siempre manando el estupor de su apasionada rebusca, para lograr que brotáramos de sus manos, como emblemas de sus pensamientos y de sus sueños más altos. Sólo quienes se den a observarnos con atención y simpatía podrán llegar a nuestro corazón y recibir la dádiva de nuestra belleza”.

Callaron, y todo pareció hundirse en el silencio insondable en que permanece el asombroso universo simbólico que llevamos con nosotros.

La realidad humana de un artista no puede rendirse al conocimiento. La significación de las obras del arte plástico, musical o de otra especie, por contener ellas al hombre artista, se sitúan también fuera de nuestras posibilidades. Las explicaciones definitivas que se intenten serán siempre inútiles e ingenuas.

Hay que conformarse con lo que nuestras facultades de percepción de la belleza nos permitan acercarnos a comprender y a sentir de las creaciones del espíritu. Como en ellas se hallan integrados lo consciente y lo

inconsciente del artista creador, tenemos que usar también ambos poderes para alcanzar hondura en nuestras apreciaciones.

Sólo en momentos fugaces, tras la ansiedad de preguntas que no logran respuestas explícitas, un chispazo esclarecedor suele llegar a hacernos sentir algo de la verdad buscada; se nos ha revelado.

Es así como he tratado de acercarme a intuir los valores de la personalidad y de las obras del artista que me ha correspondido recibir en esta alta corporación académica. Lo que haya conseguido captar de estos valores habrá de encontrarse sugerido a través de estas anotaciones. Waldo Vila, con el timbre grave de su voz, con la serenidad de su rostro, de sus expresiones habladas, de sus actitudes; con la manera de aproximarse a los demás, en que se mezclan ternura y admiración, que parecen haberle acompañado siempre en su goce de la amistad y en sus enfrentamientos con las cosas, nos evidencia una modalidad diferente y escasa en estos tiempos que alardean de arrogancia, desprecios rencorosos, de violencias sin escrúpulos.

Es con alegría profunda que podemos intuir que en este nuevo académico hay un espíritu que irradia su asombro meditativo y una serena actitud fraternal.

